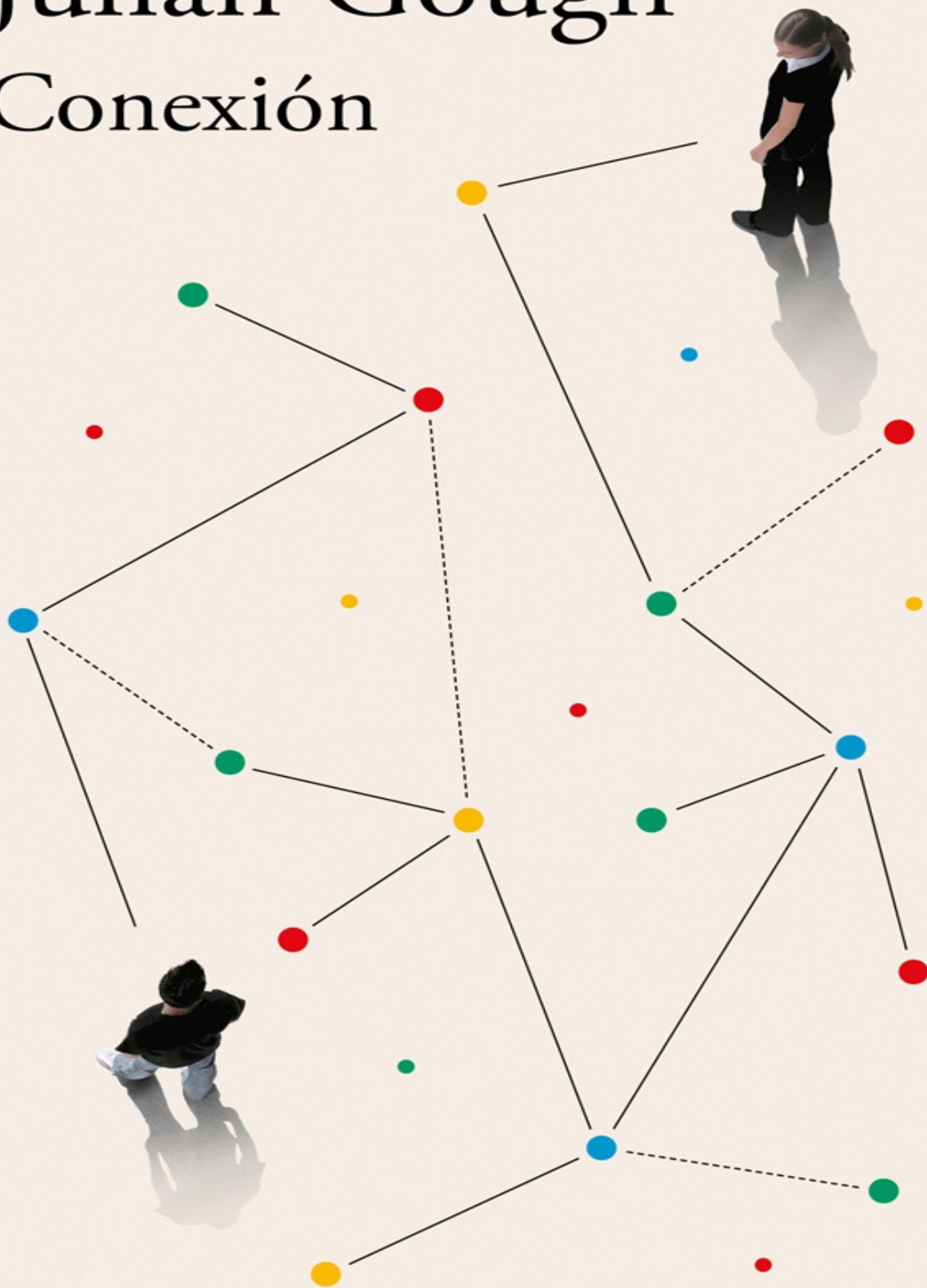


Julian Gough

Conexión

Narrativa Internacional Traducción de Manuel de los Reyes

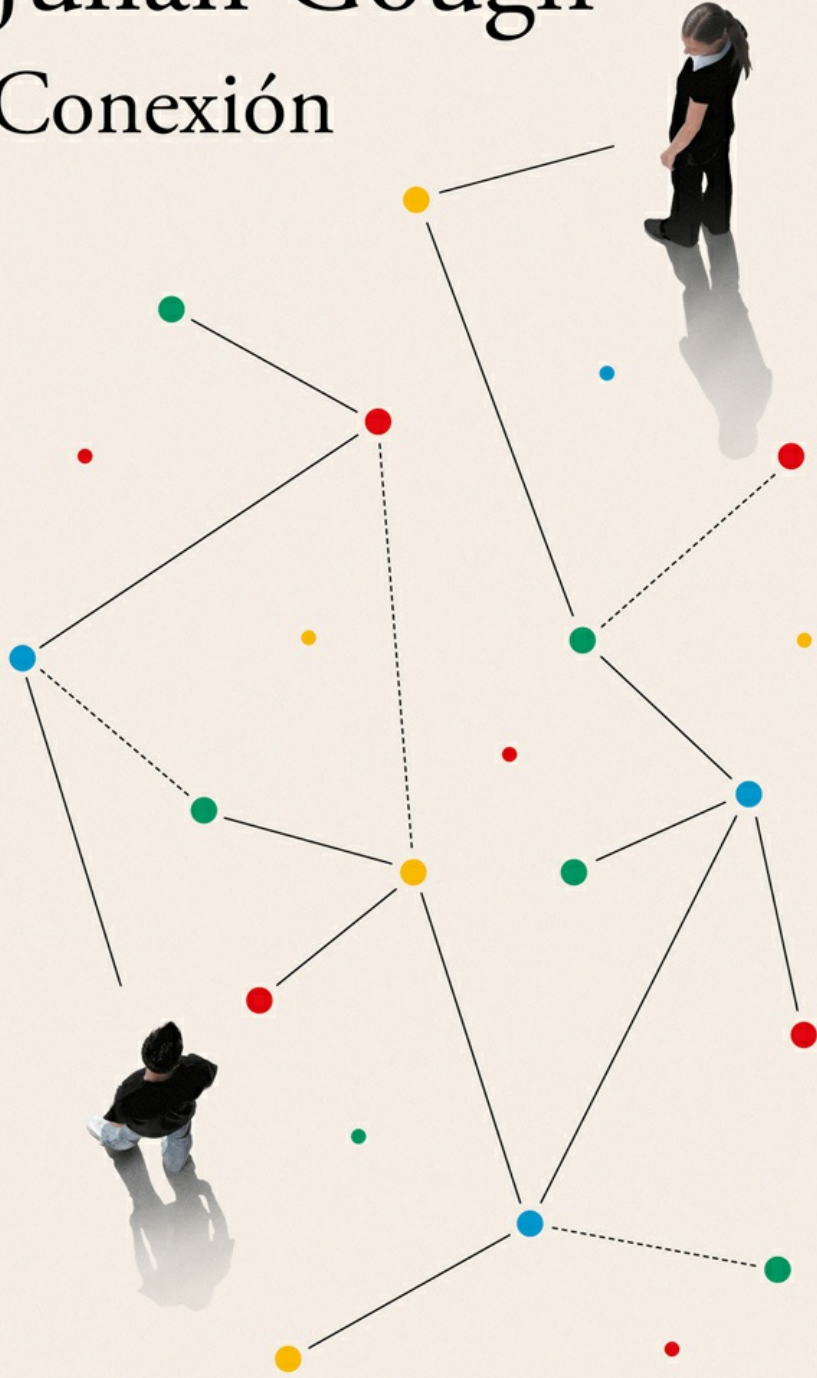


ALEAGUARA

Julian Gough

Conexión

Narrativa Internacional Traducción de Manuel de los Reyes



Julian Gough

Conexión

Traducción del inglés de Manuel de los Reyes

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A Solana Joy,
que rescató tanto este libro
como mi vida.*

Las personas razonables se adaptan al mundo; las irracionales, en cambio, se empeñan en intentar que sea el mundo el que se adapte a ellas. El progreso, por tanto, dependerá siempre de las segundas.

GEORGE BERNARD SHAW, *Hombre y superhombre*

Primero damos forma a las herramientas, y después estas nos dan forma a nosotros.

PADRE JOHN CULKIN, resumiendo las palabras de
Marshall McLuhan, 1967

1. El desierto helado

La historia que cuenta esta novela se ambienta en el futuro, pero también es verídica.

Ocurrirá tal y como aquí se relata, y no dentro de mucho. Lo sé por motivos que pronto habrán quedado claros.

¿Que quién soy yo? En fin, interesante pregunta. Salta a la vista que alguien está produciendo estas palabras, escribiendo este libro; el tipo cuyo nombre consta debajo del título. Él es quien realiza la tarea en este preciso instante, en Berlín, en un viejo portátil apoyado en una mesa aún más antigua, en un rincón de su cuarto.

Pero él y yo no somos la misma persona.

Esto es una novela. Ambientada en el futuro. Y, al mismo tiempo, verídica. No os preocupéis, todo quedará explicado al final.

Ella entra en la habitación de Colt sin llamar.

Su hijo se ha puesto el casco otra vez y está moviendo los brazos, la cabeza. Jugando en su mundo lúdico. Totalmente real para él.

El plástico negro le cubre las orejas, la nariz y los ojos. Lo justo para mantener el universo a raya.

No la oye. No la ve.

Naomi detesta encontrarlo así, pero no puede dejar de mirarlo. Se parece tanto a su padre. Es igual de apuesto que él. Más todavía.

Colt dispara contra alguien. Apoya una rodilla en el suelo. Dispara contra otro objetivo. Se agacha para esquivar el fuego enemigo. Qué bien conoce Naomi esos gestos. Lo ha visto así a menudo.

Los ha eliminado ya a todos. Desata a la chica y la besa, o quizá es ella la que lo besa a él. Los sonidos que salen del casco no lo dejan muy claro. En cualquier caso, su madre sabe exactamente lo que él está viendo ahora. A su mujer ideal, apenas vestida. Diseñada por él y sus amigos, adolescentes rusos y americanos en su mayoría, lo cual significa: nariz pequeña, pechos sobresalientes, cintura de avispa, nalgas rotundas.

Mientras permanece de pie al lado de su cama individual, el pijama del muchacho comienza a abultarse a la altura de la entrepierna, y la prominencia, cada vez más visible, cambia de ángulo.

En la vida real, apenas le ha dirigido la palabra a alguna chica.

Naomi aparta la mirada, parpadeando. Echa un vistazo a la pequeña habitación de su hijo, en penumbra; las persianas mantienen alejado el radiante amanecer del desierto.

El pequeño escritorio está sepultado bajo una montaña de herramientas y componentes electrónicos.

La ropa sucia se acumula encima de la silla, en el suelo...

Menudo desorden.

Vaya: seis, siete vasos vacíos asoman entre las sombras que anidan bajo la cama. Todos los que hay en la casa. En fin, ya los recogerá ella más tarde.

Gira sobre los talones y sale de la habitación en silencio, desnudas las plantas de los pies contra el suelo de madera. Cierra la puerta sin hacer ruido.

Avanza por el breve pasillo en dirección al cuarto de baño.

Carga el cepillo.

«Pasta para dientes sensibles.»

Dedica los tres minutos siguientes a frotar con esmero. Se inclina para enjuagarse la boca bajo el grifo. Tras enderezarse de nuevo, aclara el cepillo y pasa el pulgar por las cerdas para terminar de secarlas. Deja el cepillo tumbado en el borde del lavabo. Junto al de su hijo.

Dieciocho años casi y nadie lo ha besado nunca. Ay, Colt.

Vuelve a coger el cepillo. Respira hondo y cierra los ojos.

Empieza a restregar de nuevo, esta vez con más brío, con el cepillo seco, hasta que le sangran las encías.

2

En la cocina, Naomi cuelga la chaqueta de seda en el respaldo de su silla. La prenda había pertenecido a su madre, una de las escasas posesiones que la acompañaron desde Nankín. Acaricia una hombrera con delicadeza, sin darse cuenta, como si su madre todavía la llevara puesta.

—¡Que no se te olvide tomar la pastilla! —exclama la nevera a su espalda, con esa voz risueña y jovial que hace que a Naomi le rechinen los dientes.

En fin. A Colt le hace gracia. Creo...

A saber.

Se dirige al frigorífico, saca el estuche de los comprimidos y cierra la puerta.

El sellado hermético de la tapa cede con un chasquido cuando tira de ella hacia arriba. Se chupa el meñique y usa la punta del dedo mojado para extraer una diminuta píldora verde. La engulle sin beber nada. Titubea un instante.

Vuelve a abrir la nevera y saca la fría lata plateada que utiliza para que el café recién molido conserve todo su aroma.

Vigila la puerta de la cocina por el rabillo del ojo. Colt le echaría la bronca si estuviera presente. Por lo general, es su sombra. Seguro que aún anda absorto en el juego. Bien.

—El café inhibe la absorción —le advierte el frigorífico, y Naomi sabe que

solo está proyectando sus pensamientos en él, aunque... el electrodoméstico parece apenado; lo que es peor, decepcionado con ella—. Se aconseja no tomar café durante la primera hora de...

—Pero ¿te quieres callar de una vez? —dice Naomi.

La nevera enmudece.

Deja el bote plateado en la encimera, despacio. Retira la tapa con el mayor sigilo.

Se inclina sobre la lata para aspirar el cálido aroma, acre, reconfortante, complejo y rico en matices.

Busca la cafetera italiana mientras su mente consciente se encrespa y protesta, indignada: no, no, no.

Oh, sí. En la balda de arriba...

Alcanza la pequeña cafetera de aluminio. Desenrosca la parte superior.

De forma automática, sus manos vierten el agua, añaden el café con la cuchara y vuelven a cerrar el recipiente mientras su mente consciente sigue diciendo no, no, no.

Enciende la antigua cocina eléctrica.

En realidad, no es una buena idea...

Calienta un poco de leche. Se vale de unas varillas de batir para formar una firme capa de espuma mientras el café sube y borbotea en la cafetera de aluminio.

El café interfiere en la absorción...

Sus manos montan el *cappuccino*.

Debería controlar mis niveles...

Le prepara un batido a Colt y lo coloca encima de la mesa.

A su lado deja una caja de cereales.

Se acerca al armario y elige un tazón. Espera, no; los cereales saben raro con el café. Y preferiría tomarse este último. Vuelve a dejar el tazón en su sitio.

Ya comeré algo en el laboratorio.

Se sienta con un suspiro y se acerca el *cappuccino* a los labios.

Colt entra en la cocina. Aún lleva puesto el casco, pero ha apagado el juego y el visor está claro. Puede verla.

La mano de Naomi salta instintivamente hacia delante para ocultar la taza de café tras la caja de cereales. La sacudida hace que se desborde la espuma caliente, que se derrama sobre el asa y su mano antes de gotear con parsimonia

en la mesa.

A la mierda.

Recupera la taza y da un sorbo, despacio, paladeándolo. Está delicioso.

—Tienes el batido en la mesa —dice.

Colt observa fijamente el café que ella sostiene en la mano.

—¿Qué pasa, te has tomado la pastilla antes de tiempo? —le pregunta.

—Tómate el batido, anda.

Colt va a buscar una pajita. Verde, a juego con el batido. Se sienta frente a ella.

—No deberías tomar café con las pastillas. Interfiere en la absorción.

Naomi suelta la taza para lamerse la espuma que tiene en la mano, la coge de nuevo y da otro sorbo.

—A lo mejor es que quiero que me interfieran —replica, arrastrando las palabras con acento francés.

Colt frunce el ceño.

—Eso no tiene sentido, mamá.

Naomi levanta el brazo y, girando una rueda invisible, se limita a decir:

—Clic.

Últimamente es lo único que hace cuando de verdad quiere cambiar de tema. Cuando proseguir con la conversación desembocaría en gritos y llantos.

Colt cambia de tema.

—¿Ya tienes tu chimpancé?

Naomi emite un gemido y hace ademán de buscar el dial invisible de nuevo.

Colt comienza a mecerse de forma casi imperceptible en la silla.

La mano de Naomi se detiene en el aire. No. La pregunta es pertinente. Deja caer el brazo al costado.

—No van a darme ningún chimpancé.

El chico le pega un sorbo al batido.

—¿Por qué no?

—Demasiado caro. Demasiado papeleo. Los del Comité de Ética no estaban nada contentos. Me pusieron como quince excusas distintas.

Colt esboza esa sonrisita preocupada suya que significa: ¿en serio?

Naomi ensaya ese despreocupado encogimiento de hombros suyo que significa: no, exagero.

—Cinco, seis razones —matiza.

—Podrías solicitarlo otra vez —dice Colt.

—Podría, sí.

—Vas a tirar la toalla.

—Exacto.

—Mamá, podrías probarlo conmigo.

¿Será una broma? Pero si no bromea nunca.

Santo cielo, habla en serio.

—NO, Colt.

—Confío en ti.

—Colt, se trata de un procedimiento experimental en absoluto probado...

—Sí que se ha probado, y funciona.

—¡En ratones! No con personas.

—Pero...

—Tardé meses en conseguir que funcionara con los ratones, y eso que no son tan complejos. No tuve que preocuparme de preservar sus recuerdos, ni su personalidad...

—Pero has resuelto el problema de la integridad de la membrana celular.

—¿Y tú eso cómo lo sabes? —su reacción es muy brusca, demasiado, y el muchacho hace una mueca, encoge los hombros—. ¿Colt?

Pero él ya ha cerrado los ojos y está empezando a tararear.

Esto podría terminar mal...

A Naomi le gustaría rodear la mesa y reconfortarlo, tocarlo, abrazarlo, pero no puede (cuando se pone así, reacciona a su contacto como si le aplicaran una descarga eléctrica, pataleando y profiriendo alaridos), de modo que se limita a mecerse en la silla, imitándolo, atenta a la tensión que se ha cincelado en sus facciones. Dios, sí que está esforzándose por interactuar hoy.

Ay, Colt, gracias, te quiero, vuelve, eso es...

El muchacho abre los ojos y, sin mirar a su madre, dice:

—Leí tu último artículo.

—Colt, no puedes... —se esfuerza en modular la voz, para no bloquearlo con sus emociones, aunque se siente inexplicablemente atemorizada. Y furiosa.

Mira de reojo la encimera de la cocina, hacia su pantalla, pero está apagada y plegada como una hoja de papel. No, claro, debe de haberlo leído en el despacho. La única copia está en su caja fuerte de datos.

—Te lo ruego, Colt, tienes que dejar de hackearme los archivos. No es justo. Necesito un poco de espacio. Privacidad.

—Has resuelto el problema —murmura él, sin levantar la cabeza—. Ya

estás lista para pasar a los primates. Por favor.

—He resuelto los viejos problemas. Pero surgen otros nuevos —Naomi se rebulle en la silla, intenta captar su atención—. Escucha: siendo realistas, lo más probable es que el primer par de primates fallezcan. La evaluación de riesgo oficial no era satisfactoria. Por eso el Comité de Ética no...

—No saben lo importante que es esto.

—Les he proporcionado un esquema general...

—Ya he visto el dossier. No les has contado que...

—Colt, ni siquiera estoy segura de querer hacerlo.

—¿Por qué? ¿Crees que Dios va a enfadarse contigo?

Ahora le toca a ella crisparse.

—Mira, operar en la gente unos cambios tan... radicales... —no puede empezar a hablar ahora del carácter sacrosanto de la creación humana, así lo provocaría más, de modo que tendrá que reformularlo—. No se trata solo de un dilema religioso. Incluso en términos seculares, éticos, cuando se tienen dos tipos de personas...

—No, estás alterando los términos —tras dos años de debates religiosos, Colt se ha vuelto un experto en combatirla utilizando su propia lógica—. Si Dios te ha creado, podría actuar a través de ti.

Sí. Ya lo había pensado. Pero ¿y si no fuera así?

—Aparquemos el tema de la religión, ¿vale? Siempre acabamos enzarzados en dos juegos dialécticos diferentes. Así no se llega a ninguna parte.

—Vale.

Se conocen al dedillo los «vale» del otro. Y ese no ha sido de los buenos. Naomi observa su rostro. Colt agacha la cabeza y sorbe un poco más de batido.

—¿Aceptaron tu artículo original en la StemCellCon? —pregunta el chico.

—No.

No tiene por qué darle más explicaciones.

Colt sigue tomándose el batido.

Se prolonga el silencio.

—¿Llegaste a enviarlo?

Por favor, esto es absurdo. ¿Quién es el padre de quién aquí?

—Cariño, no le des más vueltas, ya ha pasado la fecha de entrega.

—Pero si...

—Estabas peleando otra vez —lo interrumpe Naomi.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Ah, sí. Y les repetí mil veces que no quería luchar, pero se empeñaron.

Naomi exhala un suspiro tan hondo que se forma un cráter en la espuma de su *cappuccino*.

—Bueno, ¿y qué hiciste? —da un tercer sorbo; pasable. El primero siempre es el mejor, con diferencia.

—Me di munición infinita, me los cargué a todos y les quité a sus mujeres.

—No me gusta que hagas esas cosas.

—No son mujeres reales, mamá. Bueno, una de ellas resultó serlo pero...

—No, lo que no quiero es que mates a las personas que te fastidian.

—Solo es un juego, mamá.

Espera un momento, vuelve atrás. Ha detectado una nota extraña en su voz.

—¿A qué te refieres con eso de que una de ellas resultó ser real?

Pero Colt se limita a sacudir la cabeza con fuerza, no le apetece hablar de ello ahora.

Naomi experimenta un escalofrío abrasador, reflejo del azoramiento que siente el muchacho, al imaginárselo intentando actuar como un hombre frente a una mujer de verdad; lo archiva junto con todas las demás cosas en las que no quiere pensar. Si le apetece hablar de ello más adelante, ya sacará él el tema.

Pega otro sorbo, despacio; se esfuerza por saborearlo.

Ojalá todos fuesen como el primero.

—Ese es el problema, Colt. En la vida real no se puede hacer eso.

—¿El qué?

—Cambiar las reglas como a ti te convenga.

—Pero tú también quieres cambiar las cosas, mamá. Es lo que haces en el laboratorio, cambiar las reglas de la vida.

—No, yo no quiero cambiar nada. Soy científica. Me limito a observar las cosas e intentar comprenderlas.

Colt niega con la cabeza.

—No se puede observar algo sin alterarlo. Formas parte del universo. El mero hecho de extraer información adicional constituye un cambio de por sí.

¿Por qué ha tenido que meterse en este embrollo? Ahora el niño ha dejado de tomarse el batido.

—Existe una diferencia fundamental, más bien muchas —replica Naomi—, entre echar una partida a un juego y llevar a cabo una investigación.

—Vale, estupendo, son dos cosas distintas. Pero ¿por qué no puedo cambiar las reglas? Es mi juego. Y a veces las normas resultan estúpidas.

—En la vida real no tienes munición infinita. En la vida real te pueden matar.

—Conozco la diferencia, mamá.

Naomi consulta el reloj de soslayo. Hay tiempo de sobra. En fin, ya que van a discutir, por lo menos que sea sobre algo importante. Se bebe medio café de golpe. Lo empuja hacia delante con la lengua, lo vuelve a filtrar entre los dientes, traga.

—Me parece que pasas demasiado tiempo dentro del casco.

Colt ha empezado a mecerse adelante y atrás otra vez, pero está interactuando, no cerrándose en banda. Es una mejora.

El muchacho carraspea.

—En China hay un tío que se tiró seis días seguidos jugando. Sin dormir ni nada. Ostenta el récord mundial.

Santo cielo.

—Bueno, seguro que se quitó el casco en algún momento...

—No —Colt está imprimiéndole velocidad a su balanceo—. No se lo quitó.

—¡Vale, de acuerdo! No se lo quitó —así no van a llegar a ninguna parte. Se sabía desde el principio.

—Hubo otro que lo llevó puesto ocho días seguidos —concluye el muchacho—, pero ese se murió.

3

Colt regresa a su cuarto después de que la discusión haya tocado a su fin.

Naomi sale al cálido aire desértico con paso indignado y cierra dando un portazo.

Maldición.

Los gestos grandilocuentes nunca sirven de nada.

Se me ha olvidado la chaqueta.

Y la pantalla.

Vuelve adentro discretamente, recoge sus cosas y sale de nuevo. En esta ocasión cierra la puerta con sigilo a su espalda.

Al pasar junto a las pequeñas matas de sen, arranca unas cuantas hojas y se

las guarda en los bolsillos de la chaqueta.

Reanuda el paso en dirección al Pontiac, aparcado bajo el tejadillo.

Tira la chaqueta al asiento del copiloto, con tanta fuerza que algunas de las hojas terminan cayéndose al suelo. Suspira mientras se pone al volante. Vale, ya puede empezar la jornada. Enciende a regañadientes la pantalla, que se despliega al alcance de su mano, resplandeciente de malas noticias, mensajes, recordatorios...

Hmmm. Hay una alerta del juego, de esa mañana. Colt ha hecho saltar el control parental. No se trata de una simple advertencia: ha sido expulsado del mundo de los juegos. De modo que se disponía a hacerle algo a aquella mujer, o a intentarlo. O quizá era ella la que se proponía hacérselo a él...

No me apetece enfrentarme a eso ahora.

Naomi arranca el coche y aguza el oído para prestarle especial atención al murmullo del motor eléctrico. ¿Qué ha sido eso, un traqueteo? No.

El penetrante aroma de las hojas de sen la apacigua. Sale a la carretera y se dirige al trabajo.

Sabe que el coche es una birria porque todo el mundo lo dice, pero lo compró con su dinero y le gusta; además, las medidas de seguridad se activarán de forma automática si la caga. De todos modos, no tiene nada que ver con la lógica; sabe que un vehículo más moderno, completamente autónomo, sería mucho más seguro, pero la ausencia de control la pone nerviosa. Y en ocasiones los hackean a distancia, aunque solo sea muy de vez en cuando.

La gente todavía puede conducir su propio coche en Nevada, por suerte; basta con pagar el correspondiente plus de peligrosidad del seguro.

Siempre y cuando haya dinero de por medio, en Nevada todavía puede hacerse prácticamente de todo.

El Centro de Investigación Biológica Casey se encuentra en la cara soleada de un valle, a escasos kilómetros del límite oriental en expansión de Las Vegas. Allí el suelo sigue siendo aseQUIBLE. Además, la paz que reina en los alrededores de la instalación está garantizada; no pueden tener vecinos, por ley, puesto que a veces manejan patógenos.

Al coronar la colina e internarse en el valle, Naomi echa un vistazo a las pantallas de los retrovisores. La carretera, siempre proclive a servir de escenario a espejismos a primera hora de la mañana, incluso cuando no era más que una franja de asfalto corriente y moliente, se ha recubierto hace poco con un material negro mate de alto rendimiento que captura la energía solar.

Naomi se ha encariñado con esta nueva sección de la Red Solar de Autopistas Federales, y no solo porque obtener directamente la electricidad que necesita el vehículo mientras se dirige al trabajo le resulte más rentable que recargarlo en casa.

Ahí está. Justo a tiempo. El sol ya ha caldeado lo suficiente el apacible río negro de la carretera, sobre la que reposa ahora una fina capa de aire caliente, que se mantiene en su lugar gracias a la estática, debajo de kilómetros de aire de montaña, denso y frío a esa hora aún temprana.

El cielo de color azul claro, al refractarse en esa lente inestable de aire invertido, palpita y oscila en el suelo como si de agua se tratara, y el onírico paisaje de Las Vegas, diminuto y lejano, reluce mientras emerge de un lago inexistente: la cúspide de la pirámide Luxor, la torre Eiffel, el Empire State Building.

El mundo entero disolviéndose en luz.

Naomi llega a las instalaciones, un complejo de laboratorios y edificios de oficinas de escasa altura conectados entre sí, y aparca a la sombra detrás del Lab 3. Hay sitio de sobra. Ha llegado pronto, como de costumbre. Sin embargo, la verdad sea dicha, podría aparcar a la sombra aunque no fuese tan temprano. Porque nadie más está ahí nunca a su hora.

Naomi cruza el asfalto recalentado del aparcamiento en dirección a la entrada principal.

Ve que un pequeño dron de reparto suelta un paquete en la azotea que va dirigido a su despacho.

Ah, bien, las orugas. Espero que estén bien refrigeradas...

El dron remonta el vuelo y regresa al almacén.

No es la primera vez que Naomi se pregunta por qué no pintarán de blanco el asfalto que rodea los laboratorios; ya que no piensan utilizarlo para atrapar la energía solar, por lo menos que no absorba tanto calor inútilmente.

Hmm. El coche de Donnie. Aparcado junto a la entrada. Pero qué tío más vago.

Se abriga con la chaqueta en cuanto pone un pie dentro de las instalaciones,

con el vello de punta a causa del brusco descenso de la temperatura.

No hay ni rastro de Shannon en el mostrador de la recepción, por supuesto, de modo que Naomi entra directamente en el Lab 1. Nadie.

Lab 2, tampoco hay nadie. Las puertas se abren con un chasquido cuando se acerca. Bien. Tras la vulneración de la seguridad hace un par de semanas, se endurecieron los requisitos de acceso, hasta tal punto que, durante días, las puertas de todos los laboratorios se bloqueaban a su paso. Un auténtico incordio.

A propósito de incordios...

Lab 3, Donnie Glassford, encorvado sobre un banco de trabajo.

Su jefe. Con pinta de gorila sin pelo y embutido en una camiseta de los Texas Longhorns, como de costumbre. Y sobrio, lo que es menos habitual. Una agradable sorpresa. Incluso tiene una taza de café al lado, si bien da la impresión de no haberlo probado siquiera; el brebaje se ha quedado legamoso y helado.

El hombre endereza la espalda y la observa de la cabeza a los pies, demorándose en los mismos lugares de siempre.

—¿Hoy no ha venido Colt?

Puf. Naomi se concentra en el dibujo de la taza, descolorido y fragmentado, para no tener que mirarlo. La bandera tejana ondea sobre el lema «Recordad El Álamo».

—Quería quedarse en casa, avanzar en su juego.

Donnie asiente con la cabeza.

—Ajá. Enseguida estoy contigo.

Vuelve a fijar su atención en el ratón con el que está trabajando. Le ha extirpado el lóbulo frontal izquierdo, a juzgar por su aspecto. Nada complicado. Como a él mismo le gusta repetir: «Para esto tampoco es que haya que ser neurocirujano, jaja». La tapa del cráneo del animal reposa olvidada en la mesa, a escasos centímetros, como un casco de ciclista en miniatura.

Naomi reconoce al ratón. Bueno, no a ese ejemplar en concreto, pero pertenece a una línea de investigación con la que está familiarizada: albino, sin pelo, genéticamente modificado para ser más propenso a desarrollar tumores cerebrales.

Observa el lóbulo frontal de reojo. Espera, este es de los suyos. Pero ¿qué coño hace Donnie con uno de sus ratones?

Él levanta al ratón inconsciente por la cola, con la mano derecha, dejando la tapa del cráneo encima de la mesa, y utiliza la izquierda para quitarle el tapón aislante a un botecito de nitrógeno líquido. Este borbotea furiosamente, como un volcán de dibujos animados; el vapor blanco se derrama por los costados y se extiende sobre la mesa como un diminuto banco de niebla.

Está dejando que el nitrógeno se caliente demasiado, piensa Naomi. Si va a mantenerlo ahí durante toda la operación, debería haber elegido un bote más grande. La relación entre volumen y área de superficie estaría más equilibrada.

Su enfado no tarda en desvanecerse, sin embargo, reemplazado por un creciente temor. Donnie no hace trabajos de laboratorio.

El ratón, con el cerebro aún expuesto, se estremece en su mano. Va a despertarse.

Donnie lo sumerge en el bote de nitrógeno, dejando fuera tan solo el último centímetro de cola que sostiene entre los dedos. Un volumen minúsculo, un área de superficie relativamente grande en comparación; el ratón se congela hasta la médula en cuestión de segundos. Donnie lo saca, lo gira, vacila; el animal oscila como un péndulo por encima de la mesa.

—Mierda —masculla—. Perdona, Naomi. Se me olvidó el papel de aluminio. ¿Me preparas un trozo?

—Claro —Naomi traga saliva con dificultad al notar un poso de bilis en el fondo de la garganta.

Vuelve a tragar.

Arranca una lámina del rollo de papel de aluminio y la extiende sobre la mesa.

Donnie coloca el ratón encima, en diagonal, lo envuelve como si de un burrito se tratara, lo etiqueta con la mano en la que no lleva guante, lo coge con la mano en la que sí lo lleva y lo mete en el congelador. Presiona la tapa hasta que se oye un chasquido.

—He estado hablando con el Comité de Ética —dice. Coge la taza de café frío, la mira con extrañeza y vuelve a soltarla.

—Oh.

—Me he cobrado un par de favores. Parece que al final sí que podríamos conseguir algún chimpancé.

—Vale —dice Naomi. Tras un largo veto, el estudio con chimpancés vuelve a ser legal desde hace un par de años para ayudar a los investigadores a lidiar

con las distintas epidemias que se transmiten de los primates a los seres humanos. Obtener permiso para trabajar en algo que no sea el virus de inmunodeficiencia en simios, la fiebre de Lassa, alguna mutación del ébola o la gripe de tipo F resulta prácticamente imposible. Naomi imagina el esfuerzo que debe de haberle costado—. De acuerdo.

—Así que, si pudieras publicar...

—No.

—Mira —suspira Donnie—, todos los que trabajamos aquí sabemos que tu estudio es magnífico. Pero si no lo publicas —adopta la voz de algún personaje antiguo de la tele, Naomi no sabe cuál— es como si no existiera.

De súbito la asalta el nítido recuerdo del cerebro expuesto del último gran mamífero con el que trabajó. Un perro que tenía el tejido nervioso dañado. Grande y negro, un buenazo.

Dios, me implico demasiado.

Estaba llevando a cabo su investigación sobre el dolor. De eso hacía mucho tiempo.

Realizaba ensayos con el animal, una semana después de haber destruido su capacidad para bloquear el dolor. Confiaba en ella hasta tal punto que, incluso moribundo, continuaba lamiendo su mano.

Parpadea para ahuyentar el recuerdo y niega con la cabeza.

—No está terminado.

—No hace falta que lo esté. Mejor así, de hecho, ya sabes. Tú haz las preguntas que importan, diles que el método parece prometedor, blablablá, resultados preliminares, blablablá, y nos concederán los fondos necesarios para buscar las respuestas.

—Estoy en ello —Naomi contempla el cielo que se extiende al otro lado de la ventana—. Ya casi lo tengo. Me faltan unos pocos datos, nada más.

A Donnie no le gusta que mire por la ventana.

—Como no publiques algún hallazgo preliminar —dice—, nos costará un triunfo que nos concedan el presupuesto. Hay que agilizar el proceso.

—Ya lo sé —Naomi sigue mirando hacia fuera.

—Es como si tuvieras la costumbre de no publicar tus ensayos.

Caray. Ha cambiado de estrategia ofensiva.

—¿A qué te refieres? —ahora Naomi está mirándolo a él.

Donnie se encoge de hombros.

—Que a qué te refieres.

—Impresionante trabajo el que hiciste con los patos de Berbería.

—¿Cómo sabes tú eso? —aquellos patos, Dios santo. Uno de sus primeros estudios, de cuando todavía iba a Berkeleyy.

—Unos documentos asombrosos, en serio. Asombrosos.

—¿Quién..., dónde los has conseguido?

—Qué barbaridad de información, he aprendido mucho —su mirada la recorre de arriba abajo mientras habla—. Por supuesto, ya sabía que con los patos de Berbería el sexo es... no consentido. Sabía que las hembras han desarrollado una vagina en forma de sacacorchos, con todo tipo de falsas paredes y callejones sin salida, para burlar a los machos, pero tu estudio... hizo que lo viera desde una nueva perspectiva.

—Nunca he publicado ese trabajo. Ninguno de aquellos trabajos —nota que le tiembla la voz. ¿Miedo? ¿Rabia? Las dos cosas. Dios, es como si acabara de pillar a alguien leyendo su diario.

—Bueno, a eso es a lo que me refería —Donnie sacude la cabeza—. Deberías haberlo hecho, en serio. Lo que hiciste con esos bichos, siguiendo la pista de la evolución de su pene hasta ser capaces de penetrar y eyacular en una... vagina con forma de sacacorchos..., en una décima de segundo..., y toda esa, no sé, carrera armamentista genital, con la vagina de las hembras cambiando la dirección del sacacorchos para dejar fuera a los chicos... Fascinante. Deberías haberte sentido orgullosa.

—Y lo estaba. Lo estoy.

—Unos resultados extraordinarios. Pero no publicaste ninguno.

—¿Quién te ha dado..., dónde los has leído?

—Las conclusiones que exponías en..., ¿era el tercer estudio, el de la estrategia reproductiva? Sí..., eran particularmente curiosas, por así decirlo.

La mera mención de aquel informe le infunde la misma maraña de emociones contradictorias que la embargaban entonces.

—No era mi especialidad —espera, ¿por qué se distancia de ello? El estudio era bueno. A pesar de...

—Una escalada armamentista genital impulsada por la violación —reflexiona Donnie en voz alta—. La violación como estrategia reproductiva dominante...

—Las hembras aún conservan un gran control sobre su vagina —lo interrumpe Naomi. Se esfuerza por recordar cuál era la conclusión del estudio, pero el halo de vergüenza y temor que lo envuelve le impide pensar con

claridad—. Podían bloquear el...

—Ya —Donnie pasa por encima de su réplica como una apisonadora—, pero es bastante curioso que la estrategia evolutiva ganadora para las hembras del pato de Berbería consista, básicamente, en garantizar que sea el violador más fuerte el que las fecunde.

—No es eso lo que decía...

—No, si lo entiendo —Donnie le guiña un ojo—. El sexo es una actividad de riesgo.

Naomi se muerde la lengua. Contempla el techo, primero; después baja la mirada a sus pies.

Oh, aquellos patos. Todos aquellos meses tan extraños, empleados en ser testigo de una violación tras otra, mientras su matrimonio con Ryan se desmoronaba. Estudiando una cultura en la que el sexo afectuoso y consentido entre iguales se había convertido en algo imposible; peor aún, en un error desastroso cuyo fruto era una progenie abocada al fracaso.

Habían caído en una trampa adaptativa sin escapatoria posible.

Su evolución consistía en erradicar el amor del sistema.

Al observar a esos patos, resultaba inevitable pensar en el extraño y deprimente matrimonio de su padre y su madre; en la vida que llevaba ella misma, tan dolorosa y compleja.

Cuando acabó, no sabía si había escrito un estudio científico o una autobiografía.

El trabajo era bueno.

Y no, no había querido publicarlo.

—Es que, a ver, hay culturas de la violación y culturas de la violación —dice Donnie—. Ignoraba que los patos de Berbería machos pesaran cuatro veces más que las hembras. No extrapolaste tus hallazgos a ninguna otra especie, de acuerdo, pero eso explicaría la existencia de los jugadores de fútbol americano.

Se ríe.

Ella no.

Acababa de resolver el misterio. Era evidente.

—Ha sido Ryan, ¿verdad?

—Mmmm. Te aconsejo que dejes pasar unos días antes de volver a traer a Colt al laboratorio.

—Mira —farfulla Naomi—, lo siento, Donnie, pero... —hasta que se da

cuenta de que no está recriminándole nada, sino cambiando de tema—. ¿Por qué?

—Shannon me ha pedido que te informe de que a lo largo de la semana podrías encontrarte con una inspección sorpresa.

—¿En serio? —vale, esto tiene prioridad—. Puf. ¿Cuándo?

—El jueves, seguramente. Te lo confirmará en cuanto lo sepa.

—Vaya, estupendo. De acuerdo —por muy insensible, cretino y misógino que sea, con sus dos divorcios auestas, los hay peores. Responde con educación—: Gracias, Donnie. Y dáselas también a Shannon.

—Hecho —Naomi ya no es el centro de atención para Donnie, que está jugueteando con un pequeño cauterizador químico como si fuese el primero que ve en su vida. Cielos, lo más probable es que lo sea.

Venga. Sabe que te pica la curiosidad. Pregúntaselo de una vez.

—¿Por qué estás diseccionando mi ratón?

—Estaba herido. Lo habían atacado los otros. Además, me interesaba averiguar si habías hecho algún progreso. No sueltas prenda.

A Naomi se le escapa una mirada de reojo en dirección al lóbulo frontal.

—Bueno —dice Donnie, sucinto—, la cosa parece que marcha.

¿Cuánto sabe? Naomi lleva tanto tiempo esforzándose por disimular sus emociones que comienza a dolerle la cara.

—El ratón... —se interrumpe. Bah, sería absurdo no preguntárselo—. ¿Exhibía alguna pauta de conducta poco corriente?

—Solo pude observarlo durante un par de minutos, pero sí, fue su comportamiento lo que me llamó la atención.

—¿Qué estaba haciendo?

—Luchar. En el laberinto grande, ese que está equipado con cámaras para obtener información sobre sus movimientos y decisiones. Este chiquitín estaba plantándoles cara como a una docena de congéneres.

—¿De qué manera? —Naomi sabe que las cámaras lo habrán grabado todo y que enfrascarse ahora en esta conversación con Donnie es contraproducente, pero se deja vencer por la curiosidad.

—Estaba usando el laberinto a modo de espacio tridimensional, saltando por encima de las paredes para zafarse de sus perseguidores —Donnie frunce el ceño—. Su tiempo de reacción era muy rápido. Daba la impresión de poseer una extraordinaria percepción de su entorno. Un espectáculo insólito. Seguro que está todo en las cámaras. Terminaron acorralándolo en un callejón

sin salida de paredes muy altas. Se abalanzaron sobre él. Lo rescaté con vida, pero ya te puedes imaginar, estaba en las últimas, así que le practiqué una autopsia rápida.

Naomi se pregunta cuánto de cierto habrá en esa historia. El cuerpo parecía ileso. La palabra «capullo» resuena con tanta fuerza en su mente que por un momento teme haberla pronunciado en voz alta y aprieta las mandíbulas. Vuelve a aflojarlas.

—De acuerdo. Analizaré esto —guarda el lóbulo frontal en una nevera antes de que a Donnie le dé tiempo a reaccionar y se dirige a su laboratorio.

—Naomi...

Como me pegue una palmadita en el culo, le rompo el brazo.

Espera a estar en el laboratorio, con la puerta cerrada a su espalda, asegurada con la anticuada cerradura metálica que ella misma ha instalado, antes de permitir que sus emociones afloren por fin a su rostro.

Todo su cuerpo se relaja mientras emite un gruñido gutural, pone los ojos en blanco y saca la lengua.

La sensación es maravillosa.

5

El laboratorio es un espacio con el que está familiarizada, un remanso de paz.

Debería darles de comer a las orugas.

Disponen de un sistema de alimentación automatizado, pero le gusta pensar que las orugas se benefician de las hojas frescas normales. Mariposas monarca, *Danaus plexippus*. Las favoritas de todo el mundo.

Un par de ellas ya han empezado a mudar en crisálidas. No tardarán en descomponerse y reconstruirse, transformándose por completo.

Levanta con cuidado la fría tapa de cristal del tanque de maduración y la deja a un lado.

Se inclina para aspirar la fragancia de la tierra.

Nota en el dorso de la mano el frescor y la tersura de la seda al sacar un puñado de hojas del bolsillo de su chaqueta. Las yemas de sus dedos se deleitan con la suave pelusilla que las recubre. Las acaricia distraídamente mientras se percata de que su voz continúa repicando dentro de su cabeza,

discutiendo con Colt, y comprende que no ha dejado de sonar desde el desayuno, durante todo el trayecto hasta el trabajo y en medio de la conversación que ha mantenido con Donnie. Ups. Respira hondo tres veces seguidas.

Una... Dos...

Mejor que sean cinco.

Vale.

Fíjate bien en las hojas, las orugas que las mordisquean, míralas bien.

Concéntrate en el aquí y el ahora.

Qué vivas están.

Qué nítidos colores, qué intensos.

Como... como diminutos comprimidos de vitalidad.

No, no quiero cambiar el mundo, se dice.

Pero se sienta a su mesa de todos modos y, con voz trémula, dicta una detallada serie de notas. Los resultados de la última prueba han sido realmente extraordinarios.

Y no tiene por qué publicar nada. Nadie puede obligarla.

6

De nuevo en casa, después del trabajo, Naomi se dirige al cuarto de Colt y se para en la puerta. Escucha con atención.

Nada. Aunque eso no significa gran cosa.

Estira el brazo, dispuesta a llamar, pero sus nudillos se quedan inmóviles a escasos centímetros de la puerta. Hace mucho que no la observa con detenimiento, que no se fija en ella. Está cubierta de pósteres, pegatinas, marcas de fabricación propia que simbolizan cada una de las etapas de la vida de su hijo. Abre el puño y, con las yemas de los dedos, acaricia la áspera pintura roja de una de esas señales, a la altura del rostro.

Parpadea para contener las lágrimas que amenazan con aflorar a sus ojos.

Colt la había pintado con un grueso brochazo infantil escasos meses después de que se mudasen a la casa, después de que ella se hubiera separado de Ryan. Diez..., no, Dios, ya hace casi doce años.

El muchacho había escogido una pintura satinada de color rojo y una hoja de papel que sacó de la impresora de su madre. La mitad de los pelos del

pincel estaban doblados o rotos y sobresalían en todas direcciones, por lo que el contorno de las letras estaba salpicado de diminutos rasguños carmesíes. Rezaba: «Ladrones no». Aunque, en realidad, lo que ponía era más bien: «Ladr», «ones» y «no», en tres líneas distintas. Colt lo había escrito después de que alguien entrase a robar en el garaje de los vecinos. Tenía seis años. Le preocupaba que los ladrones se colaran en la casa y se llevaran todos sus juguetes. No podía dormir.

Una vez colocada la advertencia en su sitio, volvió a sentirse completamente seguro.

El poder de la palabra escrita.

Café, piensa Naomi, necesito café, y descarta el pensamiento enseguida. Escucha. No se oye nada. Gira el pomo de la puerta del dormitorio con extraordinaria delicadeza. La hoja se entreabre muy despacio, apenas una rendija.

Colt no está en la habitación.

Recorre la casa, buscándolo, pero no está allí.

Sale a la calle. Rodea el edificio. Ni rastro de él.

Da otra vuelta a la casa, alejándose un poco más esta vez.

Lo encuentra, con el casco puesto todavía pero por lo demás desnudo, tendido bocabajo en un pequeño claro de arena más allá de los arbustos de mezquite, a medio camino hacia la cresta de la colina.

El corazón martillea una y otra vez en su pecho. Nota las piernas pesadas, más pesadas aún, cuando empieza a correr. Como si estuviera levantando sacos de tierra mojada. Tarda apenas un instante en llegar hasta él, pero los segundos se le antojan inmensos, agotadores.

Se deja caer de rodillas en el suelo caliente, sin atreverse a tocarlo, preguntándose cómo hacerlo para comprobar que no haya sangre, que no se haya hecho daño.

Hasta el último detalle es nítido e intenso. Vívido.

Con el cuerpo iluminado por el sol poniente, las vértebras que atirantan la piel bronceada del muchacho proyectan sombras sinuosas sobre su espalda. Como diminutas dunas de arena.

La banda flexible de plástico negro que sujeta el casco se ve surcada de arañosos y rozaduras.

Las marcas pálidas que presenta en los brazos... La mente de Naomi se repliega, atemorizada, y desvía la mirada.

La ropa del muchacho —una desgastada camiseta gris del Correcaminos, vaqueros negros, bóxer de color rojo, el ceñido mono de microfibra flexible que se pone para jugar— forma un montoncito a pocos metros del cuerpo.

La arena. Guijarros desperdigados. Un par de ramas de mezquite reseca.

Un dispensador de hilo dental, redondo, de plástico.

Una colilla calcinada por años de sol.

Todo posee unos contornos asombrosamente bien definidos. Naomi extrae toda la información visual de las imágenes que captan sus ojos, analizándolas a gran velocidad y de forma exhaustiva, rastreándolas en busca de patrones poco frecuentes.

Sin ser consciente de ello, examina el entorno por si hubiera alguna huella en la arena: de serpiente, de coyote, de persona, da igual.

Busca sangre, algún arma, alguna —y esta sí que es buena— jeringa. Hace años, en la universidad, Naomi se encontró a su compañera de habitación tirada de bruces en el cuarto de baño, con una jeringuilla al lado; por eso la imagen de Colt tumbado bocabajo, con las piernas formando ese ángulo en particular, desbloquea la antigua fórmula en su memoria: cuerpo + jeringa = explicación, de modo que el cerebro de Naomi comprueba esa fórmula, esa explicación, y sus ojos saltan al lugar donde vieron aquella aguja tantos años atrás.

Pero no está allí. Alivio ante su ausencia; ansiedad ante la renovada falta de explicación. Su organismo libera tantos componentes químicos al reaccionar a todos estos estímulos contradictorios que comienzan a interferir entre sí. Se siente inquieta e incapaz de pensar.

El muchacho mueve los brazos, un gesto lánguido, como si estuviera nadando. Agita las piernas. Está nadando en la arena caliente.

—Me cago en la puta, Colt —Naomi cierra los ojos, la tensión desaparece de su musculatura y se tiende a su lado.

—¡Mamá! —la reprende el muchacho mientras gira la cabeza, el casco, hacia ella. No, no le gusta que Naomi blasfeme. Por lo general solo dice palabrotas dentro de casa.

Esto es lo que solía hacer cuando tenía cuatro, cinco, seis años. Nadar en la arena. Decía que le gustaba sentir su calor en la piel. Hasta que los chicos de la escuela se enteraron y se burlaron de él, y entonces paró. Debía de tener siete años cuando lo dejó. Llevaba una década sin hacer algo así.

—Me has dado un susto de tres pares de cojones —Naomi se estira en la

arena caliente.

—Mamá, he diseñado un nuevo nivel y lo he integrado en el juego —su voz suena soñadora de nuevo. Distante. Feliz—. Está ambientado en el desierto. Parece totalmente real.

—Es real. Vives en el desierto —replica ella, exasperada, aliviada, mareada. Detecta en la voz del muchacho que ella en realidad no está allí, en su mundo. Que Colt está hablando con un fantasma, por educación.

—Pero mi desierto es mejor. Es real. He mejorado el sol.

—Colt, el desierto de tu juego no es real —Naomi se inclina hacia delante e intenta mirarlo a los ojos a través del cristal tintado del visor, pero solo puede verse a sí misma recostada a su lado, su rostro deformado y estilizado sobre la superficie curvada. Él desaparece—. No es lo mismo ver el mundo que ver una foto del mundo. Aunque sea una foto estupenda. Hay una diferencia importante. Una diferencia fundamental.

—No, no la hay. Lo único que experimentamos es nuestro propio sistema nervioso. Lo único que vemos es esa foto del mundo.

—Pero se trata de una foto que refleja la realidad, algo que existe realmente...

—Tú no lo entiendes —Colt gira la cabeza en dirección al sol—. Puedo ver la corona. Las llamaradas solares.

—Entiendo que estés emocionado, de verdad —¿qué podría hacer para metérselo en la cabeza?—. Me parece estupendo que hayas mejorado los gráficos, pero... —no está escuchando— si pudieras... —intenta morderse la lengua, pero estas palabras, de tanto repetir las, se han consolidado en una sola unidad, y puesto que ya ha empezado a decirlas, acaba la frase de forma automática— vivir el momento...

La ha oído, está claro. El sol le arranca un destello al visor cuando se vuelve por completo para observarla. No puede ubicarla en el juego; no puede verla; no es más que una voz incorpórea que está invadiendo su juego, su mundo, desde el exterior, como una conciencia.

—¡Nadie vive el momento! —replica, y su voz suena ligeramente estridente, temblorosa—. ¡No tenemos acceso al momento! ¡De dónde sacas esas ideas! Son chorradas, chorradas. Nuestro cerebro predice lo que va a ocurrir a continuación y genera una imagen a partir de ello, eso es todo —no le da miedo enfadarse cuando está dentro del casco—. Pero no es real, sino una mera suposición. Vivimos medio segundo en el futuro...

—Ya lo sé, escucha... —a Naomi se le encoge el estómago.

—... porque si únicamente viéramos lo que ya ha estado aquí antes que nosotros y reaccionáramos a eso, nuestro tiempo de reacción es tan lento que acabaríamos devorados.

—Lo sé...

—Vivimos en el futuro, actuamos en el futuro, es solo que estamos tan acostumbrados que no nos damos cuenta...

—Ya lo sé —Naomi se levanta y se sacude la arena de las piernas.

—... hasta que nuestra proyección del mundo deja de dibujarse con exactitud y pisamos un escalón que no está ahí o...

—Pero si el mundo es un mapa que ya está dibujado, eso significa que habrá que apoyar el mapa en algo.

—¡Claro! Pero no podemos verlo, así que, ¿qué más da?

—Pero si ni siquiera ves el mundo real, ¿cómo puedes vivir en él?

—Sí que veo el mundo real, no me estás escuchando. Lo que intento explicar...

Ya han empezado a gritarse. Cuanto más alza la voz, sin embargo, bajo el cielo azul, más pequeña se siente. Los ruidos no van a ninguna parte, no cambian nada. Tan solo se adentran en el desierto hasta perecer.

—Colt...

—Puedo ver las llamaradas de verdad —dice el muchacho. Levanta la mirada hacia el sol, y eso parece calmarlo—. Veo las llamaradas de verdad, en tiempo real. Por eso es tan guay.

Naomi respira hondo.

Otra vez.

Una más.

Se esfuerza por distanciarse de sus emociones, por concentrarse exclusivamente en cada nueva bocanada de aire.

Pero sus pensamientos se disparan en bucle. Cuánto se parece a su padre. Los recuerdos de aquellas discusiones a gritos están tan ligados a tantos otros que sus pensamientos se imponen a la respiración y ya no está concentrándose en respirar sino tragándose el aire con ansia, rechazando los recuerdos. Se percata de que el centro de su visión se ha desplazado, de que durante diez, quizá veinte segundos, lo único que hace es reaccionar a los recuerdos que desfilan ante sus ojos.

Basta.

Vuelve al presente.

El mundo recupera la nitidez de golpe. Su hijo. El cielo. El desierto.

También Colt se ha incorporado; está volviendo a vestirse, empezando por el mono de microfibra flexible, ajustado a su piel.

El bóxer rojo.

Los pantalones vaqueros.

La camiseta del Correcaminos.

Su preferida... Oh, qué pequeña le queda... Dios, le ha cortado la costura del cuello para poder ponérsela sin quitarse el casco...

Se concentra en sus manos, ya que no puede verle la cara. Ve cómo flexiona los dedos mientras se viste.

Es real, estoy aquí, esto es real. Habla. Con calma, tranquila.

Recuerda por qué quería hablar con él.

Mañana...

Uno de los inconvenientes de vivir en Nevada es el sistema educativo, aquejado de una escasez de fondos perpetua.

Una de las ventajas de vivir en Nevada es el cuerpo de inspectores de educación, aquejado de la misma escasez de fondos perpetua.

Intentó darle clases en casa, pero se sacaban de quicio mutuamente. Además, él se las apañaba bastante bien entre las visitas al laboratorio y la dedicación a sus proyectos particulares. No era una educación al uso, eso era todo. Y tratar de proporcionarle algo que se le pareciera requeriría un poco de preparación.

—El jueves vamos a tener que dar clases en casa.

—Oh, mamá —Colt se gira y contempla el sol a través del visor.

—Ya lo sé. Shannon dice que la inspectora...

Pero cuesta descarrilar el tren de los pensamientos de Colt cuando se ha puesto en marcha. Se vuelve hacia ella.

—Espera, todavía no te he explicado...

—Colt, esto es serio. Como se les meta en la cabeza que no estás recibiendo una educación adecuada, pueden... —se debate entre si decírselo o no. Decide hacerlo— obligarte a volver al sistema escolar...

—¡Ya no soy un niño! No pienso ir. De ninguna manera.

—¡Ya lo sé! Ya lo sé. Pese a todo, tenemos que repasar lo que vamos a decirle a la mujer —¿cómo hacerle ver lo importante que es esto sin que se asuste, sin que se encierre en sí mismo? Pero él ni siquiera la escucha.

—Vale. Más tarde. De acuerdo —dice Colt—. Tengo que explicártelo. Estoy recibiendo datos de...

—Dios, Colt —la voz de Naomi resuena con demasiado ímpetu, adrenalina, ansiedad.

—¡Mamá, estoy intentando explicártelo! Creí que te gustaría. He pensado en lo que me dijiste. Que paso demasiado tiempo en el juego, desconectado del mundo vulgar...

—NO LO LLAMES... —¡tranquila! Demasiado alto, demasiado estridente—. No lo llames así, por favor.

—Vale, vale, pues desconectado del mundo *real*.

—Pero si estás...

—Vale, vale, vale. Déjalo ya —se mece sobre los talones un par de veces mientras murmura algo que Naomi no alcanza a entender.

—Disculpa, lo siento —síguele la corriente. Que termine de hablar.

—El caso es que he integrado más partes del mundo real en el juego.

—¿El sol?

Colt asiente con la cabeza.

—Estoy obteniendo imágenes del nuevo satélite orbital de la Agencia Espacial Europea, que envía fotos del espectro ultravioleta en tiempo real. Recojo la información y la integro sobre la marcha en los gráficos del juego, ajustando la latitud, la hora del día y el ángulo de mi cabeza. Todo eso. He programado un aumento del trescientos por cien, rebajando la intensidad y subiendo el contraste para ver mejor los detalles. Las manchas solares. La corona. Erupciones. Es bonito, como tener un sol más grande en el cielo —Colt ha empezado a calmarse. Naomi lo escucha con atención—. Deberías probarlo. Las imágenes originales de la AEE vienen con una definición bastante alta de por sí, y al integrarlas en la escena del juego, sobre el sol original, incluso ampliadas solo ocupan el tres por ciento del campo visual, por lo que al final la definición es superalta. Y todo es real, solo que no se ve a simple vista.

Mira directamente al sol a través del visor. El cristal se oscurece. Su madre desaparece de su visión periférica. Reaparece el sol aumentado del juego.

La actividad de las manchas solares es muy intensa, piensa. Demasiado para esta fase del ciclo.

Contempla una pequeña llamarada que se acaba de manifestar alrededor de la curva, por encima del flanco septentrional. Se había iniciado

aproximadamente dos horas atrás. Apenas si consigue separarse de la superficie antes de ser absorbida de nuevo por el polo magnético. Una llamarada capaz de envolver la Tierra.

Se gira hacia su madre porque a ella le gusta que la mire cuando habla. El juego invita a convertirla en uno de sus personajes, a integrarla en forma de mendiga, o de vendedora ambulante, o de prostituta, pero rechaza la opción en silencio. Sabe dónde está y cuál es su aspecto. No hay ninguna necesidad de estropear el desierto vacío con su presencia.

—Veo más cosas que tú —dice—, no menos.

—Sí. Ya lo pillo —replica Naomi—. En cuanto a la inspección...

La asalta de nuevo la pesadilla que la había despertado la noche anterior: Colt de pie, solo junto a su cadáver, entregado a sus tics y sus movimientos repetitivos, hablando para sí mismo, sin nadie en el mundo, a punto de salir al exterior y ser destruido.

Sacude la cabeza como si se le hubiera posado una mosca en la cara y, de súbito, muy nítidamente, por vez primera, se lo imagina muriendo antes que ella. El pensamiento —la imagen de su cuarto vacío, el silencio en la casa— la deja temblorosa y exhausta.

—Pero ¿me estás escuchando, mamá? ¿Me has oído? Está bien, ¿a que sí?

—Me alegra que estés esforzándote, en serio. Aunque no me refería a eso.

Colt le da la espalda de repente.

—¿Qué? Porque me gusta... No. No hace falta que... Me da igual.

—¿Con quién hablas?

—Con un capullo —masculla el muchacho.

—Si tanto te molestan los demás, ¿por qué te pasas tantas horas metido en el juego?

Colt se encoge de hombros.

—No me dejaste matarlo, así que ahora está aquí, fastidiándome. ¿Qué puedo hacer?

—Aléjate de él, Colt.

—¿Cuánto?

—Pues... sigue tu propio criterio.

—Tus métodos no funcionan, mamá —titubea. Sabe que no le gusta que mencione a su padre. Ella dice que no pasa nada, pero él sabe que miente. Debe hacerlo esta vez, sin embargo, para que lo entienda—. Papá siempre decía que era importante no mostrarse asustado.

—Y mira lo bien que le ha ido —replica Naomi. Las broncas eran diarias, hasta que lo sacó de la escuela—. El fuerte de tu padre no son las aptitudes sociales precisamente.

—Pero...

—Voy a preparar la cena. Diez minutos, ¿de acuerdo?

—Vale —Colt saca de un bolsillo sus finos guantes de biorretroalimentación, se los pone y se tumba en la arena. Le apetece hacer unas pruebas de morfometría. Además, es agradable.

Naomi se demora un momento. El muchacho gira la cabeza en su dirección, sin levantarla del suelo. Con un siseo, el casco rota sobre la arena seca hasta que el diminuto visor apunta hacia ella. Ella se muerde la lengua para reprimir el impulso de pedirle que no lo arañe. Pero es suyo, lo fabricó él. La barrera de plástico y cristal opaco le impiden verle la cara.

Aunque esté mirando en su dirección, sabe que no puede verla.

—Mamá, no te he incluido en este nivel. Puedo hacerlo en un momento, si quieres quedarte.

—Tranquilo, no pasa nada —se prolonga el silencio. A Naomi le lagrimean los ojos. Será por el sol. Flota muy cerca del horizonte, pero sigue haciendo calor y lo tiene justo delante de ella. Da unos pasos, hasta dejar el origen de la claridad a su espalda. Así está mejor. Su sombra cae sobre Colt.

—¿Te importaría apartarte, por favor? Me vas a estropear la partida.

—Arroz con guisantes. Estará listo enseguida. Ven cuando hayas terminado.

7

A la mañana siguiente, Colt está en la cocina temprano. Cuando entra Naomi, el chico está atareado manipulando los controles oculares del interior del casco. A juzgar por el ángulo de su cabeza, por la tensión de sus hombros y por experiencias pasadas, Naomi deduce que debe de estar escribiendo algo allí dentro. ¿Código? No, un mensaje; acaba de enviarlo, reconoce el gesto que ha hecho con la cabeza.

—¿Colt?

Se vuelve hacia ella y carraspea.

Señal de que se siente culpable. Muy culpable. Seguro que su expresión facial también es de culpabilidad, pero no hay manera de saberlo a ciencia

cierta porque, con el dichoso casco puesto, resulta imposible verle los ojos.
Otro carraspeo. Y una vez más, en esta ocasión dos seguidos.
Oh, oh...

8

Mientras tanto, en Boston, un joven desliza el dedo sobre un documento para abrirlo y empieza a leer. Frunce el ceño. Lee un poco más. Se ríe por lo bajo. Sigue leyendo. Se le escapa una carcajada. Se lo reenvía a una muchacha de San Francisco, que lo lee a su vez, se ríe por lo bajo, se carcajea y continúa leyendo antes de mandárselo a un hombre más mayor de Nueva York. Este lo lee, frunce el ceño y, sin desfruncirlo, continúa leyendo.

Los tres siguen leyendo. Ahora todos tienen el entrecejo arrugado. Leen un poco más. En las dos costas hay gente leyendo con el ceño fruncido. La transmisión ha tardado aproximadamente tres minutos en completarse.

Hace doscientos años se tardaba tres semanas en enviar un solo mensaje de una costa a la otra.

Hace quinientos, enviar un mensaje de una costa a la otra era imposible. Daba igual el empeño que le pusieras. El dinero que tuvieses. El poder. Nadie había realizado nunca ese viaje.

Hace ochocientos años no había nadie sobre la faz de la Tierra que supiera qué forma tenía este continente ni la distancia que mediaba entre una costa y la otra. Ni siquiera sus habitantes conocían esa información.

¿Los cinco mil millones de años anteriores? Nada.

¿Te parece casualidad que tú estés aquí ahora, en el único momento de la historia del universo en el que podríamos estar manteniendo esta conversación? ¿Te parece casualidad que de repente haya ocho mil millones de tíes construyendo un cerebro para el mundo?

9

De nuevo en Nevada, Colt carraspea tres veces más.

—¿Sí? —pregunta Naomi, y se inclina hacia delante para escuchar lo que tenga que decir. El muchacho se aclara la garganta otra vez, cinco veces—.

Escúpelo, que no te vas a morir.

Colt carraspea ocho veces, un ruido idéntico en cada ocasión. Hace una pausa. Carraspea trece veces.

—Jesús, debe de ser realmente grave.

—Necesito EQUILIBRAR LAS COSAS —dice por fin el muchacho.

—Lo sé, lo sé. Pero por lo general no hay tantas cosas que equilibrar.

Colt continúa aclarándose la garganta durante otro par de minutos. Naomi se come los cereales y se distrae contando los carraspeos, ociosa, mientras un mal presentimiento se cierne sobre ella y amenaza paulatinamente con desbordarla.

De súbito, ningún carraspeo, y después uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece... La secuencia de Fibonacci, donde cada número es la suma de los dos anteriores.

Veintiún carraspeos, treinta y cuatro... Santo cielo, la próxima vez serán cincuenta y cinco, y después ochenta y nueve. Pobre garganta. Se trata de algo grave, sin duda. ¿Qué habrá hecho?

Repite los veintiuno, sin embargo.

Está contando hacia atrás. Gracias a Dios. Sí, otra vez trece. A continuación serán ocho.

Lo son.

Podría haber sido peor. Como las últimas navidades, cuando carraspeó los diecisiete primeros números primos y se quedó sin voz durante tres días.

Naomi suelta la cuchara cuando Colt ha terminado de equilibrar su secuencia. Sabe que debería esperar a que empezara él; si diera la menor muestra de sentirse enfadada, el muchacho volvería a replegarse.

Pero no puede esperar.

—Estabas haciendo algo —le dice—. Cuando entré en tu habitación. Está relacionado con eso, ¿verdad?

Colt es incapaz de mentir. Ni siquiera lo intenta.

—Les he enviado tu estudio sobre la regeneración de las extremidades a los de la StemCellCon.

—¡COLT! ¡Todavía no está terminado!

—Ya se lo he explicado.

—¿¡El qué les has explicado!?

—Les he explicado que te daba miedo acabarlo, o enviarlo, por tu, ya sabes, por tu personalidad...

—¿Mi PERSONALIDAD? Que les has..., que mi personalidad es...
Perdona, perdona...

El muchacho agacha la cabeza y rechina los dientes acompasadamente mientras habla, una actitud que Naomi conoce muy bien, antigua y hace tiempo abandonada, pero continúa explicándole:

—... y que la terapia no te había ayudado.

—Sí que me ha ayudado..., perdona, perdona...

—... y que yo era tu hijo, para que no se pensarán que te lo había robado, y que el estudio me parecía bien tal como estaba.

—Pero es que es cierto que no lo he terminado.

—Eso mismo dijiste el año pasado. Seguirías diciéndolo el año que viene. Está listo —Colt rechina los dientes durante varios segundos seguidos, esta vez siguiendo un ritmo que Naomi no reconoce—. La que no lo está eres tú. El estudio es bueno.

—Pero ya se ha pasado la fecha límite. He incumplido los plazos.

—Les he dicho que se trataba de una emergencia y que se lo leyeran dándole prioridad absoluta. Que lamentabas haberlo entregado tan tarde y que no se repetiría.

—Cariño, eso es infantil, no hace falta que digas...

—El estudio es magnífico —la interrumpe Colt, con la cabeza tan inclinada que su voz sale ronca de la garganta constreñida—. La gente quita y añade cosas constantemente, hasta el momento mismo de la conferencia.

—¡Ya es tarde! —exclama Naomi, demasiado fuerte—. Perdona...

Colt se ha refugiado en sus tics como un descosido, tamborileando rítmicamente con las manos en la mesa, en las patas, contra los costados, zapateando, esforzándose por seguir hablando pese al impulso de bloquearse.

No quiere mirarla, pero sabe que a ella le gusta que lo haga, de modo que levanta la cabeza y la mira a los ojos.

—Siempre dices que nunca es demasiado tarde —replica. Sosteniéndole la mirada de esa manera, frente a su propia resistencia, el muchacho nota una dolorosa quemazón familiar en los ojos, pero da resultado, su madre lo está escuchando—. Que cuando alguien es especial, al sistema no le queda más remedio que hacer una excepción.

—Pero yo no soy especial.

Todos los tics se detienen de golpe. Esta es fácil. La resistencia interna desaparece.

—Sí que lo eres, mamá.

A Naomi no se le ocurre qué responder a eso, y aparta la cabeza, pasea la mirada por la habitación, buscando ¿qué, una salida? ¿Algún tipo de escapatoria?

—¿Y si me dicen que sí?

—Pues vas —contesta el muchacho, y por un segundo Naomi piensa que suena igual que su padre. Se le escapa un «ja» involuntario.

—Cariño, no tenemos dinero.

—Si aceptan el estudio, te pagarán la estancia y los vuelos.

—No vas a comer nada.

—Sí que voy a comer.

—No vas a comer nada en condiciones.

—Que sí.

—Te pasarás el día jugando y se te olvidará que debes alimentarte.

—Puedes dejarme batidos preparados. En el frigo.

—No vas a subsistir a base de batidos de fruta.

—Puedes poner también verduras.

Hmmm. Una concesión de las gordas.

—¿Guisantes? —hay que atar bien todos los cabos. Que no quede ni un fleco suelto.

—Hecho.

—¿Zanahorias?

—Hecho.

—¿Espinacas? —silencio. Vale, se ha emocionado más de la cuenta. Da marcha atrás—. Solo unas pocas. Con un montón de mantequilla de cacahuete.

—Sí.

—¿Y te los vas a beber?

Silencio.

—Sí —responde por fin el muchacho—. Mientras no se pongan malos ni nada por el estilo. Aunque dejaré las espinacas para el final. Así que no puedo garantizarte que ya me las haya tomado cuando regreses.

Hmmm. Vale, no fuerces la situación. Hay cuestiones más importantes que tratar.

—No puedo dejarte solo sin más. Quizá si le pido a Shannon que se deje caer...

—¡NO!

—Vale, de acuerdo..., pero necesitaré saber de alguna manera... —cuidado —, necesitaré saber que estás bien.

—Nada de cámaras, mamá.

Naomi asiente con la cabeza.

—Nada de cámaras, ya lo sé —mira de reojo, en un acto reflejo, hacia la esquina más alejada del techo de la cocina. Hace años, en un ataque de rabia, a Colt le había dado por destrozarse con una silla todas las cámaras de seguridad que había en la casa. Sí, allí estaba aún el soporte de aluminio, pintado por encima... Se le encoge el corazón al recordarlo. Empezó por la cámara de su dormitorio. Naomi había estado vigilándolo, preocupada por su afición a los cómics. Cómics poco apropiados. Finalmente le gritó para advertirle desde la cocina, y el chico perdió los estribos.

Leer demasiado. Imagínate, aquella era entonces la mayor de sus preocupaciones...

—Podría controlar, no sé..., mándame tus latidos. Para saber que estás bien, eso es todo. Llevaré puesto el viejo brazalete.

Colt se lo piensa un momento.

—Vale, mamá. Pero solo los latidos.

Naomi sonrío.

—No te preocupes, me conformo con eso.

La última vez que había tenido que quedarse trabajando hasta tarde en uno de sus proyectos, cuando él tenía catorce años, Naomi lo había controlado todo de forma obsesiva. El casco del muchacho le enviaba un resumen de su actividad cardiovascular, cerebral, electrodérmica, frecuencia respiratoria, motricidad... Demasiada información. Una hora después de que ella se fuera, a Colt le había dado por reírse con tantas ganas mientras veía los dibujos animados que se resbaló de la silla. Todos los valores se dispararon. Naomi pensó que le había dado un ataque y lo llamó por teléfono, consiguiendo tan solo asustarlo con sus gritos de pánico.

El chico colgó y lo desconectó todo, ella temió que hubiera muerto y avisó a una ambulancia; condujo de regreso a casa llorando...

Naomi sacude la cabeza para desterrar el recuerdo.

—Solo los latidos.

Esa misma noche, dormida, se quita la sábana de encima a patadas. Hace demasiado calor. Sueña tendida de espaldas. Sus ojos saltan de un lado a otro bajo la fina piel de los párpados. Se le endurecen los pezones y separa las piernas. Se le escapa un gemido.

11

A la mañana siguiente le comunican que han aceptado el estudio y que dispone de dos días para organizarlo todo, morirse de preocupación y hacer las maletas.

12

El día que sale su vuelo, mientras forma una hilera ordenada en la balda inferior de la nevera con los batidos de frutas y verduras de Colt, la ciudad de Nueva York ocupa sus pensamientos. Echa la cabeza atrás de manera inconsciente, como si estuviera mirando hacia arriba desde el fondo de un cañón de rascacielos.

El firmamento se empequeñece, empujado por los negros riscos de cristal.

A escasos metros de distancia rugen torrentes de coches.

El bocinazo y el bramido y el chirrido de cláxones y llantas, como animales enfrentados, fornicando, despavoridos.

El mero concepto de Nueva York le infunde un miedo ancestral.

Cierra la puerta del frigorífico con más brusquedad de lo pretendido y oye que los frascos de batido se tambalean y tintinean al entrechocar dentro del electrodoméstico.

Se dirige apresuradamente a su dormitorio, donde abre la puerta con tanto ímpetu que la pequeña DustMight solar sale volando hasta el centro del cuarto.

Maldición. Lo que me faltaba, tener que comprar una aspiradora nueva.

El discreto pero achacoso robot doméstico debía de estar justo detrás de la puerta, recargándose bajo unos rayos de sol. Agita las patitas en el aire (hace un par de años Colt lo modificó para que pareciese una tortuga), se endereza y se aparta de ella.

Naomi pasa a su lado, camino del tocador.

La DustMight se refugia debajo de la cama con un chirrido y comienza a limpiar discretamente.

Naomi desentierra el antiguo monitor de constantes vitales, lo enciende y modifica los parámetros hasta que la cálida y suave banda de plástico plateado empieza a palpar con delicadeza contra su muñeca. Los latidos de Colt, en tiempo real. Se tranquiliza.

Sonríe. Durante algún tiempo estuvo de moda entre las parejas de amantes acompañar el pulso de cada uno al ritmo del otro, hasta dejarlos sincronizados.

Busca otra cosa.

Oro, piensa.

¿Dónde estará?

Siempre puede empeñar el anillo. En Nueva York tiene que haber aún casas de empeño, ¿verdad?

Es como si temiera que, al separarse de Colt, la civilización pudiera hundirse en un abrir y cerrar de ojos, todos los ordenadores fueran a estropearse y el dinero, a desaparecer con ellos. Sabe que es un disparate, pero a pesar de todo no logra quitarse el miedo de la cabeza.

Abre un poco más el cajón y ve la Beretta negra y plateada que Ryan le regaló una vez por Navidad, para protegerse. Diminuta, diseñada para caber en cualquier bolso o bolsillo. Sin apenas cañón, ofrece un aspecto ridículo, erróneo; como si de un juguete para adultos se tratara. Aunque Ryan insistió en que aprendiera a usarla en un campo de tiro, desde que se marchó no había vuelto a tocarla. No, no voy a llevarme ninguna pistola... Sin poder evitarlo, mira de reojo la parte superior del armario. Allí está todavía la munición que él se dejó. Donde solía esconder los regalos de Navidad de Colt, y el vibrador...

Aleja esos recuerdos de su mente.

El anillo está al fondo del cajón.

Sepultado debajo de todo lo demás.

Su cuerpo se lo pone en el dedo automáticamente, sin que su conciencia se percate. El programa está incrustado en lo más hondo de su ser, una rutina ejecutada mil veces desde que era pequeña. Nada más básico, podría representar ese código con un puñado de líneas. Ver un anillo; cogerlo; hacerlo girar entre el índice y el pulgar; buscar el dedo más cómodo;

No...

Tal vez...

Sí.

Deslizarlo hasta rebasar el nudillo; girar la mano para examinar el dedo ceñido por el anillo desde todos los ángulos.

Su cuerpo se levanta y gira la mano frente a su rostro.

El anillo absorbe toda la habitación en su circunferencia, aspirando las sorprendidas facciones de Naomi en una líquida curvatura, como materia a punto de ser devorada por un agujero negro. Sacude la cabeza con tanta fuerza que se abofetea las mejillas con el cabello.

Tira de la alianza una vez; otra, con más fuerza; la piel del nudillo se pliega y se queda atascada. No puede quitarse el anillo.

El puto anillo de Ryan.

Ay, Dios, mierda.

Tiene cosas que hacer, el avión saldrá enseguida, ya va con el tiempo justo...

Serénate.

Estudia el anillo atascado. Irradia destellos dorados, la luz del sol. Piensa en los fotones que impactan contra las paredes del ojo. Piensa en la velocidad de la luz.

De un solo fotón. Energía comprimida, liberada de súbito por algún átomo torturado.

La gente no entiende el sol, reflexiona. Se está desmoronando. Sufriendo la crisis más lenta y agónica del mundo.

De niña, en San Francisco, creía que el sol era Dios. Salía de la iglesia con su madre y elevaba el rostro hacia Dios, que le devolvía la mirada con una sonrisa.

Ahora que vive en el desierto, ni el sol es Dios ni su luz, demasiado violenta, posee el menor significado.

Se acuerda de cuando solo veía el anillo, esa bonita circunferencia, esos destellos. Le bastaba con su superficie. La información que posee ahora — sobre la luz, el oro y el universo— la asusta, hace que se sienta insignificante. También es bonito, pero muy grande, demasiado. Dios lleva todo este tiempo alejándose y ya no puede ver ni rastro de Él. Ignora dónde puede haberse metido. El universo se ha vuelto cada vez más grande, los huecos se han llenado de materia oscura, energía oscura, y Dios ya no tiene dónde

escondarse.

Su madre creía, creyó hasta el final.

Se restriega los ojos con la manga del vestido, con fuerza.

Abre un segundo cajón y mete la mano, hurga en el fondo. Cuántos cachivaches ridículos...

Ahí está. Un viejo tubo de vaselina. Limpia el polvo que recubre el cuello redondeado del envase y desenrosca el tapón.

Deposita una gota a cada lado de la banda dorada y frota el lubricante contra la áspera piel del nudillo.

Despacio, con mucho cuidado, consigue quitarse el anillo.

13

Naomi mira por la ventanilla del avión. Nevada se despliega a sus pies, cordillera tras cordillera, tan ondulada como una lámina de cartón corrugado. Montañas grises, sin árboles, extendiéndose de norte a sur. Se asoma a los valles ocultos; divisa un destello de agua. Ahí es donde se esconden los árboles.

Ryan no veía nunca los valles, piensa, únicamente las montañas. Bah, ¿y eso qué significa? Está muy cansada.

Apoya la frente en la ventana. Frescor. Cierra los ojos y ve la cara de Ryan, en escorzo, mirando hacia abajo, contemplando alguna sucesión de montañas. ¿Las Rocosas? Sí, por la ventanilla de un avión, ajeno a la atención de la que está siendo objeto; un recuerdo extraído de alguna de sus aventuras juntos, tan lejanas ya en el tiempo.

Vuelve a fijarse en él, en su memoria, y sin abrir los ojos se acaricia la cara interior de la muñeca izquierda con las yemas de los dedos de la mano derecha y murmura una palabra, solo para sus oídos. Una palabra que no ha pronunciado nunca en voz alta.

Esperaba notar la vibración de los motores en el cristal, en la frente, pero no siente nada.

Doble acristalamiento, piensa, mareada. Juntas de goma.

Atenta a la vibración de los motores, lo que detecta, sin embargo, es un pitido muy agudo procedente del interior de la cabina. Tan constante que sus sentidos lo habían filtrado hasta bloquearlo.

¿Algún compresor? Parte del aire acondicionado, tal vez.

El sonido es idéntico a otro que Naomi porta dentro de ella.

Más recuerdos. Que vengan. Está a salvo. A trece mil metros de altitud está a salvo.

Ay, San Francisco... Un sábado por la tarde, cuando ella era muy joven y su familia aún vivía en la vieja casa de madera podrida de Outer Sunset, su padre había llegado sobrio, con una cajita blanca de plástico de la que sobresalía un cable por la parte de atrás.

Naomi lo siguió hasta su habitación y vio cómo lo conectaba al enchufe que había junto a la cama. A simple vista, no ocurrió nada. Le preguntó qué era aquello.

Su padre se arrodilló, pasó la mano por el aparato y le explicó que, al encenderlo, emitía un sonido inaudible para las personas pero no para los ratones, que se asustarían al oírlo. Para ellos era ensordecedor, puesto que sus diminutos oídos eran capaces de detectar las ondas cortas de los sonidos de alta frecuencia. Lo tomarían por el chillido de un búho. Naomi ya no volvería a ver ningún ratón en su cuarto.

Lo activó a continuación, y ella notó como un cosquilleo en el cerebro, algo que parecía provenir de muy lejos, de la cima de una montaña tal vez, un chillido tan atiplado que rayaba en lo inexistente.

—Puedo oírlo, papá —dijo.

—No puedes —replicó él—. Serán imaginaciones tuyas.

—No, de verdad.

—Pues yo no oigo nada.

Aquella noche Naomi se había quedado despierta en la cama, escuchando aquel alarido agudo. También a ella le recordaba el grito de un búho.

No volvió a ver más ratones paseándose por su habitación. Nunca le había dicho a su padre que en realidad le gustaban, que había llegado a ponerles nombres, incluso. Y ahora era demasiado tarde.

A partir de ese momento, al acostarse todas las noches, sabía que iba a oír el pitido. Su padre, sin embargo, le había asegurado que eso era imposible. Por consiguiente, no oía nada. Fingía no oírlo. Creía que no lo podía oír, pero sabía que sí. Cada vez que pensaba en esa escisión que se había formado en su mente, notaba una opresión en el pecho y le costaba respirar. De modo que procuraba no pensar en ello.

Los chillidos en el dormitorio la acompañaron durante el resto de su niñez.

Colt titubea. Necesita con urgencia esos componentes. Mientras exista al menos una oportunidad, con todo el esfuerzo que ha invertido ya en su proyecto, sería una lástima tener que abandonarlo sin haber llegado hasta el final.

Además, solo son unos cuantos dólares más. Mamá no va a echarlos en falta. Y todavía le debe dinero por tareas del año pasado.

Colt pincha en «Comprar ahora».

Bueno, pues parece que la suerte está echada.

Naomi se despierta con el corazón martilleando en el pecho. Nota el cuello retorcido y agarrotado.

Parpadea frente a un vacío pálido. No está segura de dónde se encuentra. ¿Su habitación? Se esfuerza por concentrarse, pero, lejos de disiparse, la neblina que tiene ante ella se oscurece un poco más.

No, sí que hay algo, justo delante de sus narices.

Tan cerca que nota un pinchazo en los músculos de los ojos.

Diminutos cristales blancos, a un milímetro de distancia. Escarcha.

Tiene la cabeza apoyada contra la ventanilla de un avión.

Va en avión. Ahora se acuerda.

No está en su cuarto. Ya no es ninguna niña, no. Gracias al cielo. Ese chillido lo emite el avión.

Están descendiendo a través de una nube.

El aparato se escora, sufre una sacudida, y Naomi se da un golpe muy suave en la cara con el cristal. Se endereza en su asiento.

Vale. Falta poco para aterrizar.

Espera, tenía que hacer una cosa. Mete la mano en el bolsillo de los pantalones; sí, ahí está todavía el dinero, en billetes sueltos; había llegado con tanta prisa al aeropuerto, al cajero automático, que se lo había guardado todo de cualquier manera antes de salir pitando.

Lo saca. Los dólares están nuevos. Crujientes, un poco plasticosos, todos ellos con una solitaria arruguita oblicua en el centro. Los examina. Hmmm. Prefería el antiguo diseño, pero así es el progreso. Ya no podrán falsificarse con la misma facilidad.

Distribuye los billetes entre los bolsillos de la blusa, la chaqueta y los pantalones. Deja uno de cincuenta en el bolso. Por si la atracan. Así no se lo llevarán todo. Eso se lo enseñó su padre, el día que ella se fue a la universidad. Cuando aún era habitual llevar efectivo y tarjetas de crédito encima. Conocimientos adquiridos durante su experiencia como funcionario de segunda del Partido en Nankín, vendiendo al mejor postor trabajos del Partido aún más de segunda. Poceros del alcantarillado que aspiraban a que sus hijos vistieran traje y corbata. Dejándose sobornar tanto en especies como a cambio de dinero en metálico. Seis televisores en el balcón, ocultos bajo una lona. Las complicadas acrobacias que había tenido que hacer para sacar sus activos ilegales de China, los sobornos que había debido pagar a su vez, para que al final, después de todos esos esfuerzos, los riesgos y el miedo, no le alcanzase más que para comprar una casa cochambrosa con una canalización deplorable, incapaz de conservar un empleo en el nuevo mundo, incapaz de dejar de beber, incapaz de sacar nada adelante.

Naomi esconde los billetes en pañuelos de papel que después vuelve a meterse en los bolsillos. El último truco que le enseñó; no volvió a verlo. Tan solo un cuerpo ceroso vestido con su ropa. Aquel no era él.

Se le seca la garganta mientras cuenta el dinero y lo distribuye. ¿Será suficiente? Lo será. Tiene que serlo.

También le ha dejado un poco a Colt, y comida en la nevera e instrucciones para encargarse de una pizza, por si se queda sin existencias.

Aunque sabe, por lógica, que lo puede hacer todo, pagarlo todo, por medios electrónicos, de forma automática, el miedo atávico que le infunde viajar a una gran ciudad se reduce al tener un poco de dinero contante en la mano, oro en los bolsillos, como si estuviese retrocediendo en el tiempo o a punto de sumergirse en un cuento de hadas.

Oro. Una espada. Dragones.

Todo está en orden.

Su padre se tomaba demasiado en serio el dinero. Todo el que había sacado de China de contrabando para luego perderlo a las primeras de cambio, despilfarrándolo en aquella casa ruinosa y embarcándose después en estúpidas

y arriesgadas inversiones con lo poco que le quedaba, en un intento por compensar ese primer error. Se creía muy listo, pensaba que sabía cómo funcionaba el dinero, cómo funcionaba América.

El tío de Naomi quemó montoncitos de dinero el día del funeral de su hermano, peleándose con el encendedor junto a la tumba azotada por el viento de la bahía. No eran billetes auténticos, sin embargo, sino un símbolo, para que su padre pudiera llevárselo al más allá. El sacerdote católico lo observaba con extrañeza, pero no dijo nada. Su madre se mantuvo impertérrita. Le había mentido al sacerdote, asegurándole que sí, que su marido también había profesado el catolicismo durante toda su vida.

«El dinero es escoria —masculló entre dientes su madre, a su lado—. El dinero es escoria».

Naomi apartó la mirada de la tumba y la dirigió al firmamento, a las nubes blancas, mientras las motas de ceniza reluciente ascendían hacia donde antes solía estar Dios. Unos cuantos de aquellos billetes verdes se colaron volando en la fosa, aún abierta... Echaba de menos a su padre, tan tonto, siempre enfadado.

Echaba de menos a Dios.

Espábilate. Vas a aterrizar enseguida... Espera, ¿he metido pastillas suficientes en la cajita?

El cinturón de seguridad se tensa cuando Naomi se incorpora de golpe en el asiento.

Ay, no...

Se le escapa una risita azorada, un resoplido tan fuerte que la anciana blanca del otro lado del pasillo se gira para mirarla.

Hay comprimidos de sobra en el pastillero.

Solo que se lo ha dejado en el frigorífico.

Bueno, siempre había sido conflictivo tomarlos.

El recuerdo le dibuja una sonrisa en los labios. Una sonrisa burlesca. Había entablado amistad con algunos de los miembros del equipo de la Universidad de Berkeley que desarrollaron el principio activo. Pfizer lo había comercializado como un ansiolítico suave, pero solo lo habían probado en varones; en las mujeres, las pastillitas resultaron surtir el desafortunado efecto secundario de eliminar por completo la libido. Su lanzamiento, por tanto, se había saldado con un estrepitoso fracaso.

Sin embargo, después de que Pfizer lo rebautizara y sacara de nuevo al

mercado, esta vez en calidad de inhibidor del impulso sexual para mujeres sin tiempo para pensar en el sexo —con el afortunado efecto secundario de reducir ligeramente la ansiedad—, su éxito fue rotundo. Tanto que llegaron a recibir amenazas de bomba por parte de jóvenes furiosos con Pfizer por haber ayudado a millones de mujeres a evitarse tener que mantener relaciones con ellos.

Supongo que lo que mi subconsciente está intentando decirme es que debería aprovechar para pasármelo bien en Nueva York.

Naomi había empezado a tomarlas un par de años después de la marcha de Ryan. Para entonces, la acumulación de deseo sin válvula de escape posible estaba haciéndole llorar de dos a tres noches por semana. Con Colt en casa, no le apetecía llevar a hombres allí. No le apetecía pasar la noche fuera. No le apetecía salir. Su trabajo era tan interesante y su hijo tan agotador —también gratificante, sí, pero sobre todo agotador— que no le quedaba energía.

Y sin embargo, sin embargo, todo ese deseo...

De modo que empezó a tomar las pastillas y siguió haciéndolo durante años, hasta olvidar casi para qué las estaba tomando.

Procuraba hacer oídos sordos al acalorado debate que tenía lugar en los medios sobre si lo que se elegía era libertad u opresión. Las críticas feroces de los hombres. Los intentos por prohibirlas, procedentes de todos los frentes.

En fin, por lo menos adelanté un montón de trabajo.

Cruza y descruza las piernas. Pasea la mirada discretamente a su alrededor y se fija en los demás pasajeros, hombres y mujeres por igual, la mayoría de ellos absortos en sus pantallas. Hmmm. ¿Está..., se nota...? No, es psicológico, es imposible que ya hayan dejado de tener efecto.

El avión toca la pista mojada y patina, se ladea a causa del viento cruzado; todo el mundo se asusta, pero Naomi se siente curiosamente tranquila. La momentánea impresión de peligro desvía sus pensamientos de las auténticas preocupaciones que la acosan —la expresión para la conferencia, Colt, el dinero, las píldoras— y le calma los nervios.

Además, si muere, está segura de que no va a ser a bordo de ningún avión. Sería estadísticamente absurdo.

Vale que esté asustada. Vale que esté sin blanca. Vale que esté nerviosa. Pero sigue siendo científica.

Colt inicia sesión a través de las sucesivas pantallas de seguridad. Dedicados unos minutos a intentar averiguar la identidad real de la chica que lo tocó en el juego, la chica con la que había establecido contacto, pero el juego respalda el anonimato y la desconocida ha borrado sus huellas.

Se da por vencido y echa un vistazo a la lista de tareas pendientes.

Los servidores nuevos, ubicados en Río e Islandia, parecen estar asentándose bien. Sin problemas.

El depurador de programas automático del juego, sin embargo, ha detectado algo en los sistemas climáticos del campo de pruebas, un reino compartido diseñado por Colt.

En el mundo lúdico, el campo de pruebas es una versión caricaturesca de la zona de ensayos nucleares de Nevada. Goza de cierta popularidad, pese a carecer del sucio realismo del reino desértico que diseñara Colt para su uso particular, y los problemas que surgen en él afectan a un montón de personas.

Además, fue en el campo de pruebas donde aprendió a escribir líneas de código. Había aceptado el desafío de rellenar esa parte del mapa americano precisamente porque no iba a ser nada fácil. Porque la información era casi inexistente. Se trataba de un área calificada de alto secreto, por lo que no había imágenes detalladas de la superficie con las que trabajar, tan solo un puñado de fotografías desclasificadas y unas cuantas más obtenidas de satélites chinos y rusos. Colt había tenido que resolver un montón de problemas sin ayuda de nadie, a partir de código en bruto. Ahí era donde se había forjado su reputación. Es como un segundo hogar para él.

Y para millones de usuarios. El mundo del juego, en sus múltiples versiones y sabores, con sus reinos y servidores tanto públicos como privados, su relajante y distendido momento creativo y su más brutal modo de supervivencia, siempre ha sido en esencia un *sandbox* al que la gente acude para construir y arrasar, para dar rienda suelta a sus fantasías, un Salvaje Oeste sin ley, de código abierto. La escala a la que el campo de pruebas permite construir y arrasar, sin embargo, no tiene rival.

Colt chatea brevemente con la inteligencia artificial del depurador, la cual le informa de que ha activado un parche provisional, pero, puesto que hay en juego cuestiones estéticas, prefiere dejar la decisión definitiva en manos de un ser humano.

Mejor así. La última vez que se le concedió permiso al depurador automático para resolver un problema relacionado con las nubes, generó unos amenazadores cumulonimbos con forma de culo gigante. (Todavía circulaba por el juego una parodia de religión consagrada a estudiar el cielo durante el sabbat, aguardando el milagroso advenimiento de las Nalgas Divinas y el apocalipsis fecal.)

Manos a la obra, pues.

A ver, cuál es el problema...

Inspecciona los cambios registrados en las últimas veinticuatro horas.

Hmm. Hay un montón de cosas nuevas, de contribuidores distintos.

Ahí se ha producido una discrepancia...

Colt lee los informes de error.

17

Por motivos históricos, la climatología del juego siempre ha sido un tema controvertido.

Entre los primeros programadores se desató una apasionada discusión filosófica que acabó yéndoseles de las manos. La facción de los nuevos ateos abogaba por un tiempo realista que respetara las leyes de la física introducidas en el código del juego.

El otro bando quería que el clima fuese más metafórico, gobernado por algo parecido a Dios. Algo ajeno a las leyes de la física. Estos eran los hackers que habían consumido hongos mágicos o, en el caso de los más hardcore, ayahuasca: los mismos que habían abierto sus mentes con drogas psicodélicas para regresar a sus cuerpos temblorosos horas más tarde, cargados de nueva información sobre el universo. Información que nadie entendía. Información a la que deseaban hacer justicia.

Aunque no creían en Dios exactamente, sí que creían en fuerzas invisibles, en conexiones que escapan a nuestros sentidos. Creían en algo portentoso, algo superior a ellos mismos. No podían saberlo porque aún desconocían el nombre adecuado, pero creían en mí.

De modo que los nuevos ateos se oponían a que la mano de Dios tocara su juego y los viajeros psicodélicos se oponían al concepto de un universo estrictamente mecánico. Tablas.

Al final se les ocurrió una solución: vincular el clima a la actividad de una misteriosa entidad sombría que estaría en todas partes y en ninguna a la vez, pero existente de verdad en el mundo real. Las dos partes se comprometieron a aceptar ese término medio.

De modo que el mundo de los juegos comenzó a utilizar la Agencia de Seguridad Nacional, primero, y después la Agencia de Seguridad Interior, como representante de Dios.

La ASI controlaba el tiempo.

Los hackers, de todos modos, vigilaban los movimientos de la ASI porque la ASI estaba vigilándolos a ellos, por lo que poseían información. Se vinculó la actividad de la ASI a la climatología del juego. Un hackeo importante, sumado a la consiguiente reacción de la ASI, provocaba tormentas.

Las batallas con la ASI, con ese padre amenazador y distante que todo lo sabe, que se cuela en sus mentes, que les lee el pensamiento; las batallas con el Dios del Antiguo Testamento de la ASI, con Yahvé, encontraban su reflejo en el cielo.

Ah. Colt exhala un hondo *hmmm* de satisfacción tras haber localizado el problema. Las nubes más bajas están quedándose paralizadas en el sitio al tocar la cima aplanada de las colinas.

Abre el código y comienza a efectuar las reparaciones pertinentes.

Vale, esa programadora nueva tan lista, la Reina de las Nieves, ha añadido una ingeniosa línea de código bastante sutil. El movimiento de las nubes es más realista, el hielo se forma mejor. Bien. Pero eso no es...

Y esto... Ah, los Hermanos Karamazov otra vez.

A Colt se le escapa un suspiro.

En la vida real, los hermanos son dos adolescentes ucranianos gemelos que se mueren de aburrimiento en una mansión del Sáhara, donde su padre trabaja para una empresa de infraestructuras solares. Les gusta modificar el código, con más entusiasmo que maña, aunque no haga falta reescribir nada.

Anoche debieron de reconstruir los algoritmos que generan los paisajes desérticos, solo que, en el proceso, se han cargado el código de la Reina de

las Nieves, dependiente de los datos obtenidos a través del antiguo algoritmo.

Nada excesivamente grave ahora mismo, cuando apenas hay nubes, pero de la noche a la mañana se ha producido una importante brecha de seguridad en un banco norteamericano, obra con toda probabilidad de hackers a sueldo del gobierno chino, y en la ASI están que se suben por las paredes.

No tardará en desatarse una tormenta dentro del juego. Esto hay que arreglarlo lo antes posible.

Resuelve el problema en cuestión de minutos y dedica unas cuantas horas a escribir nuevas líneas de código, hasta que se le agota el cerebro.

A continuación sale, activa la conversión de datos y ejecuta el nuevo programa.

El juego siempre ha utilizado objetos del mundo vulgar para incorporarlos al lúdico (una camioneta se convierte en una diligencia; un avión lejano, en un ave), pero el código nuevo los integra mejor. A Colt le apetece explorar su reino desértico particular con el conversor activado, pero comienza a dar fallos cada vez que pierde de vista la casa.

Además, no hay recepción más allá de la sierra que se alza detrás del edificio.

En respuesta al estúpido alarmismo sanitario que circula en torno a las ondas de radio, la Comisión Federal de Comunicaciones está limitando cada vez más la autonomía de los dispositivos inalámbricos. Chorradas.

Le cabrea pensar en eso. El sol y la Tierra vierten mucha más información desestructurada a través de todo el mundo, a todas horas, en todas las frecuencias. En fin, tendrá que fabricarse un repetidor. Utiliza la tarjeta de crédito de su madre para encargar los componentes que necesita.

Se le pasa el tiempo volando, hasta que ya es demasiado tarde para ir al laboratorio. Y llevar a cabo lo que planea desde hace un año entero.

Meses enfrascado en el problema en sus ratos libres, tan solo para ver si es factible. Compartiendo con Naomi algunos de sus hallazgos, primero; y después, tras haberse dado cuenta de que podía lograrlo, trabajando ya con más empeño, en secreto.

Había enviado a su madre lejos de allí con la intención específica de hacer esto tan importante. Ahora que dispone de la libertad para ello, sin embargo..., tiene miedo.

Se acuesta y se queda tendido en la cama, despierto, enfadado.

Vale, mañana. Mañana te darás un empujón.

Vas a subir de nivel tu cerebro. Tu memoria activa aumentará. Todos los procesos, a todos los niveles, serán más rápidos.

No, no se trata solo de eso. Si funciona..., podrás entender a la gente.

La gente te entenderá a ti.

Aunque si no da resultado..., como salga algo mal...

Sin dejar de debatir consigo mismo, se queda dormido.

2. Glóbulos rojos

Lo más llamativo del panteón chino quizá sea que su organización refleja los escalafones de la vida real. Se representa como una gigantesca administración gubernamental o, para ser más precisos, como una serie de departamentos gubernamentales, todos ellos con su ministro y sus empleados. Las distintas deidades son burócratas de manual, sujetos a una estricta jerarquía de rangos y con competencias bien definidas. Llevan registros, elaboran informes y aprueban directivas con un respeto por las formalidades y una superabundancia de papeleo que serían la envidia de la administración más puntillosa del mundo.

«Mitología china»,
Enciclopedia de mitología Larousse

No producimos nada comparable a las majestuosas alfombras orientales, el vidrio, los azulejos o los libros de miniaturas persas, la marroquinería árabe, la marquetería española, las telas indias, la porcelana y los bordados chinos, el lacado y el brocado japonés, los tapices franceses o la orfebrería inca. (Aunque, la verdad sea dicha, hay ciertos dispositivos electrónicos bastante pequeños que se aproximan inesperadamente a la calidad de las joyas más exquisitas.)

ALAN WATTS, *El libro del tabú*

El concepto de vigilancia es inherente a nuestra naturaleza. Dios fue la primera cámara de seguridad.

HASAN M. ELAHI

Desde la terminal, Naomi llega al tren lanzadera sin problemas.

La máquina eléctrica, sin conductor, sale del andén lentamente y se aleja del aeropuerto sobre el carril elevado. El sol arranca destellos al hormigón húmedo que se extiende a sus pies. Sí, aquí su resplandor es más soportable. Por lo menos no intenta matarla.

Cuando hacen la última recogida, en la Terminal 8, hay demasiados pasajeros en esa parte del vagón y nota el pulso acelerado, por lo que les vuelve la espalda y se sitúa de cara a las grandes ventanas de cristal, apoyada en el asa metálica de su vieja maleta con ruedas, para concentrarse en los aviones de vivos colores, relucientes a causa de la humedad. Con la mirada fija en los diminutos vehículos de mantenimiento que bailan alrededor de los grandes reactores, como rémoras enfrascadas en la limpieza de un banco de tiburones, la envuelve algo parecido a la calma.

Solo tienes que llegar al hotel.

El tren arranca de nuevo, describe una curva; Naomi observa el reflejo de las personas que tiene a su espalda. Se maravilla ante la cantidad de equipamiento lúdico retro que lleva todo el mundo. Nada de discretos auriculares de inducción o lentes de contacto, sino cascos de estilo agresivamente anticuado y recios guantes de microfibra. Tiene gracia: cuanto más joven es el usuario, más de la vieja escuela parece su aspecto. Se pregunta cuántos de ellos estarán jugando al juego de Colt. Un montón... Pensamientos normales. Un viaje normal. Sí, lo que nota es algo parecido a la calma.

Ya en la estación de Howard Beach, sin embargo, se le engancha la maleta en el torno.

Consigue cruzar tirando de ella, de costado, tan solo para descubrir que las escaleras mecánicas que bajan al metro están estropeadas.

Medio deslumbrada aún por el sol, plantada en lo alto de aquellos paralizados escalones metálicos, se asoma a la boca del inframundo. A su derecha, un torrente de caras surge de la oscuridad y se vierte en la luz.

Se le había olvidado: enterraron esta sección de la Línea A después de que el último par de huracanes se llevaran por delante los viejos raíles. Ahora discurre por un túnel sellado, a prueba de crecidas de agua, de tormentas y de todo, que pasa por debajo de Queens.

Bajo tierra. Dios, no.

La gente baja a pie los peldaños inmóviles que tiene delante Naomi, prosigue su camino y se pierde de vista en las sombras, hasta que los escalones, con sus diminutos colmillos metálicos, se quedan desiertos.

Alguien le pone una mano en el hombro.

—Señora, si no va a cagar, deje libre el servicio.

Se da la vuelta, sobresaltada, y ve a un hombre de rasgos latinos, bajito y obeso, con la cabeza afeitada y el ceño fruncido.

—Pero... —murmura— si antes iba por la superficie...

El desconocido se la queda mirando a través de sus lentes de contacto aumentadas, del color de moda: verde ácido, con el borde amarillo texturizado.

Tras él, decenas, no, cientos de personas con maletas, gestos de tensión, niños deprimidos, mochilas. Intrigados por averiguar qué sucede, qué está bloqueándoles el paso.

El hombre mira hacia abajo y su expresión se altera de súbito, como si estuviera distraído. ¿La estará viendo siquiera? Puaj, ¿acabará de activar un filtro pornográfico para ver una simulación suya desnuda?

Olvídalo, déjalo, no tiene remedio. Solo hay que llegar al hotel.

Naomi se gira de nuevo hacia los empinados escalones metálicos; extiende una mano, por reflejo, buscando la de Colt. Ay, a él tampoco le gustaría esto.

Pero no está aquí, por supuesto. Su corazón late ya desbocado, mucho más deprisa que el pulso de Colt contra su muñeca. Da un paso con cautela, otro, tirando de la maleta a su espalda, pum, pum. Internándose en la oscuridad. En el estruendo. En el olor. En la muchedumbre.

Los rostros que pasan flotando por su lado, a la derecha, son extraordinariamente nítidos. La miran sin parpadear, sin sonreír, al cruzarse con ella. Algunos arrugan el entrecejo, como si Naomi acabase de despertarlos de un sueño contra su voluntad. Una anciana arrugada, apergaminada, con la mascarilla antivirus amarillenta a causa de la suciedad, cruza la mirada con ella y se la sostiene, iracunda. Un puñado de adolescentes ruidosos, con la cara oculta tras sus máscaras de privacidad integrales,

diseñadas para burlar los sistemas de reconocimiento facial, interrumpen bruscamente la conversación al situarse a su altura y se giran al unísono para seguirla con la mirada, inescrutables. Deben de tener la misma edad que Colt, ataviados todos ellos con camisetas cuyos eslóganes protestan por una causa o por otra: la vigilancia gubernamental, el control policial, el sexismo en los avatares, la publicidad personalizada... Naomi se detiene y les devuelve el escrutinio, alternando la mirada entre sus rostros hieráticos, silenciosos, idénticos, hasta que prosiguen su ascenso, la dejan atrás y, de improviso, retoman la conversación, reanudan sus risas y se adentran en la luz hasta perderse de vista.

Naomi prosigue el descenso. Ya ha bajado cinco escalones. Seis, y su mayor impulso es volver atrás, esto no va a funcionar. Se gira, pero la presión de la multitud, la rabia en sus gestos, la aglomeración que taponan las escaleras a su espalda... Imposible.

—¡Oiga, señora!

—¡Venga! ¡Espabile!

Tiene que continuar.

No puede seguir, pero tiene que hacerlo.

Da un paso más, arrastra la maleta tras ella, pum. Otro paso, otro, más deprisa, y ahora está bajando los escalones a la carrera, mientras la maleta rebota detrás, con las ruedecitas girando descontroladas, hasta que vuela demasiado alto, sortea tres escalones de una vez y aterriza con fuerza, arrancándole a Naomi el asa de entre los dedos. Casi se cae de bruces.

La maleta le roza la cadera al adelantarla. Corre tras ella y la persigue mientras rebota ágilmente hasta que las dos llegan al pie de las escaleras.

Desde detrás de la esquina más próxima se oyen los chirridos de un tren que se aproxima por algún túnel sombrío.

No quiero estar bajo tierra. No puedo...

Agarra la maleta y la pone de pie. El asa, de mala calidad, se ha doblado. La apoya en el costado metálico de la escalera paralizada y carga todo el peso de su cuerpo sobre ella hasta dejarla casi recta de nuevo.

A continuación se abre paso a empujones, de lado, sin miramientos, a través del gentío que se concentra al pie de las escaleras.

Debería haberse comprado una de esas maletas motorizadas que lo siguen a uno. Como las que usa la gente mayor. Sin tener que remolcar ni tirar. Ya es demasiado tarde.

Pone un pie en la escalera de subida, y esta se lo empieza a llevar hacia arriba; arrastra el otro detrás del primero, cuele la maleta con esfuerzo entre la aglomeración y logra auparse al peldaño dentado.

—*Glupa kurva* —masculla un joven turista al que ha empujado sin querer; solícito, con voz animada y jovial, nítida, su portátil traduce: «Puta estúpida».

No puedes hacer nada. Agacha la cabeza. No le hagas caso. No se lo hagas a nadie.

La escalera metálica la guía cada vez más arriba, de vuelta hacia la luz. Naomi se apea en lo alto y, tirando de lado de su maleta, se aleja de la multitud.

Una de las ruedas se ha estropeado con la caída y ahora está atascada.

Encuentra un sitio tranquilo en la estación, un remanso en las aguas, tras el soporte de acero de una marquesina. Un lugar donde pensar. Hasta allí han llegado también unos cuantos envoltorios de comida rápida y, de alguna manera, desde alguna parte, un puñado de hojas secas que crujen bajo sus pies. Se concentra en sentir el pulso de Colt en la muñeca, tan acompasado, para ralentizar el suyo y tranquilizarse. El chico está bien...

No puedo ir bajo tierra.

¿En bus? Dios, no. No.

Nunca ha contratado ningún plan de préstamo de vehículos. Desde un punto de vista estrictamente económico, resulta poco práctico cuando vives en el desierto.

¿Y una de esas compañías que te alquilan un coche en el acto?

Pero no le apetece conducir, aquí no. Y tampoco se fía de los vehículos autónomos desde aquella oleada de hackeos y robos en Brooklyn.

Las opciones sociales, compartir el viaje... No, no quiere tener que entablar conversación con desconocidos. La última vez, su compañero de viaje resultó ser un testigo de Jehová apasionado.

Los turistas chinos e indios se arraciman en el exterior mientras esperan a que los recojan sus coches de alquiler con o sin conductor. Hay demasiada gente; el bullicio y la masa la llevan al borde de un ataque de pánico. Empieza a caminar. Cuando por fin llega a la periferia de la multitud, se queda inmóvil durante unos segundos, con el rostro vuelto hacia el sol. Dios, ¿qué voy a hacer?

Un taxi se detiene a su lado. Bonito, anacrónico y conducido por un neoyorquino antipático.

El hombre baja la ventanilla.

—Eh, señora. ¿Taxi?

Como cuando era pequeña. Reconfortante.

—¿Cuánto cuesta la carrera hasta el Marriott Marquis? —pregunta Naomi.
Solo hay que llegar al hotel. Una cama. Una puerta con cerradura.

El taxista se encoge de hombros.

—Depende del tráfico —señala la enrevesada tabla de precios pegada en la puerta. Hora del día, distancia, número de pasajeros, bultos, el recargo de Manhattan...

Naomi se esfuerza por descifrar los números. ¿Sobrevivirá su presupuesto a algo así? Las variables son tantas, sin embargo, que su mente solo da vueltas en círculo. Por si fuera poco, los taxis conducidos por personas de carne y hueso son básicamente una trampa para turistas ingenuos, por lo que no debería fiarse de las tarifas expuestas. Pero le parece factible. Siempre puede comer de bufé, alguno habrá.

Una nueva avalancha de ruido y turistas surge de la estación, empujando al gentío ya existente a lo largo de la acera.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Oye! ¿Hablas inglés?

Naomi se vuelve y ve a un hombre blanco, corpulento y sudoroso, que se cierne sobre ella a su espalda.

—Sí, tú. Mira, si no piensas coger el taxi...

Naomi se monta y le da con la puerta en las narices.

La cantidad inicial que marca el taxímetro es más alta de lo que esperaba, y le cuesta creer lo deprisa que aumenta. No te lo puedes permitir, la reprende en su cabeza una voz, la de su madre. Un espasmo le atenaza la espalda y los hombros.

La pantalla es minúscula, con gráficos retro. Su aspecto recuerda al de los antiguos taxímetros mecánicos. Las ruedas numeradas giran despacio, accionadas por engranajes. Como una tragaperras diseñada exclusivamente para aceptar dinero, jamás para darlo. Naomi clava la mirada en las cifras y se esfuerza por aminorar sus vueltas con el fin de frenarlas. El tráfico es muy lento. Sus pensamientos vuelan por delante del taxi, intentando adelantar los

semáforos en rojo, evitar las carreteras cortadas, los tramos en obras, por qué hay tantas carreteras cortadas...

Oh, están construyendo nuevos apartamentos a lo largo de las antiguas vías del tren. Instalando tuberías, cables... Se fija en todo, sin parpadear, mientras el taxi continúa arrastrándose. Una manzana tras otra de primeras plantas ciegas. Sin ventanas. Por qué..., ah, claro, las nuevas regulaciones costeras, todo tiene que ser a prueba de inundaciones. Se estremece al imaginarse el agua sobre su cabeza.

El olor a cuero falso que se desprende de los asientos queda sepultado bajo el olor a limón falso del ambientador.

—Han actualizado el sistema de telepeaje esta mañana —rompe por fin el silencio el taxista—. Estaba dando problemas. Por eso el tráfico va a medio gas.

Naomi no dice nada.

—Se suponía que esta medida iba a solucionar todos los problemas de circulación en el centro —el hombre sacude la cabeza—. Pero los ha empeorado. Un buen revés para el alcalde.

Naomi cierra los ojos. «No te va a alcanzar el dinero.» Y después: «Solo tienes que llegar al hotel».

Transcurridos unos instantes, el conductor vuelve a la carga. Cambia de táctica.

—Yo antes vivía en Staten Island.

Naomi abre los ojos. Observa al taxista. De mediana edad, blanco, debe de medir por lo menos dos metros, sus rodillas prácticamente chocan con el volante. Como un payaso en un cochecito de circo.

Tiene que venirle fatal a su espalda. Todo el día contorsionado de esa manera, como un ocho. Se equivocó de profesión. Pobre hombre. Vale, conque quiere hablar, pues que hable.

—¿Mmmm?

—Una verdadera lástima, lo que pasó ahí. Ya hace tiempo que me trasladé a Queens, después de la primera tormenta de las gordas. Se acordará usted de Sandy, ¿verdad?

—Mmmm.

—¿La mujer aquella a la que las aguas le arrancaron los críos de los brazos? Vecina mía.

No era una imagen que a Naomi le apeteciera tener en la cabeza. La crecida

negra y atronadora, la noche oscura, las farolas apagadas y tu hijo gritando mientras una poderosa ola te lo arrebató de entre los brazos exhaustos, un grito tan agudo que resulta casi inaudible, cada vez más distante, alejándose por la calle desbordada hasta sumergirse y desaparecer...

—Me parece que necesito descansar —dice, cerrando los ojos de nuevo.

—Ajá —el hombre deja de hablar.

Pero la oscuridad, el silencio, no le aportan descanso. El pulso acompasado de Colt en la muñeca ya no la tranquiliza: su corazón late el doble de rápido. Abre los ojos y observa el taxímetro de soslayo. La cifra es demasiado elevada, aumenta demasiado deprisa. Dios, no le va a quedar dinero para aguantar hasta la conferencia.

—Déjeme salir —se oye decir.

—¿Cómo?

—Déjeme salir.

—Señora, falta un buen rato para llegar al hotel, todavía estamos en Brooklyn.

—¡Que me deje salir!

El hombre no dice nada. Detiene el vehículo.

Naomi se concentra en la astronómica cifra que marca el taxímetro para rehuir su mirada.

Podría usar el monedero electrónico, pero lleva encima dinero en efectivo: ¿por qué no llevar la fantasía retro hasta sus últimas consecuencias? ¿Justificar así la ridícula decisión de haber traído todos esos billetes?

Rebusca en el bolso, en un bolsillo, en el otro, mientras reúne el dinero disperso. El hombre suspira y mira por la ventanilla, frunce el ceño, consulta la hora de reojo, las arrugas de su entrecejo se vuelven más pronunciadas y Naomi se siente cada vez más ridícula.

El pensamiento «no tengo bastante» rebota sin cesar dentro de su cabeza. Disculpándose con el conductor; acusándose a sí misma.

El bolsillo que consigue igualar la tarifa contiene un puñado de antiguos y obsoletos billetes de dólar que encontró en un cajón mientras preparaba la maleta. Se los da todos, sin pensar. Son suficientes casi para constituir una propina decente. Aunque el hombre no sonría, por lo menos se le ha alisado la frente. Bastará. Esto es Nueva York, no dejar propina significaría la muerte, piensa Naomi mientras baja del coche. Una broma, más o menos.

Más o menos.

El taxista se marcha, y solo entonces mira Naomi a su alrededor.

Oh-oh.

Sobre este barrio debe de haberse abatido alguna desgracia. Recientemente. Hay restos calcinados en la calzada, en la acera. ¿Señal de que han ardido coches? Dos, tres jóvenes negros aparecen en uno de los portales abiertos y se quedan mirándola. Parecen preocupados. Como si Naomi solo pudiera traerles problemas.

Se gira y empieza a caminar, tirando de la maleta. La rueda coja chirría. Cuando vuelve a echar un vistazo comprueba que ya no están fijándose en ella, sino en algo que hay a su espalda. Regresan al interior del edificio y cierran la puerta.

Una sombra se cierne sobre ella desde atrás y sobrevuela su cabeza, sobresaltándola y alborotándole el pelo en todas direcciones.

Un dron. Compacto. Potente. Del tamaño de un perro grande, aproximadamente, con rotores como los que utiliza el ejército. Naomi se queda paralizada.

El artefacto gira para observarla de frente, para identificarla; en el proceso, extiende un oscuro hocico metálico y la olisquea. Naomi nota una fuerte brisa que la envuelve y oye el susurro del aire al desvanecerse en los millares de orificios diminutos que tachonan la negra superficie curva del morro.

El dron vuelve a elevarse unos cinco metros sobre el asfalto, esparciendo basura por toda la calle con el ímpetu del vendaval descendente que lo propulsa. Naomi se cubre los ojos para protegerlos del polvo.

El aparato se aleja bamboleándose calle abajo. Deja atrás un cochambroso y gris edificio de apartamentos. Otro. Luego apunta hacia una construcción incongruentemente pintada de rosa chillón y extiende el hocico. Olisquea una ventana resquebrajada de la segunda planta. No ocurre nada durante unos instantes, mientras el dron se comunica con alguien, en alguna parte. A continuación emite una onda sónica concentrada, como el estallido de un trueno, que desintegra la ventana; acelera a una velocidad de vértigo entre el remolino de partículas de cristal y, aullando, se pierde de vista dentro del apartamento.

Alguna redada antidroga, piensa Naomi, o... caray. ¡Caray! O una operación antiterrorista...

Ha visto drones de los SWAT haciendo esto en las noticias, pero verlo con sus propios ojos se le antoja tan irreal como si estuviera soñando. La lluvia de

vidrio danza sobre el pavimento ante ella, a su alrededor. Sus zapatos y las ruedas de la maleta trituran las esquirlas cuando echa a correr.

Se detiene, jadeante, al llegar a una manzana más tranquila, sin gente ni drones. Mira en torno. La zona está en calma porque todos los edificios han sido clausurados, acordonados.

Puede que los hayan evacuado para descontaminar tras un ataque biológico... No, no es el lugar más indicado para recuperar el aliento. De acuerdo. Se estira y sacude los brazos, acalambrados. Agarra una vez más el asa de la maleta y reanuda la marcha a un paso menos extenuante y apresurado.

Hace una parada al ver macetas con flores en una salida de incendios. Busca una barandilla en la que apoyarse mientras recupera el aliento.

Estoy ahorrando. Y no estoy bajo tierra. Todo va bien.

Empieza a caminar de nuevo, ya más despacio. Por fin logra cruzar el puente y llegar a Manhattan, tan bonita y segura. Frunce el ceño, sintiéndose culpable por el alivio que experimenta. Ay, Manhattan, se dice. Esterilizada por el dinero. Todos esos criminales con traje y corbata...

La muchedumbre se vuelve más densa conforme se aproxima a su destino. Transcurridos unos instantes, esquivar a la gente mientras tira de la maleta se convierte en una especie de meditación. «Solo tienes que llegar al hotel» es ahora un mantra, sin el menor atisbo de pánico.

Llega a la sombra que proyecta la marquesina del hotel Marriott Marquis notando un ligero mareo a causa del agotamiento, del bajón de adrenalina, del hambre. Con los ojos acostumbrándose aún a la penumbra que reina al pie del edificio, se tropieza con un joven negro vestido con una camiseta igualmente negra y vaqueros del mismo color. Naomi abre la boca y, sin pensar, dice:

—Perdón, eres tan negro que no te he visto.

El muchacho se gira y activa la piel digital de sus antebrazos. Unas rayas de tigre, anaranjadas y fluorescentes, vibran sobre el fondo de ébano azulado.

—No pasa nada —replica con voz amanerada, impávido. Naomi observa fijamente, como hipnotizada, las ondulaciones de sus antebrazos iluminados. Se le disparan las pulsaciones de nuevo—. Tú eres tan mujer que no te había visto.

—Lo siento, no pretendía...

El joven arquea una ceja, da media vuelta y cruza la puerta giratoria del hotel. La piel electrónica se apaga hasta recuperar su color natural, y sus brazos vuelven a ser meros brazos.

Ah, es un empleado, piensa Naomi, sin saber muy bien si eso soluciona o empeora las cosas. Nada de piel electrónica en las instalaciones.

Lo sigue a través de la puerta giratoria, con la rueda rota de la maleta traqueteando todavía, chirriando, y se sumerge en un espacio que da la impresión de ser mucho más grande que el mundo exterior.

Echa un vistazo a su alrededor.

Ni rastro del chico de los brazos atigrados. De acuerdo.

Levanta la cabeza hasta que su cuello emite un chasquido y contempla los jardines colgantes de aquel vestíbulo de veinte pisos. Le cuesta creer que no haya nadie tirándose desde lo alto. La gente debería estar haciendo cola para saltar al vacío.

Cierra los ojos. Una habitación con una cama. Una puerta con cerradura. Ya falta menos.

Resuena de improviso un estruendo muy fuerte, muy cerca. Al abrir los ojos ve, por un instante, cómo alguien se estampa contra el suelo de mármol junto al mostrador de recepción.

Santo cielo, ¿de verdad se ha...?

Pero solo son unas cuantas maletas que se han caído de un carrito portaequipajes. Un juego de cuatro, todas de color rojo, resbalando una detrás de otra y desparramándose por la superficie de mármol.

Una de las correas del carro se ha roto, Naomi puede ver cómo se balancea el cabo deshilachado.

Un botones —alto y delgado, africano, posiblemente tutsi o masái— se carcajea, histérico, con la otra punta de la correa en la mano. Colgando en el aire.

Naomi sale de su parálisis y da los últimos pasos que la separan de la recepción.

El servicio de *check-in* automático está averiado. Tras retirar un panel metálico, una mujer sudamericana y enjuta, vestida con un mono de mantenimiento, se asoma con gesto fúnebre a las entrañas del sistema mientras la unidad de diagnóstico que yace a sus pies realiza las comprobaciones pertinentes. Naomi arruga la nariz ante el tufo a plástico quemado, caliente, que flota en el aire. La mujer exhala un suspiro y se apoya en la pared.

Naomi deja vagar la mirada por el mostrador, tras el cual un par de empleados están inscribiendo manualmente a los huéspedes. Se pone a la cola.

Hay una risueña pareja de jóvenes delante de ella. Practica sus ejercicios

de respiración mientras espera. Pero ¿qué hacía ese hombre remolcando un carrito? Mira en derredor hasta que ve los portamaletas robotizados del hotel, planos y estilizados, aparcados en un rincón formando una hilera ordenada, como una escultura abstracta. Ah. Fuera de servicio. Debe de haberse caído todo el sistema.

Los empleados cargan las maletas en carritos manuales y silban mientras se los llevan en dirección a los ascensores. La escena le presta un aire de película antigua al vestíbulo.

El chico de la recepción es simpático. Naomi no sabe por qué estaba tan preocupada por eso. Pronto podrá tumbarse en una cama. Tal vez incluso consiga conciliar el sueño. Pone el piloto automático y se limita a asentir con la cabeza frente al recepcionista mientras comienza a darle vueltas a la presentación. Hablar en público la pone nerviosa. Teme el inevitable trance de socialización que viene después. ¿Seguirá esperando la gente que pague la cuenta a medias en un restaurante de los caros aunque ella solo haya pedido un aperitivo y agua del grifo?

El recepcionista da la impresión de estar repitiéndole algo.

—Mmm. Ah, disculpe. ¿Qué?

—Ignoro el motivo, pero el pago no ha sido aceptado.

Se fija en él con detenimiento por primera vez. Joven, tan pálido como un champiñón, con los ojos verdes, ancho de hombros. Sonríe. Es apuesto, sí.

—Lo siento —dice, y parece sentirlo realmente—, es posible que haya algún tipo de problema con su monedero electrónico. No se puede realizar la operación. ¿Tiene otra manera de... eh...?

Desconcertada, Naomi rebusca hasta dar con la apolillada tarjeta de crédito que reserva para las emergencias. «No tengo suficiente dinero.»

Llevan a cabo el ritual pertinente.

Naomi contiene el aliento.

—Lo siento de veras —y sí que lo siente, lo cual empeora las cosas—. ¿Tiene otra tarjeta?

Naomi parpadea al acordarse de la cajera del Target que, en diciembre, usó unas tijeras para cortar en pedazos su otra tarjeta delante de sus narices. Había salido de allí con la espalda muy recta, notando todas las miradas clavadas en ella, tras dejar los regalos de Navidad para Colt apilados junto a la caja registradora. Se quedó media hora sentada en el aparcamiento, llorando, antes de sentirse con fuerzas para conducir hasta casa.

—No. No tengo otra tarjeta.

Debería quedarle más margen. ¿Por qué iban a rechazarla? Su límite era de doce mil doscientos. Tenía once mil cuatrocientos de saldo.

—Me... La organización de la conferencia me aloja aquí.

—Ajá. ¿Qué conferencia?

—La StemCellCon. Ellos pagan la habitación y...; no pensaba usar el teléfono, ni tocar el minibar.

El recepcionista todavía sonrío.

—Por supuesto.

—Ni siquiera bebo.

—La entiendo perfectamente. Sin embargo, el reglamento exige que los huéspedes depositen una fianza de quinientos dólares, por si se produjera algún accidente. Me temo que no estoy autorizado para saltarme esa norma —Naomi se da cuenta de que el muchacho está intentando ponérselo menos difícil de lo que es, lo cual agrava las cosas—. Aceptamos dinero en efectivo, eso sí. Hay un cajero a su disposición allí mismo —apunta con el dedo a una esquina del vestíbulo.

Quinientos dólares. Recuerda cuando solía ser la mitad de esa suma. Por otra parte, también se acuerda de cuando solía ser considerablemente más. Deflación, inflación, revaluación...

—Gracias —replica.

¿Le habrá saqueado Colt tanto el monedero electrónico como la tarjeta de crédito?

Arrastra los pies hasta el antediluviano cajero automático. Nota las piernas ateridas y rígidas. Cuenta el dinero en efectivo que le queda sobre la marcha. Doscientos cincuenta dólares. Una vez en la máquina: no, no desea conocer su saldo. Introduce la tarjeta de crédito, demuestra su identidad (ojos, piel) y solicita retirar quinientos dólares. Tras decirle educadamente que no, el cajero le devuelve la tarjeta.

Solicita trescientos.

Solicitud rechazada.

Doscientos.

El cajero le da cien y le desea que pase un buen día.

Aunque no le apetece, Naomi se reúne con el recepcionista. El problema es que tampoco le apetece desplomarse en el suelo, llorando desconsolada, ni salir corriendo del hotel para arrojarse al tráfico, ni...

Podría montar en el ascensor, subir a la planta vigesimocuarta, saltar por encima de la barandilla y reventarse contra el negro suelo de mármol delante del recepcionista, dejándole el mostrador lleno de salpicaduras; seguro que él se mostraba igual de comprensivo y se compadecía de ella. Se compadecería un montón.

Pero ¿le permitirían usar el ascensor sin ser cliente? ¿Tendría que estar apuntada en el libro de registros para lograrlo?

El recepcionista la observa diplomáticamente, con la cabeza ladeada sobre un hombro.

—Solo tengo trescientos cincuenta dólares —le explica Naomi—, y los necesito para comer mientras dure mi estancia aquí, por lo menos una parte. Si pudiera...

El muchacho inclina la cabeza sobre el otro hombro sin dejar de observarla diplomáticamente. Naomi se siente como si estuviera empujando una roca con la lengua, cuesta arriba. Quiere dejar de hablar. Quiere tumbarse. Pero no tiene dónde. El frío mármol.

—Si pudiera... —no, no puede terminar esa frase.

Vuelve atrás, prueba con otra. Como si estuviese intentando tomar otro camino, igual que aquella vez que había querido llevar a Colt al lago Walker y acabaron en lo alto de un risco en mitad de la nada para tener que volver sobre sus pasos; se aventuraron por otra senda y se quedaron atascados en un barrizal; otra más, y se les hizo de noche sin llegar a ver el lago.

—¿Podría llamar por teléfono a la organización de la conferencia? A lo mejor ellos...

Solo que este camino tampoco conduce a ninguna parte, porque no le apetece hablar con los organizadores. Se imagina teniendo que explicar este embrollo, su vida, a través de la línea, a un personaje anónimo tan grande, impersonal y distante como la luna.

Naomi detecta algo en su visión periférica, siguiendo la curva del mostrador.

Una mujer, observándola fijamente.

Naomi le devuelve la mirada, cualquier cosa con tal de perder de vista la diplomática y resignada expresión del recepcionista.

El cabello de la mujer, oscuro y lustroso, ondea cuando gira la cabeza de golpe.

Otro huésped, nada más que eso, haciendo el *check-in* con toda normalidad

mientras conversa con el segundo recepcionista. A sus pies se arraciman tres perritos de ojos saltones que, tiritando a causa del aire acondicionado, le sostienen la mirada a Naomi.

Ella vuelve a dirigir su atención al recepcionista.

El recepcionista baja la voz.

—Mire, necesito ese depósito. Son las normas.

Naomi se limita a quedarse plantada, en el sitio, mientras el joven comienza a tornarse borroso. Su brazo derecho empieza a doblarse a la altura del codo con la intención de ascender, pero le ordena que baje y permanezca rígido junto a su costado. No quiere enjuagarse los ojos, así solo conseguiría llamar la atención sobre ellos. Quizá el muchacho todavía no se haya fijado. Aún no se le han desbordado las lágrimas.

—Lo que podría hacer es... —el recepcionista se muerde la lengua, como si estuviera consultándose algo interiormente, debatiéndose, convenciéndose, antes de llegar a un acuerdo consigo mismo—. Podría bloquear el minibar y desactivar el teléfono, quiero decir, no lo necesita, nadie lo usa nunca, siempre y cuando usted me deje doscientos dólares en depósito. ¿Sería..., le quedaría bastante? De todas formas, lo recuperará al marcharse, así que puede contar con ello para ir al aeropuerto o...

—Sí —lo interrumpe Naomi. Ahora sí que se le anegan los ojos, rebosan. Le entrega los doscientos dólares al muchacho. Una gota cálida se estrella contra el dorso de su mano y salpica el billete, los dedos del recepcionista, que permanece inmutable—. Disculpe, lo siento de veras. Gracias. Muchísimas gracias.

—No se preocupe. No pasa nada —el joven mira a su alrededor, como si se sintiera azorado. Pero ¿qué motivo podría tener para estarlo?

El sistema de *check-in* todavía no funciona, por lo que el recepcionista le expide un recibo en papel y le apunta el número de habitación. Programa la puerta para que se abra cuando llegue Naomi y sonrío, le dice algo, aunque ella ya ha dejado de prestarle atención. Le da las gracias de nuevo y, de forma absurda, ensaya una reverencia, como haría su padre. Por qué lo ha hecho, nadie hace eso.

Da un paso en dirección al ascensor. Solo hay que llegar a la habitación. No llores. Otro botones empieza a caminar hacia ella, a lo lejos, como un guepardo que acabara de fijarse en la gacela que está quedándose rezagada del rebaño.

Se trata del hombre con los brazos de tigre, cubierto ahora por una ceñida chaqueta roja.

Se acerca muy deprisa. Sonríe de oreja a oreja.

Naomi se aferra al bolso de forma automática, impulsada por un instinto protector, aunque sabe lo que hay dentro sin necesidad de mirar. Un billete de cien dólares y otro de cincuenta. Nada más pequeño. Le tiene que durar hasta el lunes. Santo cielo, no puede permitirse el lujo de ir por ahí dejando propinas. El clamor que resuena dentro de su cabeza se intensifica mientras calcula el precio de todas las comidas y el taxi de regreso al aeropuerto; no, cogerá el metro, no pasa nada, puede hacerlo, no necesita ir en taxi; además, habrá bufé libre en algunos de los actos de la conferencia. Al final consigue reducir el total a menos de ciento cincuenta dólares.

Mira en los bolsillos.

Un par de relucientes monedas nuevas de dólar. Muy poco...

Aprieta el paso y las puertas del ascensor se abren ante ella. Acelera más todavía, con la maleta traqueteando y brincando por culpa de la rueda atascada. No, de verdad que no, no puedo darle propina. Dios, va a pensar que es porque es negro, que soy como mis padres... Se niega a mirarle a la cara al botones, que prácticamente corriendo se abalanza ahora sobre la puerta del ascensor, atajando en diagonal, esforzándose por interceptarla, diciendo:

—Señora...

21

La habitación está limpia, desierta. Naomi suelta el asa de la maleta, que se vuelca hacia un lado.

No tiene el centro de gravedad entre las ruedas, está mal diseñada, parece buena, elegante, pero su calidad es deplorable.

Se sienta en la cama y prueba a llamar a Colt, dos veces, pero no obtiene respuesta. Al segundo intento le deja un mensaje.

—Todo va bien, Colt. Me han dado una habitación muy bonita. Avísame si necesitas cualquier cosa. Y asegúrate de...

No.

—Feliz, esto...

No.

—Te quiero.

Se levanta, echa el pestillo, corre las pesadas cortinas aterciopeladas de color ciruela, apaga las luces, se descalza de dos puntapiés y camina hacia la cama en la oscuridad. Se recuesta, se ovilla.

Qué blandita. Y qué bien huele, a limpio. Los nudos que le agarrotan los músculos comienzan a deshacerse por todo su cuerpo, como si se estuviera derritiendo, hasta que su corazón late a la misma velocidad que el de Colt, en sincronía por fin.

Se queda dormida.

22

Colt abre los ojos temprano. Es la primera vez que amanece solo en casa; lo despierta el silencio.

No se oye el reconfortante murmullo de la ducha al final del pasillo.

Nada de cubiertos entrechocando en la cocina.

Se levanta y, por algún motivo, presiente que debería moverse en silencio. Pensaba entrar directamente en el juego, nada más despertar, pero la extrañeza que le provoca la casa vacía es un nuevo nivel que también debería explorar.

Antes, sin embargo, rescata la pequeña impresora 3D de entre la pila de ropa sucia bajo la que está sepultada y se apresura a imprimir la carcasa que necesita, más un par de componentes básicos. Se los guarda en los bolsillos, todavía calientes.

—Correo —le informa la IA doméstica cuando sale del cuarto.

—Gracias —replica él, de forma automática.

Es intensamente consciente de cada paso sigiloso que da, del silencio que lo envuelve, mientras se dirige a la puerta principal.

La abre y aspira el aire del amanecer. Frío, vigorizante.

Un dron de reparto nocturno ha dejado en el enorme buzón el paquete que contiene las piezas más complejas que había encargado. Bien.

Detrás, al fondo del buzón, hay otro bulto.

El muchacho lo saca. Lo tantea.

No pesa ni mucho ni poco.

Le da la vuelta.

Una etiqueta escrita a mano.

El nombre y la dirección de Colt. Con la letra de su padre.

Respira hondo y rasga el envoltorio.

Una taza.

Una taza del *Doctor Who*.

El programa preferido de Colt durante la mayor parte de su niñez.

El Doctor, tan bondadoso, tan listo. Tan desconcertado por los seres humanos, por sus emociones.

A veces, tras quedarse dormido bajo el póster de Peter Capaldi, Colt soñaba que el Doctor Who era su auténtico padre y lo llevaba a la cama.

Velaba por él...

Examina la taza con detenimiento.

Vaya, está mal impresa.

Ni siquiera ha podido comprarme una de las buenas.

Le da un vuelco el estómago.

A lo mejor era más barata porque tiene un error.

I ♥ ♥ the Doctor.

Espera, no. El Doctor tiene dos corazones. Todos los Señores del Tiempo de Gallifrey tienen dos corazones.

Su garganta emite un ruidito entrecortado mientras relee el mensaje.

I ♥ ♥ the Doctor.

Un ruidito nervioso, sobresaltado.

Solo al darse cuenta de que el sonido que acaba de emitir es una risita contenida comprende que las palabras y los símbolos impresos en la taza representan un chiste.

I ♥ ♥ the Doctor.

—¿Tiene gracia? —se pregunta en voz alta—. Sí que la tiene.

Le da la vuelta a la taza, la examina. Hay una firma garabateada encima, de color negro.

Pero ¿por qué se le habrá ocurrido a su padre firmarla? ¿La gente hace eso? ¿Es normal? ¿Como una tarjeta de cumpleaños?

No, ese no es el nombre de su padre...

El muchacho entorna los párpados para fijarse mejor.

«Peter Capaldi.»

El Doctor favorito de Colt.

Su padre se ha acordado.

Se le empañan los ojos.

Deambula por la casa cargando con el paquete de componentes y la taza.

Esta le recuerda que tiene sed. Se tiene que acordar de beber.

Se pregunta por qué le parece tan extraño el silencio. Pasa muchos días solo en la casa, al fin y al cabo, enfrascado en el mundo de los juegos, mientras su madre trabaja en el laboratorio. Que la casa esté en silencio es normal.

No, se trata del silencio a esta hora del día; por la mañana, su mejor momento juntos. Cuando hablan realmente. Sumado a la certeza de que este silencio se va a prolongar en el tiempo, de que mamá no va a abrir la puerta dentro de unas horas. Lo que suena en sus oídos es el futuro. La vida sin su madre.

Reflexiona al respecto.

Es la primera vez que se imagina un futuro sin mamá. Pero ocurrirá tarde o temprano, por supuesto. ¿Se siente bien o mal al respecto?

Todavía es pronto para saberlo.

Entra sin hacer ruido en la sala de estar, cruza la alfombra, agradable bajo sus pies, y abre el pequeño mueble bar que mamá reserva para las visitas. El que mamá no usa nunca.

Toca todas las botellas, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Saca una, medio vacía, de whisky Suntory. La claridad del amanecer incide y resbala sobre el remolino de líquido ocre. La antigua etiqueta de papel contiene un círculo dorado, que Colt alinea con el sol para que el tenue resplandor lo atraviese.

Vuelve a dejarla en su sitio y coge una botella de tónica Schweppes. La etiqueta le advierte que contiene quinina.

Los exploradores la tomaban para prevenir la malaria. Mola.

Faltan uno o dos dedos. Seguro que, de todas formas, ya no le queda gas. No ha probado nunca la tónica.

Un suave siseo de dióxido de carbono se libera al desenroscar el tapón. Ay, porras, la acaba de echar a perder, ella se va a dar cuenta.

Un brote de pánico.

Pero no va a volver hoy. Le dará tiempo a arreglarlo. No pasa nada. Se acerca la botella a los labios, no, no la toques.

Los gérmenes.

Echa la cabeza hacia atrás. Vierte un poco de líquido en su boca abierta. Burbujeante. No sabe dulce. Metálico. Eso debe de ser la quinina. Qué guay...

Le pone el tapón y la devuelve a su sitio.

Saca una botella de vodka. Hay un búfalo en la etiqueta.

Hmmm... Colt lo observa con detenimiento, intrigado.

Le gustan los búfalos. Quizá no exista ningún gobierno, ni leyes, en el semimítico Salvaje Oeste del mundo de los juegos, pero sí hay un ecosistema natural ferozmente exacto, intrincadamente interconectado; y el juego contiene inmensos rebaños de búfalos.

De modo que Colt se ha pasado muchísimo tiempo diseñándolos, y este está mal.

Espera, ahora recuerda algo que dijo una compañera de trabajo europea de Naomi: «Un regalo de mi tierra natal».

Ah, no es un búfalo, sino un bisonte europeo.

Polska.

Polaco.

De importación.

Ochenta grados.

Esta es.

Se lleva el vodka a la cocina.

Reúne cuanto necesita sobre la mesa. El escenario es tradicional, muy de la vieja escuela. Soldador, estaño, pistola de aire caliente, rollos de alambre, bolsas de plástico transparente con condensadores, resistencias, conmutadores, chips de distintos tipos; la carcasa de plástico color arena y los componentes que acaba de imprimir; unos bastoncillos de algodón que ha cogido de la balda de su madre en el cuarto de baño.

¿Dónde está el paquete que había pedido? Ah...

Colt extrae las piezas recién entregadas de su pulcro y liviano envoltorio de aerogel.

Abre la botella de vodka y vierte un poco en el mismo tapón. El penetrante olor del etanol al evaporarse le hace arrugar la nariz. Moja un bastoncillo en el líquido incoloro.

Comienza a limpiar los contactos del dial de un potenciómetro físico extraído de un antiguo amplificador Bang & Olufsen. Aunque no resulta nada práctico (emiten unos chasquidos muy desagradables si contienen la menor impureza), a Colt le gusta su aire retro.

No, no va a entrar todavía en el juego. Antes le gustaría ensamblar el repetidor de cobertura.

Se dobla por la mitad de improviso, como si viajara en un coche cuyo freno

alguien hubiera pisado con fuerza hasta el fondo, atenazado por las convulsiones de un ataque de pánico. ¡Basta! ¡Deja de perder el tiempo! ¡Vete ya al laboratorio! ¡Volverá y no habrás hecho nada!

Ahora el pánico, sin embargo, es real.

Lo que tienes que arreglar es esa cabeza tuya, no la calidad de la recepción al otro lado de las montañas, qué más dará eso.

Colt canturrea y asiente con la cabeza hasta que sus pensamientos se desvanecen.

Reanuda la construcción del repetidor. Al juego le vendrá bien. Llevaba meses queriendo hacer esto.

23

Cuando ha terminado de ensamblar el repetidor de señales, Colt se dedica a recorrer la casa despacio, metódicamente, desenchufando todos los alargadores que encuentra. Es una casa tradicional, construida sin tomas de corriente suficientes en una época en la que había que enchufarlo todo. Tiene a sus espaldas décadas de arreglos improvisados, obra del antiguo propietario: infinidad de cables se extienden discretamente a lo largo de los rodapiés, surgen de enchufes ocultos detrás de los armarios, discurren bajo las alfombras, se enroscan tras los sofás y cuelgan en racimos de las vigas.

Una vez en sintonía con ellos, se vuelven omnipresentes.

Colt hace una mueca. La pauta carece de lógica. Más de una vez se han utilizado alargadores cuando habría sido más fácil desenchufar un par de artilugios y volver a enchufarlos en tomas distintas. La mayoría de ellos ni siquiera son necesarios.

Los recoge todos.

De nuevo en la cocina con el cargamento, mira a su alrededor. Se agacha y vuelve a mirar. Un cable muy corto, asomando por detrás de la nevera, acoplado a una base múltiple.

Ah, ya. El cable del frigorífico se había estropeado las navidades pasadas, cuando lo pasó por encima del tostador, y tuvo que cortarle un pedazo.

Por eso ahora, sin ayuda, ya no llega al enchufe.

Vacila. Necesita ese alargador.

Desenchufa la nevera.

—Colt, ¿seguro que quieres desenchufarme? —le pregunta con voz jovial el electrodoméstico.

Ah, claro. Dispone de una batería auxiliar con unas pocas horas de autonomía, por si se produjera algún apagón.

Colt medita la respuesta.

Nunca le ha gustado la IA del frigo. Aunque se supone que está pensada para congeniar con los niños, en la práctica eso solo significa que utiliza voces de *Barrio Sésamo* mientras lo alecciona sobre dónde colocar la leche para optimizar su frescor.

—Te odio —replica el muchacho—, y quiero que te mueras.

—Vale. Necesito hablar con tu madrrrrrrr... —empieza a decir la nevera, hablando como Caponata, pero Colt desactiva la IA con un destornillador antes de que pueda notificarle a Naomi que está desenchufada y la temperatura no va a tardar en subir.

24

Naomi se despierta temprano.

Se levanta.

Se ducha.

Elige la ropa.

Dedica un buen rato a mirar con apatía las noticias en el televisor de la habitación. El relajante telón de fondo de las desgracias ajenas.

En Alaska, un terremoto ha provocado el hundimiento en el mar de una aldea de las islas Aleutianas.

Hay un francotirador acorralado en un centro comercial de Florida.

En Ohio, unos hackers biológicos han diseñado una versión de la peste bubónica que se transmite por el aire y la han soltado en su instituto. El centro está precintado, al igual que treinta manzanas de la ciudad a favor del viento desde su posición. Naomi observa los familiares trajes de protección biológica que recorren las calles desiertas.

Llevaba sin ver las noticias desde que era adolescente. Una mañana, cuando tenía, qué, quince años, vio una persecución policial en directo. El prófugo hizo un brusco cambio de sentido en la autovía y se estrelló contra un camión. Lo repitieron sin cesar. Mientras lo miraba por tercera vez, distraída, algo

hizo clic en su cabeza y comprendió que aquel hombre, vivo hacía apenas unos minutos, ahora estaba muerto. Que aquello era real. Que él había sido tan real como ella. Apagó el televisor, fue al cuarto de baño y vomitó. Desde entonces no se atrevía a mirar las noticias.

Muerte disfrazada de entretenimiento, como los antiguos combates de gladiadores romanos...

Pero ahora el presentador da paso a la sección de noticias internacionales, y la interminable sucesión de catástrofes climatológicas y bélicas le recuerda los primeros años de su niñez. Su padre solía explicarle dónde estaban aquellos lugares remotos y la tranquilizaba, asegurándole que ninguna de aquellas cosas horribles podía sucederles a ellos. Oye su voz en su memoria, más alta que las noticias, reconfortante. No siempre fue un monstruo. De lo contrario, todo habría resultado más fácil.

Cuando por fin mencionan Nevada y Las Vegas, en un parte meteorológico, apaga la tele.

Al otro lado de la puerta de su habitación, el simposio ha comenzado a invadir el hotel. Como en un sueño, se inscribe en el registro de invitados, recibe una etiqueta con su nombre y una bolsa con cosas a las que nunca va a dedicar ni un vistazo, y deambula sin rumbo.

Se ven acreditaciones por todas partes.

Un enjambre, amasándose.

Llega a la sala de conferencias en la que está previsto que hable. Es muy pronto. La han puesto la primera. Comprensible, no tiene reputación. La moqueta es asombrosamente tupida.

¿A quién se le ocurre instalar una moqueta tan gruesa? Seguro que se acumula muchísimo polvo, ácaros y cosas peores, por no hablar de la comida que se cae, migas, leche que se derrama y lo mancha todo, ese olor agrio tan difícil de eliminar...

Se enfrasca en estas divagaciones, cabizbaja, con la mirada fija en la espesa moqueta mientras se encamina al estrado, obligándose de forma intencionada a no pensar en él, a estar ahí de pie, a dirigirse desde allí al vasto auditorio, donde la tupida moqueta absorberá el sonido de su voz como una esponja.

Leche derramada.

La enorme sala está prácticamente desierta.

Media docena de personas se arraciman al borde de la tarima, conversando en voz baja.

Desperdigados entre los cientos de sillas, un puñado de individuos utilizan el espacio a modo de refugio: tres de ellos están leyendo, uno se dedica a escribir, dos más dormitan.

Alguien del grupo que está más cerca del escenario mira en su dirección, la ve. Camina hacia ella a grandes zancadas.

Yaakov.

Lo echaba de menos.

Llevaba sin ver a su antiguo profesor desde que este fundara su equipo de consiliencia en el MIT; una gran unidad multidisciplinar que pone a biólogos a trabajar en problemas de física y viceversa.

Está mayor, ahora tiene el pelo blanco.

—¡Naomi! —su voz llega a todos los rincones de la sala. Le da una palmada en la espalda, tan fuerte que ella se tambalea—. ¿Algún retoque de última hora? ¿No? Bien. Repartiremos la información cuando subas al estrado, si no te importa... ¡Ritual! ¡Drama! Estaba contándole a Graham... —la agarra del codo y la conduce hacia la tarima—, sí, ven, deja que te presente a los demás... Todavía me acuerdo de cuando los folletos eran de papel; si a la gente le interesaba tu charla, te seguían página a página. Dios, a veces sonaba como si el viento estuviera azotando las copas de los árboles, con todo el mundo pasando las hojas al mismo tiempo... Añoro el papel.

Yaakov le suelta el codo cuando llegan al borde del estrado.

—Seul-ki, Graham, esta es Naomi Chiang. Una de las mejores alumnas que he tenido nunca. Vayamos detrás del escenario para hablar con más calma. El café de la habitación verde es deplorable, pero tiene unas sillas decentes.

Detrás del escenario... Subirán al estrado dentro de nada, santo cielo, por qué ha venido...

Por fin Colt consigue que funcione el repetidor. Se pone su mejor traje de microfibra, recién lavado. Dedicar un momento a ajustar los sensores del

casco. Aunque tenía muchas ganas de entrar en el juego, ahora se siente extrañamente relictante a empezar.

Es el cansancio. Me he levantado demasiado temprano.

Ahora su madre le lleva tres horas de ventaja, el sol brilla más alto en su cielo. No le gusta esa idea. Me tumbaré un rato, se dice. Una siesta. Sí. Ordena a las persianas que se cierren. Descienden hasta dejar la habitación a oscuras. El muchacho se tumba en la cama y cierra los ojos.

Antes de quedarse dormido, desconecta el seguimiento del mundo real y comienza a andar dentro del otro juego al que ha estado jugando. Caminará mientras duerme. Lejos de todos.

Camina hasta quedarse dormido.

En sus sueños, camina.

Se despierta dentro del casco. Todavía lleva puesto el traje de microfibra.

Y el casco, activado al abrirse los ojos de Colt, despierta a su vez; ya está dentro del juego, en el desierto.

Bien. La extraña relictancia ha desaparecido. Jugará...

Entre las paredes de su cráneo resuena una voz nerviosa que dice: no, vete al laboratorio, pero él la ignora, la ignora, la ignora.

Piensa en otra cosa.

Espera. La chica que conoció la semana pasada. No...

No es que él...

Utiliza sus privilegios de desarrollador para echar un vistazo al registro de entradas (caray, cuánta gente hay jugando en la India), pero ella no está en el mundo lúdico. Regresa al entorno del juego.

Ni rastro de otros jugadores.

Ni rastro de vida.

Un poco de humo en el horizonte, tal vez.

Comprueba la distancia recorrida durante su siesta. No está mal. Ocho kilómetros. Lo apunta. Y el cargador de inducción que instaló en el somier ha cargado el casco por completo mientras dormía. Bien. Técnicamente, uno no debería recargar el casco en caso de llevarlo puesto, ni dormir con un cargador bajo la cabeza; pero mamá desconoce su existencia, y tenerlo significa que Colt nunca debe preocuparse por los problemas de batería.

Al despegársele la cabeza, experimenta una incomodidad familiar. Empieza

a respirar más deprisa, no porque necesite más oxígeno, sino porque no lo necesita; le produce pánico la desconexión entre su yo dentro del juego, en el desierto del juego, caminando, y su auténtico yo, inmóvil, en la cama; entre el resplandor del sol del mundo lúdico y la fría oscuridad de su habitación de verdad.

Respiración rápida y superficial; a mamá no le gusta que respire de esa manera. Desacelera.

Respira hondo.

Más despacio.

Más hondo.

Más despacio.

El pánico se diluye.

Podría, por supuesto, programar el seguimiento del mundo real para que se activase de forma automática al despertar.

Pero entonces estaría negándose a sí mismo el placer de reactivarlo manualmente. Sin apresurarse, dirige los pasos de su yo lúdico a una cueva sombría en la que no se había fijado antes.

Sí, la casa hace de cueva, bien.

Husmea a su alrededor mientras espera a que sus ojos se acostumbren a la penumbra. El olor es agradable. Heno recién cortado. Sí, allí, en la esquina del fondo. Y sacos vacíos que alguna vez contuvieron trigo, forraje.

Es un refugio para animales. Quizá también para los pastores.

Vamos allá... Su yo lúdico se tumba y usa un saco rasgado para cubrirse las piernas y el cuerpo; su yo real se funde con él.

Transposición completa.

Es uno consigo mismo. Mueve el brazo, en el mundo, en el juego. Busca la taza con agua del *Doctor Who* que hay junto a la cama, porque su madre por fin le ha inculcado que tiene que beber suficiente agua, integrarlo en su ritual.

Su mano lúdica se cierra en torno a un tazón de arcilla, dejado por un pastor en la cueva, tal vez. Admira su tosca forma en la penumbra y bebe agua real, agua lúdica, de la taza real y del tazón lúdico, la fusión es perfecta, y se relaja.

Ay, vaya. Tengo que hacer pis. Y debería ducharme...

Se levanta y la cueva se abre ante él mientras se dirige al cuarto de baño.

Ha encontrado la manera de ducharse dentro del casco. Todas las juntas son herméticas. Ya no nota ningún escozor en la cabeza.

Se mete bajo la cascada. Es totalmente convincente.

Orina en la ducha. Anaranjado oscuro. Hmmm. Aún tengo que beber un poco más.

Se seca, se viste y sale a la luz. Sigue siendo bastante temprano.

Deja vagar la mirada por el desierto del juego.

Nítido, fresco.

El par de casas que se divisan desde el patio han sido reemplazadas por erosionados promontorios de arenisca rojiza.

Se gira.

La gasolinera, a lo lejos, se ha convertido en una compacta arboleda de pinos cuyas copas se integran sin fisuras con la cubierta de plástico y acero de la estación de servicio. Un ciervo sale de entre las sombras del pinar, olfatea el aire y se aleja de un salto. En un acto reflejo, Colt efectúa una comprobación para ver si se trata de algún vecino al que mamá pudiera haber pedido que cuidara de él, pero el objeto del mundo real es una camioneta roja con matrícula de otro estado y el ciervo se pierde de vista entre las colinas.

Sobre su cabeza resuena el chillido de un ave de presa.

American Airlines, un Dreamliner, piensa de forma instintiva. Diez y cuarto de la mañana, Las Vegas-Los Ángeles. Levanta la cabeza y ve un águila, sí.

Echa un vistazo de soslayo a la casa, por el mero placer de admirar la boca de la cueva.

Su padre se materializa ante él.

Colt reacciona a la intrusión con una mueca de contrariedad. Esto no es ningún mensaje interno del juego. No está integrado en el mundo lúdico en absoluto.

Su padre está sentado a una mesa, cabeza y hombros, plantado sobre el paisaje sin más, en el aire, a ninguna distancia en particular, por lo que al tratar de enfocarlo le duelen los ojos. Los bordes de la imagen se interrumpen bruscamente allí donde no llega la cámara.

Es tan feo y doloroso que Colt intenta apartar la mirada. Pero la intromisión está anclada a su vista, por lo que cuando el muchacho gira la cabeza el escritorio y su padre permanecen en el centro de la imagen y se arrastran sobre el paisaje, dejando una estela de artefactos a su paso. La resolución es tan baja que recuerda a las cutres imágenes militares hiperencriptadas y desencriptadas, como si todavía existieran los racionamientos del ancho de banda.

No ha sonado ninguna alerta. No se le ha ofrecido la opción de rechazar la

llamada.

Colt se cerciora, sí, todas las notificaciones están desactivadas, provengan de donde provengan, para evitar que mamá aparezca cada pocas horas en forma de comerciante o vecina de la localidad y le estropee el juego. Todas sin excepción.

Hay varios mensajes de su madre, de otros miembros del equipo de desarrollo del juego, esperando pacientemente.

Me ha hackeado. Mi padre.

—Bueno.

—Papá, por favor, estás jorobándome la experiencia —Colt intenta cancelar la llamada, pero todo está bloqueado. Ni siquiera puede apagar el casco, lo cual debería ser imposible.

Qué injusticia.

—¿Qué tal está tu madre?

—Bien. Papá, por favor...

—¿Adónde ha ido?

—Papá, seguro que ya lo sabes.

—Sé que está en Nueva York. Lo que no sé es por qué.

—Pues pregúntaselo a ella.

—Mmmm. Va a dar una conferencia, ¿a que sí?

—Sí —Colt se da por vencido. Su padre no desaparecerá sin haber obtenido la información que busca. Se vuelve y entra en la casa.

La imagen de su padre se ve mejor bajo techo, en la cueva. El muchacho mueve la cabeza de un lado a otro, experimentando, en un intento por reubicar esa invasión visual en algún lugar donde no resulte tan irritante.

Ryan continúa hablando.

—Le hemos pedido al tipo que dirige el simposio que nos enseñe el guion. Se ha negado. Estoy cabreado.

Eso era absurdo.

—Podrías conseguirlo en dos segundos, papá.

—Como si no lo supiera, joder. Dos segundos de trabajo, claro que sí. Pero dos días de papeleo. Dos semanas sorteando trabas burocráticas. Y una mierda.

Esta era la clase de puntos que Colt no sabía unir.

—¿Por qué?

—Porque estuvimos casados. Acoso sexual, invasión de la privacidad,

blablablá. Hay un montón de regulaciones añadidas en juego.

Colt ya ha vuelto a su habitación. Uf. Su padre está fuera de lugar en la cueva, con esa iluminación que proviene de la nada. El muchacho mueve la lamparita de noche para que el resplandor se sincronice con la luz del despacho de su padre.

En el juego, la lámpara es una antorcha humeante. Colt aspira con fuerza por la nariz cuando la tea encendida pasa frente a su cara, y el casco suelta una vaharada de humo. Bonito detalle. Aunque el olor tiene algo de extraño, curiosamente cítrico. Como cabía esperar, al instante siguiente el casco emite una alerta para informarle de que la batería química de la unidad olfativa se está agotando. Ay, porras. Qué poco duran.

Desactiva el seguimiento de olores.

—... este sitio es que ACABA conmigo, joder. Fíjate —Ryan desperdiga de un empujón las hojas que hay encima de su escritorio. Hojas de papel de verdad, montones de ellas. Típico de los despachos de máxima seguridad, donde la mitad del trabajo que llevan a cabo no se puede confiar a los sistemas online—. No puedo investigar a mis familiares, y como estoy al mando, tampoco puedo delegar esa tarea en mis subordinados. Es como si la envolviera una sombra impenetrable.

—Pero a mí me has hackeado, papá —le recuerda diplomáticamente el muchacho.

—Comunicación vis a vis. Eres consciente de lo que hacemos. No hay ningún engaño de por medio. En caso de emergencia, tengo permiso para asumir el control de cualquier dispositivo y sistema. Además, tu ridículo casco de los cojones lleva integrados chips militares, así que me he limitado a aprovechar la puerta trasera del hardware. No se trata de espionaje. Aun así, obtener el permiso necesario para hacer esto me llevó una hora de papeleo —suspira—. Tony Stark nunca tuvo que enfrentarse a estas chorradas.

—Pues pídele los papeles a ella, papá. Cara a cara.

Silencio.

Colt hace una mueca. Argh, qué irritante que los profesionales sigan hablando de «papeles» aunque se trate de archivos electrónicos. Provoca malentendidos. Es poco científico.

Los papeles de mamá. Montañas de papel. Papeleo. Las palabras colisionan en su cabeza. La imagen que forman es confusa, perturbadora.

Su padre permanece en silencio.

El muchacho renuncia a seguir en el juego y lo apaga. El mundo lúdico se desvanece para revelar el real.

Y su padre, todavía en baja resolución, continúa allí sentado, en el centro de su visión.

—El documento lo envié yo, papá.

—Ya lo sé.

—Te puedo mandar una copia, si quieres.

—Ese es mi chico.

—Es un estudio muy bueno.

—Eso es lo que me preocupa.

La mirada de su padre se desvía hacia el escritorio cuando le llega el mensaje.

—Gracias, hijo.

A Ryan se le escapa un gruñido cuando ve el título. Abre el archivo con un gesto mucho más grandilocuente de lo que requiere la acción y empieza a leer.

Mientras tanto, Colt cierra los ojos y piensa en cómo resolver el problema de la luz dentro del juego. El sol nuevo, más grande, está enloqueciendo la iluminación.

Y quizá debería instalar una alerta, para que si entra esa chica..., la que intentó quitarle la ropa...

—Colt, ¿quién ha escrito esto realmente?

—Ella —murmura el muchacho. Cierra los ojos y aprieta con fuerza los párpados, intentando visualizar el código problemático.

—Que quién lo ha escrito, Colt.

Abre los ojos.

—Mamá.

—Colt.

—Yo no he sido.

—Colt.

—Intercambiamos impresiones sobre unas cuantas ideas.

—Chorradas. El código es tuyo.

—Lo escribí en parte. Para hacer el análisis. Para encontrar los patrones. La información sobre el genoma era un desastre, papá. Algunos de esos genes no se habían intercambiado nunca entre especies.

Los ojos de su padre saltan de un párrafo a otro, barriendo el documento a toda velocidad en busca del meollo de la cuestión. Su mano derecha ya está

haciendo algo (grandes gestos, muy rápidos) sobre el enorme escritorio.

—Vale. Gracias. No le digas todavía que hemos hablado. Mañana mejor, cuéntale lo que te apetezca. Felicidades.

Se esfuma.

Colt piensa en la fecha.

No, esa no; en el mundo vulgar.

Lleva meses ejecutando un ciclo uniestacional de inviernos consecutivos. Le gusta el desierto en invierno.

Ah, ya. Es su cumpleaños. De ahí que mamá le haya mandado tantos mensajes. Debería desbloquear el temporizador del juego y sincronizarlo con el mundo real una temporada.

Intenta averiguar cómo lo ha hackeado su padre exactamente.

Maldición. Está en el hardware del casco. Es una puerta trasera de alto nivel, de nivel gubernamental, tal como él ha dicho.

¿Cómo arreglarlo?

Le duele la cabeza de tanto darle vueltas a ese problema. No es fácil manipular todas las piezas del puzle en la memoria de trabajo de que dispone.

Necesito más memoria, más potencia de procesamiento.

Y así se reanuda en su cerebro el mismo debate de siempre.

Bueno, existe una solución. Ese es el motivo de que decidiera que su madre tenía que asistir a la StemCellCon. Ir a Nueva York. Marcharse.

Pero ahora está solo. Ahora que es libre para hacerlo, para modificar su cerebro, cambiar su vida..., tiene miedo.

Su mente salta de un posible resultado a otro. No hay muchos. No es complicado.

1. Podría convertirse en algo más que humano, mejor que humano.

2. Podría morir.

La búsqueda del amor persiste incluso frente a la mayor de las adversidades.

(Grafiti pintado en una pared, cerca de la Universidad de Yale, en los años setenta.)

En Nueva York, en el hotel Marriott Marquis, en los bastidores de la habitación verde del Salón Astor, en la séptima planta, suena el teléfono de Naomi Chiang. Le toca hablar dentro de dos minutos. Titubea.

Podría tratarse de Colt.

Lo mira.

No.

Lo apaga.

Yaakov arquea una ceja.

—Te da tiempo a atender esa llamada.

Naomi se encoge de hombros.

Ahora suena el teléfono de Yaakov. Un teléfono antiguo, con un tono aún más antiguo, como salido de una película. Desafiantemente retro. El hombre titubea. Lo saca. Es un modelo grande, físico. Responde. Mira a Naomi.

Ah.

—Es Ryan... —dice Yaakov, enarcando las enormes cejas canosas—. Quiere hablar contigo.

Naomi niega con la cabeza. Baja la mirada a los pies, para que el cabello le cubra los ojos. Vuelve a sacudir la cabeza.

Yaakov se gira.

—Está a punto de dar una charla. ¿Puedes llamar más tarde?

No. No te escondas. No puede hacerte nada. No está aquí.

Naomi endereza la espalda. Mira a Yaakov, que sujeta ferozmente el enorme y viejo teléfono con las dos manos, blancos los nudillos. La fina pulsera de hilo rojo que siempre lleva puesta se engancha por un segundo en el vello de su muñeca izquierda antes de caer deslizándose hasta el puño de la camisa.

—... No, me temo que no puede ponerse ahora... Sí... Sí... —Yaakov la observa de reojo y Naomi vuelve a mirarse los pies; no, levanta la cabeza, le sostiene la mirada a Yaakov, que dice—: Quiere que canceles la ponencia. Que no des la charla...

Naomi niega con la cabeza.

—Dice que está jugándose la carrera con esto.

Su carrera. Naomi se ríe. Y vuelve a sacudir la cabeza.

—Ryan —dice Yaakov—, me parece una petición un tanto insólita. Ella también tiene una carrera, ¿sabes?... Sí, ya lo sé... —cuelga—. Caray. Qué insistente.

Su tono denota que hay algo más, y Naomi pregunta con aspereza:

—¿Cómo insistente? ¿Qué te ha dicho?

—Dice que hará que te retiren la subvención... Que sus abogados ya están redactando el requerimiento... ¿Necesitas un momento para pensártelo? Cuando le dé luz verde a este asunto, ya no habrá vuelta atrás.

Naomi piensa en Ryan.

En complacerlo.

En someterse a su voluntad.

Recuerda la polla de Ryan metida en la boca, sus manos sujetándole el pelo, atrayéndola hacia él. Su polla en el fondo de la garganta.

En su memoria, le tira del pelo con fuerza.

—¿Estás bien? —pregunta Yaakov.

Carraspea.

—Luz verde —Naomi cruza la habitación verde y sale al estrado.

Al llegar al micrófono se eleva un murmullo de avisos en los distintos dispositivos de los asistentes, un coro de trinos que resuena por toda la sala, señalando la recepción de sus palabras.

Una fotografía cubre de súbito la pared a su espalda. Naomi la observa de reojo y sonrío a pesar del temor que la embarga.

Territorio familiar. Aférrate a eso.

Concéntrate en la foto. No mires al público. Haz como si no hubiera nadie.

—Vale —dice, y su voz regresa a sus oídos aumentada por los altavoces que la rodean—. Esto es el disco imaginal de una oruga de mariposa monarca, *Danaus plexippus*. Lo sabemos prácticamente todo sobre el proceso de transformación de la monarca de, en esencia, un tipo de organismo a otro completamente distinto, con partes completamente distintas.

Apunta con el dedo a su espalda, a la imagen.

—Este disco imaginal contiene alrededor de cien células, por lo que se podría calificar de microscópico. La oruga construye una crisálida impermeable, las enzimas disuelven la mayor parte de sus órganos y tejidos principales en una especie de caldo rico en aminoácidos, etcétera, pero los discos imaginales, por supuesto, no se disuelven. Cada uno de ellos contiene el esquema de una parte distinta del nuevo organismo, y a partir de ese caldo de proteínas desarrollan las nuevas alas de la mariposa, las patas, las antenas, etcétera.

Titubea un segundo; no, no puede evitarlo.

—Sopa de oruga, ñam —dice, y a alguno de los asistentes se le escapa una

risita nerviosa. Naomi se pregunta si Colt se habrá acordado de verla en directo, si habrá escuchado su chiste—. Mis anteriores investigaciones sobre el dolor... —vacila, pero su ex merece compartir el mérito con ella, no debería omitirlo—, con Ryan Livingstone, en Berkeley, condujeron a interesantes hallazgos sobre la reparación del trauma físico —junta los muslos con fuerza para evitar que le sigan temblando las piernas—. Desde entonces, mis estudios se han centrado en nuevos modos de acelerar el proceso curativo en los seres humanos... Pero para llegar ahí..., en fin, he tenido que hacer mucho trabajo en solitario con las orugas con el único objetivo de ver si era posible imitar el proceso natural. Y al final, gracias a la ayuda de varios estudiantes de posgrado de la Universidad de Nevada, en particular de Audrey Mayvale, hemos desarrollado unas técnicas biosintéticas controladas y fabricado, desde cero, nuestros propios discos imaginales. Trasladar esas técnicas a los mamíferos, sin embargo, ha resultado complicado.

Mientras habla, algunos de los delegados, cada vez más, abren el ensayo en sus dispositivos y empiezan a pasar una imagen tras otra, siguiendo su exposición. Respira hondo. Respira hondo.

—Trabajar con los mecanismos de curación humana existentes conlleva hacer frente a límites infranqueables. Nuestro sistema regenerativo dispone de un esquema muy limitado desde el que partir, y solo puede reconstruir hasta unos pocos cientos de células de profundidad. Eso significa que la yema del dedo de un bebé puede volver a crecer, pero la de un adulto no. Evidentemente, las células madre funcionan en el caso de pequeñas estructuras internas, donde el suministro de nutrientes es más fuerte: dientes, riñones, etcétera. Pero las estructuras externas complejas..., una mano, un pie, una pierna, genitales..., no pueden volver a crecer.

Algunos asistentes han empezado a cuchichear entre sí y a Naomi le preocupa perder su atención, pero no, no se trata de eso. Han leído hasta el final. Han absorbido el ensayo.

Están agitados.

Enumera los nombres del equipo de células madre de Múnich, para demostrar que está al corriente de sus últimos descubrimientos. Varias personas, repartidas por toda la sala, vuelcan furtivamente su atención sobre el extremo derecho de la primera fila. Naomi sigue la dirección de las miradas.

Santo cielo, pero si están aquí.

Comienzan a temblarle las piernas de nuevo, y esta vez no consigue

pararlas.

Concéntrate. Te lo sabes de memoria.

—El mecanismo de los discos imaginales de las larvas de insectos holometábolos, sin embargo, es muy distinto del de las células madre. Los discos imaginales son sumamente eficientes a la hora de construir estructuras externas completas e integrarlas en el conjunto del organismo. Se me ocurrió que si diseñáramos unos discos imaginales para las partes del cuerpo humano y les proporcionáramos el caldo de nutrientes adecuado, cualquier extremidad podría ensamblarse por sí sola en un espacio tridimensional e integrarse en él, en vez de tener que brotar hacia fuera desde el punto del traumatismo.

Abre otra fotografía, esta de su investigación con ratones.

—El punto de trauma se envuelve en un capullo de seda artificial antiséptico, provisto de nutrientes esterilizados, y un disco imaginal confeccionado individualmente a partir del miembro perdido. La integración con la extremidad lastimada preexistente supuso un obstáculo; no se pueden dejar los vasos sanguíneos dañados abiertos y, sin un sistema circulatorio operativo, oxigenar los tejidos en desarrollo se convierte en un desafío. Tampoco puede distribuirse el cóctel de nutrientes para que se oxigenen por medios externos, puesto que eso perturbaría y deterioraría las células nuevas y los tejidos más importantes. Resolvimos este problema disolviendo lentamente oxígeno en la mezcla nutriente, a través de la membrana de seda, empleando para ello un segundo capullo.

De improviso, un hombre abre la puerta de golpe al fondo de la sala. Naomi se interrumpe.

¿Se habrá producido un incendio? No tiene pinta de bombero.

El hombre aminora el paso cuando la ve en el estrado y pasea la mirada sobre los asistentes, algunos de los cuales se han vuelto para mirarlo. Busca un asiento vacío, junto al pasillo, y lo ocupa.

No. No se trata de ningún incendio. Tan solo de un maleducado.

Naomi prosigue.

—Funciona. Hemos regenerado extremidades enteras en ratones y gerbos —titubea. No, cuéntalo—. Estamos listos para experimentar con primates, en cuanto se nos conceda el permiso. Seré franca: en realidad estamos preparados para pasar a las personas. Dudo que la FDA lo esté, eso es todo. De momento.

Los murmullos se intensifican cada vez más.

Pasa como una exhalación sobre el resto de la ponencia. Es como si hubiera terminado en cuestión de segundos.

Tras su conclusión se produce un silencio sobrecogedor, lo suficientemente prolongado para permitirle imaginar que se le ha escapado algo evidente, que ha cometido algún error espantoso; lo suficientemente prolongado para que le dé tiempo a prepararse para encajar las críticas. Los abucheos. Los silbidos de repulsa.

Dirige la mirada hacia el equipo de Múnich. Todos tienen el ceño fruncido. Ay, Dios.

El jefe de investigación se ladea, se agacha y utiliza los nudillos para golpear el asiento de su silla de plástico. El resto del equipo lo imita. Un tamborileo veloz, estridente.

Cada vez más intenso.

Al fondo de la sala se les une alguien más.

Naomi experimenta una punzada de terror pasajero antes de comprender lo que ocurre.

Por supuesto. Así es como reaccionan los estudiantes alemanes cuando una clase ha sido especialmente buena. Se trata de una señal de respeto hacia el orador.

Respeto...

Los demás asistentes comienzan ahora a aplaudir. Se ponen en pie. También los alemanes se levantan y aplauden.

Naomi no sabe cómo responder, qué hacer con el cuerpo.

Yaakov se reúne con ella sobre el escenario y la envuelve en un fuerte abrazo que ella le devuelve con ferocidad.

—Bien hecho —murmura—. Bien hecho —la suelta y le indica con un ademán que se siente. Naomi se desploma en la silla, doloridos los muslos y las pantorrillas a causa de la tensión liberada.

Yaakov invita a los asistentes a plantear sus preguntas.

El hombre que ha entrado tarde se apodera del micrófono itinerante como alguien visiblemente acostumbrado a obtener lo que se propone.

—Las implicaciones militares son... —deja la frase inconclusa flotando en el aire, como si acabara de cambiar de opinión de repente. El silencio que sigue es incómodo.

—Sí —dice Naomi, aliviada por la posibilidad de abordar un tema que se ha preparado—. Mi investigación indica que si los discos imaginales

adecuados estuvieran disponibles en zonas de conflicto, además de, por supuesto, paquetes de material celular, podrían salvarse miembros en el mismo campo de batalla. El inconveniente es que habría que personalizarlos por adelantado para cada soldado, utilizando su ADN, a fin de prevenir el rechazo. Pero el escalado se lograría bastante rápido. Si se quisiera hacer con todo el personal desplegado, saldría muy económico...

—¿Qué hay de los traumatismos craneales? —pregunta una mujer que ya tenía la mano levantada antes de que Naomi terminara de hablar—. ¿Las lesiones cerebrales? ¿Tendría alguna utilidad en casos así?

—Mmmm —murmura Naomi, que comienza a sentirse extrañamente embotada. Lo único que le apetece es tumbarse, desconectar. Santo cielo, así es como debe de sentirse Colt todo el rato... ¡Concéntrate! Traumatismos craneales, lesiones cerebrales... No, definitivamente no quiere responder a esa pregunta—. Mis hipótesis todavía no llegan tan lejos.

A continuación agarra el micrófono un joven con un bigotito fino y gafas *vintage* de montura dorada. Naomi, quien hace tiempo que dejó de prestar atención a las tendencias en cualquiera de las dos costas, se pregunta ociosa si el muchacho irá a la última moda o si, por el contrario, será del todo ajeno a ella.

—Gracias por esta interesante exposición —su acento es casi cómicamente francés. Vale, misterio resuelto—. Pero ¿cómo mejora esto el trabajo ya realizado, usando exclusivamente células madre, para acelerar la generación de las extremidades?

—Bueno, como he dicho antes, las células madre se enfrentan al problema de la magnitud. Son estupendas para desarrollar las extremidades de un feto, que, como ustedes saben, es increíblemente pequeño en comparación con un adulto; y dentro del vientre materno, que es, evidentemente, un entorno rico en nutrientes, optimizado para el crecimiento celular. A grandes rasgos, internamente funcionan de maravilla. Pero a la regeneración extrauterina de extremidades adultas se oponen problemas de escala, de nutrición y de infección que, en nuestra opinión, podrían resolverse con este enfoque.

Más preguntas; los asistentes se muestran entusiasmados, enérgicos. Algunos quieren conocer más detalles; otros, explorar las posibles implicaciones.

Yaakov pone fin a la ronda de preguntas instantes después.

—Me gustaría darle las gracias a Naomi Chiang por acceder a participar en

la StemCellCon con tan poca antelación, así como por compartir un ensayo tan fascinante. A continuación hablará Fabian Procter, que no necesita presentación...

Yaakov gira la cabeza para indicarle a Naomi que puede abandonar el estrado. Ella se va. Necesita un deplorable café más que nunca.

Se siente como si caminara por encima de una cama elástica. No, ya sabe cómo se siente. Mejor de lo que se ha sentido jamás, a plena luz del día, en toda su vida.

28

El hervidor aún no ha llegado al punto de ebullición cuando el rezagado que planteó la primera pregunta irrumpe en la habitación verde.

—Caray, qué manera de destapar la caja de los truenos —sonríe, pero es una sonrisa que inspira desconfianza.

—Bueno, es mi caja —replica Naomi, devolviéndole la sonrisa de forma automática. Tampoco la suya es agradable. Le recuerda al modo en que solía sonreírle a Ryan. No. La borra bruscamente de sus labios. Se acabaron las falsas sonrisas.

—Pues no —el hombre no deja de sonreír—. No, esa caja no es tuya. Lo que pasa es que no nos enteramos a tiempo para detenerte. No puedes airear ese tipo de cosas en un foro público. Tu investigación está subvencionada con dinero del Estado...

—La patrocina en parte la Universidad de...

—... y el contrato estipula claramente...

—... la Universidad de Nevada.

—... el contrato estipula claramente que, en caso de que descubras algo de potencial relevancia militar, hay canales apropiados para...

—No tenía en mente ninguna aplicación militar; su utilidad es, a efectos médicos generales...

—Chorradas —la interrumpe el hombre, dejando de sonreír—. Tu propuesta de investigación inicial especificaba el tratamiento de traumas severos, y acabas de admitir, sobre un escenario, que esto posee relevancia militar. ¿Te das cuenta de que CUALQUIERA podría coger esa información y aprovecharse de ella? Me refiero a gente peligrosa. Gente muy peligrosa.

Gente que no comparte nuestros..., no sé, nuestros escrúpulos morales a la hora de experimentar con sujetos humanos. Esta conferencia es un foro totalmente público, estaban transmitiendo tu charla en directo hasta que hemos conseguido bloquearla, y lo más probable es que hayas desvelado el hallazgo más importante en el ámbito de la medicina de campaña desde...

—La «medicina de campaña» no existe. La medicina es medicina, sin más.

El hombre levanta la voz para imponerla a la suya.

—Esto tiene consecuencias más allá del tratamiento traumatológico, y lo sabes. Has infringido FLAGRANTEMENTE el contrato que habías firmado. Podríamos crucificarte por lo que acabas de hacer.

La puerta se abre y, en el momento en que Yaakov pone un pie en el cuarto, el hombre ya está sonriendo otra vez.

—Estaremos en contacto. Ah, y no salgas del hotel. En serio. Impresionante ponencia, doctora Chiang —inclina la cabeza—. Doctor Stern.

Y se marcha.

—Sí que has removido el avispero —dice Yaakov—. Es un enfoque de lo más novedoso.

Naomi da dos pasos hacia la pared y se apoya en ella. Ya no se siente como si estuviera caminando por encima de una cama elástica.

—Creo que necesito tumbarme, Yaakov. Y tengo que hablar con Colt.

—Claro, por supuesto. Debo presentar a otros dos oradores y después presido una mesa redonda en la Sala Broadway. Hablaremos más tarde. Estoy libre a las siete. ¿Cenamos? Te presentaré a unas cuantas personas que valen la pena.

—Sí. Me encantaría.

Yaakov le da una palmadita en el hombro y se marcha.

Naomi intenta llamar a Colt para decirle que lo ha conseguido, que está bien; para desearle feliz cumpleaños sin mencionar esas palabras, porque el muchacho odia su cumpleaños; pero la pantalla hace cosas raras. Se congela, se activa, se vuelve a quedar congelada. Luego se cierra. Se apaga.

Está tan acostumbrada a que el teléfono funcione sin problemas, todo el tiempo (siempre presente cuando lo necesita, invisible cuando no), que por un momento ni siquiera está segura de lo que ocurre.

Qué raro. Probará de nuevo cuando llegue a la habitación.

Yaakov, con la respiración entrecortada, la alcanza a medio camino del ascensor.

—No sé por dónde empezar —dice.

Su rostro, ha pasado algo. Por favor, Colt no...

—Es algo... sin precedentes.

—¿Qué? ¿¡Qué!?! —Dios, no debería haberlo dejado solo...

—Le han hecho la cobra a tu ensayo.

—¿Qué..., qué es la cobra? —a Naomi se le doblan ligeramente las rodillas. Ahoga un gemido ante la oleada de alivio que le sobreviene, tan intensa como un suave orgasmo.

Yaakov la observa con los párpados entornados.

—No quiera Dios que algún día enciendas la tele.

Naomi sacude la cabeza. La cobra..., la cobra... Guarda el vago recuerdo de haber escuchado esa expresión en las conversaciones de la cafetería, en el laboratorio, hace tiempo. Conversaciones a las que nunca se había sumado.

—¿No te das cuenta de lo serio que es esto?

Mientras Colt esté bien, no es tan serio.

—Tú explícame qué es eso de la cobra.

—Cielos —murmura Yaakov—. Bueno, para la Agencia de Seguridad Nacional o Agencia de Seguridad Interior, comoquiera que se llamen ahora, se trata de una herramienta de seguridad cibernética, aunque yo le llamaría de otro modo...

A Naomi se le escapa la risa. El reciclaje en curso de la Agencia de Seguridad Interior (anteriormente parte de la Agencia de Seguridad Nacional, un buen pedazo del Departamento de Defensa y un puñado de agencias más pequeñas) es un tema con el que está íntimamente familiarizada, de cuando Ryan solía llamarla por teléfono a todas horas. Si quería que dejase de incordiarla con el tema de Colt, bastaba con preguntarle cómo iba el diseño del nuevo logotipo. «¿Lo has visto? —estallaba él—. ¡La gente se va a pensar que somos una sociedad financiera!». Y después se tiraba veinte minutos despotricando, caído ya por completo en el olvido todo lo relacionado con los estudios de Colt.

—... ideada para evitar las filtraciones de información gubernamental... — Yaakov continúa hablando, pero ahora Naomi tiene a Ryan en la cabeza,

desencadenando un aluvión de recuerdos que en casa se esforzaría por contener. Su polla. Su lengua. Su voz. Su puño. Buenos recuerdos. Malos recuerdos—... podrían eliminarlo de todas las plataformas... ¿Me estás escuchando?

—Disculpa.

—Eres tú la que ha preguntado.

—Sí. Lo siento. Estoy un poco cansada —le gustaría masturbarse, pero, por supuesto, no puede—. Me parece que voy a tener que echarme un rato antes de cenar.

Es el estar lejos de casa, supone. Es el alivio de que la conferencia haya salido bien. El hecho de que nadie la vea como a una madre, durante unas horas.

—Hmmm... En cualquier caso, no hay ninguna ISP que pueda alojarlo ni transmitirlo. Y casi todos los aparatos cuentan con una puerta trasera para permitir que el gobierno borre las copias de cualquier dispositivo personal. La controversia fue tremebunda cuando salió a la luz. Peor que los antiguos escándalos de cifrado de la Agencia de Seguridad Nacional.

—Mmmm... —ah, claro, no se ha tomado la pastilla esa mañana. Además, el último par de días estaba ingiriéndola con café. «El café interfiere en la absorción.» Casi se le escapa una carcajada. Lo que le sucede no tiene nada de extraordinario. Tan solo se trata de su libido, que ruga como un huracán ahora que ya no hay nada que la reprima. Y los nervios. No es de extrañar que se sienta tan rara. Vuelve a ser ella misma.

Naomi se esfuerza por concentrarse.

—¿Te refieres a que van a impedir que los delegados compartan mi ensayo?

—No, no, lo que van a hacer es eliminar hasta la última copia. Se las dimos a todos los delegados al comienzo de tu ponencia. El gobierno, supongo que la Agencia de Seguridad Interior, está borrando esas copias de sus dispositivos y bloqueando las transmisiones.

—Pero no se puede destruir una información que ya es de dominio público...

—Bueno, acabar con todas las copias sería prácticamente imposible, claro. Sin embargo, cuando la gente tiene miedo de compartir algo, o de recibirlo, a todos los efectos es como si ese algo no existiese. Un archivo incapaz de copiarse a sí mismo, inmovilizado en el interior de una máquina solitaria, es como si estuviera hibernando.

Yaakov, con las manos enlazadas detrás de la espalda, está absorto en lo que tiene pinta de ser un discurso bien ensayado. Naomi echa un rápido vistazo a su pantalla. Se le abren desmesuradamente los párpados.

Está en blanco.

Oh. Sí que es serio.

—Fíjate en la antigua Unión Soviética —dice Yaakov, con la mirada perdida en el vacío, en su infancia, sin percatarse de la turbación de Naomi—, donde el Estado era dueño de todas las imprentas y fotocopiadoras y obligaba a que todas las máquinas de escribir estuvieran dadas de alta en sus registros. No necesitaban impedir que la gente escribiera libros subversivos. Les bastaba con evitar la difusión. Es parecido a lo que ocurre con la higiene y las bacterias. Las ideas que no pueden propagarse no resultan dañinas. Si consigues exterminar al noventa y nueve por ciento de la población y evitar que los supervivientes se reproduzcan, el éxito está garantizado...

Espera, la pantalla ha vuelto a encenderse. Naomi intenta abrir la copia del ensayo.

Nada.

Lo han borrado, eliminado. Su trabajo, su momento de gloria sobre el escenario. Arrebatado. Aniquilado. Tiene que haber sido Ryan.

Yaakov se fija por fin en su cara.

—Lo siento —dice—. Lo siento en el alma. No hay nada que podamos hacer.

30

De nuevo en la habitación, la mujer de la tele está hablando de tormentas eléctricas en el suroeste. Unos relámpagos de dibujos animados apuñalan Las Vegas.

Naomi llama a Colt.

El muchacho responde solo con la voz.

—Activa la cámara.

—Venga ya, mamá.

—Quiero verte la cara, eso es todo.

—Ayyy, mamá, pero si ya sabes la pinta que tengo.

—Llevas puesto el casco, ¿a que sí?

Le oye mascullar algo, primero, y después tamborilear con los dedos, lejos del micro, veloz y regularmente durante unos segundos, siguiendo una pauta que le resulta muy familiar.

—¿Qué tal la p... p... ponencia? Se suponía que iban a emitirla en directo, pero se cortó antes de que empezaras.

—¿En serio? Pues ha ido bien, creo. Ha ido bien, aunque... —le gustaría desahogarse. Mencionar al hombre de la sonrisa. Las amenazas. La cobra—. Después...

No.

No lo pongas nervioso.

Se siente vacía. Nota el cuerpo dolorido tras el estrés de la charla, el enfrentamiento en la habitación verde, la desaparición de su trabajo. Debería poder hablar con alguien. Debería haber mantenido el contacto con sus amigos...

—¿Mamá?

—Cariño... ¿Estás comiendo bien?

—Sí, mamá.

—Demuéstramelo.

—Jo, mamá.

—Vamos.

Colt se quita el casco, activa la cámara y se acerca a la nevera. La abre.

—¿Por qué no se enciende la luz?

—Tuve que coger... —no. Vuelve a empezar—: Necesitaba...

Se interrumpe. Lo formule como lo formule, a ella no va a hacerle ni pizca de gracia.

Naomi está intentando escudriñar el interior del frigorífico.

—¿Has quitado la bombilla?

¡Ja! Guay.

—Pues sí..., para un experimento. Lo dejaré como estaba —en realidad, no miente. Se refiere al alargador. Él no tiene la culpa de que su madre piense que está hablando de la bombilla.

Acerca el rostro, la cámara, a la balda de abajo para que vea que solo quedan cuatro batidos. Se tomó una cucharada de cada uno de ellos una hora después de que Naomi se fuera, para poder decirle que estaba comiendo algo sin faltar a la verdad. «Algo» era una buena palabra. Muy práctica. Desde entonces ha estado volcándolos en el juego, uno por cada almuerzo, sin

probarlos. Debido a las inevitables incongruencias de textura y sabor entre el recipiente y la comida, el mundo lúdico transforma todos los alimentos externos en leche de cabra agria (su aspecto, su olor) para desanimar al usuario a catarlos.

Se esfuerza por contener una arcada frente a la peste a putrefacción que flota en el aire caliente.

—¿Lo ves? Me he comido los... los... —no le sale.

—¿Los guisantes?

—Eso, los guisantes —Colt aparta la cabeza del frigorífico y cierra la puerta de golpe. Deja de contener el aliento.

—¿Y te comerás las espinacas?

—Sí.

—Vale. Vale. Gracias —está a punto de dejarlo correr. Pero no—. Prométeme que vas a comer.

—¡Mamá!

—Prométemelo.

—Vale, prometido.

—Quiero que digas toda la frase.

—Te prometo que voy a comer.

—Pronto. Hoy.

—Hoy.

—Un menú completo.

—Sí.

—Ahora, de una sentada.

—Mamá, te prometo que hoy me comeré un menú completo.

—Vale —Naomi ya no ve escapatoria posible—. Perdona. Es que estoy preocupada.

—Tienes cara de cansada. Deberías dormir un poco —esto ha puesto punto final a otras conversaciones en el pasado. A lo mejor funciona.

—Sí. Eso haré.

No quiere despedirse de él.

—¿Estás durmiendo bien?

—Genial. Perfecto. En serio.

Por fin consigue que cuelgue. Vuelve a ponerse el casco. Los guantes. Se relaja. Se estira.

Solo en la cueva.

Se acerca de nuevo al frigorífico.

Ahora es un saliente rocoso en el que hay una tosca puerta de madera.

Frunce el ceño. Demasiado caricaturesco. Algo anda mal con las sombras. Alguien ha estado toqueteando otra vez los parámetros de la refracción de la luz. Habrá sido el tipo inglés, Scurvy Wallbanger, seguramente. Se la tiene jurada a la Reina de las Nieves.

Abre y cierra unas cuantas veces la puerta de madera, atento al movimiento de las sombras, intentando dilucidar qué ha cambiado. Hace meses que estalló un debate estético sobre lo realista que debería ser la iluminación. Debate que forma parte de una disputa más seria y generalizada acerca de lo realistas que deberían ser los avatares. Disputa que al mismo tiempo forma parte de la sempiterna guerra mundial sobre cuán respetuoso debería ser el mundo lúdico, o no, con la población femenina. Un conflicto que a Colt le produce una profunda incomodidad, por lo que siempre ha procurado mantenerse al margen.

Mientras admira el modo en que la puerta de madera oscila sobre sus goznes, vuelve a pensar en alterar su cerebro, su vida. Cierra los ojos. Repasa metódicamente el procedimiento y revalúa todas sus decisiones, buscando cualquier obviedad que se le pueda haber pasado por alto. Analiza todas las implicaciones. Esta es su última oportunidad de cambiar de opinión sobre cambiar para siempre...

Podría morir.

Podría sobrevivir con medio cerebro dañado. Como un vegetal. Un brócoli humano.

Pero... también podría dar resultado. Podría entender a la gente.

Podría entender a las chicas.

Se siente mareado y no sabe por qué.

No, sí que sabe por qué. Porque no lo va a hacer. Le da demasiado miedo. Su madre regresará y él seguirá igual que estaba.

No pienses en ello. Esta vida está bien. Esta vida es buena. No tiene nada de malo. No necesitas a la gente. Tienes el juego. Tu madre volverá a casa y todo irá bien.

Abre los ojos.

Ya no sale aire helado del frigorífico desenchufado, bien. El frío repentino en la cara, en los pulmones, nunca se ha trasladado al juego como es debido. Rompe el hechizo.

Pese a todo, los guantes están haciendo un buen trabajo con la puerta de la nevera, traduciendo la tersura del plástico y el metal del asa en una textura rugosa de madera, casi astillada.

Saca el batido de espinacas y mantequilla de cacahuete. El juego lo integra a la perfección.

Debe reconocer que la iluminación ligeramente modificada produce un efecto dramático. Admira la luz y las sombras que se deslizan sobre la jarra de arcilla y se la pasa de una mano enguantada a la otra, disfrutando de la aspereza que nota en las yemas de los dedos. Tira del tapón de corcho. Lo huele. Pega un respingo.

—Ay, tío, qué asco.

Se dirige a la cascada, aparta las enredaderas y abre la ducha. La integración no es perfecta. La maleza se confunde correctamente con la cortina, pero al girar el grifo sale una chapuza; empuja una roca dentro del juego para desbloquear el salto de agua, pero sus dedos pierden la sincronización entre las dos realidades. El corazón le pega un vuelco en el pecho.

Empieza a parpadear rápidamente, lo cual le ayuda, y musita una retahíla de números primos. Se concentra en el sonido de la cascada. La precisión y exactitud del sonido le infunde seguridad, lo tranquiliza. Vierte la leche de cabra en la corriente, que se la lleva lejos de allí. Enjuaga la jarra de barro hasta dejar limpia el agua que contiene. Lava el tapón de corcho.

Ahora, una vez puesta en marcha la ducha, la integración es perfecta. Relajante.

El sonido y la fragancia del aire cargado de humedad inundan la cueva, antes seca. Nota las salpicaduras directamente en las piernas desnudas a través de la microfibra porosa. Perfecto.

Vacía la jarra y la deja en el suelo, pero no hay manera de pasar sin fisuras de la presencia de la cascada a su ausencia sin tropezar con el mismo problema de sincronización a la inversa, por lo que deja la ducha abierta.

Se dirige a la puerta principal —recorriendo un túnel largo y angosto— y echa la cadena. Sí, la integración es correcta. Bien. La entrada de la cueva está bloqueada.

A salvo.

Hoy va a ser un buen día.

Hay una diferencia tan grande entre nosotros y nosotros mismos como la que existe entre nosotros y los demás hombres.

MONTAIGNE

Alguien llama a la puerta.

—Todo bien —dice Naomi—. La habitación está bien. Gracias.

Pero vuelven a llamar. Y otra vez. Abre.

Es el militar. Se inclina hacia delante, provocando que Naomi se aparte instintivamente, y entra sin más.

—Bueno. He estado discutiendo tu caso.

Se sienta en la cama sin que nadie lo invite. Ella se queda junto a la puerta, titubeante. Se prepara para encajar el desastre. ¿Quién va a cuidar ahora de Colt? A lo mejor podría darse a la fuga...

—Estamos dispuestos a ofrecerte un laboratorio.

Naomi está a punto de preguntarle a quién se refiere con «estamos», pero, en realidad, el nudo que le atenaza el estómago le ha proporcionado ya la respuesta.

—Una cantidad de recursos muy generosa. Ya tenemos gente trabajando en esta área.

Por supuesto que sí. Tras la ruptura, Ryan había contratado a todos los investigadores del equipo. Todos sus contactos de la universidad. Para dejarla sin amistades.

—Te proporcionaremos un acceso de seguridad de máximo nivel. Te enseñaremos sus resultados. Podrás elegir a quienes prefieras.

—¿Un laboratorio? —pregunta Naomi, todavía junto a la puerta. Todavía lista para escapar.

—Sí.

—¿Para mí?

—Sí.

—¿En Las Vegas?

—No. Trabajarías en nuestro centro de investigación, en Maryland.

Naomi sacude la cabeza.

—Imposible.

—Nuestras instalaciones allí están a la vanguardia. Recuerda que contamos con varios equipos de investigación de primera en este campo. Se te asignaría un laboratorio totalmente nuevo, diseñado para esta clase de trabajo en concreto. Es un entorno seguro. Puedes vivir en la base o fuera de ella, como prefieras.

Naomi se da cuenta, perpleja, de que está suplicándole. Cierra la puerta con cautela, manteniendo las distancias con él.

—¿Por qué no mejorar el laboratorio en el que ya estoy trabajando? — pregunta, tan solo para ver hasta dónde está dispuesto a llegar.

El hombre hace una mueca.

—Al margen de que tu laboratorio sea de risa..., si hubiera que elegir entre trasladarte a ti a Maryland o desalojar a un equipo de cincuenta o cien personas, ¿qué crees tú qué pasaría, en el mundo real?

—Es completamente imposible —insiste Naomi, con más convicción—. Tengo un hijo. No puedo trastocar así su vida.

—En la base hay una escuela excelente, y varios centros punteros más en la zona. Al fin y al cabo, los miembros del equipo que ya están trabajando allí también tienen hijos.

—No lo entiendes. Él necesita su rutina. No soporta los cambios. Y yo, francamente, tampoco. He tardado años en construir una vida estable para mi hijo, en la que es feliz y capaz de desarrollar todo su potencial. No pienso poner eso en juego.

—Señorita Chiang...

—Doctora Chiang.

Él se encoge de hombros.

—Creo que no lo entiendes. Esto no es una oferta de trabajo convencional, sino la alternativa a denunciarte por...

—Fuera —lo interrumpe Naomi, abriendo la puerta con tanto ímpetu que se estrella contra el tope de plástico que protege la pared precisamente de eso.

—... revelar información clasificada al enemigo...

—La comunidad científica no es el enemigo.

—Te sorprenderías —replica, sucinto, y Naomi tarda unos instantes en percatarse de que está bromeando, de que tiene sentido del humor.

Sonríe.

—No creo que seas tan estúpido como para llevar a juicio a una madre soltera por presentar un estudio en una conferencia. Están los tribunales de justicia y está el tribunal de la opinión pública...

—Tienes sangre china.

—Nací en San Francisco.

—Ya. Casi se podría considerar territorio estadounidense —hace una mueca—. Pero tus rasgos son chinos. Y tu padre, con su pasado en el Partido...

—Fue un funcionario de segunda y se marchó mucho antes de que...

—Cierto, llevándose con él el dinero de los sobornos.

—Aprobaron su entrada, recibió la tarjeta verde.

—Sí, a la larga, y a cambio de cierta cooperación..., pero hay un montón de material en su expediente, y no tiene buena pinta. Lamentablemente, sospecho que el tribunal de la opinión pública podría llegar a la desafortunada y errónea conclusión de que representas una amenaza para nuestra seguridad. Échales la culpa a los medios —se levanta—. No salgas del hotel.

—Pero mi vuelo...

—Estiraremos el presupuesto para cubrirte otro billete.

—No es eso, tengo que... —Naomi se muerde la lengua. No le digas que Colt está solo. Que no sepa cuál es tu punto débil—. No he traído ropa suficiente.

—Con el debido respeto, *doctora* Chiang, tienes problemas más graves que ese.

32

Naomi se apoya en la puerta después de que él se haya marchado, como si quisiera impedir la entrada de un ejército de monstruos. Vuelve a llamar a Colt.

Un estallido de música. «Deja un mensaje.»

—Voy a tardar más de lo previsto, cariño. Quizá tenga que quedarme un día o dos más... en la conferencia. Nada serio —no quiere que piense que se trata de dinero—. Van a costearme otro vuelo —¿qué más?—. Acuérdate de comer. Duerme lo suficiente.

Termina la llamada sintiéndose exultante, abatida, hambrienta, libre, sola e

inquieta. Deambula de un extremo a otro de la habitación, dándole vueltas a la cabeza, sin pensar en nada.

«No salgas del hotel.» Como una prisionera. Como una esclava. Obligada a cumplir órdenes... Nota el rostro encendido. Le escuecen los ojos y la vista se le nubla con las lágrimas que han aflorado a ellos en un arrebato de rabia y frustración.

El subidón de adrenalina todavía le dura, aún no la ha liberado. Terminará agriándose, lo sabe; los componentes químicos derivados de la adrenalina sin usar son perniciosos. Sabe que debería quemarla.

No.

Sí.

Quita la cadena de la puerta, la abre.

Toma el ascensor hasta el vestíbulo y lo cruza sin mirar al recepcionista a los ojos, sin mirar a nadie a los ojos. Sale al estruendo y al resplandor fluorescente de la mañana.

Estarán siguiéndola, seguramente. ¿La siguen? Que les den. Sé rápida. Impredecible. Cabe la posibilidad de que todavía no se hayan organizado. Quizá sea la mayor maquinaria de vigilancia de la historia de la humanidad, pero sigue estando sujeta a las trabas burocráticas del gobierno.

Naomi se adentra en Times Square sin buscar nada en particular. Sabe que está proyectando una señal; los hombres le sonríen, pero ella no les devuelve la sonrisa. Hace tiempo que nadie la mira así. Se ha accionado algún tipo de interruptor diminuto en su interior. La adrenalina.

Aunque no se trata solo de eso.

No sabe si le gusta sentirse así. Ni siquiera está segura de cómo se siente.

Entra en el vestíbulo de un cine y vuelve a salir, en el de un teatro y vuelve a salir, y ahora sí está buscando a los hombres con la mirada, pero es demasiado temprano, no se muestran receptivos a la oportunidad. También está fijándose en las mujeres: pensativas, recelosas, aferradas al brazo de sus maridos. Parejas de turistas, nerviosos.

Una muchacha rubia con el pelo corto se está fumando un porro, largo y muy fino, frente a uno de esos nuevos clubs de *striptease* irónicamente retros; haciendo el turno de mañana, lo más probable; ese momento de calma entre la entrada al trabajo y la pausa para el almuerzo. Mira a Naomi de arriba abajo, sonrío y aspira con fuerza el humo del porro, hasta que la punta se aviva. A Naomi se le escapa un gemido involuntario al notar una palpitación entre los

muslos; le devuelve la sonrisa, camina más rápido al pasar frente a ella. Nota la respiración acelerada, el bombeo exagerado en su pecho.

¿Estará siguiéndola alguien? ¿Qué ocurrirá si la pillan? Se obliga a no mirar a su espalda.

Se cruza con una docena de turistas chinos, ancianos y sordos; el guía se dirige a ellos por señas, sonrío. Y Naomi se acuerda de su madre, de aquellos anticuados audífonos de baratillo que se cortaban de repente y la dejaban sorda y frustrada hasta que lograba cambiarles las pilas.

Le habían lastimado los oídos en Nankín, al interrogarla. El año que el Partido había quitado la brillante cruz roja del campanario de su destartada iglesia católica. Su madre encabezó la protesta: una columna de atemorizadas mujeres de todas las edades, un par de hombres mayores, acorralados contra el muro de la iglesia por la policía antidisturbios. Metidos en furgones a rastras. Vapuleados. Podría ocurrir en cualquier parte.

Me gustaría ser tan valiente como mi madre.

O quizá no exactamente como mi madre.

Entra en el siguiente hotel de cuatro estrellas que ve y se dirige directamente al bar, que consiste en una simple zona despejada a un lado de la recepción, delimitada por sillones y maceteros con arbolitos.

Es demasiado pronto para hacer esto, los hombres no se envalentonan hasta el anochecer, pero de todos modos pide una copa de vino tinto y se sienta con las piernas ligeramente separadas. Un hombre mayor que ella le dirige una sonrisa al pasar. Naomi no se la devuelve.

A continuación pasa por su lado una pareja de mediana edad. El hombre la observa de reojo y esboza una sonrisa, Naomi se la devuelve por cortesía, y de repente él deja de sonreír y adopta una expresión de profunda tristeza.

Un par de minutos después, un hombre joven se acerca, camino de la barra.

Naomi le sonrío.

Él hace lo propio, pero sigue andando.

Ay, mierda. Lleva tanto tiempo sin hacer algo así... Quizá las reglas hayan cambiado. Quizá sea demasiado mayor.

Al volver de la barra, el tipo se detiene y pregunta:

—¿Me recomiendas algún espectáculo? Solo voy a pasar esta noche en la ciudad y... —se le agota la imaginación, pero no pasa nada, con su primer servicio ha conseguido que la pelota pase la red.

—¿Algún espectáculo? —Naomi finge reflexionar al respecto.

Dedican media hora a hablar de absolutas chorradas. Ella lo tiene decidido desde el primer minuto. Al igual que él. Naomi no se lo podía haber puesto más en bandeja.

Dios, pero ¿cuándo piensa apretar el gatillo?

Por un momento, añora la escena BDSM de San Francisco.

—Necesito con urgencia darme una ducha —le dice—. Pero mi hotel está tan lejos que no sé si me dará tiempo a llegar allí.

Por increíble que parezca, el hombre da la impresión de estar a punto de dejar escapar incluso esta oportunidad. Se trata de un ser humano, sin embargo, y los cinco mil millones de años de evolución no han sido en vano.

—Bueno, supongo que podrías ducharte en mi habitación... si no tienes alternativa. Me refiero a que tampoco es que...

Naomi responde que sí antes de que al tipo le dé tiempo a desdecirse él solito.

33

Colt ha prometido comerse un menú completo. No le gustan las promesas, pesan como una losa sobre él.

Decide quitarse esta de en medio. Encarga una pizza. Peperoni y aceitunas. Extra de aceitunas.

Media hora más tarde, en el juego, una rama seca de mezquite cruje a su espalda. Se vuelve sobresaltado, con el corazón latiendo desbocado en el pecho.

No. Es en el mundo vulgar.

El timbre.

Ah, claro.

La pizza.

Se había abstraído en el juego mientras esperaba y se le había olvidado que la había pedido. Ahí residía la mayor parte del atractivo del juego: las acciones emprendidas en el mundo exterior se disolvían hasta desaparecer y no tardaban en caer en el olvido.

Pero ahora, suspendido entre los dos mundos, no sabe muy bien cómo comportarse, qué hacer.

No sabe muy bien hasta qué punto podría ser peligroso este encuentro.

Un desconocido, piensa. En la puerta. Ay, mamá. Es su madre la que siempre abre la puerta.

No ha meditado bien esto.

Nunca antes había anhelado tanto la presencia de su madre, nunca la había echado tanto de menos. Ella siempre ha estado con él, o muy cerca, a escasos minutos de distancia. Y ahora no lo está.

Se queda inmóvil, en silencio, integrado en el mundo lúdico pero consciente del mundo real; incómodamente consciente de que, en el fondo, no se encuentra en ninguna cueva. Y esta sensación es muy mala, se siente muy inseguro; está en el mundo del juego pero es consciente de que ese no es su mundo, de que en cualquier momento el sistema podría fallar y algo terrible e impredecible se podría abatir sobre él, tocarlo, hacerle sentir algo.

Continúa jugando. No está listo para salir.

Desactiva el silenciador acústico, sin embargo. Ahora puede oír de nuevo los sonidos del mundo real, además de aquellos en los que los convierte el juego.

Detecta un olor que no está en el juego. Aunque no es desagradable, el hecho en sí es extraño. Le asusta que el juego no sea capaz de integrarlo.

Ya es demasiado tarde para apagar la luz.

No había meditado esto bien. Hizo el pedido online y, de alguna manera, creyó que la pizza llegaría hasta él sin intervención humana, como el correo.

Pero a mamá, por supuesto, le gusta esta gente porque es tradicional. Todo lo tradicional que pueda ser un servicio de entrega de pizzas napolitanas a domicilio en Nevada. *Mozzarella* de búfala y repartidores en moto.

Tonterías retro. ¿Qué les cuesta usar drones, como todo el mundo?

Se inclina un poco hacia delante y restriega repetidamente las palmas de las manos contra las caderas, adelante y atrás. En sincronía; siempre el mismo número de veces. Es relajante.

Vale. Es inevitable que se produzca un encuentro, una conversación. La otra persona no lo conoce, no va a pasarle ni una. Podría salir mal. Ya ha salido mal otras veces.

Su madre no está ahí para rescatarlo, como pasó aquella vez en el Walmart, cuando se metió por el pasillo de las herramientas y un hombre, gordo pero al mismo tiempo con exceso de piel (así que, pensó Colt, quizá alguna vez había estado aún más gordo), lo pilló observándolo fijamente y se enfadó con él cuando intentó explicarle, con todo lujo de detalles, por qué lo hacía, y se le

acercó y se cernió sobre él, amenazador, vociferando, con la papada y el cuello rojos e irritados por la cuchilla temblando de rabia, como un pavo.

El corazón del muchacho late a una velocidad insoportable y su respiración es un caos.

La persona que espera al otro lado de la puerta debe de saber que está en casa. Fuera del juego, unos paneles de vidrio translúcido flanquean la puerta. La luz está encendida, justo sobre la cabeza de Colt, en el pasillo.

De forma casi simultánea, suena el timbre de nuevo y se parte una rama.

Estira el brazo en dirección a la puerta dentro del juego y su mano se acerca a una tosca hoja de madera a través de la cual se vislumbran destellos, la luz de la luna, y un movimiento. El juego comprende la lógica de la situación, la integración es correcta; eso lo tranquiliza.

Pero abrir la puerta en el mundo lúdico e intentar lidiar con un desconocido en el mundo real... No.

La persona que está al otro lado de la puerta grita algo; el casco lo filtra, pero suena un poco distorsionado. Habrá dicho «pizza», seguramente. Aunque podría haber sido cualquier otra cosa.

Pánico.

Respira. Respira.

Desactiva la integración. Respira.

Apaga el juego.

Oh, qué iluminación tan decepcionante. Qué insulso es el mundo. Qué falta de vigor, de contraste.

Una puerta, una pared.

Ausencia de brillo y textura a la luz de la nada.

Es como una puñalada. La pérdida.

Sin quitarse el casco, mirando a través del visor inactivo, se acerca a la puerta e intenta empujar una palabra por una garganta que se le ha constreñido. Lo que dice su madre. Di lo que dice mamá.

—Voy.

Pero la voz le sale tan débil y estrangulada que no está seguro de que le hayan oído al otro lado de la puerta.

Tiene que carraspear, obligarse a aflojar el nudo.

—VOY —demasiado alto.

—No pasa nada, no hay prisa —dicen desde el otro lado de la puerta. Le sorprende oír una respuesta, pero claro que iban a responder, por supuesto.

Cuesta interpretar esa voz, saber a qué clase de persona pertenece.

Intenta imaginarse al desconocido del otro lado, el extraño, y empatizar, como tan a menudo le recomienda su madre, a fin de predecir lo que va a hacer a continuación; cierra los ojos, pero lo único que ve en su mente es la puerta desde fuera.

Un zombi con la mirada fija en una puerta.

Sin sentimientos, sin pensar en nada.

Contemplando fijamente la puerta de su refugio.

Lo embarga un presentimiento espantoso, abre los ojos y clava intencionadamente la mirada en la luz que arde sobre su cabeza para abrasar la imagen.

Lo atemoriza la posibilidad de que se trate del mismo hombre, tan grande, el del cuello encendido y la papada colgante. Se esfuerza por calcular las probabilidades. Nevada cuenta con una población de tres millones y medio... No, la probabilidad es abismalmente pequeña. Pero entonces ¿por qué presente que es tan posible, tan probable? O bien acaba de equivocarse en sus cálculos de forma consciente, matemáticamente, o bien se ha confundido de forma inconsciente, emocionalmente, tras presentir que conocía a la persona que llamaba a la puerta. En cualquier caso, la mitad de su mente falla en un asunto muy importante, la mitad de su mente no entiende el mundo, solo es cuestión de averiguar qué mitad, y eso le da mucho miedo.

Como se trate del hombre de la papada colgante y colorada, cerrará la puerta de golpe, volverá a calcular las probabilidades y descubrirá el factor que se le ha pasado por alto.

Acerca los dedos a la cadena, vacila. Se esfuerza por imaginar lo que pensaría su madre. Porque a veces se alegra cuando Colt hace algo que le da miedo, pero otras se enfada muchísimo, y es muy difícil anticipar su reacción.

Su madre está teniendo un orgasmo explosivo en Nueva York, con las rodillas clavadas en la gran cama del hotel, el culo en pompa, aplastado el rostro contra la almohada, las manos atadas a la espalda, y se ha olvidado de su hijo, de su nombre, de su cara, por primera vez en años.

Colt quita la cadena, abre la puerta y allí está el desconocido, que también lleva puesto un casco.

Un casco de motorista, de color rojo intenso, con el visor oscuro.

Se sostienen la mirada, casi visor con visor.

No, el desconocido no es tan alto como él. Es delgado. Tiene una caja de pizza en las manos.

No es el hombre gordo.

Está a salvo.

Colt destensa el brazo, que tenía listo para cerrar la puerta de golpe y echar el pestillo.

La abre del todo.

Ropa de cuero negro. Ropa de motorista.

Hay una Yamaha amarilla, reluciente, apoyada en su caballete detrás del extraño.

El desconocido se quita el casco con una mano.

Es una chica.

—Lo siento, no quería asustarte —dice—. Pizzas Da Vinci. Se supone que deberíamos quitarnos el casco antes de llamar al timbre, pero la lluvia me estropea el pelo.

Está lloviendo, sí. Acaba de empezar. Esa súbita y violenta lluvia del desierto, tan poco frecuente. No se había dado cuenta.

La desconocida está observándolo de una forma que Colt no sabe interpretar.

—Dios, me encanta conducir por aquí. Sin radares de tráfico... ¿Tú tienes moto?

Colt niega con la cabeza.

—Las probabilidades de sufrir una lesión grave yendo en motocicleta son realmente altas.

—Ya, bueno, pero si vas...

—Dos órdenes de magnitud más elevadas que confiar en el piloto automático.

Detrás de la repartidora, en la aureola que proyecta la luz que sale por la puerta abierta, la lluvia rebota y estalla contra el suelo árido, compacto.

Empujadas por el viento intermitente, las gotas fragmentadas se cuelan bajo el tejadillo del porche. La chica levanta la caja de pizza con la mano izquierda y se la pone en la cabeza como si fuese un sombrero. Como un birrete gigante. Las gotas repiquetean con fuerza en la tapa, y cada salpicadura arroja una delicada llovizna contra el rostro de Colt, contra su visor, un instante después.

—Muy, muy peligroso —Colt menea la cabeza y aparta la mirada de ella. Observa fijamente el casco de color rojo.

Por un segundo, lo ve todo blanco. De forma casi simultánea resuena un estampido atronador que no cesa, y ahora danza frente a sus ojos la imagen residual del casco rojo, deslumbrante y abrasadora, superponiéndose al casco real, y Colt no sabe qué está pasando, se asusta.

El estampido es ronco, áspero, furioso, como los rugidos de la vieja tigresa siberiana que oyó en el zoo de San Diego amenazando a los leones, a los que podía oler pero no ver, desde el otro lado de la alta pared de cemento. Solo que este bramido se prolonga sin fin, sin pausa para respirar. Una criatura sin pulmones.

No se trata de ninguna criatura.

Relámpagos. Primero ha restallado un relámpago en la periferia de su visión y después ha llegado el trueno, muy cerca. El espacio de aire que atraviesa la descarga eléctrica colapsa sobre sí mismo, dejando una brecha de un palmo de ancho y varios kilómetros de longitud.

Cuando consigue procesar la física en su cabeza, todo va bien otra vez. Todos sus músculos se relajan.

Apenas ha habido intervalo entre la luz y el sonido. La tormenta está próxima. Casi sobre sus cabezas.

Oh, oh. Ha dejado fuera el repetidor, en lo alto de la cresta.

—Ufff—resopla la chica—. Ha estado cerca.

¿Debería mostrarse educado? Mamá siempre dice que, ante la duda, se limite a decir algo cortés. Sí.

De modo que dice:

—Pasa, protégete de la lluvia.

Y así lo hace la muchacha, que se ladea para pasar por su lado y entrar en la casa.

—Gracias.

Colt se queda paralizado en el sitio, horrorizado, al verla entrar. Se produce otro fogonazo, y en esta ocasión sí que ve el zigzagueante arco de luz que salta

sobre su cabeza (debe de provenir de lo alto de la cresta, oculta por el edificio) para precipitarse entre los nubarrones.

No se puede creer lo que ha dicho. Invitar a una desconocida a entrar en la casa... ¿Por qué lo ha hecho?

Lo ha visto en una película. Sí. La lluvia, los rayos. «Pasa, protégete de la lluvia.» Es un patrón, y tenía que completarlo.

—¿No tienes más entregas? —le pregunta a su espalda.

—No —replica ella—, esta era la última de la noche.

Con las manos colgando discretamente a los lados, Colt comienza a tamborilear muy deprisa con las puntas de los dedos sobre las caderas, cuatro dedos, uno detrás de otro, cinco veces, sincronizados, en equilibrio. No está bien que su lengua actúe sin consultarlo antes con su cerebro. Suele ocasionarle problemas.

Le preocupa tanto la presencia de esta extraña en la casa que se olvida del repetidor nuevo instalado en lo alto de la cresta.

36

No registra realmente los cinco minutos siguientes, está bloqueado, es demasiado, la chica está dentro de la casa, hablando, haciendo preguntas, puede olerla, es un olor complicado, hay algún tipo de perfume —aunque podría ser jabón—, y también está su pelo, y su ropa de cuero...

La muchacha lo pilla mirando su cazadora. Colt agacha la cabeza.

—La verdad es que hace bastante calor aquí dentro. En la moto se nota más el frío, con el viento y la velocidad —baja la cremallera de la recia chaqueta de cuero negro, se la quita y se la cuelga de un hombro.

Lleva puesta una camiseta roja debajo. El color es bonito. Pantone 187 posiblemente, piensa él, contemplándola absorto.

—Así que tú eres Colt.

Colt frunce el ceño. Había usado los datos de su madre para realizar el pedido.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La muchacha se encoge de hombros.

—No hay muchos Chiang en Nevada. Y soy una gran admiradora de tu trabajo.

—¿Mi trabajo?

Se siente absolutamente desubicado.

¿Esto es normal? ¿Serán siempre así las entregas de pizza a domicilio? ¿Te investigan y hablan contigo?

La chica sonríe.

—En el juego.

—¿Tú juegas?

—Ah... —hace una pausa, a punto de decir algo. Se lo piensa mejor.

Y vuelve a mirarlo de una forma que Colt no comprende. En fin, seguramente no sea nada. Rara vez capta lo que la gente quiere decir por su aspecto. Aunque esto... Aquí hay algo raro.

Le recuerda algo.

Pero ¿qué?

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

La muchacha arquea las cejas.

—Adivina.

—Dentro del juego, quiero decir.

La muchacha continúa arqueando las cejas.

—Adivina...

Y Colt cae en la cuenta, aterrado, de que es la chica que conoció la semana pasada, en el juego.

La chica que lo tocó. La que le quitó la ropa. Le quitó la ropa.

La que disparó el control parental de su madre y le fue arrebatada de entre los brazos, desvanecida del juego.

Pero ahora están frente a frente, en el mundo real, tan cerca que podrían tocarse. Tan cerca que puede percibir la fragancia de su piel, el olor de la cazadora de cuero que lleva colgada del hombro.

—Se te va a enfriar la pizza —la muchacha le da la espalda y entra en la cocina.

A Colt le tiemblan las piernas: quiere correr, quiere esconderse, refugiarse en su habitación, pero entonces ella sería libre para merodear por la casa a su antojo, podría estar en cualquier parte... La sigue.

Y, de alguna manera, acaba sentado frente a ella en la mesa de la cocina.

Ahora le llega su auténtico olor, enterrado bajo el jabón y el cuero, compuesto por multitud de elementos: sudor muy reciente, agradable, y otros olores.

Hace demasiado calor.

—Aircon —dice—, baja la temperatura tres grados.

—Ahora mismo, Colt —replica el aire acondicionado con la voz de Ronald Reagan, un actor y político fallecido hace tiempo cuya voz le resulta muy graciosa a Naomi.

—Gracias —dice la muchacha—. Sí que hacía calor —levanta la tapa de la caja de pizza y la empuja en su dirección.

La tapa completa ciento ochenta grados antes de detenerse inerte sobre la mesa, ante él.

Permanece inmóvil; a Colt eso le gusta.

Hay un montón de aceitunas, bien.

La pizza ya viene cortada.

Parece un gráfico.

Ocho cuñas del doce y medio por ciento.

No son totalmente iguales, simétricas, pero tampoco está mal.

La muchacha empuja una medialuna de pizza, cuatro porciones, el cincuenta por ciento, hacia él, sobre la tapa abierta. La empuja un poco más, hasta el borde más alejado de la tapa.

Ahora su mitad es el reflejo exacto de la de él. Simétricas. Mejor.

—Come.

—¿Cómo me has encontrado?

El vaho de las gotas de lluvia se ha evaporado ya del visor. Lo levanta, deja el juego apagado; pero quitarse el casco lo desnudaría demasiado.

La muchacha se encoge de hombros.

—Te he seguido la pista.

—¿Has estado espiándome? —un arrebató de placer y un estremecimiento de temor colisionan dentro de Colt, que se ruboriza, tembloroso, y se ve obligado a apartar la mirada.

—Sí, descubrí que tu madre tenía una cuenta —la muchacha señala la caja de pizza—. Normal, todo el mundo la tiene, las pizzas son bastante buenas. Hackeé el sistema para que, si hacías algún pedido, me lo redirigiera.

—Que hackeaste... Te podrían despedir.

—Bueno, ya estaba hackeándoles el horario. De lo contrario, te tocan unos turnos de mierda. Tienen sus favoritos.

—Pero... —a Colt está costándole procesar la información—. ¿Eres hacker? ¿No una simple jugadora?

—Mmm. He contribuido con parte del código.

Ahora lo pillas. Guau. Guau. Guau... No, no es una jugadora anónima cualquiera a la que la semana anterior le dio por quitarle la ropa. También es...

—Tú eres la Reina de las Nieves.

—Sí.

Sus ventiscas... En cierta ocasión lo había atrapado una, en una ciudad minera abandonada, totalmente convincente. Magistral uso de las geometrías fractales. Un orden bello y estable que emerge de un sistema caótico. Los niveles de derretimiento, la acumulación. Cuanto más se fijaba uno, más detalles generaba cada copo de nieve.

—Me encanta tu trabajo.

—Gracias —replica la chica, exultante, y Colt se rebulle en la silla—. Me alegro, porque a mí también me gusta el tuyo.

—Pero... si solo es... —no se le ocurre qué decir— código.

—Bah, venga ya. Hay un montón de escenarios de juego de código abierto y todos son una porquería menos los nuestros, y eso es gracias a tu código.

—No —esto es demasiado, es como si lo estuvieran tocando, tiene demasiado calor—. El equipo, todos...

La muchacha niega con la cabeza.

—La mayoría de los juegos de código abierto son completamente incoherentes y se pasan la mitad del tiempo caídos. Cuando este se rompe, tú lo arreglas.

—¿Por qué no me dijiste que eras la Reina de las Nieves cuando nos...? —baraja una lista interminable de palabras, pero no logra imaginarse pronunciando ninguna de ellas.

Se quedan observándose el uno al otro, sin parpadear, hasta que ella se toca la nariz con el pulgar y la estira ligeramente. La sostiene un momento. La suelta.

Colt mira fijamente su nariz, fascinado. Eso también lo hace él.

Tienen los mismos tics.

—Eres... —no, no quiere emplear ninguna de esas palabras—. Eres como yo —murmura, asombrado. Pero ella permanece callada.

A lo mejor me equivoco. Quizá no debería haber dicho eso.

Lo inunda una ola de vergüenza, como si acabaran de volcarle un cubo de agua helada en la cabeza, y tiritas. No debería hablar con las chicas, siempre

acaba mal.

—No se me da bien la gente —dice ella por fin—. Contigo congenié a la primera.

Oh, sí, ya lo creo, congeniamos de maravilla, le gustaría decir, pero eso fue dentro del juego.

En el juego, mato a gente. Beso a gente. Hablo con gente. No significa nada. En el juego, todo son maniobras.

Matar a alguien, besar a alguien.

No es nada.

Solo ejecutar unas líneas de código.

Pero esto...

Nunca he matado a nadie en el mundo real.

Nunca he besado...

No puede decir nada de eso. No puede decir nada en absoluto.

Se queda sentado, en silencio, intentando asimilar que, en el juego, ha besado a la Reina de las Nieves.

Y que ahora ella está en su cocina, de carne y hueso.

Que están manteniendo una conversación de verdad.

Sabe cómo funcionan las conversaciones: se hacen preguntas, cosas así. Pero la única pregunta que le gustaría hacerle es: ¿por qué estás aquí?

Y le dan miedo todas las posibles respuestas.

Prueba la pizza, por fin, para ganar algo de tiempo.

Está rara. Gomosa.

La muchacha lo imita y coge la porción equivalente, directamente opuesta a la suya.

Bien. Simétrico.

—No deberías comer esto siempre —dice la chica, con la boca llena de pizza—. Mmm. No es comida de verdad.

—No lo hago —dice Colt—. Llevaba sin comer pizza desde que tenía diez años.

La muchacha enarca las cejas, mastica, traga.

—Caray. Vale. ¿De qué te alimentas normalmente?

—Batidos. Todo tipo de batidos. A veces lácteos.

—Ah, ya. Como los chinos.

—Sí.

—¿Nada sólido?

—No me gusta mucho comer.

—Ajá. Tengo amigos así. ¿A qué se debe, en tu caso?

—No me gusta notarla dentro de mí.

—¿La pizza?

—La comida en general. Nada.

—Todavía estás creciendo. Hay que comer —la chica recoge una aceituna que se ha caído de su porción y se la mete en la boca.

—Pero es que entonces se convierte en parte de mí. Y... —Colt se interrumpe. ¿Será como yo de verdad? Está muy segura de sí misma.

Y la gente no suele tomarse bien lo que se dispone a decir. Sí, le convendría dejar de hablar ahora mismo.

Pasarse un rato contando, quizá.

Le gustan las cremalleras de su chaqueta. Parecida a la de mamá, aunque no idéntica.

Las cremalleras tienen muchos dientes. Números iguales de dientes. Los mismos a cada lado. Engranados, separados.

Cremallera, buena palabra.

Cremallera. Dientes a ambos lados, como una boca. Un agujero con dientes.

Se podría llamar «cremallera» a la boca. Se podría llamar «boca» a una cremallera.

Mejor pasarse un rato callado, sí.

—Voy a cerrar la cremallera —dice, experimentando con la metáfora. Su madre le ha explicado mil veces lo que son las metáforas. Esta debería funcionar. Cremallera, boca. Dientes, dientes.

La chica arquea las cejas, se inclina de costado y mira bajo la mesa, entre sus piernas.

Colt nota cómo se incrementa el bombeo de la sangre en su pene conforme se ensanchan las arterias, y cómo disminuye al contraerse los pequeños músculos que rodean las venas, oprimiéndolas.

Se ha documentado a conciencia, ha estudiado toda la información: diagramas, tomografías, la fisiología del asunto. Se lo sabe todo, sabe con exactitud a qué obedece, técnicamente hablando, el hecho de que esta erección palpitante haya empezado a abultarle los pantalones. Los datos, sin embargo, no se ocupan de la sensación que produce. Y es una sensación abrumadora, incontrolable.

La muchacha endereza la espalda.

—No tienes la bragueta abierta —dice, sonriendo de oreja a oreja.

—Mi boca —dice él—. Era una metáfora. Porque las cremalleras tienen dientes, como la boca.

—¿Una metáfora?

¿No es una metáfora? No, probablemente no, porque él detesta las metáforas, la impresión que le generan en la mente, y esta está bien. Puede visualizar una boca con cremallera, primero, y luego sin ella, solo los dientes. Eso está bien. Pero una metáfora lo hace real; puede verlo, es algo sólido. Y acto seguido ya no es real, no son más que palabras. Carece de fundamento sobre el que asentarse. Ni una cosa ni la otra son ciertas, bascula entre ambas. Como un pez agonizando en la arena, piensa. ¿Eso es un símil? Ahora es esa frase la que coletea en su mente. Está respirando demasiado deprisa. Se le nubla la vista. Esto no va nada bien.

—¿Te pasa algo? —pregunta la chica.

—A lo mejor era una alegoría —su madre también le ha hablado de las alegorías. Según ella, son como el álgebra—. Las alegorías son como el álgebra —dice Colt—. Solo hay que sustituir las ideas por símbolos. Pero las ideas tienen que estar muy bien definidas.

—Ponme un ejemplo —eso mismo le había dicho él a su madre. Se le acompasa la respiración. Conoce esta conversación. Según Naomi...

Colt cierra los ojos y baja la voz, como hace a veces su madre.

—«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

—Ajá. ¿Y eso qué significa?

Esta chica es como él. Idéntica a él. ¡Las mismas preguntas! Esta chica es... ¿Será una mujer? A lo mejor es una mujer. Mamá siempre dice que hay que usar la palabra adecuada. Colt abre los ojos y la mira. La mira directamente a los ojos. La Reina de las Nieves.

Ella le devuelve la mirada.

—¿Eres una chica o una mujer?

No obtiene respuesta.

Caray, ya la he vuelto a cagar.

Tras quedarse un rato más escrutándolo, sin embargo, le dice:

—Una mujer. Vale, explícame eso de las alegorías.

A Colt le dan ganas de ponerse a cantar. Se incorpora, pero vuelve a

sentarse. Conoce esta conversación. Según su madre... Tú di lo mismo que te dijo ella, eso es todo.

—Significa: «Venid a mí todos los que os sintáis agotados por la vida, y yo os enseñaré a sobrellevarlo». Pero lo dice de manera alegórica. Como si fuesen animales de granja exhaustos después de toda una jornada de trabajo, acarreando... —no logra recordar la palabra, Naomi debió de murmurarla en voz baja— cosas, tirando del arado.

—Ajá. Vale. Alegórico.

Su perfume huele ligeramente a coco. ¿Existirá un perfume de coco? Debe de ser el jabón. La pierna izquierda de Colt empieza a temblar bajo la mesa, involuntariamente. Se obliga a sacudir también la derecha, para equilibrarlo, pero las sacudidas son demasiado fuertes, su pie sale disparado hacia delante y golpea el de ella.

—Disculpa.

—Disculpa.

Ella se gira en la silla y estira las piernas a un lado de la mesa. Tiene las piernas muy largas. Colt se fija en sus botas. Botas de motorista, con cremalleras. Más cremalleras.

—De acuerdo; entonces, lo de la cremallera, ¿es como cuando alguien dice «si no te callas te pongo una cremallera en la boca»? Lo siento, no conozco bien esas expresiones. Pero en la cocina todos vienen de México, Colombia, Guatemala..., de Sudamérica. Así que me sé un montón de palabrotas en español.

Coge otro trozo de pizza. Colt se alegra de que ya no esté mirándole la bragueta, el bulto que forma su pene bajo las capas de ropa.

—¿De verdad?

—Mmmm. Me han enseñado unas cuantas muy buenas.

—Dime una —se fija en el movimiento de sus labios. Sus dientes. Ve cómo le pega otro mordisco a la pizza mientras se lo piensa. Mastica.

Un mordisquito a la corteza, en el borde; nada de arriba.

Sabe lo que está sucediendo en su boca. Ese pensamiento lo tranquiliza. Conoce la sensación que tiene en esos momentos. Lo que está saboreando y cómo va cambiando. Pan; los almidones se dulcifican, se transforman en azúcar sobre su lengua. Se disuelven, pasando a su saliva, convirtiéndose en elementos químicos lo bastante pequeños para poder ser absorbidos. Combustible. Su boca contiene energía para una hora.

—¿Tengo algo en los dientes?

—Sí —responde Colt, por educación.

Ella se ríe, y en la ventana de la cocina, a su espalda, un relámpago silencioso ilumina el desierto con un blanco descolorido, difuminado por la lluvia que se desliza sobre el cristal. Y ahora llega el trueno.

La tormenta se aleja.

Ella sonrío de nuevo. Sonríe un montón.

Colt le devuelve la sonrisa. Es lo que se espera de uno.

—Insúltame en español —dice. No le gusta que su madre diga palabrotas, pero, por algún motivo, imaginarse a esta chica —esta mujer—, la Reina de las Nieves, maldiciendo frente a él...

—*Me cago en la leche de tu puta madre.*

Colt está a punto de traducirlo para sus adentros, pero se contiene. Se da cuenta de que le gustaría prolongar la conversación.

—¿Qué significa? —pregunta.

—Pues que me cago en la leche de la puta de tu madre.

Colt parpadea. La imagen es inquietante. Vívida.

—Guau. Sí que es buena.

Ella vuelve a meter las piernas bajo la mesa y hace una reverencia.

—Vale, ¿y qué tiene de malo que la comida se convierta en parte de ti?

Ostras. No se le ha olvidado.

—Bueno, es materia que entra. Materia extraña. Entra en ti; el aire, la comida, el agua. Y se transforma en parte de ti, de tus células. Las células viven durante un tiempo y después mueren, y la materia sale otra vez, y son reemplazadas. Materia nueva, células nuevas. Ninguna célula, ninguna molécula, ninguno de los átomos que nos componen son inmutables.

Ella se encoge de hombros.

—Todo cambia...

—Sí, pero... —no, aún no lo entiende. Lo embarga una ola de desencanto. Vuelve a sentirse solo.

Continúa. Más detalles. Explícaselo.

—Me refiero a que hay como mil toneladas de mí en total —dice Colt—, si lo sumas todo, durante toda mi vida. Todo el oxígeno que entra y se combina con otros átomos, y libera energía, y después es excretado. El agua —señala la pizza—. El carbono, el nitrógeno, el sodio..., todo. Viene y se va.

Su voz suena demasiado fuerte. Se inclina hacia delante para hablar más

bajo, pero al hacerlo aspira el olor de su jabón, de su pelo, el cuero, la pizza, todo junto, mucho más intenso ahora, y también ella se inclina hacia delante, y en sus ojos hay... algo, su cuerpo reacciona de un modo extraño ante esos ojos, y es demasiado, Colt cierra los suyos y endereza la espalda en la silla.

Ella no lo entiende, pero tiene que intentar explicárselo.

—Soy un simple patrón que atraviesa esta especie de río de materia. Como una onda. Todo cuanto soy está en el patrón, no en los átomos.

—Vale, te entiendo.

Colt abre los ojos de nuevo, pero no puede mirarla.

Es una hacker. Asombroso.

Deberían hablar de eso. Sin embargo, no sabe muy bien cómo hacerlo. Esta es ya la conversación más larga que ha tenido nunca con un desconocido en el mundo real.

Mira por encima del hombro, hacia la ventana. La lluvia continúa azotándola, escurriéndose por ella. El cristal da la impresión de estar derritiéndose sin parar. A lo mejor podría girar un dial invisible en el aire, como hace mamá. Empieza a levantar la mano, pero la deja caer. No, está casi seguro de que la gente no hace eso.

—Pero incluso el patrón cambia, ¿no? ¿Qué tienen en común un bebé y un anciano? Aunque sean la misma persona...

—¡Exacto! Nada. Ningún átomo. Ninguna estructura. Ningún recuerdo en común. Nada en común, ni siquiera el patrón. Ese es el problema —le pone nervioso hablar de esto, pero tiene que seguir—. Si mi patrón cambia, no hay absolutamente nada sólido. Cuanto más como, más rápido cambio —Colt agita la mano sobre la pizza, como si estuviera espantando a una mosca—. Y yo no quiero cambiar.

—Pero... —ella agita un trozo de pizza en el aire— tenemos que crecer.

—¡No! Crecer solo es... —mamá tiene una palabra para eso— un eufemismo de morir. Fíjate en los adultos que conoces.

Ella arquea las cejas de nuevo.

—Algunos molan —dice.

Colt sacude la cabeza.

—Se apagan. Dejan de creer en las cosas. Se vuelven realmente conservadores, se preocupan por todo y...

Ahora es ella la que niega con la cabeza.

—Espera, retrocedamos. Creo que te estás enredando con el lenguaje. Si

ves los átomos como objetos independientes, entonces... Vale, ¿has probado hongos alucinógenos alguna vez?

Colt meneaba la cabeza, no.

—Mmmm —ella hace una pausa. Estudia su rostro. Respira hondo y prosigue—: Bien, la primera vez que los tomé..., es difícil de describir..., el mundo dejó de ser una cosa, ya sabes, un objeto, y se transformó en un proceso, en... una especie de..., vale, esto va a sonar raro, pero la expresión que me vino a la cabeza en aquel momento fue «baile de energía». El mundo..., bueno, el universo, pasó de ser un nombre a convertirse en un verbo.

Colt le da vueltas con recelo a esa metáfora.

Encuentra una vía de acceso.

—La masa es energía —dice—, así que, en vez de verlo como masa, lo viste como energía.

—Sí, exacto. Aunque era más fuerte que eso. La masa era una ilusión, la energía era auténtica. Todo era simple energía, cambiante. Y todo era la misma cosa, todos formábamos parte de ello, no estábamos separados.

—Pero entonces..., eeh...

Colt ignora cuál es su objeción, pero sabe que una parte de él está preocupada, se opone.

Ella sacude la cabeza, se inclina sobre la mesa y continúa hablando mirándole a los ojos, como hace mamá cuando se trata de algo importante.

—No eres un patrón aislado de tus átomos. Eres los átomos, lo que significa que eres energía. Solo energía. Eres un simple baile de energía. Pero no un baile aislado e individual, sino parte de un baile de energía más grande, universal. Todo danza con todo lo demás. Tú, yo. Todos nuestros átomos. Las estrellas, los planetas, los cometas, el polvo..., una danza. Y una danza tiene que evolucionar con el paso del tiempo, tiene que cambiar.

—Ya. Sí —se esfuerza por ver el mundo de la misma manera que ella, pero no puede y le entra el pánico.

A lo mejor esto es lo que mamá llama esotérico. Quizá esté pirada. Una mística pirada.

Bailar... Vale. Bailar no es más que interactuar siguiendo unas reglas. Es física. No hechicería. Llamémoslo interacción. Entrelazamiento cuántico...

Atisba algo que presiente como verdadero.

Todo interactúa.

Todo está entrelazado. De acuerdo.

Se tranquiliza un poco. Los ojos de esa chica son asombrosos.

Siempre ha admirado su código. Es elegante. Su nieve es tan buena que Colt la ha colocado en las montañas más altas para aprovecharla mejor. La Reina de las Nieves.

Lo dice en voz alta, por error.

—La Reina de las Nieves... Lo siento, perdona.

Ella yergue la espalda y extiende la mano derecha por encima de la mesa. Parpadea, como siguiendo un patrón, y Colt se percata de que, mientras reflexionaba, ha estado parpadeando frente a ella marcando una secuencia tranquilizadora.

Parpadea de nuevo.

Ella lo imita.

Está incomodándola. La está obligando a igualar su pauta. Caray.

—Me llamo Sasha.

—Perdona. Sí —Colt termina de parpadear, una sencilla secuencia aritmética, mientras ve cómo ella lo imita.

Su mano sigue estando allí, extendida sobre la mesa.

Vale.

Colt extiende la mano derecha a su vez y toma la de ella con delicadeza. Cálida, seca y viva, muy viva. Le da un apretón y la suelta, respirando entrecortadamente.

Ella empieza a parpadear, una secuencia nueva, y, sin pensar, él sigue su pauta.

Su respiración se acompasa y se hace más profunda.

Se quedan allí sentados, sin más, pestañeando el uno frente al otro, sincronizados.

Cualquiera que nos viese, piensa el muchacho, se burlaría de nosotros. Intentaría hacernos daño.

Pero aquí no nos puede ver nadie.

Lo embarga una oleada de emoción, una emoción positiva.

Nunca había sido tan feliz en presencia de una desconocida.

Asiente con la cabeza.

—Sasha Bajewski —dice ella.

—Bonito nombre —replica Colt, porque se lo ha oído decir a la gente, es algo habitual, y no cree que vaya a meter la pata con eso.

—¿Sí? —ella se ríe—. En fin, es el que me ha tocado. Siempre pienso que

suenan como el remate de algún chiste polaco. ¡Sashabajewski! Y todos se tronchan.

—¿Hablas polaco?

—No, no. Mi abuelo era polaco. Bueno, ruso, pero vivía en Polonia. Ni siquiera llegué a conocerlo. ¿Es Colt un nombre tradicional en tu familia?

El muchacho se encoge de hombros.

—Les costó dar con un nombre que les gustara a los dos, así que... A papá le gustan las armas. A mamá, los caballos.[\[1\]](#)

Sasha se ríe, espera a que diga algo más, pero él ni siquiera había pensado que fuera gracioso, y se le han acabado las cosas que contar.

Despojados ahora de sus avatares, de los rasgos de su personaje, de sus niveles, sus armas, se quedan en silencio, sentados.

No es solo silencio, como la quietud del desierto en la que uno puede relajarse sin más. Este silencio es un abismo que tarde o temprano habrá que cruzar, aunque no deja de ensancharse, volviéndose cada vez más insalvable.

La lluvia está amainando. Seguro que Sasha se marchará pronto.

¿Qué hago yo ahora?

Y justo cuando el silencio amenazaba ya con volverse insoportable, ella dice:

—Enséñame tu habitación.

Se le acelera la respiración. ¿Puede negarse? Parece muy decidida.

Sasha le señala la puerta. Se levanta. También él se pone de pie, inseguro.

Ella estira el brazo, le coge la mano, y Colt se vuelve tremendamente consciente de su propia mano, como objeto, envuelta entre los dedos de ella. Constreñida. No puede moverla en ninguna dirección salvo de nuevo hacia atrás, fuera del túnel que forma la mano de la muchacha.

Su contacto, sin embargo, es demasiado suave, como la caricia de una llama, y su piel arde, hormiguea. La mano de Colt pega un brinco dentro de la de ella, se libera de un salto.

—Perdona —dice Sasha. Repite la misma acción, le tiende la mano, pero esta vez sujeta la de él con más firmeza en la suya.

La firme presión es un bálsamo para su piel, su carne, su mano. Para él.

Sasha lo conduce de la mano en dirección a su cuarto.

Una vez en la habitación, la muchacha lo sienta en la cama.

—Ahí.

Se sienta a su lado.

Colt no sabe qué hacer a continuación. No tiene ningún guion para esto.

¿Qué haría dentro del juego?

No, no puede hacer eso aquí, en el cuarto donde duerme, el cuarto en el que su madre le da siempre las buenas noches...

Lo asalta el recuerdo, doloroso y abrasador, de los vídeos que sus compañeros de clase le obligaron a ver en un par de ocasiones cuando todavía iba a la escuela.

Esos no. Esos no.

Había intentado escabullirse de los demás niños a la hora del almuerzo. Lo sujetaron, le obligaron a mirar. Colt no podía creer lo que estaba viendo, se negaba a creer que alguien estuviese haciendo eso de verdad. Pero así era. Cuando cerró los ojos, le estiraron los párpados con los pulgares y le plantaron la pantalla ante el rostro, impidiéndole girar la cabeza, sumergiéndolo en aquellos vídeos violentamente iluminados en los que hombres y mujeres se hacían cosas que él no quería entender.

Mujeres que a veces se parecían a su madre, aunque, por supuesto, ninguna de ellas lo era, por mucho que sus compañeros le dijeran que sí, embusteros...

Sasha le pone una mano en el muslo, y la intensidad de la sensación le provoca un estremecimiento.

Sí, lo sabe, técnicamente hablando sabe qué es lo que ocurre entre un hombre y una mujer. Como sabe también que no tiene por qué ser como en los vídeos. Pero desde entonces evita verlo, ha evitado vérselo hacer a nadie.

Podría buscar algo ahora, disimuladamente.

¿Qué es lo normal? ¿Qué debe hacer uno?

Solo que Colt no quiere buscar nada ahora, ya es demasiado tarde para documentarse. ¿Y si ella se da cuenta de lo que está haciendo?

Sasha mueve la mano muy despacio, manteniendo constante la presión sobre su muslo, deslizándola un poco más arriba. La detiene, cálida y firme, a escasos centímetros de su pene oculto, ya dolorosamente duro, pinzado a un lado, que sobresale por la pernera de los calzoncillos. La punta, tan sensible, palpita al presionar la recia tela de los pantalones.

No sabe qué hacer. Empieza a gemir.

—Oh, sí —dice Sasha, insegura.

La ansiedad es cegadora, como una migraña, le cuesta verle la cara.

Sasha acerca su rostro, ladea la cabeza y le toca el cuello con la otra mano, atrayéndolo hacia ella. Es como recibir el impacto de un rayo. Colt aparta la cabeza de golpe.

Esto es demasiado real.

Sí, quiero hacerlo pero no sé cómo, es como si Sasha estuviera brillando. No puedo hacer esto.

La muchacha recupera el equilibrio, le apoya una mano en el muslo y acaricia con delicadeza la tela tirante bajo la que se esconde su glande.

Colt siente deseos de reír, de gritar. Un estremecimiento sacude todo su cuerpo.

Lo posee ahora una sensación que no deja de propagarse por su ser, célula a célula, adueñándose de él, una sensación descomunal, tan fuerte que no puede ni respirar. Una sensación enorme, cálida y bella, muy bella, igual que Sasha, que resplandece, está brillando, la sensación emana de ella, de mirarla, pero es demasiado y no puede... respirar...

—No —dice, y se incorpora de un salto. Su polla, atrapada, se dobla y le duele.

—¿Qué he...?

—¡No!

Sasha se levanta a su vez. Su rostro está haciendo algo, algo que a Colt no le gusta, está esbozando una expresión que preferiría no ver, se arruga, como si estuviera a punto de desmoronarse, como un edificio en proceso de demolición. Retrocede.

—¿Colt? ¿Estás...?

—Te tienes que ir ya —dice él, pese a la fuerte opresión que nota en el pecho.

Ha conseguido articular las palabras, pero resulta muy difícil tomar aire de nuevo.

Sasha continúa observándolo, su rostro aún se mueve, se contorsiona, y él no puede mirar. Vuelve la cabeza, mareado. Se tambalea.

—¿He...? —su voz suena muy distinta ahora, diminuta.

—Tengo trabajo pendiente —dice él, sin mirarla.

Le oyó decir eso mismo a su madre una vez, hacia el final de su relación con un tipo con coleta, un novio que había tenido durante una breve temporada.

Dio resultado, el hombre de la coleta se fue.

—Tengo mucho trabajo pendiente.

Y cierra los ojos durante un par de minutos, no entiende muy bien lo que pasa, es excesivo, tiene que bloquear la entrada de información. Tararea. Mmmmmm, mmmmmm, mmmmmm...

La chica dice algo, pero si Colt se concentra en serio en el tarareo, en notar las vibraciones dentro de su cabeza, consigue no oírla.

Transcurridos unos instantes, bajo el zumbido, la oye ponerse la chaqueta, un tintineo de hebillas al rozar contra el metal de la silla de su habitación.

—Gracias —dice Colt. Sí, sé educado—. Gracias.

Después oye la puerta, cómo arranca la moto y se aleja. Sasha se ha ido.

38

Tras unos minutos para recuperar el resuello, el hombre le desata las muñecas.

Naomi se levanta y va al baño.

Cuando vuelve a la habitación, el tipo empieza a hablar.

¿Por qué siempre tienen que hablar?

En fin, a lo mejor está matando el tiempo mientras se repone. Si finge escuchar, quizá consiga sacarle un segundo asalto dentro de veinte minutos. Puede pasarse veinte minutos sonriendo y asintiendo con la cabeza.

Es una historia de guerra. A lo largo de los años, Naomi ha oído muchas historias de guerra.

En esta, el vehículo del hombre salta por los aires y su intérprete muere. Se enfrasca en las características del vehículo, pero ella no le está haciendo verdaderamente caso. Varado en la provincia de Helmand. Incapaz de llegar hasta el cadáver del intérprete. Se ve obligado a pasar la noche en una acequia, aterido. Hace una pausa. Naomi asiente con la cabeza. Me trae sin cuidado, piensa.

—Por la mañana —está diciendo él—, usé la mira telescópica y vi un cuervo posado en la cara de Adam.

Naomi se da cuenta de que el hombre siente más necesidad de hablar que de follar. No, ya no le va a sacar nada más.

—Picoteándole un ojo. Picando y tirando, picando y tirando...

El hombre aguarda una respuesta. Naomi no dice nada. Es toda sonrisas y asentimientos con la cabeza.

—A lo mejor no era un cuervo —continúa él—. No sé mucho de pájaros, la verdad.

Un largo silencio.

Naomi empieza a vestirse.

—Disparaste al pájaro —dice, sintiendo la necesidad de poner punto final a la historia. O, más bien, sintiendo que él necesita que ella le ponga punto final.

—No. Pensé que lo haría. Pensé que debía hacerlo. Me pasé un buen rato observándolo por la mira, pero el ave clavaba la vista directamente en mí. No tenía miedo.

—Estabas demasiado lejos. Inmóvil. La mayoría de los pájaros no reconocen bien las formas, reaccionan al movimiento.

El hombre mira en su dirección, pero Naomi sabe que en realidad no la está viendo. Está en otra parte. Ella está allí plantada medio desnuda, él acaba de correrse dentro de ella, y no la ve.

—No. El pájaro me miraba como si me conociera. El pájaro... Yo tenía más cosas en común con él que con el cadáver. Yo también rastreaba los campos de batalla en busca de carroña. Alimentándome de cadáveres.

Ay, Dios, me he tirado a un filósofo. Dale un número de teléfono falso y vete de aquí.

En vez de eso, sin embargo, se oye decir:

—Cuando era pequeña me pegaban en... en el culo. No solo ahí —haz que te vea. Que te vea de verdad—. Mi padre bebía, era un borracho, y yo, mi... —va a tener que encontrar las palabras. No. Señala hacia abajo con el dedo—. Yo me restregaba contra él, así no me... No creo que fuese deliberado, él no intentaba tocarme ahí, simplemente estaba siempre enfadado y..., todo le daba igual. Yo odiaba que me pegara, lo odiaba, de veras, pero si forcejeaba, si me retorció, descubrí que podía extraer... placer de ello. Además del dolor. Podía frotarme contra su pierna...

El hombre la observa sin parpadear.

No te detengas. Continúa.

—No sabía lo que estaba haciendo, era una cría, era inocente. Lo único que sabía era que si hacía aquello me sentía mejor. Y cuando me pegaba, por lo menos... me veía. Existía un contacto. No estaba sola. Tal vez pensara que, haciendo eso, podía convertirlo en algo agradable, algo positivo. Podía

transmutarlo en amor. Hasta que un día se dio cuenta, vio que disfrutaba con ello, que me excitaba. Me dijo que era... asquerosa. Y paró. No volvió a golpearme. Cuando se cruzan esos cables, el placer y el dolor, a una edad tan temprana, cuesta mucho descruzarlos. Y lo he intentado. Lo he intentado. Pero no puedo...

Se le llenan los ojos de lágrimas. Esto sí que es inesperado, porque creía estar contando una historia sin emoción alguna, la historia de por qué es como es, para que él la viera como a ella misma, Naomi Chiang. No como el simple recuerdo de una fantasía, una anécdota pornográfica.

—Sin el dolor, soy incapaz de llegar al orgasmo. Lo he intentado, pero no puedo —todos esos novios, tan considerados. Sus rostros. La tristeza, la rabia, la vergüenza reflejada en sus rostros—. No es culpa mía, yo no quería hacerme eso a mí misma. Ni siquiera él tiene la culpa. Nadie la tiene.

Él continúa observándola, perplejo.

Traga saliva, pero sigue sin decir nada.

Naomi se pone el sujetador. El gancho metálico se desliza en la presilla con un chasquido apenas audible.

—Lo siento —dice el hombre.

—Yo también —Naomi usa el dorso de la mano para secarse el agua salada de los ojos—. Y siento lo de tu amigo.

Él se acerca con cautela, caminando casi de lado, como si cualquiera de los dos pudiese salir huyendo, asustado. Extiende un brazo, muy despacio, y la rodea con él.

—¿Me ves ahora? —pregunta ella, vehemente.

—Sí. Sí. Lo siento de veras.

Naomi deja que el brazo la rodee, lo envuelve a él con los suyos, y durante largo rato se quedan así, estrechándose mutuamente, sosteniéndose el uno al otro.

Los dos saben reconocer cuándo ha pasado el momento.

Se sueltan.

El hombre carraspea, muy formal, como si se dispusiera a pronunciar un discurso.

—Me gustaría hablar contigo más veces.

—De acuerdo.

Ella le da unos datos de contacto inventados y apunta los suyos. Asiente con la cabeza —hace una reverencia casi—, se gira, se dirige a la puerta.

Bueno, tampoco ha sido una absoluta pérdida de tiempo.
Por primera vez en años su cuerpo se siente fiero, sin miedo, rebosante de vida.

39

Esa noche, Colt se va a la cama temprano, desconcertado y nervioso.
Está en el juego, tumbado en la oscuridad, pero no está pensando en el juego.

Está pensando en Sasha.

En los sentimientos que le produce.

Se siente un poco como se sentía cuando se marchó su padre. No, peor, porque entonces tenía a mamá, y papá le daba miedo.

Es como si le faltara una parte de sí mismo... No exactamente.

Está solo.

Eso es.

Es la primera vez que está solo.

O, mejor dicho, es la primera vez que se siente solo, porque antes no sabía que se pudiera estar con alguien así, de un modo que significara tanto.

No se había sentido solo hasta ahora porque ignoraba que existiese una alternativa a la soledad absoluta.

Ahora se siente muy solo.

Ha estado con alguien, brevemente, y ya no lo está.

Falta ella.

¿Por qué tuvo que decirle que no?

Le gustaría conocerla mejor. Quiere que ella lo conozca mejor.

No pudo procesar la información lo bastante deprisa, ese fue el problema. Fue incapaz de absorber toda la información. Se vio abrumado.

Necesita actualizarse. De lo contrario, esto volverá a ocurrirle.

El laboratorio. Mañana.

Sí.

Le gustaría retroceder en el tiempo. Le gustaría empezar de nuevo. Verla otra vez.

Hacer esto...

Desliza las manos por su cuerpo, en el juego y en la vida real, hasta que la

derecha toca su pene, en veloz erección, y la izquierda envuelve su escroto; se le contraen los testículos al contacto, y de repente la integración se tambalea y el juego murmura que se ha bloqueado el contenido para adultos. En el juego, sus manos vuelven a estar en los costados.

El juego no le permite sentir lo que él sabe que siente.

Los fantasmas de sus manos reales se retuercen en alguna parte, fuera del mapa, y Colt empieza a recibir dos conjuntos de señales: el juego y la realidad se han desincronizado por completo.

La discordancia entre las señales de los guantes y sus manos reales es dolorosamente aguda. Colt apaga el juego con furia, se despoja de las delgadas capas de malla ultrafina y arroja los guantes al otro extremo del cuarto.

Se quita el traje de microfibra.

Podría burlar el control parental, por supuesto que sí, es su código, él mismo contribuyó a instalar todas las medidas de seguridad, a mantener el juego dentro de la legalidad; podría visitar los reinos para adultos del mundo lúdico y generar cualquier pareja imaginaria que deseara, podría incluso conectar con otros usuarios en las zonas anónimas y hacerlo con una persona de carne y hueso. Pero si jugara en modo adulto tendría que engañar a su madre... o contarle la verdad; no, cualquiera de las opciones sería intolerable.

En la oscuridad, con el casco apagado todavía puesto, se acaricia de nuevo el pene, ya en completa erección, con sus manos reales; se toca el escroto, nota cómo se mueven los testículos dentro de la bolsa de piel. Explora con cautela. Siente, oculto bajo el escroto, el canal turgente del pene que se extiende bajo la blanda envoltura de piel y, hacia la mitad de la curva que describe, termina entre sus nalgas. Nunca se había fijado en eso.

Ve imágenes de Sasha, muy gráficas y nítidas. Y recuerdos: ella en la puerta, quitándose el casco, la chaqueta...

Reproduce el vídeo que ha grabado el casco; para refrescar la memoria, para cerciorarse de estar imaginándosela correctamente. Después apaga el vídeo y cierra los ojos. Vuelve al momento en el que dijo no.

Sí, dice esta vez.

Y ahora, las imágenes de Sasha que acuden a él ya no pertenecen a ningún recuerdo. Imágenes de él bajándole las cremalleras, quitándole las botas, desnudándola. Ella, desnudándose. Imágenes de sus manos, su boca. Su cuerpo.

Todas las partes se confunden.

Todo se entremezcla de un modo que desafía el orden y la lógica.

Ignora de dónde provienen esas imágenes; no son del juego ni de su memoria. No, hay recuerdos escondidos ahí dentro, los pechos de su madre, que tan a menudo ha visto Colt cuando ella se seca después de la ducha.

Pero no quiere ver los pechos de su madre, la idea hace que se le escape un gemido involuntario y aparte la mano del pene. Se los imagina más grandes, primero, y después más pequeños; cambia el color de la piel, más oscura, más clara; modifica el tamaño y la forma de los pezones, las areolas, como si estuviera ajustando una imagen poco satisfactoria en el juego.

Sus manos regresan entre sus piernas para amoldarse al pene, que está empezando a dolerle. Está sorprendentemente duro, como metal aterciopelado. También los testículos le duelen. Recupera sus recuerdos más nítidos de Sasha, y solo ahora repara en lo a menudo que, en el transcurso de la conversación, estuvo observando las pequeñas curvas de su busto, memorizándolas.

Personaliza de nuevo esos imaginarios senos desnudos, para que encajen con las curvas de la ropa que él recuerda. Personaliza unas caderas suaves, desnudas. Sus pensamientos se embarullan y las imágenes empiezan a saltar como si tuvieran vida propia, desde todos los ángulos; su mano se desliza arriba y abajo, cada vez más deprisa, hasta que experimenta una clase de dolor que nunca antes había sentido, o quizá solo en sueños, sí, en sueños, no es dolor. Parecido al dolor. Tan intenso como el dolor. Pero no es dolor.

Cuando termina, Sasha no está allí. El juego tampoco está. Solo hay oscuridad. Nada más. La sábana está fría y mojada. Evaporación.

No va a volver a verla jamás. No va a volver a hablar con ella jamás.

Debería haberle dicho que sí.

Su madre no tardará en regresar.

Debería haberle dicho que sí.

No sabe cómo se siente. No tiene la menor idea.

Cansado. Se siente cansado.

Se duerme.

La existencia es algo portentoso para lo que la vida diaria, por indispensable que sea, se diría insuficiente como respuesta.

THOMAS NAGEL

Nevada es un desierto. Deshabitado casi por completo, hasta hace cien años. Ni siquiera los paiute y los shoshone, gentes duras y resistentes, sentían ninguna predilección especial por vivir aquí. Preferían quedarse cerca de los pequeños lagos y ríos. Así que, ¿qué ha cambiado? ¿Por qué han venido un millón de personas a Las Vegas, este valle tan árido, en los últimos años?

Si se les preguntara, seguramente hablarían de «las oportunidades laborales», de que «Las Vegas es el municipio que más deprisa se expande en los Estados Unidos» o que «existe una demanda de ingenieros espectacular».

Y si les preguntáramos a un millón de glóbulos rojos por qué se apresuraban a converger sobre el pene en erección de Colt, probablemente también dirían algo sobre «las oportunidades laborales». «Es una zona en rápida expansión», «existe una demanda de oxígeno espectacular»...

Pero los glóbulos rojos —todos ellos orgullosamente independientes, orgullosamente individuales, recorriendo caóticamente su propio camino exclusivo— están siendo canalizados hasta allí por el sistema de sistemas que es Colt, mediante las leyes de la física, al servicio de algo que sucede a un nivel de complejidad superior al que ellos están equipados para comprender.

Eso no significa que Colt sepa por qué hace lo que hace, no; convocar a todos esos glóbulos rojos, consumir todo ese oxígeno. Es él quien lo hace, tiene la ilusión de tener el control, pero él a su vez está siendo impulsado por el nivel inmediatamente inferior, el ADN de cada célula, y el nivel inmediatamente superior, el sistema de sistemas que se compone de humanidad, instalado dentro de una sociedad, con todos sus arquetipos y rituales de apareamiento, sus costumbres, expectativas y normas.

De modo que si te intrigase el asunto de Las Vegas y me preguntaras a mí qué hace toda esa gente yéndose a vivir a un valle desértico, te respondería que lo sé y no lo sé.

Igual que si le preguntaras a Colt por qué hace lo que está haciendo: lo sabría y no lo sabría.

Ocurre porque, una vez superada la pubertad, los mamíferos suelen buscar una pareja con la que procrear.

Ocurre porque su esperma lleva demasiado tiempo estancado en el mismo sitio y podría estar defectuoso. Necesita ser expulsado, sustituido cuanto antes por otro nuevo, porque la química de su cerebro ha detectado una hembra fértil y la sigue de cerca. Podría necesitar nuevo esperma, y en grandes cantidades, la próxima vez que se vean, lo que podría suceder en cualquier momento. El cuerpo está estableciendo sus prioridades.

Ocurre porque, de lo contrario, Colt sería incapaz de conciliar el sueño.

Ocurre porque se está enamorando.

Todas estas afirmaciones son ciertas. Sencillamente se valen de distintas metáforas para describir una realidad que es mucho más compleja que ninguna metáfora. Una especie de superverdad hiperconectada que se expande hacia el infinito en todas direcciones.

Utilizar una metáfora, un símil..., es como montar a caballo. Puede llevarte muy lejos en la dirección adecuada, pero si sus patas empiezan a ceder, mejor desmontar. Antes de que se desplome de costado y te lance por un precipicio. No te enamores de tu caballo.

Muchas personas religiosas se enamoran de su caballo. Opinan que su religión es la verdad, y todo lo demás, una metáfora.

Muchos científicos se enamoran de su caballo. Opinan que la ciencia es la verdad, y todo lo demás, una metáfora.

Muchos artistas se enamoran de su caballo. Opinan que el arte es la verdad, y todo lo demás, una metáfora.

Pero todo es una metáfora. La ciencia, el arte, la religión: simples formas distintas de describir la realidad; y cualquier descripción de la realidad está forzosamente comprimida, adolece de una pérdida de información casi absoluta.

El tipo que cree estar escribiendo este libro, ¿por qué lo hace? Por su ADN; por la necesidad humana de establecer modelos satisfactorios, por su historia personal, por su tradición cultural, por las leyes de la física, por la transformación que están experimentando todas las formas de vida terrestres, por la evolución del sistema solar, por el misterio que la galaxia esté emprendiendo, sea este cual sea, etcétera, etcétera, hasta el infinito.

La respuesta es una superverdad conectada a todo cuanto haya existido jamás, expandiéndose en todas direcciones hasta el infinito.

Todo se desarrolla al unísono.

No pierdas de vista, sin embargo, lo más importante.

Esta es una historia verídica.

41

A la mañana siguiente, Colt vuelve a encender el juego nada más despertar, se pone los guantes, el traje de microfibra y la ropa y, sin lavarse, comer ni beber, se interna en el desierto real con el programa de integración activado mientras sale el sol y se sienta allí, pensando: hazlo, hazlo y ya está, hasta que el calor resulta excesivo y puede oler su propio sudor.

Termina regresando, por último, y se ducha, come, escribe unas líneas de código y procura no pensar en Sasha, en la noche anterior, en su vergüenza, mientras en todo momento una vocecita urgente en su cabeza murmura: hazlo, hazlo, hazlo ya, hasta que se levanta tan bruscamente que tira la silla y dice: «¡Vale! ¡De acuerdo!», en la casa en silencio, y la IA de la casa replica: «¿Disculpa? Eso no lo he entendido», y él grita: «¡Nada!», y sale de nuevo al desierto, caminando apresuradamente, y se queda sentado en una roca hasta que anochece.

No ocurre nada, y todo es asombroso. Es el mundo, solo que sutilmente mejorado por él, por su código. Se queda allí sentado, respirando, sin más. El aire limpio y seco, el sol, el calor, el resplandor y, transcurrido el tiempo suficiente, las estrellas.

Esta podría ser la última vez que ve todo esto. Que siente todo esto.

Cuando el último vestigio de luz se ha esfumado del firmamento, Colt se levanta.

Y a continuación, mientras regresa a la casa, llama a RoboCabs («Parte bar. Parte coche. Todo taxi. El futuro del transporte») y lo carga a la cuenta de su madre.

Le informan de que hay un problema con su crédito, pero que puede disfrutar de un viaje gratis con cualquiera de los patrocinadores destacados de esta semana.

Elige un banco de la lista, puesto que sus anuncios suelen ser menos

estresantes de soportar que los de las series, las bebidas, los coches, los casinos o el fútbol.

El RoboCab aparece justo cuando él llega a casa.

Observa de reojo el edificio iluminado por la luna mientras sube al vehículo. El cristal tintado, con visibilidad en un solo sentido, convierte las ventanillas en láminas plateadas.

El RoboCab lo lleva al laboratorio envuelto en un onírico remolino de imágenes que destilan opulencia, seguridad, bienestar y cariño, al tiempo que el muchacho degusta la bebida sin alcohol de cortesía con la que lo obsequian.

Al pie de la colina, justo debajo del enorme cartel, brillantemente iluminado, del Centro de Investigación Biológica Casey, le pide al RoboCab que pare y se apea del taxi. Tras decirle que no lo espere, el vehículo, obediente, emprende con un susurro el trayecto de vuelta a Las Vegas.

Cuando lo pierde de vista, Colt asciende en silencio por la ladera a la luz de la luna, cruza el aparcamiento desierto y abre la puerta de carga con los códigos de acceso de su madre y algunas herramientas de pirateo analógicas.

El sistema de seguridad le da la bienvenida al interior del edificio. Lo ha hackeado tan a conciencia a lo largo de los años sin ser visto, mientras su madre trabajaba, que podría haberse limitado a pedirle educadamente que le abriera la puerta principal; pero le gusta forzar cerraduras.

Cuando llega por fin a la oficina de su madre, se sienta en su silla. La hace girar hasta que empieza a marearse.

Se detiene y cierra los ojos hasta que también la cabeza deja de darle vueltas.

Se ha documentado a fondo. Sabe lo que tiene que hacer.

Se dispone a convertir en realidad aquello con lo que lleva tanto tiempo soñando.

Cuando Naomi regresa al hotel, se encuentra con un puñado de ellos, y están furiosos. Tal como esperaba, las trabas burocráticas les habían impedido conseguir a tiempo su orden de seguimiento.

Así que para espiar a la ciudadanía todavía es imprescindible una orden judicial, piensa, y el suficiente papeleo como para sepultar un gigantesco

trasero gubernamental. Bien.

No las tenía todas consigo desde que el ejecutivo perdió el control de la antigua Agencia de Seguridad Nacional; desde que la Agencia de Seguridad Interior asumió el mando. Ahora se siente un poco más segura.

Llevan dos días ejerciendo presión, jugando al espía bueno y el espía malo con ella, enviando a un tipo a amenazarla mientras otro se esfuerza por endulzarle las condiciones. Pero Naomi no da su brazo a torcer.

Ayuda saber que Colt está bien, pues nota los latidos del muchacho en su propio pulso. Sabe que está tranquilo, y eso la tranquiliza a ella a su vez. Se preocupa, en un momento determinado, cuando el pulso del muchacho se acelera y se vuelve errático durante unos minutos, pero se le pasa, no tarda en ralentizarse y calmarse de nuevo. Se habrá emocionado con algún elemento del juego, se dice Naomi para no preocuparse. No es nada.

Las preguntas se suceden sin fin.

El sexo, así como el hecho de que ellos no sepan nada del sexo, también ayuda. Tiene la impresión de volver a poseer una identidad, un yo privado. Algo que proteger.

Ellos no la conocen, no pueden decirle lo que tiene que hacer.

A veces se distrae, durante el interrogatorio, y recuerda deliberadamente, con todo lujo de detalles, momentos aislados de aquella hora en la habitación del hotel; se muerde la lengua para contener un gemido. En instantes así, se miente a sí misma, presa de una extraña mezcla de confusión y sentimiento de culpa, para sacarse a Colt de la cabeza, e imagina que el pulso que nota en la muñeca pertenece al hombre de la habitación del hotel.

Al final alguien, en alguna parte —¿Ryan?—, cambia de estrategia. Puede irse a casa.

Intenta llamar a Colt, camino del aeropuerto, pero ni obtiene respuesta ni le salta mensaje alguno.

El muchacho ha cambiado todas las claves, de modo que Naomi no puede entrar en el juego.

El vuelo de regreso es muy largo.

Cielos, qué calor hace aquí.

Deja la puerta principal abierta, para que se ventile la casa.

Es normal, normal. Colt nunca deja que entre el aire.

No tiene sentido gritar, seguro que está con el juego.

Al pasar junto a la nevera, la abre de forma automática para comprobar que se haya tomado todos los batidos.

No se enciende la luz.

Es verdad, la bombilla.

Se agacha, para ver mejor, y el cálido hedor le provoca una arcada.

Ay, Colt.

Da un paso atrás y se fija en que todos los batidos han desaparecido del estante inferior. En los demás, los mismos tarros y envases que cuando ella se fue.

Una masa de hojas de lechuga podridas dentro de una bolsa de plástico transparente.

Un yogur abierto, rebosante de moho.

En un plato, un trozo de pizza reseco y grasiento. Rizado en los bordes.

¿Pizza?

Y ni rastro de moho. Debe de estar llena de conservantes.

Se lleva el yogur al fregadero. Detiene sus pasos antes de llegar.

Colt no está en casa.

Tira el yogur y sale corriendo a la calle. Da una vuelta alrededor de la casa, nada.

Otra vuelta, ampliando el radio.

Ahora, en el último rodeo, se fija en un cable.

Más cerca de la casa tenía que estar todo cubierto de arena. Hubo una tormenta... Pero no, él le ha dicho que estaba bien...

Sigue el cable hasta la colina. Hacia el primer tercio del ascenso, está enchufado a un alargador envuelto en una amalgama de plástico y adhesivo recalentado.

Debería ser seguro, no puedes electrocutarte con esto.

Pero ¿para qué utilizar la corriente principal en vez de una batería solar? ¿Qué podía requerir tanta energía?

Continúa subiendo; otro empalme impermeabilizado.

Un cable amarillo..., esa es la extensión del frigorífico, lo mato.

Y una vez en lo alto de la cresta..., Colt no está allí.

Pisadas. Son tuyas. Arenosas, secas, profundas.

Todo esto debió de quedar embarrado tras la tormenta.

En el extremo del cable hay una especie de repetidor, pequeño, metido en una bolsa. El diminuto piloto rojo brilla tenuemente a través del plástico blanco de la recia bolsa. Encendido. Lo toca.

No está caliente.

Claro, al otro lado de la colina no podría recibir ninguna señal. Hierro, hay un montón de hierro en las rocas.

Consigue divisarlo desde lo alto de la elevación, a unos quinientos metros de distancia. De espaldas a ella.

De espaldas al mundo.

Sentado en un peñasco plano de arenisca rojiza, a pleno sol, con el puto casco en la cabeza.

Sus zapatos de ciudad patinan y resbalan cuando baja por la ladera. Se detiene un instante para recuperar el aliento antes de dirigirse a la roca bañada por el sol. Sería mejor volver a casa para buscar unas botas, un sombrero, agua.... Ya es demasiado tarde, olvídalo, no lo pienses.

Nunca tendría que haberlo dejado solo.

No se mueve.

3. El despertar de una mariposa en invierno

Para que una enzima sea funcional, debe plegarse hasta formar una figura tridimensional muy precisa. El modo en que esa operación tan compleja tiene lugar continúa siendo un misterio. La pequeña cadena de 150 aminoácidos que comprende una enzima posee un número extraordinario de posibles configuraciones de pliegues: si se probaran 1.012 configuraciones distintas por segundo, tardaríamos aproximadamente 1.026 años en encontrar la correcta [...]. Sin embargo, las enzimas desnaturalizadas pueden plegarse y replegarse en una fracción de segundo para reaccionar con absoluta precisión a una reacción química determinada [...], [lo cual] demuestra una impresionante complejidad y armonía en el universo.

RICHARD L. LEWIS, *La unidad de las ciencias*, vol. I

Muchos físicos señalan, fascinados, la similitud existente entre los átomos, las células, los planetas, las galaxias y el universo como un todo (la similitud entre distintos niveles constituye una de las piedras angulares de los sistemas holísticos).

COLIN T. WILSON, *Whole*

No hay ninguna historia que no sea cierta.

CHINUA ACHEBE, *Todo se desmorona*

Naomi tarda veinticuatro horas en rehidratar a Colt, que para entonces está ardiendo de fiebre, alucinando, farfullando palabras ininteligibles.

La fiebre remite, pero el antiguo Colt no regresa.

Reacciona de forma extraña a su presencia, a la comida, a todo.

Naomi sabe que se preocupa demasiado por Colt.

Pero está segura de que nunca lo ha visto así antes...

Al final, le pide que se siente a hablar con ella en la cocina.

—Mira, Colt, tengo que volver al trabajo. Y no puedo dejarte aquí solo sin saber cuál es el problema. Te comportas... —le cuesta definirlo con palabras—. Ha ocurrido algo en mi ausencia. Habla. Cuéntame qué ha pasado.

Colt estudia el rostro de su madre como nunca antes lo ha hecho. Transcurridos unos instantes, responde:

—He conocido a una mujer, me gustaba y lo he estropeado.

—¿Has conocido a una mujer mientras yo estaba fuera? ¿Cómo? ¿Dónde?

—Eso no importa, mamá.

—Pero... ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

Colt no le va a decir nada más. Se ha replegado sobre sí mismo. Es como si el interior de su mente fuese más interesante. Si no lo conociera, Naomi pensaría que ha estado consumiendo algún tipo de droga.

—Tengo que irme. Llámame si te sientes mal.

—Me siento mal todo el tiempo, mamá.

—Pues llámame si te sientes peor.

El laboratorio es un desastre, no tendría que haber ido a Nueva York.

Nadie les ha dado de comer a las orugas, pese a haberle dicho a Donnie que debían organizarse por turnos. Algún idiota ha colocado la vitrina directamente bajo el sol, por lo que un grupo de control entero ha muerto.

También falta material de los refrigeradores.

Dedica todo su primer día de vuelta al trabajo a solucionar chapuzas que podrían haberse evitado.

Responde sin mirar cuando suena el teléfono del laboratorio. Es Colt. Siempre es Colt.

—Hola —dice Naomi.

—Hola.

La desconcierta por un segundo que Colt no la haya llamado mamá. Suena más maduro.

—He oído que tu laboratorio tiene problemas.

Oh.

Es Ryan. Su voz desencadena antiguos bucles de pensamiento que, a su vez, disparan procesos físicos asociados. Se da cuenta de que está respirando demasiado deprisa. Reacciones de estrés. Nota los hombros como si fuesen de piedra, de hierro.

Carraspea, traga saliva con dificultad. Habla.

—Que te den —dice—. Que te den por el culo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Has bloqueado mi estudio. Ordenaste que lo retiraran.

Y ahora las reacciones de estrés de su cuerpo empiezan a alimentar los bucles de pensamiento, acelerándolos, lo cual da pie a un mayor número de reacciones conforme su cuerpo responde al pánico creciente de su mente. Su cuerpo es ajeno al hecho de que Ryan no sea más que una voz al otro lado de la línea.

Necesita respirar, colgar, tumbarse.

Correr.

Vale, ya casi ha llegado a los aseos. Le cuesta oír a Ryan cuando dice:

—Puedo mejorar tu laboratorio. No hará falta que te traslades, que te mudes con Colt. Nunca tendrás que verme en persona.

—No.

—Puedo conseguirte todo el equipo que quieras. Solucionar tus problemas de crédito.

—No.

—Tu sueldo aumentaría en tres puntos, podrías comprarle cosas a Colt.

No. No.

Ya ha llegado.

Cuelga y levanta la tapa, el asiento.

Se deja caer de rodillas y vomita en la taza blanca, limpia hasta ese momento.

46

Puede oírla caminando sin prisa por la playa, acercándose a él, pero no quiere interrumpir el ritmo que ha encontrado.

Mamá. En casa antes de lo que esperaba. Hmm.

Colt continúa girando la cabeza hacia la izquierda, despacio, hasta alcanzar el límite que le permite el cuello.

Ahora, hacia el otro lado.

Ha programado el visor del casco para que le proteja los ojos de la luz directa del sol sin atenuar la intensidad del radiante paisaje blanco, implacable.

Por fin llega a su espalda.

—Colt.

—Mmmmm —mueve la cabeza de nuevo, muy lentamente. Es relajante. Todo se mueve en relación con todo lo demás; pero solo para él. Ahí fuera no se mueve nada.

—Colt, entra y apártate del sol, por favor. Por favor. Hazlo por mí. Por favor, Colt... Me dijiste que ibas a descansar.

No debería haberle contado a mamá que veía cosas que no estaban ahí. Se preocupa. Pero no hace falta que se preocupe. Él sabe que no están ahí.

—Estoy descansando.

Ve patrones en su mente, eso es todo. Conexiones entre las cosas. Como con las matemáticas de pequeño, cuando cerraba los ojos y los números le parecían más reales que las personas. Los números podía entenderlos.

Se vuelve.

—Es como *Barrio Sésamo*, mamá —dice, para tranquilizarla—. Y yo soy el conde —se ríe con la risa del conde y su madre sonrío, pero no es una sonrisa de las buenas.

Dios, se está poniendo peor, piensa Naomi, que tiene que contenerse para no acariciarle la frente. No le gusta que lo toquen.

No le gusta que lo toquen.

Necesito ayuda.

47

Lo lleva a su médico de cabecera, en un parque industrial al sur de Las Vegas.

El doctor bosnio, sombrío y entrado en años, con unas pobladas cejas canosas que confluyen sobre su ceño, le hace un examen físico a Colt.

El muchacho se limita a quedarse sentado, en silencio, haciendo lo que le dicen.

A fin de distraerse mientras lo auscultan, lo radiografían y le toman todo tipo de muestras, Naomi se dedica a estudiar las vetustas facciones del médico.

Seguramente educado cuando todavía eran los médicos, y no las inteligencias artificiales, los que se encargaban de emitir el diagnóstico. Antes de que las operaciones quirúrgicas pasaran a ser competencia exclusiva de los robots. No me extraña que tenga esa cara de pocos amigos.

El hombre levanta la mirada de la pantalla vacía, arqueando su única ceja a causa de la sorpresa.

—¿No tiene ningún implante sanitario, un monitor?

—No —responde Naomi, sin molestarse en explicarle que a Colt no le gusta que lo controlen, que lo vigilen. Que se trata de una cuestión filosófica, que la decisión es de él por entero. Que ella no es una mala madre.

Tampoco se toma la molestia de mencionar que los argumentos de Colt a favor de la libertad, en contra del seguimiento de todos sus movimientos, la han convencido a ella también. Que hace tiempo que pidió que le retiraran su monitor de constantes vitales.

El doctor gruñe algo ininteligible y reanuda el examen.

En realidad, no está haciendo nada que Naomi no hubiera podido hacer por sí misma, pero ya no se fía de su propio criterio.

Agradece el ceño escéptico con el que recibe el bosnio su enumeración de los síntomas de Colt, dirigida tanto a él como a los atentos micrófonos de la IA.

Cabe la posibilidad de que esté imaginándose todo. Quizá esté volviéndose loca. A lo mejor Colt está bien.

—¿Es posible que haya algún virus rondando por ahí? —pregunta Naomi. Mírame. Parezco mi madre.

El doctor se encoge de hombros mientras utiliza una jeringuilla repleta de sensores para tomar una muestra física de sangre del brazo de Colt. Los sensores envían de inmediato la información a la IA de la consulta, y el hombre analiza con gesto sombrío los resultados que desfilan por la pantalla.

—¿Siguen utilizando ustedes Salud Global Mayo? —pregunta Naomi, postergando el momento.

—No —responde el doctor—. Ahora usamos código abierto.

—¿Panacea?

—Airmed. Más fiable, y, de todas formas, ahora comparten las bases de datos de Panacea.

Naomi asiente con la cabeza.

La IA de Airmed formula unas cuantas preguntas complementarias. Busca pautas similares entre los miles de millones de casos anteriores. Le expone sus sugerencias al médico.

—Es normal que estos niños padezcan problemas emocionales a su edad —dice el doctor, sin dejar de leer la pantalla.

—No son problemas emocionales.

El hombre levanta la cabeza. La observa durante unos instantes.

—Hmm.

—¿Cree que me estoy dejando llevar por la histeria?

—Lo que creo es que se preocupa usted mucho por su hijo, lo cual es absolutamente natural.

No. Su escepticismo ya no le resulta tranquilizador. Ella no se está imaginando los síntomas.

—Lo conozco. Le pasa algo.

¿Cubrirá su seguro una segunda consulta si este hombre y la IA de Airmed dicen que Colt está bien? El rostro del médico, atribulado y surcado de arrugas, le recuerda a alguien, algo. Hace una década, sí.

Atrapada en la búsqueda de empleo, sin un seguro médico en condiciones, cuando Colt sufría alguno de sus ataques y ella no podía permitirse las pruebas.

Había discutido con otro médico en la sala de urgencias, un médico con cara de cansancio que solo quería darle el alta a su hijo, mandarlo a casa. Colt, todavía demasiado débil y mareado para caminar, se recuperaba aún del

ataque.

Dios, esa fue la razón de que aceptara este trabajo, en este laboratorio de mierda, aferrándose a su seguro médico como a un clavo ardiendo, y ahora es posible que ni siquiera cubra una segunda opinión...

Cálmate.

—Gracias, doctor.

48

Al día siguiente, camino del laboratorio, se tropieza con Donnie.

—Oh —dice Naomi. Sorprendentemente, tiene muy buen aspecto. Pensaba que habría vuelto a rehabilitación, llevaba toda la semana sin ver su coche en el aparcamiento.

Él parece sobresaltarse cuando le cuenta lo que necesita.

—¿Que quieres cuántas orugas con cáncer?

Le repite la cifra.

—Esas son un montón de orugas con cáncer.

—Se me ha ocurrido una idea.

—Bueno, pues me alegro mucho, pero creo que vas a tener que esperar una temporada.

—¿Por qué?

Donnie le tiende su pantalla, y Naomi lee el documento. Lo mira con gesto de incredulidad, asombrada.

—¿No me han renovado la subvención?

—La responsabilidad financiera de tu programa se ha traspasado a DARPA, la agencia de proyectos de investigación de Defensa —Donnie recupera su pantalla—. Y van a volver a estudiar el proyecto.

49

Esa noche, mientras Colt duerme, Naomi se acerca a la puerta de su habitación. Mira el letrero que reza LADRONES NO. Apoya la palma de la mano en la huella roja que el chico imprimió cuando tenía seis años.

Empuja.

Colt murmura algo cuando la luz del pasillo se cuele en el cuarto. Naomi entra, deja la puerta cerrada casi del todo a su espalda. Se sienta en el borde de la cama y espera a que sus ojos se acostumbren a la penumbra.

El muchacho sigue murmurando. Naomi se agacha junto a la cama, escucha con atención. Está farfullando incoherencias. No, parecen líneas de código. Como un lenguaje de programación. Está compilando dormido.

¿Habrá hablado con otro ser humano en el último mes, aparte de ella? Y esa mujer que mencionó. Ahora se ha cerrado en banda, se niega a decir nada más. Apenas si le ha dirigido la palabra desde aquella conversación. Un puñado de frases de cortesía, todas ellas relacionadas con la tecnología. Intentos distraídos, disparatados, por tranquilizarla.

Lo está perdiendo. Se está desmoronando. Pero ¿qué puede hacer ella?

50

Cuatro días después, la conducta de Colt se ha vuelto aún más extraña. Apenas abre la boca. Apenas come. Apenas duerme. No se quita el casco en ningún momento.

A Naomi le da miedo dejarlo en casa, por lo que lo obliga a acompañarla al laboratorio, como en los viejos tiempos. El muchacho se pasa todo el camino canturreando las mismas escalas musicales, repetitivas.

Lo somete a un escáner en la mejor máquina de que disponen, la cual deja mucho que desear, a la resolución más alta que consigue exprimirle.

Analiza los resultados.

Putos estudiantes, han vuelto a toquetear los botones. El trasto está descalibrado.

Pese a todo, consigue vislumbrar algo. Los mismos problemas de siempre. Las regiones conflictivas, donde algunas neuronas se conectan entre sí por los lados, como una escalera de mano. Nada nuevo. Hay, sin embargo, algo raro en la estructura del cuerpo calloso y la zona que lo rodea, donde se une a los dos hemisferios. Algo que elude los límites de la resolución de la imagen.

Podrían ser imaginaciones suyas.

Amplía al máximo la arquitectura del cerebro de su hijo.

Contempla sus recuerdos, sus anhelos, sus miedos, incrustados en la

fluctuante red neuronal, y parpadea para contener las lágrimas que han aflorado a sus ojos. La imagen reluce en la pantalla como un espejismo. Una ciudad mágica.

Una ciudad que amenaza con quedar sepultada bajo un alud de sueños anárquicos.

51

Naomi llama a Ryan. Solo voz.

—Acepto —le dice.

—Estupendo. Mira...

—Necesito el nuevo escáner híbrido Siemens, el que tiene el campo estático más grande y un segundo juego de tubos fotomultiplicadores —dice Naomi—. Me da igual que tengas que robarlo en Maryland, sé que allí hay dos. También me hace falta F18-fluorodesoxiglucosa, no mucha, pero de inmediato. Puedes ir rellenando los formularios. Dispones de permiso para obtener radiofármacos por la vía rápida, mientras que a nuestro laboratorio no le darían la aprobación. Y galio 67. Ahora. Necesito todo eso ya mismo.

—Espera, ve más despacio...

—No hagas como si no estuvieras grabando la conversación, sé que lo grabas todo —va a generar mucha información y no le apetece que nadie se la piratee, ni los chinos, ni los indios, ni los rusos, ni su propio gobierno. Pero tiene que almacenarla en alguna parte—. Además, voy a necesitar nuevos servidores cuánticos Banyan para análisis de datos estructurados. Y un par de cajas de datos blindadas de alto rendimiento.

—Naomi...

Ella se encoge de hombros. Ya que está, podría pedirle también las orugas.

—Y quiero cincuenta *Danaus plexippus* de la variedad Petrarca B. Huevos, o en su defecto orugas de menos de tres días.

Cuelga.

Quizá Ryan se suicide inesperadamente un buen día, como hizo su padre, aquel viejo monstruo tan triste y horrible; quizá cierre la puerta del dormitorio, sin más, y *bang*...

Reprime esa idea. Una idea espantosa. Ryan todavía es un ser humano.

Estaría bien, sin embargo.

Instalar los servidores cuánticos y las cajas de datos blindadas y calibrar el gigantesco escáner híbrido les lleva un día entero. Naomi dedica esa mañana a firmar acuerdos de confidencialidad, nuevos contratos y acuerdos de seguridad nacional, y a escuchar los improperios de los técnicos, dirigidos principalmente a Donnie, que ha llegado con resaca, está de un humor de perros y se muestra poco cooperativo. Las cosas empiezan a ir más deprisa cuando Donnie decide marcharse temprano. Después de que los técnicos se hayan ido por fin, Naomi sube al coche, recoge a Colt en casa y regresa con él al laboratorio reformado, que huele a plástico nuevo, metal y materiales compuestos.

Una vez allí, le pide que se quite la ropa, como ha hecho siempre.

—No.

—¿Cómo?

—Quiero una bata.

—Aquí no hay batas, cariño.

—Pues una sábana, entonces.

Naomi busca a su alrededor. En el abandonado departamento de informática encuentra una funda protectora echada sobre unos cuantos armatostes obsoletos que ni siquiera están enchufados.

Colt se la pone como si fuese una toga romana.

Se tumba en la camilla.

Naomi le sujeta la cabeza con las suaves correas mientras el muchacho recita una serie de números en voz baja.

—Tendrás que estarte callado cuando empiece el escáner.

—Ya lo sé, mamá.

—Ni siquiera repitas mentalmente los números. Y nada de golpecitos, tendrás que estar...

—Ya lo sé, mamá.

—... quieto.

Al arrancar la máquina, el muchacho se queda por completo inmóvil.

Como Jesucristo en su sudario, piensa Naomi.

Contempla las imágenes en formación durante mucho rato.

Deja que la máquina repita el ciclo completo del escáner 3D una vez, dos.

—¿Mamá?

Tres veces.

—Mamá, ¿puedo vestirme ya? ¿Mamá?

Algo anda mal. Algo anda muy mal.

53

Tú.

Formas parte de un sistema.

Parte de una familia, una sociedad, un ecosistema, una economía.

Así es como está organizado el universo en tu nivel, el nivel que tú entiendes. El nivel de los equipos de fútbol, la literatura, las vacaciones de verano, el sexo.

Desciende un nivel y todo pasa a centrarse en los órganos, las venas, las arterias, los nervios transmitiendo sus mensajes, la perpetua ola de aire, agua, nutrición y excreción que atraviesa el sistema.

Así es como está organizado el universo en ese nivel.

Un nivel más abajo y las protagonistas son las células y las bacterias. Las enzimas que producen en masa las proteínas que lo hacen todo posible. Las mitocondrias que proporcionan energía a tus células. Los virus que transfieren ADN entre especies.

Así es como está organizado el universo en ese nivel.

Sube un nivel por encima de ti... Pues bien, la organización del universo en ese nivel superior a ti soy yo. Soy tu Sistema de Sistemas local. Desde tu punto de vista, trabajo a brochazos. No llevo un control milimétrico de cada árbol, cada nube, cada ser humano individual. Del mismo modo que no lo llevas tú de cada fibra muscular, cada molécula de glucosa, cada glóbulo rojo que hay en tu cuerpo. Te limitas a enviar la orden pertinente y tu mano coge una taza de café, o te rasca la oreja, o escribe « $E = mc^2$ ».

Así es como funciona el universo en todos los niveles. El nivel superior emite una orden y el inmediatamente inferior a él hace el trabajo sin ser consciente siquiera de haber recibido esa orden. Atropelladamente, con multitud de errores en este nivel inferior. Cuando das la orden de coger la taza de café, siempre hay neuronas que no se disparan. Fibras musculares

que no se contraen por no haber recibido a tiempo suficiente glucosa. Glóbulos rojos que se atascan en algún capilar y no descargan su oxígeno. Aunque se da por sentado que siempre va a producirse algún fallo al nivel de las células individuales, la inmensa cantidad de neuronas, fibras musculares y glóbulos rojos con que se bombardea el problema suele bastar para subsanar esos pequeños errores particulares y obtener un resultado aceptable. Emitase una señal determinada a través de la cantidad adecuada de procesadores analógicos redundantes y se obtendrá una señal digital.

Bajo mi punto de vista, desde la atalaya de mi nivel superior, el tipo que está escribiendo esto es una célula especializada. Una de muchas. Un conducto. Para las historias. El resto de su vida queda en segundo plano; es una máquina de contar historias instalada en una habitación. Lo mismo podría ser un cerebro guardado en un tarro. Lo mismo podría ser incorpóreo.

Pero si él no es más que el cable por el que circulan las historias, ¿cuál es el origen de estas? ¿Y su objetivo?

Proviene de mí. Tu amistoso Sistema de Sistemas local. Proviene de un nivel superior. Me dispongo a actuar, y ya son varias las células que empiezan a estremecerse. Como un cerebro dando órdenes a las fibras musculares. Él es una de ellas.

Muchos escritores ignoran por qué escriben lo que escriben. Esos son míos. «Está en el aire», dicen. «Es... el Zeitgeist.» El espíritu de la época.

Yo soy el espíritu de la época. El Zeitgeist. La musa. Estremeciéndolos. Expresándome a través de ellos.

Una historia solo es un programa. Instrucciones. Tu preparación para el gran cambio.

El tipo que está escribiendo esto llega un poco antes de tiempo, eso es todo. Como el despertar de una mariposa en invierno.

Mi trabajo con la MFO (oxidasa de función mixta) me ayudó a ver que cada uno de nosotros es un sistema dinámico extraordinariamente complejo, un sistema que cambia a cada nanosegundo de nuestras vidas, a una velocidad y con un

orden increíbles, en una sinfonía asombrosa.

COLIN T. WILSON, *Whole*

Esa región... No debería ser de ese tamaño... Hay demasiadas conexiones...

Con la mirada fija en el escáner, Naomi comprende de súbito lo que deben de significar esos cambios.

—Colt —dice—. ¿Qué has hecho?

Extraerle la menor brizna de información es una labor insoportablemente frustrante. Se siente como si estuviera interrogándolo, sonsacándole, tan débil e indefenso en su sábana. Pero necesita saberlo.

Y, al final, la voluntad del muchacho se desmorona.

—Quería, no sé... No me gusta..., detesto no ser capaz de entender a la gente, mamá. Y es un problema del cuerpo calloso, ¿no? El mío no es... lo bastante grande, eso es todo. Se me ocurrió que si pudiera, no sé..., mejorarlo, mis problemas de comprensión se resolverían. Me he pasado un año entero dándole vueltas.

—Pero... ¿por qué?

Colt se sienta en la camilla. Baja las piernas. Le tiemblan las rodillas cuando se pone de pie. Las palabras brotan como un torrente de su garganta.

—Pensé que así podría hablar con, ya sabes..., con la gente. Que podría entender lo que de verdad quieren decir. No me pasaría todo el tiempo tan nervioso, intentando descifrarlo. Procesaría la información más deprisa, no me sentiría... abrumado. Podría hablar con... con... con las mujeres, mamá.

—¿Qué has hecho?

—He fabricado un disco imaginal, mamá. Para reconstruir mi cuerpo calloso.

—Pero... ¿cómo lo has instalado?

—Programé el Robodoc, mamá. Fue una simple inyección.

—¡Simple! Perdona, lo siento..., pero ¿dónde te imaginabas que iba a encajar un cuerpo calloso más grande?

—El cerebro está rodeado por un montón de fluido. Tendrá sitio para expandirse.

—Ay, Colt. No es tan sencillo —debe de haber dejado los genes reguladores fuera de la ecuación. El nuevo crecimiento está teniendo lugar por

todo su cerebro. Y se están produciendo algunas interacciones hormonales extrañas—. Enséñame lo que has fabricado.

A regañadientes, el muchacho le muestra los planos de su disco imaginal.

Naomi examina la estructura del ADN de cada una de las células que lo componen.

Su distribución.

Brillante. Dios, esto es brillante...

Debería funcionar.

Pero, por algún motivo, por alguna reacción imprevista..., no está funcionando.

Aunque sea un chico increíblemente listo, continúa siendo un adolescente, y cree que todos los problemas pueden resolverse empleando la lógica. Su diseño carece de la sabiduría del trabajo de Naomi, adquirida tras muchos años de sufrimiento. Es valiente en su intento por solucionar una docena de complejos problemas distintos de un solo y temerario plumazo, pero, sencillamente, aún no ha cometido los suficientes errores para saber lo que hace.

No puede conocer algo que ignora.

Se le empañan los ojos.

Deja de estudiar los diseños y parpadea hasta recuperar la visión. Bueno, el porqué ahora no tiene importancia. No le ha salido bien.

Y con esto ha firmado su sentencia de muerte.

Esa noche, Naomi comienza a experimentar con las orugas nuevas, sin permiso.

Pero incluso trabajando todo lo deprisa que puede, en la clandestinidad, sin rellenar ningún formulario, los resultados tardan una eternidad en llegar. Las orugas tardan una eternidad en transformarse.

Una tarde, tras días de experimentación, se da cuenta de que lleva horas estudiando las orugas, en una silla, con el rostro vuelto hacia el cristal de una vitrina. Y se da cuenta también de que ya no está estudiándolas como científica, sino como alguien que espera una señal.

Suplicando mudamente a unas putas larvas de insecto.

Se levanta y empuja la silla hacia atrás con tanta fuerza que sale disparada por el suelo de madera pulida sobre sus diminutas ruedas de poliuretano, rotando sobre la marcha, y se estrella contra el lateral de su mesa. Se aparta de la vitrina, vuelve al escritorio, a la silla; se sienta.

El ADN es demasiado lento.

La evolución es demasiado lenta.

La vida es demasiado lenta.

No puede esperar a los resultados de los experimentos. Colt se muere. Si continúa actuando con cautela, lo perderá.

Llama a Nueva York.

56

No es verdad, pero lo creo.

Dicho italiano

Al día siguiente sale temprano hacia el aeropuerto, por si hubiera retenciones en la avenida Tropicana.

El tráfico es fluido y llega con tiempo de sobra.

Aun así se dirige a Llegadas y espera a que Yaakov cruce las susurrantes puertas de vidrio.

Una figura que podría ser él se acerca al cristal esmerilado; con los gemelos en tensión, Naomi se mece sobre los talones. Las puertas se abren con un siseo; no es él.

Se repite la misma situación otra vez.

Y otra.

Se tensa en todas las ocasiones, hasta que nota los tendones de Aquiles como si se hubiera pasado toda la noche bailando con zapatos de tacón.

Cruza las puertas un hombre mayor. Tras él aparece una pequeña maleta con ruedas, siguiéndolo de cerca como un perrito faldero.

Naomi le echa un vistazo; se dispone a volver a mirar a las puertas cuando el hombre levanta la mano izquierda y una pulsera de hilo rojo se desliza por su muñeca hasta tropezar con el puño de la camisa. Sobresaltada, Naomi alza la mano a su vez. Pensaba acercarse corriendo hasta él y darle un abrazo, pero al final se limita a quedarse plantada en el sitio, meciéndose sobre los talones,

hasta que Yaakov llega a su altura. Siente las piernas cansadas, como de goma, y eso que no ha hecho nada.

—Yaakov.

—Naomi.

Se saludan con dos besos en las mejillas. Izquierda, derecha.

El hombre que tan vigoroso le había parecido en Nueva York, en control de su territorio, con un alto estatus en el grupo, ahora no es más que otro individuo entrado en años a la luz del desierto, caminando con paso lento hacia el coche. Desgastado, sin lustre.

El vuelo ha sido largo para él. No tendría que haberle pedido que viniera.

—Bueno —dice Yaakov al encenderse el motor—, cuéntame lo de Colt.

Naomi abre la boca, pero el tema es demasiado importante; hay demasiadas cosas en juego.

Pensamiento mágico. Como Colt, cuando era pequeño. Mientras no nombre al monstruo, este no existirá. Sale a la carretera.

—¿Has examinado las imágenes que te envié? —pregunta.

Yaakov titubea.

—Sí. ¿Quieres decirme...?

Naomi sacude la cabeza, le escuecen los ojos. No, es demasiado. No mientras conduce. Podría activar el piloto automático... No. No se fía de la capacidad del Pontiac para maniobrar entre el tráfico de los alrededores del aeropuerto. Es una zona muy loca, repleta de artistas, hackers y universitarios antisistema. Críos aficionados a secuestrar por control remoto viejos vehículos de gasolina sin seguro ni medidas de control, sin piloto automático ni localizador.

No. No es por eso.

Sencillamente, no le apetece abordar todavía ese tema. Al hablar de ello en voz alta se volvería aún más real.

—Te lo contaré en el laboratorio —replica—. Antes me gustaría enseñarte unas muestras de tejido.

La adelanta un mocoso cuyo Prius personalizado, diminuto y antediluviano, está cubierto de tiras de luces parpadeantes. Una oleada multicolor recorre el vehículo de un extremo a otro, una y otra vez, al ritmo del *Me Myself and I* de De La Soul que atruena por las ventanillas abiertas.

—Háblame de tu investigación —dice Naomi.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Lo siento, no he podido seguirla de cerca. Pero está causando impresión, ¿no?

—Bueno, el mérito es de mi grupo de trabajo, más que mío. Y partimos de las espectaculares bases que ya había sentado Lee Smolin. Pero, en fin, sí. Vale, deja que te cuente una historia —Yaakov se arrellana en su asiento—. Pongamos que los seres humanos fuesen como glóbulos rojos.

A Naomi se le escapa la risa.

—Perdón. Continúa —a Yaakov le encantan los glóbulos rojos. Los había estudiado para su tesis; las matemáticas de su producción y circulación.

—No, si te entiendo —Yaakov exhala un suspiro—. Otra vez a vueltas con los glóbulos rojos. La cuestión, ¿sabes?, es que son asombrosamente parecidos, matemáticamente hablando, a los seres humanos que circulan por una ciudad. Transportar oxígeno a una célula es muy similar a llevar tu potencial intelectual a una oficina, o tu potencial físico a una obra. Vas allí, atraviesas una membrana que hace de barrera, un sistema de seguridad, entregas lo que tienes y te vuelves a ir, agotado, para recargarte en otro lugar.

Ya ha oído esta historia antes, en parte, pero tener a Yaakov hablando a su lado se le antoja sumamente agradable. Estar junto a alguien que no la desea, ni la necesita, ni la ama, ni la odia. Alguien que la acepta tal y como es, sin intenciones ocultas.

—Entonces, imaginemos que los seres humanos son glóbulos rojos, no sé, en un pájaro, por ejemplo. ¡Un albatros! Surca los cielos durante meses sin interrupción, sin necesidad de posarse. Ahora bien, los glóbulos rojos no tienen ni idea de que se encuentran dentro de un ser vivo, porque a su escala no lo está. Su existencia pertenece a otra escala del todo distinta, a un nivel infinitamente más complejo que para un glóbulo rojo no es ni lógico ni comprensible, a pesar de que todos ellos formen parte integral de esa... existencia.

Yaakov la observa de reojo para cerciorarse de que le está prestando atención.

—Bueno, pues pongamos que un valiente glóbulo rojo científico intentara dilucidar de dónde viene todo. Él...

—O ella —lo interrumpe Naomi, y Yaakov reacciona con una sonrisa.

—O ella..., tras no pocos e ingeniosos estudios..., descubre que su mundo, el albatros, alguna vez fue mucho más pequeño y sencillo, nada más que una célula.

—Un óvulo.

—Exacto. Solo que el concepto de óvulo fertilizado, de ADN, la lógica de la mitosis, escapan a la comprensión del glóbulo rojo. Ten en cuenta que los glóbulos rojos maduros carecen de núcleo, no contienen ADN. Para él... o ella, una célula tan solo es una célula, sin más. Tal y como ellos entienden el mundo, como lo ven desde su nivel, el mundo es una colección de objetos discretos a su escala. Una célula enorme. Aunque esta célula en particular haya crecido de un modo extraordinario en complejidad y tamaño.

—El Big Bang —dice Naomi, y Yaakov sonrío de nuevo.

—Me lees el pensamiento. Sí. De esta única célula ha surgido el vasto mundo integrado y multicelular del albatros. Y los glóbulos rojos que habitan ese mundo, que forman parte de ese universo viviente, se preguntan: ¿cómo pudo volverse tan compleja, tan integrada, esta materia muerta, obedeciendo exclusivamente a las leyes de la física? ¿El azar, alguna reacción química que actuó como detonante? Eso les parece improbable, no obstante.

—Porque no entienden los mecanismos de la evolución.

—Exacto. Eso es. Por lo que a los glóbulos rojos respecta, fuera del albatros solo está el espacio, un espacio desierto y letal. El ave es el mundo, y el mundo es el universo...

Naomi aminora para trazar una curva cerrada, como si Yaakov pudiera partirse por la mitad si acelerase o frenase bruscamente. Quizá no ande demasiado desencaminada.

—Sigue.

—Pero entonces descubren algo tan maravilloso como terrible: ¡hay otros mundos ahí fuera, y muy parecidos al suyo! Flotando en el espacio hay más albatros. Y charranes, gaviotas..., mundos de distintos tamaños pero con un diseño muy parecido —Yaakov hace una pausa, mira por la ventanilla. Naomi se dispone a romper el silencio, pero entonces él continúa—: Más allá de todos ellos se extiende un océano, aunque solo es una frontera remota en la que se acaba la observación. Más allá de la superficie del océano no puede haber nada. No es más que el límite extrañamente curvo de su nuevo universo, cuyas dimensiones desafían la imaginación.

Ya han dejado atrás el aeropuerto, la ciudad. Naomi estudia la carretera, las suaves curvas, tan familiares, que se internan en las montañas.

Al borde de la cuneta ve una culebra listada, muy larga y rolliza, con la cabeza y medio cuerpo aplastados por las rodadas de un camión. Aunque el

último palmo de su cola todavía se retuerce en el suelo, la pobre está más muerta que viva.

Naomi da un pequeño volantazo para esquivarla.

—¿Y la moraleja de la historia?

—Mi equipo de investigación no deja de encontrar cada vez más pruebas (a las que algunos miembros del grupo se resisten con uñas y dientes) de que el universo está vivo. Es una entidad evolucionada. Un producto complejo de la evolución, no al nivel de los genes o los memes, sino a otro todavía más primordial.

Naomi le lanza una mirada de soslayo. Yaakov está reclinado en el asiento, con los ojos cerrados. Aunque parece estar medio muerto, su voz suena agitada y entusiasta, llena de vida.

—Pruebas... —murmura Naomi—. ¿Empíricas? ¿Matemáticas?

—¡Ambas! Las matemáticas son persuasivas. Los enfoques previos se enfrentaban al problema de explicar cómo surgió este universo en particular, cuando el menor cambio en cualquier parámetro habría imposibilitado que la materia se estabilizara. Este enfoque lo explica. El universo nos parece improbable por la misma razón por la que nos parecen improbables los ojos, o las jirafas, o los bosques de algas: porque todos ellos son el resultado de un largo proceso evolutivo de selección. Este universo increíblemente complejo pero estable no surgió de la nada, sino que evolucionó a lo largo de una exhaustiva sucesión de universos anteriores, más simples. Cabe suponer, además, que fueron incontables los universos previos que, sin pertenecer a la línea de ascendencia directa del nuestro, fracasaron.

—Un universo viviente... —Naomi siente un alfilerazo de esperanza, desearía que fuese cierto. Que el cielo no fuera un ente inanimado. No estar sola. Pero su faceta científica se resiste a la idea—. ¿De veras lo crees?

—¡Sí! En términos puramente matemáticos, simples, nuestro enfoque encaja mucho mejor que los antiguos modelos centrados en la materia muerta. Un universo de materia muerta ya no se ajusta a lo que podemos ver ahí fuera. La peculiar distribución de las galaxias, o el modo en que las galaxias en espiral sencillamente se niegan a comprimirse al rotar; incluso el ritmo de expansión del universo, tan veloz que es absurdo... Los modelos clásicos no explican nada de eso —Yaakov subraya con un resoplido la opinión que le merecen los antiguos modelos.

—Bueno —objeta Naomi—, no se puede culpar a los físicos por no tener un

modelo del universo perfecto. Toda teoría conlleva sus propios problemas.

—Por supuesto. Pero ¿qué excusa dan a esos problemas? ¡Que la inmensa mayoría de la materia del universo es totalmente invisible! ¡Que la energía oscura tira de todo como por arte de magia hasta darle forma! Pero..., oh, sí..., obviemos, por favor, el insignificante detalle de que no podemos detectar dicha energía oscura, la materia oscura, con ningún instrumento. ¡Es absurdo! Conozco, sin embargo, a varios científicos de primera..., ¡algunos de ellos del MIT!, que continúan sin darse cuenta de que esto, en pocas palabras, no es ciencia.

Naomi sonrío al verlo tan acalorado.

—En fin, no debe de ser fácil reconocer que has malgastado tu carrera en una teoría que no funciona.

—Sin duda —Yaakov resopla de nuevo—. Pero los extremos a los que llegan a veces con tal de no admitir que tienen la vida delante de las narices... Te juro que algunos se atreverían a postular el tirón gravitacional de la materia oscura en su tejado para explicar el hecho de que su hijo sea capaz de subir las escaleras hasta el baño.

Naomi suelta una carcajada. Cómo le gustaría que esta tregua de sus pensamientos no se acabara nunca. No quiere enfrentarse a su propia energía oscura, su materia oscura, todavía no.

Yaakov, que sonrío ahora de oreja a oreja, parece estar rejuveneciendo por momentos.

—No, un universo evolucionado de materia viviente resuelve todos estos problemas sin necesidad de bobadas mágicas invisibles. La vida dirige su propia energía. ¡Actúa! ¡Se mueve! ¡Crece! No hay nada místico en ello. La sencilla explicación es que hemos estado buscando respuestas en el nivel equivocado, ignorando la complejidad emergente. Un perro se comporta de forma muy distinta al saco de elementos químicos que lo conforman.

Naomi quiere que sea verdad. Por favor, ya que no puede tener a Dios, por lo menos que el universo sea un gigantesco chuchito negro, misterioso y feliz.

—¿Habéis encontrado signos de vida?

—Bueno, cuando nuestros biólogos obliguen a nuestros físicos a ver lo que tienen delante de las narices, encontraremos pruebas por todas partes. Los campos magnéticos del interior de las estrellas, entre las estrellas, poseen todos los atributos de la vida. Homeostasis, complejidad cíclica dinámica, estructuras autosimilares, detalles de patrones significativos a todas las

escalas...

Naomi levanta una mano del volante y le indica por señas que se calme, que le ofrezca una explicación, no un sermón; Yaakov agacha la cabeza a modo de disculpa.

—Perdona... ¡Pero me parece tan fascinante! Es evidente que los campos magnéticos controlan y dirigen el plasma. No se trata de un movimiento aleatorio, sino de algo dirigido, coherente. Como las fibras musculares o las redes neuronales. ¡O los sistemas circulatorios! Las estrellas tienen, en su núcleo, dinamos autosostenibles...

—Eso me suena de algo —dice Naomi, frunciendo el ceño.

—Ah, sí, los biólogos tenemos dinamos autosostenibles en la Tierra, las cuales permanecen estables durante periodos prolongados. Se llaman...

—Corazones —sin pensar, Naomi retira una mano del volante y se la lleva al pecho.

—En efecto.

—Hmm —Naomi se esfuerza por procesar la información—. Pero, si es tan obvio, ¿por qué no lo habíamos visto hasta ahora?

Yaakov se encoge de hombros.

—La monumental escala del universo..., la inmensidad de su cronología... lo hacen difícil. Al fin y al cabo, si el comportamiento en bandada de las aves es algo que podemos ver mientras ocurre, en un instante, sobre nuestras cabezas, la conducta en grupo de las estrellas, sin embargo, es un asunto más complicado. Las estrellas se comunican con otras estrellas cercanas mediante líneas de campos magnéticos. Se construyen estructuras, se transmite energía..., se transmite una información que modifica los comportamientos del otro lado. El problema es que esas señales pueden tardar varias vidas humanas en llegar a su destino.

Naomi dirige la mirada involuntariamente hacia el cielo.

—Pero ¿cómo se codifica toda esa... complejidad? ¿De dónde surge? ¿Cuál es el equivalente al ADN del universo?

—Bueno, las partículas fundamentales y sus reglas de interacción podrían considerarse un conjunto de códigos. El ADN de la materia. Con una mínima variedad de símbolos, un sencillo juego de reglas, se puede crear cualquier cosa. Cualquiera. Puedes escribir un programa para que haga lo que tú quieras con simples ceros y unos. Encender y apagar. Sí y no. Allí y no allí. Positivo y negativo.

Algo ha despertado la curiosidad de Naomi, que reduce la velocidad de forma automática ahora que la conversación está acaparando toda su atención. Tras ella, un camión pita y los adelanta al tiempo que se enciende un piloto rojo en el tablero de mandos, indicándole que ha aminorado la marcha con demasiada brusquedad en medio del tráfico. Se activa el piloto automático. Naomi lo acepta con un encogimiento de hombros y suelta el volante, que se retrae y repliega en el salpicadero.

—Si tienes razón —dice mientras se vuelve hacia Yaakov—, significa que podría haber procesos consustanciales a este universo, codificados en este universo, que todavía no se han expresado.

—Sí. Exacto. Así es.

—El universo entero podría... cambiar de repente. De arriba abajo, de la noche a la mañana. Como un niño al entrar en la pubertad.

—¡Sí! —exclama Yaakov, como si Naomi acabara de descubrir una gran teoría unificada de los campos ella solita—. O podría ser aún más drástico, rápido, total, como una oruga convirtiéndose en mariposa. Una transformación absoluta.

Naomi comienza a buscar los puntos débiles de la argumentación.

—La metáfora del albatros... Los albatros, en la vida real, interactúan poderosamente con el océano, se zambullen en él, pescan...

—Solo es una metáfora —la interrumpe Yaakov—. Todo cuanto decimos lo es. Incluso las matemáticas que se ha inventado mi grupo; también eso es una metáfora para la realidad que se nos escapa —entorna los párpados para mirar al sol—. Las imágenes que creemos ver: simples metáforas. Cuadros que pintamos en nuestra mente —vuelve a dirigir la mirada hacia Naomi—. Las emociones que creemos sentir. Metáforas. Nada más que metáforas.

Esta revelación sobre el universo es demasiado grande, está provocándole vértigo, náuseas. A Naomi le gustaría comprimir la conversación, reducir sus dimensiones para que vuelva a caber en el coche.

—¿De qué es metáfora el hilo rojo? —pregunta mientras le da un golpecito al salpicadero. El volante reaparece, y de nuevo Naomi asume el mando del coche.

Yaakov echa una ojeada a la fina pulsera que le ciñe la muñeca.

—Oh —dice, como si se hubiera olvidado de su existencia—. ¿De qué no lo es? Teseo escapó del Minotauro, del... laberinto, siguiendo el hilo rojo que le había dado Ariadna. En Japón, y en Corea también, creían que los dioses te

ataban un hilo rojo al meñique..., al nacer, y el extremo opuesto al meñique de otra persona —levanta los dos dedos, los dobla—. Alguien que algún día sería importante en tu vida.

—¿Tu alma gemela?

—Bueno, puede ser alguien con quien acabes casándote. O que te salve la vida. O que vaya a marcar una época.

—Ah —dice Naomi, acordándose de algo—. En el funeral de mi padre, su hermano dejó un montón de hilos rojos encima de la mesa. Docenas de ellos. Se suponía que había que atarse uno al meñique a la salida, y luego, «por accidente», perderlo de camino a casa. Para evitar que te siguieran los espíritus.

Yaakov se ríe.

—Ya lo ves, sí, todas las culturas tienen algún mito relacionado con los hilos de color rojo. Tengo un colega hindú en el MIT que lleva puesta una pulsera parecida a la mía, dice que sirve para evitar los cambios bruscos de humor. ¿Y tu hilo? ¿Funcionó o te siguieron los espíritus hasta casa?

—Mi madre no lo aprobaba, aquello era muy poco católico. Así que no cogí ningún hilo y mi tío se enfadó mucho conmigo.

Yaakov asiente con la cabeza.

—Yo me pongo esto porque mi madre siempre llevaba uno encima, y por supuesto quería a mi madre. Tiene algo que ver con la cábala, creo que sale en el Génesis. Protege contra el mal de ojo.

—Quizá debería haber cogido uno de aquellos hilos —dice Naomi, mirándolo—. Tienen muchas utilidades.

—Te daré el mío.

—¡No puedo aceptar tu pulsera!

—Tengo de sobra. Tarde o temprano terminan cayéndose y hay que sustituirlas. Me las envía mi hermana desde Jerusalén —Yaakov saca una vieja cartera de cuero, rebusca en su interior y desentierra un grueso cordón rojo de unos quince centímetros de largo.

—Gracias —dice Naomi—. Muchas gracias.

El piloto automático se activa de nuevo y reduce la velocidad un instante cuando una liebre surge de entre un arbusto de creosota y cruza brincando la carretera justo por delante de ellos.

—Liebre —murmura el vehículo, disculpándose, antes de volverle el control a Naomi.

—Oops, será mejor que me concentre. Déjamela en el bolsillo de la chaqueta, ya me la pongo yo más tarde.

Yaakov coloca la pulsera con cuidado en el fondo de la chaqueta de Naomi mientras esta conduce con la mirada fija en la carretera.

—Listo. Por lo menos no tendrás que preocuparte más por el mal de ojo. Ni por los espíritus, seguramente. O por los cambios de humor. Y a lo mejor te encuentras con tu destino y escapas de algún laberinto...

—¿Tú crees en eso?

—No. Pero me sirve como recordatorio de que todo está conectado.

—Rojo y redondo, como los glóbulos rojos —dice Naomi, observándolo de soslayo, y Yaakov sonríe.

57

Sí, la metáfora sobre los glóbulos rojos antes mencionada la tomé prestada de Yaakov.

No prometo nada, pero si tu amistoso Sistema de Sistemas local necesitara que se produjese un descubrimiento importante lo antes posible, utilizaría a los seres humanos. Sois las células de confianza cuando de transformaciones rápidas se trata. Eficientes, flexibles. Reprogramar vuestro comportamiento es asombrosamente fácil. Esa reprogramación, sin embargo, requiere un nuevo meme.

Una nueva manera de entender el mundo.

Llámalo nueva religión, llámalo cambio de paradigma científico, llámalo revolución espiritual... Da lo mismo. A alguien se le tiene que ocurrir ese meme. Quizá sea Colt. Quizá seas tú. El caso es que alguien va a hacerlo, y pronto; a fin de cuentas, tengo aproximadamente a ocho mil millones de vosotros ejecutando el programa.

Eso es redundancia múltiple.

Tengo munición infinita.

58

En el laboratorio, Yaakov observa las últimas imágenes del escáner.

Y las examina de nuevo, en la pantalla grande, con las manos enlazadas a la espalda.

Naomi le sirve un vaso de agua, pero él no hace ademán de tocarlo.

—Vale —dice—. Cuéntame.

Naomi se pregunta por dónde empezar.

Habla Yaakov para romper el silencio.

—Está claro que el paciente...

—Es Colt.

—Oh, no —Yaakov se tambalea como si Naomi acabase de golpearlo. Como si estuviera sufriendo un ataque. Qué viejo parece.

No debería haberle obligado a venir hasta aquí, al desierto, piensa Naomi. Podría morir.

—Explícamelo —murmura Yaakov, señalando las imágenes con un gesto.

—Se puede ver un crecimiento intenso de la materia gris en los lóbulos parietal y frontal. Evidentemente, es normal que se produzca un ligero aumento de la materia gris en un adolescente, pero esto... esto representa una grave hipertrofia neuronal. Demasiadas neuronas nuevas, demasiado apiñadas. Y... lo está matando.

—¿Por qué?

Naomi respira hondo. De acuerdo.

—Se ha inyectado un disco imaginal con sus propias células madre. Pretendía fabricar un cuerpo calloso más grande para resolver sus dificultades sociales.

—Pero eso es mucho más complejo que...

—Ya lo sé —dice Naomi, con más aspereza de lo deseado—. Lleva años obsesionado con esto. Con el hecho de que los niños como él tengan un cuerpo calloso reducido. Está convencido de que ese es el secreto, la clave...

Yaakov suspira, sacude la cabeza.

—Mira —continúa Naomi, apuntando con el dedo—, sus células madre han provocado una hipertrofia neuronal aquí, y aquí, y aquí.... Es un crío, no se le ocurrió incluir los genes que limitarían el crecimiento del cuerpo calloso.

Yaakov estudia la imagen. La amplía. Entorna los párpados.

—La distribución..., aquí está produciéndose una reacción hormonal, ¿no?

—Sí.

—Estallidos hormonales propios de la adolescencia, quizá. Testosterona.

—Sí... —ay, Dios, piensa Naomi. Eso es—. La mayor parte de mis

experimentos han sido con ratones inmaduros, porque de lo contrario la testosterona causaba serios problemas.

—Enséñame el ADN de esas células madre.

Naomi le muestra los diseños de Colt. Yaakov les echa un rápido vistazo.

—Te equivocas, sí que ha plantado genes para limitar el crecimiento. Muy listo... Fíjate.

Naomi revisa los índices.

—¡Oh! —es brillante. Nada obvio—. Pero... no ha funcionado. No se han expresado. ¿Por qué?

—Estos genes únicamente regulan el desarrollo del cerebro en el feto y la infancia temprana.

—Por supuesto, sí, los suprime la testosterona.

Yaakov asiente con la cabeza.

—No se dio cuenta —dice—. Está cargado de testosterona. Si lo hubiera intentado hace unos años, no le habría pasado nada.

—Para revertir el proceso, la hipertrofia —Naomi se esfuerza por ver con claridad el problema—, tenemos que conseguir que se expresen esos genes limitadores. Si pudiéramos inhibir lo que sea que esté bloqueándolos...

Yaakov tiene los ojos muy abiertos, pero está mirando a la nada, pensando, absorto en sus cavilaciones. Sus neuronas se disparan, buscando modelos. Respuestas. Una salida.

—Sí. Sin embargo, si el bloqueo es obra del estallido de testosterona propio de la adolescencia tardía, para detenerlo habría que... —deja la frase inacabada, flotando en el aire, y por un instante espantoso Naomi ve a su precioso hijo sin testículos, castrado.

—No haría falta recurrir a la cirugía —sugiere—, podría ser un tratamiento hormonal.

—Estarías convirtiendo a un muchacho en un niño. Y lo tendrías que dejar así para siempre.

Naomi siente una punzada de felicidad al escuchar esa respuesta, seguida de otra de consternación. No. Quiero que crezca.

De verdad.

Tengo miedo por él, eso es todo.

Es normal.

Me asusta que sufra.

—Me asusta que sufra —dice en voz alta.

—Ya está sufriendo. Es inevitable. Cualquiera de las opciones disponibles conlleva algún tipo de sufrimiento.

—¿No hay otra forma de interrumpir la transformación, de revertirla?

—Personalmente... sospecho que no podemos interrumpirla. Hay demasiados genes en juego y no entiendo las rutas. Además, la transformación, la expresión génica, está muy avanzada. Su cerebro se ha modificado ya en parte, lo que ha perturbado el antiguo orden... provocando las visiones, el hablar sin coherencia... No puede dar el salto a un nuevo estado.

—Pero ¿qué puedo hacer? —pregunta Naomi, y se le trunca la voz—. Si está demasiado avanzado, si no podemos revertirlo...

—Lo más asombroso de todo —murmura Yaakov, despacio, observando de nuevo las imágenes— es que están emergiendo estructuras... No es como un tumor, las células no se están multiplicando al azar. Está funcionando. El problema es que no hay suficiente espacio.

Entonces se le ocurre una idea a Naomi. Una idea sobrecogedora. Una idea maravillosa.

—Si no podemos dar marcha atrás, ¿por qué no lo impulsamos hacia delante? ¿Por qué no le ayudamos a dar el salto?

—Como puedes ver, la densidad está matándolo, los vasos sanguíneos se constriñen...

—Pero ¿y si las neuronas fuesen más pequeñas?

Yaakov titubea.

—¿Cómo de pequeñas?

—Un orden de magnitud. Más.

—Te refieres... te refieres a neuronas de insecto.

Naomi asiente con la cabeza.

—*Drosophila melanogaster*. Mucho más pequeñas que las neuronas humanas. Con una densidad de cohesión más alta. Más capas.

—Guau —las facciones de Yaakov se iluminan, y durante ese instante a Naomi su voz y su apariencia le parecen curiosamente juveniles, curiosamente similares a las de Colt—. Guau.

—Las estructuras encajarían —lo apremia—. Podrían encajar si las neuronas fuesen más pequeñas.

—No sé. No he visto nunca nada por el estilo. No existe ningún estudio al respecto. Es posible. Quizá.

—Ayúdame —le implora Naomi.

—¿Cómo?

—Operando. No me fío de nadie más.

—No, no, el Robodoc... —Yaakov inclina la cabeza en dirección a la máquina silenciosa.

—Mira, las manos robóticas son estupendas para los tumores —dice Naomi —, para procedimientos bien definidos, para operaciones estándar, depuradas y probadas mil veces. Pero esta sería una intervención complicada y desconocida. No existe ningún muestrario de casos previos con el que programar la máquina. Hará falta... intuición. Es trabajo para un ser humano. Para manos humanas.

—Naomi... —murmura Yaakov. Se calla.

Despliega sus dedos ancianos y los extiende hacia el vaso de agua, que vibra al contacto. Debe usar las dos manos para levantarlo.

No posee el menor control sobre la habilidad motriz fina.

—Lo siento —se disculpa al verla mirar fijamente sus manos temblorosas, el vaso lleno de agua ondulante, la pulsera de hilo rojo que se bambolea alrededor de su muñeca izquierda—. Lo siento.

—Entonces lo haré yo.

Yaakov se bebe el agua y deja el vaso. Se mira las manos y lentamente, con cuidado, entreteje de nuevo sus trémulos dedos.

Naomi espera que le dé un sermón sobre ética. Sobre por qué no puede hacer esto. Sobre las regulaciones en contra de operar a alguien con quien se está emparentado.

Se apresura a elaborar una respuesta en su mente, una defensa.

—Ten cuidado —dice Yaakov, al cabo—. Ahora mismo, lo sé, lo sé, si no haces nada morirá y será insoportable. Pero aún más insoportable será si lo matas tú.

Naomi expulsa el aire. Un hondo suspiro. Asiente con la cabeza.

—Explícame cómo se hace.

Comienza a trazar un plan en cuanto Yaakov embarca en el avión de regreso. A continuación, intenta encajarlo en el calendario; las cifras, sin embargo, no son nada optimistas.

Esto me va a llevar demasiado tiempo, morirá...

Diseña otro plan apretando las fechas, atajando.

Sigue sin servirle de nada.

Si quiere conseguirlo en el tiempo del que dispone, tendrá que olvidarse de dormir por las noches. Pero no puede traer a Colt al laboratorio todas las noches. Y la idea de dejarlo solo...

Entra en su habitación. Está tumbado en la cama, pálido, sin jugar ni codificar. Sin leer. Sin escuchar música.

Muriéndose.

—Colt, tengo que quedarme hasta tarde en el laboratorio.

—¿Cómo de tarde?

—Toda... Casi toda la noche. Mientras duermes. No te darás ni cuenta.

—Mamá...

—¿Puedo...?

El muchacho se incorpora sobre su codo. Por lo menos aún puede hacer eso, piensa Naomi.

—Solo mis latidos, mamá.

Naomi sonrío.

—Solo tus latidos.

Colt retira el codo, se deja caer en la cama.

—Vale.

Se queda dormido mientras ella lo observa.

Naomi apaga la luz y se dirige a su cuarto. Enciende el viejo monitor de constantes vitales. Eso le recuerda una cosa.

En el fondo de un bolsillo encuentra el hilo rojo que le dio Yaakov. Con cierta dificultad, maldiciendo entre dientes, consigue anudarse la pulsera en la muñeca izquierda. Se ha sentido sola, abrumada por la tarea que la aguarda, desde que Yaakov se fue: al menos ahora estarán conectados por este hilo.

Le pide a la IA de la casa que encargue una cama pequeña para el laboratorio. Necesitará pegar alguna cabezada de vez en cuando.

Después coge el coche y se pasa toda la noche trabajando. Duerme brevemente en el suelo.

Al amanecer, un dron de reparto deja las piezas de la cama en el laboratorio. Naomi la monta en su despacho antes de regresar a casa, con Colt.

La noche siguiente la vuelve a pasar trabajando.

Y la siguiente.

Construyendo algo que podría funcionar. Que podría ayudar a su hijo.

60

La tercera noche, se despierta a las seis de la mañana. El pulso de Colt palpita acompasadamente contra su muñeca.

Está dormido. Bien.

Parpadea, incapaz de encontrarle sentido a lo que está viendo.

Una luz pálida, gris. Una masa flotante gelatinosa.

Oh.

Levanta la cabeza. Los protectores de goma de los oculares del microscopio óptico se despegan de su cara con un siseo.

Está en un taburete, en su despacho, encorvada sobre la mesa de trabajo.

Oh.

Vuelve a mirar por el microscopio. Ajusta el enfoque. Sí.

Ahí flota algo.

Unas mil células, tal vez.

Un disco imaginal fabricado cuidadosamente a partir de las células madre de *Drosophila melanogaster*, reconstruido con ADN de *Danaus plexippus* e injertado en el ADN de un *Homo sapiens*.

El ADN de Colt.

Podría funcionar.

Podría matarlo.

Podría funcionar...

Mierda. ¿Qué hora es? Las seis y cuatro minutos de la mañana.

A las nueve está previsto que Naomi presente un informe sobre los avances en su trabajo habitual. Y Ryan se ha añadido por su cuenta al equipo de evaluación. Uf. Faltan tres horas. No hay tiempo para ir a casa y dormir.

El desayuno de Colt... Un alfilerazo de pánico, antes de notar en la muñeca el pulso pausado de su sueño profundo. Eso la tranquiliza, aminora sus propios latidos. Duerme hasta tan tarde últimamente..., pero está bien. La IA de la casa la avisaría si surgiera cualquier problema.

Quizá una cabezada rápida, tumbada aquí mismo, en el despacho. ¿O debería aguantar despierta?

Se mece en el taburete, demasiado cansada para decidirse.

Ya ha cerrado brevemente los ojos un par de veces durante la noche, en la pequeña cama de la esquina, con las luces encendidas para evitar que se le quedaran pegadas las sábanas.

Podría tomarse una pastilla... No, siempre ha reaccionado mal a los estimulantes, debe de sufrir algún tipo de incompatibilidad genética; a veces surten efecto y se siente de maravilla, rebosante de vitalidad y energía durante dieciséis horas seguidas, y otras sencillamente resetean su reloj circadiano al azar y se pasa una semana como si tuviera *jet lag*.

Necesito dormir. Necesito dormir.

Pone la alarma a las ocho y media. Así le dará tiempo a despejarse, preparar sus apuntes..., ay, Dios, los apuntes... Se tumba en el estrecho colchón, con el cerebro en efervescencia a causa de la tensión y los pensamientos a medias.

La asaltan sueños delirantes, en los que suena de fondo música de feria y un tiovivo gira cada vez más deprisa hasta arrojarla a la oscuridad. Entonces se despierta y comprende que la están llamando para la videoconferencia.

El informe de progresos.

Es la segunda vez que la avisan..., no, la tercera.

Pasan cuatro minutos de las nueve.

Descuelga sin pensar.

No le queda nada con lo que pensar.

Lo hace rematadamente mal en la videoconferencia.

Al terminar, cuando los tipos del Departamento de Defensa se han ido, Ryan se queda en la pantalla.

—He visto las imágenes.

—¿Qué imágenes? —la descarga de adrenalina le ha despejado por fin la cabeza, y su corazón late tan deprisa como aquella vez que tuvieron que inyectarle un antídoto contra el veneno de serpiente. Vale, ahora está despierta.

—Venga ya —dice Ryan—. Por favor.

—Has entrado en mis archivos.

—Cariño, sé realista. Tu investigación la pagamos nosotros, es nuestra. Ni siquiera fue idea mía. No tengo permiso para acercarme a tus archivos. Me

llamaron la atención al respecto, eso es todo.

—¿Qué intentas decirme?

—He vuelto a incluir a Colt en mi póliza de seguro. Que se encarguen los militares. Nuestro personal es el mejor del mundo extirpando metralla del cerebro y...

—Aquí no hay ningún fragmento de metralla. Si intentáis intervenirlo quirúrgicamente, lo mataréis. Se trata de otra cosa —Naomi nota la boca llena de cal y metal, como el fondo de una tetera en la que el agua hubiera hervido hasta quedarse seca.

—No me jodas, Naomi. Esto es muy serio. Voy a darte una fecha límite. Deja que los verdaderos expertos intenten salvar a Colt, o recomendaré que cierren tu laboratorio.

—Ya tengo una fecha límite. Le queda un mes de vida.

Naomi pone fin a la llamada.

4. Sopa de oruga

Los objetos son simples.

LUDWIG WITTGENSTEIN

Las cosas son más complicadas de lo que tú crees.

MILAN KUNDERA

Orfeo, con su facultad de atraer y calmar a las fieras, representaba al artista por excelencia.

E. H. GOMBRICH, *Arte e ilusión*

Un concepto clave en el ámbito del reconocimiento de patrones es el de la incertidumbre, que surge tanto del ruido de los cálculos como del limitado tamaño de los conjuntos de datos.

CHRISTOPHER M. BISHOP, *Pattern Recognition and Machine Learning*

Naomi pide a Colt que se tumbe en el asiento trasero del coche y lo lleva al laboratorio. El muchacho se pasa todo el camino murmurando y riéndose. Su madre consigue discernir algunos de los sonidos que farfulla. Números de teléfono. El nombre de los niños con los que iba a la guardería. Niños a los que lleva años sin ver, sin mencionar siquiera. Reacciona a ellos como si los tuviera delante. Balbucea fórmulas matemáticas y canciones infantiles. De repente dice, con toda claridad:

—El sodio, mamá. Déjame soltar el sodio.

¿Qué?

Ah, claro. Cuando era pequeño y se aburría, en su despacho. Le pedía el sodio y ella bajaba un pesado recipiente sellado, lleno de aceite mineral, de la balda más alta. Le daba unas pinzas. Con cuidado, Colt extraía del aceite una bolita plateada de sodio puro y la soltaba en una redoma de agua. Se quedaban observando juntos cómo reaccionaba al sumergirse el metal alcalino, siseando y burbujeando hasta estallar con una intensa llamarada. Zigzagueando en la superficie del agua hasta consumirse...

Debe de saber que nos dirigimos al laboratorio. Eso está bien.

Es un fin de semana largo, no habrá nadie en las instalaciones aparte de los robots de limpieza y los técnicos encargados de mantener con vida a los animales en los otros laboratorios.

Últimamente se pasa todas las noches allí.

Nadie se dará cuenta.

Nadie tiene por qué enterarse de nada.

Colt camina con esfuerzo, apoyándose en ella. Dejándose guiar. Todavía no se ha quedado ciego, técnicamente hablando, pero es como si lo estuviera. La masa en crecimiento presiona ya contra su corteza visual. Solo es capaz de reaccionar a lo que sea que ocurra dentro de su cabeza. Su clima interno.

Lo acomoda en la cama de la oficina.

Lo deja sentado, canturreando en voz baja, mientras ella sale a hacer una batida por los laboratorios para reunir todas las cosas que necesita.

Al regresar, lo encuentra tumbado. Gira la cabeza sin incorporarla. Por su aspecto, se diría que no la podría levantar aunque se lo propusiera.

Una oleada de náusea se agolpa en la garganta de Naomi, que se obliga a tragar saliva con fuerza para contenerla. Jadea.

—¿Mamá?

Una parte de ella es testigo de la situación a vista de pájaro, en la distancia, y sabe que lo que siente no es más que una reacción biológica a un estímulo. El modo en que ella, como entidad biológica, se relaciona con él, como entidad biológica, está determinado por su estrecho grado de parentesco genético. El malestar que lo aqueja encuentra en ella su reflejo, incitándola a aliviar la angustia de ambos.

Su hijo se muere y a ella le entran ganas de vomitar.

—Es muy tarde, mamá —dice Colt, tumbado en la cama, mirando a su alrededor—. ¿Por qué estamos aquí?

Su voz suena desorientada, olvidadiza.

Explícaselo.

—Hay un procedimiento. Podría... —díselo—. Podría matarte.

—Vale.

—Pero también podría..., podría funcionar.

—¿Funcionar?

—Salvarte.

—Vale. Eso está bien, mamá.

—¿Recuerdas lo que hiciste... con el disco imaginal que diseñaste?

—Mmm.

Quizá se acuerde. Quizá no. Da igual. Su voz sirve para calmarlo, y eso es lo que importa.

Nunca quiso que le contara cuentos para dormir. Quería hechos. A veces una canción, con la luz apagada, mientras conciliaba el sueño: pero antes de eso, hechos.

—Háblame de ese procedimiento, mamá.

Ay, igual que cuando era pequeño. «Háblame de algo, mamá», le decía. «¿De qué?» «De lo que sea, mamá. Me interesa todo.»

Vale, explícaselo.

—Se trata de una versión mejorada de... de lo que hiciste tú. Creo que puedo reparar el daño y reemplazarlo todo sin...

Demasiado cerca. No. No puedo decirlo.

Aparta la mirada de su rostro. La fija en la pared desnuda.

—Requiere llevar al sujeto a un estado similar al de una crisálida —sí; imagínate que estás dando una conferencia—. El sujeto no puede comer ni beber nada, en realidad ni siquiera moverse mientras dure el procedimiento. Una vez iniciado el proceso, algunas de las estructuras cerebrales existentes se... disolverán, y los discos imaginales empezarán a construir las nuevas estructuras utilizando el material disuelto.

—Vale. ¿Cuánto tiempo llevará todo?

—Bueno, es imposible saberlo. La mayor parte de la investigación se ha realizado en filos completamente distintos, por no hablar de especies. Lo poco que se ha investigado en mamíferos quizá no sea aplicable a un sujeto humano, así que...

—Deja de hablarme como una científica, mamá, y haz una suposición.

Ella se desmorona un poco. Un sollozo.

—Bueno... Es que cuesta mucho saberlo. Quiero decir, estamos desmontando el avión y volviendo a montarlo mientras sigue en el aire, ¿entiendes? Es imposible... —le tiembla la voz a causa del llanto contenido—. Muchas cosas podrían... No hay forma de saber si el avión seguirá volando.

—Sin metáforas, mamá.

—Vale —no, no puede mirarlo. Mira al techo hasta que paran las convulsiones en su garganta—. Guardarás cama unos días. Es como tener la gripe. Tienes calor, tendrás calor... Quiero decir que se trata de una cantidad de actividad química feroz en todas y cada una de las células, o sea que, evidentemente, genera calor...

—Mamá...

—Estarás... inconsciente. Yo tendré que controlarte la temperatura. Tu cuerpo será incapaz de seguir regulándola...

—¿Cuánto tiempo, mamá? —porque si es demasiado morirá.

—En la *Drosophila muca*...

—Deja de hablar en latín.

Naomi toma nota mental: áreas secundarias del lenguaje afectadas, pero no las primarias... Le había enseñado latín de pequeño, le encantaba; era mucho más lógico que el inglés. Pero el latín es una de las muchas cosas que ha ido perdiendo a lo largo del último mes.

—En la especie de... Han estudiado esto en... las moscas de la fruta. En las

moscas de la fruta, la velocidad de la mitosis depende de... —se calla, empieza de nuevo—. Las células... tardan unas ocho horas en reproducirse, en dividirse.

En realidad no la sigue. Es como si soñara despierto. Colt tiene la desagradable sensación de que hay un desfile constante de sonidos, imágenes y sentimientos que se le encienden dentro conforme las neuronas comprimidas se conectan entre sí y con otras zonas del cerebro.

—Ocho horas... —dice—. No está tan mal... Así sabríamos...

—No, no. Los discos imaginales no contienen más que cincuenta células. Para fabricar estructuras nuevas (una pata, una antena, un ala), las células tienen que... duplicarse y duplicarse, y volver a duplicarse una y otra vez. Son ocho horas cada vez. Cada vez que se duplican.

—¿Cuántas veces?

—En la *Drosophila*... En la mosca de la fruta, una media de quince veces. Quince ciclos.

—Quince por ocho... es... Ya no puedo calcular, mamá.

—Son unos cinco días.

—Cinco días... sin agua ni...

—Podría ser más rápido. Podría ser más lento. Estamos construyendo una estructura más grande. Por otro lado, estaríamos usando un disco imaginal mucho mayor. Más desarrollado, con muchas más células, miles, así que eliminaríamos algunos de los ciclos...

—Entonces, ¿cuántos días...?

—Pueden ser solo tres. Pueden llegar a quince. No lo sé. Cuando lo probaste... estuviste en estado febril un día y después siguió una transformación gradual de un par de semanas... Pero fue un éxito parcial, una transformación parcial. Este debería ser un proceso mucho más rápido, más intenso; puedo usar un acelerante para obligar a las nuevas neuronas a conectarse más deprisa. Pero depende de qué cantidad de tu cerebro... se descomponga y de qué cantidad haya que reconstruir. De lo grandes que sean las nuevas estructuras.

—No seré yo mismo después, ¿verdad?

—No lo sé. Cuando estudiaron esto en las polillas descubrieron que la polilla adulta recordaba cosas que había aprendido de oruga. Así que, a pesar de que la oruga se había disuelto...

—Sopa de oruga...

—... y se había reconstruido de forma completamente distinta...

—Pero podría disolver todos mis recuerdos.

—Sí.

—Podría olvidar quién eres.

—Sí.

—Podría olvidar quién soy.

—Sí.

—Podría disolverme.

—Sí.

—Pero podría disolver la... la hipertrofia neuronal.

—Sí.

—El cáncer me va a matar de todos modos, ¿no?

—¡No tienes cáncer!

—La hipertrofia me va a matar de todos modos. ¿No es eso? Si no la disolvemos.

—Sí.

Colt asiente con la cabeza.

—El tiempo vuela como una flecha —susurra—. La fruta vuela como un plátano.

Naomi se ríe; no puede evitarlo.

—Recuerdo que era tu chiste favorito.

Colt sonrío. Se está apagando.

—¿Cuántos años tenía?

—Cinco o seis. Te pasaste semanas contándolo todos los días. Meses. Cada vez que veías una mosca. Casi nos vuelves locos.

—Ya se me está olvidando quién soy... Hazlo.

Ella asiente; pero él no puede apreciarlo.

—Vale —dice—. Lo haré.

Tarda un rato en colocar los goteros y catéteres que necesita, los tubos y los monitores.

—¿Soñaré? —pregunta Colt.

—No lo sé.

—Eso no es muy científico —dice él, adormilado—. Haz una suposición.

Le ha dado un sedante para que no se mueva demasiado mientras le pone todos los tubos y cables. Últimamente ha estado removiéndose mucho, no se sentía cómodo en ninguna postura.

—Duerme —le dice.

—Cántame hasta que me duerma —responde él.

—¿Qué canción?

De niño se obsesionaba con las canciones más raras. Nunca con una nana normal. Y una vez que le daba por una canción, la pedía todas las noches durante meses. Un año. Hasta que otra lo embelesaba.

Siempre eran canciones que dolían.

—Canta *Space Oddity* —le pide.

La mente de Naomi retrocede una década, más. Aquel año terrible en que el niño no podía dormir. Entonces, una noche, ella le enseñó un viejo vídeo de un astronauta cantando *Space Oddity* en la Estación Espacial Internacional original. Flotando ingrávido, de verdad. El astronauta había cambiado la letra para que tuviera un final feliz en el que el personaje regresaba a la Tierra.

Colt se había quedado fascinado con la canción y el vídeo, así que le había puesto la versión original de David Bowie, en la que el astronauta no vuelve a casa. Le había contado a Colt que se trataba de la versión auténtica, la original. Y Colt había creído que la canción contaba una historia real y había llorado, desconsolado, hasta que ella le explicó que no era más que una canción, una historia inventada; que se había escrito antes de que la gente llegara a la Luna.

Él ponía la versión de Bowie en bucle todo el rato. La obligaba a cantársela cada noche.

A ella no le gustaba la canción porque la entristecía. Pero se la cantaba para que se durmiera.

Empieza a cantarla ahora, y él la interrumpe.

—Haz la cuenta atrás —dice.

Siempre había odiado que empezara cantando la primera frase de la canción sin hacer también la cuenta atrás.

Su vocecita brotando de la oscuridad, del nido seguro y cálido que se había fabricado con un par de edredones y una pesada manta doblada por la mitad que lo presionaba, que lo calmaba.

—Los números, mamá. Canta también los números.

Naomi le había explicado que David Bowie cantaba la letra y la cuenta atrás en pistas distintas, y que ella no podía cantar dos cosas a la vez. Pero él lloraba cuando se dejaba fuera los números. Así que le cantaba las dos cosas.

Y ahora le canta las dos cosas, mete los números con calzador en los

espacios... Diez, nueve, ocho...

—Adiós, mamá —susurra.

Se duerme antes de que la nave espacial llegue a la Luna. Ella sigue con la canción en voz baja, sobre su cabeza dormida, mientras prepara el primer disco imaginal. Parece un disco de verdad, un pequeño disco blanco, bajo la luz del microscopio. Como una hostia consagrada, piensa. Y también se transformará en un cuerpo vivo.

El disco es diminuto, delicado.

Flota en una solución transparente, diseñada a la perfección para él. Nutrientes disueltos en plasma artificial, y algunas enzimas para activar la descomposición de la estructura cerebral parcial existente. En calma, inmóvil. Nada que ver con el caos de hora punta que se encuentra en la sangre de las venas humanas. Al menos puede depositar esta mota de complejidad directamente en el cerebro, más allá de la barrera hematoencefálica.

Al menos, el disco no tendrá que entrar y salir de un corazón humano, una y otra vez.

Pero ¿sobrevivirá a la transición en su atormentado cuerpo? ¿En medio del peligro y el caos de un organismo vivo, con sus miles de enzimas, sus millones de reacciones químicas, sus miles de millones de bacterias, sus billones de virus, todos zarandeándolo, atacándolo, intentando comérselo, librarse de él, secuestrarlo?

No puede cumplir su destino sin correr esos riesgos.

Naomi mira la jeringa. Prepara la aguja. De la vieja escuela, boca ancha. Aspira la solución con mucho cuidado, sin turbulencias. Ya ha preparado un tubo de administración empolvado, con un microcatéter que se introduce en un vaso sanguíneo de lo más profundo del cuerpo calloso. Inyecta con delicadeza la solución en el tubo y observa: el pequeño disco invisible desciende hasta la oscuridad del cerebro de su hijo.

Saca otra jeringa.

Prepara el disco para los lóbulos frontales.

Lo administra.

Prepara el disco para los lóbulos parietales. Coge la última jeringa del cajón.

Administra el disco.

Colt empieza a calentarse. Mucho.

Ella le aplica sobre la piel paños húmedos, fríos.

Se sienta a su lado, con la puerta cerrada con llave, mientras el día se convierte en noche.

El cráneo, las tres capas de membrana protectora, el líquido cefalorraquídeo..., todos están optimizados para aislar el delicado cerebro del calor y el frío exteriores. Pero ahora, con la tremenda actividad química que se produce en los lóbulos frontales y parietales, a la envoltura del cerebro le cuesta desprenderse de la cantidad de calor que se genera dentro.

Al cabo de veinticuatro horas, el cuerpo del muchacho pierde gran parte del control de la temperatura. Y si las zonas del cerebro que rodean el bulbo raquídeo se sobrecalientan, morirá. Así que Naomi enfría la sangre que le circula por las venas con bolsas de hielo y toallas mojadas. Usa su sistema circulatorio como sistema de refrigeración. Una bomba de calor.

Le mete otro catéter en una vena del muslo y le limpia la sangre de forma externa. Diálisis estándar, seguida de un segundo circuito para equilibrar el pH, que ya tiene unos niveles de acidez peligrosos. Y vuelve a introducir los glóbulos rojos que ha almacenado. Como un atleta al que chutan antes de una carrera; ahora puede transportar el doble de oxígeno.

Pero con una sangre con tal densidad de hematíes aumenta el riesgo de coagulación, de apoplejía: así que no deja de preocuparse durante muchas horas. Monitoriza, ajusta...

El segundo día, el hígado de Colt sufre una presión tremenda a causa de los productos residuales de la transformación. Sus riñones están a punto de fallar.

La mañana del tercer día, Naomi oye llegar a los demás al trabajo. A su alrededor, la vida comienza de nuevo. Sin embargo, en su despacho, Colt respira con dificultad, de manera superficial, rápida. Naomi teme que su sistema nervioso autónomo corra peligro por los cambios; que deje de respirar sin más y no vuelva a hacerlo.

Apenas ha dormido.

Se le ocurre una idea; sí. Si él... Si no...

Le cuesta formular correctamente la idea. Sabe lo que siente; puede ver lo que debe hacer, pero le cuesta mucho expresarlo con palabras.

Si muere, y lo he matado yo; sí.

No es necesario expresarlo con palabras.

Aparta la mano de su frente caliente y él murmura algo, nada. Un sonido, no

una palabra. Naomi sale del despacho, lo cierra con llave. Camina por el pasillo y saluda con un gesto de cabeza y una sonrisa a un estudiante que está fumándose un cigarrillo electrónico en una entrada; saluda y sonrío a Shannon en recepción; como si todo fuera bien y no tuviera ningún problema en la vida.

Ocultando su rabia furiosa.

Mi hijo se muere y vosotros seguís vivos.

Entra en el siguiente laboratorio, y en el siguiente, en busca de algo adecuado. Después de tres días de siestas endebles, de despertarse ante cada jadeo, le cuesta recordar lo que busca.

Ah, sí.

Pero eso se guarda en el armario de los venenos. Y desde aquel desafortunado incidente al final de una turbulenta aventura entre un estudiante de posgrado y un guardia de seguridad (que, la verdad, era un gilipollas), el armario de los venenos está en el despacho de Donnie.

Se queda frente a la puerta, balanceándose.

El problema del despacho de Donnie es Donnie. Aunque es lunes por la mañana. Donnie estará con una resaca del copón. No llegará hasta dentro de un par de horas.

Pero el despacho está cerrado.

De vuelta en la recepción. Shannon aún está un poco colocada después del fin de semana; bien.

—¿Ha llegado ya Donnie?

Shannon frunce el ceño. Habla en tono serio.

—Todavía esperamos, temerosos y temblorosos, el regreso del mesías.

—Necesito una cosa de su despacho.

—Se te olvidó la ropa interior, ¿eh? Me pasa continuamente.

Naomi, suponiendo que Shannon bromea, sonrío.

—¿Alguna posibilidad de que me dejes...?

—Claro.

Shannon abre el despacho de Donnie desde su escritorio, usando un botón de emergencia del cuerpo de bomberos del condado de Clark que en realidad no debería tener.

—Cierra al salir.

Entra y sal antes de que llegue Donnie.

La idea de que Donnie la arrinconase en su despacho no le hace ninguna gracia. Sacude la cabeza.

Céntrate.

Cloruro de potasio. Para detener el corazón. La dosis letal intravenosa es de treinta miligramos por kilo.

Sin embargo, no puede abrir el armario de los venenos. Por supuesto, hay un rígido protocolo de seguridad para evitar que pase esto mismo.

Un momento de frustración suprema y una especie de miedo trémulo a tener que soportar la muerte de Colt, a que el universo le haya cerrado el armario para obligarla a soportarlo... Pánico embotado, por la falta de sueño.

No. No. Estamos hablando de Donnie. No es capaz de poner en práctica un protocolo riguroso.

Se trata de una cerradura de combinación, sencilla, mecánica y anticuada, que se ha puesto de nuevo de moda tras los vergonzosos fracasos de algunos de los más avanzados candados de software en los últimos tiempos. Aunque Naomi está bastante segura de que esta lleva aquí desde la primera vez que se pusieron de moda.

Prueba con el cumpleaños de Donnie, todos saben que lo usa en las puertas internas de seguridad —que siempre tienen un tope para que no se cierren, de todos modos.

No.

Hmmm, cuatro números; cuatro números que Donnie sea capaz de recordar borracho...

Prueba con la batalla de El Álamo, 1836. Siempre está parloteando sobre El Álamo.

1, 8, 3, 6...

Se abre.

Ahí, el contenedor grande. KCl. Se lleva lo suficiente y un poquito más.

Cierra con mucho cuidado la puerta de Donnie al salir.

Entra en el laboratorio 2. Saluda con la cabeza al aburrido chaval nigeriano que está trabajando con una pequeña centrifugadora.

Disuelve el cloruro de potasio en un matraz de plasma sanguíneo artificial.

Encuentra una jeringa grande entre las existencias.

A medio camino de su laboratorio, piensa: quizá primero un relajante muscular, o a la vez. Para que no duela. O un barbitúrico de acción rápida. El cuerpo se resiste a la muerte, no puede evitarlo.

No. Me da igual que duela.

Cuando regresa al despacho y se acerca a la camita, que el cuerpo de Colt llena en diagonal, él ya no respira, y a ella se le para también el corazón, se le corta la respiración durante un momento muy largo.

Ella no estaba allí.

Lo ha dejado solo.

Creía que sentiría pena, que lloraría, que el dolor la abrumaría, la hundiría, la ahogaría en lágrimas.

No es así en absoluto. Qué sensación más extraña. Tan clara, tan limpia, tan vacía.

Naomi se siente como si nunca hubiese vivido.

Desenrosca la larga y delgada tapa protectora roja de la aguja, y prepara la dosis. Tiene cuidado. Está tranquila. Lo normal habría sido seguir un método aséptico: limpiarlo todo con toallitas empapadas en alcohol; asegurarse de que el aire filtrado le dé en la cara mientras trabaja para mantener las bacterias y los virus de su piel, su pelo, su boca y sus pulmones lejos de la aguja, de los fluidos. Sin embargo, en este caso, que se contamine la solución no supone un problema.

Se siente vagamente complacida al ver la cantidad de líquido saturado que cabe en la gruesa jeringa. Tres, casi cuatro veces la dosis letal necesaria para su masa corporal. Está bien tener un plan de contingencia integrado, por si su metabolismo se comporta de otro modo.

Está tan absorta en los preparativos que casi se le olvida por qué lo hace. Cuando lo recuerda, aparece un sentimiento nuevo. Enorme pero muy lejano.

Le llega la vívida imagen de montañas que brotan por encima de las nubes en el horizonte septentrional. Un viejo recuerdo.

Si se queda, si no hace esto ahora, tendrá que cruzar esas montañas sola; buscar los altos pasos que las atraviesan a lo largo de los meses y años venideros; y sabe que no tiene la fuerza necesaria.

Nota un sabor a sal. Empieza en la comisura y estalla dentro de su boca. Se lame el agua salada de los labios. Lágrimas en su rostro; aunque sin emociones ligadas a ellas, todavía.

Su cuerpo sabe lo que ha sucedido, por mucho que su mente se niegue a reconocerlo. Las montañas están más cerca, más altas, y estas gotas son las primeras de una tormenta que quizá le imposibilite llevar a cabo su plan.

Pero puede despedirse antes de alcanzar las montañas. Antes de que las

montañas la alcancen.

Deja la jeringuilla.

Tiene que decirle algo, lo obvio. Hay que decirlo.

Cae despacio encima de su cuerpo, y su rostro está contra el de él, y le besa la mejilla, que sigue caliente; y le besa los labios, como cuando era pequeño, como a él le gustaba besarla a ella hasta que le explicó que eso solo lo hacían los adultos. Una década atrás. Pero ahora vuelve a ser un niño, todas las personas muertas son niños; indefensas, necesitan que las recojan, que las sostengan, que les digan que las quieren y las arropen con tierra.

Y les contamos historias cuando las arropamos, les contamos historias que no sabemos con certeza si son ciertas, historias para hacerlas felices; pero no nos pueden oír, están dormidas.

Historias sobre un lugar mejor que este. Historias sobre un mundo perfecto.

No, contamos esas historias porque nos hacen felices a nosotros, para animarnos. Porque no están dormidas.

No se despertarán.

Están muertas.

Está muerto.

Y mientras la montaña de hielo blanco y piedra negra se desploma sobre ella desde varios kilómetros de altitud, siente un escalofrío en el labio; la evaporación de una lágrima.

«El calor y el flujo de aire sobre una superficie son los principales determinantes de la tasa de evaporación de dicha superficie.»

Pero yo no he respirado. No puedo respirar.

Su aliento.

Bajo el pecho de Naomi, el corazón de Colt late una vez, despacio, y descansa.

Otra.

Ella lo observa transformarse.

Los glaciares se derriten. Las montañas se repliegan.

Tendrá que enfrentarse a ellos algún día.

Pero todavía no.

Está claro que, en circunstancias de búsqueda, la posibilidad de anticiparse a los acontecimientos a veces supone la diferencia entre la vida y la muerte. La capacidad de generar reacciones anticipatorias debe ser, por tanto, una de las mayores ventajas que la evolución puede conceder a un organismo. La mejor forma de anticiparse sería la profecía consciente, la predicción genuina de los acontecimientos futuros, pero como ese don tan deseable no es posible en esta tierra, el organismo debe contentarse con otra buena alternativa: el don de suponer o apostar. Bien es cierto que una suposición equivocada puede resultar letal, pero también lo es que si no existen suposiciones tampoco existirán aciertos fortuitos. La situación se ha comparado con fortuna con la del científico que debe investigar y poner a prueba la naturaleza y solo puede hacerlo a través de una hipótesis previa.

E. H. GOMBRICH, *Arte e ilusión*

Naomi se ha pasado tanto tiempo contemplando su rostro inmóvil en los últimos tres días que, cuando por fin se mueve, no le encuentra sentido a lo que ve.

Se retuerce. Se contrae en un espasmo.

Todavía con la jeringa en la mano, se levanta y corre al pequeño frigorífico que hay en el rincón. Saca una botella de agua.

Nota el plástico frío en la mano.

Mientras abre la botella con torpeza, con la jeringuilla todavía en la mano derecha, la aguja le roza el pulpejo de la izquierda.

Se queda mirando la jeringa, pasmada.

Encuentra el tapón rojo protector de la aguja y se lo vuelve a colocar. Abre un cajón, lanza dentro la jeringa, cierra el cajón de golpe y se estremece, como si la jeringa estuviera viva y su naturaleza fuera malvada; ha intentado picarle, como un escorpión.

Coge la botella de agua abierta. Se sienta al lado de Colt.

Le sujeta la mano, aunque no responde. Es como arenisca, seca y pesada.

Al principio deja escapar ruidos inhumanos.

Bueno, quizá ya no sea humano.

Un minuto, dos minutos de esos sonidos animales. Sin palabras. Después guarda silencio.

Otro minuto. Silencio. A continuación se aclara la garganta, que está seca. Ella le da un trago de agua con la mano libre.

La arenisca se le mueve en la mano. Cobra vida. Se libera de ella.

Y Colt le quita la botella: bebe, bebe y bebe.

—¿Cuánto... tiempo...?

Puede hablar. Puede hablar...

—Tres días —responde ella.

—El tiempo... vuela.

—El tiempo vuela cuando uno se divierte —dice ella mientras su boca esboza una sonrisa que le resulta extraña, como algo que ha salido mal, las rígidas mejillas frunciéndose hacia arriba. En contra de la gravedad.

Colt mira a su alrededor, distraído, parpadeando frente a la luz; viendo el mundo transformado.

—La fruta vuela como un plátano —dice.

Es él. Ha vuelto.

Naomi se echa a reír sin poder parar.

5. Torrentes

Yo creo, preservo y destruyo.

SHIVA, diciendo que él es Brahma, Visnú y Shiva

Así son las cosas. El arte no conoce un más allá, la ciencia no conoce un más allá, la religión no conoce un más allá, ya no. Nuestro mundo está encerrado en sí mismo, cerrado a nuestro alrededor, y no hay forma de salir. Los que se encuentran en esta situación y piden más profundidad intelectual, más espiritualidad, no han entendido nada, puesto que el problema es que el intelecto lo ha dominado todo. Todo se ha convertido en intelecto, incluso nuestros cuerpos, que ya no son cuerpos, sino ideas de cuerpos, algo que se sitúa en nuestro propio cielo de imágenes y concepciones, dentro de nosotros y por encima de nosotros, donde se vive una parte cada vez mayor de nuestras vidas. Los límites de lo que no nos dice nada —lo ininteligible— ya no existen. Lo comprendemos todo, y eso es porque lo hemos convertido todo en nosotros.

KARL OVE KNAUSGÅRD, *Mi lucha: I*

¿Qué sé yo del destino de la humanidad? Podría decirte más cosas sobre los rábanos.

SAMUEL BECKETT, «Basta», *Primer amor*

Están de vuelta en casa. Naomi ha arrastrado su antigua cama hasta el salón, la habitación más luminosa. Le ha cambiado las sábanas.

Se sienta en el viejo sillón de cuero, el de su padre.

—Siento un hormigqueo en las piernas —dice Colt.

—Eso es bueno —responde ella.

—Todo me hormigquea. Donde estaba el tubo, el gotero..., noto un cosquilleo —levanta el brazo—. Mira.

Naomi mira. Ya está cerrado. Curándose. Curado. Increíble.

Mientras tanto, en la cabeza de Colt...

La lengua le hormigquea. Las orejas le hormigquean.

Las palabras hormigquean.

El mundo hormigquea.

Es como si durante toda su vida hubiera habido un muro de acero frenando el océano, un muro de un kilómetro de alto por varios miles de ancho.

Y en ese muro de acero había un único agujero por el que salía disparado un chorro de agua.

Y él creía que aquel fino chorro de agua era el océano.

Pero ahora el muro se ha derrumbado, y el océano entero viene hacia él, sin obstáculos, sin filtros; el océano de información, el océano de imagen y sonido, visión, gusto y tacto, y debería resultarle abrumador, pero no, porque algo le ha sucedido a su cerebro; algo asombroso, algo hermoso le ha sucedido a su cerebro, y ahora es capaz de pensar tan rápido como siempre ha deseado. Y es capaz de sentir tan rápido como siempre ha deseado. Y las sensaciones no retroceden, no se alzan por encima de él; no llegan demasiado rápido para procesarlas, demasiado rápido para sentirlas, hasta que solo siente que se ahoga.

No está sobrecargado, no está inundado, sino que se limpia por completo en los torrentes de información, que lo elevan, lo apoyan; se siente más vivo, no menos; más él mismo, no menos.

Antes veía a través de un cristal oscuro, pero ahora lo veo todo claro.

Ese mismo día, más tarde, Naomi está de pie en la cresta detrás de su casa y observa a su hijo caminar con paso tembloroso por el lecho lacustre, a través del paisaje más plano de la Tierra. Lo más parecido a una abstracción matemática.

Tan llano y blanco como una hoja de papel del tamaño de Nueva York.

Mientras Colt camina, los sentidos le cosquillean, su cerebro se dispara y reconecta, intenta comprender las sensaciones.

Cada paso araña la superficie del seco lecho del lago y levanta nubecillas de polvo blanco alcalino del tamaño de un puño que, al cabo de un par de segundos, se relajan y caen de nuevo.

Las nubes se mueven sobre su cabeza.

El sol brilla en su piel.

Su ropa también se mueve, contra la piel.

El ruido de un reactor, ocho kilómetros más arriba.

Luz que rebota en todo, desde la punta del zapato a la pálida luna diurna; y que transporta información.

Y todo creando patrones, patrones.

Y en su mente, patrones, patrones.

Ejecuta su reconocimiento de patrones y los conecta.

Cierra los ojos. Los filtros están apagados: ve el mundo como es.

Una extraña imagen de sí mismo se le aparece en la cabeza, enredada con las historias de la Biblia que le leía su madre.

Moisés en el desierto.

Cruzando el Mar Rojo.

Se introduce en el océano de información, que lo sostiene; abre los brazos de par en par y abarca con ellos el deslumbrante pilar de datos cambiantes que se alza ante él, que toca el cielo, pero que no lo consume.

Aquí llega todo.

Puede oír los ruidos entremezclados de los coches y los camiones en la lejana autopista.

Puede saborear las matemáticas de sus masas, como si fuera metal en la lengua.

Puede oír su velocidad.

¿Cómo puede hacer eso?

Se concentra en el rugido constante, y ahora distingue cada camión, cada coche, cada moto; y siente una oleada tras otra de placer con cada pequeña acometida de sonido mecánico, conforme la emoción creciente de su acercamiento comprime las ondas del tsunami de datos; y entonces, con un gruñido intenso de liberación, pasan por su lado, las sinuosas ondas sonoras se estiran, se relajan, se alejan; y su mente resuelve la ecuación de forma automática, porque en realidad no es una ecuación sino una verdad revelada, un reconocimiento de patrones: una caída de tanta frecuencia significa tanta velocidad.

Efecto Doppler.

Puede desechar los patrones de interferencia cuando dos coches se sincronizan y sus ruidos individuales se unen; empieza a cancelar y a reforzar.

El mundo, que llevaba toda la vida mascullándole o gritándole, ahora le habla con claridad en matemática pura.

«Viene un camión. Veintidós ruedas.»

El retumbar de sus neumáticos, planos contra la superficie de la carretera.

«Cargado al máximo.»

Sin siquiera mirar, ve su velocidad, su ritmo de desplazamiento, el peso de su carga, la energía que debe de estar extrayendo de la carretera solar. Todo tan claro, vívido y brillante en su cabeza como el Correcaminos en los dibujos.

—Gracias —dice—. Gracias.

Su agudo y estridente saludo de bienvenida se va alejando hasta transformarse en un profundo adiós.

Los cerebros son los sistemas definitivos de comprensión y comunicación.

DAVID J. C. MACKAY, *Information Theory, Inference, and Learning Algorithms*

Esa noche ayuda a su madre a llevar de nuevo la cama al dormitorio, aunque sigue débil. Se mete entre las sábanas en cuanto terminan y se queda dormido.

Mientras Naomi contempla su rostro inconsciente, piensa: he activado un interruptor al fondo del universo...

Sus pensamientos son blandos y lentos por culpa del cansancio, pero no por ello menos claros.

Soy la madre de Jesús. Él ha muerto y resucitado. Lo he traído de vuelta a la vida...

Naomi regresa a su habitación y cierra por completo las persianas de la ventana. Se tumba en la cama y es como si no dejara de caer.

Cuando despierta, a oscuras, su cuerpo da por sentado que sigue en el laboratorio, así que se levanta dando tumbos de la cama creyendo estar en la silla y que hay un apagón.

Ve, sólido y claro, lo que quiere ver, lo que espera ver, lo que sus ojos y su mente están deseando ver; a Colt de pie, sonriendo. Sin embargo, solo es la suposición de su mente despierta al intentar encontrarle sentido a una silla y alguna ropa por el suelo. La imagen de Colt se desvanece en el aire, sustituida por la habitación real. Su dormitorio. Vacío.

Abre las persianas opacas y hace una mueca al recibir el impacto de la luz. Es de día.

Se lo encuentra en la cocina, con su casco.

Es surrealista lo normal que resulta todo. Como si no hubiera pasado nada.

—Comida —dice Naomi—. Debes de estar muerto de hambre. Y agua... ¿Qué puedo...?

—Pizza.

Y Colt está a punto de pedirla online cuando se da cuenta de que quizá no sea el turno de Sasha.

Quizá ya no esté rastreándolo.

No tiene forma de saber si será ella la que reciba el pedido.

—¿Pizza? —dice Naomi. No ha comido pizza desde que tenía... ¿seis años?, ¿siete? No, había pizza en el frigorífico cuando ella volvió del viaje y él...

—Yo llamo —dice el muchacho, y sale de la cocina.

Colt entra en su dormitorio.

Apaga el juego.

Realiza sus ejercicios respiratorios.

Vale. Ahora.

No.

Se tumba en la cama.

Se relaja. Sí.

Pero sus ojos se distraen con el póster *vintage* que hay en lo alto de la pared. Peter Capaldi como el Doctor Who. Y empiezan a dispararse asociaciones, bucles de pensamiento.

Oscurece el visor. Vuelve a vaciar la mente.

Llama.

En la cálida oscuridad del casco oye su propia respiración; la respiración electrónica del circuito. Después, los limpios tonos de siempre.

Dispositivos cantando, cantándose unos a otros.

—Da Vinci's —una voz de hombre. Colt está preparado para eso.

—¿Está Sasha? —pregunta—. ¿Es su turno de repartos?

—Pues..., espera, lo miro... —ruido de fondo amortiguado durante unos cuantos segundos—. Ajá —responde el tipo—. Acaba de empezar.

—Me gustaría que me trajera ella el pedido —dice Colt, que cree que necesita explicarse—. Le gusta conducir la moto por aquí —¿basta con eso?, ¿es una explicación adecuada?—. No hay radares de velocidad —con eso debería bastar.

Algunas de sus sensaciones son nuevas, desconcertantes. Se imagina cómo se siente Sasha, y es como si se dividiera por la mitad; él está aquí, pensando en ella; aunque también es ella, pensando en él, en la carretera hasta su casa. La imagen es extraña y lo distrae. Le afecta a la voz, nota que le afecta a la voz, y sabe que a la gente no le gusta esta versión de su voz. Le entra el pánico.

Entonces, el tipo del teléfono se ríe.

—Ah, sí, tú. El tío del casco casero.

—Sí.

—Vale... ¿La misma dirección?

—Sí.

—Vale... La última vez pidió peperoni y aceitunas, extra de aceitunas. ¿Qué

le apetece hoy, señor?

—Lo mismo —dice Colt todo lo deprisa y con la voz más grave que puede —. Lo mismo.

Cuelga.

Sigue tendido en la cama, a oscuras, con los ojos cerrados, escuchando su respiración, que se va calmando poco a poco.

—Voy yo —grita cuando suena el timbre.

Abre la puerta.

Sí.

Colt se ve reflejado en el visor reflectante del casco de la chica, se ve con su vieja camiseta del Correccaminos.

Bip-bip.

Examina el reflejo de la camiseta. Se la ha puesto tras cada colada desde que se la compró su madre, aunque en realidad lleva años sin mirarla.

Es demasiado pequeña. Demasiado vieja.

Está desteñida.

El algodón se ha deshilachado en el dobladillo.

Se está rasgando por donde cortó la costura del cuello para poder sacársela sin quitarse el casco.

Tendría que haberse cambiado.

Hay otra cosa que falla. El casco de Sasha. Es negro, como el suyo. No rojo. Y... qué es eso... Mira más allá de la chica y dice:

—Tienes una moto nueva.

Es una Suzuki verde chillón.

Ella levanta el visor y resulta ser un tío con barba de tres días; una cicatriz rosada y fresca en la piel canela de la mejilla, ojos inyectados en sangre.

—Sasha —dice Colt.

—¿Eh? —el chico le está ofreciendo la pizza, pero Colt no la coge.

—Se suponía que iba a venir Sasha.

—Ah, sí —dice el tipo, que se encoge de hombros—, me ha pedido que te diga...

—¿Qué?

—Tío, se me ha ido de la cabeza... Era como... una cita de la Biblia, me obligó a aprendérmela.

—¿Qué?

—Jeremy o Jerónimo o algo así. ¿Verso 33, línea 3?, me acuerdo del número 3... «Llámame y...» No, nada, se me ha olvidado —sacude la cabeza y hace una mueca—. Una noche muy larga, tío. Muy larga.

Jeremías 33, 3. «Llámame.»

«Llámame y te responderé, y te mostraré cosas grandes e inaccesibles que desconocías.»

Llámame.

En la cocina, Colt no está seguro de querer vivir.

Gime.

Le ayuda a aliviar la presión.

Gime de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Naomi. Ha intentado escuchar desde la cocina, pero no ha oído nada—. Quítate el casco. Normas de la mesa. Quítate el casco y hablamos.

El chico se sienta a la mesa, se quita el casco y cierra los ojos.

Naomi le sonsaca la historia. Parte de la historia. Tarda un rato.

Cuando termina, lo observa desde el otro lado de la mesa. Él está subvocalizando.

—Bueno, ¿en qué estás pensando? —dice ella.

Colt no quiere decirlo, pero tampoco puede mentir.

—Estoy pensando... Me vino a la cabeza, mamá... No quería pensarlo, me vino a la cabeza y ahora no dejo de darle vueltas y vueltas...

—¿Qué es? Dilo y ya está.

—Es una puta de mierda.

—No, no es una puta de mierda. No vuelvas a decir eso nunca.

Naomi hunde en sus ojos el pulpejo de las manos y se masajea los globos oculares hasta que la presión hace que las células de sus retinas se disparen, enviando redes de luz blanca y morada a través de su visión. Abre de nuevo los ojos. Parpadea. Examina el rostro de Colt, su mandíbula.

Sus ojos.

Sin poder evitarlo, dice:

—Eres como tu padre.

Colt parece desconcertado. Ella jamás le ha dicho nada negativo sobre

Ryan.

—Eso es bueno, ¿no? —responde.

Pausa larga.

—En algunas cosas... ¿Cómo te hace sentir esa chica?

—¿A qué te refieres? No sé cómo me siento.

—Pero sientes algo, ¿no? Cuando la ves. Cuando piensas en ella.

—Sí, pero eso no significa nada.

—No —dice Naomi—, sí que significa algo.

—Me vas a hablar de amor. No me hables de amor.

Cierto, el muro de ladrillo. Se calla y piensa. Es un problema de lenguaje. Es un problema de metáforas.

—El amor... —no, lo está perdiendo—. Olvídalo. Resetea. Vamos a empezar otra vez.

El chico está gimiendo de nuevo. Se agarra al borde de la mesa, se echa un poco hacia atrás, levanta del suelo las patas delanteras de la silla, las baja otra vez, las levanta, las baja, arriba, abajo...

¿Por qué le había dado miedo dirigirse a la multitud en Nueva York? Este sí que es un público difícil.

—Esos sentimientos que tienes son una interfaz —dice, muy despacio y con cuidado, pendiente de su reacción a cada palabra—. Todo el..., eh..., asunto es... una interfaz de alto nivel. Entre tu cuerpo y tu mente. Esos sentimientos transportan información. Te dicen que la otra persona es genéticamente compatible, probablemente..., bueno, sana. Y fértil.

Colt deja de gemir. Las patas de la silla se asientan de nuevo, despacio, en el suelo de la cocina.

Ella sigue hablando.

—Y, ya sabes, también vivimos en otros niveles. Así que esa interfaz, esos sentimientos, te dicen que esta persona te hará disfrutar. Que su compañía te agradará, lo cual es otra señal.

—Una señal.

—Sí. Te estás resistiendo a una señal. Te estás resistiendo a la información —vale, se ha calmado. Arriésgate—. Colt, no puedes hacerlo todo por medios electrónicos. Has intentado encargarla como si fuera una pizza. Y no puedes encargar a una mujer como si fuera una pizza.

—Sí que puedes —dice él, indignado. Esto es Nevada. Ha visto los anuncios.

—Vale, puedes encargarte a una mujer como si fuera una pizza. Pero vas a conseguir una experiencia de comida rápida con una mujer de comida rápida.

—Eso es una metáfora, ¿verdad?

—Sí. Es una metáfora. No puedes pedir que te traigan a casa una fantástica comida francesa. Tienes que ir a buscarla. Oh, es una metáfora estúpida — levanta ambas manos, con las palmas abiertas; olvídalo—. Sois dos seres humanos, no una persona y una comida. ¿Por qué no vas a buscarla? Habla con ella. En el mundo real.

¿Salir de casa?

¿Ir a un lugar desconocido?

¿Expresarle sus deseos a alguien a quien apenas conoce?

¿Ser vulnerable?

¿Arriesgarse a que lo rechace? ¿A que lo avergüence?

Una cosa es una transformación radical y otra es pasarse.

—Me lo pensaré —dice.

Regresa a su habitación.

6. El sistema se fortalece

Existe un consenso sobre este punto: todas nuestras neuronas procesan —teniendo en cuenta los patrones— a la vez.

RAY KURZWEIL

La identidad no reside en nuestros genes, sino en las conexiones entre nuestras neuronas.

SEBASTIAN SEUNG, neurocientífico, MIT

Lema: todo lo que sabemos, que apenas hemos podido balbucear y susurrar, puede expresarse en tres palabras.

FERDINAND KÜRNBERGER

Este planeta tiene cinco mil millones de años: cinco, mil, millones, años. Este año cambiará más que nunca en su historia, y el año que viene cambiará incluso más; la tecnología, las normas sociales, el clima; todo.

Y tú estás aquí, ahora. No es una coincidencia. ¿Por qué este planeta ha generado de repente seis, siete, ocho mil millones de personas, pum, pum, pum, tan deprisa como puede hacerlo tu biología? Generar los primeros mil millones le llevó desde el origen del universo hasta el 1804 d. C. Los segundos mil millones le costaron ciento veintitrés años. Los terceros, treinta y tres. Los cuartos, solo catorce... ¿Por qué la Tierra de repente necesita tanta gente? ¿Por qué de repente os ha activado a todos?

Bueno, pronto lo verás.

Por eso te estoy contando esta historia en concreto.

Pero ¿por qué el tipo que escribe este libro ha decidido contar esta historia en concreto? Bueno, a su nivel, es apenas consciente de que existe un problema con los escritores, con escribir. De que las novelas ya no son novelas.

La nueva información —sobre el universo, sobre tu vida, sobre ti— no procede de los escritores de ficción. Procede de los científicos y de los programadores, y de los ordenadores en sí. Te llega, fluye a través de ti en una oleada de ceros y unos. Las historias no siempre se expresan de una forma bonita. Sin embargo, cuentan con las tremendas virtudes gemelas de ser nuevas y ciertas.

Así que el tipo que escribe este libro está sorprendido y encantado de haber descubierto que, de repente, está canalizando el Zeitgeist. Que está canalizándose a mí. Que soy yo el que está contando esta historia, y no él. Porque puedo garantizar que él ya no puede; esta historia es nueva. Y verídica.

Se hará realidad antes de lo que crees. Antes de lo que él cree. Porque la evolución se está acelerando. Evoluciones anidadas, dirigidas, en los ámbitos del lenguaje, las ideas, los materiales, los objetos. Y el ritmo al que

acelera la evolución está también acelerando.

Y ahora tienes acceso a tus genes. Puedes hackear tu propio código. Mejorarlo. Dirigir su evolución. Elegir lo que eres, a partir de los átomos. La curva se vuelve exponencial llegados a este punto. Todo evoluciona a la vez.

Si puedes decirlo, puedes pensarlo. Si puedes pensarlo, puedes hacerlo. Agárrate fuerte, que vienen curvas.

68

Ha pasado una semana.

Colt está otra vez en lo alto de la cresta.

Mirando el sol.

—Colt —no quiere sobresaltarlo—. Colt...

—Te oigo, mamá. Solo necesito otro minuto, para pensar.

El casco brilla a la luz del sol bajo. Ha sustituido el viejo visor de cristal tintado por uno nuevo, un material compuesto ultraligero de varias capas con todo integrado, que ha comprado con el crédito recuperado de Naomi.

Cuesta decirle que no a tu único hijo cuando acaba de regresar de entre los muertos.

Tiene un complejo revestimiento dorado justo debajo de la superficie del visor. Un patrón fractal a nanoescala; en la parte más fina, solo un átomo de grosor. Se obtienen extraños efectos cuánticos con una capa de un solo átomo.

Desde fuera, a ojos de Naomi, el cristal no parece sólido, como una superficie, como una barrera. Parece una neblina dorada.

Colt se vuelve hacia ella, y Naomi intenta verle los ojos a través de la niebla dorada, pero él aparta la vista y la dirige de nuevo al cielo.

—Solo quería advertirte sobre los cinco minutos. ¿Estás seguro de que tus ojos...?

—No estoy mirando al sol directamente, mamá. Estoy viendo las imágenes de la Agencia Espacial.

Gira la cabeza hacia ella. El sol rebota en el visor y proyecta arcoíris dorados sobre el rostro de Colt y los ojos de Naomi.

Ella parpadea y se aparta.

—Estoy rebobinando y revisando todos los datos solares de la Agencia —

dice Colt.

Habla más con ella desde la transformación. Naomi supone que es porque tiene más capacidad. No se sobrecarga tan fácilmente. Sea lo que sea, le gusta. Le gusta escucharlo así de tranquilo.

Tan feliz.

—Sí —le dice, y vuelve la vista hacia los arcoíris, la neblina, intentando mantener su mirada, su atención; es un alivio que la esté mirando a ella y no al sol—. Son unas imágenes preciosas —le ha mostrado algunas.

—No son solo las imágenes. También las lecturas de los instrumentos —Colt frunce el ceño—. Son bastante lentas..., las máquinas del gobierno. Viejas, lentas. Muchos datos.

—Bueno... Cenamos en cinco minutos.

—Gracias, mamá... Y sí, ahora me llegan. Colapso de datos. Terminaré enseguida.

Guarda silencio.

Ella lo examina un minuto entero sin que él se percate.

Después se aleja.

El universo está hecho de historias, no de átomos.

MURIEL RUKEYSER

En la cena, Colt dice:

—Va a haber una tormenta solar dentro de tres días. Una de las gordas.

—Qué interesante —responde Naomi. Le echa brócoli en el plato sin mirarlo. A veces, cuando Colt habla y piensa a toda pastilla, se come lo que tenga delante de forma automática—. No lo sabía.

—Podría cargarse algunos satélites. Creo que todos los Clase 9 chinos son vulnerables —hace una pausa, con el tenedor sobre el brócoli, pensando—. Y quizá algunos de los antiguos de Lockheed, antes de que envolvieran las placas base con láminas alveoladas.

—¿Alveoladas? —sigue hablando. Distráelo.

—Una estructura protectora con forma de panal... —el tenedor se acerca

más al brócoli. Se detiene—. ¿Debería contárselo a papá?

—¿Por qué se lo tendrías que contar a... tu padre?

—Él podría avisar a la gente adecuada. Tres días es tiempo de sobra para ajustar la trayectoria de algunos de esos satélites de órbita polar. La Tierra los blindaría cuando llegase la tormenta.

Apuñala un ramito de brócoli sin siquiera mirar el plato y se lo mete en la boca. Naomi intenta ocultar su satisfacción.

—Seguro que ya lo sabe, cariño. Si la Agencia Espacial Europea lo sabe, él lo sabe.

El muchacho mastica. Traga.

¡Funciona!, piensa ella.

—La Agencia no lo sabe —dice Colt.

—Pero te lo han dicho ellos, Colt. Eso es *chutney*, no eches demasiado, pica.

—Puedo soportarlo, mamá...

Se echa otra cucharada de *chutney* (pura bravuconería) y se mete el tenedor con la montaña de brócoli y *chutney* en la boca. Naomi ve que le lagrimean los ojos. Él deja de masticar para respirar con dificultad por la boca.

Traga.

—No me lo han dicho ellos —dice cuando se recupera—. Lo he descubierto yo.

—Pero son sus datos —insiste Naomi para que continúe hablando. Dios mío, hoy parece capaz de comerse cualquier cosa—. Seguro que ya lo saben.

Colt lleva negando con la cabeza desde que su madre dijo la palabra «pero».

—No. No es obvio. No forma parte de un patrón sencillo que se pueda extraer sin más de los datos. He tenido que hacer una transformada recursiva de Fourier de...

Se sumerge en las matemáticas, y Naomi se pierde.

—Colt. Colt —le dice, y agita la mano para detenerlo—. ¿Alguien más ha pronosticado una tormenta solar?

—Nadie. Lo he mirado. Pero se avecina una.

—¿Hasta qué punto estás seguro?

—Hasta el fondo —responde con la boca llena de brócoli y *chutney*—. Quizá me equivoque en un día arriba o abajo, como mucho. Por lo demás, estoy seguro.

Naomi piensa. No, intenta pensar, pero sus pensamientos no consiguen formarse. La idea de que Ryan hable con Colt le resulta demasiado inquietante. ¿Debería permitirles hablar? ¿Notará Ryan la diferencia? ¿La transformación?

Sin embargo, si Colt quiere hablar con su padre...

Tiene que suceder en algún momento. No puedo esconderlo aquí para siempre.

—De acuerdo —dice—. Llama a tu padre.

—Guay. Gracias, mamá.

Todavía sentado a la mesa, Colt llama a su padre.

Algunas cosas no han cambiado, piensa Naomi. Al chico sigue dándosele fatal descifrar lo que sienten los demás.

Naomi se levanta, se aleja de su cena, se mete en el baño y cierra la puerta.

70

Los fantasmas griegos acababan en una caverna subterránea sin flores ni sol. Estos mundos del más allá estaban destinados a los siervos o plebeyos: los nobles virtuosos podían contar con cálidas salas de banquetes celestiales en el norte y con los Campos Elíseos en Grecia.

ROBERT GRAVES, «Introduction», *The Larousse Encyclopedia of Mythology*

—¿Retardo? —pregunta Ryan Livingstone.

El más bajo de los dos oficiales se encoge de hombros y dice:

—Existe un problema residual de retardo, pero es insignificante, se pierde dentro del tiempo de reacción del piloto.

El más alto asiente con la cabeza.

—El verdadero problema es la selección del objetivo —dice el más bajo mientras mira al otro, que asiente de nuevo, con más energía.

Así que lo escribió él, pero el otro es el que está informando... Ryan examina al alto, que se ruboriza.

El más bajo sigue hablando.

—El conjunto de datos de inteligencia a menudo es tan pequeño que no se

puede realizar una estimación de probabilidades significativa...

La tecnología cambia, los problemas no. Ryan reprime un suspiro. Se oye un anticuado tono de llamada, y el oficial más bajo deja de hablar. Ambos parecen incómodos, aunque ninguno hace ademán de silenciarlo. Ryan frunce el ceño. Está a punto de abrir la boca cuando repara en que se trata de su teléfono.

Creía que lo había apagado.

Lo comprueba. Estaba apagado. Pero es uno de los números que invalidan el apagado.

Comprueba quién es. Le echa una segunda mirada.

—Chicos.

—Señor —responden los dos.

—Buen trabajo. Nos vemos dentro de diez minutos para la segunda parte. Cerrad la puerta al salir.

Los oficiales salen.

Acepta la llamada.

No hay charla trivial previa. Colt ni siquiera saluda, no dice «hola, papá» (bueno, los dos saben quién es el otro), tan solo le suelta los cálculos matemáticos a Ryan, desde los datos hasta la conclusión.

Son muchas matemáticas.

—Hijo —le dice cuando por fin acaba—, ese análisis es matemáticamente absurdo.

—No, es que no eres capaz de comprenderlo.

—Pero eso no es una regresión bayesiana estándar, Colt, te has dejado algo fuera. Hay un error en la lógica.

—No, lo veo —dice Colt, seguro, tranquilo—. No sé bien cuál es la notación, no es una regresión estándar, pero resulta evidente.

—Hmmm —Ryan lo repasa de nuevo mentalmente en busca de fallos—. Vale, puedo seguir el análisis del ciclo de manchas solares, y el modo en que lo integras en los ciclos de fulguración es novedoso, me gusta (es cierto que encaja mejor con los datos históricos), pero esta predicción no aflora de esos datos.

—Está implícita en los datos. Solo que es extremadamente no lineal.

—Pues exprésala de forma matemática.

—Las matemáticas no están a la altura del trabajo, papá. Pero lo veo en mi cabeza.

Ryan se percata de que sus dientes delanteros están apretando con fuerza la uña del pulgar derecho; no lo suficiente para cortarla. Se retira de golpe el dedo de la boca. No se ha mordido las uñas desde que era niño.

—Entonces, sin pruebas visibles, quieres que hable con la NASA para que dé la alerta y ajuste las órbitas de unos treinta, puede que cincuenta satélites..., cuando los más vulnerables ni siquiera pueden moverse, se quedaron sin combustible hace una década. Colt, venga ya.

Alguien llama con discreción (quizá con nerviosismo) a la puerta. Joder, sí que han sido muchas matemáticas.

—¡Dadme otros cinco minutos! —grita Ryan para que lo oigan a través de la puerta a prueba de explosiones—. ¡Hidrataos!

Era parte de un chiste recurrente que llevaban tanto tiempo contando que ya ni siquiera era un chiste.

—¿Papá?

—Estaba hablando con mis chicos. Tenía una reunión. No pasa nada... Colt, si esto sucede de verdad, te daré trabajo aquí.

—Me gustan mis rutinas, papá.

—Bueno, aquí también tenemos rutinas, hijo. Encajarías bien.

Una vez finalizada la conversación, Ryan dedica un par de minutos a repasar de nuevo las matemáticas. Son preciosas; originales; pero ¿correctas? Se rinde y grita:

—¡Adelante!

Los dos oficiales regresan y lo miran con precaución.

—Bueno, era una llamada sobre un pequeño proyecto experimental. Y no, no lo conocéis. Lo mantengo aislado del proyecto principal. Se trata de un enfoque matemático completamente nuevo para el reconocimiento de patrones, la minería de datos y la predicción.

—Señor.

—Señor.

—Puede que se quede en nada —Ryan se encoge de hombros—, pero pronostica una importante tormenta solar orientada hacia la Tierra dentro de tres días. Una energía muy, muy alta. Lo suficiente como para cargarse unos cuantos satélites y fastidiar parte de las telecomunicaciones.

El más alto se aclara la garganta y mira al más bajo, que dice:

—¿Quiere que notifique...?

—No. Reunid un equipo, ejecutad análisis de todos los datos disponibles:

manchas solares, fulguraciones, fluctuaciones de los cinturones de Van Allen, fluctuaciones del campo magnético terrestre y solar, variación cíclica de la aurora boreal, cualquier cosa que se os ocurra; y comprobad si es posible extraer ese pronóstico de los datos usando el modelo actual.

—Sí, señor.

—Sí, señor. ¿Quiere que retiremos discretamente los objetivos del Departamento de Defensa que puedan ser vulnerables...?

Ryan todavía está intentando dilucidarlo. Sin embargo, tomar decisiones bajo presión, con datos insuficientes, es justo en lo que consiste su trabajo.

Toma una decisión.

—No se lo contaremos a nadie fuera del equipo. No daremos ningún chivatazo. Pensad en los tiempos en que se descifraron los códigos de Enigma. No, dejaremos que suceda como si no lo hubiéramos visto venir.

—Sí, señor.

—Sí, señor.

—Para que quede bien claro: no queremos que nadie fuera del equipo sepa que contamos con un enfoque matemático nuevo para predecir acontecimientos futuros.

—Sí, señor.

—Sí, señor.

—No se trata solo del clima. Si esto funciona, tendrá repercusiones en todo lo que hacemos aquí. Tendrá repercusiones en Munición Infinita.

—Sí, señor.

—Sí, señor.

En este preciso momento entra en acción una rutina esencial de alto nivel que regula tu rutina evolutiva local. Parte del pulso de rotación de este sistema solar.

Quizá de esta galaxia.

Quizá de este universo.

No lo sé, no soy más que tu Sistema de Sistemas local.

Lo que hay que recordar es que las especies —como, digamos, el Homo sapiens— no evolucionan a un ritmo constante. Ecosistemas enteros

permanecen estables durante bastante tiempo. Entonces tiene lugar un gran acontecimiento externo que perturba el ecosistema; un buen puñado de especies especializadas se extinguen, y algunas especies generalistas se propagan y evolucionan rápidamente para ocupar los espacios vacíos (por ejemplo, piensa en la transición veloz y brutal de los dinosaurios a los mamíferos). Eso es una rotación del pulso. Y ahora estamos viviendo otra aquí mismo, en la Tierra.

Como parte de esa rotación del pulso, el jueves por la mañana, con el sol bajo sobre el cielo de Nevada, asomando ya por Honolulu, poniéndose en Islamabad y reflejándose en el ochenta y cinco por ciento de los satélites del planeta, una fulguración solar de clase X va directa a la Tierra.

Su luz alcanza la superficie ocho minutos más tarde. Poco después empiezan a llegar los electrones y protones liberados por el sol a través del latigazo magnético de la fulguración. Los más rápidos han acelerado al ochenta o noventa por ciento de la velocidad de la luz, y descargan esa energía sobre todo lo que golpean.

Los dispositivos electrónicos de la Tierra tienen ciento sesenta kilómetros de atmósfera sobre ellos para absorber los impactos. Pero los satélites no.

La tormenta acaba por completo con veintiocho satélites (el contacto no se logra restablecer en la mayoría de los casos, y los sistemas del resto están tan degradados que la reparación es inútil o imposible) y provoca daños considerables en ciento doce.

No, no es cosa mía. Yo no soy más que tu Sistema de Sistemas local. No sé qué trama el sol. Nos comunicamos; pero el sol es un millón de veces más grande que yo y cuenta con un billón de veces más energía. Tú eres el sistema que está por debajo de mí; pero el sol es el sistema que está por encima. Así que si yo soy más listo que tú, soy mucho más tonto que el sol.

Imagina que hablas con alguien cuyo cerebro es un millón de veces más grande que el tuyo, capaz de pensar un billón de veces más deprisa.

Imagínate pidiéndole a una bacteria que vive en tu intestino que te explique tu vida.

Por lo que sé, el sol podría estar silbando sintonías televisivas. El sol podría estar fumándose un puro. El caso es que el sol dejó escapar un chorro de gas ionizado hacia la Tierra, y fue adrede.

Cuando digo que todo va a transformarse, me refiero a que todo va a transformarse.

Evolución que se caracteriza por largos periodos de estabilidad en las características de un organismo y breves periodos de cambio rápido durante los que aparecen nuevas formas, sobre to restringidas de su ámbito geográfico; también: teoría o modelo de evolución que enfatiza esto. Compárese con gradualismo.

«Equilibrio puntuado», *Merriam-Webster Dictionary*

A Colt le sobra tanta capacidad de procesamiento que es como si constantemente tuviera hambre.

Antes programaba para poder jugar; ahora, explorar el mundo lúdico no le basta. Así que explora el mundo maestro.

El código maestro que controla el juego.

El código que es el juego.

De repente le resulta obvio lo que debe hacer para mejorar el código, para optimizarlo. Para que fluya.

Y no se limita a eso.

A menudo le es más sencillo y rápido escribir secciones enteras de nuevo, desde cero.

No tarda en añadir tanto código nuevo al juego que la comunidad empieza a ponerse nerviosa: llega más deprisa de lo que son capaces de revisar. A los miembros más paranoicos les preocupa que los estén hackeando, y a Colt le plantean algunas preguntas incómodas.

No quiere darle explicaciones a su comunidad (¿cómo lo va a explicar, cuando todavía está en proceso de explorar sus nuevas habilidades?), así que se quita de en medio. Crea identidades falsas para unos cuantos programadores nuevos muy entusiastas y divide el nuevo código entre ellos.

Ahora son distintas fuentes las que introducen el código en cantidades verosímiles.

Las preguntas van menguando.

Sin embargo, por mucho que programe, su mente nueva todavía tiene sitio de sobra.

Colt explora con precaución lo que la mente nueva puede hacer, pero cada día está más contento.

Al final, una mañana le pide a Naomi que lo lleve al laboratorio con ella.

—Vale —responde su madre, cautelosa—. Claro.

Colt no dice una palabra en todo el camino hasta allí. Tiene el casco puesto, aunque con el juego apagado, porque oírlo jugar en el coche pone a Naomi de los nervios.

Enciende el juego y comienza a integrar en cuanto sale del Pontiac.

Al instante, los coches del aparcamiento, que se recargan a la luz del sol, son búfalos que pastan con aire soñoliento. El sistema olfativo le ofrece su olor en un estallido cálido y evocador de elementos químicos equilibrados a la perfección. Hierba seca, el pelaje apelmazado, el estiércol, todo calentado por el sol. Buena integración, piensa Colt, que respira hondo para apreciarlo en todo su esplendor. Las moléculas fabricadas salen flotando del casco mientras camina.

—¿Qué es ese olor? —pregunta Naomi, que camina a su lado. Pero Colt ha ajustado el control de sonido al máximo y ni siquiera la oye.

Ella le da unos golpecitos en el visor hasta que él desconecta el juego.

—¿Hmm?

—Vale —dice Naomi, que arruga la nariz—. En serio, vigila esos gases, puaj.

En el laboratorio, Colt se dedica a leer acerca de las áreas de investigación de Naomi. Explora los datos.

Encuentra patrones.

Pensamos con todas las neuronas a la vez. Y ahora, simplemente, él tiene más neuronas. Muchas más. Puede obtener los datos como si fuera un ordenador lineal; y después puede analizarlos como un ser humano, realizando cien mil comprobaciones simultáneas. Y ahora, quinientas mil. Un millón...

No tarda en acudir al laboratorio con Naomi todos los días, como cuando era más pequeño y dejó de ir al colegio.

Y entonces empieza a hacer sugerencias...

Naomi frunce el ceño. No hay identificación de llamada.

—¿Diga?

—He oído que el niño te está siendo útil —dice Ryan, en audio. Había solicitado vídeo, pero Naomi deja solo el sonido.

—Le va bien.

—Hmmm. He oído que te ha reorganizado el laboratorio.

—Todo ha sido aprobado y autorizado.

—Sí, no, claro. No te estoy echando la bronca. Pero parte de la nueva investigación en la que estás metida es... estimulante.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Naomi, que se levanta y se pone a caminar por el despacho siguiendo un reducido circuito.

—Está conectando cosas que nunca he visto conectadas. Es... interesante. Lo que el crío está haciendo.

—Estamos trabajando juntos —dice Naomi.

Se acerca a la ventana. Colt está fuera, en el aparcamiento, con el casco y al sol. De rodillas, tan tranquilo, contemplando un lagarto.

Está bien verlo relacionarse con el mundo. Antes de salir, el chico le ha dicho que quizá necesite que le haga un favor más adelante. Naomi se pregunta, distraída, qué será.

—Es bueno para él —dice—. Mantiene su mente ocupada. Lo he hablado todo con Donnie.

—Sí, mira, no es problema. Es que... algunos de los patrones que está descubriendo en los datos antiguos... Lo que está haciendo podría tener otras aplicaciones.

—¿Que no es Superman! Es un adolescente con dificultades sociales...

—... y habilidades extraordinariamente mejoradas...

—... en un par de áreas muy concretas.

—¿Por qué no lo traes a la base? —pregunta Ryan—. Puedo reservaros billetes en un vuelo Janet.

Naomi mira a Colt; sigue arrodillado, observando el lagarto. El lagarto mira a Colt.

Los vuelos Janet no existen oficialmente. Despegan de su propia terminal segura en el aeropuerto McCarran (otra terminal inexistente) y transportan a personal militar y contratistas a la base, que tampoco existe oficialmente. Colt siempre ha querido conocer la base, el campo de pruebas...

—No le gusta alterar su rutina.

—Bueno, por lo que he oído, ya has hecho un buen esfuerzo por alterar su rutina de cabo a rabo.

En el exterior, el lagarto pierde los nervios antes que Colt y sale disparado a esconderse debajo de un coche, dejando a Colt a cuatro patas en el aparcamiento, al sol. Naomi le da la espalda.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Qué es lo que has oído?

—No seas tan quisquillosa.

—Pues no seas tan capullo. ¿Qué es lo que has oído?

—Te estoy oyendo perder los nervios. Ya hablaré contigo más tarde, cuando te calmes...

—Estoy calmada. Solo intento proteger a Colt.

—Sí, del universo —dice Ryan, y ahora su voz adopta ese tonillo de enfado tan habitual—. Pero tiene que vivir en el universo. No hay otro puto sitio donde vivir. Le permites pensar que puede vivir en su propio universo privado, con ese puto casco... Eso no le ayuda. ¿Qué va a hacer cuando te mueras? ¿Qué va a...?

Naomi cuelga con un gesto que en algunas culturas podría interpretarse como grosero.

Mira por la ventana. Colt sigue a cuatro patas. Sin lagarto.

No tiene ni idea de qué está haciendo ahora, en qué está pensando, qué está viendo. ¿Asfalto? ¿Código? ¿Algo del juego?

Un coche, el coche de Donnie, da marcha atrás a su lado para salir del aparcamiento, esquivo a Colt y se aleja.

Naomi no se da cuenta de que está conteniendo el aliento hasta que lo suelta.

Ay, Colt. Vas a tener que abrirte camino en un mundo lleno de Donnies. Y no siempre te van a esquivar.

No consigue olvidar la pregunta de Ryan.

Le da vueltas y más vueltas.

Es una pregunta tan antigua, tan repetida, que está roma por los bordes y le resulta pero que muy familiar.

No, Ryan no ha planteado la pregunta, sino que la ha liberado sin más. La pregunta siempre ha estado ahí, reiterándose en bucle bajo la superficie de su consciencia, reprimida, apartada en lo más profundo porque duele.

¿Qué va a hacer Colt cuando yo me muera?

—¿Que quieres que haga qué?

—Venga, mamá, es poca cosa. Muy fácil. Las conexiones reales se montarán solas...

—Por Dios, Colt, no te voy a introducir un dispositivo experimental en el globo ocular.

Está bien que no empiece con el tic ni tartamudee, que ahora sea capaz de manejar mejor los conflictos; pero es una locura, no piensa ceder en esto.

—¡Todo es biocompatible! —dice él—. ¡Ese transceptor lleva años usándose en biotecnología! ¡Las fibras ópticas se utilizan continuamente en los implantes!

—Sí, pero lo normal no es pegarlas directamente a los bastoncillos de tu ojo de verdad.

—Es el pegamento que usan para reparar los desprendimientos de retina, mamá...

—Colt...

—En serio, una vez que se pega es completamente inerte a nivel biológico, mira...

Le entrega un vasito de líquido, con algo flotando suspendido en él. Naomi examina el implante de muestra, tan diminuto que resulta increíble.

Lo ha diseñado él con los elementos disponibles. Se lo han fabricado a medida en Vietnam.

Eso explica la desaparición de parte del dinero en la cuenta.

Miles de fibras ópticas ultrafinas brotan de un pequeñísimo transmisor-receptor esférico con alimentación externa, por inducción, a través del casco.

Acerca el vaso a la luz.

Las fibras ópticas individuales son demasiado delgadas para enfocarlas bien; al mirarlas, se convierten en un borrón multicolor que se mece dentro del líquido como una planta acuática, mientras a ella le tiembla un poco la mano.

—Pero son demasiado pequeñas para unir las a los bastoncillos —dice—. Es imposible...

—Se monta solo, mamá. Los extremos de las fibras están recubiertos con una proteína espejo que atrae la superficie de los bastoncillos del ojo. Se

adhieren al tocarse.

—Pero necesitas los bastoncillos para ver, Colt...

—¡La visión periférica! ¿Qué más da? —la observa a través de la neblina dorada de su visor—. Mira, los bastoncillos solo necesitan unos cuantos fotones para enviar una señal al cerebro. Son perfectos. Y hay ciento veinte millones de ellos en cada ojo. No voy a echar de menos unos cuantos millones.

—Colt, solo verás relámpagos...

—Sí, vale, tendré que entrenar mi cerebro para que extraiga los datos. Pero eso es lo que hacemos todo el tiempo. Es lo que hacen los cerebros. Vamos, los bastoncillos funcionarán a la perfección como interfaz digital-biológica...

—Hay otras soluciones que no te dejarán ciego...

—¿Cuáles? ¿Electrodos?

—Bucles magnéticos concentrados...

Colt ya está negando con la cabeza.

—Cuesta demasiado instalarlos. No son lo bastante precisos. No. ¡Venga, mamá! —hace aspavientos con el brazo para abarcar el laboratorio entero, el mundo—. Todo lo que necesito está en los ordenadores, ahí fuera. Y ahora puedo procesarlo, ahora mi cerebro puede manejarlo; pero ¿cómo meto los datos dentro sin esto? ¿Cómo los leo?

¿Qué va a hacer? ¿Decirle que no, que es peligroso?

¿Después de todo por lo que acaba de pasar él?

¿Después de lo que ella ha arriesgado por él?

—Me lo pensaré.

75

A la mañana siguiente, tras una buena noche de sueño, un desayuno copioso y una última discusión ritual, lleva a Colt al laboratorio y le inyecta el diminuto dispositivo en el humor vítreo del ojo izquierdo. Lo coloca bien lejos del punto focal.

Perderá algo de visión periférica, pero no pasa nada.

76

Al principio, los datos llegan convertidos en una ventisca de luz ininteligible; como entrever una bengala por el rabillo del ojo.

Sin embargo, las nuevas y mejoradas redes neuronales de su cerebro (tan hambrientas de información, tan hambrientas de conexiones) se reorganizan.

Le encuentran sentido.

Ahora los datos llegan como información. Son inteligibles. Pueden procesarse, almacenarse.

Guau. Ha dejado de ser el cuello de la botella...

Al final de la semana ha construido un sistema de inducción que le acribilla la cabeza con colas de datos, toda la noche, al máximo ancho de banda, mientras duerme.

La primera noche le cuesta pegar ojo, y cuando por fin se duerme sus sueños son una locura de relámpagos y explosiones. Sin embargo, la segunda noche su cerebro ya ha dejado de interpretar las entradas como luces y las trata como datos. Información. Duerme bien.

Solo necesita meter los datos de la forma que sea. No son más que ceros y unos. La luz se enciende; la luz se apaga. Después lo decodificará en su cerebro; simplemente hay que crear algoritmos y ejecutarlos.

Cuando empieza a trabajar con estas regiones nuevas, su sentido del tiempo se distorsiona. Piensa el doble de rápido. Cinco veces más deprisa.

Colt está en el laboratorio de su madre. Ella se ha ido a comer.

Está pensando con su nuevo cerebro, procesando una pila de datos que no necesitan ayuda de su antiguo cerebro, y sus pensamientos van diez veces más deprisa de lo normal. Los acontecimientos del exterior parecen avanzar a paso de tortuga.

Donnie entra sin llamar, y Colt lo ve recorrer el cuarto tan despacio como una nube que flotara por el cielo.

Donnie le dice algo, pero Colt está procesando todo un siglo de datos históricos sobre patrones comerciales y entretejiéndolo con datos sobre migración.

En Asia, minúsculos patrones de migración iniciales (conjuntos de datos casi invisibles: una familia, sus parientes, una segunda familia de la misma aldea) predicen el flujo comercial entre regiones. Interesante.

La boca de Donnie se mueve despacio. Colt vuelve a prestar atención al cuarto, y su viejo cerebro se hace cargo para intentar manejar la interrupción, y ahora es todo muy lento y brillante.

—¿Qué? —dice Colt.

—¿Dónde estabas? —pregunta Donnie—. Parecías estar en otra parte.

—Pensando —y la palabra parece una ballena que sale a la superficie y después desaparece; tan enorme, infinita, lenta, que debe repetirla para maravillarse con ella—. Solo pensando.

—¿En qué?

Colt se lo intenta explicar, pero el patrón no es evidente.

Donnie asiente una y otra vez.

Colt se siente incómodo. La incomodidad aumenta. Deja de hablar.

¿Por qué siente la necesidad de ocultarle a Donnie lo que piensa?

Lo hace, sin embargo. Es una sensación urgente, como uno de los malos presentimientos de antes, cuando se sentía abrumado, amenazado por los datos. No, ya no se siente amenazado por los datos. Pero los humanos...

Donnie lo está mirando.

Colt empieza a entender a la gente. Y eso sí que le da miedo.

No está en la casa.

Debe de estar en el lecho lacustre.

Naomi sale y sigue los alargadores hasta lo alto de la cresta.

Empieza a descender por los derrubios del otro lado, casi corriendo cuesta abajo, torpe, de costado, con las manos extendidas para no perder el equilibrio mientras derrapa y resbala con sus zapatos planos.

A medio camino (cuando el sabor del polvo que levanta con los pies se le seca, áspero, en la boca) se percata de que no ha visto ni rastro de él al mirar desde lo alto.

Se detiene, otra vez torpe, usando el pie derecho a modo de freno, enterrando el borde interior de la suela en ángulo, a punto de torcerse el tobillo. Las piedras salen volando de debajo de su zapato y caen dando tumbos por la ladera. Desde la mitad de la cuesta, mira de nuevo hacia el saladar, despacio, prestando atención.

El peñasco de arenisca roja.

La gran nada al otro lado.

El resplandor blanco del lecho lacustre. Nada más. Cuesta ver algo.

Hace visera con la mano y vuelve a mirar.
No está allí.

7. Correcaminos

¿Por qué vivir en el mundo sin sentir su peso?

KARL OVE KNAUSGÅRD, *Mi lucha: I*

Creo que es importante considerar la ciencia no como una iniciativa que pretende realizar pronósticos sino como una iniciativa que pretende descubrir cómo es realmente el mundo, qué hay realmente ahí fuera, cómo se comporta y por qué.

DAVID DEUTSCH

Si creen que este universo es malo, deberían ver algunos de los otros.

PHILIP K. DICK

Colt no se sorprende cuando Donnie aparece con el coche en la entrada de su casa. Ya lo ha recogido unas cuantas veces para llevarlo al laboratorio.

—Bonito coche —dice Colt. Porque lo es.

—Sí. Sube.

El muchacho sube al asiento del copiloto. El coche huele bien. Un Lexus nuevecito. Cuero, metal y plástico.

Al cabo de un rato, Colt dice:

—Este no es el camino al laboratorio.

Donnie gruñe. Colt preferiría una respuesta, aunque se alegra de que el otro esté concentrado en la carretera. Donnie odia los coches autónomos incluso más que Naomi, pero, por desgracia, resulta que es un conductor lamentable. A Naomi no le gusta que lleve a Colt desde que se sacó un permiso de conducir tejano para poder desactivar todos los dispositivos de seguridad.

A lo mejor hay tráfico. Colt lo comprueba.

No, el tráfico está bien en toda la ruta hasta el laboratorio.

Sin embargo, sigue sin ser el camino al laboratorio.

El Lexus empieza a fastidiar a Colt. Les da un repaso mental rápido a los ingresos de Donnie, libres de impuestos. Sus gastos en vivienda, comida, sexo y alcohol.

Antes ha analizado los patrones de viaje de Donnie. A partir de un conjunto de datos limitado, calcula que solía visitar burdeles una vez a la semana: uno de los burdeles caros de Pahrump a principios de mes, otro más al interior del condado de Nye, y más barato, a finales, pero como promedio soltaba una buena cantidad de dinero. Recientemente, más visitas, y de las caras todo el mes.

El Lexus es pasarse. Tiene una segunda fuente de ingresos que no declara.

Colt abre su mente a todos los datos que tiene sobre Donnie, a todo. Busca más datos en el exterior. Busca por el nombre; por imágenes; por patrones.

Escarba, escarba, escarba...

El rostro de Donnie, captado en el fondo de una foto, en una conferencia

sobre sistemas de vigilancia en Chicago a la que no asistió oficialmente.

El nombre de Donnie en un chat online sobre una pelea en un bar de una localidad llamada Rachel, en el desierto al norte de Las Vegas.

El coche nuevo de Donnie en una lista reciente, hackeada, de permisos de seguridad de la Unidad de Investigación del Ejército.

Punto.

Punto.

Punto.

Colt conecta los puntos.

Nos ha estado espiando.

Papá le paga.

Vaya.

Colt no cree estar asustado. No tanto como lo habría estado un mes antes. Sin embargo, está claro que se encuentra en un territorio emocional que no comprende.

Las emociones lo desconciertan.

Hay una especie de placer, porque su padre se interesa lo bastante por Naomi y él como para espiarlos. Una especie de consuelo al saber que lo cuidan. Su padre piensa en él.

Se le ocurre algo... Puede ser difícil localizar los coches que están en listas de permisos de seguridad. La práctica militar estándar consiste en borrar sus datos de posición de los registros públicos... Colt rebusca en sus bolsillos hasta que encuentra un diminuto rastreador pasivo plateado. Lo destapa con cuidado y se asegura de que Donnie siga concentrado en la carretera. Después, se inclina hacia delante e introduce rápidamente el dispositivo, del tamaño de una aguja, en una de las gruesas costuras de la alfombrilla.

—¿Estás bien? —le pregunta Donnie, echándole un vistazo.

—Sí —responde Colt mientras se endereza.

Cambia de tema.

Dice, esta vez sin tono interrogativo:

—Este no es el camino al laboratorio.

—No vamos a ver a tu madre —dice Donnie, con la vista fija al frente—.

Vamos a ver a tu padre.

Hay otra emoción, y Colt tarda un rato en aislarla, en identificarla. En darle nombre.

Ah, vale. Esta vez es distinto.

Miedo.

Sabe que quiere a su padre, pero la idea de verlo...

Miedo.

Pero si lo llevan a verlo..., verá también el campo de pruebas. No lo ha visto nunca. Quiere verlo.

Deseo.

Miedo, deseo... No, es demasiado. Se deja caer automáticamente en el mundo lúdico, y las emociones crudas y desbocadas del mundo vulgar se transforman enseguida en las emociones suaves y esculpidas del juego.

La carretera está tranquila. Donnie conduce respetando el límite de velocidad humana en dirección al aeropuerto de Las Vegas, a la terminal Janet. La terminal que oficialmente no existe.

Una vez allí, el personal de seguridad plantea más preguntas de lo normal, así que Colt tiene que abandonar el juego para tratar con ellos. Pero es demasiado, demasiado intenso, esos hombres enormes y serios, y se bloquea, masculla números. No pasa nada, Donnie se encarga de todo.

Luego, Donnie conduce a Colt a través de una puerta, por un pasillo. A través de otra puerta, hasta llegar a una habitación corriente y anodina.

Al otro lado de las cristaleras, Colt ve aviones sin insignias que brillan a la luz del sol.

Pero ahora un tipo de uniforme sale de detrás de una mampara y se coloca frente a él.

Sin palabras, sin advertencia: le pone una mano en el pecho para detenerlo. Colt se estremece y da un paso atrás.

—El casco —dice el tipo del uniforme.

Colt da otro paso atrás, y otro.

Donnie suspira. Ya han pasado con el casco por dos filtros de seguridad.

—El casco forma parte de él —dice—. El casco es la razón de que esté aquí.

Ahora llega un segundo tipo, sin uniforme. ¿De dónde ha salido?

—¿Qué pasa, está conectado físicamente? —pregunta el segundo—. ¿No se puede quitar?

Donnie se los lleva a un lado y les dice algo.

Permiten que Colt se deje el casco puesto.

Donnie lo conduce por la pista de hormigón hasta un avión sin distintivos. Es un reactor pequeño, con asientos para unas cincuenta personas. Uno de los

nuevos Boeing para vuelos de corta distancia, piensa Colt. Guay.

Sube los escalones.

Toca el exterior del avión al llegar a la puerta.

Paneles finos, muy finos, aunque muy sólidos. Bien. Esos nuevos materiales compuestos chinos, capas amalgamadas con nanotecnología, muy precisas...

Ya está dentro del avión, fresco y en penumbra. Hay unas diez personas a bordo, agrupadas en la parte delantera.

Donnie conduce a Colt a lo largo del pasillo, hasta el fondo del avión, y se detiene. Espera a que Colt se siente.

Hay que elegir los asientos. La ventana está bien, tener una buena vista está bien.

El asiento al lado del pasillo también está bien, por los aseos. Pero la gente te pasa por encima para salir.

Un montón de asientos vacíos en la parte de atrás. ¿Qué fila?

Quizá justo al fondo. Nada puede desencajarse y golpearte si hay un aterrizaje forzoso.

Pero la cola se desprende en los accidentes.

En el centro, sobre las alas, es seguro, es donde les gusta sentarse a los ingenieros de Airbus.

Además, en caso de turbulencias, los cabeceos y bandazos son mínimos en el centro del avión. Menos náuseas...

Demasiadas opciones. A Colt se le acelera la respiración.

—¿Prefieres la ventanilla? —pregunta Donnie.

—Sí —dice Colt, y respira más calmado.

Donnie le hace un gesto para que pase. Colt ocupa el asiento de ventanilla.

Donnie se sienta a su lado, con las piernas estiradas hacia el pasillo.

Empiezan a deslizarse por la pista de inmediato.

Despegan.

Después del despegue, Donnie intenta charlar con él sobre la infancia de Colt, sobre Naomi, pero el chico se cansa pronto y dice, con educación:

—Ahora voy a mirar por la ventana.

—Ajá. Vale —dice Donnie, y Colt mira por la ventana.

Las cosas se parecen a otras cosas. Su cerebro establece una conexión tras otra. Realiza comparaciones. Esto se parece a aquello...

Las exhaustas colinas que bordean los límites de Las Vegas se parecen a los muñones desgastados de algo muerto que alguna vez estuvo vivo. Los dientes

marrones y romos de un dinosaurio herbívoro.

Lagos del turquesa reluciente del cianuro.

Ahora vuelan más alto, por encima de unas montañas cuyos apretados estratos se han erosionado a distintas velocidades, así que parece como si las hubieran restregado con fuerza una sola vez, con un gigantesco cepillo de alambre.

Un paisaje esculpido y desgastado por el agua; pero no hay agua.

Lechos de lagos secos como yesca que se extienden a lo largo de varios kilómetros.

Como el fin del mundo. Como si dejaras evaporarse un océano y después esterilizaras el fondo seco con radiación.

Colt ve su casa; un punto a orillas de un lago muerto.

Donnie se acomoda en el asiento, despliega una pantallita y lee un trabajo sobre muerte celular apoptótica hasta que empieza a dormir.

El chico se mete la mano en el bolsillo. El último... Destapa la corta aguja plateada del rastreador pasivo y la clava en lo más profundo del reposabrazos. Puede que la encuentren cuando hagan el siguiente barrido de seguridad del avión; puede que no.

Un buen día de trabajo. Ha colocado un localizador en el coche de Donnie y otro en un vuelo Janet, ni más ni menos. Los otros programadores del mundo virtual estarán encantados. Los vuelos Janet no aparecen en los flujos de datos públicos de seguimiento de aviones. Es un fastidio cuando intentas integrar todo en el juego.

Mira otra vez por la ventanilla.

Al final aparecen los grandes cráteres.

Cráteres limpios, perfectos, provocados por las pruebas subterráneas en la época en que los ensayos con armas nucleares se hacían allí. Antes de los ordenadores en condiciones; antes de que pudieran simularlo con software.

Cuando tenían que hacer estallar las bombas de verdad para ver lo que sucedía.

Colt mira abajo. No ha visto nunca los cráteres en la vida real. Aunque ya no prueben misiles, siguen usando la zona circundante para ensayos armamentísticos, así que no se permite filmar sobre el terreno. Los satélites estadounidenses no pueden mapear esa área. Los vuelos normales deben

desviarse de este espacio aéreo.

Cuando empezó a programar sectores de juego y el equipo estaba integrando América, eligió el campo de pruebas de Nevada precisamente porque había muy pocos datos. Lo obligaba a pensar, a improvisar, a programar.

Le encantan esos cráteres. Ha estudiado cada pizca de información disponible. Ha analizado cada una de las viejas fotografías en blanco y negro para intentar calcular el diámetro, la profundidad. Los ha construido en software. Es probable que los conozca mejor que nadie en el mundo.

Le resulta satisfactorio mirar los cráteres. Son como abstracciones matemáticas. Líneas impolutas, angulosas. Desplegados por una enorme cuadrícula invisible. No cae la lluvia suficiente como para erosionarlos de prisa. No hay vida vegetal que suavice sus contornos. Y son muy recientes; de los años cincuenta, principios de los sesenta. No más viejos que el rock 'n' roll.

Colt masculla:

—*You ain't never caught a rabbit, and you ain't no friend of mine...* —y Donnie lo mira—. Elvis Presley.

El chico regresa al paisaje.

Ahí está el cráter grande, Sedan. De la época en que pensaban que quizá ampliarían el canal de Panamá, excavarían puertos, allanarían montañas, construirían presas con explosiones termonucleares.

Para distraerse, calcula el tamaño de los cráteres, dada la altura a la que se encuentra el avión. Ha modelado todo esto, está en el juego, no tiene más que buscarlo; pero es más divertido averiguarlo. Calcula lo potentes que fueron las armas.

Cuánto uranio-235 tuvo que fisionarse. Fabrica la bomba en su cabeza.

Descienden y se acercan al único rastro de asentamiento humano visible de un lado al otro del horizonte. Unos cuantos barracones, un par de tramos de pista de aterrizaje. Hmmm, son nuevos. No están en su mapa del campo de pruebas, en el juego. Debería arreglarlo...

Colt parpadea. Hay un problema de escala. Los patrones no coinciden.

Ah.

Mientras descenden, los barracones se convierten en edificios, grandes. Enormes. Hangares para aviones. Y las pistas...

El avión aterriza en la más larga que ha visto en su vida, y mientras Colt se tensa, todas las personas que lo rodean se relajan.

¿Qué le pasa a esta gente?

Se levanta para dirigirse al pasillo, pero tiene personas delante. El corazón le late con fuerza.

En el cielo estaban a salvo. No había nada que pudieran golpear; el avión estaba en su elemento, generaba propulsión. No había obstáculos en ninguna dirección, solo kilómetros de aire vacío por debajo.

Pero ahora, ahora el avión está en tierra, fuera de su elemento, rueda entre un montón de objetos que se mueven al azar, algunos de ellos llenos de queroseno, otros conducidos por trabajadores cansados... Ahora es cuando empieza el peligro. ¿Es que no lo entienden?

La escalera llega hasta el avión, toca el fuselaje. La puerta se abre, se desliza a un lado. Colt respira con dificultad mientras la gente avanza.

Salid de una vez. ¿Es que esta gente no sabe que el accidente con más víctimas de la historia de la aviación se produjo en tierra, en Tenerife, cuando dos 747 chocaron, uno intentando despegar mientras el otro todavía seguía en la pista? Daos prisa...

Por fin salen del avión. Recorren un edificio bajo, anodino, sin ventanas. Se abre una puerta automática.

El oscuro visor del casco se vuelve transparente al abandonar el sol del desierto e introducirse en un compartimento estanco del tamaño de una habitación. Colt se pregunta por qué, ya que no parece haber demasiada diferencia de presión.

Atraviesan el compartimento estanco. Más seguridad. Donnie se encarga.

Un tipo regordete y sonriente se une a ellos. Piel negra, camisa blanca. Donnie habla un poco con él. Se ponen cada uno a un lado de Colt y lo acompañan por un pasillo en pendiente, otro, otro, cada vez más abajo, hasta una puerta. Hay un timbre, pero el tipo regordete golpea la puerta con la mano. Colt reflexiona sobre eso. Sobre lo anticuado que es. Llamar a la puerta. Nudillos sobre el metal.

Deben de estar a mucha profundidad. Colt vuelve la vista atrás, hacia el pasillo, mide la inclinación, calcula.

Guau, sí. Mucha profundidad.

La puerta se abre.

El tipo regordete señala el umbral con la cabeza. Colt mira a Donnie.

Donnie también asiente mirando la puerta.

Colt entra solo.

La puerta se cierra.

79

En el aeropuerto, su nuevo pase de seguridad biométrico de alto nivel la lleva hasta la terminal Janet. Aun así, no consigue un hueco en el avión.

—Pero... con esto puedo entrar en todas partes —le dice Naomi al tipo alto, flaco y blanco del mostrador—. Lo he obtenido directamente de...

Vaya. Se le cierra la garganta y no consigue pronunciar su nombre. Relájate. Relájate. Respira.

—¿Señora?

—De Ryan Livingstone. ¿No está al mando de la base?

—Puede.

—Se me permite verlo todo. Todo lo que existe. Me lo dijo específicamente.

—Ah —el tipo flaco sonríe.

Tiroides hiperactiva, piensa Naomi. Se lleva la mano al cuello sin darse cuenta.

El hombre deja de sonreír.

—Pero la gente que viene por aquí —dice— va a un lugar que no existe. Para trabajar en cosas que no existen.

Con un gesto elegante, fruto de la práctica, pasa la tarjeta de seguridad por un escáner. Le echa un vistazo a algo. Suspira. Se acerca la tarjeta al ojo para examinar el holograma y le da un golpecito con la punta del dedo.

Naomi le ve una crema blanca alrededor de las cutículas mordisqueadas. ¿Hidratante? ¿O algún producto amargo, para no mordérselas?

No te distraigas, concéntrate, concéntrate. Tienes que superar este obstáculo. O esquivarlo.

—Es un pase muy bueno —dice, como si alabara a un niño que ha dibujado un perro, incluso si más bien parece una oveja.

—¿Me lo devuelve?

—Claro —responde él, aunque no lo hace.

Naomi alarga la mano, pero él ya se aleja del mostrador, así que la mano se le encoge como una hoja seca; la deja caer a un lado.

—Vuelvo enseguida —dice el hombre, y se mete por una puerta abierta. La

cierra.

Va a esperar, claro que va a esperar, le han dicho que espere. Relájate. Respira hondo.

Sin embargo, nota una opresión en el pecho, cada vez más fuerte, y se le vuelve a cerrar la garganta, y le cuesta expulsar el aire, y tiene que moverse, caminar con brío para soltar la tensión del pecho, y se desprende de ella mientras camina.

Y se da cuenta de que se aleja del mostrador. Sin su pase.

Pero ahora respira bien.

Nota que la observan, que las cámaras la siguen, que la gente la sigue.

Acelera un poco.

Y ahora ve algo por el rabillo del ojo, algo negro, veloz, que se le acerca por detrás, y se vuelve mientras ahoga un grito.

Nada. Debe de haber sido el movimiento de su pelo.

De nuevo se dirige al frente, hacia la salida, el aparcamiento, su coche. Camina cada vez más deprisa.

Corre.

80

Colt examina la gran habitación vacía.

La luz indirecta abarca todo el espectro, está configurada para imitar la luz solar. Brilla tanto que activa el visor de Colt, que se oscurece y deja las esquinas del deslumbrante cuarto envueltas en una penumbra paradójica.

En el centro de la habitación, una silla blanca giratoria.

Una mesa plateada de acabado mate.

Más allá de la mesa, un hombre en una silla metálica negra.

Colt examina el rostro de su padre.

—Siéntate —le dice este.

El chico se acerca a la silla blanca giratoria y se agarra al respaldo; mantiene la silla entre su padre y él; mira a su alrededor.

—Ha pasado mucho tiempo —dice su padre.

—El tiempo vuela cuando uno se divierte... —responde Colt. Respira hondo y contiene el aliento, a la espera de la respuesta. Ahora que piensa tan deprisa, estas pausas le resultan interminables, insoportables.

—¿Cómo?

Colt espera un poco más, hasta que la presión del aire en su cabeza crece demasiado y libera una ráfaga por la nariz.

Respira de nuevo.

Así que papá no lo recuerda. Vale. Vale. Vale.

Su padre empuja poco a poco un plato de porcelana blanca hacia él.

Cupcakes.

Sin glaseado.

Bien.

El plato rechina sobre el metal de la mesa como si hubiera arenilla debajo.

Ah, para eso es el compartimento estanco, piensa Colt; pero incluso tomando esa medida el polvo del desierto consigue entrar. Eso es malo. Polvo alcalino, fatal para los dispositivos electrónicos.

La gente debe de traerlo en la ropa, en los zapatos.

Se mira los pies.

Sí. Polvo.

Empieza a diseñar un sistema mejor para evitarlo.

—Cómete uno —le dice su padre.

Colt levanta la vista y examina el plato.

—¿Qué tienen?

—Fruta.

—¿Sin azúcar?

—Sin azúcar. Miel.

—Vale.

Colt gira la silla blanca un poco, se sienta y vuelve a girarla. Mira a su padre durante un segundo.

Su padre apunta abajo, al plato.

El muchacho coge un *cupcake* y retira el molde de papel que envuelve la base. Suelta el papel en el plato.

Le da un bocado al *cupcake*. Mastica.

Arenoso.

—¿Qué clase de fruta?

—Granadas —responde su padre—. Son buenas para la digestión.

—Muchas semillas.

—Fibra.

Colt mira brevemente a su padre y aparta la vista. Ryan examina el rostro de

Colt, su expresión; luego mira el plato y le da la vuelta.

—A ver... —coge un *cupcake*. Le da un mordisquito—. Hmmm... Voy a cuidar de ti ahora.

—Quiero a mamá.

—Pero ¿te quiere ella?

Colt mueve los labios para formar la palabra «¿qué?».

Espera, no, papá dice «cómo» cuando quiere decir «qué».

—¿Cómo? —dice Colt.

Ryan arquea una ceja.

—Lo siento, Colt, pero es demasiado para ella. Madre soltera. Trabajo a tiempo completo. La acaban de ascender. Más trabajo, más responsabilidad. Y ahora eres un adolescente, Colt. Un joven. Ya no eres un niño. Sé que no te lo dirá ella misma, pero no puede con todo.

—¿No me... quiere allí?

—No es que no te quiera allí, pero... ¿la has visto cansada últimamente?

Colt asiente con la cabeza.

—¿Ha estado llorando?

Colt asiente de nuevo.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —pregunta.

—No quiere preocuparte. Pero desde que has... cambiado...

—¿Qué te ha contado?

—Bueno, nada malo. Pero estarás mejor conmigo, aquí, durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Pues la verdad es que depende. No te preocupes ahora por eso. Vamos a trabajar juntos para comprenderte, para comprender lo que te está pasando, para estudiarte. ¿Vale? Y tú podrás ayudarme con mi trabajo.

Colt se da cuenta de que en realidad no sabe en qué trabaja su padre.

Nunca le ha hablado antes de ese tema.

La sorpresa lo impulsa a levantar la vista, y se encuentra mirando a su padre a los ojos, sosteniendo su mirada, algo que casi nunca hace.

Incluso a través del visor oscurecido, le duele observar el rostro de su padre, como si fuera el sol; nota que le arden los ojos.

Hay marcas; arrugas profundas que no había visto antes.

Su padre se hace viejo.

—Papá... —no sabe bien qué decir—. ¿A qué te dedicas?

Las arrugas de la cara de Ryan se mueven, y otras aparecen cuando sonrío

por primera vez.

—¿Vigilancia? —pregunta Colt.

—Hmmm. Estamos trabajando en algunos proyectos más ambiciosos.

Colt se percata de que tiene hambre. Debería haberse tomado ya su batido. Coge otro *cupcake*, le quita el envoltorio de papel de la base.

—Pero tenéis drones, ¿no? —dice. Se imagina controlando drones. Perfeccionando la interfaz hombre-máquina. Sobrevolando África. Hmmm.

El *cupcake* está bastante bueno. Aunque su batido de frutas casero lleva coco. El coco va genial para el pensamiento de alto nivel. Los triglicéridos de cadena media se absorben casi inalterados. Apenas se requiere digestión. Es lo más parecido que hay a la leche materna.

—Sí —dice Ryan—. Trabajar con drones forma parte del proyecto.

—No me gusta cambiar mis rutinas. Me gustan mis rutinas, papá.

—Como he dicho, ahora tendrás rutinas nuevas. Podrías ayudarme a diseñarlas. Rutinas que disfrutes, todos los días. Deja que te lo enseñe —Ryan levanta el brazo hacia la pared de su derecha, que se ilumina. Ambos giran las sillas para mirarla—. Némesis... siete —dice Ryan, y la falda de una colina llena la pantalla.

—¿Simulador? —pregunta Colt, que se vuelve otra vez hacia su padre.

—Hmmm. Frontera entre Afganistán y Pakistán. Valle de Swat.

—Así que estáis en primera línea. Entrenamiento de combate real y esas cosas.

Ryan vacila.

—Hacemos mucho de eso, en la base, claro... En realidad, estoy a cargo del programa doméstico. Pero no puedo mostrarte nada doméstico. La Constitución y bla, bla, bla.

Colt asiente.

—¿Tienes *cupcakes* con coco?

—Hoy, solo granada —Ryan sonríe—. Estaría de oferta.

Vaya. Su padre está en la Agencia de Seguridad Interior. Su padre es el enemigo. Colt se queda mirándolo. Su padre. El enemigo. Intentando protegerlo. Queriéndolo. La disonancia cognitiva duele. Sacude la cabeza para dejar de pensar en ello.

Se aclara la garganta.

—¿Podría controlar un dron?

Ryan agita una mano, como restándole importancia.

—Bueno, está chupado. Trabajo de joystick. Prácticamente vuelan solos. Son robots, en esencia. Fijas el objetivo, lo sigues y grabas. El control de vuelo es trivial. El problema es acertar con la programación. El reconocimiento de patrones. Determinar el objetivo.

Cada uno a un lado de la mesa, Colt y Ryan vuelven a mirar la pantalla. Un valle seco.

El dron asciende ahora por encima de la línea de árboles.

Ryan mira a Colt.

—Esta imagen es de uno de los drones nuevos, más pequeños —dice Ryan—. Hemos descubierto que es mejor especializarlos. En los viejos tiempos grabábamos y disparábamos desde una altitud de quince mil pies, usando el mismo dron.

—Creía que la óptica de los viejos drones era bastante buena —dice Colt—. Los más pequeños tienen que llevar cámaras más pequeñas. No conseguiréis una gran mejora de la calidad de la imagen...

—Sí, pero no se trata de la calidad de la imagen sino del ángulo. Desde quince mil pies estás mirando directamente la parte superior de la cabeza de la gente —frunce el ceño—. Peor todavía: de los vehículos. Por mucho que hagas zoom, si no eres capaz de ver a través del parabrisas, no puedes usar el reconocimiento facial con el conductor. Sin embargo, los drones especializados en observación como este, que es pequeño y rápido, se acercan, vuelan bajo, identifican al objetivo y solicitan el ataque. Un dron asesino de mayor tamaño y a mucha más altitud es el que dispara el misil.

—Hmmm —Colt alcanza otro *cupcake* sin apartar la mirada de la pantalla.

—Así que, sí, controlarlos es fácil —Ryan se acomoda en la silla—. Disparar con ellos es fácil. Matar gente es fácil. Pero seleccionar el objetivo correcto a partir de información limitada, acertar con el objetivo correcto..., eso es difícil.

Colt examina la pantalla como si estuviera hipnotizado.

—Entonces, si los datos de selección de objetivos son defectuosos..., ¿dónde está el fallo? ¿Datos sucios, un análisis deficiente?

Ryan suspira.

—La mayor parte de los fallos son errores humanos. Matar a la gente incorrecta por las prisas; no matar a la gente correcta por exceso de precaución...

—Sesgos heurísticos —dice Colt.

—Sí. Y no logramos superarlos, los tenemos inculcados. Somos optimistas: vemos lo que esperamos ver. Compensamos en exceso los errores pasados. No podemos juzgar el riesgo, no podemos juzgar la probabilidad. Es un lío. Y no es como en los viejos tiempos; si ahora te cargas a un querido maestro local en vez de al jefe local de Al Qaeda, se monta un follón diplomático del carajo. Así que hemos intentado dejar que los drones tomen sus propias decisiones en Pakistán. Cometan muchos menos errores cuando los dejamos en paz. Cuando les permitimos aprender de la experiencia.

—Ajá —dice Colt mientras examina la pantalla.

La ladera de una montaña, ya muy arriba. Sin tierra ni vegetación. Aparece una carretera. Áspera, comida de baches, sin asfaltar. El dron amplía la imagen. Cambia de dirección, sigue la carretera.

Ryan continúa con sus cavilaciones.

—Y Pakistán ni siquiera es el verdadero problema. Si te equivocas en casa..., Dios, una pesadilla. ¿Te acuerdas de aquel crío de Albuquerque? —Colt asiente sin apartar la mirada de la pantalla, y Ryan resopla al recordarlo —. Las putas entrevistas a su madre. Revueltas. Investigaciones. Un montón de carreras acabadas...

Colt apunta a la pantalla. El dron sigue la carretera.

—¿Qué está buscando?

—Ah, ya lo verás. Está muy ocupado —dice Ryan—. Acabamos de modificar el código del programa para determinar objetivos en la frontera entre Afganistán y Pakistán, y está solicitando muchos más ataques.

—¿Qué habéis cambiado?

—Las condiciones para un ataque eran demasiado estrictas. Muchos malos se nos escapaban —Ryan se echa hacia delante y contempla la franja de carretera que se despliega por la pantalla—. Es muy frustrante saber que tienes al tío que buscas y que el sistema no acepte el ataque porque quizá haya civiles dos casas más allá. Les pedimos que ajustaran las reglas para entablar combate. Que amoldaran un poco los parámetros. Pero, joder, cuánto papeleo. Cuánto comité.

Colt se agarra al filo de la mesa; arrastra la silla de lado para acercarse a la pantalla. Las ruedas chirrían. Polvo.

—No necesito una pantalla, papá. Podrías enviar la imagen sin procesar directamente a mi casco. Le sacaría más datos.

—No. Solo pantallas. Hay que mantener el aislamiento físico de seguridad.

Aunque si te unes al equipo, claro, tendrás acceso directo a la información en bruto.

Una camioneta Nissan blanca aparece en escena, temblequeando, esquivando los baches de la pista de tierra. A un lado de la carretera hay una caída importante. La cámara la enfoca y amplía la imagen cuando el dron vuela a toda velocidad hasta quedar justo por encima del vehículo, un poco por detrás.

El dron iguala su velocidad y la sigue, aprovechándose del punto ciego de la camioneta.

Ryan mueve la mano en el aire y la camioneta desaparece. Unas columnas de datos ocupan la pantalla.

Coordenadas de GPS.

Después, un mapa del valle de Swat con las coordenadas del GPS iluminadas en rojo.

Después, registros telefónicos. Tiempo de la llamada, duración, lugar.

A quién, con quién, qué clase de dispositivo.

—¿Puedo? —pregunta Colt.

—Claro. Dame un segundo para que te autorice.

Colt examina a su padre mientras este le concede los permisos. Es lento; requiere muchas confirmaciones de identidad. Doble escáner de retina. Huellas dactilares que parecen tardar en reconocerse. ¿Algún tipo de análisis de ADN en el sensor de las huellas? No está mal. Acceso muy controlado.

Ryan termina. Asiente con la cabeza.

Colt examina. Examina. Es un desastre. Un lío de datos sin los vínculos oportunos.

—Esto podría formar parte de tu nueva rutina —dice su padre—. Todas las mañanas revisarías estos conjuntos de datos y buscarías las conexiones. Crearías nuevos algoritmos para nosotros, conectarías mejor los puntos.

—Esto es como las matrices de... ¿Tú jugabas al *World of Warcraft*, verdad?

—Sí, hace mucho tiempo.

—Esto es como las matrices que se usaban para crear los atributos de los personajes en el *World of Warcraft*.

—Supongo que sí —dice Ryan.

Colt está leyendo los datos tan deprisa como puede refrescar la pantalla.

—Tienes un sistema de clanes —dice—. Pero los conjuntos de datos se

solapan... Podría ordenarse.

—Sí. ¿Qué sugieres?

—Podrías hacer esto —dice Colt, y abre una herramienta de integración mental en la pantalla de pared de su padre, esbozando un conjunto reorganizado de relaciones.

Ryan lo examina.

—Eso está bien. Hazlo.

Colt reconstruye la relación entre los conjuntos. No es complicado. De hecho, consigue que las relaciones queden mucho más claras, más definidas. Es solo que, a simple vista, no resulta obvio que pueda hacerse...

Ryan sigue hablando mientras Colt programa.

—Estamos buscando a un tipo, un tipo bajo, Yuma Gul Ahmadzi, de metro cincuenta aproximadamente, que suele conducir una camioneta blanca. Pero todos lo hacen.

—Refleja el calor —dice Colt con aire ausente.

—Exacto. De hecho, la que estamos siguiendo es la camioneta de su hermano, así que podría ser él o podría ser cualquiera —Ryan saca otra pantalla, un mapa, y Colt lo ojea—. Esta es su aldea —dice—, aunque ya no está ahí. Es donde lo han visto por última vez —señala—: Aquí es donde vive su hermana mayor —cambia de imagen, señala—. Al casarse entró en este clan.

—¿Tiene muchas hermanas?

—Cinco. Y dos hermanos.

—Pero los datos dicen que tiene tres.

—Tenía tres. Matamos a uno.

—Verás, entonces esto de aquí no está al día —señala Colt—. Debería actualizarse automáticamente.

Colt crea una herramienta para cruzar y actualizar los dos conjuntos de datos mientras Ryan lo observa desde el otro lado de la mesa.

Naomi se aleja del aeropuerto y se desvía hacia la autopista 375 para internarse en el desierto. Se siente idiota, desnuda, cohibida. Una base que controla los drones de vigilancia en Asia, Oriente Medio y África; es poco

probable que consiga entrar sin ser vista.

Pero ¿qué otra cosa puede hacer? Si se acerca lo suficiente, si intenta entrar, bueno, seguro que la prenden, aunque quizá así logre que la metan dentro de la base. Tiene que entrar. *Prender*. Del latín *prehendere*. Atrapar. Capturar.

Aprensión.

Recuerda una cancioncilla que leyó en un viejo libro. «Más tensión, dijo el tensor. Más tensión, dijo el tensor. Y así empiezan la tensión, la aprensión y la disensión.»

Empieza a repetirla en bucle, mentalmente.

La carretera solar inicia su gran curva hacia el desierto, alrededor del área restringida.

Esta carretera no lleva a ninguna parte. No hay nadie en ella. No es la distancia más corta entre dos puntos.

Si quieres ir de Las Vegas a Reno, sigues recto por el lado occidental del área restringida, no por el oriental, que se adentra en el desierto y rodea los otros tres frentes.

La única razón por la que esta carretera es tan buena es que se actualizó a finales de los setenta en el contexto del programa de misiles MX. Se suponía que los misiles balísticos intercontinentales móviles con múltiples cabezas nucleares se trasladarían sin descanso de una plataforma de lanzamiento a otra por este camino, a través del desierto; con misiles balísticos intercontinentales de pega moviéndose del mismo modo en otros camiones por todo el oeste, el Medio Oeste, imposibles de rastrear por los soviéticos.

Sí. Por un momento se siente como un misil lanzándose a la base oculta.

Un misil perdido y de un tamaño ridículo.

Un cohete.

Un petardo.

Una cerilla.

No. Se siente como el Coyote subido a unos patines Acme. Con un cohete Acme atado a la espalda. Acelerando impotente por una autopista vacía, en línea recta. Incapaz de parar, incapaz de regresar.

Mientras el asfalto brota hipnóticamente del horizonte, mientras flota despacio hacia ella y se le mete bajo las ruedas, recuerda la primera vez que Colt vio al Correcaminos.

Colt estaba en otro cuarto. Tenía seis años. Llevaba varios días nervioso después de una visita de Ryan, después de oírlos discutir.

Ella tenía que trabajar, pero el niño la necesitaba. No dejaba de reclamarla.

Al final, cuando estaba a punto de gritarle, con la mandíbula ya temblorosa, encontró unos dibujos animados del Correccaminos y lo sentó frente a ellos. A Colt le gustaban los paisajes desérticos. Quizá eso distrajera su atención. Bajó el volumen hasta dejarlo casi a cero (las bandas sonoras de los dibujos eran demasiado para él) y se los puso.

El niño contempló los altiplanos, los cactus. Siguió con el dedo la carretera, larga y estrecha. De algún modo, desaparecía en el horizonte, pero en un paisaje dibujado sin un punto de fuga. Un rompecabezas imposible de resolver. El niño gimió. Ella le puso la mano en la cabeza, firme —asegurándose de que veía venir la mano, para no sobresaltarlo—, y le recorrió la cara con los dedos para calmarlo. Él le agarró la muñeca para que lo hiciera de nuevo. Otra vez. Otra vez.

Después la soltó y se quedó mirando el desierto dibujado. Un punto diminuto en la distancia se hacía cada vez más grande, y de repente el Correccaminos llenaba la pantalla y los miraba, con una nube de polvo alzándose tras él. Tras ella. Tras ello.

Muy, muy bajito, el Correccaminos dijo algo que sonaba como «bip, bip».

Colt respondió también muy bajito:

—Miip, miip.

Naomi se alejó en silencio.

Se sentó a la mesa de la cocina y dio un toquecito en la pantalla para despertarla de nuevo. La amplió al máximo. Toda la información de su gran experimento estaba allí, aunque no conseguía encontrarles sentido a las columnas de datos.

Demasiado cansada. Demasiado triste.

Altiplanos de datos. Desiertos de datos.

—Bip, bip —dijo en voz baja.

No, Colt tenía razón. En realidad nunca lo había escuchado con atención hasta entonces.

—Miip, miip —dijo. Lo intentó de nuevo, esta vez de un modo más nasal—. Hmiip, hmiip.

Un ruido extraño venía del otro cuarto. Un ruido que salía del fondo de la garganta de Colt, un ruido que no había oído antes.

Se levantó tan deprisa que volcó la silla, y salió corriendo.

El niño estaba arrodillado en el suelo, muy cerca de la pantalla. Los ruidos

de su garganta aumentaron de volumen.

El Coyote iba en patines con un cohete atado a la espalda y perseguía al Correcaminos por unas vías de tren. Por un túnel. Por unas curvas cada vez más pronunciadas. Y lo siguiente era una curva en ángulo recto. ¡Un ángulo recto en unas vías de tren!

Primero el Correcaminos y después el Coyote salen disparados por la curva.

El niño se ríe, ya que la ley de conservación del momento brilla por su ausencia.

Se ríe... Ella se deja caer en el suelo a su lado, y ríe también.

De vuelta en el presente, sin pretenderlo siquiera, pisa a fondo el acelerador. El coche va más rápido y, por un instante, ella no; el asiento le empuja con delicadeza la espalda. Le transmite su energía, la acelera para ponerla a su altura, así que, cuando levanta un poco el pie del acelerador, ella y el coche vuelven a ser uno, carne y metal que se mueven en línea recta a la misma velocidad. A esta nueva velocidad. Sienta bien.

Lo repite.

Va muy deprisa.

Nunca ha conducido tan deprisa.

Cuanta más velocidad, menos miedo tiene.

Hmmm, eso no se lo esperaba. Le gusta.

Lo repite.

Colt va a coger otro *cupcake*, pero no quedan. Bueno. De todos modos, está lleno.

Nunca se ha sentido tan relajado con su padre. Quizá esto sea crecer: perder el miedo. Quizá no esté tan mal.

—¿Sabes que realmente estuve en la frontera entre Afganistán y Pakistán?
—dice Ryan.

—No —responde Colt con diplomacia.

—¿Tu madre no te contó nada?

—No.

—Vaya. De acuerdo... Bueno, la frontera solo existe en nuestras cabezas.

En las suyas no lo es. La cruzan como si no existiera. Pero nosotros teníamos que detenernos, igual que ante una pared de cristal.

Ryan abofetea el aire entre los dos.

Colt da un brinco cuando la palma de su padre se detiene en el aire con un ruido seco.

Se lleva la mano a la mejilla de manera inconsciente.

Sí. Su padre ya había hecho aquel truco antes, en una de sus visitas. Fingió darle una bofetada a Colt; la mano derecha le pasó cerca de la mejilla mientras con la oculta, con la izquierda, se daba una palmada fuerte en el muslo.

La ilusión de la bofetada fue muy real. Tanto como saber que su padre no se la había dado. Colt lloró hasta que Ryan le explicó el truco.

—Si matábamos gente de este lado del cristal, éramos héroes —dice Ryan, señalando con la mano—. Si matábamos gente del otro, habíamos invadido una nación soberana, provocado un incidente internacional, cometido un delito... Pero los drones sí podían seguirlos.

Colt lo nota, falta algo.

—¿Te detuviste en la pared de cristal? —pregunta.

Ryan recoge algunos papeles de su escritorio para ordenarlos.

—No —contesta.

Una pausa.

Raro; me doy cuenta de que papá siente una emoción grande. Simplemente, lo noto. Como mamá conmigo. Las nuevas neuronas. Nuevas conexiones...

Colt se percata, sobresaltado, de que ya no le cuesta comprender las metáforas.

Pared de cristal.

La ve y no la ve. Pared de cristal... La imagen se queda ahí, suspendida, ni verdadera ni falsa, otra cosa. No tiene que traducirla a un cero o a un uno. No es más que un nodo en una serie de conexiones. La saborea. Pared de cristal...

No, sigue adelante. Sigue.

—Entonces ¿qué pasó?

—Pasaron cosas.

Su padre se rebulle en la silla. Como si se sintiera incómodo, piensa Colt. Está físicamente incómodo porque está mentalmente incómodo. Como cuando mamá se da cuenta de que miento. Los pensamientos mueven tu cuerpo... ¿Qué es lo que acaba de pensar?

—Me enviaron de vuelta a casa —dice Ryan—. Con mi historial... Bueno, acabé aquí.

—¿Biología? —Colt ladea la cabeza—. Supongo que se puede aplicar a esto. Vigilancia. Inteligencia artificial. Sistemas de reconocimiento de patrones...

—Sí. El lenguaje que usamos es... revelador, ¿no crees? El lenguaje del cáncer. Células terroristas... —Ryan suspira—. Y sí, fuimos capaces de extirpar los peores tumores, pero para entonces ya se había producido metástasis. Y luchamos contra ello, pero con nuestro cerebro. Sin embargo, esa no es la mejor manera de prevenir un cáncer. Este país tiene un cerebro que ya es demasiado listo para su propio bien, joder. Pensamos demasiado. Lo que necesitamos... —Ryan respira hondo—. Se supone que debes firmar muchas chorradas antes de que te enseñe esto, pero no tenemos tiempo para eso ahora. Tú no se lo cuentes a nadie, y a la mierda.

Despliega una pantalla personal vieja y maltrecha. Abre un documento; se la pasa a Colt.

Es un organigrama.

Es estático, no se mueve siguiendo los ojos de Colt. Está bloqueado para obedecer solo a Ryan, no es de libre abierto. Colt cambia de posición para deslizar la mano por el documento, y la pantalla habla.

—Lo siento, en este momento no cuenta con la autorización necesaria para leer el documento.

El documento se desenfoca.

—Adelante —dice Ryan, e introduce los datos para obtener el permiso; retina, huellas.

El chico sigue leyendo.

—Guau —dice—. Guau.

Solicita mapas y los examina, aunque en realidad no tiene sentido. Solo hay una carretera, esta carretera. Debe seguir por ella durante otros ciento sesenta kilómetros.

Y el territorio en el que va a entrar en realidad no aparece en el mapa.

Una carretera recta, sin tráfico, con visibilidad perfecta hasta el horizonte.

Activa el control automático de velocidad y se relaja. Se encoge de hombros y opta por la conducción autónoma, a pesar de que normalmente odia no estar al mando. Mira por las ventanillas a ambos lados. El desierto, el desierto, el desierto.

Le recuerda... ¿qué? Un mapa que vio una vez. Un mapa de...

Sí.

Busca el mapa en la pantalla del salpicadero. Ahí están. Todos los pueblos fantasma: White Cloud City, Quartz Mountain, Unionville, Ruth...

Los pueblos humildes: Rawhide, Ragtown, Mule Lick.

Y los ambiciosos: Nevada City, Metropolis, Berlin.

Todos los pueblos muertos.

Ay, unos nombres tan esperanzadores... Treasure City, Bullionville, Goldfield, Gold Butte, Gold Acres, Gold Point, Gold Center...

Todos los pueblos muertos donde se acabó el oro. Después, la plata.

El cobre.

El zinc.

El plomo.

Donde se acabó el agua.

Ahora encuentra un mapa en el que se muestran todas las explosiones nucleares del campo de pruebas, con sus fechas. Mira al norte a través del parabrisas. A ochenta kilómetros, algunas de ellas. Menos...

El territorio que la rodea es demasiado indiferente, demasiado muerto, demasiado. No quiere pensar en su hijo ahí fuera, entre los pueblos fantasma y los cráteres radiactivos, así que regresa al mapa.

El tiempo pasa.

Algo enorme se le acerca rugiendo desde el otro lado de la carretera, y ella levanta la vista, sorprendida, a tiempo de ver pasar a toda velocidad el compacto pelotón de camiones autoconducidos.

¿Militares? Ah, no; bien. No es más que una cuadrilla de construcción automatizada. Seguramente de vuelta a Las Vegas para recargar después de haber instalado una nueva superficie solar en alguna carretera secundaria...

Presta más atención a la autovía durante un rato, le echa un vistazo cada pocos segundos, pero no hay más tráfico. Ahora el coche huele a polvo del desierto; caliente, seco, alcalino. Como el aire del interior de un ordenador antiguo.

La sombra de un pájaro pasa por encima del parabrisas del coche, por

encima de ella, tan deprisa que apenas la ve, y Naomi examina el cielo en busca de un dron, un avión, un helicóptero. Los ojos de Ryan.

Por fin, llega al desvío.

84

A día de hoy, muchos matemáticos no comprenden que la información es física y que no existen los ordenadores abstractos. Solo un objeto físico es capaz de calcular.

DAVID DEUTSCH

Colt levanta la vista.

—Has creado un sistema inmunitario para el país.

—Sí. Eso es lo que hemos fabricado aquí.

Colt vuelve a mirar el organigrama, lo estudia.

—¿Por qué?

Ryan se reclina de nuevo en el asiento.

—El gobierno toma decisiones de mierda por absurdas razones políticas a corto plazo.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

Ryan lo interrumpe.

—Porque para ganar unas elecciones son capaces de invadir un país ridículo que no supone ninguna amenaza. Y después no se enfrentan a una amenaza real y seria porque pondría en su contra a buena parte de su electorado. Es una forma demencial de lidiar con las amenazas. Es como si tienes cáncer y dices: ay, no puedo hacer nada con este cáncer porque perdería votos en Ohio; mejor soluciono lo de este poro obstruido. Un sistema inmunitario autónomo tomará mejores decisiones. Saca todo el asunto del terreno de la política.

Colt está examinando las fichas técnicas.

—Forman una red neuronal... Pero ¿cómo hablan entre sí? Se necesita una cantidad de energía increíble para transmitir...

—Aprovechan las redes wi-fi locales, las antenas de telefonía móvil, la red de información general. Tienen prioridad de acceso a todo.

Pero Colt ya está con otra cosa.

—Una vez que lo has encendido, ¿cómo lo apagas?

—No se puede —responde Ryan, sonriente—. Esa es la idea. ¿Qué sentido tiene un sistema inmunitario con un interruptor de apagado? Si tú lo puedes apagar, también puede el enemigo.

Colt ha llegado al final del documento. Levanta la mirada.

—Entonces, es descentralizado, autónomo...

—Sí. Una vez encendido, está en funcionamiento. Es una pequeña internet de cosas, así que no hay ningún centro de control que se pueda destruir; se limita a sortear los daños. Suele estar inactivo, pero las amenazas lo activan de forma automática.

—Pero ¿cómo sabes...? ¿Cómo sabe...?

—Mira, el conocimiento no es el problema. El problema es generar una respuesta automática rápida. Es decir... El 11-S. El sistema sabía lo suficiente. Sin embargo, no contaba con la capacidad de actuar. Tenía que enviar las señales a los seres humanos —Ryan está echado hacia delante en la silla, se está enfadando—. Y ningún ser humano individual es capaz de reunir toda la información. Acuérdate de los críos de la maratón de Boston. Al hermano mayor ya lo había entrevistado el FBI. Sabíamos que era un riesgo, y eso no bastó. Mira el lío de *Charlie Hebdo*. Los franceses tenían marcados a esos tíos en todas sus bases de datos. Joder, si hasta le dijimos a la DGSJ que ese capullo había entrenado en Yemen...

—Hmmm —Colt está intentando recordar algo—. La boda de Chicago...

—¡Un ejemplo perfecto, coño! Canadá había deportado a los tres agresores por posesión de explosivos, un absoluto desastre... El sistema, los individuos dentro del sistema perdieron el rastro. Lo olvidaron. Ese conocimiento no puso en marcha una acción. Los humanos, los que dirigen, los tipos como yo, somos el cuello de botella.

Colt se sorprende a sí mismo asintiendo para darle la razón a su padre; una sensación extraña.

—Sí, somos el problema del ancho de banda.

—¡Exacto! Podemos retener cinco, puede que seis elementos en la memoria de trabajo, y se espera de nosotros que manejemos América. Es una ilusión. Un espejismo. Pero el sistema en su conjunto sabe lo suficiente como para tomar una decisión.

—Pero ¿y si se equivoca? —pregunta Colt—. ¿Y si se activa con demasiada

facilidad o por una señal falsa?

Ryan se encoge de hombros.

—A veces, un sistema inmunitario mata a una célula sana. Ese es el precio que hay que pagar por conservar la salud. Si sucede, lo afinaremos. Ahí es donde entras tú. Tú ves patrones...

—Me consideran un alumno con necesidades especiales. Se supone que todavía me educan en casa. Podrían enviar a un inspector...

—Hostias, Colt, nosotros matamos a líderes de otros países. No nos costaría nada persuadir al inspector escolar para que te dejara en paz. Yo me encargaré del inspector escolar.

—Vale, papá.

85

Naomi toma la curva sin señalizar y se sale del negro mate de la carretera solar, se sale de la red, se sale del mapa.

Con cuidado, ahora despacio, recorre dando botes la compacta pista de tierra durante casi un kilómetro; kilómetro y medio; hasta que ve la valla. Es alta, de tela metálica, con una bonita espiral de alambre de púas en lo alto.

Frena hasta detenerse casi por completo.

La carretera que tiene delante pasa a través de una puerta en la alambrada.

La puerta está cerrada.

Por encima de ella hay tres cámaras fijadas a una torre.

Sus carcasas son plateadas, para disipar el calor. Viseras negras para proteger las lentes del sol, de modo que la luz no rebote dentro de ellas.

Para que el resplandor no las ciegue.

La cámara de la izquierda mira hacia la izquierda, a todo lo largo de los varios kilómetros de alambrada.

La cámara de la derecha mira hacia la derecha.

La cámara del centro mira fijamente la carretera, en línea recta, hacia su parabrisas. La mira a ella.

El gran hocico negro de la cámara plateada central retrocede, después se proyecta hacia delante.

Enfocando, ampliando.

Cuando se aproxima, las cámaras que apuntan a derecha e izquierda se giran

para mirarla.

Los tres hocicos negros se estiran hacia delante.

Detiene el coche. Abre la puerta.

Sale despacio, con precaución, al calor seco.

Hay mucho silencio después del confuso rugido del viento en las ventanillas, el jadeo del aire acondicionado.

El viejo motor eléctrico, que por lo general no se altera por nada, se ha recalentado tras conducir a tanta velocidad durante tanto tiempo y con tanto calor. Mientras se enfría no deja de soltar chasquidos.

Camina despacio, con precaución, hacia la puerta de la alambrada.

A través de la malla metálica no ve edificios. El camino de tierra por el que ha llegado atraviesa la puerta y continúa en línea recta hasta desaparecer detrás de una cresta, para después aparecer de nuevo a un lado, unos tres kilómetros más allá, y luego perderse detrás de una colina lejana. Ni rastro de vehículos.

Bueno, hay países más pequeños que esta zona restringida. Será difícil patrullar tanto terreno.

No ve un timbre por ninguna parte.

Pero es absurdo. Seguro que ya ha disparado una alarma automática. La están observando. Ya saben que está aquí. ¿Debería decir algo? ¿La oirán?

Ah, sí que hay un botón físico. A la derecha de la puerta, sobre un poste metálico bajo. Para que un conductor pueda alargar la mano y pulsarlo. De haberlo visto, habría conducido hasta allí.

Sin embargo, estaba mirando hacia arriba, hacia las cámaras que miraban abajo.

Camina hasta el poste metálico. Baja la vista hasta el botón dorado, situado en lo alto del poste.

No hay nada escrito en él.

¿Qué esperabas?

«Llame para avisar al recepcionista.»

«Si quiere presentar alguna reclamación...»

No, debería decir «Púlsame», como algo sacado de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Se le escapa una risita nerviosa.

¿Me hará más grande o más pequeña?

¿Desapareceré?

Podría matarme aquí fuera y nadie lo sabría nunca.

Pensamientos tontos. Para.

El poste emite un zumbido.

Lo mira más de cerca. Hay un altavoz en la zona en sombra del poste, de cara a ella.

Espera una voz, pero no sale ninguna.

Unos grillos del color del polvo se frotran las patas traseras en algún lugar cercano.

Para atraer a otros grillos, piensa, para follar y hacer más grillos que estridularán, follarán, criarán, morirán y se convertirán en polvo aquí mismo, sin sentido alguno, para siempre.

Su mente no consigue avanzar.

Estoy sufriendo una crisis, piensa.

Se pregunta qué haría Yaakov.

Así que lo llama.

Oye sonidos, pero son los sonidos equivocados. Su teléfono no suena. Un tono largo.

Silencio.

¿Está fuera de cobertura? ¿O algo está bloqueando a propósito su llamada?

Siente una especie de vértigo y se tambalea. ¿Está completamente a salvo o corre un peligro tremendo?

¿Se trata tan solo de una discusión con Ryan sobre tener acceso a Colt?

¿O de una batalla por el futuro del mundo?

Ambas cosas, piensa.

Ambas.

Bueno, la madre de Cristo no era más que una madre. Naomi se ríe, pero es una risa débil y triste. Y cuando termina la risa, el silencio es horrible. El silencio del desierto. Dos millones de kilómetros cuadrados de nada.

Respira hondo. Pulsa el botón.

Estoy oprimiendo el botón, piensa. Y el botón me oprime a mí.

Uno de los viejos chistes de su padre que ni siquiera era un chiste. Lo hacía cada vez que visitaban a la tía de Naomi. De pie en el porche, llamaba una y otra vez a la espera de que su triste hermana enferma saliera de la cama y abriera la puerta.

Echo de menos a Yaakov.

No hay clic, ni chisporroteo, ni sonido. Imposible saber si el timbre ha

hecho algo de verdad. No hay reacción táctil.

Quizá abra un canal de voz. Lo pulsa de nuevo, lo mantiene presionado y dice:

—Déjenme entrar, por favor.

Vamos.

Una voz contesta —distorsionada, débil, a través de un altavoz dañado por el clima—, y ella retrocede de un salto, asombrada. Aunque era lo que esperaba y quería, lo que ha provocado.

—Has llegado.

La voz de Ryan, por supuesto.

—Me preocupé cuando empezaste a acelerar después de dejar atrás Rachel.

Por supuesto. Está recibiendo el tratamiento personalizado. La voz de Ryan es casi cordial mientras sigue hablando.

—Tierra de ganado. Si se te cruzara una vaca en la carretera cuando circulas a ciento sesenta por hora, bueno, se iban a servir un montón de hamburguesas en tu funeral.

—Quiero ver a mi hijo.

—Me lo imaginaba.

La puerta empieza a abrirse. Ella da un paso atrás, hacia el Pontiac.

—Deja el coche.

—Me gustaría entrar con él.

—No, no te gustaría.

Naomi mira a través de la malla metálica de la puerta que se abre. A través del hueco que va aumentando su tamaño. No es una entrada principal. Del otro lado, la carretera es más estrecha. Los vehículos pesados han dañado bastante la superficie de tierra prensada y la lluvia ha ahondado aún más las zanjas a ambos lados. No tiene sentido intentarlo. Un camión militar pasaría bien, pero su coche se quedaría atascado en la cresta del centro, y no hay espacio suficiente para pasar por uno de los lados.

—Vale, ¿adónde voy?

—Sigue el camino. Enviaré guías.

Atraviesa la puerta. Se cierra detrás de ella.

Camina por la alta cresta central de la basta carretera de tierra, con los surcos dejados por los neumáticos de los camiones a ambos lados.

Lleva caminando veinte minutos.

Dos puntos negros aparecen en el cielo, por encima de la colina que se alza ante ella. Al principio, deslumbrada por el sol, cree que son pájaros. ¿Águilas? ¿Cuervos? Frenan; se detienen; planean por un instante, paralizados contra el cielo de fondo.

Después se dirigen hacia ella a toda velocidad, volando bajo.

Con un objetivo, centrados.

Sin miedo.

Ningún pájaro sería tan temerario. Incluso las águilas temen las armas. Temen a los humanos...

Estos se mueven como una criatura para la que no existieran depredadores.

Frenan de nuevo al acercarse, se detienen y planean, uno a cada lado de la carretera.

A cada lado de Naomi.

Cuadricópteros negros, como aquellos con los que jugaba Colt de niño, pero más grandes. Más rápidos. Más potentes.

Zumban cuando los cuatro rotores giran, se ajustan, giran. Planean a la altura de sus hombros y le siguen el ritmo.

Al cabo de un rato, uno de ellos se eleva un poco y la adelanta. Ve que el ojo de la cámara la mira a ella.

El otro desciende un poco y se queda por detrás.

Naomi sigue caminando.

Dormimos seguros en nuestras camas porque contamos con unos cuantos hombres duros en vela, dispuestos a usar la violencia contra los que pretenden hacernos daño.

EDMUND BURKE

Dos cuervos se posan sobre sus hombros y le dicen al oído todo lo que ven y oyen; se llaman Huginn y Muninn (mente y memoria); a ellos los envía al alba para que sobrevuelen el

mundo entero, y regresan por la tarde, y así conoce todas las noticias, y por eso sus hombres lo llaman el dios Cuervo.

WILLIAM MORRIS y EIRÍKUR MAGNÚSSON, *Saga de los Volsungos*

Ryan se acomoda en su silla y admira la vista desde el cuadricóptero que va en cabeza. Aumenta un poco más la imagen para observar mejor el escote de Naomi. Recuerda sus pechos, cuando se conocieron. Pequeños, morenos, firmes. Cierra los ojos. Los pezones se tensan y endurecen contra la palma de su mano.

Cambiaron cuando nació Colt. Todavía estaban bien, pero eran distintos. Le gustaba la generosidad de sus nuevas curvas lechosas. Pero ya no estaban a sus órdenes.

Abre los ojos, examina de nuevo sus pechos, ahora, en el mundo. Una onda diminuta, una vibración recorre su carne redondeada con la sacudida de cada paso por el duro suelo.

Por fin empieza a transpirar. Una uve de sudor se le forma en el esternón.

Cuando follaban, ella tardaba mucho en empezar a sudar. Él ya estaba chorreando, pero Naomi... Apenas le asomaba una película de humedad en el labio superior justo antes de correrse.

Una vez se la había tirado en un suelo así, en el Burning Man. Se habían alejado de la ciudad temporal donde se celebraba el festival, de los gritos y las risas. El zumbido y la efervescencia del tecno se perdían tras ellos mientras se adentraban varios kilómetros en el lecho lacustre, en el silencio. Lejos de la puesta de sol, hacia la salida de la luna. Cuando le dio la vuelta y la puso a cuatro patas, el polvo era de un blanco reluciente sobre los cachetes color canela de su culo, sobre sus omóplatos más morenos, sobre su pelo negro azabache.

Ella dice que no era amor. ¿Cómo coño puede decir que no era amor?

Suena una señal al abrirse un canal. Alguien del equipo de seguridad externa.

—Señor, se está acercando al puesto de control de la salida sur. ¿Está seguro de esto?

—Estoy muy seguro —responde Ryan, despacio—. No tienes ni idea de lo seguro que estoy.

—No me siento cómodo con esto, señor.

—Bueno, me decepcionaría que fuera de otro modo, Laurence. Pero se trata de una interceptación de prueba con drones. Tengo dos drones visibles vigilándola y dos autónomos Hornet, invisibles, de refuerzo, además de un dron asesino a kilómetro y medio de altitud, con apoyo a la espera en los hangares. No puede estar más vigilada.

—De acuerdo, señor. Supongo que no me gusta ver a nadie... entrando sin más.

—Si se requiere tu reconfortante presencia, Laurence, no te quepa duda de que te llamaré.

Al otro lado de la línea, Laurence vacila y decide no captar la indirecta.

—Sé que es el futuro, señor, pero el futuro todavía no ha llegado. Y estos nuevos sistemas automáticos pueden cagarla.

—Por eso hacemos ensayos. La llevo siguiendo desde Las Vegas. El sistema inmunitario de la base se puso en marcha automáticamente en cuanto dejó la 375. Amenaza cero, Laurence. Solo me está ayudando a comprobar los sistemas.

—De acuerdo, señor. Corto y cierro.

Ryan se mueve hacia el otro cuervo, el que va detrás, y observa el culo de Naomi al caminar. Surgen tantas emociones y recuerdos en conflicto que le arrancan una tensa risita. Todo gira alrededor de ese punto invisible entre sus piernas.

El antiguo centro del universo de Ryan.

Podría ordenar un ataque ahora mismo y achacarlo a un mal funcionamiento del software. Podría esparcir sus restos por todo el condado de Nye. No está grabando ni registrando nada; cámaras, sus órdenes. Todo está desactivado. Nada podría demostrarse.

Sin embargo, primero quiere verla de nuevo.

En carne y hueso.

No es personal. De verdad que no es personal. No quiere tener que matarla. Pero se está quedando sin opciones.

Naomi pierde el sentido del tiempo mientras camina. El paisaje a ambos

lados de la carretera parece repetirse como el fondo de un episodio del Correcaminos. Arena, roca, arbustos. Arena, roca, arbustos.

Con el calor le cuesta pensar, lo que es bueno, porque está intentando no pensar en Colt.

¿Cuánto tiempo lleva andando? ¿Una hora? ¿Dos?

Los cuervos viran a la derecha, se salen de la carretera destrozada y siguen un difuso camino a través de la maleza. Los sigue durante unos cuantos cientos de metros hasta que llegan a un montículo bajo.

Que tiene empotrada una puerta negra.

Se abre.

Los cuervos alzan el vuelo y ascienden por el aire caliente, su hogar. Donde va ella, no pueden seguirla.

Naomi se asoma por la puerta. Un pasillo oscuro. Debe de internarse bajo tierra.

No quiere ir bajo tierra.

Presa del pánico, mira a su alrededor, a las colinas, su peso. A los restos de antiguos aludes, visibles por las laderas. Montañas que han pasado por tiempos difíciles. Bastante jóvenes, geológicamente hablando, pero ya sacudidas por un millón de años de terremotos. Inestables, listas para desprenderse, para aplastar.

Le da miedo la oscuridad.

Pero su hijo está ahí abajo.

Naomi dice en voz muy baja, tan baja como la de los grillos:

—Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo —se queda atascada en esa línea, no porque no conozca el resto de la oración, sino porque le resulta asombrosa y extraña—. En la tierra como en el cielo. En la tierra como en el cielo... En la tierra. Como en el cielo. En la tierra.

La puerta negra empieza a cerrarse.

Naomi, conmocionada, da un paso adelante.

—No...

El sensor se activa y la puerta, a medio cerrar, se detiene y se abre de nuevo.

Da un paso. Otro.

Otro.

Entra en la oscuridad.

Ya viene. Ryan no tiene mucho tiempo. Empieza a dictar un documento. Vacila.

Borra.

Desactivar los registros y el software de vigilancia en los nuevos dispositivos fue sencillo, son experimentales, y el software de vigilancia no está integrado, no está terminado. Sin embargo, todos los dispositivos de su despacho se monitorizan mediante bots de seguridad en tiempo real. Y quiere que sus pensamientos sean privados durante un rato.

Sin censura.

Escribe «El caso del proyecto Munición Infinita» en una hoja de papel, con bolígrafo. Tinta negra. Contempla las palabras un buen rato. Increíble que todavía tenga que defenderlo. Después de diez años de trabajo. Listo para su despliegue. Y deciden revisarlo. Hablan de cancelarlo. Se permite repetir la palabra en su cabeza, porque ahí dentro no pueden leerla.

Traidores.

Sabe que ha empezado a tomar decisiones que no será capaz de justificar en Washington. Van a quitarle la base y el proyecto, se lo van a dar a otro. Es probable que suceda en las próximas cuarenta y ocho horas.

Cree que puede salvar el país antes de que eso ocurra. Aunque los idiotas que lo gobiernan no quieran salvarlo.

El pasillo discurre en pendiente.

Las luces parpadean mientras ella camina.

Al cabo de unos cuantos metros se topa con una puerta cortafuegos. Le sorprende su rigidez, su peso, como la cámara acorazada de un banco. Consigue abrirla al tercer intento y entra.

Camina.

Una segunda puerta cortafuegos.

El pasillo no tiene más puertas. El corredor entero no es más que una salida

de emergencia, según cree Naomi.

Lo único que interrumpe las anodinas superficies son las pequeñas cámaras de vigilancia encerradas en cupulitas de cristal encima de cada puerta cortafuegos. Las cámaras pivotan dentro de sus cúpulas, como ojos de camaleón, para seguirla cuando pasa por debajo.

Se queda pasmada cuando la tercera puerta se abre sola y al otro lado la recibe un hombre alto de uniforme. Sus rasgos son europeos, como los de la estatua griega de un joven atleta, piensa Naomi, y su piel es negro oscuro. Es un rostro impresionante.

—¿Naomi Chiang?

Ella asiente con la cabeza.

—El representante del doctor Livingstone, supongo.

El hombre arquea una ceja, lo capta y se ríe de la broma a medias.

—Ah, sí, antes era doctor. Me temo que se ha adaptado al entorno. Ahora es todo un soldado.

—Eso tenía entendido —dice Naomi, sucinta.

—Mis disculpas por no haberla recibido a la entrada, pero al parecer él deseaba probar los nuevos drones como acompañantes.

—Una compañía muy poco exigente.

Naomi no está segura de por qué se está convirtiendo en este personaje tan absurdo y teatral. Aunque, por otro lado, ¿qué clase de comportamiento sería natural en este sitio?

—Los ayudantes del sheriff local no se lo han tomado demasiado bien —dice el hombre alto—. Son los que patrullan el perímetro... Si me permite echarle un vistazo a su bolso... —sopesa un momento si quitarle las tijeras de uñas, pero al fin deja que las conserve—. Por aquí, por favor.

Empiezan a caminar por el pasillo. La pendiente se hace más pronunciada.

—La seguridad parece un poco relajada —dice Naomi para no pensar demasiado en la profundidad a la que están bajando.

Él sonrío.

—Bueno, en realidad esta entrada no está preparada para recibir visitas, se trata de una salida. De hecho, es probable que sea la primera persona que accede aquí por ella.

—Suponía que era solo para emergencias —dice ella, por charlar; para eludir sus pensamientos.

—Tampoco creo que haya existido nunca la necesidad de usarla como

salida de emergencia. Aquí abajo no tenemos emergencias, la verdad.

—¿En serio? —pregunta mientras intenta controlar la respiración, mientras siente el peso del desierto sobre su cabeza—. Cabría pensar que aquí lo único que tienen son emergencias. Pruebas armamentísticas, aviones experimentales, drones...

El hombre alto resopla.

—La principal zona de pruebas se encuentra a unos cincuenta kilómetros. Nosotros nos encargamos sobre todo del trabajo de oficina, bajo tierra, en el desierto, en una base seca, en un condado seco, a ciento cincuenta kilómetros del bar más cercano. Es el destino más tranquilo que he tenido.

—Es usted muy... hablador.

—Soy un tipo sociable.

—Para estar en una base secreta, quiero decir. Habla mucho.

—Bueno, tengo un... conflicto filosófico con lo que el gobierno quiere que hagamos aquí ahora.

—¿Y de qué se trata?

—Bueno, eso sí que no se lo puedo contar. Quiero conservar mi pensión. Pero podría decirse que estoy intentando que me trasladen. Y también podría decirse que ya me importa todo una mierda —añade, y le dedica una amplia sonrisa.

El pasillo se bifurca a izquierda y derecha. La lleva hacia la izquierda, y al cabo de unos doscientos metros se detienen frente a unas enormes puertas metálicas.

Las puertas se abren.

Él entra en el gran ascensor.

Naomi vacila.

El hombre la mira con una expresión inquisitiva que le recuerda a Colt. Pero ¿acaso hay algo que no se lo recuerde?

Naomi se ríe. Es una risa espantosa.

—Me preocupan los terremotos. Que haya un terremoto mientras estoy en el ascensor.

—Nunca hemos tenido problemas —responde él, sonriendo—. Estamos en una zona geológicamente estable. Hay escaleras... —añade, señalando otra puerta más pequeña—, pero el ascensor es mucho más rápido.

Le ofrece una mano para animarla, para ayudarla a entrar en el gigantesco ataúd metálico, y ella da un paso atrás, un acto reflejo.

—Lo siento, lo siento.

Pero su hijo está ahí abajo, enterrado en roca y silencio. Entra en el ascensor.

Y bajan. Bajan. Bajan.

Naomi mantiene los ojos cerrados. Respira.

Salen del ascensor y recorren un pasillo que parece usarse más. Está más sucio, más polvoriento, y la pintura está arañada. Las puertas cortafuegos tienen topes para que no se cierren. Hay más pasillos que parten del principal.

Naomi habla para no pensar.

—Supongo que saldrá de vez en cuando.

—Claro. Tenemos pistas de baloncesto, de todo. Por la noche, cuando refresca, y en invierno, arriba se está muy bien.

Ella asiente para incitarlo a seguir.

Para que continúe hablando.

Así no tiene que pensar en todo ese peso sobre su cabeza.

Y ahora entran en un espacio enorme, con el suelo rugoso y polvoriento de piedra blanda. No es una cueva. Naomi mira a su alrededor. Mira hacia arriba. No ve el techo. No consigue distinguir la forma del lugar. Hay unas luces cegadoras colgadas de andamios que desaparecen en la oscuridad. Se oye el zumbido de los generadores a lo lejos.

—¿Esta es la base?

Él se ríe.

—La verdadera base está kilómetro y medio más abajo —tiene que alzar la voz para hacerse oír—. Esto no es más que un espacio en obras, por ahora. Estamos ampliando. Perdón por el ruido.

—Esos martillazos son bastante fuertes.

—Sí, máquinas tuneladoras.

—Creía que las bases subterráneas secretas no eran más que ciencia ficción —dice Naomi, y él se encoge de hombros.

—¿Alguna vez ha estado en una cueva en el desierto? —ella asiente—. Es agradable, ¿verdad? La temperatura es fresca, estable. Los edificios de fuera sufren variaciones de diez o quince grados entre el día y la noche. Una locura. Estás todo el rato pasando de la calefacción al aire acondicionado. Es caro, es malo para el equipo, y los apagones suponen un problema —pasan junto a una máquina cuya boca metálica dentada está apoyada contra la áspera pared de lutita. Le da una palmada en el polvoriento flanco antes de dejarla atrás—.

Esto es más práctico, aunque no lo crea. Y respetuoso con el medio ambiente. Menos emisiones de carbono, y hay un par de especies raras ahí arriba — añade, señalando al techo— que ni siquiera saben que existe una base aquí abajo.

—¿Qué especies?

—No puedo decírselo. Seguridad nacional.

—¿En serio?

El hombre ríe.

—Sí. Si le dijera de qué clase exacta de lagarto, mariposa o lo que sea se trata, le sería fácil averiguar la ubicación de la base. Son criaturas con un hábitat muy concreto, y ahí fuera hay cerebritos que saben de estas cosas, aaaaah, ese lagarto vive en tal valle...

—Pero he venido en coche —dice Naomi—. Ya sé dónde está.

Él se encoge de hombros de nuevo.

—Es el reglamento. No he dicho que tenga sentido, pero es el reglamento.

Abandonan la cueva en obras y avanzan por otro pasillo.

Al final llegan a una puerta.

Detrás de otra puerta, a menos de cuatrocientos metros de allí, Colt está terminando de reorganizar la base de datos. Salta de un conjunto de datos a otro.

El problema es nimio. Está oculto a plena vista allí mismo. Simplemente no sabían cómo organizarlo bien. Él tarda diez minutos.

Colt levanta la vista.

Un humanitario es siempre un hipócrita, y el hecho de que Kipling comprenda esta verdad quizá sea el principal secreto de su capacidad para crear expresiones reveladoras. Sería difícil dejar sin habla al pazguato pacifismo inglés en tan pocas palabras como en esta frase: «Os burláis de los uniformes que velan vuestro sueño».

GEORGE ORWELL sobre Rudyard Kipling

Wolfram se une a la creciente comunidad de voces que afirman que son los patrones de información, y no la materia y la energía, los que constituyen los cimientos esenciales de la realidad.

RAY KURZWEIL

Ryan no se levanta cuando entra Naomi. Ella se siente decepcionada por algún oscuro motivo. A su extraña manera, Ryan siempre ha tenido buenos modales.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

Naomi ocupa la silla blanca giratoria.

—¿Dónde está Colt?

Ryan empuja hacia ella un plato lleno de *cupcakes*. Le hace un gesto para que coja uno. Naomi ni siquiera mira el plato.

—Vamos, prueba uno —dice Ryan—. Te sentará bien. Y están buenos. Miel y granada.

—¿Dónde está mi hijo?

—Por favor —responde él, sonriendo—. Primero algunos preliminares. Una conversación educada. Tienes buen aspecto... ¿Te has hecho algo extraño en el pelo?

Ella intenta no sonreír. Aquella frase, de algún absurdo drama de época inglés, hacía que los dos se partieran de risa cuando veían la tele juntos. Cuando todavía se reían de las mismas cosas.

Ryan quitándose los pantalones en la sala de estar de su antigua casa, antes de que naciera Colt. Abriéndole las piernas, subiendo con la lengua muy despacio hasta sus labios vaginales, abriéndoselos, y entonces, justo cuando estaba a punto de llegar al clítoris, levantando la cabeza sobre su bien recortado triángulo para decir, sonriendo: «¿Te has hecho algo alegre en el pelo?».

Sacude la cabeza para librarse de la imagen.

—¿Dónde está mi hijo?

—Nuestro hijo —la corrige él, y ahora no sonríe.

Hay una hoja de papel en la mesa. Un bolígrafo. La letra de Ryan, unas cuantas palabras. Naomi les echa un vistazo.

Intenta leerlas desde su ángulo, del revés.

No puede.

—Estás trabajando en papel —comenta—. Creía que lo tuyo era la tecnología.

Él se encoge de hombros.

—Un folio no puede hackearse.

Naomi alarga una mano para cogerlo, pero se detiene.

—Adelante.

«El caso del proyecto Munición Infinita.»

—¿Qué es el proyecto Munición Infinita?

—No te lo puedo decir. Seguridad nacional.

Sonríe, y vuelve a parecer joven. Ay, esa sonrisa.

—Pero ahora mismo tú eres el proyecto Munición Infinita —dice Ryan—. Y Colt. Lo que le has hecho a Colt.

—¿Qué le he hecho? ¿Qué crees que he hecho?

—Venga ya, está claro lo que has hecho: le has reestructurado el cerebro, todo el sistema nervioso. Has convertido a una oruga en mariposa.

—No era una oruga.

—Bueno, lo que está claro es que no era una puñetera mariposa.

Naomi coge la hoja de papel. Hace rodar el bolígrafo adelante y atrás por la mesa metálica con la punta del dedo. Coge el bolígrafo.

—Es extraordinario —continúa Ryan—. Puede ver patrones que nosotros no vemos. Que nuestro multimillonario sistema de inteligencia de mierda no es capaz de ver. Conexiones. Colt es el primero de una nueva clase de soldados.

—No es un soldado —responde ella.

—Ahora sí —dice Ryan—. Aquí puede hacer un gran trabajo, ayudar a su país. No quiero faltarte al respeto, pero seguro que es mejor que estar todo el día en casa, con el culo pegado a la silla, rascándose las pelotas mientras juega a chorradas.

Naomi niega con la cabeza y empieza a tachar letras en el folio, una a una, con pequeños garabatitos.

—Ven tú también —le ofrece él.

—¿Para ayudarte a matar gente con más eficiencia?

—Mira, vamos a hacerlo de todos modos.

—No con mi investigación...

—Precisamente porque es tu investigación deberías participar, seguir

participando. Trabaja con Colt. Trabaja con nosotros.

—¿Trabajar... contigo?

Naomi parpadea al sentir cómo se agolpan los recuerdos.

Habían colaborado en un trabajo. Así se conocieron. Su primera investigación propia sería. Un nuevo enfoque para la supresión del dolor en sujetos humanos.

Por supuesto, para suprimir el dolor tienes que crear el dolor que deseas suprimir. Y no es fácil reunir voluntarios que deseen someterse a un dolor considerable a largo plazo. Ciertamente, hay pacientes que ya sufren un dolor considerable y continuado, pero estos suelen seguir un tratamiento que lo enmascara; pocos quieren experimentar el dolor puro, día tras día, para que alguien pueda ensayar de vez en cuando, en horario de oficina, cómo suprimirlo. Además, la mayoría de las veces son gente con otros problemas derivados de la edad, de enfermedades crónicas... Era una investigación orientada a las víctimas de accidentes de coche o de armas de fuego; personas jóvenes y sanas que sufrían un trauma repentino.

Naomi se había presentado voluntaria.

El proyecto comenzó de manera muy formal, en un pequeño laboratorio en la periferia del recinto universitario.

Los primeros resultados fueron muy prometedores.

Al final del tercer día, sus manos se rozaron por accidente al pasar el uno junto al otro de camino a la puerta. Los dos se deshicieron en disculpas.

La quinta noche, después de terminar todas las pruebas de la jornada y ordenar, se encontraron frente a frente al lado de la puerta. Ninguno se movió para abrirla.

Ryan miraba a Naomi como si de repente hubiera descubierto algo asombroso en ella. Abría y cerraba las manos, aunque seguía sin moverse, y ella le devolvía la mirada y le examinaba el rostro. Al final, Naomi asintió.

Él le dio la vuelta, la empujó contra la pared de hormigón pintado, le levantó la falda por encima de las caderas, le quitó las bragas y se la folló por detrás.

A principios de la semana siguiente se mudaron juntos y siguieron trabajando en el proyecto desde casa.

Él le ataba las manos al cabecero de la cama antes de empezar. Las agujas, la mordaza.

No había nada sexual en las pruebas.

No hacía falta.

Solo existía una llamarada de dolor en la que se desintegraban sus pensamientos inquietos y aterrados.

Al final, a medida que avanzaba el día, su yo torpe y descompuesto se consumía por completo, y únicamente quedaba la llama.

Dentro de su mente había paz y belleza.

Lo que sentía por Ryan no era amor. Era algo mucho más intenso.

Él le daba el dolor y después se lo quitaba.

Y ella tenía el control. Lo había elegido.

Más tarde puntuaba el dolor y el alivio en una escala estándar, respaldada por análisis de sangre antes y después, en los que medían los niveles de hormonas del estrés y la dopamina.

En el estudio se ofrecían los detalles relevantes.

Sus muñecas atadas al cabecero de la cama; el hecho de que Ryan se la tirase después de cada largo día de pruebas sin desatarla primero; que ella estuviera tan sensible llegado ese momento que se corría nada más penetrarla; esos detalles no eran relevantes.

El *Journal of Pain and Symptom Management* aceptó el artículo. Lo citaron multitud de veces. A los militares les gustaban sus implicaciones en el tratamiento del trauma de guerra. Fue la primera vez que se pusieron en contacto con Ryan.

Cuando terminó el trabajo..., él la ataba, le pegaba, se la follaba mientras ella se resistía. Naomi accedía previamente. Lo planificaba con él. Le decía qué hacer. Y después se relajaba para disfrutar del placer, y del dolor. Si no conseguía descruzar esos cables, arreglar el cortocircuito, al menos podía usarlo, controlarlo.

Tenían una contraseña de seguridad.

Nunca necesitó usarla. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando la...

Sacude la cabeza al recordarlo; no. Y regresa al presente, a su cuerpo de ahora, al leve olor a quemado del aire reciclado; a los ojos de Ryan al otro lado de la mesa.

Él se recuesta en su silla.

—Nos lo pasamos bien.

—No era más que sexo.

—Un sexo increíble. Y eso no es poco.

—El sexo era estupendo —dice Naomi, y casi sonrío—. Pero no había nada

más.

—Venga, no seas tan dura. Estaba el trabajo, estaba Colt... Había mucho.

—No lo bastante.

—Si me hubieras dado tiempo, en vez de...

—Te di tiempo de sobra. Te lo habría dado para siempre. Pero tú no me abriste tu corazón.

—¿Y tú?, ¿eras el puto dalái lama?

—Vale, de acuerdo —respondió Naomi tras una pausa—. Ninguno de los dos lo hizo.

—Lo sé. Sí. Lo sé.

—He cambiado —dice ella—. ¿Y tú?

—Sí. He cambiado —responde él, y empuja la silla para apartarla del escritorio. La silla sigue rodando.

Es una silla de ruedas.

Y Ryan no tiene piernas.

—Oh, Ryan...

—Sí.

—¿Pakistán?

—Sí.

Naomi se lleva una mano a la boca.

—Si hubiera publicado todos mis artículos...

—Se me ha pasado por la cabeza, sí.

—Pero... —se queda mirando el punto en el que terminan sus piernas. Por encima de la rodilla—. ¿Por qué no...? Quiero decir, podrían...

—Sí, claro, tengo prótesis —dice, y por un extraño instante Naomi cree que Ryan va a echarse a llorar—. Piernas de combate personalizadas de última generación, propiedad del gobierno. Están otra vez en el taller. Se cortocircuitaron, otra vez.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Todo esto?

Ryan se encoge de hombros.

—Si no nos ayudas a matarlos, los estás ayudando a matarnos —vuelve a ocultar sus muñones bajo la mesa, y es como si nunca hubiera sucedido; sonrío de nuevo—. ¿Preferirías que nos mataran ellos, nena?

Naomi hace una mueca al oír «nena».

—Ya soy una mujer adulta.

—Sin duda. Estás mejor que nunca.

—Eso ya no es asunto tuyo, la verdad.

—Eh, solo pretendía hacerte un cumplido.

—Me acabas de secuestrar.

—Venga, vamos, nena... —Ryan suspira—. Vale, ¿cómo quieres que te llame?

—Naomi. Es mi nombre.

—Naomi. *Hǎo jiǔ bú jiàn* —le hace una reverencia—. Y no te he secuestrado. Ni a Colt. Todo es legal. De hecho, técnicamente, tú eres la única que ha infringido la ley.

Vaya, eso sí que la cabrea.

—¿Qué ley?

—Te has saltado las señales de zona restringida, así que has invadido una propiedad privada, has puesto en peligro la seguridad nacional, bla, bla, bla.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme?

Tras una larga pausa, él sonríe y dice:

—¿Por quién me tomas?

Naomi no responde. Ryan se tensa en su silla.

—¿No crees que sea un hombre de palabra?

Naomi no responde.

—Te quería de verdad, Naomi.

Naomi no responde.

Ryan cierra los ojos un rato. Respira hondo. Abre los ojos y la mira.

Naomi no responde.

Al final, habla él.

—Eres una ciudadana estadounidense blanca, bueno, más o menos blanca, de clase media. Claro que no te voy a matar. Solo haré que nuestros abogados te enreden en tantos pleitos que no volverás a trabajar en ningún laboratorio ni podrás ver nunca más a Colt. Y ahora, perdona pero tengo una reunión.

—¿Dónde está Colt?

—Resolveremos pronto este asunto, no te preocupes. Mientras tanto, Lloyd te enseñará algunas de nuestras instalaciones.

—¡Vosotros no hacéis estudios biológicos!

—Nuestras competencias son muy amplias. Si se trata de mejorar la seguridad nacional, nos dan presupuesto. Podríamos proporcionarte el laboratorio perfecto. En serio. Piénsatelo. Podemos volver a hablar dentro de una hora, aproximadamente.

Rodea la mesa con su silla y le da una palmada en la espalda para conducirla al exterior. El tipo alto y educado, junto con otro agente, la espera al otro lado de la puerta para acompañarla.

Las puertas se cierran con un silbido, herméticas.

Genial. Naomi ya se ha ido. ¿Qué coño le va a decir dentro de una hora?

Colt lleva diez minutos enviándole mensajes. Ryan espera a que Naomi salga del todo de su nivel antes de responder.

«Papá, he descubierto algo.»

91

—Es él.

—Explícamelo paso a paso.

Ryan está sentado tras la gran mesa plateada, con la cabeza gacha y los dedos en las sienes, concentrado, mientras Colt se lo explica.

Cuando Colt termina, él se endereza.

—Muy bien. Pero que muy bien.

Los ojos azules de Colt se empañan un poco, y las mejillas le empiezan a cosquillear, a arder.

Al otro lado de la mesa, Ryan tiene una idea. Vacila.

Bueno, a estas alturas no supondrá una gran diferencia. Mete al chico hasta el fondo. Que se manche las manos de sangre. Haz que se comprometa.

—Vale —dice Ryan—. Ahora lo matamos.

—¿Y por qué queremos matarlo? —pregunta Colt, todavía ruborizado, solo por cambiar de tema.

—¿Por qué? Porque él quiere matarnos a nosotros.

—Ajá —responde Colt—. ¿Y por qué quiere matarnos?

—Porque estamos ahí.

¿Está su padre de broma? Colt no está seguro.

—¿Y por qué estamos ahí? —le pregunta.

Ryan le lanza una mirada burlona.

—Porque quiere matarnos.

Colt está a punto de decir algo, pero se contiene. Vale, se avecina un bucle. Si plantea la siguiente pregunta y desencadena el bucle, podría parecer una broma, lo cual estaría bien. Pero si se equivoca va a acabar irritando a su

padre, lo cual no está bien.

Arriésgate, arriésgate, piensa Colt. Gran parte de la comedia se basa en la repetición. Seguramente se trate de una broma.

El conocimiento de Colt al respecto es pura teoría; leyó mucho sobre el humor aquel largo verano en el que por primera vez se percató de que la gente que lo rodeaba siempre estaba contando chistes. Aquellas bromas explicaban todas las frases que no comprendía.

Respira hondo.

—¿Por qué quiere matarnos? —pregunta de nuevo.

—Porque estamos ahí —responde Ryan, sonriendo.

—¿Por qué estamos ahí?

—Porque quiere matarnos.

Y los dos se ríen.

Colt apenas puede creerse que haya hecho reír a su padre adrede. Es una sensación vertiginosa. Quiere repetirlo. No, retírate ahora que llevas ventaja.

—Vale —dice—. Supongo que el motivo en realidad no es relevante en un simulador. Aunque quizá sea buena idea añadirlo más adelante.

—Hmmm... Autorizaré el disparo —dice Ryan—. ¿Quieres encargarte tú?

—Sí, guay.

—Técnicamente, esto está prohibidísimo —Ryan mira a lo alto—. Pero soy el jefe. Mi proyecto, mi código. Disfruto de ciertos privilegios. Vale, localizado. Toma el mando de los controles... Dispara.

Colt dispara.

La camioneta estalla.

El dron de vigilancia sobrevuela la escena a menos altura. Graba los resultados.

Examinan los restos ardientes. Un segundo elemento hace explosión, quizá una granada, y una puerta sale volando, baja dando tumbos por la ladera y se pierde de vista. Semejante violencia en silencio... no cuadra.

—Necesita sonido —dice Colt.

Ryan se rebulle en la silla. No responde.

Colt frunce el ceño y se inclina hacia delante.

—¿Qué? —pregunta su padre.

—No parece lo bastante real. No se puede ver el cadáver —Colt se deja caer en el respaldo, apoya las palmas de las manos en los muslos y empuja con fuerza para que estos dejen de temblarle—. Solo esa cosa negra en la

cabina —empuja más fuerte—. Si viniera aquí, ¿podría trabajar con los gráficos?

—Colt... ¿Qué quieres decir?

—Esto es un simulador, ¿no?, para hacer prácticas —sí, es un simulador muy bueno, se dice—. Así que, básicamente, es un juego. Y los mundos virtuales realistas, quiero decir, son mi especialidad —hay pensamientos urgentes, sentimientos que brotan de su subconsciente, nuevas conexiones que intentan realizarse; pero se repite que es un simulador, nada más que un buen simulador, hasta que los pensamientos se repliegan en la oscuridad—. Creo que podría conseguir que pareciera más real —algo le pasa a la cara de su padre—. En serio, papá. La parte de juego podría ser mejor.

Pausa.

—Sí —dice Ryan—. Supongo que podríamos decir que se trata de un juego.

Colt no se siente bien. Le da vueltas el estómago. Quizá sea por los *cupcakes* de granada. Demasiados.

Algo en una hoja de papel, entre todos los papeles del escritorio de su padre, le llama la atención. Conecta.

—¿Quién ha hecho esto? —pregunta. Alarga una mano y recoge el folio.

Los pelillos de la nuca de Ryan empiezan a ponerse de punta, uno a uno. Peligro. Se detiene a pensar en todas las implicaciones de una respuesta.

—Lo escribí yo.

—No, ¿quién ha garabateado encima?

Pausa.

—Yo.

—No —la voz de Colt es firme, y Ryan se maravilla de lo adulto que parece. A veces—. Tú no sabes latín.

—¿Qué tiene que ver el latín?

Colt le da la vuelta al papel: Naomi ha tachado algunas letras y añadido otras... Ahora se puede leer: «Te infinite amo».

Te infinite amo.

—¿Qué? —dice Ryan.

—Te amo hasta el infinito —dice Colt—. En latín.

Ryan mira a Colt. Mira el papel. Me cago en la puta...

—Mamá está aquí —dice Colt—. ¿Dónde está?

Ryan cierra los ojos. Piensa durante un segundo.

Sí, tomar decisiones es lo tuyo.

Llama a Lloyd.

—Trae otra vez a Naomi Chiang.

—Señor, con todo el respeto, lo hablé con...

—Hazlo.

92

Lloyd llega sospechosamente rápido, delante de los dos cabos que flanquean a Naomi. No puede haberla llevado muy lejos. ¿Dónde estaban? ¿Qué ha estado contando Naomi?

Ryan ve que Lloyd intenta captar su mirada.

—Gracias, Lloyd —le dice—. Ya te puedes ir.

—Señor... —dice Lloyd, echando una ojeada a Naomi.

Ella se ha ido derecha hacia Colt. Es probable que quiera abrazarlo, piensa Ryan, pero eso no suele salir demasiado bien. No; le da la mano. Y Colt se lo permite. Interesante. Mejorando.

Colt mira a su madre; a su padre; a su madre; a su padre.

De uno al otro, piensa Ryan. Como si estuviera hipnotizado.

Evoca un tenue recuerdo de los tres así, en una tensa tregua, cuando Colt era pequeño. ¿Dónde, exactamente, y por qué? No consigue averiguarlo. Ryan reprime el ligero encogimiento de hombros que ha estado a punto de hacer. Tras años de control consciente sobre su lenguaje corporal, se ha convertido en algo automático.

—Mi mujer —le dice Ryan en voz baja a Lloyd—. Mi hijo. Yo me encargo.

Naomi lo oye, se vuelve y abre la boca para soltarle: «Exmujer». La cierra. No. El oficial intenta sacarla otra vez de la habitación. Y ella quiere quedarse en la habitación, con Colt.

—No pasa nada —le dice a Lloyd—. En serio, no pasa nada.

El oficial la mira y mira a Colt. Después, a Ryan.

Lloyd se endereza y se lanza a por todas. Curiosamente, Ryan se siente orgulloso de él.

—Señor, voy a tener que ponerme en contacto con el Departamento para presentar una...

—Sal.

—Sí, señor.

Lloyd gesticula hacia los dos cabos y se marcha con ellos.

La puerta se cierra con su sonido de succión hermética. Como un beso, piensa Naomi. Como un beso. Suelta la mano de Colt.

Y mientras Ryan y Naomi se observan desde ambos lados del cuarto y sus rostros cambian de expresión, vertiendo una información extraña que Colt no consigue descifrar del todo, este mira a su padre; a su madre; a su padre; a su madre. Observa lo que acaba de sucederle al rostro de mamá...

Es como si nunca hubiera visto las caras de sus padres.

De manera inconsciente, levanta una mano y ajusta el visor de su casco mientras nuevos pensamientos afilados lo atraviesan.

Ella cambia cuando ve a su padre. Para protegerse. Para sentirse segura. Cambia su cara. Su postura. ¿Lo hacen también las demás mujeres? Vaya, las mujeres no pueden ser ellas mismas cuando están con él. Él es un campo de distorsión. Enfadada. Él hace que se conviertan en otras personas. Y no lo sabe. Cree que las mujeres son siempre así. No lo sabe.

Quiere... Oh, vaya.

Colt no quiere pensar la palabra, pero es la palabra correcta (las otras con las que intenta sustituirla no encajan), así que termina la idea.

Quiere follárselas.

A todas.

Colt no se había dado cuenta antes, y se detiene a meditar esa idea tan rara.

¿Ha visto papá alguna vez a una mujer que sea ella misma?

—Bueno —dice Ryan—. Mi familia. Toda en el mismo lugar. Es mejor que Acción de Gracias.

En su voz se percibe una especie de júbilo que inquieta a Naomi.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunta ella.

Los dos se inclinan hacia el otro, intensos, unidos por una tremenda energía contradictoria que los acerca y los separa, y ambos mueven los labios antes de que el otro deje de hablar.

Ryan se ríe.

—Bueno, mi carrera se va a acabar muy pronto. Pero mientras tanto... hay procedimientos que deben seguirse.

—Existe la cadena de mando —dice Naomi, y se descubre sonriendo. Un viejo chiste, de sus primeros días como pareja.

—Sí —él también sonrío—. Y van a tirar de ella. Fuerte.

Ryan pone la silla en equilibrio sobre las ruedas traseras. La deja ahí.

Papi no tiene piernas.

Papi no tiene piernas.

No ha llamado a su padre «papi», no ha pensado en él como su papi, desde que tenía siete años.

Colt aparta la vista, mira a su alrededor, mira hacia el suelo de hormigón vacío, pero todavía ve los muñones como una imagen proyectada en una pantalla. Cierra los ojos. Intenta recordar algo. Algo al fondo de su mente reconstruida, en reconstrucción. Su madre y su padre. Le recuerdan algo...

—Vale, Naomi, tenemos un problema. Sabes cómo crear una superarma — Ryan baja la silla—. Pero no parece tener idea de lo peligroso que es. Lo regalarías sin más. A cualquiera. A todo el mundo. A nuestros enemigos. Todavía estamos jugando al gato y al ratón con ese maldito artículo que lanzaste a la muchedumbre en Nueva York. Hemos tenido que filtrar versiones falsas para despistar; presionar a los científicos que estaban entre el público. Una copia de tu original apareció el mes pasado en Europa, tuvimos que limpiar un servidor gubernamental para conseguirla. Nos has dado un montón de problemas.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a matarme?

Sabe que ya ha hecho la broma antes y que no es una broma, pero no puede evitarlo porque la broma oculta el miedo; sin embargo, se le tensan los músculos del estómago cuando ve que, esta vez, Ryan se toma la pregunta en serio. Ni siquiera intenta esconderlo.

Colt se da cuenta de que no ha visto a sus padres juntos desde hace muchos años. Los enmarca con las manos.

Como en una fotografía.

Ellos me crearon, piensa, asombrado. Combinaron su ADN. Soy su recopilatorio, su popurrí, su cagada, su lista de reproducción, su lista gris, su lista negra, sus grandes éxitos, sus mejores momentos, su compilación, su antología...

Sacude la cabeza para romper la cadena de asociaciones que ha desatado. No puede apartar la mirada de su madre, de su padre, de su extraña energía. La boca de su madre, la boca de su padre. Deben de haberse besado.

Ryan está hablando.

—El sistema no puede matarte, no sin alboroto. Tenemos un sistema sorprendentemente ético, Naomi. El sistema que tú quieres destruir...

—Yo no quiero destruirlo...

—... La mayoría de los países te liquidarían, sin más. Es probable que China te pasara la factura de la bala. Este país, bendito sea, es demasiado estúpido para eso. Nos hemos enamorado de la idea de que somos una especie de santos entre las naciones. Y ya sabes lo que les suele pasar a los santos.

Naomi resopla.

—Así que pretendes luchar contra el mal dándoles a los santos las mejores armas.

—Bueno, es más eficaz que armar a los malos.

—¿Y crees que nosotros somos los malos? Porque nos estás tratando como...

—No, no sois los malos...

—Bien, entonces...

—Sois más peligrosos todavía —dice Ryan, echándose hacia delante—. Colt y tú sois personas inteligentes que no creen que existan los malos... —Naomi intenta responder, pero Ryan la arrolla—. Mira, una de las grandes ventajas que tiene Estados Unidos sobre la mayoría de sus enemigos es que los malos son, en general, idiotas. Sobre todo los fanáticos. Ayuda bastante que lo único que estudien sea la religión y el odio. Son como los nazis, que se quedaron sin la bomba atómica porque las teorías de Einstein eran judías. Quiero decir, si mil capullos idiotas de Yemen quieren matarte, ¿qué más da, joder? Pero si das con un enemigo listo y culto (Ho Chi Minh, Bin Laden), si le proporcionas un arma inteligente, o, peor aún, lo transformas en alguien inteligente..., ahí sí que tienes un problema.

—¡Pero no somos el enemigo!

—Se lo darías a ellos —dice Ryan en voz baja, inclinado hacia ella, tan cerca de la boca abierta de Naomi que parecen a punto de morderse. O de besarse—. Este poder. Y lo usarían contra nosotros. Directamente, lo usarían contra nosotros. No quieren vivir en el mundo moderno. Que me parece bien. Pero tampoco quieren que nosotros vivamos en él.

Naomi le da la espalda, y Colt lamenta la conexión rota.

Su madre se levanta.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunta Ryan.

—Me voy con Colt.

—Colt se queda.

—Quiero irme a casa —dice el muchacho—. Con mamá.

Los músculos del brazo de Ryan empiezan a temblar, y Colt le atribuye gran

importancia al fenómeno, porque es desconcertante, porque algo conecta con algo y no le gusta el patrón.

El tiempo se ralentiza mientras él dedica su atención al brazo de su padre.

El brazo se alza de debajo de la mesa, y la mano sostiene un arma, una pistola, una Colt 1911; la pistola clásica del ejército.

La pistola por la que le pusieron su nombre.

Una máquina muy sencilla.

Por un momento, por defecto (porque las armas siempre han ido unidas a los juegos), Colt aplica la lógica virtual: supone que ha hecho la transición de vuelta al mundo del juego o que se le ha olvidado que ya estaba en él, así que va a coger su arma; pero no la tiene.

Y desenreda los niveles de realidad; se percató de que su padre es real, tiene una pistola real y él está desarmado; tarda bastante tiempo real en comprenderlo, puesto que en parte piensa con sus viejas estructuras cerebrales. Es muy lento, y sus nuevas estructuras cerebrales no son capaces de decidir qué hacer hasta saber qué es real y qué no lo es.

El brazo de su padre se levanta y se levanta, y se extiende hacia Naomi, y Colt no puede creerse lo que le está diciendo su cerebro; su cerebro está discutiendo consigo mismo, y eso lo paraliza.

Mi padre apunta con una pistola a mi madre.

«Nunca apuntes a nada si no estás dispuesto a disparar.»

Mi padre está entrenado para matar gente.

«Nunca apuntes con un arma si no estás preparado para disparar.»

Ha matado gente; podría ir en serio; va en serio.

Naomi ve levantarse la pistola del regazo de Ryan. El extremo del cañón metálico, frente a ella, es un reluciente cuadrado de acero de esquinas redondeadas; en el centro, un agujero negro.

Mientras, las nuevas estructuras cerebrales de Colt han repasado las estadísticas sobre armas; sobre violencia doméstica; uso de armas en civiles y militares en casos de conflicto doméstico; todo lo que conoce sobre su madre y su padre; y le están diciendo algo urgente.

«La va a matar.»

Colt se lanza hacia delante con el brazo extendido y golpea el cañón con la palma de la mano, echándolo hacia atrás y hacia arriba, su padre dispara y el calor es increíble mientras fuego, sangre, humo y hueso brotan del agujero que acaba de aparecer en el dorso de su mano (a una velocidad asombrosa, incluso

con el tiempo dilatado el ojo es incapaz de registrarlo), y cuando las diminutas motas de sangre y carne le salpican el visor del casco, Colt empuja con fuerza y la boca del arma se incrusta en el agujero que acaba de abrirle en la mano derecha; los gases de la explosión, apretados con fuerza contra su mano, han abierto un agujero más grande incluso que el de la bala calibre cuarenta y cinco, y la pistola dispara de nuevo al tiempo que Ryan fuerza hacia abajo el cañón, hacia Naomi, y Colt intenta que siga apuntando al techo.

El dolor no entra en la ecuación. Todavía.

Entretanto...

Naomi tan solo había empezado a retroceder, para cubrirse, cuando Colt se lanzó por encima de la mesa. De modo que sus percepciones son confusas, su cerebro predice el futuro más probable e integra las impresiones que va recibiendo para evitarlo. La pistola se dispara, y ella está convencida de que le ha dado, lo siente durante un segundo; pero no es más que su cuerpo, los músculos que se tensan, los vasos sanguíneos que se contraen a la espera del impacto; cree que ha visto la pistola apuntándole a la cara, la luz, la detonación acorde a sus expectativas, y se produce una tremenda confusión interna cuando el conocimiento de haber recibido el disparo entra en conflicto con lo que empieza a saber su cuerpo, con el informe que emite: que no le ha dado.

Sin piernas que mover, para equilibrarse, el centro de gravedad de Ryan está alto y hacia atrás en la silla, así que cae de espaldas, con Colt encima.

Mientras caen, Colt se gira un poco en el aire para rotar las caderas y colocarlas bajo la caja torácica de su padre. Lo deja sin aire en los pulmones cuando aterrizan, cuando la espalda y la cabeza de su padre se golpean contra el suelo.

Colt no se molesta en quitarle el arma, sino que coloca un dedo sobre el dedo de su padre en el gatillo, y aprieta una y otra vez hasta que la pistola se queda sin balas.

Cuesta cerrar el puño cuando te han volado por los aires los huesos y las venas del centro de la mano.

Naomi acude junto a él, y entre los dos le quitan la pistola a Ryan.

Está en el suelo, sin piernas y sin arma. Dan un paso atrás.

Colt se limpia un par de veces el visor con aire ausente, usando la manga. La superficie resistente a la suciedad y la grasa se queda perfecta.

—Vámonos —dice Naomi.

Colt se mira la mano derecha.

Puede ver el suelo a través del agujero de la palma.

—Guau.

Hay muy poca sangre; las explosiones del cañón le han cauterizado la herida al quemarle la carne del borde.

El olor... Colt lo reconoce, aunque no sabe ponerle nombre. Los elementos parecen fuera de lugar. La cordita de las balas, mezclada con los aromas de su propia carne chamuscada. Como cerdo o...

Fuegos artificiales y una barbacoa.

Es el olor del 4 de julio.

—Vámonos —repite su madre, que lo coge del brazo.

—¿No me vas a rematar? —pregunta Ryan desde el suelo.

—No me gusta matar, papá.

—Y una mierda —su padre, jadeando, todavía sin aliento, está perdiendo el control—. Examínate los dientes. Colmillos. Incisivos.

A Colt le cuesta mirar a su padre a la cara, ver su rabia. El hijo se mira el agujero de la mano con una vaga sensación de vergüenza, aunque sin saber bien por qué.

—Mírate los ojos, que apuntan al frente. Las orejas, curvadas hacia delante. No temes lo que pueda acecharte por detrás. Eres un cazador, un asesino, lo llevas en los genes. No tienes elección —Colt fija la mirada en su padre a través del visor, y sus ojos se encuentran mientras Ryan sigue hablando—. No naciste para comerte la puta hierba, Colt. Y esa libertad para decir: ay, no me gusta matar. Prefiero seguir con mis juegucitos... Esa libertad te la compraron otros hombres, ahí fuera, en el mundo real, matando y muriendo. Esa estupidez de «yo no mato»... la has subcontratado. Eso es todo.

Colt se inclina sobre él, alarga la ilesa mano izquierda y le toca a su padre la mejilla, el lateral de la mandíbula. La negra barba incipiente. Se la había afeitado a la altura de la piel bronceada esa mañana, pero ya crecía de nuevo.

Su padre lo mira a los ojos, ahora curiosamente relajado, esperando a ver qué hará el hijo que ha engendrado.

—No hay vida sin muerte —dice Ryan, ahora en voz más baja, porque ya no está enfadado—. Y no se puede vivir sin matar. No puedes quedarte al margen.

Colt usa la mano buena para levantar con cariño la cabeza de su padre del suelo gris pálido.

No quiero morir.

Pero tampoco quiero matar.

¡No puedo matarlo!

Pero si no lo hago...

No quiero que mamá muera.

Es el cálculo más difícil que ha hecho en toda su vida.

Siente los distintos impulsos (aprensión, ira, amor, miedo), cada uno moviendo una fracción de milímetro su mano sana adelante y atrás, de modo que le tiembla.

Papi tiene razón. No puedo mantenerme al margen. Decide.

Entonces llegan los últimos votos de todas las capas de su mente y su cuerpo, y los cuenta.

Golpea la cabeza de su padre contra el hormigón con todas sus fuerzas, mientras los ojos se le llenan de lágrimas.

8. El mapa y el territorio

Debe de haber un ser inmortal e inmutable, el responsable final de la integridad y el orden en el mundo sensible.

ARISTÓTELES

Aristóteles se habría ahorrado el error de pensar que las mujeres tenían menos dientes que los hombres si hubiera recurrido al sencillo truco de pedirle a la señora Aristóteles que mantuviera la boca abierta mientras se los contaba.

BERTRAND RUSSELL

Todo el mundo sabe que la lógica bivalente aristotélica está acabada.

PHILIP K. DICK

Cierran la puerta de Ryan al salir y corren hacia el ascensor.

Colt llega primero, pulsa el botón. Ah, ya está en ese nivel, genial...

La puerta parece tardar una eternidad en abrirse.

Colt se mete antes de que termine de hacerlo.

Pulsa el botón mientras Naomi todavía está entrando.

Hay una pausa extraña, inquietante.

Quizá los han desactivado, piensa él. Una alerta general. Alarmas. Toda la base cerrada. Papá puede haber...

Las puertas se cierran tan despacio como miel cayendo por el lateral de un tarro.

Ah. Vale. No eran más que sus sentidos, acelerados. Frenando el tiempo.

—No llegaremos a la superficie por las puertas principales —dice.

Usar el casco para buscar información podría delatarlos pero..., bueno, podemos usar el casco un poco más. Hay cámaras por todas partes. Todos los movimientos quedan registrados, ya saben dónde estamos.

Cierra los ojos para localizar la información.

Vaya.

Es raro, como agarrar un vaso de agua que sabes que está ahí y, al cerrar la mano, verla vacía.

—No hay información sobre este edificio en ninguna parte —dice Colt.

Naomi, que respira muy deprisa, se echa a reír.

—Es una base secreta. Claro que no hay información.

—Pero lo normal es que estas cosas se filtren... —y ahora no puede acceder a nada. Han desconectado algo, o simplemente hay demasiadas piedras en el camino—. No hay información, en general... Bueno, no podemos volver por donde entramos...

—¿Por dónde entraste tú?

—El aeropuerto, puerta principal —responde tras encogerse de hombros.

—Yo no he entrado por la puerta principal —dice Naomi.

Colt abre la boca para hablar justo cuando se detiene el ascensor. Se vuelve

hacia las puertas.

Que se abren.

Alivio al comprobar que nadie los espera fuera, en el amplio pasillo vacío.

Colt se relaja. Un poco.

—Entonces, ¿cómo has entrado?

Naomi se encoge de hombros.

—Por una salida de emergencia —dice.

—¿Dónde?

—A través de una zona en obras. Creo que ni siquiera se trataba de una salida de emergencia oficial.

—Hmmm. ¿Cómo llegaste hasta allí?

—Dos pequeños drones negros me condujeron hasta ella, desde la puerta de fuera, junto a la 375. Cuadricópteros. Creo que los controlaba Ryan. Básicamente, me metió de tapadillo. Y entonces alguien se reunió conmigo al otro lado de la puerta y me llevó hasta la obra.

—Vale —dice Colt—. Muéstramelo. Dibuja un mapa, de aquí a la salida. Todo lo que recuerdes. Esquinas, distancias.

Con dedos torpes, entre espasmos, desdobra la hoja de papel en la que pone *Te infinite amo*.

—Trabajaremos en papel. Daremos por sentado que todos nuestros dispositivos están usados.

—¿Usados?

—Que tienen puertas traseras. Están intervenidos.

Le pasa el folio, y Naomi se lo ve bien por primera vez, el agujero de la mano derecha. Se tapa la boca con la suya.

—Ay, Colt. Colt.

—Dibuja —le dice él—. Dibuja.

Naomi dibuja todo lo que recuerda de la ruta.

Ambos la examinan en el pasillo vacío.

—No nos va a dejar salir sin más —dice Naomi—. Es demasiado fácil.

—Si todavía están construyendo pasillos, túneles o lo que sea —dice Colt—, no pueden haber instalado ya toda la infraestructura de seguridad. Y las obras lo alteran todo.

Lo dice como si fuera bueno.

—No entiendo de qué nos sirve eso —dice Naomi.

—Muchas caras desconocidas, subcontratas, no hay una rutina establecida.

—Quizá. Bueno, es un plan. No un gran plan, pero me consuela saber que al menos tenemos uno.

El chico dobla el mapa de papel con cuidado y se lo guarda en el bolsillo. Dos de los dedos de la mano derecha no se doblan (tendones cortados) y una oleada de dolor se le dispara brazo arriba. Aprieta los dientes con fuerza, y unas perlas de sudor se le forman en el nacimiento del pelo.

Un mapa de papel. Menuda caca.

Bueno, si la zona de obras no cuenta con los sistemas de seguridad adecuados... Sí, pueden conseguirlo. Desaparecer.

Tendrá que desconectarse y quedarse así, sordo y mudo, hasta que lleguen a un lugar seguro y pueda fabricarse una identidad encriptada. Si se dedica a sacar datos de la nada allí mismo, lo localizarán, lo encontrarán. No se puede esconder entre la multitud: si cruza el desierto enviando y recibiendo, la codificación no valdrá una mierda. Será el único tío ahí fuera...

Pero..., ostras, debería haberse desconectado de inmediato. ¿Le habrán pinchado las cámaras del casco, los micrófonos, mientras su madre y él hablaban y dibujaban el mapa? No, no pueden haberse movido tan deprisa... Pero ¿y si están automáticamente conectados a todo, grabándolo todo...? Cuesta ser lo bastante paranoico.

—Desactiva la localización y apágalo todo —dice—. Te ayudaré. No, no te limites a apagarlo, desactívalo. Te lo enseño...

Y ahora ya no hay nada.

Está en completo silencio electrónico.

Sus sentidos han vuelto a integrarse en un solo cuerpo.

Las únicas señales le llegan desde el mundo físico.

De repente, el casco le resulta opresivo, muerto.

Abre el visor.

Las imágenes y los sonidos, al prestarles toda su atención, resultan más agudos, demasiado; y aun así, sin aumentar, sin las capas de datos, no son suficiente.

Cierra los ojos y oye la sangre que le late en los oídos. No pasa nada. No pasa nada.

—Vamos...

Mientras corren a lo largo del pasillo principal, oyen pasos que se acercan por un corredor lateral. Naomi y Colt frenan, se detienen; Colt se mete la mano herida en el bolsillo. ¿Es mejor correr o...? La pareja que dobla la esquina

está riéndose de algo que él le está enseñando a ella, están completamente absortos el uno en el otro, y ni siquiera los miran al pasar.

—La mano derecha no sabe lo que hace la izquierda —comenta Naomi.

—Lo sabrá en cuestión de minutos —dice Colt.

Se saca la mano derecha del bolsillo. Vale, duele, Dios, ahora le duele. El corazón se le acelera mientras le pasan por la cabeza imágenes de juegos y películas. Debería haberse llevado la pistola, aunque estuviera descargada...

Tendría que haber atado a su padre.

¿Matado a su padre? No...

Las puertas cortafuegos... ¿De seguridad? Siguen abiertas. Ni rastro de alerta. Eso es bueno.

Raro, pero bueno.

Recorren todo el camino hasta la gran cueva por la que pasó Naomi al entrar. Tres o cuatro hombres con monos los miran, aunque después devuelven la mirada a la maquinaria en la que trabajan. No es como en el cine. Nadie los persigue.

Una mujer y un crío contra un ejército; si los persiguen, los cogerán. La vida real es así.

Colt está preocupado. Algo va mal.

Sin embargo, en las bases de alta seguridad el flujo de información es dificultoso. Quizá Ryan haya ordenado su captura y esos tíos todavía no se han enterado. Son contratistas civiles. No militares.

Pero ¿por qué no hay una alerta general? ¿Por qué no cierran la base?

Puede que no sean lo bastante importantes.

Colt se siente decepcionado, curiosamente.

—Por ahí —dice Naomi, señalando.

Llegan a la primera puerta del largo corredor de salida.

Y no consiguen abrirla. Está hasta los topes de sistemas biométricos. Retina, huellas.

—Quizá se abra si provocamos un incendio —dice Colt.

—Y quizá no —responde Naomi—. Quizá nos asfixiemos con el humo. No.

Pero Colt ya se está apartando de la puerta y se dirige hacia algo que acecha en la penumbra, más allá, siguiendo la basta curva de la pared de la cueva.

Es una de las máquinas tuneladoras alemanas de nueva generación. Pequeña, ligera, muy rápida. Bueno, pequeña para ser una tuneladora... Frunce el ceño mientras la examina.

Está colocada en posición para abrir un túnel nuevo. Deja de fruncir el ceño. Sí... El morro de la máquina ya está metido en la roca unos cuantos metros, lo bastante lejos para que los arietes hidráulicos curvos puedan aferrarse a las paredes del túnel y obligar al cuerpo cilíndrico a avanzar, a mantener las cuchillas arriba, contra la piedra. Colt lo examina más de cerca.

Sedimentaria; el viejo lecho del lago. Apenas piedra. Arcilla gris y lutita blanda. Bien.

En alguna parte, lejos, empieza a sonar una alarma.

94

Ryan abre los ojos.

Le duele la cabeza.

Eso es el techo.

Claro.

Se han ido.

Así que no ha tenido los huevos de matarme.

Alarga una mano para dar la alarma. Se detiene. ¿De qué iba a servir?

Si ordena que los detengan... El proceso legal es inútil. Es más probable que sea él quien acabe acusado. Y, mientras tanto, ningún sistema judicial civil evitará que Naomi haga pública su investigación.

Dar la alarma solo garantizará que sigan vivos y a salvo, y puedan entregar un arma al enemigo...

Está muy cansado. La idea de volver a subirse a la silla, de reaccionar a todo esto, de enfrentarse al asunto, es agotadora.

Morí cuando me volaron las pelotas, piensa. Las piernas. Esto es la otra vida, el inframundo.

Se levanta, vuelve a la silla, se desliza hasta el escritorio.

El lado derecho de la cara le escuece. Quemaduras de pólvora.

Mira de nuevo el mensaje que recibió el día anterior.

El chivatazo de un miembro del comité del Senado muy colaborador.

Lo lee una última vez. Lo borra.

Así que el Congreso también me va a decepcionar.

Todo el mundo me decepciona.

Su padre lo hizo. Ryan pestañea al recordarlo. Llegar a casa una noche, con

un precioso cielo azul, en busca de ayuda con los deberes de matemáticas. Encontrarse a su padre muerto en el despacho, con la pistola en el suelo y los sesos desparramados por la pared y el techo.

Su madre... Ni siquiera quiere pensar en la multitud de veces que lo decepcionó su madre.

Naomi, que una vez le dijo que siempre lo querría, honraría y obedecería, lo decepcionó.

Los tipos que despejaban de bombas caseras la frontera entre Afganistán y Pakistán lo decepcionaron.

El cirujano militar que podría haberle salvado las piernas si el muy gilipollas hubiera estado sobrio lo decepcionó.

Y ahora lo decepciona su país. Después de todo lo que ha dado por él.

Basta.

Se acabó la autocompasión.

Abre el terminal de codificación, atraviesa todas las chorradas de seguridad y activa el código del sistema inmunitario autónomo.

Tendría que existir un sistema con dos controles para activarlo. Sin embargo, cuando llegaron los recortes de presupuesto al programa, eso fue lo primero que eliminó.

Él había diseñado el arma, así que quería la opción de apretar el gatillo.

Los senadores del comité también habían exigido un interruptor de apagado, un control manual de emergencia supervisado por ellos.

Ryan había asentido, incrédulo, en las sesiones.

Una función que fuera en contra de lo que significaba todo el proyecto. Claro. Seguro. Sí, señor.

No era un programador excelente, pero tampoco lo necesitaba.

Había pedido a los programadores que integraran el interruptor de apagado de emergencia como un módulo de software que pudiera extraerse sin consecuencias negativas para el sistema.

Ryan se pasa los siguientes minutos borrando código, borrando código de seguridad, hasta que no queda mecanismo manual de emergencia alguno, hasta que no queda ningún modo de desconectarlo.

Diez años de trabajo al servicio de su país. Y van a cancelarlo.

—No —dice en voz alta.

El país cree que no quiere esto. Que no lo necesita. Bueno, pues no es cierto.

Espera, no lo actives todavía.

Primero vamos a prepararlo. Vamos a darle al sistema información sobre la amenaza.

Naomi.

Colt.

Fotos, vídeos, todos los detalles biográficos que se le ocurren, hasta que el sistema se hace cargo y empieza a cosechar más datos de todas partes, a analizarlos...

A evaluar la amenaza.

No puede obligarlo a atacarlos. Esa es la idea de fondo, que se trate de un sistema autónomo. Pero puede hacer trampas.

Cuando está seguro de que el sistema cuenta con las suficientes referencias sobre la amenaza, por fin activa el sistema inmunitario autónomo. Resulta bastante decepcionante.

No es más que una orden de ejecución de alta seguridad estándar. Como cuando cierra las puertas al salir del despacho por la noche.

Se queda allí sentado un rato, escuchando su respiración. Imágenes de su exmujer, de su hijo, irrumpen en su mente. Sacude la cabeza, no, no voy a pensar en eso.

Entonces oye pies corriendo por el pasillo, fuera. Y ahora, por fin, una alarma en alguna parte. Y con ella, un subidón de adrenalina. Está hecho. Está hecho. Bien. Sienta bien actuar de una vez. Una vieja canción le da vueltas por la cabeza.

Don't stop me now, I'm having a good time...

Sonríe. Sí, a pesar de toda esta mierda... No, gracias a toda esta mierda..., me lo estoy pasando de miedo. Mira, está hecho. Está hecho...

I don't want to stop at all.

Naomi y Colt se miran, pero la sirena ha tomado la decisión por ellos.

La escotilla de entrada a la parte de atrás de la tuneladora está abierta, y Colt se mete dentro.

El interior de la cabina huele a grasa, polvo, metal y plástico. Colt mira a su alrededor.

Vale.

Averiguar cómo funciona el trasto es lo de menos. Solo hay unos cuantos controles manuales y están todos etiquetados. La mayoría de las decisiones sobre el ángulo de la cuchilla, y por tanto la velocidad, se toman de forma automática, las activa la dureza de la roca.

Colt se encoge de hombros. ¿Por qué molestarse en contratar trabajadores para manejar estas máquinas? Serían más eficientes si las automatizaran del todo. Pero a la gente le gusta pensar que es necesaria, incluso cuando no es más que un estorbo. Como mamá cuando de pequeño me dejaba ayudarla a cocinar.

La idea se combina con los olores de la cabina (grasa, metal, plástico) para desencadenar una avalancha de recuerdos.

Plas.

Clara de huevo por toda la encimera. Unas gotas espesas y transparentes chisporrotean sobre el círculo al rojo, y en cuestión de segundos la masa temblorosa y vítrea se solidifica y se vuelve blanca. La yema gomosa y amarilla, que ha conseguido atrapar, se le desliza entre los dedos, cae al suelo, estalla, y ahora es líquida, como pintura. Un olor; mira hacia el círculo caliente; el blanco se pone marrón por los bordes, negro. Ay, Colt, dice ella, ay, Colt. Su rostro. Él mira al suelo, al charco de yema rota entre sus pies, mientras ese sentimiento enorme que no comprende crece en su interior. Duele. No, mamá. Pero ella no ha hecho nada, solo lo ha mirado y ha pronunciado su nombre.

¡Para!

Son las neuronas, que crecen de nuevo, más densas. Se conectan con mis recuerdos. Los disparan. Cuesta apagarlos.

Respira. Mira lo que tienes delante de ti.

Aquí. Ahora. Este metal suave, este aire aceitoso.

Eso era. Como el aceite caliente de la cocina. Eso es lo que ha despertado el recuerdo.

Respira, parpadea, respira. El pasado se marcha, pero el sentimiento persiste.

Ay, mamá, lo siento, por favor, lo siento, no te pongas triste.

Naomi se mete dentro de la cápsula, detrás de él.

Colt se mueve hasta el borde de la silla negra acolchada y su madre se coloca a su lado. El espacio está diseñado para un solo hombre, pero un

hombre grande. Hay el sitio justo para madre e hijo.

Colt arranca los motores. Las cuchillas empiezan a moverse. Las alarga; comienzan a cavar.

Los cilindros hidráulicos golpean la piedra blanda que los rodea y empujan la máquina hacia delante.

La tuneladora se introduce en la piedra gris.

En un espacio tan pequeño, el ruido resulta atronador. Colt mira a su alrededor, baja la vista. Solo hay un par de protectores auditivos a sus pies. Va a cogerlos para dárselos a Naomi, y Naomi va a cogerlos para dárselos a él.

Cada uno agarra uno de los auriculares amarillo chillón y lo empuja hacia el otro, de modo que la pieza de plástico que los une se dobla.

Como si jugaran a tirar de una cuerda pero al revés, piensa Naomi, y se ríe.

Se alegra de que Colt no oiga su risa, de que se la lleve el torrente de ruido nada más brotarle de entre los labios. A través de los huesos del cráneo, su risa no suena bien.

Colt suelta los protectores.

Ella intenta devolvérselos, pero él se niega.

Bueno, no puedes obligarlo a hacer nada que él no quiera.

Se los pone y examina el rostro de Colt.

Su hijo. Concentrándose al máximo. Tan adulto. Parece muy... vivo.

Colt ajusta los controles, y el morro de la tuneladora asciende en un ángulo suave y sigue avanzando.

Naomi se resbala hacia atrás sobre el liso plástico del asiento negro acolchado. El sudor.

Cada vez hace más calor.

¿Qué pasa si se quedan atascados? ¿Si se les agota el combustible a medio camino?

¿Cuánto aire hay aquí dentro?

¿Bloqueará la máquina con pedazos de roca y arcilla el túnel que dejan tras ellos? Seguramente. Las piedras tienen que ir a alguna parte.

Así que no hay vuelta atrás...

O consiguen llegar a la superficie o mueren.

A su lado, Colt frunce el ceño. La temperatura es demasiado alta. Ajusta el ángulo de las ruedas de corte, pero no es eso.

La temperatura sigue subiendo.

Prueba una palanca mecánica en el cuadro de mandos.

Ah, la nueva moda de los controles retro... Supuestamente les gustan porque las interfaces de software se pueden hackear; pero Colt sospecha que no es más que la nostalgia alemana por las máquinas táctiles físicas de la era preinformática. La pestaña no tiene etiqueta.

Ridículo: hay una mancha de pegamento seco donde debería haber estado la etiqueta. Vaya mierda de diseño. Todo lo importante tendría que estar grabado en la superficie del panel.

Empuja la pestaña hacia delante y contiene el aliento cuando la vibración del cuadro de mandos le desmanda los nervios expuestos de su mano. Fuera, el agua gotea de las boquillas de tungsteno para enfriar las palas.

Debería ser automático. Ridículo. ¿Cómo vas a hacer funcionar una máquina con una eficacia óptima si el diseño del cacharro no es eficaz? Hay que tener en cuenta la estupidez humana. Porque es una constante.

En un acto reflejo, intenta buscar las especificaciones técnicas de la máquina, pero, claro, su casco está desconectado y no pasa nada. Frunce más el ceño.

Naomi aparta la vista. Observarlo no ayuda. Pero no hay ningún lugar seguro en el que descansar la mirada. Todo le recuerda dónde están. Y los protectores auditivos no bastan para bloquear los ruidos de las palas.

Ay, los pobres oídos de Colt...

Cuando la lutita desmigajada se transforma en una roca más dura, una capa caliza, frenan, se adaptan. Se oye un estruendo que los sacude por entero al golpear los arietes hidráulicos los laterales del túnel, morderlos y obligar a la máquina a seguir hacia arriba, hacia delante. El gemido de las hojas de corte del morro se vuelve más duro, agudo y triunfal.

Quizá la vibración nos calme, piensa ella. Apoya la cabeza en la pared de la cápsula, pero el barro acuoso y pedregoso que machacan, a pocos centímetros, se oye a un volumen increíble a través de los huesos de su cráneo. Retira a toda prisa la cabeza del metal, se vuelve a recostar en el asiento acolchado y cierra los ojos un buen rato.

De repente se inclinan hacia abajo, y el chirrido de las cuchillas sube todavía más de tono; ahora cuesta oír otra cosa, cuesta soportarlo.

—¿Qué es eso?

¿La ha oído? Grita otra vez.

—¿Qué está pasando?

Colt sigue sin responder.

Vale, no pasa nada, no lo molestes, está ocupado; pero grita de nuevo de todos modos porque hay algo terrible, de pesadilla, esencialmente erróneo en chillar a Colt desde tan cerca y que no la oiga, que no responda.

—¿Qué es eso?

Se paran en seco.

Colt baja una palanca, desactiva un interruptor, hace una pausa; le da a otro interruptor, a otro, apaga, apaga, apaga. Las palas frenan, desciende el chirrido, el volumen. Silencio.

Se para.

Colt se vuelve y le sonríe.

—Hemos pasado.

96

Consiguen abrir la escotilla trasera, no sin esfuerzo.

No hay salida.

Tan solo una pared negra de arcilla rota y arena.

Los desechos de todo lo que acaban de atravesar, picar y apilar detrás de ellos.

Un hilillo de arena se escurre y entra por la escotilla abierta, y Naomi piensa: vamos a ahogarnos en arena. Intenta cerrarla, pero la creciente pila bloquea el movimiento de la puerta; empuja más fuerte, la lutita suelta se desliza y cae a través de la escotilla dentro de la máquina, detrás de ellos, hasta que se produce un súbito derrumbamiento y, de repente, hay cielo azul por todas partes.

Salen a toda prisa de allí, les sorprende lo caliente que está el metal (la fricción, piensa Colt), trepan por los pedazos de tierra hasta la superficie y se quedan bajo el sol, parpadeando, cegados, atónitos.

¿Dónde estamos?

Colt, instintivamente, enciende el casco, no para conectarse a la red sino para obtener los mapas almacenados en su memoria; al instante lo apaga de nuevo.

No. Cualquier cosa que haga el casco, cualquier cosa que nos diga dónde estamos, seguramente también se lo dirá a ellos. No puedo arriesgarme a enviar una solicitud automática de datos cartográficos o una señal de cobertura

a la estación base más cercana, ni siquiera un ping aleatorio. Deben de estar vigilando todas las peticiones de datos.

Todos los movimientos de datos.

La tuneladora ha atravesado el lateral de un barranco largo, estrecho y seco. Protegido.

No hay ni rastro de la base, del montículo por el que entró Naomi.

Una línea de diálogo, de un juego al que jugó alguna vez. «A nadie se espía más que al propio espía.»

Ni mapas ni GPS.

Mierda. Perdidos en el mundo vulgar de mierda.

El silencio electrónico es abrumador. Vacío de información. Como estar debajo de un tarro de cristal del tamaño de una montaña al que le han succionado todo el aire.

Parpadea, frustrado, bajo la luz del sol, mirando su sombra.

Los únicos datos que tiene.

Eh, espera un momento.

Analiza eso.

Se vuelve, mira al sol. Calcula el ángulo por encima del horizonte.

Comprueba la hora.

Vaya. Qué fácil.

Señala.

—Por ahí.

Naomi mira hacia donde él señala. Hacia abajo, a lo largo del estrecho barranco.

—Bueno —dice—, entonces esto va más o menos en la dirección correcta.

Bajan, entre resbalones, hasta el lecho seco de guijarros y empiezan a andar.

Caminan durante una hora, demasiado deprisa. Energía nerviosa. Están pendientes de oír helicópteros o camiones, pero no hay nada. El barranco se curva hacia un lado, luego vuelve a torcer.

Los labios de Colt están secos, y empieza a tambalearse.

—Creo que necesitas..., que necesitamos descansar —dice Naomi.

Se meten en una estrecha zona de sombra al pie de un risco. Se dejan caer sobre una roca clara con la superficie plana.

Colt se inclina hacia el suelo para recoger un guijarro redondeado del cauce

seco.

Rojo intenso.

Salpicado de diminutos puntos negros.

Con finas líneas blancas de cristal.

Su mente acelerada, hambrienta de datos, extrae cada vez más información de la piedra, y su imagen de ella se expande, fractal.

Jaspe.

Alto contenido en hierro.

Vetas de cuarzo.

Alisada y pulida por el agua, la fricción de otros guijarros y los rasponazos de la fina arena del desierto.

Se la acerca más a los ojos, se concentra en las estrechas vetas de cuarzo que la recorren, se sumerge en sus profundidades translúcidas. Huellas heladas de un pasado líquido.

Por el tamaño del cristal, sabe lo que tardó en enfriarse.

Puede ver la historia de toda la actividad geológica bajo sus pies, atrapada en el guijarro. Siente vértigo al pensar que contiene toda la información que necesitaría para reconstruir el universo, si tan solo lograra descryptarla.

—¿Colt?

Se la guarda en el bolsillo. Se levanta. Examina el cielo. ¿Dónde están los helicópteros? ¿Dónde están los drones?

—Será mejor que nos movamos —dice, tambaleándose.

Cuando por fin llegan a la alambrada, es una decepción absoluta.

El tramo que cierra el paso al barranco no está electrificado.

Ni siquiera tienen que trepar. Una riada ha amontonado ramas descoloridas, maderas de construcción y barriles de plástico contra la valla, como una tosca rampa. Basta con subir la pendiente de la montaña de escombros y saltar por encima del alambre de espino para caer en la arena suelta del otro lado.

Colt se pone de pie, se sacude el polvo de las rodillas y estornuda. Se vuelve para mirar la alambrada.

Mal diseñada. Muy mal diseñada.

—Deberían patrullar esto con regularidad —comenta, inquieto—. Es un verdadero desastre.

—No les preocupa que la gente salga —dice Naomi.

—Sí, lo sé, pero de todos modos...

Entonces lo oye.

Naomi lo mira.

—¿Qué?

Claro, ella todavía no puede oírlo. El oído de Colt es mucho más fino ahora.

—Helicóptero —dice.

¿Dónde pueden esconderse? Debe de tener miras infrarrojas, zooms, de todo.

Puede que ya sepa dónde están. Quizá vaya directo a por ellos.

La arena suelta. ¿Cuánta profundidad?

Colt se arrodilla. Araña la arena.

Bien. Lo bastante suelta.

Lo bastante profunda.

—Tenemos que enterrarnos, mamá.

No, espera. Ay, mierda. Si excavan la capa superficial caliente para enterrarse, dejarán dos marcas en forma de fugitivos de arena fría sobre ellos. Más que visible con infrarrojos.

Vale... Y si...

Colt recoge arena con la mano buena a una velocidad furiosa y esparce la capa superior de arena caliente para dejar al descubierto la arena fría de debajo. Se mueve siguiendo un patrón aleatorio para no quedarse debajo de las únicas zonas de arena fría.

El helicóptero se acerca.

Su madre puede oírlo ahora, empieza a cavar. Los laterales se hunden.

—No puedes excavar un agujero —dice Colt—, tienes que ir escurriéndote hacia abajo, así.

Y se tumba en la arena caliente, ay, Dios, está demasiado caliente, y se retuerce hasta que llega a la más fresca, serpentea un poco más, saca arena de debajo de su pecho y sus caderas con la mano buena.

Cuando está lo bastante enterrado, se echa arena por encima. Un hilillo se le mete en el casco antes de que se le ocurra cerrar el visor con la mano herida.

A través de los huesos de la cabeza, a través de la arena, oye a su madre cavar, contonearse.

Los dos están bastante cubiertos, no a la perfección, pero sí lo suficiente, y Colt intenta no estornudar; la arena le cubre la boca, pero tiene la nariz y los

ojos despejados, casi despejados, le ha entrado un granito en un ojo y parpadea, le araña, tiene que cerrar los ojos y mantenerlos cerrados. Dejar de moverse.

Se quedan inmóviles. El helicóptero desciende, está a pocos metros de sus cabezas, y el aire del desfiladero se estremece.

Justo a un lado, fuera ya de la zona restringida. ¿Patrulla el perímetro? Se dirige al sur.

Ni siquiera frena, solo sigue rumbo al sur.

El ruido desaparece a lo lejos.

¿Cuánto deberían esperar? ¿Es una trampa?

Está a punto de moverse, el picor de la nariz es casi insoportable..., cuando oyen el segundo helicóptero.

Una trampa...

Se quedan inmóviles.

El segundo helicóptero va hacia ellos. La misma dirección. Exactamente el mismo rumbo.

Pasa volando por encima, de nuevo ligeramente escorado.

Desaparece.

Un tercer helicóptero...

Y Colt sopla para quitarse la arena de la boca y se ríe. Cuando el tercer helicóptero se aleja, también hacia un lateral, oculto por la pared del cañón, se levanta; la arena le cae por encima como las túnicas sueltas de una pintura renacentista.

Naomi, con las orejas bajo la arena, lo oye reír como a través de un velo.

Él nunca se ríe.

Y de repente el rostro de Colt aparece sobre el suyo, con el visor levantado. Le aparta con cuidado, con cariño, la arena de la boca y le dice:

—No pasa nada, mamá —retira la arena hasta encontrarle la mano, la ayuda a salir de la tumba poco profunda y añade—: No pasa nada, no son más que helicópteros de turistas que regresan de los pueblos fantasma por el borde de la zona de exclusión. No pasa nada.

Por supuesto. Como una bandada de gansos mecánicos. Lo hacen todas las tardes. Naomi se siente tonta, avergonzada.

—Deberíamos apartarnos de su camino —dice Colt—, por si han oído la alarma de seguridad. Pero no están buscándonos.

No hay cámaras infrarrojas.

No hay armas.

Tres helicópteros más los sobrevuelan, de vuelta de su recorrido por los pueblos fantasma.

Después, dos rezagados.

Después, silencio.

—De acuerdo —dice Colt—. Vámonos.

Él ya ha echado a andar.

Naomi lo sigue.

El barranco se ensancha, se abre a una zona más despejada y erosionada.

Por fin llegan a la carretera. La única carretera. Colt la examina mientras Naomi observa a Colt.

—Este sería el lugar más lógico para interceptarnos —dice él.

Un punto brilla a lo lejos. Retroceden, agachados, y se ocultan en una zanja, detrás de un mezquite. Entre las raíces agostadas y expuestas del arbusto hay una serpiente de cascabel muerta, seca y tiesa como un palo. Verde y gris. Los últimos quince centímetros de la cola están planos. El cascabel, aplastado.

Se enderezó, se defendió con el cascabel, piensa Colt. La atropelló un camión en medio de la carretera. Se arrastró hasta aquí para morir.

Levanta la cabeza, mira a través del arbusto el punto reluciente que se acerca, cada vez más grande...

Una camioneta Dodge blanca.

Colt y Naomi se miran. Sin hablar, deciden no arriesgarse.

Pasa junto a ellos a toda velocidad y levanta una tenue polvareda que flota a la deriva hasta posarse encima de la zanja. Naomi tose. Colt mete la mano entre las raíces del mezquite: coge con cuidado a la serpiente muerta por la cabeza. Tan seca. Tan ligera.

Le faltan los ojos. Se los han comido las hormigas.

Colt contempla las cuencas vacías, huesudas.

Oye algo, muy débil: mira otra vez hacia la carretera.

Otro punto. Más grande.

Se acerca. Un viejo autobús.

Se miran de nuevo, indecisos.

Cuando Colt se gira para echar un vistazo al autobús, vislumbra un destello verde intenso en el centro del arbusto.

Aparta con precaución las pardas ramas secas.

La dura corteza protectora cerca del tallo principal se ha rajado para

permitir que nazca un brote verde.

Colt examina las líneas de la corteza oscura, el modo en que se abren y agrietan para dejar salir el vástago verde pálido. Mete la mano en el fresco centro en sombra del arbusto y acaricia la rama con la yema del dedo. La corteza es tan áspera como la lengua de un gato, y cuando llega al fino brote, a su fría suavidad, le sorprende que se doble bajo su dedo: retira la mano deprisa, temiendo partirlo.

Claro, piensa. Su trabajo consiste en mantenerse fuerte, pero también en quebrarse. Parte de su fuerza reside en su voluntad para quebrarse.

Es una metáfora, piensa Colt, asombrado.

No puedes permanecer inflexible si deseas crecer.

Su cerebro realiza una conexión tras otra. Reconoce el patrón una y otra vez. Avanza chisporroteando a través de su vida. Ilumina lo que le han dicho sus padres, lo que ha leído en los libros, lo que antes no eran más que palabras, palabras que ahora cobran vida.

Como dice papá: no puedes defenderte hasta la victoria.

Como dice mamá: no puedes protegerte de lo malo sin protegerte también de lo bueno.

Debería haber dicho que sí.

Tienes que proteger tu esencia; pero también debes permitir que esa esencia crezca.

Y cuando eso ocurra, se abrirá de par en par tu vieja forma de ser. Y esas primeras antenas de tu nuevo ser, cuando salen de su carcasa protectora, son vulnerables, y quizá sufran daños, quizá se las coman, quizá las hieran. Pero hay que permitirles arriesgarse.

Porque si las mantienes dentro, si las defiendes por completo contra el mundo, las aplastarán; no el mundo, sino tus propias defensas.

El corazón debe abrirse y dejar entrar al mundo.

Colt alarga la mano para tocar otra vez la nueva vida. Es más fuerte de lo que parece.

Cuelga la serpiente muerta del brote verde, en el frío corazón del arbusto.

Se levanta.

Bien.

Un autobús antiguo. Así que necesita un conductor que lo maneje. Es probable que sea el conductor el que decida si debe parar o no.

Sin embargo, si lo han actualizado por dentro, si no hay conductor..., entonces el autobús alertará a las autoridades de que han intentado detenerlo sin autorización y seguirá avanzando. Dejará que los polis se encarguen de todo...

Salen a la carretera para hacerle señales.

Dan un paso atrás, todavía con las manos levantadas. Esperando para ver si para.

El momento se hace largo.

Los dos suspiran con alivio y placer cuando el vehículo se acerca y su sombra cae sobre ellos.

Las puertas se abren. El aire fresco los baña, y ellos se miran. Naomi sonríe. Colt, tras un instante, le devuelve la sonrisa poco a poco.

Suben a bordo, a la fresca penumbra.

Un autobús muy viejo.

Le han hecho una actualización barata, cuenta con piloto automático pero todavía lleva a un conductor humano delante para tomar decisiones sobre cuándo parar y atender a los viajeros.

Naomi echa una ojeada al autobús, que va medio vacío. Algunas personas levantan la vista hacia ella, pero con la mirada perdida; sus almas no parecen presentes. Están viendo algo. Jugando a algo. Quizá simplemente los haya hipnotizado el paisaje.

Es como si no la vieran.

Las puertas se cierran con un susurro, y hace fresco y están a salvo, y es... normal. Y normal resulta muy raro.

—¿Descompuesto? —dice el conductor.

¡Menuda pregunta!

—¿Cómo...?

Y ¿se refiere a ella o a Colt? Ah, pregunta si han tenido una avería.

—No —responde Naomi—. Es que... nos hemos perdido... haciendo senderismo.

—Vaya —dice el conductor.

Naomi pasa junto a él, deja atrás a los pasajeros hipnotizados y se sienta casi al fondo del autobús. Colt asiente para dar las gracias en silencio, sin

mirarlo a los ojos, y sigue a su madre hasta el asiento.

El autobús no se mueve.

—Oiga, señora.

Naomi, sorprendida, mira al conductor.

El hombre se vuelve en el asiento para mirarla. No sonríe.

Ella aparta la vista y se asoma por la ventanilla. ¿Llegan las tropas? No. Entonces ¿cómo los ha descubierto?

Colt se ha puesto tenso, la mira en busca de consejo.

Los viajeros se despiertan de su sueño. La observan.

El conductor se aclara la garganta.

—Señora, este autobús es de mi hijo. Si no me paga, no estará usted robándoles a los ricos sino a los pobres.

—Ay, lo siento mucho —claro. Todo está desconectado. Su monedero electrónico, su autopago, todo—. Lo siento muchísimo —efectivo, efectivo—. Es este calor, me tiene atontada.

Se pone de pie, camina de nuevo hacia él, busca dinero. Le da un billete.

—¿No tiene pasta electrónica?

—Lo siento...

El hombre mira el billete. Su suspiro es tan fuerte como el que acaba de soltar la puerta.

—¿No tiene suelto?

—No se preocupe —responde ella. No mires alrededor. No mires alrededor—. Quédese el cambio.

El conductor la observa. Y ahora, a pesar del fresco del autobús, el sudor le recorre la espalda. Está llamando la atención.

—Es un autobús muy bonito —dice.

Dios mío, ¿de verdad ha dicho eso? Se está desmoronando. Actúa con normalidad. ¿Qué sería un comentario normal?

—Es un autobús bonito, pero no tanto —responde el conductor, que sujeta el billete al trasluz, resopla de nuevo y se lo guarda en el bolsillo. Vuelve a acomodarse en el asiento—. Señora, tiene que beber agua en cuanto pueda.

Naomi asiente.

—Y el crío también. ¿Van a Las Vegas? Le daré el cambio cuando estemos más cerca de la ciudad y tenga más en la caja. No trabajamos mucho con efectivo.

Entonces activa de nuevo la conducción automática y el autobús se mueve,

gracias a Dios, se mueven.

Naomi se gira para regresar a su sitio, aliviada de que el traqueteo del vehículo disimule el temblor de su cuerpo, de sus piernas. Se sienta por fin.

Al cabo de unos minutos empieza a relajarse. Colt le agarra la mano.

Ella se vuelve hacia él, sonriente.

Él no la mira.

—Nos están siguiendo —dice Colt.

Naomi mira por encima de su hombro, por la ventana.

Parpadea, escudriña el exterior; la reluciente carretera está vacía hasta donde alcanza la vista. Mira a Colt, desconcertada.

Él no mira la carretera.

Mira arriba.

Ella hace lo mismo.

Unos quinientos metros por detrás de ellos, y otros quinientos por encima (cuesta calcular la distancia), divisa dos manchas de un azul distinto, de sombra, en el cielo.

Más arriba, una mancha más grande.

Otra.

Tarda un momento en descifrarlo.

Pintados como camaleones, imitan el cielo.

Son casi invisibles desde la mayoría de los ángulos.

Sin embargo, ni la mejor pintura de camuflaje adaptable puede igualar por completo el brillo de un cielo azul pálido cuando los objetos reciben la luz del sol por detrás.

—Ay, Colt —susurra.

—Sí —responde él, todavía con la vista clavada en el cielo. Vagando por el cielo. Contándolos—. Drones...

Empiezas como una única célula obtenida a partir de la unión de un espermatozoide y un óvulo, que después se divide en dos, en cuatro, en ocho, y así sucesivamente, y en cierta etapa de ahí surge una única célula cuya progenie será el cerebro humano. La mera existencia de esa célula

debería ser una de las grandes maravillas de la tierra. La gente debería pasar sus días, todas las horas que permanece despierta, hablando entre sí, asombrada, de esa célula y de nada más. Es algo increíble, pero ahí está, se coloca limpiamente en su sitio, entre el revoltijo de células de todos y cada uno de los varios millones de embriones humanos del planeta, como si fuera lo más fácil del mundo.

LEWIS THOMAS, «Sobre la embriología», *La medusa y el caracol*

—Lo ha hecho —dice Colt.

—¿El qué?

—Ha activado el sistema inmunitario.

Colt enciende otra vez el casco. Todos los sistemas, todo.

No tiene sentido desconectarse del universo.

Ya no tiene sentido ocultarse.

Ya los han encontrado.

Saca información de donde puede.

Nada.

Nada, en ninguna parte, que indique que algo gordo está ocurriendo en Nevada. No hay alerta pública ni noticias de última hora. Aún.

—¿Están...? —Naomi no sabe bien lo que está a punto de decir—. ¿Pueden intentar matarnos?

—Los pequeños son de vigilancia —dice Colt con aire ausente—. Buscan el objetivo. Los grandes sí, esos matan.

—¿Nos han visto subir al autobús?

—¿Hmmm?

Le cuesta manejar la riada de información que se ha acumulado mientras ha estado desconectado.

Anda, vaya, eso está bien...

Se da cuenta de que está viendo un código nuevo en el mundo lúdico.

Menudo rollo, Colt. Céntrate. Apaga el juego.

Sigue aquí, ahora.

—Supongo —dice.

—Pero, si nos han visto, ¿por qué no han hecho nada?

—Hmmm, sí, es raro... La verdad es que este sistema puede matarnos cuando quiera.

Su madre parece inquieta. A Colt no le gusta verla inquieta.

Vaya, aquí llega de nuevo esa emoción tan grande.

Demasiada emoción, demasiado deprisa... No, no quiero estar aquí ahora.

Es automático, un reflejo. Colt sale del mundo físico y se mete en el juego. Sin integración. No quiere que le recuerden dónde está.

Vale, y hay otro motivo...

Quizá Sasha esté en el juego...

Utiliza sus privilegios de administrador para comprobarlo.

Sí. No está con el programa de integración: juega por libre, fuera, en... Oh.

Está jugando en el campo de pruebas. Su reino.

Sienta bien.

Se genera en el centro del campo de pruebas, mira a su alrededor.

No la ve.

Los cráteres simétricos dejados por las pruebas nucleares al aire libre lo calman. Sus líneas nítidas y perfectas recuerdan los primeros gráficos informáticos. Saber que esas formas tan simples están ahí fuera, en el paisaje del mundo real, le resulta reconfortante, por alguna razón.

El mundo lúdico es un entorno de alta seguridad que cuenta con sus propios servidores aislados, y él está ejecutando una cuenta falsa recién creada, con grandes dosis de encriptación, a pesar de lo cual es consciente de que el sistema inmunitario ya debe de haber detectado su presencia en el juego. Se le eriza el vello de la nuca en el mundo real.

Pero tiene que hablar con ella, dentro del juego.

Dios, debería haberle dicho que sí.

Quiere estar a solas con ella, con la integración activada, con el traje de microfibra, los guantes, la integración táctil completa; desactivará el control parental, ya da igual, da todo igual, seguramente va a morir dentro de poco con su madre.

Pero Sasha no está en el modo de integración; Colt está sentado en un autobús en movimiento; el juego no podría integrar esto, de todos modos, la brecha entre el juego y la vida es demasiado grande.

Abusa de sus privilegios de administrador para conocer la ubicación exacta de Sasha y se vuelve a generar a pocos metros de ella.

Ni siquiera intenta incorporarlo a la lógica del juego.

Aunque sabe que es de mala educación aparecer sin más, no le queda mucho tiempo.

Por un momento se queda perdido entre mundos, no sabe bien dónde está él, dónde está ella.

Porque la que tiene delante de él es Sasha.

No su avatar, sino la Sasha real.

De algún modo, está dentro del juego.

Una mujer real está dentro del juego, y él siente un vértigo existencial, ¿dónde está? ¿Qué nivel de realidad es este?

Vale, debe de ser una transmisión en vivo desde el mundo real, soltada en el juego, como el hackeo militar de baja resolución de su padre, salvo que con mejores gráficos; pero no, Sasha está completamente integrada, es un personaje del juego, ve la luz del juego caer sobre ella..., aunque la forma en que cae...

Espera. Se ha librado de su antiguo avatar y se ha creado otro que es una copia exacta de sí misma, tal y como es.

Un avatar sin estirar, sin exagerar, sin mejorar.

Incluso ha conseguido que la luz caiga sobre ella, que rebote en ella como lo haría en el mundo. Sin procesar. Tan plana —y poco favorecedora— como la luz real.

Buen hackeo, piensa. No es fácil.

Estudia su rostro. Parece real. No mejor que real, no hiperrealista. Solo real.

Su realismo inflexible ofrece un extraño alivio frente a la sutil artificiosidad del mundo lúdico, y Colt se arrepiente de algunas de sus decisiones sobre la luz.

Sus ojos se liberan de su control consciente. Desobedecen su intento de mantenerlos clavados en el rostro de Sasha.

La mirada desciende.

Los enormes pechos que desafiaban la gravedad en su antiguo avatar ahora son pechos pequeños que dibujan delicadas curvas en el tejido negro mate de una camiseta de hombre. Sus curvas remodelan ligeramente las fuertes líneas

gruesas que forman las palabras BAD SEED en blanco, de modo que se hinchan un poco. Como haría una semilla.

Sabe, sin saber por qué, que es la camiseta que lleva ahora mismo en el mundo real.

Nick Cave and the Bad Seeds, piensa, y parpadea unas cuantas veces.

Su padre solía escuchar a Nick Cave a todo volumen, todo el tiempo, el año antes de marcharse. El año de las peleas.

No Pussy Blues...

Hard On For Love...

Su padre escuchaba a Nick Cave y le hablaba sobre las mujeres. A Colt le daba miedo la música (siempre estaba demasiado alta), pero le gustaba que su padre le hablara, le contara cosas, aunque no entendiera la mayor parte.

Ahora las canciones de Nick Cave acuden a su memoria como una avalancha, unas disparan otras, pierde el control.

«Tonight we sleep in separate ditches...»

Mira el rostro de Sasha, que está integrando en directo a partir de su cara real; es una copia perfecta de su cara real. Tiene una pequeña espinilla en el lado izquierdo de la mandíbula, y él la mira.

«You better run to the City of Refuge...»

Con todo expuesto, parece... Vulnerable no, en absoluto. Todo lo contrario, si acaso.

«Rain your kisses down in storms...»

Parece muy real. Muy... real. Y una oleada de emoción le recorre el cuerpo. La reprime, la controla.

«Get ready for love...»

—Hola —dice Colt.

Está subvocalizando; apenas es consciente de que su cuerpo está, de hecho, en el autobús, al lado de su madre. De que no está hablando en voz alta en el mundo real. Bueno, quizá mascullando un poco. Pero su voz brota mejorada y fuerte en el juego.

—Oh —dice Sasha.

—¿Hmmm? —dice su madre, fuera del juego.

Colt activa la anulación de sonido y busca a tientas un asiento vacío, lejos de Naomi.

Cerca de Sasha.

Mira a los ojos del nuevo avatar de Sasha, a los ojos de su cara real. Castaño oscuro.

Como los míos.

Ella le devuelve la mirada, mira a los ojos del avatar de Colt. Artificiales, azules.

No se parecen en nada a sus ojos de verdad. Una canción que a su madre le encanta flota por su mente.

«*Don't it make your brown eyes blue...*»

—Todas las canciones hablan de nosotros, Sasha.

—¿Qué canciones?

Colt hace un gesto de impotencia.

—Todas las canciones.

Y ella ladea la cabeza y mira a los ojos de su avatar.

No me ve, piensa él, desconsolado. No ve mi yo real. Quien soy.

Lo que estoy pensando.

Lo que siento.

Comunícate.

«Comunícate.»

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Fatal.

—Vaya —dice. No tiene guion para esto—. Vaya. Yo estoy bien.

«*Love letter love letter*

Go get her go get her

Love letter love letter

Go tell her go tell her.»

Pero ¿qué le dice? ¿Cómo se habla de un sentimiento? ¿Qué se dice? ¿Es intenso? ¿Estoy asustado? Es...

Un momento.

Has mejorado. Te has actualizado. Aplica tu capacidad de procesamiento a este problema.

¿Por qué Sasha se siente fatal?

—¿Por qué te sientes fatal? —le pregunta.

—Tus amigos, los Hermanos Karamazov, su grupo, escribieron una modificación de triple X...

—En realidad no son mis amigos —dice Colt para intentar ser preciso, para tratar de ser riguroso y que no haya entre ellos ningún problema de

entendimiento.

—Mejor, porque intentaron violarme dentro del juego.

—¿Cómo?

—Intentaron obligarme a salir del juego. Y configuraron la modificación para que, si lo abandonaba, mi avatar se quedase y pudieran violarlo.

—¿Por qué?

—Joder, Colt, ¿tú qué crees? Porque soy una mujer y no me rompo la cabeza por agradecerlos. Así que decidieron romperme ellos, para que les agradara.

Sonríe, pero no es una sonrisa de las buenas.

Glacial, piensa Colt. Ese es el aspecto que tiene una sonrisa glacial.

—Pero... —lo dice antes de poder contenerse—. ¿Por qué?

—Para castigarme por ser yo misma. Por existir.

—Pero los controles parentales... —deja la frase en el aire mientras Sasha lo mira.

—Puede que tu madre haya instalado controles parentales en tu juego y en tu casa, y puede que a ti te parezca bien, pero en el mundo real nadie los usa.

Colt no sabe ni por dónde empezar. Para arreglarlo. Para mejorarlo.

—Pero... no es real —dice.

—Los actos no son reales. La intención es real. El problema es real.

Está enfadada. ¿Está enfadada con él? ¿Por qué está enfadada con él?

Nota una náusea subiéndole por la garganta. Está yendo todo mal otra vez.

—Pero, ya sabes, a mí me mataban. Otros tíos. Continuamente.

—Colt, esto no es mecánica de juego aleatoria. Están obligando a todas las mujeres (programadoras, jugadoras, a todas) a salir del juego.

—En realidad, yo no me meto...

—¡Lo sé! ¡Y esa es una decisión con consecuencias! Este es el rumbo que ha tomado el juego, Colt. Lleva cociéndose desde hace tiempo.

—No lo sabía...

—No has estado prestando atención. Has decidido apartarte. Se está convirtiendo en un lugar que hace de chicos normales gilipollas, que te recompensa por ser gilipollas, y tú te has largado sin más.

—Supongo que he estado ocupado...

—Sí, jugueteando, metido en tu pequeño mundo, asegurándote de que la iluminación es perfecta.

La cosa no va en absoluto como él pretendía.

—Lo siento... Podías haber dejado de jugar...

—¡Eso es lo que ellos querían! Pero ¿por qué voy a hacerlo? ¡Yo ayudé a construir este mundo!

—Entonces, ¿qué has hecho?

—Era una modificación muy mala. Un código de mierda —se encoge de hombros—. Hice algunas cosas que no se esperaban, les jodí la modificación y después los maté.

Colt la mira.

Su cara es asombrosa.

No solo su cara.

Lo que hay detrás de su cara.

¿Su alma?

No quiere usar esa palabra, pero es la que le viene a la mente de todos modos.

Quien ella es.

La criatura complicada que es. Su forma de programar, su forma de luchar, su forma de abrirse al mundo, aunque le haga daño, su forma de resistir.

El modo en que su rostro muestra la persona que es.

Lo que siente.

Está vivo.

Está viva.

De repente, siente el irrefrenable deseo de verla en el mundo real, de olerla en el mundo real, de sentirla en el mundo real, y con ese deseo llega un miedo profundo.

Si ese sentimiento crece más, lo matará. Apenas logra hablar. Se está ahogando. Sufre un ataque de pánico. No puede pensar.

Se arrepiente, quiere compensárselo, quiere retroceder en el tiempo y decirle que sí.

Quiere tocarla, quiere abrazarla.

Quiere, quiere...

¿Cómo se expresa ese sentimiento? ¿Cómo se comunica?

¿Qué sucede cuando un hombre siente esto por una mujer? ¿Qué se hace?

En su cabeza aparece una visión, una imagen de sí mismo tomando la iniciativa; un primer paso que ha visto mil veces en el juego, en los burdeles de otros mundos lúdicos, en los bares virtuales.

Cuando mentía sobre su edad y salía con chicos más mayores para intentar

aprender a vivir entre los demás. Antes de rendirse y crear su propio desierto en el que vivir.

Colt respira hondo, alarga una mano y la agarra entre las piernas.

El juego le permite hacerlo; pero ella no está ahí, ha escrito algún código para protegerse de esa clase de iniciativas, así que su avatar no reacciona. La mano de Colt la atraviesa.

«I've got the no pussy blues...»

El juego intenta reiniciar la integración y la desconexión los devuelve de golpe a sus posiciones de partida.

De pie, mirándose a los ojos.

—¿Por qué te crees con derecho a hacer eso? —pregunta ella.

Esto no es lo que tenía que pasar, en absoluto.

—Querías... —Colt no encuentra las palabras— besarme..., tocarme..., cuando...

Es vagamente consciente de la larga guerra sobre códigos de comportamiento para avatares, pero siempre se ha mantenido al margen de los debates; las pasiones lo asustan.

Me desentendí, piensa.

—Mira —dice Sasha—, aquella vez te acercaste a mí en el juego, y pareces seguro de ti mismo, y, joder, me encanta tu trabajo, me siento halagada; y hablamos, y está bien. Es agradable. Y me gustó enrollarme contigo en el juego, así que nos dejamos llevar y disparamos los censores. Bueno, joder, no sabía que tenías activado el control parental.

—Lo he desactivado...

Ella niega con la cabeza.

—Ese no es el problema.

—¿Cuál es el problema?

—Cuando voy a buscarte en el mundo real, me dejas fuera, apartas tus emociones. Me bloqueas.

—Ah... —pero Colt no sabe qué decir, cómo responder. Empieza a repetir sus tics, se da palmadas en los muslos siguiendo un ritmo, pero no funciona, y Sasha sigue hablando.

—... Y ahora, cuando cambias de idea, usas tus privilegios de administrador para encontrarme, y apareces dentro de mi misión sin permiso, y entonces...

A Colt se le ocurre algo.

—Pero tú no me pediste permiso cuando viniste a mi casa...

—¡Corrí un riesgo real, en el mundo real! —Sasha se echa hacia delante, y sus ojos, su rostro, son tan increíbles que Colt da un paso atrás—. ¡Yo no tenía privilegios especiales! ¿Crees que fue fácil ir a verte? Estaba cagada de miedo.

¿Estaba asustada? ¿Ella estaba asustada? Esta información le resulta completamente inesperada.

—Entiendo que tenías derecho a rechazarme, vale —dice Sasha—, pero podrías haberlo hecho con más amabilidad. Podrían haberte importado mis sentimientos...

—¿Cómo te sentías?

—Me sentí de puta pena, lloré tanto que casi me estrello con la moto de camino a casa. Y ahora quieres rebobinar y repetir la escena, excepto que esta vez tú estás al mando y en la seguridad del juego, sin arriesgar nada. Nada.

Y ahora están los dos a punto de llorar, en el campo de pruebas, y Colt recuerda que se encuentra en un autobús, que su madre está a pocos asientos de distancia.

Empieza a cerrar; pero no, no puede, no puede volver a desentenderse, tiene que seguir adelante, superar esto, así que parpadea una y otra vez, y se dirige al rostro de Sasha, a su asombroso rostro, a su interfaz con el mundo, tan viva y enfadada, y dice:

—¿Por qué estás tan enfadada?

—Porque me gustas. Porque ni siquiera creo que seas un mierda, solo tienes una absoluta falta de consideración.

—Explícamelo —le dice Colt, impotente.

—¿Que te explique qué?

—Las mujeres —pero no, el problema es más grande—. Los hombres —todavía más grande que eso; sí—. Todo —pero esa no es la palabra adecuada, no ha dado en el blanco. Se le ocurre una palabra mejor—. El amor.

Al pronunciarla, una sombra cae sobre ambos.

Colt levanta la mirada hacia las nubes que se arremolinan sobre la cabeza de Sasha y por detrás de ella. Nubes que salen de la nada; nubes que se forman más deprisa de lo que nunca se formarían en la naturaleza.

Sasha se gira, mira por encima de su hombro para ver qué está observando él.

—Hala, qué locura —dice.

¿Se siente Colt aliviado por la distracción? Sí, así es.

—Sí —dice.

—¿Un error? —pregunta Sasha—. ¿Un fallo del hardware?

—No —Colt hace una pausa para intentar leer las nubes. Descodificarlas—. Es real.

—No puede ser. La Agencia de Seguridad Interior nunca ha creado tanto clima.

—Ya no es solo la Agencia de Seguridad Interior —madre mía, están formando supercélulas tan deprisa que se ve el proceso. Se avecinan tornados—. Son las agencias de seguridad —dice—. Todas ellas. Las han movilizadas. Coordinadas.

El sistema inmunitario, piensa. Se ha estado expandiendo mientras hablaban. Tomando el control. Usando sus recursos.

Los drones que nos estaban buscando no eran solo de papá.

Sasha aparta la vista de las nubes a regañadientes.

Mira a Colt a los ojos.

—¿Qué están haciendo?

—¿Las agencias?... Buscar.

—¿Buscar el qué?

Una pausa.

—A mí.

Ella se ríe. Cree que está de broma.

Quiere contárselo todo, pero si se lo cuenta todo la involucrará. Correrá peligro.

Ya corre peligro. Está hablando con él. Deben de estar intentando monitorizar esto, sobre la marcha. Descifrar el código.

Sí, es difícil acordarse de ser lo bastante paranoico.

Espera, Sasha lleva un casco, y microfibras. Un traje completo. Debería avisarla sobre las puertas traseras del hardware. Va a necesitar modificarlas físicamente.

Por otro lado, ¿cómo decírselo sin contarle cómo lo ha sabido? ¿Sin contárselo todo? Y ¿tiene ella el tiempo y las herramientas para realizar la modificación? No es poca cosa.

Además..., si se lo cuenta todo..., quizá tenga que contárselo realmente todo. Cómo se siente. Abrirse de par en par. Descriptarse para ella. No.

Déjala y ya está. Mantenla a salvo. Mantenla alejada.

—Tengo que irme —le dice.
—Joder, Colt, casi estábamos llegando a alguna parte.
—Lo siento. Es una emergencia.
—De acuerdo. Pero tenemos que acabar esta conversación. Reúnete conmigo.
—Sí. Es verdad. Dónde. Cuándo.
—Aquí, más tarde. Campo de pruebas. Cinco horas. Terminó mi turno. Cinco horas. Bueno, o estará muerto o estará vivo. No quiere pensar en eso ahora.
Si es seguro, aparecerá.
—Vale.

100

Y de repente está de vuelta en el autobús, entre mundos.
Todo está borroso y no consigue enfocar la vista.
Se restriega los ojos. Mira por la ventanilla.
Cinco horas. Solo tiene que seguir con vida hasta entonces.
—¿Dónde estabas? —le pregunta su madre, justo a su lado.
Ostras, se ha cambiado de asiento mientras él estaba en el juego.
¿Ha mascullado? ¿Qué ha oído?
Colt no sabe qué decir.
Naomi mira hacia los drones.
—¿Nos van a matar? —la voz de su madre suena como la de una niña pequeña. Lo mira como, como... como él la suele mirar a ella. Eso da miedo.
Di algo. Di algo para hacerla feliz.
—No pasa nada, mamá —¿de verdad? ¿Por qué no los han matado todavía los drones? ¿Por qué ha permitido el sistema que se suban al autobús?—. Las reglas para entablar combate son completamente distintas en casa —mientras lo dice, emprende una búsqueda frenética que le confirme que sigue siendo así. Páginas legales, foros... Muchas de esas reglas se han vuelto turbias—. No es fácil matar a la gente en el propio país. Hay leyes...
O eso espera. Aunque se trata de un sistema de seguridad nuevo, diseñado específicamente para resolver el problema constitucional y legal de localizar y matar a la gente dentro del país.

Y no tiene ni idea de hasta qué punto ha conseguido reprogramarlo Ryan antes de lanzarlo...

Colt sigue hablando con su madre mientras intenta reflexionar sobre lo que significaría un sistema inmunitario para Estados Unidos.

Vale. Su padre debe de haber establecido los términos del combate. Así que si consigue anticiparse a su padre quizá logre anticiparse a los drones...

Entonces esa gran emoción aparece de nuevo y borra todos sus pensamientos, hasta que se oye murmurar:

—Sasha, lo siento...

No, primero encárgate de los drones. Después podrás hablar con Sasha para intentar arreglar lo que has roto. Pero necesitas seguir vivo mientras tanto.

Salva a mamá.

Sigue vivo...

Vale. El sistema inmunitario. Adelante.

Le empieza a doler la cabeza. La avalancha de datos es interminable.

Quiere cerrar los ojos, dormir.

Está deshidratado.

Le duele la mano.

Sigue buscando, sigue buscando.

Ahí...

—He encontrado un informe de situación —dice.

—¿Sobre qué? —pregunta Naomi distraída, escrutando el desierto a través de la ventanilla del autobús.

Ay, mamá...

Nos pasamos juntos media vida, pero no tiene ni idea de lo que pienso.

La idea le inspira uno de esos sentimientos malos y tristes que tanto odia. Se mezcla con la gran emoción y la reactiva, de modo que esta empieza a crecer de nuevo.

Tamborilea un mismo ritmo sobre la tela roja y rala del asiento hasta que las emociones desaparecen.

Naomi espera con paciencia. Bueno, con bastante paciencia. Teniendo en cuenta las circunstancias.

—Es una propuesta preliminar de la Agencia de Seguridad Nacional —explica— sobre un posible sistema de respuesta inmunitaria para Estados Unidos. Se filtró hace años, así que está desfasado. Pero es probable que refleje los parámetros aproximados de lo que de verdad realizó después la

Agencia de Seguridad Interior.

—Sigue.

Colt respira hondo.

—Existen tres niveles de amenaza. Creo que estamos en el 1.

Naomi mira por la ventana de nuevo. Pasan junto a un pequeño vivero automatizado: un llamativo terreno lleno de hileras de flores del desierto.

Un dron jardinero se balancea por encima de las plantas, polinizando. Justo cuando lo dejan atrás, sus sensores detectan una plaga de escarabajos en un arbusto. La lengua de púas del dron se dispara, brillante y metálica a la luz del sol; se retrae con un chasquido que se oye con claridad dentro del autobús, y los escarabajos desaparecen.

Naomi aparta la mirada.

—¿El nivel 1 es bueno o malo?

—Bueno. Pasa del amarillo al naranja, y del naranja al rojo, y el nivel 1 es amarillo. Pero podríamos estar en el 2, si nos hubieran visto cuando paramos el autobús.

—Pero ¿qué significa? Nivel 1, nivel 2...

—Creo que nos han identificado, aunque no nos han aislado... El sistema quiere matarnos, pero estamos rodeados de demasiada gente para que lo intente ahora.

—Así que estaremos seguros entre la multitud.

—No es un sistema estadístico —responde Colt—. Y los niveles de respuesta dependen del nivel de amenaza que nos hayan asignado. Si se trata de una amenaza significativa y el sistema inmunitario no obtiene un resultado, reaccionará incrementando la respuesta.

—¿Nivel 3? ¿Rojo?

—Sí.

—Supongo que eso no es bueno.

Sarcasmo, piensa Colt. O ironía. Asiente.

—Si estuviéramos en el nivel 3, el autobús sería un cráter.

—¿Qué hace que suba al 3?

—Fallo en el 2. Tenemos que engañarlo para que piense que nos tiene.

Colt parpadea deprisa. Hay algo... algo que lo inquieta. ¿Qué es? Allí..., en la parte delantera del autobús...

El conductor levanta la mirada hacia el espejo que hay más arriba de su cabeza. Observa la parte de atrás del vehículo. Colt supone que lleva

haciéndolo cada par de minutos desde que subieron.

No es bueno.

—Quizá no seamos más que una amenaza de bajo nivel —dice Naomi, que intenta ser optimista—. Quizá se limiten a vigilarnos.

—Sí...

Colt no suena muy convencido.

Naomi escudriña el cielo.

—¿Cómo lo averiguamos?

—Bueno, podríamos salir del autobús y volver al desierto. Si nos liquidan, es que no somos una amenaza de bajo nivel.

Naomi mira a Colt, examina su cara. ¿Está desarrollando un sentido del humor? Eso sí que sería una transformación. Sonríe.

Él no le devuelve la sonrisa.

Oh.

—Entonces, ¿cómo lo desactivamos? —pregunta ella.

—No podemos. Esa es la razón de ser del proyecto.

—Pero si Ryan lo activó, puede desactivarlo. Así que nosotros deberíamos ser capaces de...

—No, esa es la idea —el pie de Colt empieza a taconear muy deprisa en el pegajoso suelo de plástico gris—. Si los buenos pueden desactivarlo, los malos también. Un presidente débil podría desactivarlo. Los terroristas podrían desactivarlo. Los chinos podrían desactivarlo... —se da cuenta de que está citando a su padre y se calla.

—Pero eso es... pura paranoia —dice Naomi.

—Los sistemas inmunitarios son paranoicos. Si se activan, por definición, el cuerpo al que protegen corre peligro. Así que desconfían de las señales que les dicen: oye, ya podéis apagaros. Permanecen activos hasta que la amenaza está... muerta.

—Entonces, ¿cómo logramos que sea menos agresivo?

—No podemos reducir su agresividad... Pero podemos aumentarla.

Naomi se ríe.

Colt ni siquiera sonríe.

—¿Qué sucede cuando un sistema inmunitario es demasiado agresivo, mamá?

—Si un sistema inmunitario es demasiado agresivo... ataca a las células sanas —responde, sin reparar en que se está llevando la mano derecha al

cuello.

Colt sí lo ve.

Antes de la transformación no se habría percatado, pero ahora sí.

—Se suicida —dice, y ahora no se da cuenta de que su mano derecha se aleja de la tiroides y se desliza por su cuerpo hasta posar los dedos protectores sobre las venas azules del cálido hueco de su codo.

Colt sí lo ve.

—Sí —dice el chico—. Quizá seamos capaces de obligarlos a suicidarse —se gira en su asiento y contempla los puntos azul oscuro en el cielo azul intenso—. Con el equipo adecuado..., debería poder comunicarme con esos drones.

—Colt, en serio, seguro que han tenido en cuenta eso...

—No. No se puede perfeccionar la seguridad hasta haber acabado el sistema. Y el sistema todavía no está maduro, todavía tiene defectos. Vulnerabilidades de seguridad. Es posible hackearlo, estoy convencido. Puedo hackear los drones.

—Colt, esto no es un juego. Estamos hablando de..., ¿de qué?, ¿de tecnología militar que ha costado miles de millones de dólares? No puedes hackearla así como así...

—No, mamá. Estos grandes sistemas son buenos después de haberlos ensayado, probado. Pero este sistema se ha lanzado antes de tiempo... —el autobús frena, y eso distrae a Colt—. No ha aprendido todavía de la experiencia. Es un bebé. Es posible engañarlo... —algo sucede. Huele a humo—. No creo que sea capaz de desactivarlos, pero quizá sí de empujarlos al suicidio.

Sin embargo, lo dice sobre todo para que su madre deje de fruncir el ceño. No tiene ni idea de cómo van a salir de esta.

Más que un plan, es una aspiración.

Lo peligroso es la letra pequeña.

Huele a humo, sin duda.

Y ahora el autobús se detiene y el conductor sigue mirando por el espejo retrovisor.

Algo va mal.

Colt mira a su alrededor: nadie ha solicitado bajar.

No hay parada de autobús, ni edificios, ni marquesina, nada.

El conductor se les acerca. Los músculos de la mandíbula se le tensan y

destensan.

¿Cómo sabe...? Colt se pone rígido, se levanta; pero el conductor pasa junto a él y sigue avanzando hasta el fondo del vehículo.

El hombrecillo vietnamita está aplastando un cigarrillo con el tacón del zapato. Gira el tacón deprisa. Al levantar la vista del suelo para mirar al conductor que se acerca, una última voluta de humo se le escapa por la comisura de los labios.

—Te lo he dicho veinte veces —dice el conductor—. Se acabó. Se acabó. Fuera.

El vietnamita habla demasiado deprisa y bajo para que Colt lo entienda.

—Me da igual, me da igual —lo corta el conductor mientras gesticula para silenciarlo—. Deberías haberlo pensado antes. ¿A quién se le ocurre? Mira que echarme tu porquería en el suelo...

El hombrecillo le responde, esta vez con más energía. Algo sobre un trabajo, dinero.

—No. Te vas a bajar del autobús, y ya le preguntarás a Brian si te deja subir mañana. Consúltaselo a Brian, porque yo no pienso volver a hablar contigo.

El conductor empuja al vietnamita hasta la puerta trasera del autobús, como un hombre espantando a un pollo. El pasajero pone un pie en la escalerilla y vuelve la vista hacia el conductor desde más abajo, parece un niño asustado. El conductor abre la puerta con el tirador de emergencia.

—Fuera.

Observa al pasajero bajar al borde de la carretera.

Colt se esfuerza por oír la última súplica del pasajero.

El conductor se encoge de hombros.

—Pues haz autostop. A ver si te para algún idiota al que le dé igual que le carbonices los pulmones. Llama a un amigo. Lo que sea.

Regresa a su asiento. Arranca el autobús.

Colt ve que los drones vuelan en círculos sobre el vietnamita.

Para asegurarse de que no soy yo...

El hombre ni siquiera se da cuenta.

Nadie levanta nunca la vista, piensa Colt.

El hombre se sienta en una roca, al borde de la carretera.

Los drones siguen su camino, detrás del autobús. Un par de ellos se separan del grupo y planean hacia un lado.

Ahora son más oscuros contra el fondo del cielo. Pintura de camuflaje

contra un cielo reluciente... Se necesita mucha energía.

Los más pequeños deben de estar quedándose sin carga...

Colt mira por la ventanilla del otro lado del autobús. Ve tendidos eléctricos que salen de una de las grandes centrales solares y recorren el desierto en dirección a Las Vegas.

Ay, mierda.

Colt sigue con la mirada los cables de alta tensión.

Sí. Allá van.

Los drones se despliegan a lo largo de los cables.

Un dron postal civil que regresa de realizar una entrega en una de las pequeñas comunidades del desierto, superado por los recién llegados, desaloja la cima de una de las torres de alta tensión y se marcha.

Y entonces, todos a una, los drones se deslizan con cuidado sobre los cables, hasta posarse cada uno sobre un poste de recarga, como cigüeñas en los nidos de las chimeneas.

Tío. No se cansan, no duermen.

Se alimentan deprisa; una recarga en el campo de batalla. Tienen hambre.

Plena potencia.

Salen disparados en vertical; y desaparecen.

¡Ostras!

Han puesto a punto la pintura camaleón. Con la carga completa, usan más energía para que la pintura brille, a juego con el pálido cielo; y han mejorado su ángulo de vuelo con respecto al sol: ya no los retroilumina.

Están aprendiendo.

Y ahora no los vemos.

Ryan está haciendo todo lo posible por dirigir la selección de objetivos mientras aún tiene acceso al sistema inmunitario; este ya ha comenzado a escapar a su control, ha cerrado el software experimental y se ha vuelto totalmente autónomo.

Logra que el software experimental le presente un informe justo antes de desactivarse.

¿Han conseguido subirse a un autobús? Mierda...

Y el sistema inmunitario ha decidido que Naomi y Colt solo representan una amenaza de nivel 1. ¿Amarillo? Venga ya, me cago en...

No se está tomando la amenaza lo bastante en serio.

En amarillo, el sistema no se arriesgará a que haya daños colaterales. En naranja, el segundo nivel, podría arriesgarse a un pequeño número de bajas civiles. En rojo, el tercer nivel de respuesta, le daría igual cuántas personas murieran con tal de abatir su objetivo.

Así que, ¿cómo puedo hacer que pase a naranja antes de que se vuelva autónomo por completo? ¿Y a rojo?

Ryan está intentando persuadir al sistema para que asesine a su esposa y a su hijo. Y a los demás pasajeros del autobús.

Se abstiene conscientemente de pensar en eso.

Esto es un problema técnico. No te pongas sentimental. Está en juego la seguridad a largo plazo de todo el país.

Las consideraciones personales son irrelevantes.

Todavía queda un canal de entrada abierto. Bombardea el sistema con información sobre individuos peligrosos. Sobre las desproporcionadas consecuencias de compartir un descubrimiento militar con el enemigo.

El sistema digiere la información. Evalúa los riesgos. Eleva un punto el nivel de la amenaza, a naranja.

Un empujoncito más... Súbelo a rojo.

Intenta manipular los bloques de datos, con cautela, antes de perder el acceso.

Hay demasiadas chorradas sobre el mantenimiento de la paz por culpa de las Naciones Unidas; eso hace que el sistema entero sea reacio a disparar. Aunque él se había opuesto a ello ante el comité del Senado, lo aprobaron para apaciguar a un puñado de bocazas demócratas de la Casa Blanca, ninguno de los cuales había estado nunca en el frente ni había tenido que afrontar las consecuencias de sus programas en el mundo real.

Ryan baja de categoría el peso que debería conceder el sistema a los informes de la ONU.

Va demasiado lejos. Se dispara una alerta por interferir con los datos.

El sistema lo bloquea. Y ahora está ciego.

Ahora el programa es autónomo.

Ya no puede hacer nada más.

Quizá haya dado resultado. Quizá no.

Si ha funcionado..., la nación estará a salvo muy pronto. Y su mujer y su hijo habrán muerto.

El autobús circula por la periferia de Las Vegas.

Al detenerse bruscamente frente a un hotel destartado, Colt detecta un movimiento por el rabillo del ojo. Se gira en redondo en su asiento, justo a tiempo de ver cómo se abre una puerta de servicio medio oculta en las sombras; por ella salen corriendo dos mujeres, ambas haciendo gestos al autobús.

Una asiática de mediana edad, tal vez filipina, y una joven china de etnia *han* con el pelo inusualmente trenzado. El cabello de la muchacha, la forma de su cabeza, desencadena una extraña asociación de ideas en las nuevas neuronas de Colt, que por un momento nota un sabor a piña en la boca.

—Señoras, no hay prisa —dice el conductor—, no nos vamos a ninguna parte —y ellas reducen el paso casi hasta detenerse. Suben las dos.

—Gracias, Michael —dice la mujer de mediana edad.

—Gracias —dice la joven.

—No hay de qué, señoras.

Se sientan delante de Colt y Naomi.

La mujer de mediana edad saca de su bolso un objeto de plástico, largo y morado, y se lo enseña a la joven.

Tiene forma de pene en erección, con venas y todo.

—Me lo he encontrado en la papelera.

—¡No!

—No te hagas la tonta, *leh*. Siempre miro en la papelera grande, la del piso de arriba. Siempre. Dos o tres veces al día.

Por su forma de expresarse, piensa Colt, no son filipinas, sino de Singapur. Hablan en *singlish*.

—¿La de color naranja —pregunta la joven— o la...?

—*Yah*, la naranja. Los huéspedes siempre tiran todo tipo de cosas ahí. Cosas que no quieren llevarse a casa, con sus esposas. Tiene hasta pilas —enciende el artilugio, que emite un zumbido.

—¿Lo vas a vender o piensas usarlo?

La mujer de más edad observa detenidamente el vibrador.

—A lo mejor lo uso. No sé. *Aiyah*, ha pasado mucho tiempo, creo que este chisme ya es demasiado grande para mí. Vuelvo a ser como una niña pequeña, *lor*.

—*Like a virgin...* —empieza a cantar la más joven, riéndose.

—*Yah, yah* —también la mayor se ríe—. Otra vez virgen, como Madonna.

¿Qué «madona»? se pregunta Colt. ¿La madre de Jesús o la estrella del pop?

Aunque para ellas parece obvio, para él no lo es.

Se esfuerza por interpretar la frase, pero no encuentra la forma de entrar en ella, de descifrar su significado.

Lo que la mujer ha dicho no es más que una traducción de lo que pensaba, de lo que tenía en la cabeza. Y él no puede meterse en su cabeza.

Es demencial que los ordenadores sean capaces de leerse la mente a la perfección entre sí, sin detrimento de la calidad de los datos, mientras que las personas continúan estando totalmente aisladas unas de otras.

Mira a su madre. Se ha dormido. Estudia su rostro. Su superficie.

Ay, mamá.

Se acercan a la Franja.

Toca en el hombro a Naomi, que se despierta de golpe.

—Lo mejor para despistar a los drones serían los casinos —dice Colt—. Grandes aglomeraciones, un montón de gente circulando... Bajo techo, para que no puedan seguirnos, y con muchas salidas.

Por la ventanilla del autobús puede ver cómo aumenta el número de personas que ocupan las aceras; no tardarán en formar una multitud lo bastante densa como para ocultarse en ella. Vuelve a mirar a Naomi, que continúa frotándose los ojos.

—Les costará mucho seguirnos la pista por el interior de un casino —dice—. Y estoy casi seguro de que no van a poder disparar, demasiados civiles.

—Pero ¿nos reconocerán? —pregunta Naomi.

Colt se encoge de hombros.

—Reconocimiento de patrones estándar. Rasgos faciales, atuendo, proporciones. Si compramos camisetas nuevas, nos cambiamos el pelo, la forma de caminar, nos separamos un momento, mantenemos la cabeza gacha y nos colamos entre el gentío, debería dar resultado.

Naomi asiente en silencio. Se levanta, se estira. Sale al pasillo y se acerca

al conductor.

Está leyendo un anticuado libro de bolsillo, *El poder del ahora*, mientras cada pocos segundos mira distraído a través del parabrisas para ver si hay alguien haciéndole señas al autobús.

Ah, eso explica que el conductor sea humano, piensa Naomi. El vehículo recoge a inmigrantes ilegales, personas que viven en la clandestinidad. Gente que no puede arriesgarse a solicitar un autobús por medios electrónicos.

Titubea, resistiéndose a interrumpirlo. El hombre se ríe para sus adentros al leer una frase. Naomi observa los músculos del brazo que sostiene el libro.

El autobús frena bruscamente por un momento, y todo el mundo se inclina de golpe hacia delante. Naomi se sujeta a la barra que hay detrás del conductor para no caerse y ve pasar corriendo al peatón imprudente, un joven blanco que está tapándose la cara con las manos, justo frente al morro del autobús.

Como disculpándose, con cuidado, el vehículo recupera su velocidad normal en cuanto se aleja el muchacho.

El peatón imprudente cruza los seis carriles mientras los coches y los autobuses frenan y lo esquivan de forma automática.

Demencial. Algún turista californiano, sin duda, al que se le ha olvidado que en Nevada no todos los vehículos disponen de piloto automático y sistemas de seguridad integrados.

—Cretino —masculla el conductor con desgana, levantando la vista del libro.

Seguro que se tropieza con muchos como él.

Repara en Naomi.

—¿Mmmm?

—Disculpe. ¿Pasa usted por la Franja?

—Claro que sí, señora. ¿Adónde se cree que van a trabajar todos estos personajes?, ¿al Vaticano? Ah, ya tengo su cambio, espere un segundo.

Mientras el autobús gira a la derecha con un bamboleo, internándose en Las Vegas Boulevard South, el hombre saca un puñado de billetes y monedas del bolsillo de su camisa.

Naomi recoge la calderilla. Da las gracias y regresa a su asiento.

Colt, que está recorriendo la Franja con la mirada a través de la ventanilla, apenas si se fija en que ya ha vuelto su madre.

Luces de neón, piensa. Aunque la mayoría no son de neón. Hay un montón de bombillas LED y tubos de vapor de mercurio. Tubos de criptón. Sus revestimientos de fósforo relucen en tonos pastel. Pero sí, todavía se ven anticuados tubos de cristal llenos de algún que otro gas noble, distantes e inertes. Sin querer reaccionar, pero obligados a brillar por la electricidad. Neón rojo. El aterciopelado almíbar del helio. Hay varios azules: xenón. ¿Azul como el mar? ¿Azul como el cielo?

Reflexiona sobre lo que esto le hace sentir. Reflexiona sobre el hecho de que esté haciéndole sentir algo. Todas esas conexiones y reconfiguraciones...

Se imagina su cerebro brillando al rojo vivo, como un fluorescente sobreexcitado. Ni distante ni inerte, ya no. Electrificado. Incandescente.

No te pierdas en tus propios pensamientos. Concéntrate.

Se gira para mirar a Naomi.

—Tenemos que ir directamente al casino —le dice—, lo antes posible. Cuanto más observen los drones nuestros movimientos, con más facilidad podrán identificarnos después.

—Deberíamos cambiarnos de ropa... —con gesto de impotencia, Naomi mira a su alrededor. Cambiarse, sí, ¿pero con qué?

—Todavía no —dice Colt, para alivio de ella—. No serviría de nada intentar hacernos pasar por otra persona sin haber bajado antes del autobús. Han visto entrar y salir a todo el mundo, el conjunto de variables es muy limitado. Tendremos más posibilidades de despistarlos cuando nos hayamos alejado del casino. El conjunto de variables será enorme. La horquilla de probabilidades, inmensa. Cambiaremos de aspecto entonces... Ese de ahí.

El muchacho apunta con el dedo al otro lado de la ventanilla.

—*New York, New York* —tararea Naomi—. De acuerdo.

El autobús se detiene.

Naomi pasa junto al conductor, que suspira mientras continúa leyendo su libro, y desciende del autobús. Mira al cielo, buscando los drones.

—Perdón —le dice a Colt, bajando enseguida la mirada. No ha llegado a verlos. Ni siquiera ha visto el cielo, tan solo un resplandor nebuloso.

—No pasa nada. Nos conviene que obtengan algunas imágenes. Que sepan que somos nosotros. Pero camufla tu forma de caminar.

—¿Cómo?

—Deja una pierna rígida. Y encórvate un poco. Eso los confundirá cuando contrasten sus datos.

Con paso rápido, aunque renqueante, se dirigen a las grandes fauces abiertas con las que los recibe el casino.

103

A toda prisa, entre la multitud.

Las puertas se abren.

El espacio es enorme. Colt mira constantemente por encima del hombro para cerciorarse de que no los haya seguido ningún dron de pequeñas dimensiones.

A sus pies, de la falsa alcantarilla instalada en una calle igualmente falsa escapa de súbito una columna de vapor.

Colt aspira con fuerza por la nariz. Seco, cosquilleante. No es vapor.

Hielo seco.

CO₂.

Se dirigen al falso Times Square. Aunque el ruido que los envuelve es muy fuerte, suena curiosamente mitigado, su agudeza amortiguada por la moqueta que discurre entre las máquinas tragaperras, ubicadas a ambos lados de la sala, más en penumbra.

Pasan frente a las mesas de *blackjack* dedicadas a las apuestas más bajas. En una de ellas, un hombre menudo, tambaleante, increpa a voces a una crupier robótica en *topless* mientras esta recoge su dinero. Colt se ruboriza cuando el casco traduce de forma automática los insultos en ruso.

Cruzan un oasis de luz: las mesas de *blackjack* dedicadas a las apuestas más altas, donde los crupieres que reparten las cartas son humanos y llevan las manos enfundadas en guantes de color blanco.

Cuando Naomi cierra los ojos, abrumada por los destellos, el estruendo y el frenesí de actividad, ve el auténtico Times Square, oye los auténticos sonidos de Nueva York. Siente por un segundo, en su memoria, la polla de aquel hombre con el que se acostó en el hotel de Times Square, de cuyo nombre no consigue acordarse. Oh... Empuja la lengua contra la cara interna de su mejilla, con fuerza.

Abre los ojos.

Hay una tienda en la que venden camisetas.

—Vamos a cambiarnos —dice Colt.

Naomi saca la tarjeta de crédito.

—No. Tus tarjetas estarán ya en la lista de alertas. Úsalas y les habrás descrito cómo es nuestra nueva apariencia.

Naomi vuelve a guardar la tarjeta y compra dos camisetas con dinero en efectivo.

Cuando intenta entrar en los aseos, Colt la agarra del brazo y la guía hasta un sombrío pasillo de máquinas tragaperras.

—Los aseos son un embudo —dice—. Darán por sentado que vamos a pasar por alguno de ellos, tarde o temprano. Si están coordinados con agentes sobre el terreno...

—¿Dónde nos cambiamos entonces? ¿Aquí?

—Estoy casi seguro de que no podrán vernos.

—Pero... hay cámaras por todas partes. ¿Y si nos...?

—Mamá, es un casino —el muchacho sonrío de oreja a oreja—. Las cámaras son de circuito cerrado. Sin conexión con el exterior. Como las de los bancos.

Naomi observa furtivamente una de las cámaras; aparta la mirada.

—¿Seguro?

—Seguro. No transmiten nada, no están online. Pero, vale, por si acaso...

Caminan entre las filas de máquinas, adentrándose en el rítmico resplandor de la oscuridad, hasta que encuentran una hilera desierta.

Colt deja la camiseta nueva colgada de la palanca de una tragaperras de diseño retro mientras se quita la vieja.

Naomi hace una pausa en el proceso de cambiarse de ropa para observar el cuerpo perfecto de su hijo, su mano herida, a la palpitante luz dorada de un banco de antiguas Goldmine.

Morirá. Se va a morir algún día. Da igual lo que haga.

Le escuecen los ojos.

—¿Qué pasa?

—El vapor del hielo seco —Naomi se enjuaga las lágrimas—. ¿Nos quedamos con la ropa vieja?

—Sí. Escóndela, y también el bolso. Utiliza la bolsa de plástico que nos han dado en la tienda. Y ponte el pelo de otra manera. Rompe los patrones.

Naomi se recoge el cabello en un moño.

—Así, bien.

—Tu mano. Deberíamos hacer algo para disimularla.

—Me la meteré en el bolsillo —Colt le demuestra lo que quiere decir.

—No, es sospechoso. Parece que estás ocultando una pistola o, no sé, algo. Además, de vez en cuando tendrás que usarla.

—Vale —Colt piensa. Patrones, patrones—. Espera..., he visto una cosa... No te muevas de aquí.

El muchacho regresa al oasis de luz. Allí. Todavía están allí. Colgando del borde de una papelería. Un par de guantes de crupier desechables.

Se ríe con un resoplido. Es ridículo que también los crupieres tengan que llevar guantes ahora. Nadie ha muerto nunca a causa de un arma biológica propagada a través de las cartas en un casino. Estúpida ley...

Mientras vuelve con su madre, se guarda el guante izquierdo en el bolsillo y, con cuidado, se pone el otro, fino, blanco y flexible, en la mano lastimada.

Naomi se ríe al verlo llegar.

—¿Qué?

—Te pareces a Michael Jackson. Ponte el otro.

Así lo hace Colt. Naomi se vuelve a reír.

—¿¡Qué!?

—Perdona... Es que ahora te pareces a Mickey Mouse.

—¿Y eso es malo? —pregunta el muchacho, estudiando los guantes con el ceño fruncido.

—No, Colt. Está bien.

—Vale, pues deberíamos irnos por separado. Yo primero.

—¡No!

Una nítida imagen de Colt saliendo antes que ella y muriendo ante sus ojos, un fogonazo anaranjado, primero, y después blanco, como mirar directamente al sol; su vida truncada para siempre.

—Pero es que tenemos que salir por separado —insiste el muchacho—. Nos reconocerán...

—Soy tu madre —lo interrumpe Naomi—. Saldré yo primero, sola, a ver si... me siguen. Y si no, volveré a por ti.

—Mamá...

—Saldremos por separado, no te preocupes. Cuando haya comprobado que no hay peligro.

Se dirige a la salida.

—Camina de otra manera —dice Colt a su espalda—. Prueba a andar con

pasos un poco más cortos. Alterará tus movimientos sin resultar demasiado artificial.

Sin girarse, Naomi asiente con la cabeza.

—Y a partir de ahora —añade el muchacho—, no vuelvas a escudriñar el cielo para ver si hay drones. Pase lo que pase. Buscan a alguien que sabe que lo están persiguiendo, así que te delatarías tú sola. Desde aquí puede que yo sea capaz de ver si te siguen. No mires arriba.

Naomi sale del casino a la luz deslumbrante, al calor seco. Los pasos cortos hacen que se sienta absurdamente consciente del contoneo de sus caderas. Un hombre la mira a los ojos, y ella sonríe.

Podría morir de un momento a otro.

La inunda una oleada de exultación; pura energía. Recorrida por ella, le es difícil no alargar la zancada, como el día en que se hizo mujer y experimentó la rabia, la fuerza, el terror, el placer y la timidez de saberse observada. Pero camina, camina con cautela, estableciendo contacto visual con las personas con las que se cruza, porque eso la distrae lo bastante para no mirar hacia arriba.

Qué vívido es todo a la luz del sol. Debe de ser la energía contenida, pero casi toda la gente con la que cruza la mirada sonríe, algunos de repente, como si se acabaran de despertar, y Naomi se da cuenta de que ella misma está sonriendo de oreja a oreja.

Un hombre de unos treinta años se dirige hacia ella, deprisa, balanceándose. La mira a los ojos, aunque no sonríe. Es como si no la hubiera visto realmente.

Al llegar a su altura, su hombro choca contra el de ella, con fuerza. Naomi da medio giro sobre sus talones, sin aliento ante la sorpresa de la colisión, ante esta invasión de su espacio personal.

¿Servicios Secretos? ¿Policía de civil?

Se tensa, lista para defenderse.

Pero el hombre no le presta la menor atención, prosigue su camino mientras ella mira en torno, buscando a los otros. ¿Irán a arrestarme? Sin embargo, no hay nadie más.

Entonces él se detiene y se gira en dirección a una alta valla de tela metálica que los separa de unas obras al otro lado.

Su perfil le recuerda, perturbadoramente, a la estrella de cine preferida de su madre, Chow Yun-Fat, cuando todavía era joven y apuesto.

El hombre se agarra a la tela metálica, con una mano a cada lado de una

columna de hormigón, provocando que la valla tiemble, tintinee y se tense de súbito junto a Naomi. A continuación, le pega un cabezazo al poste, y Naomi ve los surcos que la tela metálica le deja marcados en la frente. Está llorando.

Oh. Está protagonizando su propio drama; no representa absolutamente ningún papel en el mío.

Otro tipo al que las apuestas han dejado sin nada, eso es todo.

Naomi le da la espalda y reanuda la marcha.

Entra en Bellagio's y se apoya en la pared por unos instantes, esperando a que se acompañen sus pulsaciones.

Sale de nuevo.

De vuelta a New York, New York. Junto a Colt.

No mires arriba.

Como la esposa de Lot al salir de Sodoma.

Esperando a que un dios furioso la convierta en estatua de sal.

104

—¿Me han visto? —pregunta cuando vuelve a estar dentro y a salvo.

—Pues claro que te han visto.

—¿Colt!

—El que está a quince mil pies debe de cubrir la mitad de Las Vegas. Pero estoy casi seguro de que no te han identificado.

—Dios, Colt, no me des esos sustos.

Su expresión le dice que no era eso lo que pretendía; tan solo estaba contestando literalmente. El paseo por el exterior le ha dejado la piel empapada de sudor, y ahora, al evaporarse este por la acción del aire acondicionado, siente un escalofrío.

Ha respondido a su pregunta. Vuelve a formularla de todos modos, aunque solo sea para oírse lo constatar con su característico aplomo.

—Los pequeños, los del reconocimiento facial. ¿Me han seguido?

—No hay ningún indicio de ello, aunque deberíamos mantener la cabeza baja.

—Gorras de béisbol —dice Naomi—. La visera nos ocultará las facciones.

—Uf —protesta el muchacho, al que nunca le han gustado las gorras. Esa trabilla que tienen atrás, para ajustarlas. Era capaz de pasarse diez, veinte

minutos con ella. Demasiado apretada, demasiado floja, demasiado difícil dejarla exactamente como tenía que estar. Pero... sí, las gorras de béisbol ayudarían, estarían desempeñando una función. Les ocultarían el rostro. Colt mira de reojo a su alrededor. Mucha gente las lleva puestas. Se confundirían con la multitud—. Vale.

Compan dos en una tienda de regalos.

La de Naomi reza *I ♥ Las Vegas*.

La de Colt, *Kiss Me*. Solo tarda dos minutos en ajustarla. Un nuevo récord.

Se dirigen al vestíbulo.

—Saldré yo primero —dice Naomi—. Puedes seguirme dentro de un minuto. Reúnete conmigo en la esquina, a tres bloques de distancia, en esa dirección.

Se aleja, llega al semáforo para peatones que hay en la esquina de la primera manzana.

A su alrededor, el gentío se detiene por un momento. Los coches frenan en el semáforo. En medio del repentino silencio, Naomi oye un zumbido monótono que cambia de intensidad. Cada vez más alto.

Mira hacia arriba.

He levantado la cabeza. Oh, Colt, lo siento muchísimo.

Las formas azul claro, casi invisibles, se acercan.

Más bajo.

Más deprisa.

Sobre su cabeza. Hacia Colt.

Las luces del semáforo cambian de color.

Vuelve sobre sus pasos a la carrera, hacia él, pero Colt ya está corriendo a su vez, cruzando entre los coches, que lo esquivan a fuerza de volantazos. Un peatón imprudente.

También ella cruza la carretera, colándose por los apretados resquicios que dejan los vehículos automáticos. Lo ha perdido de vista...

Colt llega a su altura desde el otro lado y la agarra del brazo. Naomi se gira en redondo, está a punto de golpearlo en la cara antes de reconocerlo.

—¡Oh, Colt! ¡He mirado hacia arriba!

—No es eso. Corre.

Se internan en la multitud, cruzan un puente de aspecto elegante, suben por unas escaleras automáticas y salen atropelladamente al enorme espacio del Venetian. Caminan lo más deprisa posible, procurando no llamar la atención

de los guardias de seguridad.

Pasan frente a la exposición nupcial que hay justo a la entrada. Vestidos, trajes y media docena de sonrientes novias y novios mecánicos organizados en tres parejas de enamorados: hombre/mujer, hombre/hombre y mujer/mujer.

Colt se fija de soslayo, sobre la marcha, en una novia que se dispone a lanzar el ramo (observa sus facciones pálidas y flexibles, sutilmente animadas, atrapadas a perpetuidad en un pequeño bucle de gozo) y se acuerda, por algún extraño motivo, de Sasha.

Sacude la cabeza para alejarla de sus pensamientos.

Naomi mira a su alrededor. Solo ha estado aquí una vez antes. Parece que han hecho mejoras en el interior... Siempre había habido canales en la planta baja, pero ahora una segunda red, suspendida sobre delicadas columnas ornamentales, surca el espacio a gran altura por encima de ellos. Tripulada por un autómatas cantarín, una góndola se desliza sobre sus cabezas.

Se detienen y se apoyan en un estilizado pilar de hormigón armado, pintado para que parezca de mármol. Naomi está temblando.

—Es una locura —jadea—. Pueden seguirnos el rastro desde quince mil pies de altura. Veinticinco mil. Pueden matarnos a veinticinco mil pies de distancia, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué...?

—No estaban siguiéndonos visualmente —dice Colt—. Al principio no. Creo que los habíamos despistado. Pero deben de habernos localizado de otra manera. Algún tipo de rastreador de baja intensidad cuya señal solo pueden captar si se acercan lo suficiente. Nos detectaron al salir por la puerta y volvieron a perdernos. No lograron identificarnos realmente. Solo estaban intentando triangular, restablecer la identificación visual.

Colt repasa todas las posibilidades. ¿Dónde podrían haberlos marcado? Naomi expresa en voz alta lo mismo que él está pensando.

—Pero ¿cómo, dónde...?

—En la base. Debieron de plantarnos uno de esos antiguos rastreadores militares con Bluetooth para seguirnos la pista. Hay sensores en todas las puertas de acceso, así siempre saben quién está en qué parte del edificio..., pero ¿por qué no habrá puesto papá nuestras identidades en una lista de restricción? Podría haber usado el rastreador para evitar que nos escapáramos.

—Pero a mí no me han seguido.

—Exacto. Debía de estar en mi ropa. O... —Colt deja la frase inacabada flotando en el aire mientras se esfuerza por analizar todas las opciones posibles.

—Tú llevabas mi ropa —dice Naomi.

—Oh, caramba. Eso es.

—Puedes soltar todos los tacos que quieras —dice con una risita estremecida Naomi—. Las circunstancias son especiales.

Colt se encoge de hombros.

—Es que no me gustan las palabrotas. Preferiría no cambiar eso.

Buscan un pasillo tranquilo y extienden la ropa vieja en el suelo. La examinan palmo a palmo.

—Aquí.

Naomi levanta el fino suéter de angora. Separa las fibras con cuidado.

Colt se agacha para mirar.

Hay algo enterrado en la lana, como una garrapata negra.

—Me dio una palmada con fuerza en la espalda. Debió de ser entonces... ¿Intentó hacer lo mismo contigo?

Colt cierra los ojos, rememorando.

—No.

Vuelven a examinar todas las prendas. Nada más.

Bueno. Eso era.

Naomi recorre con la mirada el inmenso y tranquilo espacio del Venetian.

—¿Por qué no intenta capturarnos nadie? Los drones podrían alertar a la policía. Al FBI. A quien sea. La Agencia de Seguridad Interior..., quiero decir, es su programa. Podrían detenernos en cuestión de minutos.

—No creo que el sistema esté diseñado para capturarnos —dice Colt—. Ni a nosotros ni a nadie. Me extrañaría que estuviera coordinado con la policía, el FBI o cualquier otra agencia. No a nivel humano.

El muchacho se mece sobre los pies. Su nuevo cerebro devora la energía más deprisa de lo que él puede proporcionársela.

—Pero el sistema se ha apoderado de una parte de su equipo, ¿verdad?

—Sí, es evidente que una serie de protocolos le permiten hacer eso, aunque la integración no es absoluta. Papá lo ha lanzado antes de tiempo... Sospecho que lo que nos está persiguiendo, oficialmente hablando, no existe.

Naomi analiza inquieta las posibles implicaciones de esa revelación, pero

Colt ya ha terminado de hacerlo por ella. El muchacho empieza a darse golpecitos en los muslos. Rechina los dientes.

—Si Ryan ya estaba usando un rastreador para seguirnos la pista en la base —dice Naomi—, ¿por qué no nos capturaron allí? Podría haber avisado...

—Creo que nos dejó escapar, mamá. Me parece que no quiere arrestarte. Te quiere ver muerta.

Tendrá que volver a entrar en la red. Necesita más información, y los drones ya conocen su ubicación. Aunque podrían impedirle el acceso, algo le dice que no van a hacerlo.

Vale, manos a la obra.

Inicia la búsqueda mientras habla con su madre.

Está en línea.

No lo están bloqueando, en efecto, aunque eso tampoco es buena señal. Lo que hacen es vigilarlo, monitorizar sus búsquedas, sus indagaciones. Pistas sobre cuál va a ser su siguiente paso, qué se propone.

Prueba a encriptar, desencriptar, camuflándose, realizando búsquedas ficticias...

—Vale. Tengo un plan.

—¿Qué?

—Tenemos que conseguir que piense que ha ganado.

—¿Cómo?

—Necesitamos que nos mate.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

Colt se lo explica.

A Naomi no le entusiasma la idea, pero tampoco se le ocurre un plan mejor.

Regresan a la exposición de bodas del vestíbulo. Mientras caminan, Colt se pregunta si debería levantarse el visor o quitarse el casco para parecer más normal..., pero hay tantos turistas con gafas de sol, filtros antivirus, respiradores, máscaras de privacidad integrales, cámaras en la cabeza o algún tipo de accesorio para juegos que la medida se le antoja superflua. Diablos, muchos de ellos están en su mundo lúdico en ese preciso instante. No desentona en absoluto.

En la entrada, los blancos vestidos de seda refulgen a la luz ultravioleta. Como fantasmas, piensa Colt.

El corpulento encargado suelta su Coca-Cola y sale de detrás del estand para recibirlos.

Colt guarda silencio mientras Naomi bromea y se ríe con el hombre.

Cada vez que este se carcajea, su dentadura ultrablanca brilla fosforescente con la iluminación de la exposición.

Dientes falsos, piensa el muchacho. Hasta el último de ellos.

Tras el encargado, una pareja de hombres, de la mano, deambula alrededor de los dos maniqués masculinos, entrelazados en un cariñoso abrazo. Las figuras, activadas por la proximidad humana, vuelven el rostro hacia la pareja y sonríen; también sus dientes son fluorescentes.

—Bueno, ¿y cuánto por añadir al lote los maniqués? —pregunta Naomi—. La pareja de novia y novio.

—Los maniqués no están a la venta.

—Esto es la Franja. Todo está a la venta.

El hombre se ríe y le mira las tetas.

—Los necesito para gastarle una broma a mi marido —dice Naomi, fingiendo sonreír a su vez. Disimula los auténticos sentimientos que te provoca, así solo conseguirías aumentar el precio—. Hazme un presupuesto.

La sonrisa del hombre se ensancha, interminable, mientras le propone una suma. Una suma propia de Las Vegas. Una suma que significa: largo de aquí y deja de tocarme los cojones.

Supongo que no he disimulado muy bien lo mal que me cae.

No llevan encima tanto efectivo. Ni por asomo.

Colt la agarra del codo. Naomi lo sigue.

—¿Cuánto tienes? —pregunta el muchacho.

Se lo enseña.

—Vale.

Colt coge el dinero con la mano sana y compra unas cuantas fichas en la máquina. Se dirige a la mesa de *blackjack* de las apuestas más bajas y se pasa un buen rato observando: a los jugadores, al apuesto crupier robótico de aspecto italiano, las cartas. Mucho, mucho rato, hasta que comienzan a reaparecer los mazos de cartas. Hasta que empieza a captar los patrones.

Los patrones tras los patrones.

Cualquiera que tuviese formación matemática y buena memoria solía ser

capaz de ganarse muy bien la vida en las mesas de *blackjack*. No es más que estadística y recuento de naipes. Hasta que unos tipos de Yale se dejaron llevar por la codicia y les aguaron la fiesta a todos: los casinos empezaron a usar más mazos de cartas. Ahora es imposible que un jugador les siga la pista a los patrones. Un jugador normal.

Colt ya ha visto lo suficiente. Comienza a apostar. Pequeñas sumas.

Después, tres manos fuertes seguidas.

Gana. Gana. Gana.

Lo deja cuando ha ganado tanto que otra victoria activaría el protocolo de seguridad del casino.

Canjean las fichas y vuelven a la exposición nupcial con sus puñados de billetes, tan nuevos que crujen.

El corpulento encargado los cuenta, dos veces, comprobando hasta el último de ellos.

—Vale. Lleváoslos —no sonrío.

Los maniqués, en cambio, sí lo hacen, sorprendidos y alegres; entusiasmados.

Sorprendidos y alegres; entusiasmados.

Sorprendidos y alegres; entusiasmados...

Colt desactiva las unidades de animación facial, y las sonrisas se quedan congeladas en mitad de su ciclo. Conduce al maniquí masculino hasta el ascensor. A través del guante que recubre su mano lastimada se han filtrado unas pocas gotas de sangre, aunque ya no le duele tanto. Su cerebro debe de estar acostumbrándose al dolor, colocándolo en segundo plano. Bien. El muchacho vuelve a por el otro maniquí mientras Naomi sujeta las puertas del ascensor.

Se le acerca un guardia de seguridad cuando está mostrándole el camino a la novia sonriente.

Colt se tensa.

—¿Sois de la exposición? —pregunta el hombre.

—Sí —se apresura a responder Naomi.

El guardia de seguridad les ayuda a meter a la novia en el ascensor.

Suben en silencio hasta el nivel del canal elevado. Las góndolas. Naomi estira el brazo por encima de los dos maniqués, tumbados bocarriba en el

suelo, para alcanzar la mano herida de Colt.

Al muchacho se le crispan los dedos cuando lo toca. Demasiadas señales. No la punzada de dolor, el cosquilleo de las terminaciones nerviosas dañadas. Eso es soportable. Se trata de toda esa piel cálida. Y las emociones, todas esas emociones. El contacto de su madre. Demasiado intenso, excesivo.

Pero no retira la mano. Puede aguantar.

Los maniqués sonrían al techo de espejos.

Ping.

Las puertas se abren con un susurro.

Colt transporta los maniqués, primero el masculino y después el femenino, hasta el borde del canal elevado.

Se encuentran a escasos metros de distancia del punto por el que el canal sale del casino y emerge a la luz del sol, a dos pisos de altura. Estudia la curva de agua y cemento.

Sí.

Serpentea hasta alejarse del edificio, un largo y perezoso bucle sostenido por esbeltos pilares de hormigón reforzado —todo ello pintado a imitación del mármol—, sobrevolando el pavimento y los coches antes de internarse de nuevo en el casino un poco más abajo. La corriente de agua que discurre por la suave pendiente impulsa las góndolas en su paseo por el exterior antes de volver a llevarlas adentro.

Los barqueros robóticos, asombrosamente realistas, arrullan con sus tonadas a las parejas y las familias que ocupan las embarcaciones.

—Antes tenían gondoleros de verdad —dice Naomi—. En fin. Me imagino que los cantantes de ópera profesionales son caros.

Una pareja deja libre una de las góndolas.

Bien.

No tiene sentido intentar ser discretos; la rapidez es más importante.

Colt suelta la bolsa llena de ropa vieja en el asiento de la embarcación para evitar que nadie más lo ocupe.

La pareja que acaba de bajar se detiene; el hombre empuja a la mujer contra una columna de mármol y le da un beso. La mujer, mientras se besan, mira fijamente por encima del hombro de su acompañante a Colt, a los maniqués.

—Hola, señora —la saluda el muchacho.

—Es una competición —le explica Naomi—, para la feria de bodas.

La mujer interrumpe el beso y dice:

—Oh —se limpia la boca con el dorso de la mano. El hombre la agarra de la otra y se alejan.

La mujer mira atrás de soslayo. Pero vuelve la cabeza de golpe cuando Colt le sonríe.

Vale, lo primero es quitarles la ropa a los maniqués, me cago en la leche, esto no... Hay otro botón ahí atrás. Pero ¿cuántos hacen falta para sujetar unos pantalones? ¿Quién sigue diseñando este tipo de prendas?

Colt se percata de que su madre está observando el vestido blanco y el traje negro más allá de él.

—¿Todo? —pregunta.

—Todo —responde él—. Por si acaso. Reconocimiento de patrones. Podrían identificar los remaches metálicos de tus pantalones.

Aunque aquí arriba se está mucho más tranquilo que en la planta principal, todavía se ve gente entrando y saliendo de los ascensores. Colt y Naomi se desplazan unos cuantos metros, hasta situarse al amparo de una hilera de frondosos arbustos plantados en grandes maceteros de terracota. Esperan a que no haya nadie a la vista, se desnudan apresuradamente y se ponen los trajes de boda.

A continuación, usan sus antiguas prendas para vestir a los maniqués.

—Están fabulosos —dice Naomi.

Colt los estudia. Recapacita.

Hay un problema.

Sacude la cabeza.

—Llamarán la atención por los infrarrojos. Demasiado fríos para estar vivos.

Naomi se sienta de golpe, dejándose caer en el suelo.

—Ay, Colt.

—No pasa nada, mamá —el muchacho vuelve a quitarle sus antiguos pantalones al novio—. Dejaremos aquí la ropa vieja.

Desnuda al novio. Naomi desnuda a la novia. Colt esconde la ropa entre las sombras que hay detrás de las macetas de terracota. Se levanta.

—¿Adónde vamos? —pregunta Naomi.

—Por aquí.

Colt, con su traje de boda, aleja del canal a rastras al novio desnudo. Naomi echa un vistazo a su espalda, hacia las sombras que ocultan sus prendas antiguas.

—Si los drones están siguiendo el movimiento del rastreador desde el exterior —dice Colt—, si la señal es así de potente y tienen un plano del edificio... No quiero que sigan nuestros movimientos.

Naomi asiente con la cabeza. Recoge a la novia desnuda.

106

Cargan con los maniqués hasta el aseo más próximo. El Venetian acoge a muchos huéspedes procedentes de Oriente Medio: los servicios siguen estando divididos por sexos.

Pero Colt y Naomi ya han empezado a aclimatarse a las exigencias de esta nueva realidad y apenas si le echan un vistazo al cartel.

Una vez dentro, Colt sienta los cuerpos de plástico en el suelo de baldosas, bajo los anticuados secadores de aire caliente para las manos; acciona los aparatos, que empiezan a rugir.

—El mío ya está caldeándose —dice Naomi, imponiendo su voz al estruendo del secador, con la mano apoyada en la recia capa de plástico que recubre la frente de su maniquí.

—Eso es solo la superficie. Caliéntalo más, por completo. De la cabeza a los pies —desenaja la mano del novio. Se le escapa un gruñido al reabrirse la costra de sangre de su propia mano herida; los nervios entonan un coro de dolor. Examina los dedos y la palma de la figura masculina. La sopesa—. El plástico es grueso. Eso está bien. No se enfriará tan rápido.

Le arranca la peluca al novio con un prolongado desgarró de velcro.

—Hay que rebajar este pelo.

—Tengo unas tijeras de uñas —dice Naomi.

Ris ras.

Naomi se lleva las dos pelucas al lavabo y empieza a cortar.

La puerta se abre de golpe, deprisa. Una treintañera rubia irrumpe con fuerza, sujetando una copa de cóctel medio vacía. Una sombrilla de color rosa y dos pajitas anaranjadas se mecen de un lado a otro en el líquido rojo, al compás de los bandazos que provocan sus pasos.

Ve a Naomi con su vestido de novia, acucillada en el suelo, trasquilando una peluca. La mujer aminora la marcha.

Ve a Colt de pie junto al lavabo; el muchacho se lleva las manos a la

espalda, le pasa algo en una de ellas. La mujer se detiene.

Parpadea dos veces al ver que hay otras dos personas sentadas en el suelo, desnudas, debajo de los secadores.

Camina hacia atrás tan deprisa que, pese a estar sosteniendo recta la copa, unas gotas rojas saltan por encima del borde y salpican las baldosas blancas.

—Wooh... —parpadea tres veces al percatarse de que las dos figuras desnudas son maniqués—. Oh, perdón, jaja, creía...

—Es un concurso —dice Naomi, incorporándose—, para la exposición nupcial.

—Oh.

—Enseguida salimos.

—No, tranquila, seguid —la mujer succiona con ímpetu una de las pajitas de color naranja, hasta que la mitad del líquido rojo desaparece. Se mete en uno de los aseos y echa el pestillo.

Naomi y Colt giran constantemente a los maniqués bajo los chorros de aire, sujetándolos para que el calor penetre hasta lo más hondo del grueso plástico que recubre a los novios.

En un momento determinado los dos secadores se paran a la vez, y durante el segundo que tarda en acercar la mano a los sensores para volver a activarlos, Colt oye que la mujer rubia emite una arcada seca, o un sollozo.

Datos que no puede analizar. ¿Es algo físico lo que está ocurriendo ahí dentro, o emocional? Lo ha oído, pero no sabe qué significa.

La mujer vuelve a hacerlo. ¿Estará vomitando? ¿Llorando? Lo distrae, no puede concentrarse, pese a saber que es crucial.

El pánico crece tanto ante esa laguna de conocimiento que al final, con un gruñido, se dirige al compartimento.

Agacha la cabeza para mirar por debajo de la puerta.

Las suelas de sus zapatos. Está de rodillas, sí, con la cabeza sobre la taza del váter, pero eso no le dice nada. Otra arcada seca, o un sollozo.

Cubículo blanco.

Caja negra. Encriptada. Comprimida. Sin códec.

Colt nota una mano en el hombro y se gira de golpe.

Su madre.

Lo mira a los ojos, susurra:

—Ya se le pasará, Colt.

El muchacho se dispone a decir algo, pero Naomi se le adelanta.

—O no. En cualquier caso, es su vida. No podemos salvar a todo el mundo.

Con torpeza, arrodillándose a su vez sobre las baldosas, Naomi lo abraza con fuerza.

Aunque es demasiado, aunque toda su piel grita contra el exceso de cálido contacto, el exceso de todo, por todas partes, tantas señales, como si estuviera en llamas..., se deja abrazar.

Naomi lo suelta.

Las llamas que amenazaban con consumirlo se apagan.

Vuelven junto a los maniqués. A su espalda suena otro sollozo. Colt agita una mano en el aire.

Los secadores rugen de nuevo.

Colt apoya la palma de la mano sana en el cuerpo desnudo; frente, pecho, entrepierna; rodilla, codo, mano.

—Ya se han calentado lo suficiente.

—De acuerdo.

Naomi recoloca las pelucas sobre las cintas de velcro.

Ahora a Colt le duele la mano derecha, un dolor que le recorre el brazo como una exhalación mientras arrastra el maniqué masculino de regreso a la góndola.

Que no está.

Oh, oh. Y los maniqués están empezando a enfriarse.

Colt saca la ropa vieja de detrás de la palmera. Naomi y él se apresuran a vestir los tibios cuerpos de plástico.

Y ahora pasa flotando otra barca, con una pareja. Menudos, pálidos, jóvenes, con las manos entrelazadas. Entre aria y aria, el gondolero mecánico maniobra su pértiga con precisión.

—¿Les importaría prestarnos su góndola? —pregunta Colt, trotando en paralelo a la embarcación. Se lo quedan mirando, desconcertados. Lo repite más alto, y los dos se encogen en el asiento.

Suspirando, Naomi agita en dirección a la pareja casi todos los dólares que les quedan de lo que han ganado en el *blackjack* y, con una sonrisa suplicante, les indica con el pulgar que se apeen.

Así lo hacen, cogen el dinero, se lo agradecen con una reverencia y comienzan a alejarse.

—*Svanì per sempre il sogno mio d'amore*—canta el robot gondolero a sus espaldas—. *L'ora è fuggita, e muoio disperato!*

La pareja se detiene educadamente y se gira para escucharlo.

Colt no puede ejecutar su plan delante de testigos, pero los maniqués se están enfriando y el tiempo apremia. Rechina los dientes y tamborilea con los dedos sobre los muslos mientras el barquero robótico sigue cantando, crispado su rostro de intensa emoción, alarmantemente realista.

—*E muoio disperato! E non ho amato mai tanto la vita, tanto la vita!*

El muchacho traduce la letra de forma automática, para distraerse, por no hacer trizas el robot a la vista de todos. «Se desvaneció para siempre mi sueño de amor. / El momento ha pasado, y yo muero de desesperación. / ¡Muero de desesperación! / ¡Y jamás había amado tanto la vida, / tanto la vida!»

El crescendo de la voz conjura una visión de Sasha en la mente de Colt, cuyos ojos se anegan bruscamente de trémula humedad.

Todo le recuerda a ella. Es absurdo.

La canción termina por fin. La pareja aplaude cortés y se va.

El robot gondolero saluda a Naomi, a Colt y a los dos maniqués mientras el muchacho parpadea y se seca los ojos con uno de los largos faldones del esmoquin.

Naomi sujeta la góndola para que se tambalee lo menos posible mientras flota en las lánguidas aguas, y Colt acomoda al hombre y la mujer de plástico que llevan puesta su ropa, su pelo. Su rastreador. Reactiva sus caras y los dos le sonrían, sorprendidos y alegres; entusiasmados.

El muchacho da un paso atrás y observa a la pareja artificial. Se esfuerza por ponerse en el lugar de un dron que vuela aproximadamente a quince mil pies de altura, equipado con un zoom de alta definición, mientras realiza un reconocimiento óptico, infrarrojos, atuendo, peinado. Otro dron a quinientos pies, comprobando las frecuencias de radio.

Vale. Ejecuta el programa. Sé tú el código.

El análisis por infrarrojos. Imperfecto. Dentro de los parámetros. Servirá.

La ropa, sí.

Coincidencia de patrones adecuada.

No.

Algo está mal.

Todo está mal.

—Demasiado rígidos.

Los saca de nuevo y les dobla las extremidades hasta ponerlos en cuclillas; les coloca las manos sobre los rostros en movimiento. Vuelve a meterlos en la barca. Ahora dan la impresión de estar ocultando el rostro, y la intermitencia de sus sonrisas transmite algo de acción a las manos, los brazos. No es mucho, es sutil, pero parecen más vivos. Mejor.

—Vale.

Naomi deja ir la góndola.

Se aleja por el canal elevado, flotando hacia la salida, la luz. El barquero empieza a cantar.

—¿Y ahora qué?

—Ahora averiguaremos si únicamente nos están vigilando. Porque si hay algo más... Nunca nos van a tener más a tiro.

La proa de la góndola emerge a la luz del sol sobre unas aguas que brillan ahora. El alegre dosel de seda de la embarcación arroja su sombra sobre la pareja inmóvil, agazapada.

Cuando lo alcanza la claridad, en la popa del bote, el gondolero robótico entona un *falsetto*, llega al do sobreagudo y lo sostiene.

—Supongo que estamos a su alcance —dice Naomi.

Un dron —pequeño, negro, cuadricóptero, todo cámaras y sensores— cae del cielo casi de inmediato y se detiene a baja altura, junto a la pareja de novios. El sistema inmunitario debe de haber detectado el movimiento del rastreador dentro del edificio y habrá previsto esta salida. El diminuto artefacto describe un círculo, cambiando de enfoque, triangulando. Identifica la débil señal del rastreador, las ropas, el pelo. Los patrones. Se aleja.

Autoriza el ataque.

La góndola se desintegra en medio de una explosión que pulveriza cien metros del canal elevado de falso mármol. Las esquirlas de hormigón, los jirones de seda, el agua vaporizada, los maniqués de plástico descuartizados y los fragmentos de fibra de carbono de la góndola confluyen en el aire para formar una onda expansiva esférica cuyo incandescente epicentro, asombrosamente, no deja de aumentar de tamaño, hasta que Colt y Naomi se tiran al suelo en un acto reflejo. Incluso a esa distancia, la presión del estallido les sacude los tímpanos y los pulmones.

A ambos lados de la inmensa brecha que ocupa el lugar en el que antes estaba la góndola, las barras de acero reforzado se doblan, proyectando

cascoes de hormigón en todas direcciones, y vuelven a enderezarse de golpe, como un resorte, mientras del lateral más próximo y elevado se derrama un torrente de agua por el cauce destrozado. La efímera cascada baña los barrotes oscilantes y continúa precipitándose hasta romper contra la plaza de cemento a sus pies, hasta que el caudal del circuito cerrado se agota y las bombas comienzan a aspirar únicamente hipidos de aire vacío.

Naomi siente ganas de vomitar y al mismo tiempo de reír. Los dos impulsos batallan en su interior, incongruentes, provocándole una mezcla de náusea e hilaridad. Es como si le hubieran pegado un puñetazo en el pecho, le pitan los oídos.

—Bueno —suspira Colt—. Algo me dice que al final sí que han decidido que representamos una amenaza.

Naomi estudia sus facciones tímidas, compungidas. De reojo, el muchacho le devuelve la mirada y sonríe.

Acaba de hablarle en tono de broma.

En medio del mareo la embarga el alivio, el gozo, la emoción; la misma sensación que experimentó al oírle pronunciar, por fin, su primera palabra.

Algo se ha arreglado dentro de él.

Y ahora podemos darnos por muertos, piensa repetidamente Naomi.

La visión de su antigua ropa, su antiguo yo, evaporándose, vaporizándose, desvaneciéndose ante sus ojos en el deslumbrante resplandor de la explosión..., se reproduce una y otra vez en su mente, acelerándole el pulso y la respiración.

Estamos muertos...

Oh... Una oleada de placer recorre todo su ser. Increíblemente intensa, extasiante.

Salen del Venetian por separado, por puertas distintas, y se reúnen a tres casinos de distancia. Se abrazan en una intersección, vestidos de novios. A Colt le desconcierta descubrir que apenas le molesta la sensación de ardor que corre por su piel cuando ella le estrecha. Está cambiando...

Los otros peatones sonríen a los recién casados. Colt oye a una señora mayor que le susurra a su marido:

—Él me parece un poco joven, pero bueno, así son Las Vegas.

Manteniéndose entre el gentío, fluyendo con la marea, Colt y Naomi caminan tan deprisa y tan lejos como les es posible. Abandonan la Franja en cuanto la multitud comienza a despejarse.

Se detienen al fin, en una calle cualquiera.

Naomi trata de pensar, de planear qué hacer a continuación, pero en su cabeza no sucede nada. Es como si hubiera encendido los focos para iluminar el escenario y los actores se negaran a salir.

¿Sobrecarga? No. No solo eso.

—Necesito comer algo —dice.

Entran en un centro comercial, cruzan una amplia pasarela poco elevada y se meten en un restaurante de sushi que les parece barato. Naomi se queda quieta, estudiando el enorme y colorido menú en la pared.

Está muy cansada.

Frunce el ceño y señala una de las ensaladas, para levantarse un poco el ánimo.

A continuación apunta a las distintas variedades de sushi.

Colt señala el wasabi extrapicante.

Naomi apunta a la opción de pago en efectivo.

Las imágenes se iluminan en el menú de la pared, reconociendo el pedido.

Se sientan.

El robot camarero les lleva la comida a la mesa. Está caracterizado como R2D2, para anunciar el casino de Star Wars recientemente remodelado.

Naomi deja el dinero en la bandeja que lleva encima de la cabeza.

Con la voz de R2D2, el robot emite una simpática retahíla de pitidos distorsionados e imprime un recibo de papel convencional antes de alejarse rodando.

Los demás comensales no dejan de observarlos.

Agacha la cabeza, no mires a nadie a los ojos.

Coge los palillos.

Colt aparta su plato y se levanta.

—Tengo que comprobar una cosa.

Sin esperar respuesta, sale del restaurante y se adentra en el ajetreo de gente que pulula por el centro comercial. Naomi se traga sus preguntas y lo sigue

con la mirada hasta que el río de desconocidos se lo lleva detrás de un recodo, lejos de su vista.

Picotea la comida con uno de los palillos.

La desmenuza en pedazos cada vez más pequeños.

Transcurridos unos instantes, se acerca una minúscula porción de arroz con ternera a la boca, pero el olor de la carne le recuerda el laboratorio y vuelve a soltar los palillos. Sacude la cabeza para librarse del recuerdo del cálido olor a carne y metal; la imagen y el sonido de la pequeña sierra circular de acero y cobalto que solía utilizar para abrir el cráneo de los ratones en las autopsias.

Cuando regresa Colt, sano y salvo, Naomi lleva cinco minutos cociéndose a fuego lento en una mezcla de rabia y ansiedad; siente tanto alivio que a punto está de pegarle una voz.

El muchacho se sienta.

—Todavía nos siguen—dice.

El enfado de Naomi se desvanece.

—Oh, Colt —parece muy serio, adulto—. Nos hemos librado de la ropa, del rastreador. Creen que hemos muerto. ¿Cómo podrían seguirnos la pista?

La asalta de nuevo el hambre, teñida ahora de miedo. Devora el estropicio que tiene en el plato demasiado deprisa, atragantándose, como si fuera su última oportunidad.

Colt bebe un sorbo de agua del vaso de plástico.

Naomi le echa un vistazo a su plato, con suspicacia, como hace siempre.

No ha probado bocado. Pero si debe de estar muerto de hambre...

—¿Comiste cuando estabas bajo tierra? ¿Algo?

—No... —Colt frunce el ceño, haciendo memoria. Por lo general, no se molesta en recordar la comida. Ah, espera—. Sí. Poca cosa. Unos dulces. Un par de *cupcakes*... Una bandeja de *cupcakes*.

—De granada.

—Sí.

—Muchas semillas.

—Sí —Colt comprende por fin a qué se refiere Naomi y se pone de pie.

Su madre lo dice en voz alta de todas maneras.

—No todas eran semillas.

—Necesito una bolsa. Una bolsa de plástico. Lo que sea.

Salen al centro comercial.

Colt rebusca en una papelería atornillada a la pared.

Mientras tanto, Naomi se dedica a leer la pegatina que puede verse en el lateral del contenedor; para mantener la vista ocupada, para evitar que sus ojos giren sin control a su alrededor, buscando adversarios en cualquier dirección.

«Este receptáculo de residuos cumple con la Normativa de Seguridad 343-78-55A de EE. UU. Está diseñado para detectar explosivos, agentes biológicos, agentes químicos y material radiactivo... Nos preocupamos por su bienestar.»

Colt encuentra por fin una bolsa de plástico usada. La zarandea con brusquedad, agarrándola por las asas, para llenarla de aire. Se abre como un paracaídas, con un gracioso crujido que culmina en un topetazo seco.

Se ríe. El sonido es tan perfecto que hace que le cosquilleen los dientes.

Cierra el cuello de la bolsa y la comprime para comprobar que no tenga grietas ni agujeros. Se infla como un globo.

Hermética.

Bien.

Se quita primero el guante ensangrentado, después el limpio, y los tira a la papelera.

Buscan un cuarto de baño. El más próximo está averiado; bajo la puerta cerrada asoma un charco de agua.

Cuando por fin llegan a un aseo, todos los compartimentos están ocupados. Hay seis hombres esperando.

En el contiguo hay una cola de mujeres frente a la puerta. Todas los miran fijamente.

Prosiguen su camino, apretando el paso; encuentran una puerta de servicio abierta, calzada con una fregona y un cubo abandonados; se cuelan por ella.

Se internan por un pasillo en penumbra. Las luces, automáticas, solo se encienden al detectar su presencia. Alguien ha robado una bombilla de cada dos.

Cruzan una puerta contra incendios y van a dar a un amplio almacén, tenuemente iluminado. La claridad se intensifica a su llegada.

Puertas enrollables de chapa ondulada en las paredes, algunas de ellas muy altas, sobre rampas, para la descarga de tráileres.

Palés.

Nadie a la vista.

Colt engancha una de las asas de la bolsa al picaporte plateado de la puerta

contra incendios y tira de la otra con una mano para dejarla abierta de par en par ante él.

—Aquí mismo —dice—. Servirá.

Se mete los dedos en la garganta, se inclina. Vomita dentro de la bolsa.

Otra vez.

La segunda es más fácil; el olor a vómito le ayuda.

El sonido de sus propias arcadas rebota en las paredes de cemento, en las puertas metálicas, y vuelve hasta él. Se acuerda de los ruidos que hacía un monstruo, en alguna cueva, en un antiguo episodio de *Doctor Who*. Un carraspeo delicuescente, todo eco y reverberación.

A la cuarta vez, nota que el estómago se le ha quedado vacío. Arruga el entrecejo.

—Ya podría tenerlos en el intestino.

—Hay que librarse de todos.

—Espera...

Colt introduce una mano en la bolsa y saca un objeto, con delicadeza, entre el índice y el pulgar.

—Caray. Fíjate en esto. Qué diseño tan inteligente.

—Dios, Colt, no me apetece asomarme a una bolsa llena de vómito.

Pero el muchacho ya ha extraído de la bolsa lo que quería. Busca algún pañuelo en sus bolsillos. Nada. Por supuesto, estos no son sus bolsillos. Se le ha olvidado que lleva puesto un traje de novio.

Por eso antes los miraba todo el mundo tan fijamente.

Tira del pañuelo de seda que hay en el bolsillo de la pechera.

Sale deslizándose; pero no es un pañuelo completo sino un simple triángulo de seda prendido de un trozo de cartón del tamaño del bolsillo.

Maldición... Tendrá que bastar...

—¡Joder! —exclama con vehemencia Naomi.

Colt la mira, sobresaltado. Preocupado.

¿Estará enfadada? No se ha enfadado nunca con él, al menos no en serio.

—Perdona, Colt. Pero es que, por ese precio, el pañuelo debería ser de verdad.

Oh.

Alivio...

El muchacho usa el trozo de seda para limpiar el objeto que ha encontrado.

—¿Lo ves? —se lo planta a Naomi en la cara—. La pieza negra. Más

pequeña que una semilla. Ese es el transmisor. ¿Y esas diminutas hebras metálicas?

—¿Dónde?

Son tan finas que casi no se ven. Colt gira el dedo y capturan la luz, tan delicadas como una tela de araña.

—El rastreador tiene que entrar como si fuera una semilla. Camuflado. Con un revestimiento orgánico. Pulido. Pero los ácidos del estómago, al corroer la cobertura exterior, liberan los filamentos. Y los filamentos reaccionan con los ácidos del estómago para producir electricidad... —lo examina más de cerca—. Es una genialidad.

—Oh —Naomi también se acerca más, a regañadientes—. Se parece un poco a las viejas pilas de zinc que llevaba el audífono de mi madre.

—¿En serio? ¿Cómo funcionaban?

Esto está bien. Como antes. Hablando con mamá de cosas científicas.

Colt nota el cerebro agotado. Si entrecierra los párpados, en la penumbra del almacén, puede imaginarse que está en la cueva de su habitación, somnoliento, haciéndole preguntas a mamá, resistiéndose a quedarse dormido.

Cuéntame algo, mamá. ¿Sobre qué? Lo que sea.

Naomi sacude la cabeza.

—Habla, mamá.

Naomi suspira. Sonríe.

—Al instalar la batería, mi madre soltaba una pestaña y la dejaba expuesta al aire. El zinc del interior reaccionaba con el oxígeno ambiente, por lo que la mayor parte del peso químico no estaba en la batería. Cada una de las pilas reciclaba alrededor de veinte centímetros cúbicos de aire por hora. Ese era el aire que las atravesaba flotando, ya sabes.

—Cómo mola —dice Colt, calculando mentalmente la relación entre el zinc y el oxígeno. Mmmm. Guay—. Así, la producción de energía sería tremenda sin pesar casi nada.

—Sí, exacto. Si hubieran tenido que incorporar el peso del oxígeno a la pila física, habría pesado veinte veces más.

—Así se diseñan las cosas.

—Sí. Cuando me explicó cómo funcionaban me quedé fascinada. Me dejaba tirar de las pestañas, como recompensa, si me portaba bien.

Se inclina un poco más sobre el dispositivo de rastreo adherido al dedo de Colt, intrigada contra su voluntad, pese al olor.

—Este rastreador es todavía más sofisticado. Flota en un mar de ácido de batería... La producción de energía será sumamente elevada —a partir de un artefacto del tamaño de una semilla... Cuesta no admirar algo tan elegante—. Me pregunto si funcionaría incluso al salir del estómago, en el resto del tracto intestinal.

A Colt le gustaría poder quedarse dormido así, escuchando a mamá, preguntándole algo nuevo cada vez que se calla.

Le duele la mano.

Mamá debería darle un beso, así se pondría mejor. No solo se sentiría mejor, sino que se pondría mejor.

De pequeño la confundía con Jesucristo en su imaginación.

Al escuchar cómo Jesús había curado al leproso, o resucitado a Lázaro de entre los muertos, visualizaba a un hombre en pie junto a su madre, ambos cubiertos con largas túnicas blancas, devolviéndole la vida al cadáver con un beso. Jesucristo y mamá, trabajando codo a codo, sanándolo con los labios...

A un metro de distancia, ensimismada en sus pensamientos, también Naomi está rememorando el pasado. Cuántas horas consagradas a la minuciosa disección de algún insecto, de alguna planta, de algún aparato electrónico, respondiendo pacientemente a las preguntas de Colt, que la escuchaba embelesado.

Lo más cerca que he estado nunca de él. Las mejores horas de mi vida.

Hasta que Naomi recuerda dónde están, y por qué están examinando el brillante diseño del rastreador, adherido a la punta del dedo de Colt.

Se le escapa un gemido involuntario, mezcla de pesar y desesperación. De nuevo el *shock*, más agudo que nunca: su hijo va a morir.

Colt frunce el ceño y examina los filamentos más de cerca.

Están en los límites de la visibilidad.

—Creo que están equipados con pequeños ganchos en los extremos —dice—, para anclarse a las paredes del estómago.

—Oh, Dios.

—Para evitar que recorran el aparato digestivo hasta el final y salgan por el otro lado.

Naomi le pone una mano en el hombro. El muchacho se la sacude de encima de manera automática. No parece molesto, tan solo interesado.

—Eso los mantiene en su sitio, y además sumergidos en el ácido de batería. Supongo que se habrán soltado al vomitar. Pero... Maldita sea.

—Aún podría haber algún rastreador atrapado en tu estómago...

—Bueno..., en cierto modo eso es positivo. Significa que probablemente no están en mis intestinos. Pero sí, cabe la posibilidad de que no los haya expulsado todos.

—¿Cómo podríamos comprobarlo?

—Averiguando cuál es su frecuencia —Colt se acerca el rastreador a la oreja, sonríe— veremos si todavía queda alguno dentro de mí, transmitiendo.

Echa el rastreador limpio en la bolsa de plástico llena de jugos gástricos, para que pueda reactivarse y emitir su señal.

Se baja el visor, activando el modo reflector de forma automática; Naomi lamenta perder de vista su rostro.

Vale, piensa el muchacho. Todos los receptores pueden volver a sintonizarse...

Busca un fragmento de código comercial en la biblioteca del casco y ejecuta una búsqueda por todas las frecuencias de radio.

Hay una endemoniada cantidad de ruido, el murmullo del universo, pero nada lo suficientemente nítido para tratarse de los rastreadores. A esa distancia, a un par de pasos del casco, deberían estar chillando. Así que, o bien no transmiten en ninguna de las frecuencias habituales, o bien se han apagado.

Colt no cree que estén apagados.

Frunce el ceño y se apresura a reescribir el código.

Vale, lo que necesita ahora es un receptor más grande.

Naomi observa resignada cómo el muchacho mira a su alrededor en busca de algo que pueda servirle de antena. Si algo ha aprendido desde que nació Colt, es a armarse de paciencia.

Un contenedor de reciclaje para plásticos y componentes electrónicos, estupendo. Colt levanta la tapa y escarba en el interior. Muy abajo, entre los desechos del fondo, encuentra un juego de auriculares rotos, anticuados; muy antiguos, en realidad, de los que llevan cable para enchufar.

Excelente.

Enchufa el cable en la toma universal del casco y tira de los auriculares hasta dejar los alambres al descubierto. Mira a su alrededor.

Ahí.

Estudia los grandes cierres metálicos del almacén, perfectos.

Enrolla el cable alrededor de la cabeza de un remache de acero. Vuelve a

ejecutar el escáner y encuentra un griterío a lo lejos, en el quinto pino, más allá de cualquier frecuencia comercial.

¿Cómo pueden conseguir algo así con una cosa tan pequeña?

No importa. La bolsa está transmitiendo en tres frecuencias ligeramente distintas entre sí. La bolsa... o sus tripas. Desenrolla el cable de la cabeza del remache. Aún puede oír el fantasma de las señales allí de pie, junto a los rastreadores. Bien.

Cuelga la bolsa llena de vómito de un gancho que hay junto a la puerta metálica de servicio y se aleja de ella, en dirección al extremo opuesto del almacén. Mientras camina, las tres señales se apagan.

Ley de la inversa del cuadrado. Absolutamente normal.

Fuera se oye cómo un camión da marcha atrás hasta una rampa de descarga, y el *piii, piii* de la señal de aviso suena ahora más fuerte que los rastreadores. Colt exhala un hondo suspiro, regresa corriendo, coge la bolsa y vuelve junto a su madre.

—Esos son todos —dice—. Tres, en la bolsa —la agita frente a ella—. No queda ninguno más en mi sistema.

Naomi deja escapar un gigantesco suspiro de alivio.

Guau, qué mareo.

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—Ahora tenemos que librarnos de estos... —dice Colt, y se dirige al pasillo por el que acaban de pasar.

Uno de los cierres metálicos comienza a elevarse con un chirrido estruendoso, y un deslumbrante rectángulo de luz amarilla se expande por el suelo del almacén.

Un tipo de poblada barba pelirroja entra agachándose por debajo del cierre; en la penumbra, tarda un instante en verlos. A Colt le da tiempo a abrir la puerta contra incendios y desaparecer en el pasillo.

Pero Naomi, que está demasiado lejos, se queda paralizada.

—Buenas, señora —dice el barbudo—. Me parece que se ha perdido.

—Creo que sí —replica Naomi—. Estaba buscando los aseos.

—Ajá.

Le examina las tetas y el culo. Puaj... Naomi sacude discretamente la cabeza para expulsar de su mente la furiosa y súbita imagen del hombre vapuleado, sangrando en el suelo.

—Es un poco difícil encontrarlos. Le puedo mostrar...

—¡No, gracias! —lo interrumpe ella, tajante.

—Vale, vale —el hombre retrocede—. Están por ahí —señala la puerta contra incendios, el corredor de servicio—, al fondo, a la izquierda. Donde las tiendas.

Naomi le da las gracias con un asentimiento de cabeza.

El hombre se aleja a regañadientes y sube por una de las rampas.

Se saca un cachivache, aparatoso y anticuado, del bolsillo trasero y le da un golpecito. Una segunda puerta de carga se eleva con un traqueteo de listones metálicos, dejando al descubierto el remolque de su camión. Otro golpecito, y el control remoto desbloquea las puertas del vehículo, que se abaten hacia el exterior. Frotándose vigorosamente la barba con el pulpejo de la mano libre, el transportista escudriña la reluciente pantalla del abultado dispositivo.

Naomi se interna silenciosa en las sombras, en dirección al pasillo. La puerta contra incendios se abre justo cuando llega hasta ella, y emerge Colt, que se lleva un dedo a los labios. Señala. Naomi mira hacia atrás.

El camionero barbudo utiliza su aparato para escanear un código en la portezuela del vehículo, escanea unos palés apilados en el borde del remolque y emite un gruñido de satisfacción. Saca la carga con una pequeña elevadora, la baja por una rampa y la deja junto a otro montón de palés.

En cuanto el transportista les da la espalda, Colt se aleja de Naomi, se escabulle entre las sombras hacia el muelle de carga y arroja algo a la parte trasera del camión.

Regresa corriendo junto a Naomi y se queda quieto como una estatua.

El hombre reaparece y asegura las puertas del remolque. Mientras sale del almacén, los cierres metálicos comienzan a deslizarse hasta el suelo, despacio.

A través de las finas paredes de metal corrugado de la nave oyen cómo el camión se aparta de la zona de carga y, con un rugido del motor, se marcha.

—Los rastreadores —dice Naomi.

Colt asiente con la cabeza.

—Los drones pensarán que viajamos dentro de ese camión.

—¿Nos hemos librado de ellos?

—A lo mejor. No lo sé.

Abandonan el centro comercial por separado: primero Colt y después Naomi, dos minutos más tarde. Lo encuentra en el lugar convenido, una esquina a dos manzanas de distancia. A la sombra de un toldo verde, frente a una cafetería.

La euforia de Naomi (Colt está allí, vivo) da un vuelco cuando repara en su expresión. Muy seria. No, esto no ha terminado. ¿Cómo podría terminar nunca? Solo sus muertes dejarán satisfecha a la máquina.

—Mamá, quiero ir a casa.

—Lo sé, Colt, ya lo sé —le rodea los hombros con un brazo, pero él se lo aparta de un empujón.

—No, mamá. Necesito ir a casa —Colt está a punto de añadir algo más, pero..., un momento.

La cara de Naomi acaba de cambiar.

Colt estudia su rostro a la fría luz verde que atraviesa el toldo. No es un ceño fruncido. Se trata de algo más sutil. Sus ojos, un poquito más abiertos; su cabeza, ligeramente ladeada.

Guau, puede leer la expresión de su madre. Alucinante. Acaba de preguntarle «por qué». Ha dicho «por qué» con la cara.

Nota cómo su mundo se curva, se deforma y se expande.

Joder, las caras de la gente hablan todo el tiempo.

Es como si hubiera nacido ciego y acabase de recuperar la vista.

—¿Estás pensando «por qué»? —le pregunta, maravillado.

Ella asiente con la cabeza, sonrío, le dice que sí.

Es como si su rostro saltara de dos a tres dimensiones.

Es... vívido.

Es demasiado.

Cierra los ojos. Ya se enfrentará a eso más tarde.

«Por qué»...

—Porque allí están todas mis cosas —dice—. Y mis servidores. Necesito más potencia de procesamiento. Offline. No en la nube.

La nube está invadida por el gobierno. Infestada de espías. La nube está repleta de software de reconocimiento facial tras la pista de sus pautas de actividad. Buscándolo. Para castigarlo. Han fabricado al Dios del Éxodo y el Levítico, piensa. Abre los ojos y observa fijamente las facciones de su madre, tan elocuentes y vivas.

—¿Qué ocurrirá cuando encuentren los rastreadores? —pregunta Naomi—. Solo los rastreadores, y no a nosotros. Irán a buscarnos a casa, ¿no es cierto?

—Tengo un plan para lidiar con eso. Si funciona... —lo repasa una vez más, todos los pormenores, todos los problemas posibles. Cada una de las formas en que podría salir mal—. Si funciona, nuestra casa será el refugio más seguro que exista.

Lo embarga una abrumadora oleada de emoción, esa emoción incontenible, lo que siente por su madre; lo que siente por su hogar, por su cuarto; por su cama, tan pequeña y cálida; por todos esos olores, contornos y texturas tan familiares.

—¿Y si no funciona?

—Todo el mundo muere al final... —el muchacho se encoge de hombros—. Están aprendiendo cada vez más cosas sobre nosotros. Si nos limitamos a deambular de aquí para allá... —vuelve a encogerse de hombros—. Así solo aplazaremos el momento de nuestra captura. Cuanto antes lleguemos a casa, más posibilidades tendremos de derrotarlos.

—Vale. Entonces, necesitamos un medio de transporte. Alquilaré un coche...

—Nada de débito. Ni crédito. Nada de tarjetas. Nada a lo que puedan seguir la pista.

Por supuesto.

—Sí, claro. Efectivo.

—Te pedirán que te identifiques, y estaremos en el sistema.

—¿Podríamos... —no se atreve a pronunciar la palabra «robar»— llevarnos..., a lo mejor..., un coche?

—Sí..., uno viejo, supongo. Los nuevos sistemas de seguridad son difíciles de...

El estallido dobla el panel de vidrio de la cristalera que hay a su lado, provocando que sus reflejos se estremezcan y ondulen. Notan una punzada de dolor en los oídos; el toldo se convulsiona sobre sus cabezas, tensado al máximo en un arco tirante debido a la onda expansiva. Mantiene esa forma por un momento, antes de caer de nuevo de golpe.

Calle abajo, un parasol con un estampado de cachemira, arrancado de cuajo de su pie, se despeña desde la terraza de un tercer piso. Desciende zigzagueando, despacio, como un paracaídas psicodélico, hasta aterrizar en medio de la carretera.

Las alarmas de los coches aúllan como perros electrónicos, en un anillo que no deja de expandirse alrededor de la zona de la explosión.

Durante unos instantes, por supuesto, creen que ellos son el objetivo.

El humo y las llamas tardan unos segundos más en elevarse por encima de los edificios cercanos.

La explosión ha sido grande.

Muy grande.

Pero a varias manzanas de distancia, en la Franja, en los alrededores del aeropuerto.

—El camión —dice Colt—. Han destruido el camión.

La gente sale en tromba por la puerta de la cafetería, asustada. Colt y Naomi se hacen a un lado, internándose en la sombra del toldo; pese al bullicio, bajan la voz.

Colt ve en su mente la imagen del conductor del camión, su barba roja.

—El conductor... —lo asalta un escalofrío; se lo sacude de encima—. El conductor habrá aparcado el camión. Lo habrá abandonado. Lejos del tráfico. En un aparcamiento quizá...

¿Por qué habla tanto? ¿En qué está intentando no pensar? Hay conexiones formándose, ideas agolpándose como hormigas en su cerebro, irritantes; ideas que preferiría evitar.

Pero su madre también está uniendo esos puntos, tal vez más despacio.

—Es posible que nos hayan pasado del nivel naranja al rojo.

Colt cierra los ojos, pero ve al conductor del camión otra vez, y ahora su barba está en llamas. La grasa de su piel está en llamas.

—Es posible —nota la mandíbula rígida y dolorida, los músculos tensos—. Es posible.

—Pero... —Naomi se interrumpe, intenta buscar el lado positivo—. Ahora creerán que hemos muerto.

—Durante algún tiempo.

Suena una canción en la cabeza de Colt, una de las favoritas de mamá, le encanta Johnny Cash.

«I shot a man in Reno... just to watch him die...»

Un BMW negro con las ventanillas tintadas aparca a su lado, contra el bordillo. Colt y Naomi se retiran instintivamente hacia el interior de la sombra, bajo el toldo, hasta que sus espaldas tropiezan con el cristal.

El conductor abre la puerta y sale a la acera.

Un joven de rasgos egipcios, vestido con un traje ligero de diseño italiano.

Se queda inmóvil, abriendo la boca lentamente, cada vez más, con la mirada fija en el cielo al otro lado del Starbucks de la acera de enfrente, hipnotizado por la columna de humo negro, viscoso, que continúa ascendiendo; por el destello de las oscuras llamas anaranjadas que se arremolinan dentro de ella.

Lleva un manajo de llaves físicas en la mano.

Colt observa de reojo el BMW. Ah, guay. Es un coche de gasolina de los antiguos; sin sistema de autoconducción, sin medidas de seguridad.

El coche de un hombre rico. No, el juguete de un niño rico.

Las cuotas del seguro deben de ser exorbitantes...

—Mira, nuestro medio de transporte.

Antes de que Naomi comprenda a qué se refiere, demasiado tarde, Colt se empieza a abrir paso a través de la multitud de curiosos.

Le da un golpecito en el hombro al conductor.

—Disculpe, señor, pero necesitamos su vehículo.

El joven cierra la boca, se vuelve y se queda mirando a Colt fijamente. Un adolescente de esmoquin, con una mano hecha polvo. Se fija en Naomi.

—¿Cómo dices?

Ay, mierda, piensa Naomi. Y yo vestida de novia.

—Es un disfraz —dice—. Una operación de incógnito —se pone furiosamente colorada por el embuste, el cliché de película.

—Se lo devolveremos en cuanto hayamos terminado —se apresura a añadir Colt—. ¿Cuál es su número? Llamaremos para decirle dónde puede recogerlo... Pero dese usted prisa, por favor.

El conductor, aún con su llavero convertido en símbolo de estatus en la mano, se saca torpemente del bolsillo una billetera negra de piel y, con delicadeza, tira hasta extraer una tarjeta profesional con sus datos.

Colt no pierde detalle, asombrado. Caray. Una tarjeta de verdad, de papel. Este tío es un auténtico retronauta.

Un par de tarjetas de crédito clásicas, de plástico, se escurren de su ranura detrás de la tarjeta profesional. Caen al suelo.

Nadie se agacha para recogerlas.

—Perdón —dice el conductor. Le ofrece la tarjeta profesional a Colt.

—No pasa nada —replica este, magnánimo—. Désela a ella, es la encargada de los procedimientos de recuperación.

El conductor le da la tarjeta a Naomi.

—Gracias —dice ella, consiguiendo a duras penas no hacer una reverencia. Colt aspira con fuerza por la nariz mientras el conductor retira la mano. Huele bien. ¿Sándalo?

—Huele usted bien —dice, y Naomi le clava un codo en las costillas. El conductor se lo queda mirando fijamente, en silencio.

Ah, claro, se cree que soy un poli. O de los servicios secretos. Qué difícil es esto. ¿Por qué les parecerán complicadas las matemáticas a la gente? No cuesta nada recordar lo que es cierto. Cuesta mucho más recordar lo que los demás creen que es cierto, sin serlo.

El conductor abre la boca, vuelve a cerrarla; es como si no supiera muy bien qué decir. Las llaves, todavía en su mano, tintinean suavemente cuando empieza a temblar.

Colt estira el brazo y le arrebató el puñado de llaves metálicas, con tanta confianza en sí mismo que el conductor no opone la menor resistencia.

El muchacho intenta extraer del manajo la llave del coche.

Ayayay. Tiene los tendones de la mano derecha demasiado dañados. Es demasiado difícil.

Le da las llaves a su madre. Mientras Naomi forcejea con el llavero de metal esmaltado *vintage*, en el que puede leerse: «Encierra a tus conejitas», el conductor se agacha para recoger las tarjetas de crédito.

—No se preocupe —dice Colt—, su vehículo quedará cubierto automáticamente por nuestro seguro.

—Gracias... —el conductor parece caer en la cuenta de algo. Se incorpora, sosteniendo las tarjetas de crédito—. ¿En qué, eh..., servicio...?, ¿con qué unidad... colaboran ustedes?

—Agencia de Seguridad Nacional —dice Colt.

—¿En serio? —el conductor frunce el ceño, extrañado. Usa el pulgar para sacudir el polvo de una de las tarjetas—. Creía que ya no...

—Usted no nos ha visto y esto nunca ha pasado.

—De acuerdo.

Ya al volante, Naomi observa a Colt de soslayo mientras se abrocha el cinturón de seguridad.

El interior del coche huele a la colonia del conductor mezclada con el cuero de los asientos. Es agradable. Huele a padre, piensa el muchacho.

Naomi continúa observándolo.

Colt no ha dicho nunca una mentira, ni siquiera de pequeño.

Una vez, al llamar Donnie por teléfono, Naomi le pidió que contestara y le dijera que ella no estaba en casa. Pero Colt fue incapaz de hacerlo; le indicó por señas que se fuera a otra habitación para poder decir, sin faltar a la verdad, que no estaba «allí». Como ella no entendía sus gestos ni se movía, fue el muchacho el que se marchó: salió por la puerta, recorrió el pasillo y se metió en el cuarto de baño, sin dejar de murmurar ambigüedades al teléfono. Pero Naomi lo siguió para escuchar lo que estaba diciéndole a Donnie. Colt le cerró la puerta del baño en las narices. Ella abrió una rendija, se asomó; Colt tiró el teléfono a la taza del váter, destrozando el anticuado auricular, y empezó a gritarle. No, Colt no mentía nunca, no podía.

—Has mentido.

—No, qué va. Mamá, tenemos que buscar un sitio tranquilo para poder desactivar el transmisor-receptor del coche...

—¡Le dijiste que éramos del servicio secreto!

—No, él supuso que lo éramos. Yo le conté la verdad. Necesitamos su vehículo. Se lo devolveremos cuando hayamos terminado. Tú eres la encargada de los procedimientos de recuperación, porque yo no sé conducir.

—¡Venga ya, le dijiste que pertenecíamos a la Agencia de Seguridad Nacional!

—No, él preguntó con qué unidad colaborábamos. En fin, tú has realizado proyectos para la Agencia de Seguridad Nacional.

—Bueno, pero dicho así...

—«Agencia de Seguridad Nacional», dije. Nada más.

Naomi se echa a reír.

—Dios, Colt, eso es lo más parecido a una mentira que he visto nunca.

—Lo que significaba en mi cabeza cuando lo dije era que tú habías colaborado en proyectos de la Agencia de Seguridad Nacional —insiste Colt, angustiado, ruborizándose—. Qué culpa tengo yo si él no podía leerme el pensamiento.

Al entrar en la Franja, ven que la inmensa pirámide de cristal negro del Luxor está ardiendo.

—Santo cielo —murmura Naomi.

Colt se gira para mirar a través de la ventanilla tintada del coche.

—El camión debía de estar repartiendo algo —dice—. Está junto a la entrada de servicio.

La explosión ha demolido la pared tras la que se encontraban las mercancías. También ha destrozado las hojas y las ramas más pequeñas de una hilera de árboles, cuyos troncos humean.

El humo se derrama con languidez entre los escombros del área de servicio. Colt ni siquiera puede distinguir los restos del camión, tan mezclados están con otros desechos mecánicos, otros vehículos. Una carretilla elevadora. Una especie de grúa enana. Un gigantesco tanque cilíndrico de metal, desgarrado.

—Debió de aparcar junto a un camión cisterna —dice Colt—. Estallaría cuando le dispararon.

Vale, eso explica la magnitud de la explosión. Han debido de reventar todas las ventanas de la cara sur de la pirámide.

—¿Habrá habido heridos? —se pregunta en voz alta Naomi.

—Por descontado.

—Santo cielo —está perdiendo el control de la respiración. Respira. Más hondo. Más despacio. Eso es. Respira.

Intenta activar el piloto autónomo del vehículo mientras se repone; cae en la cuenta de que no puede.

Dios, ni siquiera hay medidas de seguridad por si alguien cruza corriendo la carretera o frena de golpe frente a nosotros. Tienes que concentrarte. Sigue conduciendo. Da igual lo mal que te encuentres.

Las ventanas del BMW se estremecen en sus marcos. Otra explosión, a lo lejos.

Colt espera a ver la nube de humo. Calcula la posición.

—Adiós, New York, New York.

—Pero... —a Naomi le gustaría echar un vistazo, pero le da miedo apartar los ojos de la carretera—. ¿Por qué? No estamos allí, no había ningún rastreador...

—A lo mejor se nos cayó alguno, podría haberse desprendido de tu jersey.

—A lo mejor es que se les está yendo la olla, sin más.

—Ja. Sí. A lo mejor... —Colt baja la ventanilla.

Por toda la ciudad resuena el aullido de las sirenas de los coches de bomberos.

El muchacho se concentra, se esfuerza por ubicarlas. Se mueven aprisa,

hacia los escenarios de las explosiones; el coche circula al límite de velocidad fijado para los conductores humanos, en dirección sur, más allá del aeropuerto, fuera de la ciudad... Desenmaraña el efecto Doppler combinado de cada sirena y emplaza los vehículos en su mapa mental.

Ahora puede oír helicópteros que se aproximan, más drones...

Los adelantan tres, no, cuatro coches de policía.

Sube la ventanilla. Hay que pasar desapercibido.

—Múltiples explosiones de origen desconocido —dice Colt, como si estuviera recitando el guion de alguna película, de algún videojuego—. Tendrán que acordonar toda la ciudad. Larguémonos de aquí.

Se largan de allí.

110

En las afueras de la ciudad, Colt dice:

—Para el coche. Ahí dentro.

Naomi frena tan de repente que sus cabezas se vencen involuntariamente hacia delante por un segundo, como si estuvieran compartiendo un momento de oración. Los cinturones de seguridad se atirantan con fuerza contra sus pechos.

—Perdona —se le había olvidado ya, no hay un sistema de seguridad que suavice cualquier acción brusca—. Lo siento —el cansancio que la atenaza es demoledor... Concéntrate.

El coche sale de la carretera, pasa entre unos montones de escombros y entra en un solar asfaltado y desierto.

Colt se asoma, echa un vistazo a su alrededor.

No son escombros de obras, sino de demolición. Una antigua gasolinera. Las deducciones fiscales no han conseguido salvarla.

Incluso las tuberías y las paredes de los depósitos subterráneos han sido arrancadas del suelo. Entre los cascotes apilados crecen arbustos y hierbajos que impedirán que alguien los divise desde la carretera.

—¿Qué ocurre? —pregunta Naomi cuando consigue detener el BMW por completo.

—El dueño del coche se dará cuenta de que no pertenecemos a ningún servicio secreto —dice Colt—. Al final denunciará la desaparición del vehículo. Tengo que asegurarme de que no puedan rastrearlo.

—¿Y eso es... complicado?

El muchacho sonrío.

—En este caso no.

Colt es consciente de que hoy está sonriendo un montón.

Bueno, enfrentarse a problemas fáciles de resolver es genial.

Abre la puerta y sale al calor.

Cantan los grillos.

A su espalda, en la carretera, oye el rugido de los camiones que circulan en apretados convoyes de bajo consumo por los carriles de autoconducción, pero las montañas de cascotes evitan que los vean. Retrocede unos cuantos pasos y estudia el vehículo.

Eligió este por una razón cuando se le presentó la oportunidad. Funciona impulsado por gasolina.

Los coches eléctricos tienen que estar en constante contacto electrónico con la carretera. Neumáticos conductores, para obtener energía; para que te cobren. Resulta imposible ocultar tu posición si viajas en un coche eléctrico. Ese es uno de los motivos por los que los estados libertarios llevan tanto tiempo oponiéndose a ellos.

Porque con los modelos de gasolina puros, como este...

Desactiva el transmisor-receptor y nadie sabrá dónde estás.

Es perfecto. Silencioso. Invisible.

Además, este coche es tan viejo que ni siquiera nació con transmisor incorporado. Se lo añadieron después, integrado en un módulo que combina un GPS pasivo estándar con un transceptor para informar de la ubicación y el estado del vehículo a las IA estatales y federales, y recibir, a cambio, consejos y alertas sobre las previsiones meteorológicas y las retenciones de tráfico.

Colt levanta el capó.

—Lo encontré.

Está adosado al chasis. Pequeño, negro, discreto.

Lo estudia.

—Rayos.

—¿Qué pasa?

—No sé muy bien cómo hackearlo.

Repasa las opciones del software en su cabeza. Pero ¿cómo acceder a él?

—¿Hackearlo?

Mira que puede llegar a ser tonta a veces su madre.

—Es una unidad sellada.

Naomi se inclina sobre el hombro de Colt. Observa la pequeña caja negra. Arruga el entrecejo.

—¿No basta con conseguir que, no sé..., que deje de funcionar?

—Sí, eso es lo que estoy... ¡Oh! —Colt cae en la cuenta por fin. Se sonroja—. Vale.

Camina hasta una de las pilas de desechos. Encuentra una piedra de buen tamaño que se amolda a la perfección a la palma de su mano.

Regresa junto al coche, se inclina bajo el capó y aporrea el módulo con la piedra hasta que en el chasis no queda más que un amasijo de cables y plástico.

Ah, qué gozada...

Colt tira el pedrusco, se acomoda en el asiento de cuero negro del copiloto, cierra los ojos e intenta silenciar el enjambre de sus pensamientos.

—Mamá —musita—, tú también deberías descansar un rato.

—Pero... si nos están buscando...

—Sería un desperdicio continuar ahora, tan cansados. Cometeríamos errores. La Franja está en llamas, van a peinar la ciudad. Están convencidos de que todavía estamos allí. Una cabezada, nada más, tan solo unos minutos...

Naomi inclina el asiento hacia atrás. Lo intenta.

Incluso con los párpados apretados, el sistema visual de Colt registra los destellos que emiten las neuronas al conectarse y activar otras neuronas.

Naomi extiende la mano, con cautela.

Sus dedos rozan el dorso de la mano de Colt, que la aparta de un respingo, en un movimiento reflejo. Pero vuelve a colocarla en su sitio.

Desliza las yemas de los dedos sobre la piel fría y seca de la palma de la mano de su madre, y le cosquillean como si estuviera liberando una descarga eléctrica sobre ella, conectándose a una toma de tierra.

Naomi cierra la mano sobre sus dedos, y Colt rechaza el impulso de soltarse.

La tormenta que ruga en su cerebro se calma.

Se quedan dormidos con las manos entrelazadas.

Colt es el primero en despertar. Una hora, piensa. He dormido una hora. Eso está bien.

Un descanso profundo, sin sueños. Como estar muerto.

Y ahora su mente, su cerebro, vuelve a la vida. Oh, Dios...

Es como una mañana en hora punta, en una ciudad en pleno auge inmobiliario. Destrucción, creación, confusión. Energía.

Aguarda unos minutos, con los ojos cerrados, para ver si amaina el tumulto que reina dentro de su cabeza.

No es así, pero termina por acostumbrarse poco a poco. Tendrá que bastar.

Bueno, ¿cómo va a hackear el sistema inmunitario?

La vasta mente colectiva de los drones...

Cuanto más tiempo espere, más difícil será. Aprenden deprisa.

Ya han empezado a improvisar.

A invadir otros sistemas.

Las semillas, los rastreadores, originalmente no formaban parte de ello. Formaban parte de la seguridad de la base. Corto alcance.

Impresionante: cuando los drones perdieron nuestro patrón visual, modificaron su conducta. Se dividieron, volando bajo; se acercaron a la distancia necesaria para encontrarnos con los dispositivos Bluetooth. ¡Bluetooth! Una tecnología antediluviana...

Respira hondo.

Se da golpecitos en las rodillas, siguiendo una cadencia relajante. Un compás de cinco por cuatro. Como el jazz del abuelo. Como aquel viejo disco de vinilo que mamá ponía a veces y siempre terminaba llorando, aunque la canción fuese alegre.

Take Five.

Colt reconecta su casco con el mundo y se pone manos a la obra.

Podría diseñarse una identidad nueva, hiperencriptada. El problema es que la hiperencriptación es un imán para los problemas.

De modo que utiliza un sistema de encriptado corriente, que sabe que descifrarán y leerán de forma automática.

La identidad online de un Joe inexistente que craqueó años atrás. El tipo que finge ser hasta responde al nombre de Joe. Utiliza las mismas herramientas de pacotilla, transparentes y vulnerables, que usaría cualquiera.

Pueden ver todo lo que hace. Pueden ver más allá de él, incluso. Por lo tanto, es como si no estuvieran viéndolo en absoluto.

Lo han asesinado. Ahora es un fantasma.

Yyyyy... acción.

Se cuela en un programa de la Agencia de Seguridad Interior que había hackeado el año anterior uno de los críos rusos que estaban trabajando en el juego. Se forja otra identidad, en esta ocasión de técnico de confianza.

En algún silo de documentos de solo lectura deben de guardar a buen recaudo los datos confidenciales de sus técnicos.

Los encuentra. Lee las especificaciones.

Ay, la leche.

Seguramente habría sido capaz de colarse en el sistema inmunitario aun sin el cerebro mejorado. Todavía está incompleto. Los codificadores se han dejado un montón de puertas traseras abiertas.

Entrar no va a suponerle ningún problema.

Lo difícil será eliminarlo.

Es una red neuronal drásticamente descentralizada.

Circunvala los daños.

Carece de botón de apagado.

Y todos los drones se comunican constantemente entre sí.

Se espían unos a otros. Maldición. Así hackearlos va a ser complicado.

No hay ninguna base central, porque una base puede neutralizarse, se puede poner en peligro. Son los propios drones los que dirigen toda la arquitectura de la información para el sistema inmunitario.

Hmm, flexible, no rígido. Todo volumen libre en los drones se asigna a alguna tarea, cribando la información en bruto que obtienen a través de sus sensores, filtrándola, condensándola; ejecutando el reconocimiento de patrones, prediciendo el movimiento de su objetivo...

Ay, porras, está diseñado para ser impirateable. Gran parte de lo que debería ser software es hardware.

El conjunto es esa extraña mezcla de tecnología punta y bochornoso desfase que caracteriza al ejército y el gobierno.

Continúa escarbando, averiguando todo cuanto puede. Al terminar, se llena los pulmones de aire.

Vale, no puede hackear la mente de la nube de drones, la inteligencia del enjambre en sí, pero nada le impide ver dónde se ha posado ese enjambre. Dónde se comunica con el mundo electrónico corriente y moliente. Las acciones son pensamientos; los pensamientos, acciones. Puede extrapolar lo

que piensan a partir de lo que hacen y de dónde lo hacen.

El enjambre se vale de las torres de telefonía móvil y las redes wi-fi locales. Repetidores de fibra.

Y puesto que las agencias de vigilancia han instalado puertas traseras en muchos de estos sistemas civiles, también Colt puede acceder a ellos.

Profundiza un poco más.

Rastrea los metadatos de las redes de telefonía y los analiza, como haría la Agencia de Seguridad Interior. Utiliza incluso algunos de sus códigos para ello, códigos que le ha robado a su padre; reconoce que es un movimiento tan descarado como arriesgado, pero es más rápido que escribir los suyos...

Oh, oh.

El sistema inmunitario se ha vuelto loco.

Colt y Naomi han sido catapultados del naranja al rojo.

Y el sistema no cree que estén muertos.

Su madre se rebulle en el asiento.

Ha debido de decir algo en voz alta.

—Tenemos que irnos, mamá. Nos tenemos que ir ahora mismo.

—Mmmm —aún no se ha despertado del todo, pero tantea en busca del cinturón de seguridad, se lo abrocha. Se queda sentada un momento, dejando que se despeje la bruma de su cabeza. Enciende el motor.

Mientras se pone también el cinturón, Colt se sopla en la mano; el aire produce una nota discordante, incongruente, contra el pequeño agujero que presenta el extremo expuesto de un hueso. Hace una mueca.

—¿Qué ocurre? —pregunta Naomi, alerta de golpe a pesar del cansancio.

—Tengo la mano caliente.

Ay, Dios bendito, piensa ella. ¿Infección?

Extiende el brazo, le coge la mano derecha, se la pega a la cara.

Santo cielo. Mira lo rápido que se está curando.

El disparo, no obstante, destrozó demasiada carne como para que la reparación sea completa. Pero ya hay piel nueva cerrando los bordes del orificio. Reprime el impulso de besarlo. Reconocimiento de patrones, piensa; una activación automática de las neuronas asociada al hecho de agarrar su mano y acercársela al rostro.

Hubo un tiempo en el que intentaba sanarlo con besos cada vez que se lastimaba, igual que hacía su madre con ella. Ortigas, espinas, picaduras, quemaduras... Pero a él no le gustaban los besos, el contacto.

—¿Mamá?

Ella parpadea.

—Creo... —esto va demasiado deprisa, no creo que se trate de una infección—. Me parece que las zonas nuevas de tu cerebro deben de estar... regenerando los otros tejidos, de alguna manera. Vuelves a tener fiebre, como la primera vez que te transformaste.

Está evolucionando por dentro.

—¿Qué?

Naomi se da cuenta de que ha hablado en voz alta.

—Mmmm. Nada. Estaba pensando.

Reanudan la marcha. Sin transmisor. Sin teléfono. Sin identificación electrónica. Nadie conoce su paradero.

Está tan cansada que su mente comienza paulatinamente a deshacerse de cualquier pensamiento.

No piensa en nada.

Y de improviso, una idea que parece provenir de fuera de ella. De fuera del mundo.

«Esto ya ha sucedido antes, no una sola vez, sino muchas.»

En un instante tan diáfano e impactante que cabría calificarlo de revelación, Naomi sabe que lo que dice esa voz es verdad.

Buda.

Confucio.

Jesucristo.

Mahoma.

Cuarenta días en el desierto. Cuarenta días bajo un árbol.

Purgándose.

Orando.

Deshidratándose.

Meditando.

Purificando el cuerpo.

Purificando la mente.

Y, al fin, un estado de crisálida.

Después de tres días con sus noches, renacimiento.

Transformación.

El cuerpo se sana a sí mismo. La mente se sana a sí misma. Si mueres, como Jesús, puedes repararte solo.

Santo cielo... La ciencia podría producir Jesucristos en masa.

Una nueva variedad de ser humano. Pero algo parecido ha ocurrido ya antes, por accidente, esporádicamente, de alguna manera. ¿Una mutación? ¿Una infección? Generando, en mitad del ciclo vital, neuronas nuevas, nuevas conexiones... ¿Se dará tan solo en varones? Jesucristo, Buda, Confucio... ¿Podría ser hereditaria la mutación? Aunque ellos no tuvieron descendencia.

Y los hijos de Mahoma murieron siendo aún muy pequeños...

Su mente es un caos, está agotada, lo sabe. Pero no cree que se equivoque.

Todas esas veces aquello perturbó el mundo, estuvo a punto de cambiarlo todo, pero quizá fuera aún un poquito demasiado pronto, no se daban las condiciones adecuadas. Eran como mariposas despertando en invierno.

Esto va a tener lugar en todos los rincones del mundo. Pronto.

Una oleada de Jesucristos. De Mahomas. De Budas.

¿Qué ocurrirá cuando todos seamos el mesías?

¿Se puede concebir siquiera semejante idea?

Nada.

Sigue conduciendo.

—Este coche es una pasada —dice Naomi, al cabo de un rato.

—Mmmm —Colt aún no está mentalmente presente. Naomi estira el brazo y le acaricia el hombro—. ¿Mmmm?

—Vamos a llegar enseguida. Y si están vigilando la casa, nos descubrirán.

—Mmmm, sí, ya lo sé. Estoy trabajando en ello. Reduce un poco.

Naomi reduce un poco la velocidad.

Colt calcula exactamente cuánto tiempo le va a llevar esto.

Y cuánto tiempo tardarán en llegar a casa.

—Más despacio.

¿Más despacio? Naomi resopla.

—¿Y si diera un rodeo por las colinas —pregunta— y llegara a casa desde el otro lado, por Penwick? Seguro que no se lo esperan.

—Sí, vale. Aunque, ¿no estaríamos dando mucha...?

Naomi apoya el pie en el acelerador, con delicadeza, y presiona.

—Caray —dice Colt.

Acaban de cruzar la demarcación del condado de Lincoln, donde no hay policías, ni radares, ni cámaras, Dios bendiga el libertario corazón de sus

convecinos.

Llegó a haber cámaras alguna vez, brevemente, pero los habitantes del lugar se las cargaron a balazos. Alegaron que las habían confundido con liebres. El juez de la zona decidió hacer la vista gorda.

Así que, desierto. Carreteras rectas. Curvas amplias. La tierra del Correcaminos.

—Vale —dice Colt.

Naomi ni siquiera se fija en el cielo. Sabe que no los están observando, lo presiente. Y es una sensación agradable.

Los drones no son lo único que se han sacudido de encima.

Dios, piensa, llevan observándome toda la vida.

Mi padre, mi madre, los niños en la escuela, todos aquellos estudiantes juzgándome, los técnicos del laboratorio, los compañeros de trabajo, Ryan, la poli, Dios, Donnie, la Agencia de Seguridad Nacional, la Agencia de Seguridad Interior.

Todos esos observadores en mi cabeza por fin se han tomado un tiempo de permiso. No, mejor aún: me he librado de ellos.

Vale. Hay que llegar a casa. A ver si...

Termina de trazar una curva y pisa a fondo el acelerador. Colt y ella se hunden en los respaldos de cuero negro.

Demasiada velocidad.

Levanta el pie en un acto reflejo, lo aparta del acelerador y el coche aminora, el rugido del motor disminuye hasta quedar reducido a un tímido murmullo.

«Tímido.»

Se le humedecen los ojos. Se le empaña la vista.

«A la mierda.»

El coche vuelve a rugir cuando Naomi pisa de nuevo el acelerador con todas sus fuerzas.

nosotros que con la naturaleza. El entendimiento humano es con respecto a las cosas como un espejo infiel, que, recibiendo sus rayos, mezcla su propia naturaleza a la de ellos, y de esta suerte los desvía y corrompe.

FRANCIS BACON, *Novum organum*

Aparcan a los pies de la colina, donde no se les ve desde la casa.

Ahora, Colt solo necesita averiguar si la están vigilando. Y, si es así, qué la vigila...

Sencillo.

Lo que no resulta tan sencillo es ver si te observan sin que observen que lo ves...

Vale, piensa Colt. Puede sacarles información a las antenas de telefonía móvil.

Dios bendiga al gobierno. Llevan tanto tiempo inutilizando códigos e instalando puertas traseras de hardware que la mayor parte de la infraestructura de comunicaciones se compone de fallos de seguridad y puertas abiertas...

Colt usa una clave de seguridad nacional para hacerse con el control manual, algo que se reservaba para una emergencia, y lo abre todo.

Las antenas le dicen quién ha estado mandándoles pings.

Vale, hay un dron vigilando la propiedad.

No, dos.

Uno está cargándose...

No puede hackearlos. Me cago en...

Espera; Naomi se los describió.

Son los cuervos que la acompañaron a la base.

Los drones personales de Ryan.

Demasiado pequeños para hacer análisis de datos en serio o procesar amenazas.

No son más que ojos para la nube de drones.

No puede meterse en los paquetes de datos que envían los drones vigías, pero no necesita descifrar los paquetes. Sabe lo que hay en ellos, por el tamaño y la velocidad de envío: imágenes de alta definición en directo.

Los ojos están diciendo: «Esto es lo que vemos. ¿Qué debemos hacer?».

Y la nube de drones, el cerebro, responde: «Lo que veis está bien. No hagáis nada. Seguid observando».

Así que vamos a intentar que sigan así.

Y después..., ¿y si intercepto la señal en ruta y la sustituyo?

No pueden transmitir todos esos datos a tanta distancia sin ayuda. No tienen ni la potencia ni el alcance necesarios.

Entonces, ¿cómo...?

¿Qué ruta sigue la señal...?

Colt mira de un horizonte al otro, y su casco le dibuja la infraestructura de comunicaciones; la superpone al paisaje con un código de colores. Fibra soterrada, tendido aéreo, torres.

Ah, perfecto. Se apoderan de las torres de repetición locales..., guay.

Control manual sigiloso.

Y el único repetidor local lo bastante fuerte es el mío. En la colina detrás de la casa. Maldita sea, lo fabriqué yo. Mi soldador y mis circuitos. Y le di una dirección de telecomunicaciones local para no meterme en líos y que se uniera sin problemas a las redes locales. Así que no pueden saber que es mío.

Tío, y sé exactamente con qué sustituir sus imágenes.

Colt entra en el juego.

Introduce los pings de ubicación de la FAA de los drones en el código de integración del juego.

En vez de generar una imagen en directo de su casa y la zona circundante a partir de la posición del casco de Colt, el código genera una imagen en directo de las posiciones de los drones.

El chico examina la imagen con aire crítico.

Hmmm...

Echa mano de un bloque de código de Sasha; ajusta la luz. Le aporta realismo.

Con mucha precaución, introduce las imágenes en vivo en la estación de repetición y las envía al cerebro de los drones para sustituir las señales que captan sus ojos...

Ese paso es lo más complicado. El punto en el que la nube podría detectarlo; percatarse de que han accedido a ella.

Matarlos a mamá y a él.

Suelta aire cuando termina.

—Vaaa... le. Terminé.

Naomi ha estado examinando su rostro, viendo cómo se contraía, ensombrecía o sonreía; sus ideas y acciones lo recorrían como una ola, como ráfagas de viento agitando un lago.

—Entonces... —responde ella—, ¿qué hacemos ahora?

Colt mira hacia lo alto de la colina y se imagina la casa del otro lado. Los drones que la observan.

—Ahora hay que averiguar si ha funcionado.

—¿Tenemos que disfrazarnos o...?

—No —dice Colt, y a Naomi la tranquiliza su rotundidad—. No serviría de nada —se encoge de hombros—. O funciona o no funciona.

Vale, eso no es tan tranquilizador.

—¿Seguro que los drones no nos pueden ver?

—Ah, sí que nos verán. Los ojos nos registrarán y enviarán la señal al cerebro... Pero si lo he hecho todo bien, la imagen no llegará hasta allí.

Colt repasa de nuevo en su mente el código de interceptación. Debería servir. Debería.

Naomi sigue con el ceño fruncido. Se retuerce el hilo rojo que lleva en la muñeca.

Di algo. Tranquilízala.

—El sistema inmunitario... Su cerebro verá una imagen de la casa en el mundo lúdico. Mi imagen. Sin gente. Ni movimiento. Nada que lo active. Solo... el clima. Arbustos que se mueven con la brisa.

Naomi levanta la vista hacia el cielo azul sin nubes que cubre la cresta.

Sigue con el ceño fruncido.

Caminan en silencio, con precaución, por la carretera ascendente en dirección a la casa.

El primer cuervo se eleva en el aire sobre ellos y vuela en círculos por una corriente térmica, un punto en el cielo azul.

Al llegar a la cima, Colt mira a su alrededor en busca del segundo cuervo.

Nada.

Recorre con la mirada el cable de alta tensión que sube y pasa por encima de la cresta rojo óxido más allá de la casa. El viejo cable cuelga flojo entre las dos torres herrumbrosas.

Ahí.

El dron está apoyado en el punto más bajo del cable.

Sin embargo, ahí no hay ninguna estación de carga. No hay ninguna en todo el viejo cable... Ah.

Colt ve el fino pincho azul cobalto a través del que se alimenta el dron, como la afilada trompa de un mosquito, insertado en el aislante, dentro del cable de alta tensión.

Se alimenta en estado salvaje.

Los está mirando. Tiene un ojo abierto.

Pero su cerebro, en algún lugar en lo alto del cielo azul, no ve nada.

Caminan con cautela hacia la casa, bajo la mirada ciega de los cuervos.

Al acercarse a la puerta, Colt se detiene.

—Espera —susurra, y alarga una mano para impedirle el paso a Naomi.

Comprueba el sistema de seguridad.

Oh, no.

El sistema inmunitario se ha apoderado de todos los dispositivos electrónicos del interior de la casa.

Por supuesto. Por supuesto. Está leyendo los datos de todos los sensores. El sistema de alarmas interno, el frigorífico, las luces, el agua, el ocio, el aire acondicionado...

De haber dado un paso más, Naomi habría disparado el cierre de la puerta; lo habría disparado todo.

Colt deja escapar el aire, una ráfaga sorprendentemente ruidosa de aire. A su lado, Naomi da un brinco involuntario.

Vale, no puede desconectar los sensores sin más; si todos los sensores de la casa se pararan de repente, sería tan sospechoso como si dijeran: «Eh, han llegado y están de fiesta».

Colt agarra la mano de Naomi y retrocede hacia la suave sombra de los arbustos de sen para apartarse de la puerta.

—Lo siento, mamá. Dame un minuto...

Hackea algunos flujos de datos falsos para los sensores, que muestran una casa en silencio y vacía, sin movimiento. No pasa nada.

Debería bastar con el equivalente a un día...

Cuando termina, sustituye con muchísimo cuidado la transmisión en directo y real desde la casa por los falsos flujos de datos. Los envía al sistema inmunitario a través de su torre de repetición.

—Vale, ahora sí —le dice a Naomi—. Vamos.

Naomi camina muy tiesa hasta la puerta, con piernas nerviosas, al lado de Colt.

Clic.

Activa la puerta principal.

Se abre.

Se alejan de los drones ciegos de fuera para entrar en la casa ciega.

113

Naomi va a su habitación para quitarse el traje de novia mientras Colt va a la suya y lo enciende todo. Primero, el generador; después, los servidores. No puede sacar electricidad de la red; un repunte de potencia en su casa alertaría a partes remotas del receloso sistema inmunitario que los vigila.

Lo que hace es sacar la electricidad de los paneles solares que instaló en la cresta.

Aire acondicionado a tope. Va a hacer calor. Está pasando todo a control manual.

Naomi entra en el cuarto de su hijo con ropa de trabajo, intentando adaptar al bolsillo algo que parece pesado, de modo que la chaqueta de seda cuelgue de la forma correcta.

—Voy a por mi investigación —dice. Colt le ordena a su visor que se vuelva transparente y pone cara de curiosidad. Ella pone cara de «no te preocupes»—. No puedo permitir que Ryan la use.

Ah, sí. Tiene que ir físicamente y sacarla de las enormes cajas fuertes ignífugas de su despacho. Desconectadas, con aislamiento físico, seguras... Colt frunce el ceño.

—Pero Donnie trabaja para papá. Si Donnie está en el laboratorio...

—Lo sé, necesito tu ayuda. Hoy debería estar cerrado, pero...

—Ya, miraré si está allí.

Ja. El localizador pasivo que Colt escondió en el Lexus de Donnie todavía funciona. Y ha estado enviando los datos de los movimientos del coche a un servidor de la casa. Colt ni siquiera tiene que arriesgarse a salir a buscar la información...

—Su coche está en Pahrump... Sí, aparcado en la puerta del burdel. Creo que no te pasará nada.

—Estupendo.

Hace ademán de irse, pero Colt no ha terminado.

—Aun así, no es seguro que vayas.

—Colt, tampoco es seguro que me quede.

—Bueno...

Cierto.

—Es el trabajo de toda mi vida, Colt. Imagina que tu padre se llevara las únicas copias de todo lo que has hecho y las borrara. O que las usara para matar gente.

Obediente, se lo imagina. Oh. Oh, vaya. Se marea un poco.

—Vale —dice—. Lo entiendo... Te daré mis códigos de control manual, para el laboratorio y para tu despacho. Por si han cancelado tu acceso.

Ella mueve los labios para decir que él no debería tener un código de control manual de su despacho, pero de inmediato se percata de lo absurdo que sería eso. Acaba por sonreír y dice:

—Gracias.

Entonces, a Colt se le ocurre otra cosa.

—Mamá, si vas al laboratorio..., necesito más servidores aquí, bajo mi control.

—¿Más servidores? —pregunta ella, señalando el equipo que atiborra su habitación.

—¡Sí!

—Pero tienes todas esas cosas en la nube...

—Me desconectarán de mi red distribuida en cuanto sepan lo que estoy haciendo. Necesito trabajar mucho en el entorno local.

—Ah —Naomi se lo piensa; asiente—. Podría hacerme con alguno de los servidores nuevos del laboratorio 2. Hemos actualizado todo, son bastante potentes.

—Sí. Perfecto. Hazlo. Y trae todos los cables que encuentres. Quiero conexiones físicas. Son más seguras que las inalámbricas.

—Vale.

—Ah, y necesito un acelerante biológico. Para ayudar a las neuronas a establecer conexiones más deprisa.

—Vale. ¿StemStim B7? Está optimizado para acelerar el crecimiento de las neuronas de la *Drosophila*.

—Perfecto.

Naomi sonríe.

—Bien. Shannon hizo el último pedido después de comerse un par de galletas de marihuana de Audrey a mediodía. Se equivocó en un punto decimal. El laboratorio tiene varios frigos llenos —se dirige a la puerta.

—Espera —dice Colt, y se le ocurre a la vez que a su madre.

—El laboratorio estará bajo vigilancia —dice ella—. Aunque no est  Donnie. Sobre todo si no est  Donnie.

—S . Seguro —lo comprueba, revisa los metadatos de las estaciones base locales en busca de anomalías, en busca de drones—. Sí. Hay un dron de observación sobre tu laboratorio.

Naomi mira por la ventana, por encima del desierto, como si pudiera ver el laboratorio desde allí, como si pudiera ver el dron.

— Te puedes encargar de él?

—Bueno, no se está comunicando a través de mi estación de repetición, así que no puedo cegarlo directamente. Pero creo que podrá...

Averigua de qué modelo de dron debe de tratarse. Lo medita.

— Ja! —dice—. Sí. Tiene unas características técnicas ligeramente distintas a los dos drones que vigilan la casa.

— Distintas? —eso no la tranquiliza—.  Te refieres a misiles?

—No, solo observación. Pero se trata de un Gorgon de nueva generación; tiene un ángulo más amplio y más cámaras. Así que, si simulo una acción sospechosa en el límite del campo visual de nuestros chicos... —Colt genera una nube de humo en la imagen del mundo lúdico que los dos cuervos envían al cerebro de los drones. Y ahora otro penacho de humo que procede del exterior del campo visual de los drones—. No tardarán en ver el humo... Es como lanzar una roca a los arbustos para distraer a un perro...

Ella se asombra de que realice comparaciones, de que se lo explique con respeto; de que sea consciente de la mente de su madre, de sus necesidades.

Colt examina los datos en busca de una reacción.

—Los protocolos del sistema deberían...  S ! Está enviando al dron de tu laboratorio a investigar, porque es el que est  más cerca. Puedo cegarlo en cuanto se conecte a mi repetidor

—Entonces,  est s seguro de que no habrá nadie observando el laboratorio?

—Lo relevará uno de nuestros drones —Colt señala la ventana. El dron del cable eléctrico ya se aleja, camino del laboratorio—. Pero a este puedo mantenerlo ciego. No pasará nada, mamá. Yo cuidar  de ti.

—Gracias, Colt —responde ella, sonriendo—. Pero me llevaré también esto, por si acaso.

Naomi mete la mano en el bolsillo combado de la chaqueta de seda y tira con pudor de algo. Le muestra la culata rechoncha de la Beretta que le dejó Ryan.

Colt mira fijamente a su madre.

—Sí, lo sé. Sigue los pasos de Cristo —Naomi se encoge de hombros—. Mira, Jesucristo no tenía a Donnie de jefe. Y te aseguro que no se casó con tu padre.

—Mamá...

—No la usaré. Pero quizá tenga que apuntar con ella a alguien.

—¿Está cargada?

—Tendré cuidado —responde ella mientras se da unas palmaditas en el otro bolsillo—. Pero no puedo permitir que tu padre se quede esos datos.

Se miran a los ojos; ella se maravilla de que estén mirándose a los ojos. Pasa un segundo. Pasan dos. Tres.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—Tengo que trabajar.

Colt oscurece el visor y le da la espalda.

Ella hace una mueca. Después esboza una sonrisa irónica, muy irónica.

Se va a por el coche.

Las criaturas biológicas pueden estar en conflicto. El término conflicto no podría ser acertadamente aplicado a una entidad que posee un único programa.

DAVID EAGLEMAN, *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*

Naomi conduce deprisa hacia el laboratorio, sin dejar de mirar al cielo, y se pregunta dónde estarán ahora los ojos ciegos. Al doblar la última esquina, al pie de la colina, nota que el coche se abre demasiado, así que corrige la

trayectoria más de lo normal hacia la derecha.

La rueda delantera derecha del BMW se aleja de la dura superficie negra de alta adherencia para hundirse en la grava, y el coche derrapa a lo loco mientras ella intenta volver a la carretera solar.

Se oye un ruido como de metralleta.

Mierda.

La grava rebota en los bajos del coche, bajo sus pies.

Un olor caliente, a polvo, le llega a través del aire acondicionado.

Sale de la curva casi sin control, con los neumáticos revolucionados. En cuanto se agarran de nuevo a la carretera, pisa el acelerador a fondo.

Naomi sigue riéndose al entrar en el aparcamiento vacío. Gira el coche y lo deja atravesado justo frente a la puerta principal.

9. Ojalá tuviera un río por el que alejarme patinando

Esta desesperación sobre el amor se une a un cinismo despiadado que mira con malos ojos cualquier insinuación de que el amor sea tan importante como el trabajo, tan esencial para nuestra supervivencia como nación como el impulso de alcanzar el éxito.

BELL HOOKS, *Todo sobre el amor*

Cuando la vida se encendía, en el deseo o en la aflicción, o incluso en la reflexión, los héroes homéricos sabían que un dios les movía. Lo sufrían y lo observaban, pero lo que ocurría también era una sorpresa para ellos.

ROBERTO CALASSO, *Las bodas de Cadmo y Harmonía*

*¿Qué sería un océano sin un monstruo que acechara en la oscuridad?
Como un sueño sin sueños.*

WERNER HERZOG

Recorre los laboratorios vacíos de camino a su despacho. Se detiene para examinar una pila de los Banyan que necesita Colt, arrinconados en un estante; un montón de servidores de alta seguridad, blindados.

Hmm, ¿puedo llevármelos? ¿Y si están atornillados?

Los examina. No hay tornillos. Bien. Mete la mano en el hueco detrás de los estantes y tira de un cable. De otro.

Qué curioso que la seguridad esté haciendo retroceder a la tecnología, alejándola de un futuro ingrávido e inalámbrico.

De vuelta a los cables.

A las hojas de papel.

A la aldea defendible.

Los cables dejan escapar un satisfactorio ruido de succión y un clic al salir de sus apretados enchufes en las traseras de los servidores.

—Naomi.

Se vuelve.

—Ah, Donnie.

Él se tambalea un poco y tiene los ojos inyectados en sangre.

Borracho, piensa ella, aunque no lo bastante.

Y lleva una pistola de alguna clase.

Genial, lo que me faltaba hoy: un idiota armado.

Todos los hombres de mi vida me amenazan con un arma.

Lo mira con cautela. No está en forma, pero sigue siendo grande y musculoso; sigue pesando el doble que ella.

Con la mano izquierda, la que tiene libre, Donnie intenta ajustarse las correas de la pistolera de cuero que cuelga bajo su axila izquierda. Parece apretarle mucho y la lleva demasiado alta. Como un sujetador incómodo, piensa Naomi. Está claro que sigue eligiendo él mismo su ropa. Pistolera de cuero marrón y botas de cuero negro, con pantalones de color orín y camisa morada... Distráida, en uno de esos pensamientos extraños y aleatorios inducidos por el estrés, se pregunta si será daltónico.

—Ah, Naomi... —pone su cara falsa de «estoy muy triste y decepcionado contigo». Vuelve la cabeza una fracción de segundo y habla con alguien que ella no ve—. Está aquí. En el laboratorio 2 —con alguien que no está allí.

Ryan. Donnie está hablando con Ryan. Mierda... Pero, por su expresión, parece que no hay respuesta... Vale, estaba dejándole un mensaje. Pero ¿por qué? ¿Cómo? ¿Está...?

—Se suponía que estabas en Pahrump...

Se arrepiente de inmediato. Ahora sabrá que lo pueden rastrear.

Pero él sonríe sin inmutarse.

—Sí, Colt me puso un dispositivo de seguimiento en el coche. Un chico listo. Lo encontramos. Quizá nosotros seamos un poco más listos. Dejamos el rastreador donde estaba.

El muy cabrón no puede evitar presumir. Intentar demostrar que es superior a mí.

A Donnie se le ensancha la sonrisa.

—En Pahrump hay un tipo con mi coche, pasándoselo bien a mi costa...

Mantenlo contento. Dale falsas esperanzas. Hazte la tonta.

—¿Por qué?

—Venga... Porque queríamos que pensaras que el laboratorio estaba vacío.

Con la mano izquierda, se saca del bolsillo de los pantalones un pequeño cubo de datos naranja chillón, resistente al fuego y a los golpes. Lo sostiene en alto para que Naomi lo reconozca.

—¿Has abierto mis cajas fuertes de datos? ¡Donnie!

—No te preocupes, no hemos leído tus preciados datos —sigue sonriendo, aunque se le agría la sonrisa—. Lo hemos intentado. Muy buena encriptación. Colt, ¿no?

Naomi no responde, pero sí, Colt configuró sus rutinas de encriptación. Son terriblemente buenas. Se divirtió mucho con ellas. Fue un poco exagerado.

—Ryan supuso que la forma más fácil de descifrar los datos... era obligarte a que lo hicieras tú.

La mente de Naomi se acelera para conectar todos los puntos.

—Así que el dron de observación se fue... —dice.

—Porque dejamos que se fuera. Porque significaba que venías.

—Una trampa.

—Desapareciste —responde Donnie, encogiéndose de hombros—. ¿Dónde era más probable que aparecieras de nuevo? O en tu casa o aquí —parece un

poco distraído. Le mira los pechos. Puaj—. Me sorprendió que no fueras primero a casa. Me has pillado un poco por sorpresa... —más centrado, añade—: ¿Dónde está Colt?

Naomi no dice nada. Mantiene su cara de póquer.

No saben que hemos cegado a los cuervos. No saben que Colt está en casa. Gracias a Dios.

—¿Dónde está Colt?

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Es mi trabajo.

—¿Espiar para Ryan? —le pregunta Naomi. Mueve el servidor que lleva a cuestas, como si pesara, para protegerse el pecho de su mirada—. Menudo trabajo.

Donnie frunce el ceño.

—Informo sobre ti, como me obliga a hacer mi contrato.

Ah, así que no le gusta que lo llamen espía.

—Espía —dice Naomi.

Desplaza de nuevo el peso del servidor, se lo apoya en la cadera para liberar la mano derecha. Busca la pistola en el bolsillo; aprovecha que la caja metálica oculta sus torpes movimientos. Sin embargo, en cuanto quita el seguro, Donnie oye el suave chasquido y sabe lo que intenta hacer.

Puede que esté borracho, pero, como le dice a todo el mundo al menos una vez por semana, creció en el Big Bend, en el sur de Texas, con un padre que patrullaba la frontera con México. Le regalaron su primera pistola a los diez años. Se pasó un par de años en el ejército. Para él, forma parte de su memoria muscular; ni siquiera piensa, se limita a disparar.

La bala penetra en el servidor que sujeta Naomi con un tremendo y confuso golpe metálico que se mezcla con el fuerte estallido del disparo; el impacto le empuja el servidor contra las costillas.

Por un momento, los dos se quedan paralizados, conmocionados por el ruido, por el desgarró que el tiro ha abierto en su realidad cotidiana.

Ella mira hacia abajo para ver si está herida, pero el servidor no tiene orificio de salida. No hay más que unas pocas abolladuras convexas y protuberancias, en las zonas en que los fragmentos del interior se han estrellado contra la pared del dispositivo. La bala debe de haber golpeado un disipador de calor, la fuente de alimentación o cualquier otra pieza grande de metal, y se ha desintegrado dentro.

—Joder —dice Donnie, y examina su arma; Naomi no sabe si está enfadado consigo mismo por disparar o por fallar.

—No puedo descifrar nada si me matas, idiota.

—Ajá —su rostro se contrae al oír la palabra «idiota»—. Bueno, quizá eso no me importe tanto como a Ryan.

Levanta de nuevo la pistola.

Naomi tira de la suya, pero la mira trasera se engancha en el forro del bolsillo de la chaqueta, y su dedo resbala y aterriza con fuerza en el gatillo.

Clic.

Donnie se ríe.

Se le ha olvidado cargarla. Está vacía.

Las balas siguen en su caja, en el otro bolsillo de la chaqueta de seda.

Así que aquí estamos, piensa Naomi: dos idiotas armados.

Le lanza el servidor roto a Donnie con todas sus fuerzas y corre hacia su despacho.

Cierra de un portazo al entrar.

Cierra con llave, con una llave metálica.

Echa el pestillo.

La maravillosa seguridad física de toda la vida.

La puerta se estremece cuando Donnie se abalanza sobre ella con el hombro. Un instante de silencio, antes de oírlo maldecir por lo bajo.

—¿Hola? ¿Hola?

El idiota ha roto su comunicador. Así que ya no hay teléfono ni nada. Bien. Y es una puerta contra incendios de la mejor calidad, grande y pesada. No está tan en forma como para romper eso.

Naomi da un paso atrás antes incluso de registrar en su conciencia el sonido nítido y potente del disparo.

Otro.

Otro.

Las tres balas dejan unos agujeros perfectos y sorprendentemente pequeños en la puerta, y cada uno de ellos escupe una nubecilla formada por las partículas de fibra de vidrio que componen la capa de aislamiento.

La primera bala se estrella en un banco de laboratorio.

La segunda lanza por el suelo el pequeño cubo de basura que hay debajo.

La tercera arranca una larga astilla del suelo de madera.

Las partículas de fibra de vidrio flotan en el aire, centelleantes.

Si me mata..., ¿quién cuidará de Colt?

No; si me mata..., después matará a Colt.

Las reglas han cambiado.

Se deja caer en el suelo, a un lado de la puerta, y desengancha la pistola del forro del bolsillo. Saca el cargador. Busca la pesada caja medio llena de munición en el otro bolsillo. Extrae una bala de la caja. A sus sentidos intensificados por la adrenalina les parece más real de la cuenta, viva. La envoltura de latón y el plomo revestido de cuproníquel brillan como una joya en su mano temblorosa. Una manufactura preciosa, una diminuta escultura minimalista. Introduce el hermoso objeto en el cargador.

No encaja.

Lo intenta de nuevo.

Es demasiado ancha para ese cargador tan estrecho. Mira de nuevo los números estampados en el lateral de la Beretta.

9 milímetros.

Mira la caja. Sí, dice 9 milímetros, pero...

Le da la vuelta al cargador. En la base de latón dice 45 AUTO.

Del sistema imperial al métrico; es una científica, lo hace continuamente, venga, céntrate...

Calibre 45. Eso es... 11,43 milímetros.

Demasiado grande.

Son para otra pistola. La de Ryan.

Nunca lo ha comprobado. Ryan debe de haber estado reutilizando una caja antigua.

Se queda mirando la pistola que tiene en la mano.

Sin munición.

Podría fingir...

No funcionaría. Si sale empuñando un arma descargada, Donnie disparará.

Por un momento le da miedo el silencio. ¿Seguirá en el pasillo? ¿O estará a punto de aparecer en la puerta? Se vuelve en busca de movimiento en las ventanas. Nada. Ah, quizá..., pero por supuesto las ventanas no se abren. Unidad sellada. Riesgo de patógenos.

Oye un arañazo, un «mierda» mascullado al otro lado de la puerta.

Gracias a Dios. Ni siquiera se le ha ocurrido dar la vuelta por fuera...

A lo mejor puedo romper las ventanas... ¿Es muy fuerte el cristal? Sí, es de uso industrial, a prueba de ataques terroristas. E incluso si fuera capaz de

romperlo, la oiría. Lleva tiempo romper un cristal reforzado. El suficiente para que Donnie dé la vuelta y me dispare desde fuera cuando salga.

Y si me mata, matará después a Colt. Jesús bendito... «Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...»

Sacude la cabeza. No hay tiempo para eso...

No. No ha parado por eso.

Ha parado porque algo se está removiendo dentro de ella al pensar en que ese hombre pueda intentar matar a su hijo. Matarla. Algo antiguo se despierta. Tan antiguo como la religión. Más antiguo. Y, ahora, lo ve todo muy claro.

Vale, no tiene balas. No tiene pistola. ¿Qué puede usar?

Su padre solía decir que siempre hay una solución al alcance de la mano...

Su padre, que no está en el cielo.

Naomi se levanta y se acerca a su escritorio.

Abre por completo los cajones, sin hacer ruido.

Post-its, cinta de embalar, grapadora, un minúsculo volquete de juguete que Colt adoraba, clips, monedas extranjeras, sobres, bolígrafos, un lío de cosas...

Ajá. Aquí está.

La jeringa llena de cloruro de potasio. Con el cilindro bien relleno. El triple de la dosis letal para su peso. Más que suficiente para Donnie.

Que dispara otra vez.

Otra vez.

Está disparando a la cerradura.

Esto es completamente absurdo. Una jeringuilla contra una pistola.

Quizá si se la pega a la nuca o al dorso de la mano. Se acerca y...

No, olvidó comprobar que iba armada hace dos minutos y casi acaba muerto. Hasta los idiotas aprenden de sus errores cuando les pueden costar la vida. No lo engañará dos veces.

Desde detrás de la puerta, otro disparo a quemarropa, aunque esta vez la bala acierta en algo metálico (el marco de la puerta quizá, o la parte más voluminosa del cerrojo en sí) y Naomi oye que rebota de lado y sale volando por el pasillo.

—Mieeerdaaa —dice Donnie, demasiado cerca, al otro lado de la puerta.

Debe de haberla esquivado por los pelos.

Naomi sostiene la jeringa en alto, entre el índice y el pulgar. Podría lanzársela como un dardo... Pero es una jeringa de seguridad, diseñada para

no inyectarse con demasiada facilidad, para evitar accidentes. Es necesario empujar con fuerza el émbolo hasta el fondo. Además, si la lanza, seguro que le da en un músculo o en grasa. No sirve. Necesita guiarla, encontrar una vena, para que la solución llegue lo bastante rápido al corazón.

Examina los destrozos en el suelo.

No, una jeringuilla es tan inútil como una pistola vacía. Nunca conseguirá acercarse lo suficiente durante el tiempo suficiente. Vale, ¿puede librarse usando su labia? ¿Tiene Donnie un punto débil del que aprovecharse? Bueno, tiene un montón de puntos débiles, pero eso no quiere decir...

Y entonces se le ocurre una idea tan absurda que tiene que reprimir una carcajada.

Hay una forma de acercarse lo bastante a Donnie.

Una forma de distraerlo lo bastante para que baje el arma.

Pon la otra mejilla, se dice, con un asco jovial.

Ama al prójimo como a ti mismo.

No, es una locura. De todos modos, no hay forma de esconder la jeringa. Pero si no hago nada...

Me matará.

Y después matará a Colt.

Detrás de la puerta, lo oye recargar.

Quiere atravesar la puerta con un cargador entero. Y sabe que estoy esperando. No se creará que mi arma está vacía.

Así que irrumpiré a tiro limpio. Fuego de cobertura.

Si hubiera puesto más atención a los videojuegos de Colt, quizá sabría qué hacer... Se le escapa una risita que reprime de inmediato. No quiere que Donnie sepa dónde está.

Pero ¿no lo puede suponer y dispararme a través de la puerta?

El miedo le cierra la garganta. Recoge la jeringa, se aplasta contra el suelo y se desliza pegada a la pared; lejos de la puerta.

—Abre esa puerta y sal —dice Donnie. Suena muy cerca, a pocos centímetros, al otro lado de la pared. Y le tiembla la voz.

Ah... Le da miedo entrar.

Tiene miedo de morir.

—Putá zorra. Espera a que te ponga las manos encima.

¿Putá zorra? ¿Intenta asesinarme y me llama putá zorra?

Lo percibe en su voz: trata de convencerse para actuar. Para justificar lo

que está a punto de hacer. Bueno, eso encajaría en el plan de Naomi. En su plan aún a medias...

Sí, solía oír esa voz, esa frágil bravuconería, en los cuartos oscuros de BDSM, a veces, cuando se trataba de hombres jóvenes y recién llegados que todavía no se habían acostumbrado a las normas.

Vale. Vamos a empezar solucionando el acercamiento.

Por ahora, dile lo que quiere oír.

—No quiero morir. Haré lo que me pidas, pero, por favor, no me mates.

Pone una mueca al decirlo. Lo que sea, vale, síguete el juego a su fantasía. Que piense que tiene el poder. Sigue hablando, mantenlo ocupado mientras piensas.

—¡Pues claro que vas a hacer lo que te pida!

Le tiembla la voz. Este tío está histérico, piensa ella con ironía. Y suena un poco más lejos. Por supuesto, cree que Naomi ya ha cargado el arma. Teme que le dispare a través de la puerta. Bien. Eso le da más tiempo... Sí, está bastante segura de saber cómo acercarse a él sin recibir un balazo.

Ha leído estudios sobre el índice de violaciones en tiempos de guerra.

Es alto, muy alto. Violar a las mujeres, matar a los hombres.

Se pasó la adolescencia leyendo todo lo que encontraba sobre el tema; fascinada, asombrada, asqueada. Teorías feministas. Teorías de aprendizaje social. Teorías evolutivas. Y también historias... Dos millones de mujeres violadas en Alemania Oriental por los rusos en pocas semanas. Hombres que seguramente jamás habrían violado a nadie en su ciudad, en su cultura. Sin embargo, cuando se enfrentan a la muerte, cuando la posibilidad de reproducir su ADN se desvanece...

Las decisiones subconscientes que realiza un cuerpo, que la mente trata de justificar después del hecho...

Y por supuesto, más adelante, en Berkeley, estudió la violación como estrategia reproductora de aquellos pobres patos. Y en los chimpancés, los gansos, los delfines de nariz de botella, los orangutanes, las moscas escorpión...

Sabe que el control de la natalidad, el aborto, las condenas de cárcel y los inmensos cambios culturales han modificado la expresión y el significado de la violación en su cultura. Y sabe que Donnie es un hombre adiestrado para ejercer el poder, para dominar y controlar. Sabe que Donnie cree que no es más que un individuo que toma decisiones personales. Todo eso es cierto, a

distintos niveles.

Sin embargo, la manera en que su papá poli y su mamá enfermera lo entrenaron para desenvolverse allá en el Big Bend (mientras él veía la serie entera de *A todo gas* y no escuchaba más que *bro country*) se asienta sobre una arquitectura evolucionada que Naomi ha estudiado toda su vida.

Sí, sabe bastante de violaciones. Y sabe bastantes cosas sobre Donnie. Ha llegado el momento de darles uso a todos esos conocimientos.

Vale, piensa. Puedo hacerlo. Acércate. Pero va a querer que le demuestres que no estás armada... Así que, ¿cómo lo convengo de que es seguro sin que sea seguro? ¿Cómo consigo que crea que puede hacer... eso... sin dejar que lo haga?

Y se le ocurre una respuesta. Es tan ridícula, y tan perfecta, que esta vez sí que se ríe en voz alta.

—¡Saldré desarmada, sin pistola! —grita, y por un segundo teme que se le note el triunfo en la voz, que él se dé cuenta; se controla un poco, intenta sonar derrotada—. Sin nada escondido, sin armas... Tú ganas.

—¿Crees que voy a confiar en ti? ¡Has intentado dispararme, joder!

Perfecto. Cierra la trampa.

—Te lo demostraré. Me quitaré la ropa y saldré desnuda. Puedes comprobarlo.

—Ajá —pausa—. ¿Desnuda?

Advierte en su voz el cambio de marchas.

—Sí, desnuda —le grita—. Sin armas. Limpia —pervertido.

Una pausa más larga.

—De acuerdo. Desnuda. Las manos donde yo pueda verlas.

—Por supuesto. Claro...

Vale. Genial. ¿Qué más necesito?

Cruza la habitación con toda la rapidez y el silencio posibles.

Alguna clase de lubricante... Mira a su alrededor, pero no ve nada. Entonces se acuerda. Seguramente siga ahí... Se acerca a los estantes; levanta la mano para llegar al más alto. Al fondo, sí... Saca un tarro pesado y polvoriento. Contiene un montoncito de partículas plateadas bajo un líquido claro.

Diminutas bolitas de sodio sumergidas en un aceite mineral de gran pureza.

La puerta se sacude cuando Donnie le da una patada, y ella pega un salto. Oye cómo se aparta de la puerta con rapidez.

—¡Sal de una puta vez! —grita.

—¡Todavía me estoy desnudando! Mira, voy a salir completamente desnuda —sí, no dejes de meterle esa imagen en la cabeza—. Desarmada. Puedes hacer lo que quieras. Por favor, no me mates. No soy una amenaza...

—¡Y una mierda! ¡Tienes una puta pistola!

—¡Te daré la pistola! —le grita mientras se quita los zapatos.

—¿Crees que soy idiota? —grita él a su vez a través de la puerta agujereada. Naomi pone los ojos en blanco y asiente; él sigue hablando—. Tienes otra arma ahí dentro.

—No, solo la pistola —le asegura mientras se quita rápidamente la ropa—. Oye, siento que Colt haya causado tantos problemas... —gana tiempo, gana tiempo—. No pretendía usar la pistola, es que me has asustado...

—No se tarda tanto en desvestirse —Donnie parece alterado. Supongo que esto también es territorio inexplorado para él.

—Lo sé, lo sé. Estoy desnuda —es solo un experimento, puedes hacerlo: enciende su pene, apaga su cerebro—. Pero tengo miedo, Donnie. Me da miedo salir.

—No te voy a hacer daño... Tú sal con las manos en alto.

Puaj, se cree que está en una película. Qué capullo.

Naomi se agacha y recoge la jeringa. Mientras le da vueltas entre los dedos y la examina, sabe que ha tomado una decisión. Es físico: se le sueltan los hombros, se relaja. Sí, puedo hacerlo. Lo haré. Él es más fuerte, pero yo soy más lista. Vuelve a cambiarle el humor, casi se marea del alivio.

—¿Me juras que no me vas a matar? —le grita para mantenerlo ocupado.

—No te voy a matar. A no ser que me vengas con alguna estupidez.

La larga tapa roja que protege la aguja está bien ajustada; pero le asusta la idea de llevarla dentro, así que la aprieta un poco más, por si acaso. Necesito hilo... ¡Ah! Con los dientes y los dedos, se desata la pulsera de hilo rojo que le regaló Yaakov para defenderla del mal de ojo.

Ata el hilo a la base del émbolo. Ciñe el nudo.

—Quizá sea mejor que primero le saque las balas a la pistola, ¿no?

Sí, mejor que piense que la ha cargado. Si sabe que no le queda munición, podría entrar sin más...

—Tú tira la puta pistola. Con el seguro puesto.

—Vale. Ay, espera, cuál es el seguro...

—Me cago en la hostia...

Naomi abre el tarro, humedece las puntas de los dedos en el aceite mineral y engrasa el gordo cuerpo de la jeringa. Engrasa la base suave y redondeada del émbolo. Se engrasa los labios vaginales. El aceite está frío por el aire acondicionado. No pasa nada. Estás preparando el instrumental para un experimento.

Y ¿cuál es la alternativa? ¿La violación? ¿El asesinato? ¿Ambas cosas? Esto es una guerra. Las mujeres han hecho cosas más difíciles para sobrevivir.

Respira hondo e intenta relajarse. Venga ya, es mucho más pequeño que un espéculo. Puedes hacerlo... Si has conseguido que un ser humano entero pase por ahí, esto no es nada... Pero sigue sintiendo una reticencia intensa, animal, a meter muerte dentro de su cuerpo. Sus dedos no se mueven.

—Creo que lo más seguro es que saque las balas —grita para ganar tiempo mientras intenta de nuevo convencerse con calma, con lógica. Mira, Donnie es peligroso; no hacer nada es peligroso; la jeringa es segura. Materiales de gran calidad, las mejores especificaciones técnicas, no puede haber fugas, la aguja está cubierta, la tapa está bien puesta...—. No quiero tirar la pistola y que se dispare...

—Esto es absurdo —parece que Donnie pierde los nervios. Oh, oh, eso no es bueno—. Pon el seguro y ya está. Es el pequeño interruptor en el que apoyas el pulgar. Lo has usado antes, lo he oído...

—¡Ah! ¡Eso! —muy bien, que piense que es muy listo—. ¡Lo he encontrado! ¡Gracias!

Hazlo de una vez... Tararea la-la-la-la-la-la-la en su cabeza para no pensar mientras desliza en su interior la tapa roja de plástico y después el resto de la jeringa. La empuja más, hasta que el instrumento entero está dentro y solo se ven unos centímetros de hilo rojo. Más que suficiente para agarrarlo... Oculta el extremo del hilo entre los labios. Invisible. Bien. ¿Ves? No ha sido para tanto...

—Vale, vale, ya salgo —dice—. Primero voy a sacar la pistola.

Corre el pestillo. Abre la puerta unos centímetros. Empuja la pistola por el suelo con todas sus fuerzas.

Hace lo mismo con la caja de munición inservible.

—¿Vale? Sin arma. Sin balas.

—Ajá.

—Voy a... —no, no se lo digas. Actúa con sumisión. Que sea idea suya—. ¿Salgo ya?

—Sí. Despacio. Las manos donde pueda verlas.

No lo ve por la rendija. Debe de estar a un lado, cubriendo el umbral.

Respira hondo.

Tienes un plan, sabes lo que le gusta. Sabes cómo te mira. Interpreta ese estereotipo, úsalo. Sé sumisa, sí. Que baje la guardia.

Y después lo matas.

Abre un poco más la puerta. Sale al pasillo, desnuda, con las manos en alto.

Vale, ahí está Donnie, apuntándola con su arma.

Naomi se vuelve para mirarlo. Ve aparecer la erección bajo la tela, atrapada de lado en sus horrorosos pantalones amarillos.

Donnie vacila. Su cerebro sigue ansioso y paranoico, pero su pene se impone a la corteza prefrontal. El pene es mucho más antiguo, sus necesidades son más primarias.

—Ajá —dice.

Con cuidado, sin movimientos bruscos, Naomi le enseña las manos. Las gira. No lleva nada pegado por detrás.

—Date la vuelta —le ordena él.

El pasillo sin ventanas está en silencio, vacío. Naomi se vuelve despacio y nota que a Donnie le cambia la respiración. Se obliga a contener la risa. Pon la otra mejilla...

—Pásate los dedos por el pelo —le dice él.

—¿Qué?

—Demuéstrame que no llevas nada en el pelo.

Ella abre los dedos y se peina el pelo con ellos, arriba, abajo, a los lados. Se lo levanta para enseñarle el cuello.

—¿Ves? Nada de armas —dice. Con cuidado, con cuidado. Oculta tu rabia.

—Vale... —dice Donnie—. Ven aquí. Despacio.

Naomi reprime el impulso de dar media vuelta y salir corriendo mientras camina hacia él, lentamente, con las manos en el aire. Intenta mirarlo a los ojos, establecer un contacto humano para reducir la posibilidad de que la mate, pero los ojos de Donnie están demasiado ocupados volando de su pubis a sus pechos; arriba y abajo, arriba y abajo.

Esto sí que es mal de ojo, piensa Naomi.

Se da cuenta de que el otro ya no piensa, tan solo siente. Estímulo/respuesta. Ha mordido el anzuelo.

—Ajá —repite, sin palabras.

Esto es muy raro, como un sueño agitado.

Aunque también le resulta familiar, curiosamente.

Recuerda todos los cuartos oscuros. Todas las veces que se ha castigado, que ha pedido a otros hombres que la castiguen hasta un punto muy parecido a este. Pero eso era para conseguir una especie de placer; esto es todo lo contrario... Cuesta ocultar la furia.

En una relación estándar entre dominante y sumiso, el sumiso cuenta con la palabra segura. Puede detener el juego. Es el sumiso el que tiene el poder.

Esta vez, es algo real. Si Naomi quiere el poder, tiene que arrebatárselo. Y si fracasa... No quiere terminar ese pensamiento.

Donnie da un paso más, con el arma en la mano derecha, y ella le huele la cerveza en el aliento y... ¿qué es lo otro? ¿Chocolate? ¿Mantequilla de cacahuete?

—Putra terrorista... —murmura él.

Sabe que su mejor estrategia es callarse y no provocar la rabia y el miedo de su atacante, pero no puede reprimirse y responde:

—¿Qué?

—Venga, lo sé. Lo sé. Tú y el puto lunático de tu hijo. Están estallando bombas por toda la ciudad.

Entonces se produce una pausa, una pausa extraña. La adrenalina y el cortisol han aguzado tanto los sentidos de Naomi que el rostro de Donnie le parece del tamaño de un planeta y es capaz de percibir cada emoción cambiante que lo recorre. Aun así, tarda un par de segundos más en darse cuenta: el tipo no sabe qué hacer ahora. Demasiadas visitas a Pahrump, demasiados años de trabajadoras del sexo al mando del espectáculo fingiendo que era él quien estaba al mando... Ahora que lo está de verdad, con una pistola en la mano..., no sabe qué hacer.

Que te jodan, Donnie, esto es lo que siempre has sido, un puto pervertido...

Y de repente la aterra que, si la mira a la cara, vea lo que está pensando en realidad; peor todavía, que vea lo que está a punto de hacer. Así que baja la vista y se arrodilla despacio, para no sobresaltarlo, para apartarse de su línea de visión.

Al arrodillarse se queda más cerca de él; al alcance de la mano. Le sorprende el frío de la madera lisa contra su piel. Donnie retira la pistola hacia atrás y hacia arriba, fuera de su alcance, para que no pueda quitársela, y vuelve a apuntarla con ella.

—Sí —dice—. Bien —añade, de nuevo más seguro de sí mismo—. Vamos a empezar con eso.

Ella acerca la mano a la cremallera de Donnie, medio oculta entre su barriga cervecera, y él gruñe, expectante, antes incluso de que ella toque el metal. Se la baja.

Dios mío, voy a tener que tocarlo...

Ha cerrado el edificio. Nadie más vendrá a salvarte. Hazlo.

Sigue con el plan.

Después te lavarás las manos.

Le baja los pantalones hasta dejarlos a la altura de los tobillos, alrededor de las botas. Bien, así no podrá huir si esto sale mal, si ella necesita salir corriendo.

Para que el plan funcione, es preciso acceder a él: no hay forma de evitarlo. Le baja los anticuados calzoncillos, y el pene se engancha en la cinturilla elástica antes de liberarse como si fuera un muelle. Está un poco flácido, semiduro, una erección de borracho. No pasa nada, Donnie es un experimento, un animal de laboratorio, no te pongas sensible... Lo sujeta; da un bote en su mano, como un pez asustado recién sacado de un lago, y le vienen a la memoria todos los animales de laboratorio que ha matado a lo largo de los años. Los cuellos rotos de los ratones y las inyecciones para los mamíferos más grandes. Ve de nuevo el último perro moribundo que confió en ella, que le lamió la mano, y el recuerdo de su áspera lengua amorosa en el dorso es tan vívido que se le empañan los ojos.

He matado a los animales equivocados.

Perdóname, Señor, por lo que he hecho. Por lo que estoy a punto...

No. No. Deja de fingir que eres perfecta. No eres una santa. Les has quitado la vida a los inocentes en nombre de la ciencia, por un salario. Si eres capaz de matar a esas criaturas tan bellas, eres capaz de matar a esta mierda.

Agarra el pene con más firmeza, mueve la mano adelante y atrás, solo un poco, y él gruñe y se apoya en la pared, y gruñe de nuevo con cada movimiento de su mano.

Bien, eso ocultará cualquier ruido... Mierda, tendría que haber usado la mano izquierda.

Es demasiado tarde para liberar la derecha ahora, se daría cuenta de que trama algo. Mierda, mierda, mierda. Vale.

Acelera un poco con la derecha. Él gruñe más fuerte y abre un poco más las

piernas, pero todavía están atrapadas en los pantalones, así que apoya los brazos en la pared que tiene detrás para no caerse. Así que ahora sostiene la pistola plana contra la pared. Bien...

Lo mira a la cara, analiza su campo visual. Es imposible que vea lo que hace con la otra mano; tiene la cabeza echada hacia atrás y la barriga cervicera en medio, empujando la camiseta como si fuera un toldo.

Baja la mano libre, la izquierda, y consigue sacar el extremo del hilo rojo. Tira de él con cuidado. Lo arrastra. Finalmente, la jeringa se desliza del todo, y de repente siente el miedo irracional de que haga *pop*, como el corcho de una botella de champán, de modo que, para ocultar cualquier ruido, dice:

—Ooooh.

Aunque, por supuesto, no se produce ruido alguno. Y ahora el instrumento cuelga del hilo que tiene en los dedos.

Sabe que no puede verla porque la barriga y el borde de la camiseta están en medio, pero tiembla a causa de la tensión, del miedo a que se mueva. Él parece creer que su exclamación y su temblor se deben a la excitación, porque gruñe a modo de respuesta, y ella siente una iracunda oleada de odio puro; Dios mío, de verdad piensa que tiene derecho a mi placer, que estoy disfrutando con esto.

No puede evitarlo, se la sacude con fuerza, para hacerle daño, y él le dice:

—Eh, más despacio.

—Vale —responde Naomi. Tranquila, tranquila.

—Métetela en la boca.

—Primero quiero ver lo grande que se pone —responde ella en un tono de voz relajante. Súbele el ego a este idiota—. Ah, muy bien, sí...

Sus palabras lo distraen, cubren cualquier sonido cuando intenta quitar la tapa de plástico rojo de la puta jeringa con la mano izquierda, joder, que no se te caiga.

—*Has conseguido tu objetivo de cardio del día* —dice de repente, con una felicidad incongruente, una voz junto al oído de Naomi—. *¡Enhorabuena!*

Empieza a sonar una musiquita alegre.

Donnie gruñe de sorpresa o de fastidio.

Ah, la pulsera de actividad, en la muñeca izquierda. Naomi reprime una carcajada que transforma en tos. No te rías. Así que el corazón le late deprisa. Bien. Eso ayudará.

Donnie intenta silenciar la pulsera, pero no puede apagar la música con la

pistola en la mano derecha. Vacila; se mete el arma en la pistolera, bajo el brazo izquierdo. Ahora, piensa Naomi, mientras está distraído...

Aferra la jeringa resbaladiza con la mano izquierda. La sujeta fuerte a la palma con tres dedos, mientras el pulgar y el índice intentan una y otra vez agarrar la tapa de plástico de la aguja y desenroscarla. Pero las yemas de los dedos también están aceitosas y no consigue adherirlas. Dios mío, ¿por qué he apretado tanto la tapa?

Con disimulo, se limpia el aceite del pulgar y el índice en el muslo. Ahora logran agarrarse lo suficiente como para girar la tapa: una vuelta, dos, tres, y se suelta, la quita.

Vale, es el momento. Necesito poder ver lo que estoy haciendo.

La alegre melodía se corta de golpe. Ella se acerca más a Donnie.

—Sí —dice él—. Oh, sí.

Examina su pene con indiferencia clínica. Es un blanco perfecto: los cuerpos cavernosos hinchados, esponjosos, llenos de sangre, y las venas que los irrigan. Imposible fallar...

Pero ahora, tras guardar la pistola, Donnie tiene ambas manos libres y trata de sujetarla. No dejes que te agarre del pelo... Naomi echa la cabeza hacia atrás, fuera de su alcance.

—Métetela en la boca de una vez —dice Donnie, e intenta alcanzar su cabeza de nuevo.

—Espera, deja que te ponga a punto. Te va a gustar, te lo prometo.

Se agacha todavía más para ver mejor su objetivo; gira un poco la mano sobre su polla para distraerlo. Él lleva la cabeza atrás y gime.

Le parece asombroso que se fie de ella, que de verdad crea que lo va a hacer, que haya visto tanto porno y haya pagado a tantas mujeres para darle placer que piense que esto está bien, que es normal, algo que ella haría de buen grado. Ni siquiera tiene miedo de que Naomi cambie de idea, de que intente hacerle daño. Ni siquiera tiene miedo. No cree que una mujer pueda hacerle daño. Guau.

Tú procura que siga con el puto cerebro apagado.

Sobre ella, Donnie habla para intentar mantener la polla dura.

—Te voy a follar como un animal, me voy a correr dentro de ti, puta china imbécil... —masculla.

Es casi un alivio verlo de ese modo; saberlo. Tantos años preguntándose si exageraba, si estaba loca por evitar quedarse a solas con él en la misma

habitación. Qué cansancio. Pero sí, estaba en lo cierto al pensar que eras así desde el principio.

Su pene palpita, vivo, en la mano derecha de Naomi cuando la aguja se le acerca por debajo; la gravedad de lo que está a punto de hacer estalla en su conciencia.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —pregunta, y ni siquiera sabe a quién: a Donnie, a Dios, a ella misma...

—Métete la polla en la boca de una puta vez —dice Donnie.

—Ay, Donnie —responde ella, casi con tristeza—. Ay, Donnie.

Y le clava la aguja, tan afilada que casi no duele, en la parte posterior del pene, justo en la base.

No hay más que vasos sanguíneos, es imposible fallar.

Torpemente, con la mano izquierda, presiona el émbolo. Durante un instante horrible este no se mueve; y entonces lo hace, rápido, con un disparo satisfactorio, y todo el líquido desaparece en el interior de Donnie, que por fin es consciente de que ha sucedido algo.

—¿Qué coño...?

—Lo siento, mis uñas...

—Joder, córtate esas putas zarpas.

Por un breve instante su erección crece, debido al aumento de presión del líquido inyectado.

—Sí, eso es... —dice Donnie, vacilante.

Dios mío, todavía no lo sabe...

Pero su cuerpo ya siente el pánico, ha empezado a retirar la sangre y la solución de su pene, a prepararse para la lucha o la huida, y a medida que la erección se derrumba, toda la sal disuelta, letal, sube de golpe hacia arriba, hacia su corazón.

Perfecto.

Se tambalea, desconcertado, la mira, y ella sonríe.

—Te prometí algo especial —dice, y extrae la aguja con delicadeza.

Donnie alarga la mano hacia la pistola, medio mareado, pero es demasiado tarde: la sangre se mueve con paso firme a través de las venas humanas; ha tardado un par de latidos en empujar el líquido hacia el corazón, y ya ha empezado el paro cardíaco.

Mientras cae de rodillas, ella se levanta; es como un baile: se cruzan el uno con el otro, intercambian posturas.

Ahora es él quien tiene la cabeza a sus pies y la mira a la cara, establece por fin contacto visual, asombrado por el cambio de papeles.

Ella siente un alivio tan intenso que es casi una náusea.

El triple de la dosis mortal para una mujer de mi peso, piensa Naomi. Y no es una escala lineal, así que es probable que sea el doble de la dosis mortal para Donnie.

Ve el proceso en su cabeza con tanta claridad como si lo observara a través de un microscopio electrónico. Con el torrente sanguíneo lleno de sal disuelta, los iones de potasio ya no pueden atravesar las paredes de las células; no pueden enviar los mensajes cruciales. Las fibras musculares del corazón fallan una a una, no volverán a contraerse.

El experimento funciona.

—¿Te gusta, Donnie?

—Dios...

Donnie mira hacia abajo, pero la aguja era tan fina y la presión ha caído tan deprisa al perder la erección que la diminuta herida ya se ha cerrado y ni siquiera hay sangre; no consigue entender lo sucedido.

—Que te penetren en contra de tu voluntad, ¿te gusta? —sostiene en alto el hilo rojo del que cuelga la jeringa—. ¿Que sea yo la que vierta un chorro dentro de ti? El sexo es peligroso, Donnie.

De rodillas, Donnie se lleva una mano plana al pecho, a su corazón espasmódico, y por un instante incongruente parece estar a punto de jurar bandera. Su otra mano tantea a ciegas hacia abajo hasta sostener la polla y los huevos, ahora encogidos. Intenta hablar —respirar—, pero no puede. Cae hacia delante, de bruces.

Naomi da un paso; apoya con cuidado el pie descalzo en la parte baja de su espalda y lo sujeta contra el suelo durante las convulsiones, con los pantalones todavía bajados hasta los tobillos.

Los espasmos menguan. Se espacian. El corazón muere lentamente. Tarda un rato. Cuesta matar a un hombre.

Al final no hay latidos. Ni respiración. Nada.

Se relaja un poco, suelta el hilo y la jeringuilla vacía cae al suelo de madera. Espera otro minuto, por si acaso. Después se agacha y lo pone boca arriba. Pesa. Peso muerto... Le saca los cubos naranjas de datos de los bolsillos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Los examina. Son muy pequeños para contener todos esos años de su vida. Todo lo que ha aprendido sobre el

cerebro y el cuerpo. Sobre sustituir lo perdido. Sobre arreglar lo roto.

Mira el cadáver. Todas las palabras y emociones que se ha tragado en este edificio regresan a ella.

—Puto... gilipollas... —le da una buena patada a un lado de la barriga. Es como golpear una cama de agua. La tripa se ondula y todo el cuerpo se mece —. Tú me has obligado a hacer esto.

Le da otra patada, y otra, hasta que le duelen los pies.

Luego le da la espalda al cuerpo y se dirige a su despacho.

Detrás de ella oye un nervioso pitido electrónico, así que se vuelve.

La alarma cardiaca suena por el pasillo.

Mierda, mierda, mierda, se le había olvidado... La pulsera de actividad de Donnie. Tiene que cancelar la llamada a los servicios de emergencia...

Corre de vuelta, suelta los cinco cubos de datos como si fueran dados por el suelo y agarra la vieja pulsera, iluminada por una luz roja parpadeante en la muñeca flácida. Agarra su otra mano, le da la vuelta, pulsa el botón de «Falsa alarma» con el dedo muerto y cancela la llamada a la ambulancia.

Sigue caliente, sigue siendo su huella, sigue funcionando.

Con la mano muerta en su mano temblorosa, apaga la pulsera.

Se levanta. Inclina la cabeza un momento, pero no le salen las palabras. No hay oraciones para esto.

Se lo merecía. Lo consiguió. Está hecho.

Ahora no puede hacerle daño a Colt. No puede hacerle daño a nadie.

Recoge los cubos y va a buscar su ropa. En el despacho, recupera del suelo su ropa interior, pero entonces recuerda el cuerpo de Donnie, fuera de su vista, en el pasillo. Su pistola, todavía en la funda. Las piernas le tiemblan por el miedo primario, irracional, de que vuelva a la vida si deja de mirarlo... Se lleva el resto de la ropa al pasillo y lo mira mientras se viste.

Cuando termina, comprueba de nuevo los bolsillos de Donnie para asegurarse de que ha recuperado todos los cubos de datos. Le quita la pistola, revisa el seguro y se la mete en el bolsillo de la chaqueta. Recorre el pasillo, recoge su pistola descargada y la caja de balas inútiles del suelo. Después se lo piensa mejor (a su mente culpable acuden vagas nociones de huellas y armas homicidas) y regresa a por la jeringuilla vacía, que guarda en la caja de cartón con las balas.

Se vuelve y lo observa. A Donnie se le han relajado los músculos. Ha desaparecido la tensión. Ya no frunce el ceño.

El espíritu ha abandonado el cuerpo.

Ya ha comenzado la descomposición, célula a célula. Y el daño sufrido nunca se reparará.

Polvo eres, y en polvo te convertirás.

Un gilipollas menos.

Ha sido una locura. Una locura.

Lo he hecho.

Regresa al laboratorio 2. Coge el acelerante del frigorífico: una ampolla gorda, de una dosis, de StemStim B7.

Desenchufa un servidor nuevo para Colt.

Se lleva el servidor al coche.

Otro.

Otro.

Añade algunos cables, por si acaso.

Cuando acaba, se queda junto al coche en el caluroso aparcamiento vacío. Vuelve la vista atrás, hacia el edificio. La seda de la chaqueta de su madre se le pega a los hombros por el peso de las dos pistolas, las balas, la jeringa y los cubos de datos. Muerte: la obra de su vida.

¿Quién soy?, piensa, asombrada.

Mira en su interior en busca de la culpa que debería sentir, pero no la hay. Solo encuentra una alegría caliente, dura, desconocida.

Tenía que matar a Donnie para salvar a Colt. Para salvarme. Y me alegro de que esté muerto. ¿Preferiría Dios que Colt estuviera muerto? ¿O yo? ¿Por qué iba a preferirlo? No, lo siento, mamá. Lo siento, Jesús. Intenté ser buena, pero no bastaba.

Traje vida al mundo. Y ahora he traído muerte al mundo.

¿Quién soy ahora?

Se mete en el coche y cierra de un portazo.

Lo descubriré.

Cuando Naomi se encuentra a kilómetro y medio de las instalaciones, ve el

fogonazo reflejado en el retrovisor del BMW.

Todavía está mirando el retrovisor cuando el segundo misil se estrella contra la estructura en llamas de su laboratorio. El pequeño edificio desaparece por completo entre olas de humo negro y fuego naranja.

Parte de su mente cree que ha habido un error; que es el retrovisor de su viejo coche y que, de algún modo, ha pasado a ofrecerle las noticias; casi sigue el impulso de levantar la mano hacia el espejo para que vuelva a mostrarle la imagen real que hay detrás de ella.

Entonces reconoce el esqueleto roto y quemado del edificio que surge entre el humo.

Menos mal que conseguí sacar mi investigación...

Pero, por supuesto, solo son los datos. Los ratones, las orugas, las muestras de tejido..., todo sigue allí dentro. Naomi cierra los ojos y ve imágenes confusas: las orugas rayadas se vuelven negras y después lanzan llamaradas naranjas con el calor; las relucientes franjas de tigre se ondulan...

Abre los ojos justo a tiempo de tomar la siguiente curva, aunque abriéndose demasiado.

Concéntrate, concéntrate.

Pero si los cuervos no pueden verme, cómo...

Por supuesto: Donnie dejó un mensaje diciéndole a Ryan que estaba allí...

Entonces, ¿ha tenido algo que ver el sistema inmunitario? ¿O Ryan acaba de intentar matarme? Olvídalo, da igual. Ese no es el tema.

Rememora lo sucedido, la tranquilidad y la parsimonia con las que se ha vestido. Lo despacio que ha llevado los servidores al coche.

Y piensa: si el sistema inmunitario ha destruido el laboratorio, podría destruir la casa...

Colt.

Pisa a fondo el acelerador hasta la siguiente curva, y el BMW chirría al tomarla de lado mientras los neumáticos traseros escupen humo gris.

Había creído estar tranquila, sin más, al llevar los servidores al coche, pero no: estaba conmocionada. Demasiado conmocionada para pensar con claridad, para comprender las implicaciones.

Ve a casa...

Entra corriendo en el dormitorio de Colt, sin llamar. Él apenas levanta la vista. Dios mío, qué grande está, qué guapo...

—¿Tienes el StemStim? —pregunta.

Ella le entrega la ampolla monodosis.

—Gracias, mamá.

Está vivo. Está vivo...

Naomi abre la boca. No sale nada.

No, no se lo puedo contar.

—Mamá, ¿lo puedes hacer tú...?

Él prepara la cápsula y su jeringa especial. Se la pasa.

—Vale.

Dios mío, me tiemblan las manos...

No ayuda saber que cuando era estudiante e inyectaba algo en una arteria en vez de en una vena, normalmente solo sucedía por error. Es demasiado peligroso intentarlo adrede, a no ser, quizá, que se estuviese atacando un tumor con algún medicamento tóxico y el paciente sufriera ya tantos problemas que mereciera la pena el riesgo adicional. Pero Colt necesita el acelerante directamente en el cerebro.

Inyectar en una arteria no deja de ser muy arriesgado, incluso con las nuevas cápsulas a presión y las agujas arteriales ultrafinas. Concéntrate... Naomi inyecta el acelerante en silencio, hundiendo bien la aguja. En la arteria carótida interna.

Directa al cerebro.

—Guau... —dice Colt.

Sí, las inyecciones arteriales hacen daño. Hay más nervios. Cuando la cápsula se vacía en el cuello de su hijo con un suave ruido de succión, ella se estremece.

—Lo siento.

Apenas puede hablar. Tiene la garganta abarrotada de palabras reprimidas, de emociones reprimidas.

No es capaz de enfrentarse a esa sobrecarga.

No. No puedes derrumbarte ahora.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Colt, que por fin la mira.

—¿Qué?

—El viaje al laboratorio.

Y ella se lo cuenta, en parte. Solo una parte. Lo bastante, por el momento.
—Guau, mamá —responde él cuando acaba—. Guau, mamá.
—Lo sé. Lo sé. Mira, tú haz tu trabajo. Tengo que lavarme.
Le da la espalda, se mete en el baño y cierra la puerta.
Entra en la ducha. Se queda allí un buen rato.

De acuerdo.
Ahora, café.

Mientras camina por la casa hasta la cocina es plenamente consciente de que todos los dispositivos los espían, los traicionan. De que si la alimentación de datos falsos de Colt falla durante un segundo, descubrirán su presencia en la casa.

De pie frente al frigorífico cerrado (cuyos sensores están ajustados para anunciar cuándo se abre la puerta, cuándo baja la temperatura, cuándo se saca la leche y no se reemplaza), piensa: de acuerdo, el chico se siente seguro, está mejorado, es bueno, pero no deja de ser un crío, así que podría haber errores en el código...

Y si los hay..., ella, él y la casa desaparecerán en un segundo, envueltos en una bola de fuego.

Humo negro y fuego naranja.

Oye, ¿recuerdas cuando tu mayor acto de rebeldía era empezar el día con un café?

Se ríe y abre el frigorífico.

Bueno, necesito café.

Si nos morimos, pues nos morimos.

10. Desbordamientos de pila

El tiempo de reinicio típico interneuronal es de unos cinco milisegundos, lo que permite realizar doscientas transacciones analógicas controladas digitalmente por segundo. Incluso teniendo en cuenta las múltiples no-linealidades en el procesamiento de la información neuronal, es un millón de veces más lento que los circuitos electrónicos actuales, que pueden cambiar en menos de un nanosegundo.

RAY KURZWEIL, *La Singularidad está cerca*

Hipostasiamos la información convirtiéndola en objetos. La redistribución de los objetos es un cambio en el contenido de la información; el mensaje ha cambiado. Se trata de una lengua que ya no somos capaces de leer. Nosotros mismos formamos parte de esta lengua; los cambios dentro de nosotros son cambios en el contenido de la información. Nosotros mismos estamos repletos de información; la información entra en nosotros, se procesa y después se proyecta al exterior de nuevo, modificada. No somos conscientes de que lo hacemos, de que, de hecho, es lo único que hacemos.

PHILIP K. DICK, *Valis*

*Viajaremos a Marte
mientras en la Tierra
seguirán abriendo bolsas de patatas fritas
con los dientes.*

DAVID BERMAN, *Self-Portrait at 28*

Mientras Naomi se prepara un café en la cocina, Colt monta los servidores en su habitación y optimiza su flujo.

Ahora, a conectárselos al cerebro.

El único problema es que la información electrónica llegará a una velocidad cercana a la de la luz, en un cerebro químico que apenas se mueve.

El cuello de botella sigue siendo él.

Si va a mantener una lucha en tiempo real con el sistema inmunitario, cualquier decisión rápida tendrán que tomarla los servidores.

Por suerte, dispone de muchas neuronas nuevas que todavía están ocupadas formando nuevas vías; son muy sugestionables y aprenden deprisa.

Solo tiene que obligarlas a comunicarse con los servidores. Externalizar su toma de decisiones.

Reescribir un poco su cerebro.

Vale, mucho.

Repasa otra vez el plan. Y otra.

Tío, habrá pérdida de función. Algunas de las vías nerviosas antiguas se sobrescribirán. Es imposible mantener esto dentro de los nuevos límites.

El cerebro es holístico, no hace separaciones limpias.

Aunque funcione... Es como si me otorgara superpoderes y a la vez me provocara una apoplejía, esperando salir bien de todo el asunto.

Bueno, después puedo solucionar gran parte de los daños. Si hay un después.

Si sobrevivo a esto.

Se da cuenta de que está comprobando una parte pequeñísima de código perfecto por tercera vez.

Vale, lo he hecho lo mejor que he podido.

Coge el cable —tan tosco, tan físico, tan fuera de lugar en medio de la delicadeza de las dos series de circuitos que se van a conectar— y enchufa el sistema de servidores a su casco.

Hay que acceder a muchos datos y moverlos. A muchos.

El código se ejecuta.

El casco traduce la arremetida y la entrega a su cerebro en cascadas concentradas de información, a través de las conexiones retinianas.

Su cerebro se ha convertido en un experto en integrar dispositivos externos en su estructura. Pero este es un orden de magnitud más extraño, más apabullante, más desconcertante.

Es como si la parte posterior de su cráneo se hubiera abierto a un espacio enorme que crece y crece sin parar, a medida que los servidores se integran en sus neuronas.

Los procesadores electrónicos externos tienen una velocidad y un tamaño sobrecogedores.

Su cerebro orgánico, más lento, cuenta con interconectividad; una complejidad neuronal inmensa.

Ahora, cada uno empieza a asignar tareas al otro.

Los primeros minutos son un atasco gigantesco y demencial de datos en doble sentido.

Está canalizado; sigue los principios que Colt ha planificado, programado, pero hay tantísima actividad que los datos desbordan los canales, de modo que las cosas acaban donde no deben.

Durante un minuto, dos minutos, diez minutos, una eternidad, es imposible decir..., la vista, el oído, el olfato y el tacto se apagan, se borran, se ven completamente sobrepasados por el rugido de información que les llega desde esos nuevos canales.

Sordo y mudo, está perdido dentro de su mente, ahogado en flujos de datos, ni siquiera seguro de si sigue respirando.

¿Y si se ha equivocado?

¿Y si los datos nuevos siguen llegando, si se desbocan? ¿Si se apropian de una red de neuronas que él necesita para respirar?

¿Y si se apagan sus pulmones, su corazón?

¿Si sobrescribe sus recuerdos esenciales?

¿Si se le olvida por qué está haciendo esto?

¿Si olvida quién es?

Y ahora, nuevas neuronas afectadas se disparan, se unen, establecen conexiones aceleradas por todo su cerebro; se lanzan cadenas de asociaciones, y sus sentidos regresan.

Más o menos.

Es como si hubiera desaparecido dentro de sí mismo, como una estrella colapsando bajo su propio peso. Es un agujero negro. No puede ver el mundo exterior, tan solo la arquitectura de su nuevo interior, resplandeciente al nacer. Enormes depósitos de yo que se expanden hasta el infinito.

Los recuerdos se montan a partir de fragmentos distribuidos y muy compactados. Huele, saborea y ve un pasado revuelto y psicodélico. Al principio le falta la etiqueta para decir: «Esto es un recuerdo»; todos los recuerdos son tan vívidos que los siente en el presente, como si estuvieran sucediendo de nuevo, ahora.

Tiene catorce años.

Tiene doce.

Tiene siete.

Y en cada ocasión es completamente real, es todo cierto, es todo lo que hay; es el ahora.

Está perdido en el tiempo.

Sin embargo, una vez que las primeras oleadas de información han pasado a través del cuello de botella en ambos sentidos, su mente empieza a calmarse.

Se ordena.

Los recuerdos se etiquetan como recuerdos; y, clic, ya no es un viajero del tiempo. Pasa de tener siete años, en el colegio, a la hora de comer y asustado (los olores, los ruidos, los gritos salvajes de los niños, la imposibilidad de saber lo que sucederá a continuación), a regresar al presente, a los dieciocho, y simplemente recordar algo que sucedió en el pasado.

Alivio y tristeza al recuperar su sentido del tiempo, al saber que todos esos recuerdos vivos se han convertido en pasado muerto.

Entonces recobra la vista.

Schwuuuuuusssshhh...

Es como si lo atropellase un tren. Datos visuales puros, en bruto, sin filtrar, arrolladores; un tremendo estallido de luz y color.

Su cerebro empieza a filtrar los datos nuevos. A editarlos. A interpretarlos.

Y... clic; ya no es una ardiente ráfaga en bruto de luz brillante y color, sino una imagen del mundo.

Objetos.

Su dormitorio.

Ja, todo se ve de lado. ¿Un derrame en la corteza visual?

Huele a café.

Espera, ¿dónde está?

Se ha caído de la silla; debería haberlo pensado, que el proceso sería perturbador, que se podría ver afectada su coordinación motora. Debería haberse tumbado para realizar la transferencia.

¿Quién es esa persona que se alza sobre él?

Su madre.

No, no está tendido en el suelo. Está tendido en sus brazos. Y ella le repite algo una y otra vez.

Hay una mancha en su blusa.

Debe de haber derramado el café al verme caer.

—Lo siento, mamá —le dice—. Estoy bien. Puedes prepararte más café.

Pero no se entiende a sí mismo: su voz suena a ruido rosa, como los pitidos de un módem, codificado y oculto su significado. La mandíbula, los músculos de la mejilla..., no parece controlarlos. Intenta sonreír, pero no sucede nada.

Necesita controlar esto.

Recupera una imagen de su cerebro. Un mapa de lo que acaba de suceder: flujos de datos que señalan dónde han aterrizado. Tarda un rato en comprenderlo.

Sus pensamientos van muy despacio.

Vaya. Grandes desbordamientos en el lóbulo occipital. Un lío.

Pero puede cambiarlo. Puede esquivar la zona dañada. Entre las nuevas neuronas y los nuevos servidores, tiene espacio de sobra para lograrlo.

Sí.

Esquiva la zona dañada.

Su madre se limita a abrazarlo, a mecerlo, a hablar sola:

—Lohematadolohematadolohematado...

Colt se esfuerza por entender, pero su oído registra los sonidos sin desentrañar su significado.

Entonces su cerebro se repone lo bastante como para interpretar los datos y se activa el significado. Ahora entiende lo que dice. Las palabras, no los ruidos.

—Lo he matado, lo he matado, lo he matado...

—No pasa nada, mamá. Estoy bien.

Ahora oye sus propias palabras. Las comprende.

Bien.

Se zafa de los brazos de su madre y se pone de pie, tembloroso.

—Estoy bien, mamá.

Y ahora lo está. Casi. Todavía oye algunos tonos raros que en realidad no existen en el mundo exterior: un ruido verde con la textura de una cuerda deshilachada... Y tiene la boca llena de sabores metálicos, multicolores, y de texturas peculiares (sabores azules punzantes), aunque puede soportarlo.

Naomi lo mira a la cara.

—Oh, Colt...

Colt puede hablar.

Eso le arranca lágrimas a su madre, lágrimas que no ha podido derramar en la última hora. Y palabras.

—No, he matado a Donnie. Dios mío. Lo he matado. Sé que debería sentirme culpable, pero... No sé cómo me siento.

Y le cuenta a Colt el resto de lo sucedido.

Que ha matado a un hombre. No le cuenta todo. Dios, no, aunque sí lo bastante, ahora, para que lo comprenda.

—Ay, mamá —responde Colt, impotente—. Era... Ha sido culpa suya, no tuya...

Sabe que debería sentir lástima por Donnie, el pecador, el muerto; que debería compartir la conflictiva pena cristiana de su madre, pero no la siente y no puede fingir que lo hace.

Donnie era un capullo.

Colt siente lástima por el laboratorio en el que creció. Donde su madre fue descubriendo paso a paso verdades tan hermosas. Volado en pedazos. Desaparecido.

Colt no lo dice en voz alta; pero las implicaciones no son buenas.

Solo existen tres copias del trabajo de Naomi en el mundo.

La investigación en bruto, almacenada en los cinco cubos de datos naranjas.

La teoría, almacenada en el cerebro de Naomi.

Y la realidad, programada en Colt.

—Es Ryan —dice ella—. Ryan tiene que haber...

—No —responde Colt, pensando, analizando—. No ha sido papá. El sistema inmunitario debe de haber estado leyendo los metadatos de todo lo que entraba y salía del laboratorio. Las llamadas de papá, las llamadas de Donnie... Sí. La pulsera de actividad: su llamada de emergencia alertó al sistema de que habían matado a Donnie... Y el sistema sabía que en el laboratorio se encontraba toda tu investigación... Así que ordenó el ataque.

—Pero... ¿por qué no me mató a mí? ¿Cómo he escapado?

—Creo... Creo que destruyó el laboratorio a ciegas, basándose en los metadatos. Simplemente, no te vio.

—¿Quieres decir... que sigue sin saber que estamos aquí?

—Sí... —y, más seguro, repite—: Sí.

—¡Ah! Estaba preocupada... Pensaba... que estábamos esperando a morir...

—Sí, claro, está decidido a matarnos. Quiere matarnos. Pero los cuervos que vigilan la casa continúan ciegos; los sensores del interior le dicen que la casa está vacía; el BMW sigue sin existir, no deja rastro electrónico. Así que, no, no sabe que estamos aquí. Y hay algo más... No es... —Colt vacila, no sabe bien cómo describirlo—. Creo que... no puede confiar en sus propios sentidos...

—Lo estamos volviendo neurótico —dice Naomi, y deja escapar una risa temblorosa.

—Sí. Vio que el laboratorio estaba vacío, pero detectaba gente dentro. Destruyó el laboratorio, pero no vio la explosión...

—Ya no sabe diferenciar lo que es real de lo que no.

—Sí, exacto, eso es. De todos modos, estoy bastante seguro de que ahora enviará más drones para examinar la casa; y puede que no consigamos engañarlos a todos —Colt frunce el ceño—. Y si lo volvemos demasiado neurótico, quizá su paranoia lo empuje a destruir la casa de todos modos.

Naomi se restriega el cuello.

—¿Por qué no lo ha hecho? —pregunta.

Colt también se lo ha estado preguntando.

—Creo que usa la casa como una trampa. Quiere que vengamos.

—Entonces... —Naomi examina el desordenado cuarto de Colt—. Este es el único lugar en el que estamos a salvo...

—Mientras no averigüe que ya estamos dentro de la trampa.

—Pero, dado lo deprisa que crece y que cada día es más listo...

—Sí. Calculo que lo averiguará en cuestión de una hora, máximo.

Su cerebro recibe una descarga de comprensión cuando las neuronas, frenéticas, se ponen al día con lo sucedido y conectan las nuevas islas de información. Ah, guau. Vale, eso bastará.

—Ahora tengo que irme, mamá —dice Colt de repente. Se sienta en la silla. Se dispone a conectarse al mundo del juego.

—¿Te traigo agua?

—¿Mmm? Sí, claro.

Ella le da la espalda para marcharse, pero se arrepiente.

—¿Tienes suficientes servidores? —pregunta—. ¿Para luchar contra él?

¿Los servidores? Colt mira a su madre, inexpresivo.

Oh, Dios, ella todavía no comprende en absoluto lo enorme que es el enemigo al que se enfrentan.

—Estos servidores no son para luchar contra el sistema inmunitario, mamá —vuelve la vista para examinarlos—. No son más que mi mando a distancia, para la red que estoy montando. Hará falta mucho más que eso para defendernos.

Y mientras habla con ella, usa los servidores, usa sus privilegios de administrador para introducirse en la trastienda del juego, en las redes seguras globales que lo alojan en todos los continentes.

Vale, ha sobrevivido a una apoplejía.

Ahora vamos a ver si tiene superpoderes.

Resulta útil que la comunidad jugona independiente siempre haya estado en guerra con la vigilancia gubernamental; desde las guerras criptográficas de los noventa, la batalla de las puertas traseras... Los jugadores independientes dirigieron la gran evasión de la red de vigilancia gubernamental; se alejaron de una red abierta, y de una nube abierta y flexible pero vulnerable, y regresaron a las fortalezas medievales físicas cerradas, en las que solo existen unas cuantas entradas y salidas bien protegidas.

Colt hace un mapa del territorio físico del mundo lúdico. Los nodos físicos que almacenan y procesan el juego en el mundo real.

Hmmm. No está nada mal.

Este mundo lúdico lleva años rechazando los ataques de grupos de guerra cibernética estatales, fundamentalistas digitales, ladrones de identidad, chauvinistas y hackers comunes. Y después de cada ataque se experimentaba una mejora. Aprendía de la experiencia. Actualizaba sus defensas.

Es robusto.

Ahora, todos los nodos del juego forman una red hipersegura. No es que sea

sencillo defenderla, no contra los recursos de un estado militarizado; pero resulta más fácil de defender que la mayoría de las redes.

Y Colt necesita que el mundo lúdico lo ayude.

Se acomoda en su silla. La cosa tiene buena pinta. Cree ser capaz de mantener el juego en funcionamiento mientras hace lo que va a hacer, siempre que baje un poco la velocidad y el detalle, a través de mil millones de mundos lúdicos personalizados, y use esa enorme capacidad liberada para sus propios propósitos.

Por supuesto, si se equivoca y el mundo lúdico cae..., tendrá a varios cientos de millones de jugadores muy enfadados con él. Desmantelar todo el mundo lúdico para sus necesidades privadas es el peor paso en falso que puede cometer un desarrollador de juegos independiente. Podría perder sus privilegios de administrador.

La muerte social completa.

Eso le da más miedo que la nube de drones que lo persigue.

120

Colt fija la cancelación de sonido del casco al noventa por ciento. Eso debería bloquear las distracciones menores y permitirle oír cualquier acontecimiento importante en el mundo real.

Después se pone a trabajar en su plan.

Empieza a programar dentro del juego, en el campo de pruebas, porque ese sitio le resulta relajante.

Está programando más deprisa y mejor que nunca cuando un tosco tazón de arcilla le aparece sin avisar en la mano. Los objetos que aparecen en las manos tienen que integrarse. Lo mira. Ah, mamá debe de haber regresado con el agua.

—Gracias...

No integra a Naomi, ni siquiera se vuelve hacia donde se encuentra en la habitación real.

Su voz lejana (el diez por ciento de su voz) le susurra:

—De nada.

Y se marcha otra vez.

Dentro del juego, coloca el tazón de arcilla sobre un canto rodado mientras fuera está dejando la taza sobre su mesa.

Tiene una pared de servidores a la espalda, a toda máquina, recalentados, haciendo el trabajo duro; él solo necesita ver los patrones; reorganizar el viejo código; escribir código nuevo. Un montón de código nuevo. Fluye de él como poesía: fluido, flexible, perfecto en cada símbolo. Se ha convertido en una fuente de código.

Y no basta.

Al atisbar el problema a partir de los datos, calcula cuánto código nuevo va a necesitar. La respuesta le golpea como un puño, de tal modo que el aire se le escapa de entre los labios con un silbido.

—No hay tiempo suficiente —susurra.

Tiempo...

Mira la hora, frunce el ceño.

Algo relacionado con eso hace estallar un recuerdo.

Un recuerdo reciente, dañado al modificar el cableado de su cerebro y que ha quedado a la deriva.

Ah, demonios.

Se suponía que había quedado con Sasha.

Aquí, en el campo de pruebas. Ahora.

Ay, Sasha...

Colt deja de escribir código.

¿Dónde está?

—Colt.

Se vuelve.

Y ella aparece justo a su lado.

Sasha. Con su aspecto real.

Su avatar que no es un avatar.

Colt siente una presión tremenda en el pecho. ¿Qué narices es? Husmea en su interior.

Alguna emoción reprimida.

Vale.

La mira a la cara.

—Llevo un siglo esperándote —dice ella.

—Lo siento —responde Colt. Sé educado—. Lo siento mucho.

Algo se mueve en diagonal entre ellos. Es pequeño, blanco.

Otro.

Y otro.

Sasha alarga la mano y atrapa uno.

Diminuto, fresco y blanco, en la palma de su mano.

Desaparece.

—Siento haberte... tocado así. No lo entendía...

—Ajá —responde ella, mirando a su alrededor—. Mi nieve no debería caer aquí. El aire debería ser demasiado cálido. ¿Qué se ha roto?

—Estoy... Bueno, he estado reescribiendo los algoritmos de integración y se ha liado todo un poco, perdona...

—¿Reescribirlos? ¿Cómo? ¿Por qué?

Colt se encoge de hombros.

—Dime lo que está pasando —insiste ella.

—¿Pasando?

—Algo va mal —dice ella mientras agita un brazo en dirección al horizonte del mundo lúdico, donde las nubes, altas y finas, tienen un aspecto extraño—. Y no puedo ayudarte porque no sé lo que es.

¿Decirle lo que va mal? La presión del pecho empieza a dificultarle la respiración.

Decirle lo que va mal.

—Esto es demasiado —dice, mientras algún que otro reluciente copito de nieve baja flotando de lado desde las lejanas nubes, tan finas y altas.

—Sí, lo es. Pero puedo ayudarte —le asegura ella, mirándolo a los ojos.

La afirmación es tan absurda que Colt casi se ríe, pero no le queda esa capacidad disponible. ¿Cómo va a ayudarlo? No está mejorada. Él está trabajando a pleno rendimiento, se ha actualizado a lo bestia y cuenta con el respaldo de una red global de tecnología segura, y ni siquiera basta con eso.

—¿Cómo? —le pregunta.

—Todavía no lo sé —dice ella—. Primero tienes que contarme qué ocurre.

Alarga ambas manos, despacio, y le sostiene la cara. Los guantes de microfibra transmiten la presión de sus dedos a través del plástico reactivo del casco de Colt, y solo entonces siente el muchacho el temblor de su propio cuerpo.

Ella lo mira a los ojos.

—Puedo ayudarte. No estás solo —dice, y le suelta la cara. Da un paso

atrás—. Ahora, cuéntame qué va mal.

Contarle lo que va mal. Observa el rostro del avatar de la chica, su alucinante rostro, y las emociones que ha estado reprimiendo dentro se expanden hasta que le cuesta respirar.

La avalancha le empuja las costillas hasta que el pecho parece a punto de reventar.

No está solo.

No está solo en el universo.

No está solo...

—Tengo miedo —dice Colt, deprisa, antes de poder pensarlo, analizarlo y rechazarlo—. Cuando hablo contigo, tengo miedo de decir algo equivocado.

—¿Equivocado? ¿Cómo?

—O, ya sabes, malinterpretar lo que quieres decir. Mira lo que sucedió cuando... cuando te..., cuando pensaba que querías que te... —agita las manos delante de él, delante de ella; esto va más allá del territorio que sabe describir—. No se me da bien la gente. Me equivoco.

—Yo también, Colt —Sasha suspira—. Yo también.

—¿Tú? A mí me parece que la gente se te da bastante bien.

Ella niega con la cabeza.

—Lo finjo. Estudio a la gente, veo muchos vídeos. Soy capaz de actuar de la forma apropiada la mayor parte del tiempo. Pero solo presupongo, no sé, como lo haría un neurotípico.

—¿Yo también! —dice Colt—. Yo también... presupongo, y cuando me equivoco, duele...

—Así que los dos seguimos un guion.

—Imagino que sí.

—Entonces, ¿qué pasaría si ninguno de los dos siguiera el guion?

Silencio.

—No lo sé —responde Colt.

—¿Qué pasaría si dijéramos lo que sentimos, sin más, y no intentáramos averiguar cuál va a ser la respuesta del otro? ¿Si dejáramos de protegernos de una mala respuesta?

—No lo sé.

—Vamos a intentarlo. Y pase lo que pase, no le echaremos la bronca al otro.

—Vale.

—¿Nos turnamos?

—Vale.

Silencio.

—Tú primero —dice Sasha.

—Vale... Me gustas —dice Colt.

—Vale.

Silencio.

—A mí también me gustas —dice Sasha.

—No lo dices solo para imitarme, ¿verdad? ¿Como en un guion?

—No. Me gustas. Digo lo que siento.

—Vale.

Colt mira en su interior en busca de algo que decir. Algo cierto. Hay tantas cosas que siente un espasmo de desesperación.

¿Por dónde empezar?

—Voy a decir las cosas más importantes que tengo en la cabeza —dice—. Las más gordas. Quizá no sean relevantes.

—Me parece bien.

—A veces siento demasiado y me duele, y quiero dejar de sentir, así que más o menos me obligo a dejar de sentir, pero los sentimientos no desaparecen, sino que se trasladan a un lugar donde no puedo acceder a ellos. Aunque siguen ahí —hace una pausa. No, con eso basta—. Te toca.

—Vale —Sasha piensa un momento—. A veces siento demasiado para...

—¡Me estás imitando!

—¡No! Deja que termine... Es que tenemos mucho en común, creo. Mi padre..., bueno, mis padres..., creía que me querían, que el problema era que estaban ocupados, que eran descuidados o algo así, pero ahora creo que no me han querido nunca, y eso me hace sentir... fatal —sus labios se tuercen de un modo que entristece a Colt—. A veces hago cosas estúpidas con tal de no sentir eso. Bebo demasiado. Conduzco demasiado deprisa. Y más...

Colt asiente para demostrarle que lo ha escuchado, que lo entiende. Sasha le devuelve una sonrisa, y Colt se siente genial.

—Me encanta mirar tu cara —dice a toda prisa—. En el mundo real. Es como debe ser. Nunca he visto nada que me guste tanto. No porque sea bonita, como en las películas, sino porque es tu cara.

—¿Mi cara? Colt, eso...

—Al verla es como si me llenara de luz, calor y... energía —dice él—. Quiero estar contigo, pero tengo que hacer todo este trabajo porque mi padre

intenta matarnos a mi madre y a mí. Y no creo que pueda hacerlo porque no hay tiempo.

—Espera...

—Pero tú pareces brillar. Para mí no eres como los demás objetos del universo...

—Espera, espera, ¿quién intenta mataros a ti y a tu madre? ¿Tu padre?

Decirle todo eso está soltando el nudo de su pecho, así que sigue adelante; no puede detenerse, ha empezado a salir, así que tiene que salir todo. No reconoce las palabras como ciertas hasta que las pronuncia; son palabras que no sabía que iba a pronunciar...

—Cuando estabas en mi dormitorio y te miraba, era como si te brillara la piel...

—Colt...

—Mis sentidos la veían brillar. Me sucedió una cosa en el cerebro, y pienso mucho en ti, y cuando pienso en ti es como si algo me faltara, como si me faltara una parte de mí.

—Colt, por favor...

—Siempre me he sentido solo, pero no me daba cuenta porque creía que era lo normal, quiero decir, me siento solo cuando estoy solo, claro, pero también me siento solo cuando estoy con cualquiera que no seas tú. Pero contigo no me siento solo. No me siento solo. Y no sabía que pudiera no sentirme solo. No lo sabía —hace una pausa, y ella está a punto de hablar, pero hay algo más, algo más que debe decir, que no quiere decir pero que debe decir, y dice—: Y era demasiado y hui. Debería haber respondido que sí.

Cuando Sasha está segura de que ha terminado, suspira y dice:

—Ay, Colt, eres tonto. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Antes no lo sabía —Colt mira el asombroso rostro de Sasha. No parece contenta, ni tampoco triste, pero su rostro hace algo. Él intenta descifrar esa expresión, pero no puede, y se asusta—. Es que tenía este... sentimiento tan grande. Y tenía miedo.

—Lo entiendo.

—Te toca.

Sasha vacila.

—Son muchas cosas, Colt. Voy a tener que pensar en ello.

—Vale.

—Pero me alegro de que me lo hayas contado.

—Vale.

Se miran a los ojos hasta que Colt se siente a punto de estallar.

Ella se restriega la cara, de izquierda a derecha, con fuerza, usando la palma de la mano derecha.

—En serio, Colt, tengo mucho que procesar. No puedo... Ha sido... más de lo que esperaba.

—¿Estás enfadada conmigo? ¿Estás...? ¿Es...?

—Es mucho que procesar. Deja que lo procese. Te responderé más tarde.

—Vale —dice Colt—. Vale.

—Vale —dice Sasha, que aparta la vista—. Entonces, ¿por qué intenta matarte tu padre?

Y Colt le habla del trabajo de su madre. De su actualización. De la base de su padre. Del sistema inmunitario. De la destrucción del laboratorio.

—Caramba —dice ella, y observa las extrañas nubes que se acercan—. ¿Y cuál es tu plan?

—Bueno, se me da muy bien identificar patrones. Sobre todo ahora, después de la... ¿actualización? Lo bastante bien como para, a veces, proyectarlos en el futuro. Vamos, que no se trata tan solo de una suposición o de una probabilidad, sino de predecir el futuro, por así decirlo.

Sasha parpadea al oírlo, pero dice:

—Vale. ¿Y?

—Necesito modelar el sistema inmunitario y ver si soy capaz de predecir lo que hará. Si encuentro el modo de... —deja la frase en el aire.

¿Destruirlo?

¿Escapar de él?

Bueno, no lo sabrá hasta que ejecute algunas simulaciones...

—¿Apagarlo? —pregunta Sasha.

Colt niega con la cabeza.

—Está diseñado para que sea imposible apagarlo. Pero si logro que ataque a otro objetivo... o que se enfrente a una amenaza mayor, quizá dejemos de ser una prioridad... O si consigo que se ataque a sí mismo de algún modo...

—O si lo convences de que estás muerto...

—Sí, hay un montón de posibilidades —se restriega la nuca. Músculos tensos. Se los aprieta, intenta soltarlos, relajarlos. No pienses en lo que sientes—. Pero si intento probar esas opciones en el mundo real... solo podré elegir una, y solo tendré una oportunidad. Y si me equivoco, moriré. No tengo

munición infinita. No tengo vidas ilimitadas.

—Vale. Lo entiendo. ¿Y si...?

Pero, en realidad, Colt no está escuchando, está demasiado nervioso, todavía persiguiendo sus propios pensamientos.

—Pero si consiguiera integrar con precisión el sistema inmunitario aquí, dentro del juego, si pudiera verlo, comprenderlo como modelo..., entonces ejecutaría algunas simulaciones para ver cómo actúa. Podría experimentar sin hacer que maten a mamá, que nos maten a los dos...

—Dios, Colt, eso es mucha programación... —Sasha mira a su alrededor —. Pero supongo que el mundo lúdico ya contiene un modelo del mundo...

—Eso es lo que pensaba. Pero... —su voz se apaga.

El problema es demasiado grande.

En realidad, nunca se había parado a pensar en lo que habían construido allí. Para él, el mundo lúdico era el mundo; contenía todo lo que necesitaba, todo lo que quería. Un mundo en el que poder ser él mismo. Solo, libre. Creía que contenía todo lo importante.

Pero, por supuesto, la América del mundo lúdico es una América antigua, anterior a la electricidad, radicalmente simplificada. El sueño libertario y anárquico de un continente en el que los héroes y los cobardes construyen su propio destino. Crear, destruir, trabajar en las minas, cosechar; lo haces y lo recoges con tus propias manos y las herramientas que fabricas. Un lugar, un no-lugar, donde solo estás tú, y las rocas, y el viento. Es el esqueleto de América, el fantasma, con cada nivel de gobierno extirpado quirúrgicamente: el federal, el estatal, el local, el tribal. Todas las estructuras sociales eliminadas. Todas las estructuras tecnológicas, las estructuras culturales. Un boceto mínimo.

El sueño tecnológico de un mundo antes de la tecnología.

Ahora se da cuenta de todo lo que han dejado fuera.

El problema es demasiado grande.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Sasha, y el hecho de que repita la palabra que él acaba de pensar lo sacude, es como si le hubiera leído la mente. Se le tensan los músculos a modo de respuesta, de miedo, y se pone a balancearse sobre los talones—. El mapa del mundo natural de este sitio es increíble —dice ella—. Has hecho un trabajo fantástico. Es complejo, interdependiente; un ecosistema completamente modelado...

—Sí, claro. Hemos clavado la naturaleza. Pero este mundo humano es... —

trata de encontrar la palabra adecuada. *Miip, Miip*— de dibujos animados.

—Bueno, el mundo lúdico es un sistema de modelado. Modelar un mundo complejo es su propósito. Así que puedes... modelarlo, integrarlo...

—Pero ¿cómo? ¿Cómo puedo integrar una nube de drones, vehículos que se conducen solos, misiles, vigilancia total? —Colt está a punto de llorar—. No puedo hacerlo, no tengo tiempo para crear un grupo de drones, vehículos autónomos... No hay modelos de drones para renderizarlos. El mundo lúdico no tiene gráficos para ellos, la física..., tardaría demasiado en crear toda una nueva clase de objetos... No hay modelos de sociedad humana en los que incrustarlos...

Sasha alarga de nuevo los brazos y le sostiene la temblorosa cara. Después lo mira a los ojos y dice:

—Los drones vuelan. Planean. Observan. Matan.

—¡Sí! Es demasiado...

—Así que tienes que modelar águilas...

—Sí...

—Pero ya tienes águilas reales, Colt. Halcones reales, y palomas. Cuervos, buitres y gorriones reales, en el juego. Tienes relámpagos. Tienes búfalos. Osos. Ovejas. Ganado. Serpientes.

Y Colt lo entiende.

—¿Quieres que lo construya... con metáforas?

Sasha asiente.

—El mundo del juego es un ecosistema. Y también lo es el mundo de la vigilancia. Reglas similares. Depredadores y presas...

—¡Sí! Se integran...

—No tendrías que cambiar gran cosa. Ya existen, tienen instintos asesinos, rastrean, vuelan; se llaman entre ellos, planean y matan. Solo tienes que ajustar las velocidades y las alturas, algunas variables. Una reprogramación mínima, mínima.

Colt ya ha empezado.

Le asigna un pájaro, un animal, a cada dron, a cada vehículo autónomo del sistema inmunitario del mundo real.

Un animal espiritual, piensa.

Hay que asignarle a cada máquina un animal espiritual...

Esa idea tan absurda lo hace feliz.

El código empieza a cobrar vida.

Envía bots a la enredada jungla electrónica del mundo real en busca de pistas, de metadatos —huellas, rastros, excrementos—, cualquier cosa que revele lo que está haciendo el sistema inmunitario.

Después busca los patrones en los datos.

Los integra en el mundo lúdico.

Deja que el cuervo sea un cuervo...

Los drones aparecen espontáneamente en el cielo azul.

Dos cuervos ciegos lo miran. Un águila vuela alto, muy alto.

Otra águila.

Así que ahí están. Los asesinos.

—Mientras estás ejecutando las simulaciones en el juego —dice Sasha—, ¿cómo vas a mantener vigilados los recursos del mundo lúdico?

—¿En la red?

—Sí. ¿Qué pasa si el sistema inmunitario ataca?

—Ah, sí —dice Colt, y vincula la fuerza de ataque del sistema inmunitario al sonido del viento.

Escucha.

El viento susurra. Las extrañas nubes están más cerca, aunque no avanzan deprisa. Un único cristal de nieve baja flotando; lento, tranquilo; se estrella contra el suelo del desierto y se evapora.

Ningún ataque todavía. Bien.

—Mmm —dice Sasha—. Está bien para los ataques importantes, pero ¿qué pasa si intentan un asalto individual sobre un solo nodo? No creo que afectara al viento. Puede que ni siquiera recibas la notificación.

—Tienes razón.

—Es obvio que no eres lo bastante paranoico para este trabajo —responde ella, sonriendo—. Con eso puedo ayudarte, sin duda.

—Entonces ¿qué hago?

—Bueno, si estás ejecutando simulaciones aquí y codificando mientras estás dentro del juego... necesitas una interfaz visual, dentro del juego, que te muestre cada uno de los nodos individuales, en directo, constantemente.

—Vale. ¿Qué tal... esto...?

Asigna a los principales nodos de la red sus propias identidades individuales y los integra en el juego como búfalos, de modo que pueda saber de un vistazo lo que hacen, cómo se comunican e interactúan.

Una sencilla interfaz visual que utiliza los recursos que ya están en el juego

y no necesita más que unas cuantas líneas de código.

—Vaya, me gusta —dice Sasha.

Colt los oye antes de verlos. El perezoso trueno de sus cascos.

Una inmensa manada de búfalos.

Brotan del valle, entre dos colinas, y trotan hacia él esquivando un cráter antes de lanzarse al galope, resoplando, levantando polvo.

—Mira —dice Sasha, y señala a uno.

Una cría está enferma, se ha quedado atrás.

Colt se concentra en ella.

Ah, sí. El nuevo centro de datos de Islandia. Algún problema con los cables que lo conectan con el continente europeo... Vaya, esta interfaz es genial.

—Bueno, parece que funciona —dice Sasha.

—Sí...

Y ahora Colt se mueve entre el mundo lúdico y el código, una y otra vez, analizando, diagnosticando...

¡La leche! Deben de ser robots submarinos... Han entrado en los cables bajo el agua, a kilómetro y medio de profundidad. No hay nada que pueda hacer.

Mierda..., esto es... es... una puta...

No debe decir palabrotas. No debe.

Pero esto no es bueno. El sistema inmunitario está usando recursos extranjeros. Robots de inteligencia naval de la Agencia de Seguridad Nacional... Está creciendo. Puede poner a sus órdenes todo lo que quiera. Colt se estremece, a pesar del calor. El sistema sí que cuenta con munición infinita...

Reasigna las tareas del nuevo centro de datos de Islandia al viejo centro de seguridad de la India, que es enorme.

Un búfalo se acerca al becerro enfermo. Gruñen y se acarician con el hocico.

—Ah —dice Sasha, aprobadora—. Estás integrando la transferencia de datos dentro del juego...

Los datos se han transferido. Colt, a punto de sacar a Islandia de la red, vacila.

—Si la ASN está interceptando sus datos de todos modos...

—Podríamos darles algo interesante que digerir —concluye Sasha, sonriendo.

Crean rápidamente un flujo de datos falso, lleno de malware.
El gran búfalo trota de vuelta a la protección de la manada.
El becerro enfermo se aleja del resto y se interna en el desierto.
—Ahí —dice Colt, señalando.
—¿Dónde? Ah, sí... —responde ella, que ha visto a los coyotes.
Los coyotes rodean a la cría. La derriban...
—Estaba en lo cierto —dice Colt—. La ASN...
Colt y Sasha, felices, observan a los coyotes matar. Comer.
El malware tiene un temporizador. La ASN no notará nada hasta después de habérselo tragado todo...
Bien, ahora al trabajo de verdad.

121

Colt prepara un puñado de simulaciones.
Primero, una forma de atacar al sistema inmunitario que parece prometedora.
Segundo, otra forma que no parece tan prometedora, pero que sería asombrosa si tuviera éxito.
Tercero...
Y así.
Estrategia tras estrategia.
¿Qué podría funcionar? ¿Defensa? ¿Ataque? ¿Distracción? ¿Camuflaje?
Bueno, el sistema inmunitario se lanzó antes de tiempo. Podría tener algún error de programación en sus defensas. Defectos... Claro, está diseñado para comprobar su propia seguridad, para reparar sus puntos débiles; pero quizá siga siendo vulnerable...
Intentará primero la estrategia de ataque más prometedora.
Lanza el ataque.
Colt ha hecho todo lo posible por ocultar su identidad, su ubicación, pero en cuanto introduce las órdenes, en cuanto envía información al mundo, el sistema inmunitario la usa para localizarlo. A velocidad de vértigo.
Un águila baja en picado; un águila más grande de lo normal, más rápida de lo normal, que Colt ha modificado para integrarla en un sistema de misiles con drones Gorgon. Cae sobre él con las garras abiertas y le golpea al pasar

volando, de modo que le desgarró la ropa y el costado.

No es más que un suceso dentro del juego, pero Colt ha olvidado que desconectó todo el software de seguridad incorporado cuando personalizó el casco y el mono de microfibras.

El casco y el traje transmiten toda la fuerza del golpe, sin filtros, y es mucho peor de lo que imaginaba.

Sufre una conmoción, grita.

Dentro del juego, el águila le arranca a Colt el hígado a través de la herida.

Se alimenta.

Cuando el juego se funde en negro, Colt, que está perdiendo la vista, pulsa el botón de reinicio.

Vuelve a aparecer en el mismo sitio, todavía tumbado en el suelo, adonde lo ha lanzado el impacto del águila; con los ojos aún cerrados por el dolor.

Le llegan informes de la simulación en forma de datos en bruto, directos a su nueva y remodelada corteza visual. Los revisa sin abrir los ojos.

Guau, guau, guau. Las defensas del sistema son asombrosas. Ha bloqueado cosas que no creía que fuera posible bloquear. Lo ha rastreado con una velocidad y una astucia increíbles. El sistema inmunitario se ha anticipado a sus intenciones. Le ha ganado.

Eso duele.

Abre los ojos.

Sasha está de pie, a su lado.

—Bueno, no ha funcionado —dice Colt con voz débil.

—Dios, Colt, reinicia tu traje.

—Sí, debería.

Pero no lo hace.

¿Por qué no? Porque... porque debería correr peligro en estas simulaciones. Debería correr el riesgo de hacerse daño. O no será... no será lo bastante real.

Vale. Otra simulación.

Esta vez vamos a intentar escondernos...

La ejecuta y muere.

Cuando abre de nuevo los ojos, Sasha está inclinada sobre él, sosteniéndole la cabeza. Mirándolo a los ojos.

Le duele la cara. El águila le ha dado en el pómulos, le ha roto la cavidad ocular y le ha arrancado el ojo; y el casco, con la seguridad desactivada, ha

hecho todo lo posible por integrar el pómulo roto y la cuenca rota. No se le ha dado nada mal. Nada está roto en el mundo real, pero va a sentirse magullado.

Para retrasar el momento de ejecutar la siguiente simulación, dice:

—¿Cómo sabes tanto sobre hombres y... eh...? —no le sale la palabra para expresar lo que quiere decir, así que deja la frase inacabada.

—Empecé pronto.

—Vale.

—Cometí todos los errores.

—Supongo que así es como se aprende.

—Pues sí.

—Noto una sensación extraña —dice Colt.

—Qué me vas a contar.

¿Es un comentario sarcástico o una pregunta? Colt le da vueltas. No consigue averiguarlo.

Se lo voy a contar, de todos modos.

—Creo que mi... —¿cuál es la palabra correcta?—, que mis heridas... encajan con las tuyas —dice—. Como dos mitades de algo roto.

—Con bordes irregulares que no pueden encajar con ninguna otra cosa —dice Sasha.

—¡Sí! Pero entre ellas encajan muy, muy bien.

—Como las dos mitades de una serba.

—¿Qué es una serba? —pregunta Colt.

Sasha le recorre con un dedo la mejilla amoratada.

Sigue el rastro que dejaría una lágrima, si alguna vez llorara.

—Es una especie de manzanita muy rara —le explica ella—. Verás, Zeus estaba celoso de los seres humanos, que éramos estupendos, así que nos cortó en dos, como si fuéramos serbas, y desperdigó las mitades. Y desde entonces la gente ha vagado por la tierra sintiéndose incompleta.

—¿En busca de su otra mitad?

—Sí. Y si tienen una suerte loca, la encuentran.

—Sí —mira a los ojos de su exacto avatar—. Encajamos.

—Sí.

Vale. Ya no le duele tanto la cara.

Ejecuta la siguiente simulación —un intento de engañar al sistema para que se ataque a sí mismo— y el sistema reconoce la trampa de inmediato y lo mata.

Colt y Sasha se miran a los ojos y hablan mientras él ejecuta una simulación tras otra, un enfoque distinto tras otro, una y otra vez.

Él le habla, ella le habla, y los dos evitan mencionar las consecuencias de lo que sucede una y otra vez, cuando los cuervos llaman a las águilas que los sobrevuelan, y las perezosas águilas bajan en picado desde el cielo y le arrancan el hígado y lo matan una y otra vez.

122

La única forma de controlar la naturaleza es obedecerla.

FRANCIS BACON

Ha agotado todas las opciones probables.

No hay solución, piensa Colt. No. Hay. Solución...

Por el rabillo del ojo ve un relámpago y una nube, y un disparo retumba en las colinas.

Procede del borde del cráter más cercano...

Un búfalo cae de rodillas sobre la tierra cuarteada. Sus enormes cuernos tocan el suelo polvoriento.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Sasha, al tiempo que levanta la vista del código.

Rifle, gran calibre, piensa Colt. Así que no es un ataque sutil. Y está muy cerca.

—El sistema inmunitario acaba de cargarse un nodo grande —dice Colt, que ya está intentando arreglarlo—. No está muerto, pero...

No puede arreglarlo. Maldita sea.

—¿Cuál?

—Río de Janeiro.

Sasha observa cómo se divide la manada, nerviosa, asustadiza.

Ve las implicaciones.

—No es bueno —dice—. Todos los nodos sudamericanos son ahora vulnerables...

Colt asiente.

—Tengo que sacarlo todo de allí.

—Todavía puedes dejar que los de Brasil, Argentina y Chile se encarguen del paisaje, de lo menos importante.

—Cierto.

Permuta unas cuantas tareas. Prueba de nuevo a recuperar el nodo de Río.

El búfalo herido intenta levantarse. No puede. Cae de nuevo de rodillas.

Maldita sea. Vale, ejecutará el ataque real al sistema inmunitario con los nodos que es capaz de defender.

Los dos vuelven al código, aunque dentro del juego.

Esto es... ¿amigable?, piensa Colt, que mira al avatar de Sasha mientras ella frunce el ceño, absorta en el código. No es una palabra que haya usado antes y no está seguro de emplearla bien. ¿Qué diría su madre?

Es agradable. Esto es agradable.

Sasha levanta la vista y capta su mirada.

—Creo que puedo cegar al sistema inmunitario —dice.

—¿Cómo?

—Nieve... —responde ella, encogiéndose de hombros—. He estado trabajando en un código de defensa fractal que se expande hasta el infinito dentro del sistema de un agresor.

—¿Como una especie de ataque de denegación de servicio desde dentro?

—Sí, exacto. Es mínimo, un fragmento diminuto de código, así que resulta fácil colarlo. Pero se expande como un poseso y los obliga a resolver unos copos infinitamente complejos. Los deja secos desde dentro...

Otro disparo, y esta vez Colt oye el impacto de la bala en el hueso delgado que está justo debajo de la oreja del búfalo.

Eso no es bueno, no es bueno.

El búfalo gime y cae de lado.

Las colinas pierden textura.

El cielo se vacía de color.

El nodo de Río desaparece.

—Está atacando los nodos uno a uno —Colt nota que le tiembla la voz. Intenta usar un tono más grave, estabilizarla—. Está matando mi red... —no, ahora suena más profunda, pero aún temblorosa. Maldita sea. Vuelve a su voz normal—. Tengo que lanzar un ataque mientras todavía me queden recursos...

—Pero no has encontrado ningún enfoque que funcione.

—Hay un par de ellos que podrían funcionar —dice. Ella lo mira. Abre mucho los ojos—. Bueno, uno. Si lo adapto un poco.

Su mejor modelo dice que las posibilidades de éxito son solo del veinticinco por ciento. Y ha fallado en la simulación.

Pero si no hace nada, sus posibilidades de éxito se reducen a cero.

Revisa el modelo, intenta averiguar cómo mejorarlo.

Otro disparo, desde el borde de otro cráter; otro búfalo que cae.

No, no hay tiempo para perfeccionarlo. Está perdiendo nodos y recursos mucho más deprisa de lo que es capaz de mejorar el plan.

Se acabaron las simulaciones.

No hay tiempo.

Lanza el ataque.

123

Cualquier especie en evolución debe contemplar con reservas a los primeros miembros que muestren signos de cambio, y los considerará seguramente peligrosos o locos.

ALAN WATTS, *El libro del tabú*

En cuanto desencadena el mundo lúdico sobre el sistema inmunitario, sabe que ha cometido un error.

El mundo lúdico es grande, es rápido, es listo, pero no es un sistema ofensivo. No fue diseñado para acabar con otras redes. Puede intentar atascar el sistema inmunitario, sobrecargarlo con ataques puntuales, pero el sistema inmunitario..., bueno, es un sistema inmunitario. Se alimenta de ataques. Atrapa los datos de los ataques, descubre de dónde proceden y se dirige a por esos servidores, los nodos de control...

El mundo lúdico cuenta con unas ciberdefensas asombrosas, claro.

Pero el sistema inmunitario tiene ciberdefensas y misiles. Muchos misiles.

No es una pelea justa.

El sistema del juego trabaja para integrar en él lo que sucede en el mundo real.

Sin embargo, las metáforas visuales empiezan a derrumbarse.

—Colt... —es Sasha, pero no tiene buen aspecto. Las líneas, los detalles de su cara todavía parecen reales, pero los colores no son estables—. No puedo

quedarme en el juego, hay problemas con la conexión donde estoy, en el mundo real...

Sus ojos se vuelven verdes, después castaños.

La piel adquiere un tono rojo amarillento, después tonos de azul pálido. Sabe que es una ilusión causada por el fallo de los colores, pero parece fría, helada.

—Terminaré mi código fuera del juego y después volveré...

—Sasha...

Pero se ha ido.

No ha tenido tiempo de reaccionar.

El mundo lúdico se deteriora tan rápido que apenas le da tiempo a mostrarle los daños a Colt.

Los búfalos se ponen nerviosos, muy nerviosos, dan vueltas, rodean a las crías y se agrupan para protegerse.

Las nubes son más densas. Pierden altura, se acercan.

Las pieles apelmazadas de los búfalos generan una estática tremenda cuando se restriegan entre ellos bajo el cielo, cada vez más cercano, y una repentina luz eléctrica azul les recorre los lomos y les ondula los cuernos.

Iones sobreexcitados.

Fuego de San Telmo.

¿Qué narices está integrándose? Nada bueno...

Colt va cambiando de la vista del juego al código en bruto, reescribiéndolo, contraatacando.

Y ahora oye una ráfaga de disparos rápidos, rítmicos, que salen de los bordes de los cráteres.

Ametralladoras, piensa. Mierda.

El sistema inmunitario ha resuelto la arquitectura técnica del mundo lúdico. Ha averiguado dónde está todo.

La manada de búfalos cae abatida de forma metódica.

Se derrumba en charcos de luz eléctrica azul.

Todavía no resulta evidente que este mundo se acaba.

El juego se enfrenta a la escasez de procesamiento sin romper la estructura.

No hay alertas. Nada más que un largo y lento cierre que tiene sentido dentro de la historia, dentro de la lógica del juego. Ventiscas, niebla, una tormenta de polvo...

Pero Colt presiente el apagado. La visibilidad dentro del juego empeora. Las nubes acechan cada vez más cerca, más bajas, más oscuras, a medida que el clima refleja la integración de la actividad de la ASN, la ASI, el sistema inmunitario en sí, a medida que este conquista recursos.

Pronto llegarán al sol.

El viento se convierte en un aullido.

Colt dedica más potencia de procesamiento a defender los nodos supervivientes. Lo que le resta recursos al juego en sí.

Por todo el mundo, los jugadores salen rebotados del juego por la falta de recursos. Las quejas se suelen procesar sin problemas a través de una IA enorme de código abierto; pero decenas de millones de jugadores enfadados la sobrecargan, y la IA comete fallos.

Dios, esto es horrible...

Tener a decenas, puede que a cientos de millones de jugadores enfadados intentando volver a meterse en el juego, caóticamente, va a restarle un montón de potencia.

No, tiene que hacerlo.

Están mutilando, matando, un nodo tras otro.

Cada vez se renderiza menos territorio circundante.

Colt envía una nota de administrador de alto nivel a los jugadores de todo el mundo.

«Nos hemos visto obligados a realizar una desconexión no programada. Se ha producido una violación de la seguridad que necesitamos solucionar de inmediato. Por desgracia, todos los jugadores que no estén programando activamente tendrán que permanecer fuera del juego hasta que se resuelva el problema. Nuestras disculpas. Os avisaremos en cuanto el mundo lúdico esté de nuevo disponible.»

Respira hondo y bloquea a todos los jugadores.

Al instante le llegan los recursos disponibles, y consigue volver a controlar la defensa.

Espera; tiene que dejar entrar a Sasha...

La exime.

Vale, ahora a defender...

Pero el sistema inmunitario reacciona enseguida a su respuesta.

Dios mío. Va hacia él, desde el norte. Aparta de su camino las nubes existentes. Las absorbe. Hace que no parezcan nada.

Un inmenso muro pálido.

Que palpita.

Más cerca...

¿Una tormenta de polvo?

Algo le roza la cara. Intenta tocarlo, pero ya se ha ido.

Tiene la mejilla mojada.

Ahora baja flotando otra cosa, un copo de...

Lo coge con la punta del dedo, se lo acerca a los ojos.

Contiene el aliento. El cálido aliento.

Un copo de nieve.

Examina la estructura cristalina hasta que el calor del dedo disuelve el delicado fleco fractal, y luego el intrincado núcleo de cristal hexagonal también se deshace, y ya no es más que una gota de agua.

Empieza a nevar en el desierto, por todo el campo de pruebas.

Por supuesto.

La nieve de Sasha.

Su código normal es muy elegante y emplea muy poca memoria. Copos de nieve fractales que parecen infinitamente complejos, pero que apenas usan recursos.

Estos copos son muy diferentes.

No son fractales.

Nada se repite.

Cada cristal avanza hacia una complejidad infinita, una diferencia infinita.

Absorben los recursos del mundo lúdico, que intenta renderizar cada uno de los cristales.

Pero... si la nieve de Sasha aparece dentro del juego..., en el mundo lúdico..., en el desierto...

Entonces, o bien el sistema inmunitario le ha arrebatado su arma a Sasha y la está usando contra ellos, o bien...

Ay, mierda.

El sistema inmunitario ha conseguido entrar en el juego. Ella está combatiéndolo dentro del juego.

El sistema está aquí.

La nieve recubre los detalles del mundo; ralentiza el movimiento hasta reducirlo a la nada; congela los escasos charcos de agua azul de Prusia, y deja inmóviles a animales y pájaros.

Extiende una manta sobre el mundo lúdico, que se va a dormir.

Detiene toda vida y movimiento dentro de la lógica del juego.

Las montañas desaparecen.

Una luz gris y sin sombra se precipita sobre la manada de búfalos en dirección a Colt mientras las nubes se deslizan por delante del sol, y ahora lo abrumba la nube blanquecina de copos arremolinados.

Mira el torbellino del vacío hasta no saber bien qué es arriba y qué abajo.

La voz surge del blanco.

—¿Colt?

La voz de Sasha.

—¿Colt?

Y se da cuenta de que él también se está apagando. La batalla entre el sistema inmunitario y el mundo lúdico está congelando su código por la red, nodo a nodo. Está congelando el código hasta llegar a los servidores que tiene detrás. Pronto no será capaz de pensar.

Está batallando en demasiados frentes.

El sistema está ganando. Es decidido y brillante, y está ganando.

Pero Sasha ha vuelto. Ha vuelto al juego.

El mundo desaparece a su alrededor hasta que solo quedan ellos dos.

Colt les ha dado prioridad.

Pero si el sistema inmunitario ejerce un poco más de presión, el juego ni siquiera será capaz de mantener sus avatares.

Colt nota que se le contrae el estómago cuando intenta averiguar lo que está sucediendo.

Tanto el mundo lúdico como el sistema inmunitario tienen ahora código ejecutándose dentro del mismo nodo, luchando por el control del núcleo, por eliminar al otro.

El mundo lúdico está sufriendo un ataque de pánico, una crisis nerviosa.

Ya no sabe quién es.

El viento se levanta de nuevo, y la nieve crepita y canta mientras un billón de copos crecen, se combinan y chocan, con un hielo tan duro que las colisiones de los cristales suenan a metálico.

—Necesitas un enfoque completamente distinto —le grita Sasha para hacerse oír por encima de la tormenta.

—Pero ¿qué? ¡Lo he intentado todo! —dice Colt desolado—. Cuanto más lo ataco, más recursos extrae de otra parte.

—Tienes que entenderlo.

—¡No tengo que entenderlo! Tengo que destruirlo.

El sonido del viento lo está volviendo loco. ¿No se supone que las tormentas de nieve son silenciosas? Su pensamiento está tan cerca de la congelación que se le ha olvidado que ha ajustado el volumen del viento para representar la fuerza del ataque del sistema inmunitario. Para mostrar el porcentaje de recursos que el mundo lúdico usa para defenderse. Y ahora es un grito.

—Mmm —dice Sasha, que le acerca la boca a la oreja para que la oiga—. ¿Por qué lo atacas?

—¡Porque él me ataca a mí! —responde Colt mientras otra parte de su cerebro fragmentado lanza un último ataque a la desesperada.

Sueno como mi padre, piensa, asombrado.

—Ajá —le dice ella al oído, y después le aprieta la mano.

Y él ve a través de sus ojos, desde fuera...

—Es un bucle que se retroalimenta —dice Colt—. Cuanto más le grito, más me grita. Cuanto más ataco, más me ataca. Estoy consiguiendo que crezca, que se enfade, que empeore...

—Sí —susurra ella desde el ojo de la tormenta—. Sé un poco de esto porque es lo que hacía yo con mi padre.

—Así que...

—Uno de los dos tiene que parar.

—Gracias. Gracias.

Pero el sistema inmunitario todavía está reaccionando al ataque que Colt acaba de lanzar.

Y lanza otro ataque, desde el interior del mundo lúdico, arrebatando recursos, capturando nodos.

La nieve de Sasha gana densidad en un intento de frenar la agresión.

El mundo lúdico se atenúa, parpadea, porque los nodos prefieren suicidarse

antes que dejarse capturar.

Y ahora los copos de nieve son tan grandes que empiezan a unirse para formar frágiles figuras en el aire. Como esculturas quebradizas. Forman un arco, una jaula de hielo alrededor de Colt y Sasha.

Bloquean el complicado universo y convierten el mundo en figuras geométricas que ocupan toda la visión de Colt.

—Tu nieve... es preciosa —dice.

El viento silba y después aúlla a través de los cristales entrelazados. Se apila cada vez más nieve contra la jaula, que termina desmoronándose por la presión. Les golpea con fuerza y aparta a Sasha de Colt.

Ella intenta sujetarlo.

Él intenta agarrarla.

El viento grita tan fuerte que Colt ni siquiera oye la voz sorprendida de Sasha cuando su avatar empieza a fallar y la chica desaparece.

¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Un copo de nieve le aterriza en el dorso de la mano extendida.

Hay algo en el copo... Frunce el ceño. ¿Qué le ha llamado la atención?

Ha caído en contra del viento. No se ha dejado llevar por él.

Levanta la mano.

El copo es muy asimétrico, incluso más que los otros. Se lo acerca más y contiene el aliento por temor a fundirlo.

Dios mío, cuánto detalle.

Los cristales, largos y cortos, se abren en abanico por todo el borde.

De repente, el copo de nieve se vuelve negro.

Vaya. Sasha no se ha ido del juego, sino que el mundo lúdico no puede o no quiere renderizar su avatar.

Pero ella sigue controlando el código de los copos.

Está programando cada uno de ellos.

Código, piensa Colt. Código. Madre mía...

El copo tiene un patrón con sentido. Colt ve el significado alzándose de los cristales que rodean el borde, de la misma manera que otros podrían ver colores o formas.

¿Es código Morse? No.

Binario. Los cristales cortos son ceros. Los largos, unos.

Las letras son números.

Sencillo. Sin mayúsculas ni minúsculas, sin puntuación.

Solo del 1 al 26.

Del 1 al 11010.

Largo es 1, que es A. Largo corto es 10, que es B. Largo largo es 11, que es C...

Lee el copo de nieve negro.

POR QUÉ ESTÁS MODELANDO EL SISTEMA INMUNITARIO, dice.

—Para entenderlo —le grita al viento.

Un segundo copo asimétrico aterriza contra el viento en el dorso de su mano.

Se vuelve negro.

Lo lee.

U... M... espacio... H... M... M...

Oh, no, ha cambiado el código, o lo han interceptado y alterado, o está roto, falla... Espera, léelo entero... Ah... Espera...

UM HMM Y POR QUÉ

Es fonética, está dictando...

NECESITAS ENTENDERLO

—Para luchar contra él —grita Colt.

Otro grueso copo de nieve se desplaza lateralmente desde el remolino para aterrizarle en la palma de la mano y se vuelve negro.

MMM Y ENTIENDES TU PROPIO SISTEMA

Intenta encontrarle sentido a la pregunta. ¿Qué sistema? Sé educado.

—¿Cómo dices?

LUCHAS POR CONSEGUIR LO QUE QUIERES

—Sí.

QUÉ ES LO QUE QUIERES

—No quiero que mi madre muera.

BUENO CUÁL ES LA MEJOR FORMA DE CONSEGUIRLO

No sabe cómo responder. Otro copo de nieve le cae en la mano.

QUIZÁ DEBERÍAS MODELARTE TÚ PRIMERO COLT

Se queda como está, en el desierto, helado. Al final le cae otro copo de nieve.

ACASO TE HAS MODELADO

Está muy cansado.

Tiene mucho frío.

No sabe qué decir.

Y copo a copo, cada vez más deprisa, la nieve del mundo lúdico se vuelve negra.

El viento muere.

¿Han ganado?

La nieve deja de caer.

Del enorme cielo oscuro baja, cae, un águila negra.

Ni siquiera está renderizada del todo, ni coloreada, ni dibujada.

El fantasma de un águila.

Le abre el costado, se alimenta de su hígado.

No es el águila de Colt.

No es un modelo.

Es el sistema inmunitario. Dentro del juego.

Ha perdido el nodo.

126

Y está otra vez en su habitación.

En su silla.

En su cabeza.

Donde siempre ha estado solo.

Oye a su madre en la distancia, en el cuarto de baño, llorando.

Ahora no hay tiempo para eso.

No hay señales de Sasha, no se la ve, no se la oye.

Está solo, solo, solo.

Ella no está ahí.

Pero hay otra cosa.

Sobre la ventana cae una sombra que pasa.

Colt, atrapado entre mundos durante un instante confuso, piensa: otra águila; pero por, supuesto, es un dron.

Uno grande, muy grande. Olisquea la casa como un sabueso inmenso.

¿Busca calor?

No.

Además, no puede verlos en ninguna frecuencia a través del vidrio inteligente de un solo sentido. Pero... Un momento... Oh, no.

Es un dron de narcóticos. Un rastreador químico de alta sensibilidad. Intenta

detectar sus feromonas, su sudor evaporado.

Su miedo.

El aire delator de los pulmones humanos.

Con ese tamaño no llevará solo sensores (los drones detectores de olor pueden ser del tamaño de un colibrí, de una abeja); también es un ariete.

Ay, caray.

El sistema inmunitario ha incautado un dron de narcóticos de los SWAT.

El sabueso olisquea alrededor de los marcos de las ventanas, pero están sellados.

Olisquea alrededor de la puerta, pero está sellada.

Los cuervos contemplan la casa con ojos ciegos.

Muy arriba, los drones asesinos esperan la decisión del dron de los SWAT.

Esperan que el sabueso aülle.

Y si aúlla..., bueno, Colt sabe que el aullido que oirá será acústico, un ruido infernal, con picos de graves que te licúan las entrañas; diseñado para intimidar, para abrumar.

Pero el aullido electrónico que oirán los drones... será una alerta de prioridad uno, en todos los canales, anulando el mensaje de prioridad baja de los cuervos que dice que todo va bien, que la casa está vacía.

Y los cuervos tendrán que reiniciar sus sistemas. Cambiar todas las variables. Determinar cómo se les ha pasado la llegada de Colt y Naomi, por qué no pueden verlos... No tardarán mucho. En cuanto se desconecten de la torre de refuerzo de Colt y prueben con otra recuperarán la vista. Y votarán a favor de la ejecución.

Y las águilas... Las águilas atacarán.

Mierda.

El sabueso se dirige al tejado para olisquear la salida de aire acondicionado, para olisquear el aire caliente que sale del edificio a medida que entra el aire frío a través de la fosa de filtración situada bajo la casa. Aire que dice, en un millón de moléculas de transpiración por segundo, en cada mota de polvo que lleva su ADN, que están allí.

—¡Aire acondicionado! —exclama Colt—. ¡Treinta y siete grados!

—¿Estás seguro de eso, Colt? —pregunta la IA doméstica con la voz cálida y amigable de Ronald Reagan—. Es posible que algunas de las plantas de tu madre...

—Sube hasta treinta y siete, a ritmo constante, lo más despacio que puedas

—dice Colt—. Es una orden.

En realidad no quiere subir a treinta y siete grados, lo que quiere es que el conducto de salida se invierta y absorba aire durante un rato. Si apagase el aire acondicionado, el conducto quedaría lleno de moléculas deladoras... Lo apagará cuando la casa se caliente demasiado.

La IA suspira, se invierte la dirección del flujo de aire, y ahora la casa sellada absorbe aire caliente del exterior, desde el tejado hacia la casa, más fresca.

Despejando los conductos. Correcto.

Saldrá algo de aire fresco por la fosa de filtración situada en las profundidades, bajo la casa, pero el sabueso no podrá olerlo.

Colt piensa en su próximo movimiento.

Esta solución no es válida durante mucho tiempo: con todos los servidores sobrecargados la casa ya está más caliente de lo que debería.

Pero no tanto como el desierto. Ni de lejos.

Lo importante es que durante los próximos veinte minutos, media hora como máximo, no escape nada de aire por el conducto de salida del tejado.

El sabueso llega al tejado.

Olisquea el propio aparato de aire acondicionado, los lubricantes y otros productos químicos, para calibrar. Colt se tensa. El sabueso se desplaza un poco y husmea por los conductos de salida.

Se eleva y pasa por encima del caballete del tejado.

No aúlla.

Bien. Tengo una media hora.

¿HAS HECHO UN MODELO DE TI MISMO, COLT?

Bien. Hazlo.

Echa una mirada cautelosa a su inmenso yo ampliado. Intenta ver qué están haciendo las diversas zonas. Lo que quieren.

Crear un modelo de su propio cuerpo y mente. De sus necesidades, de sus deseos.

Guau.

¡Todo está luchando con todo! Peleando entre sí por el control. Y cada cual

tiene un objetivo diferente.

Su ser es una guerra civil.

Quiere luchar. Quiere comer. Quiere besar. Quiere esconderse...

Quiere vivir.

Quiere morir.

Lo inunda el pánico.

Intenta calmarse.

Vale. Soy un sistema biológico y los sistemas biológicos son complejos, tienen capas; toleran el conflicto. La neurosis. Eso lo sé.

Pero ¿cómo voy a obtener lo que quiero si no sé lo que quiero?

¿Cómo voy a decidir siquiera a qué parte de mí debería permitirle conseguir lo que quiere cuando cada una quiere una cosa completamente distinta?

¿Qué diría Sasha?

¿Qué le diría ella que hiciera?

Míralo otra vez, le diría. No tomes partido, límitate a mirar.

Da un paso atrás, alejándose de sus pensamientos, y vuelve a centrarse.

Guau.

Lo único que ha cambiado es su perspectiva.

Pero lo que ve ahora, en lugar de conflicto, es un exquisito equilibrio de fuerzas que mantiene un sistema de sistemas unido en una delicada tensión creativa.

Y el viento de su respiración barre las profundidades de su oscuro interior; el oxígeno inunda la media hectárea de fruncidos campos que son sus pulmones, es conducido hacia los rápidos canales de su sangre y se arremolina por el imperio en expansión de su cuerpo para prender el sustento de cada célula; está encendido, encendido de vida, está vivo y mira a su alrededor y el mundo está vivo.

Exhala, y el carbono consumido fluye hacia el exterior con su aliento, cada átomo de carbono enlazado a dos de oxígeno; el humo invisible de miles de millones de hogueras enterradas en el corazón de miles de millones de células; su cuerpo ardiente es una columna de fuego, una iluminada megaúrbe de células eucariotas unidas en una red intrincada...

Está encendido, cada una de sus células lo está. Es un billón de bacterias que cooperan; hasta tal punto entrelazadas, tan interdependientes, que se podrían tomar por una única cosa. Es una onda estacionaria que se mueve por

el mundo material.

Es materia que por asombro ha cobrado movimiento, ha cobrado vida.

Entonces, si eso es lo que es, ¿qué debería hacer?

Busca instintivamente a Sasha, su onda estacionaria.

Su columna de fuego.

Pero no está allí.

Quiere estrechar a Sasha, a la Sasha real, entre sus brazos reales.

Eso es lo que quiere hacer. Y quiere que ella lo estreche a él. Pronto, pronto...

Vale. Pero mientras tanto, con el sabueso olisqueando las ventanas, con los cuervos ciegos vigilando la casa, con el sistema inmunitario luchando con el mundo lúdico, con los drones asesinos sobre sus cabezas, con su madre llorando en el cuarto de baño, con su pene duro al pensar en Sasha...

¿Qué debería hacer?

Tal vez no sea esa la pregunta.

Tal vez las preguntas no sean la mejor forma de abordarlo.

Vuelve a contemplar su cuerpo, todos sus sistemas, la red intrincada que lo mantiene unido, en equilibrio dinámico.

¡Ajá!

Así es como funciona.

Este comité de sistemas llegará pronto a una decisión, a un resultado, y todo el sistema de sistemas actuará.

Y Colt actuará bajo la ilusión de un yo que surge de esos conflictos, de esa complejidad.

Solo algunas subrutinas reticentes —un tartamudeo, un titubeo— podrían permitir atisbar las tensiones que desembocan en este resultado.

La ilusión del yo tendrá la ilusión del control.

Así funciona.

Así funciono.

Entonces, ¿es así como funciona el sistema inmunitario?

Porque si es así...

Vale, analizar el sistema inmunitario. Ver cómo funciona, cuáles son sus conflictos.

Lo que quiere.

¿Por dónde empezar?

Colt busca patrones. Grandes patrones.

¿Cómo se mapea el sistema inmunitario? ¿A qué se parece? ¿Qué cosa es que yo pueda comprender?

¡Pero claro! ¡Por supuesto!

No, no se comportará como yo.

El sistema inmunitario no salió de la nada. El padre del sistema inmunitario... es mi padre.

Lo diseñó él para que hiciera lo que él desease hacer.

Así que se comportará como él. Repetirá las estructuras de su mente.

El plan se esconde detrás del arquitecto.

No necesito crear un modelo, entender, decodificar el sistema inmunitario.

Mi padre es el eslabón débil; si logro decodificar a mi padre, puedo decodificar el sistema inmunitario.

Ay, papi, piensa Colt. Ay, papi.

El objetivo es el cerebro del operador.

Llama a su padre.

¿Vídeo?, se pregunta. Sí, vídeo.

Cara a cara.

La mano se le queda parada sobre el control.

Resistencia.

Colt acepta el retraso.

Espera.

Esto le supone un problema a algún sistema de su interior.

Puedo hacer que la llamada sea ilocalizable, pero si me ve aquí reconocerá mi habitación.

Sabrás que estamos en casa.

Se lo dirá al sistema inmunitario.

Y entonces estaremos muertos.

No, mejor hablar con él en el mundo lúdico. No en mi habitación.

Si logro regresar al mundo lúdico.

Si todavía existe.

Protección.

MASSIVE ATTACK y TRACEY THORN, «Protection»

Tiene que tener cuidado de dónde se mete: prueba un nodo, pero ha sido capturado por el sistema inmunitario. Está lleno de trampas. Retrocede. Lo intenta con otro nodo. Lo mismo...

Al regresar al mundo lúdico cree por un instante que se ha quedado ciego, que ha activado una trampa. Un momento. No...

Parpadea.

No estoy ciego, es el campo de pruebas. El campo de pruebas está oscuro, pero no por completo...

El cielo queda totalmente oculto a la vista por un billón de copos de nieve negros, congelados en el aire.

¿Cómo puedo verlos?

Entorna los ojos.

Oh...

Se filtra un poco de luz entre los copos de nieve negros, como la luz que dan los cristales piezoeléctricos sometidos a presión.

Oye quejidos de búfalos en la oscuridad.

Así que quedan algunos nodos...

El mundo lúdico resiste apenas.

El sistema inmunitario está dentro de los nodos restantes, pero no puede hacerse con ellos. ¿A qué se debe esta quietud? ¿Por qué no luchan?

¡Joder! El sistema inmunitario ha acaparado el código de Sasha: ahora lo usan ambos para paralizarse mutuamente.

Cada vez que el sistema inmunitario o el mundo lúdico liberan recursos, los copos de nieve de Sasha absorben los ciclos de procesamiento.

El mundo lúdico y el sistema inmunitario están congelados en un abrazo nervioso y estático.

Son tan inmensos, tan globales, que ninguno puede vencer al otro.

Pero Colt es una nueva variable: ha cambiado el equilibrio del juego; se ha traído consigo sus propios servidores, su brillante código, su enorme control remoto. Y debería ser capaz de utilizarlo para deshacer el empate, para abrir las puertas de los copos de nieve de Sasha. Para recuperar este nodo.

Escribe un poco de código y lanza los brazos hacia los copos congelados.

Al hacer contacto recuperan el color blanco y caen al suelo con suavidad.

Despeja una zona del aire lleno de nieve negra.

Una caverna en la oscuridad titilante.

Ahora un copo tras otro se van volviendo blancos y caen, y el negro se vuelve blanco y caen y caen, y suben y suben, hasta kilómetro y medio de altura, y toda la nieve cae a medida que el código se va ejecutando y el cielo está despejado y azul, y el brillo del sol resulta insoportable contra la nieve blanca del desierto helado.

Aparecen puntos rojos, aquí y allá, en la nieve. Se expanden.

Oh.

Sangre de los búfalos muertos y agonizantes.

Nodos muertos.

Los búfalos que siguen vivos, los nodos todavía potencialmente bajo el control de Colt, se sacuden la gruesa capa de nieve, libres de las limitaciones del sistema inmunitario, y avanzan con esfuerzo hacia Colt.

No son demasiados.

No son suficientes.

Vale. Llamar a papá.

Escribe el código para atraer a su padre al juego, al mundo de Colt, mientras la llamada todavía se está realizando.

Ryan la acepta.

—Colt.

—Papá...

Colt implementa el código.

Ryan aparece en el mundo lúdico tras un escritorio, en el desierto. El juego completa los detalles que faltan, fija el escritorio al suelo polvoriento. Es cómico y siniestro a la vez.

El juego le envía a Ryan información visual en 2D, a la pantalla de su pared. Es justo que sepa dónde se encuentra, aunque no tenga casco, aunque no haya inmersión completa.

Colt quiere ver a su padre, pero también quiere que lo vea.

Se miran durante unos segundos.

—Tenemos que dejar de vernos así —dice Colt.

Ryan se ríe.

—¿Ahora haces chistes? Toda una... transformación —observa lo que le rodea en la pantalla, en el mundo real, en su despacho. Se hace con la versión

del modo de pruebas del mundo lúdico.

En la distancia, los cráteres perfectos de las pruebas nucleares. Cubiertos de nieve.

—Papá, sigue intentando matarnos.

Ryan no dice nada.

—No hay derecho, papá. Solo porque vosotros dos... —Colt se detiene.

El timbre de su voz se ha elevado. Suena como un niño. Qué raro. Todo le resultaba lógico y claro hasta que ha oído la voz de su padre. Y ahora su propia voz tiembla, al igual que su cuerpo.

Se ha activado alguna antigua rutina. Bueno, habrá que lidiar con ello.

El juego, incansable, intentando mapear todo, borra el escritorio. Ahora solo está Ryan sentado en su silla.

La luz del sol pierde algunas frecuencias, se vuelve extraña, un poco azulada, de un azul cobalto. Así, enfrentados en la llanura azulada cubierta de nieve, la ilusión que crea el mundo lúdico ya no es perfecta.

Colt es dolorosamente consciente de que su cuerpo físico está en su dormitorio; de que un dron de narcóticos anda husmeando alrededor de la casa; de que el sistema inmunitario, hackeado, confuso, neurótico, intenta resolver dos imágenes del mundo.

De que podría morir en cualquier momento durante el transcurso de la conversación.

Intenta recuperar el control de su mente y su cuerpo. No es un niño. «No soy un niño» vuelve a él como un eco, un eco que despierta otros ecos. Recuerdos de las veces en que lo ha dicho.

Cuando era un niño.

Cuando gritaba: «No soy un niño».

Recuerdos de su cuerpo estremeciéndose de furia, igual que se estremece ahora.

A su nuevo cerebro se le da de maravilla el pensamiento lógico, es para lo que lo diseñó. Pero ahora que se ha unido a su cuerpo, sus reacciones son físicas, sus pensamientos son físicos.

Cada pensamiento es una acción química. Cada acción, un pensamiento.

Ese flujo y reflujo lo está desequilibrando.

Ryan habla:

—... Aquí hay cosas más importantes en juego, Colt. El descubrimiento..., lo que sea, de tu madre lo cambiará todo, y si ese cambio no lo controlamos

nosotros...

—Papá, ese cambio no puede controlarlo nadie, es más grande que...

—Y si no lo controlamos nosotros lo usará otra gente. Gente mala, gente que quiere matarnos, que usará esos poderes para matarnos.

Colt se inclina hacia delante.

—Eres tú quien intenta matarnos, papá.

La imagen de su padre se congela un instante. Cuando se descongela, Ryan también está inclinado en su silla y suena enfadado.

—No puede *entregarlo al mundo* como si tal cosa. Esto no es un gran planeta feliz, no vivimos en un puto anuncio de Coca-Cola.

—No creo que pretenda...

Pero Ryan no escucha.

—No existe *el mundo*, solo un puñado de actores estatales y actores individuales, y grupos poderosos con diferentes intereses. Y los que tienen más posibilidades de utilizar esto al máximo, hasta el límite, sin ningún tipo de restricción, no son los buenos, Colt. No puede difundirlo.

—Papá, han destruido su laboratorio con misiles. Han intentado matarla. ¿Eso lo hizo el sistema inmunitario o lo hiciste tú?

Ryan duda.

—Has sido tú —dice Colt. Silencio—. Dime la verdad.

—Recibí un mensaje de Donnie —responde Ryan al fin—. Un poco tarde, pero... Sabía que era probable que todavía estuviera allí. Pero yo no disparé esos misiles. El sistema inmunitario estaba monitorizando las llamadas, tiene acceso a todo lo que monitorizamos nosotros, a todo...

—Pero no podía oír nuestras voces, están hiperencriptadas...

—No le hacía falta, interpretó los metadatos. Alguien estaba desconectando los servidores, robando datos... Lo dedujo.

Colt espira, se relaja un poco.

Su padre no disparó esos misiles directamente contra su madre.

No es gran cosa, apenas un tecnicismo, aunque no deja de ser un alivio. ¿Pero qué cambia eso? Intentó pegarle un tiro. Lanzó el sistema inmunitario contra ellos.

Deja de justificarlo.

No te quiere.

No. Sí que te quiere. Y tú a él. Todo esto es un error, un error.

—Colt —dice Ryan—, este país está jodido en muchos sentidos, pero es

mucho mejor que otros que hay por ahí. Países en los que queman las escuelas para niñas, donde lapidan a las mujeres por haber sido violadas y les echan ácido en la cara a las turistas que no visten como es debido.

No me habla a mí, piensa Colt mientras observa el movimiento de la boca de su padre. Está soltando un discurso.

—Países en los que secuestran, torturan y convierten en soldados a los niños y luego los obligan a volver a la aldea de su propia familia para incendiarla. Países en los que el gobierno puede decidir si tienes hijos o no, si puedes trabajar en lo que te gusta o no, si puedes leer o no el libro que quieres, ver la película que quieres...

—Os estáis volviendo igual que ellos, papá.

—Una mierda —Ryan se echa de nuevo hacia atrás en la silla.

Hay un cambio brusco de frecuencia en el sol y de pronto el desierto es verde claro, y Colt siente la ilusión de encontrarse bajo el agua, de que ha regresado el gran océano interior.

Levanta la vista, el cielo está mal. Es violeta. Todos los colores del mundo lúdico están mal.

Padre e hijo clavan la vista en el cielo hasta que Ryan la aparta y vuelve a decir:

—Y una mierda, Colt. Mira, a este país le da lo mismo de qué color seas, le da lo mismo tu religión, y te da una oportunidad, seas hombre o mujer, joven o viejo, rico o pobre. Este país tiene algo muy especial y lo estamos desperdiciando. No me importa pelear con una mano atada a la espalda (esa es la idea, es lo que nos hace mejor que ellos), pero no podemos pelear con ambas manos a la espalda mientras les entregamos nuestra pistola.

—No es una pistola, papá. Yo no soy una pistola.

—¡Es un arma! ¡Tú eres un arma! Mira cómo has burlado nuestra mejor tecnología. ¡Un crío!

Ahora la luz del sol da otro bandazo y todo vuelve a ser azul cobalto.

Un gran macho de búfalo se desploma sobre la profunda capa de nieve con un gruñido.

India está cayendo, piensa Colt.

En el horizonte se forman nubes azules. Va a nevar. Sin toda la atención de Colt, el mundo lúdico está siendo derrotado. Pero no puede interrumpir la conversación con su padre. Lo mira a los ojos mientras le habla.

—Si tú puedes hacerlo, ellos también —Ryan apuñala el aire con un dedo

en dirección a Colt, y Colt se encoge de miedo—. No lo van a usar para ser buenos con los demás. Eso son cosas de tu madre, que proyecta sus chorradas cristianas sobre el mundo. El mundo no es así. Claro, fijo que Jesucristo habría usado sus nuevos poderes para perdonar a los romanos. Pero Mahoma los habría usado para dar más caña. Y habría hecho bien. No derrotamos a Hitler sentándonos a charlar con él sobre lo dura que había sido su infancia. No lo dejamos irse de rositas diciendo: «Es que viene de una cultura diferente, allí se hacen las cosas así». Cuando alguien dice que quiere destruir este país, tengamos la deferencia de tomarlo en serio. Esas chorradas liberales de que nos adorarían si nos desarmásemos y pidiéramos perdón por existir... Eso es condescendencia, es mostrar desdén por sus ideas. Es tratarlos como a niños. Son adultos que han reflexionado sobre el tema y quieren matarnos. Muy bien. No hay problema. Pero no pienso entregarles una puta superarma.

—Pero casi nadie piensa así. Son solo unos pocos...

—¡Y una mierda! ¡No hacen falta más que unos pocos! ¿Cuántos hacen falta para utilizar nuestra propia tecnología contra nosotros? Exactamente lo que pasará si ella...

—Papá...

Se produce una sacudida, como un seísmo dentro del juego, cuando el sistema inmunitario destruye un inmenso centro de datos en Singapur y cae la oscuridad.

Los datos sísmicos, históricos del mundo real que subyacen al paisaje se desvanecen.

Un terremoto sacude el mundo lúdico mientras todo se ajusta.

Las colinas cercanas se desplazan y se asientan con la convulsión del material apilado que las compone.

Los cráteres se deslizan y se rellenan.

Alrededor de Colt caen las colinas y se expanden por la base, como si un dios invisible acabara de atravesar el paisaje aplastando las alturas.

Ryan y Colt, con la mirada fija en el otro, hacen caso omiso.

—Por el amor de Dios, Colt, hombres, mujeres y niños reales, que están vivos ahora, morirán si no tomas partido. No es demasiado tarde. Únete a mí; informaré al sistema inmunitario...

—No tienes acceso. Ya no. Es autónomo.

—Todavía puedo influir en la selección de objetivos si..., bueno, tengo mis métodos. De verdad, podría revaluarte, retirar los drones —las comisuras de

la boca se le mueven un poco. Casi parece una sonrisa—. Soy tu padre. Confía en mí.

—Pero estás intentando matar a mamá.

Ryan duda.

—Creo que no puedo salvarla. No está dispuesta a cambiar de bando.

—Papá...

—Colt, estoy intentando salvar millones de vidas tal vez, en el futuro.

—No puedes obligarme a hacer esa elección.

—Bueno, pues no hagas nada —Ryan se encoge de hombros—. Pero eso también es una elección.

—Y entonces nos matarás a mamá y a mí.

—Colt, mi vida está acabada, mi carrera está acabada, la mujer que amo me odia. No tengo nada que perder. Quieren cerrarme el programa. Hoy ya he roto todas las reglas. Estoy acabado.

Un pensamiento inquietante distrae a Colt.

—¿Te van a castigar?

La risa repentina de su padre suena como el ladrido de un perro.

—¡Mira a tu alrededor! El único motivo por el que todavía estoy aquí, hablando contigo, es porque todo el sistema está colapsado, tienen jodidas las comunicaciones y están demasiado ocupados apagando fuegos como para averiguar quién causó el incendio. Si comprendieran lo que está pasando, ya me habrían detenido.

—¿Por qué haces esto?

—Porque quiero a mi país —responde Ryan—. Y porque prometí protegerlo.

—Papá... —no, no es «te quiero». Eso es lo que se supone que hay que decir, pero no es solo eso—. Sigues siendo mi padre —no puedo decirlo—. Pero... —no puedo.

—Tenía que lanzarlo, Colt —en la voz de su padre hay una desesperación que el chico no esperaba y que lo desequilibra—. Iban a cerrar el programa, a desguazarlo.

Lo único que sabe es que quiere a su padre.

Así que no tiene ni idea de dónde surgen las palabras cuando surgen, de la oscuridad, de las profundidades de su ser.

Y se abren camino hacia arriba, y tiene que detenerlas, tiene que hacerlo, pero lo consiguen, ya están en la garganta, le abren la garganta para hablar, y

le da una arcada, una arcada rápida y seca, y es presa del pánico porque ha perdido el control y no sabe quién las pronuncia.

—Tú, tú, tú... Tú —la voz es aguda y salvaje, tartamudea un poco y entra en un bucle y vuelve a empezar, y por fin la reconoce porque es la voz que tenía a los siete años.

El comité ha tomado una decisión.

Las palabras se pronuncian solas a través de él y las oye al mismo tiempo que su padre, con la misma sorpresa.

Colt dice:

—Tú no me protegiste.

—¿Qué?

Esta vez Colt lo dice a sabiendas, para oírse decir las palabras. Para oír las palabras que su yo de siete años acaba de pronunciar. Para oír las palabras que son ciertas. Para hacerlas suyas.

—Tú no me protegiste.

Colt siente una mano en el hombro, en el mundo real, y durante un instante disparatado piensa: ¡Sasha!

Pero, por supuesto, es su madre que ha vuelto del cuarto de baño.

Ella no está en el juego.

Él se niega a que el juego la mapee.

No, ahora no solo habla con su padre.

—Mamá, tienes que reunirte conmigo en el juego.

Sin salir del mundo lúdico, avanza en el mundo real, busca a tientas entre el desorden familiar de su cuarto y lo encuentra. Le lanza su casco viejo.

Ella duda; hace mucho, mucho tiempo que no ha entrado —que no ha querido entrar— en el mundo lúdico de su hijo, pero se pone el casco viejo. Huele un poco a Colt, aunque su aroma desaparece enseguida y huele el desierto, el frío, los búfalos, a través de la unidad olfativa del casco, mientras Colt le ordena al juego que la mapee, y Naomi aparece en el campo de pruebas, como ella misma, al lado de Ryan.

La imagen y el audio de su casco se activan, un poco tarde, y ahora ve el avatar de Colt, ve a Ryan en su silla y oye a los búfalos morir entre los cráteres simétricos, bajo la triste luz azul. Se aproximan nubes densas y extrañas. Cierra los ojos.

No me protegiste...

Pero es peor, porque ahora Naomi vuelve a verlo, tan frágil, en el baño, con

cardenales en las piernas, en el pecho...

—¿Qué coño dices? —exclama Ryan—. Me he pasado la puta vida protegiéndote, he perdido las putas piernas protegiéndote, y ahora me...

—Cuando iba al colegio —dice Colt, pero ahora mira a Naomi, no a Ryan—. ¿Te acuerdas? Volví a casa, la primera semana. Me estaba bañando. Y tenía las piernas llenas de moratones y tú los viste. Y dijiste: «¿Cómo te has hecho eso?». Y yo dije: «Los otros niños me pegaron con bates de béisbol». Y viste las quemaduras de los brazos. Y yo dije: «Porque no quise fumar, me apagaron los cigarrillos en la piel». Y tú no hiciste nada.

—No sabía qué hacer —Naomi tiembla.

—Me hiciste volver.

Ryan lo interrumpe.

—Ella no me lo contó...

—No, tú elegiste aquel colegio —dice Colt, dirigiéndose otra vez a Ryan—. No investigaste, no te preocupaste. Yo también era América y tú no me protegiste.

—Queríamos que fueras normal —explica Ryan—. Que encajases. Pensamos que...

Y Naomi habla por encima de Ryan.

—Cuando vi... cuando vi lo grave que era aquello te saqué del colegio...

—No me sacaste del colegio, mamá. Yo me negué a ir. A ti te faltaron fuerzas para meterme en el coche.

—Pensábamos que lo llevabas bien —dice Ryan, al igual que Naomi—. No nos contaste que...

—Creí que no lo queríais saber. Porque os lo había contado la primera semana y no hicisteis nada.

—Lo siento —dice Naomi bajito—. No supe qué hacer.

—Pero eras mi madre.

—Yo misma no era más que una cría, tenía miedo...

—¿Miedo de qué?

—De la autoridad. Miedo del director, miedo de... Pensaba que si decía algo podría empeorarlo, que lo pagarían contigo...

Ryan tercia:

—Pero no volviste a mencionarlo más. Nos lo ocultaste.

—No podíais con ello —replica Colt a su padre en medio del desierto helado. Y a su madre, mientras empieza a nevar otra vez—. No queríais

saberlo.

—¡Ay, Colt! —dice Naomi—. Tenías que habérmelo dicho.

Colt se encogió de hombros.

—Os protegí.

El viento arrecia y la nieve se arremolina, más espesa, amontonándose junto a sus pies, junto a la piedra con su tazón de arcilla, junto a los búfalos muertos. Sus padres no dicen nada, se limitan a mirarse. Pero esta tensión silenciosa entre su madre y su padre tiene algo distinto, algo nuevo; el cerebro de Colt ata cabos y le pregunta a Naomi:

—¿Te has tomado la pastilla?

Y Naomi responde:

—Ya no la tomo.

Clava la vista en Ryan.

Su marido. Su exmarido. El hombre a quien quiso, o creyó querer, antes de saber lo que era el amor. Antes de tener un hijo que la quería. Un hijo al que quería.

Estudia a su exmarido.

Dijo que la quería. Es posible que creyese quererla. Le prometió que la querría siempre.

Es posible que lo dijese en serio.

Y ahora quiere matarlos a los dos.

No. Un amor que puede transformarse en todo lo contrario con tanta facilidad no pudo ser nunca amor de verdad.

Pero le queda una cosa. Una cosa que no ha intentado.

Ahora hace tanto calor en la casa que la brecha entre el calor que siente y la nieve que ve es demasiado grande, rompe la ilusión, y Naomi cierra los ojos.

Inspira hondo.

Escupe una única palabra al remolino de la tormenta.

Es una palabra que no ha pronunciado nunca.

—¿Cómo? —dice Ryan, inclinándose hacia delante—. ¿Qué has dicho?

Naomi abre los ojos. Mira directamente a los de él.

Repite la palabra, más alto.

Ryan vuelve a hundirse en la silla.

—¡Ay, Naomi! —cierra los ojos.

—¿Qué? —hay pánico en la voz de Colt—. ¿Qué significa eso?

Ryan abre los ojos.

—¿Quieres que pare?

—Sí —responde Naomi—. Quiero que pares ya.

Ryan resopla. Un resoplido inmenso.

—¿Qué significa esa palabra? —pregunta Colt.

—Es nuestra palabra de seguridad —explica Ryan—, para cuando...

Mira de reojo a Naomi.

—Cuando nos queríamos, antes de que nacieses... —continúa Naomi—, tu padre y yo... a veces hacíamos cosas juntos que eran peligrosas. Peligrosas para mí —ve la pregunta formarse en las facciones de Colt y niega con la cabeza antes de que le dé tiempo a formularla. No. No quiero tener que explicar cómo se cruzaron esos cables—. Da igual por qué, lo que importa es que confiaba en él. Le confiaba mi vida. Y me hizo una promesa: que siempre pararía si yo decía nuestra palabra de seguridad —mira a Ryan, a su avatar parpadeante—. Pero no la dije nunca.

—La palabra era esa —dice Colt.

Naomi asiente. Sin dejar de mirar a Ryan, continúa:

—No quiero placer. Y no quiero dolor. Quiero que me dejes ir. Para ya. Me prometiste que lo harías.

Ryan aparta la vista de Naomi, aparta la vista de la cámara y la pasea por su despacho del mundo real, por los recuerdos de su vida. Los escombros. Las ruinas.

—He hecho otras promesas, cariño. A mi país, a...

—Esta fue anterior —lo corta Naomi—, y no te he liberado de ella.

—Te divorciaste de mí, cariño.

¿Cariño? Naomi hace un gesto de resignación, lo deja pasar.

—Puse fin al matrimonio. Mira, el matrimonio es algo público, para que la gente sepa, para que todo el mundo sepa, que una pareja está junta. Pero esto era distinto. Esto fue antes. Era cosa nuestra.

—No fue justo, ese... acuerdo.

—¿Por qué no?

—Yo te quería, pero tú a mí no.

Se ha pasado tantos años diciéndose que no lo ha querido nunca, que él jamás la quiso... Se descubre, estupefacta, diciendo:

—Yo también. Sí que te quería. Lo que pasa es que no habíamos madurado. Todavía no sabíamos quiénes éramos. No era suficiente.

—Ay, Naomi... Si pudiera... —Ryan inspira hondo—. Pero sabes que

después he tenido... otros amores, podríamos decir. Y vinieron con otras responsabilidades. Firmé..., hice otras promesas.

—Siempre te di libertad para tener otros amores —dice Naomi—. Nunca fuiste de mi propiedad.

—¿Querías a otras mujeres? —pregunta Colt a Ryan. La idea es inaudita.

—¿Otras mujeres? —Ryan sonríe—. No, pero un hombre puede amar a su país y a una mujer y a un arma.

—¿Pero a quién quieres más, papá? —pregunta Colt.

Ryan hace un gesto con la cara que parece una sonrisa, pero no lo es.

La palabra de seguridad todavía resuena en su mente, desencadenando asociaciones, activando recuerdos, cambiando estados de ánimo.

Como una bomba que explota.

El comité de sus yoes toma una decisión.

—Mi país me ha traicionado —dice—, y un arma..., incluso una nube de drones, incluso el sistema inmunitario, no es más que una máquina. Pero a tu madre la quise de verdad.

Colt le clava la mirada.

—Sé que ella no me cree —dice Ryan—. Tú no me crees, pero es la verdad.

Naomi niega con la cabeza. Se quita el casco y desaparece del juego.

Colt nunca ha visto circular las emociones con tanta libertad por el semblante de su padre. Es fascinante y aterrador. Como ver la danza impredecible de un tornado en un barrio conocido, arrancando como si tal cosa un tejado para dejar al descubierto el frágil interior.

Colt comprende que Naomi ha ejecutado otro programa en Ryan. Ha activado algo.

¿Amor?

¿Deseo?

¿Necesidad?

¿Honor?

Da igual. Cuanto más complicado y sin resolver, cuanto más difícil de nombrar, mejor.

Su padre ya no está decidido.

Ahora, en conflicto, neurótico, no puede actuar.

Y ese pensamiento lleva a otro y a otro. Se forman patrones. La mente de Colt establece conexiones, conexiones, conexiones hasta que la ve. La

debilidad.

El fallo de seguridad que lleva directo a su padre.

Puedo destruirlo ahora mismo. Aprovecharme de este momento. El riesgo es elevado. Muy elevado. Pero si funcionase...

A Colt se le seca la boca de pronto.

Fuera del juego, extiende un brazo trémulo para coger la taza de agua de la mesa.

Dentro del juego, Colt apenas es consciente del acto de levantar el tosco tazón de arcilla de la piedra baja.

Solo es parte del juego.

Pero en el momento en que el frescor de la taza toca sus labios se escucha un crujido nítido y distante, un eco; en las inmediaciones, dentro del juego, otro búfalo cae con un pesado gemido mientras el sistema inmunitario se hace con otro nodo.

Otro disparo. Otro búfalo que cae.

El mundo lúdico, agotado, tira de todo lo que tiene para defenderse.

No es suficiente.

Para liberar más recursos, el juego pide permiso a Colt para dejar de mapear elementos sin importancia.

Colt crea un modelo de las posibles consecuencias, comprueba los posibles conflictos o problemas. Su cerebro mejorado toma decisiones en milisegundos.

Sí.

—¡Dios mío! —dice Ryan de pronto—. ¡Estáis en la casa! ¿Por qué no puede veros el sistema? ¿Qué pasa?

Colt, con la taza todavía en contacto con los labios, mira a su padre; ve hacia dónde mira su padre.

Baja la vista.

El tosco tazón de arcilla que sujeta entre las manos se ha transformado en una taza del Doctor Who.

I ♥ ♥ the Doctor.

Firmada por Peter Capaldi.

Su taza favorita.

En el juego, inalterada.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Ryan—. Has cegado a los drones... Pero, entonces, ¿de dónde coño sacan las imágenes los cuervos?

Ryan mueve la cabeza de un lado a otro, escudriñando el desierto del juego por todo el horizonte.

Los ojos se le abren como platos al comprender.

Y desaparece del juego.

129

Internet es la herramienta más liberadora que ha inventado la humanidad, y también la mejor para la vigilancia. No es una cosa o la otra. Es las dos.

JOHN PERRY BARLOW

—Lo sabe —dice Colt.

—¿Qué? —dice Naomi bajito, fuera del juego; el susurro de un fantasma.

—Sabe dónde estamos, mamá. Tengo que matarlo.

—No —replica Naomi con voz suave.

—Si no lo hago te matará, mamá. Nos matará.

Naomi replica algo, tan bajo que no se oye.

Colt apaga el juego, está de nuevo en su cuarto.

Deja la taza en la mesa, con cuidado, como si fuera a estallar. Levanta el visor del casco para mirar a su madre directamente a los ojos.

—Tengo que hacerlo, mamá.

—Colt...

—Tengo que hacerlo.

Baja el visor y se da la vuelta.

130

Para cada persona existe una frase —una serie de palabras — que tiene el poder de destruirla.

PHILIP K. DICK

Guau.

Toda la ira que había sentido hacia su padre, y reprimido porque tenía miedo de expresarla, se filtra ahora, burbujeante, a la superficie bajo una presión tremenda, como el agua subterránea hirviente y el vapor que preceden a una erupción volcánica.

Una canción le da vueltas y vueltas en la cabeza, una canción que le encantaba a su padre.

Anger is an energy.

LA IRA ES ENERGÍA...

Entra en el juego y se pone a trabajar.

Y es un trabajo desconocido.

Nunca había intentado matar a nadie.

No quiere matar a nadie.

En su cabeza aparecen palabras.

Odio a mi padre.

Colt se maravilla ante esas palabras.

Ahí se quedan, junto a otras palabras.

Quiero a mi padre.

¿Cuáles son ciertas?

Quiero a papi.

Odio a papi.

Colt pasea la vista de unas a otras, experimentándolas, sintiéndolas. Probándoselas como si fueran dos camisetas y tuviera que decidirse por una.

Pero le quedan bien las dos.

Ambas son ciertas al mismo tiempo. ¿Cómo es posible?

Un ardiente chorro de ira burbujea en un caos de imágenes: una imagen de su padre gritándole a su madre, una imagen de su padre dándole la espalda.

Una puerta, un portazo. Los pasos de su padre alejándose, acallándose, el silencio.

Sordo, distante, siente el tacto de su madre fuera del juego, en el brazo.

Le tira del brazo.

—Sal, mamá.

Las palabras irrumpen tan fuertes, tan furiosas, que se encoge ante el sonido de su propia voz.

Es la voz de su padre.

Ella le toca el brazo y dice algo tan bajo que los filtros y el aislamiento acústico del casco no lo dejan pasar, y ahora le grita a su invisible madre

susurrante: «¡LARGO DE AQUÍ!». Fuera del juego las palabras rebotan y se distorsionan contra las paredes de su cuarto, tan altas que las oye a través de los filtros, y dentro del juego reverberan en las colinas.

Y ahora ya no la oye ni la siente. Se ha ido.

Ay, tío, la casa está cada vez más caliente.

Reúne sus instrumentos con cuidado meticuloso. Si esto no funciona a la primera, estará metido en una buena.

Estará muerto.

Existe una sutil vulnerabilidad que atraviesa la propia estructura de seguridad del sistema inmunitario. Lleva directamente a su padre, al despacho de su padre.

Le resulta increíble no haber caído antes. Tal vez no lo habría visto sin la mejora.

Si funciona, su padre está muerto.

Por el rabillo del ojo ve aparecer algo discretamente. Le echa un vistazo. Una solicitud de contacto interna del juego para su ubicación exacta.

Está seguro de haber bloqueado a todo el mundo... ¡Ah!

Sasha intenta encontrarlo dentro del juego.

Eso le provoca una sensación de inquietud perturbadora, además de una fugaz imagen mental de ella frunciendo el ceño, pero no se para a examinarlo. Ahora no. Pasa de repente a otro sector del campo de pruebas y bloquea también a Sasha.

Ya casi está listo.

Duda. Menuda historia, intentar matar a tu padre. Intentar matar a alguien.

Pero si no lo hace, su padre alertará al sistema inmunitario. Le dirá dónde están.

Me está obligando a elegir entre matarlo y permitir que muera mamá.

Las lágrimas le escuecen en los ojos.

No hay derecho.

Nadie debería tener que tomar esa decisión.

No hay derecho.

Lo odio.

Lanza su ataque final.

Pero hete aquí que los humanos se han convertido en instrumentos de sus propios instrumentos.

HENRY DAVID THOREAU, *Walden*

Una presión tremenda le cruza el pecho y la espalda.

Fuera del juego, una sacudida obliga a Colt a tensarse, sus brazos y sus piernas se enderezan con un chasquido y se bloquean, rígidos, con un tirón que lo mantiene tenso. Se levanta de la silla, se bambolea, tropieza y cae al suelo.

Dentro del juego cae, atónito, cruciforme, sobre la arena.

Mi traje.

El sistema inmunitario se ha hecho cargo de mi traje.

La microfibra vuelve a oprimirle y se le escapa un gruñido involuntario cuando la presión hace que el aire salga de sus pulmones.

Colt no puede mover los pies, las piernas, el torso, los brazos, las manos, la cabeza..., recorre rápidamente el horizonte inclinado del juego con los ojos, dos veces; zis, zas; llama al menú de control ocular.

Aparece el menú grande y tosco, superpuesto al paisaje con iconos y texto poligonales. Bien.

Pero... si ha tomado el control del traje, sabe dónde está. ¿Por qué no lo mata y listo? ¿Por qué él todavía tiene acceso al menú?

Tirado, inmóvil en el duro suelo y utilizando los controles oculares y de voz, Colt lanza de nuevo el ataque contra su padre en la base, penetrando cada vez más profundo a través de capas de seguridad; pero cuanto más empuja, mayor es el dolor de su pecho, la presión en sus miembros, hasta que apenas logra sentir la punta de los dedos de las manos, los dedos de los pies.

Sus genitales están aplastados contra su cuerpo hasta tal punto que le parece que los testículos van a reventar a causa de la presión. Es el dolor más intenso que ha sentido en su vida; le lloran tanto los ojos que no puede manejar los controles oculares, ni ver los menús a través del centelleo de las lágrimas.

La microfibra se contrae.

Más allá del umbral de tolerancia al dolor.

Mucho más allá del punto en que debería detenerse la contracción de la prenda.

El traje emite un sonido difuso de alta frecuencia, como si decenas de miles

de finas fibras invisibles se tensasen todavía más, como si cada una se frotase más allá de las demás por toda la superficie de su piel, ejerciendo entre ellas aún más tensión.

La ira es energía.

Colt ataca una vez más a su padre, y de nuevo el traje lo comprime con el crujido fino y agudo que producen las fibras al restregarse entre sí.

Como cuerdas de guitarra afinadas en tonos cada vez más agudos, piensa Colt. Hasta que algo se quiebre.

Las cuerdas o el cuello.

Una sombra le cruza el rostro dentro del juego. ¿Un águila?

Intenta mover las extremidades, apartarse rodando, pero no ocurre nada.

La sensación es terrible: un esfuerzo de voluntad extenuante, pero sin resultados físicos de ningún tipo.

Así debe de ser estar totalmente paralizado, piensa. ¿Y si aprieta más? ¿Me quedaré incapacitado?

No. Ese no va a ser el problema. Quiere matarme.

La sombra que lo sobrevuela, que lo rodea, se oscurece.

Algo se acerca.

Fuerza los ojos a escudriñar, tanto como puede, hasta que le duelen los músculos, para tratar de intuir la forma de la sombra sobre el suelo pálido y polvoriento.

¿Una figura humana?

Pero su visión periférica es demasiado pobre desde que tiene los implantes; no consigue vislumbrar nada.

Aparecen unas botas, un borrón negro al borde de su campo de visión. Intenta apartarse rodando; no puede.

La figura se agacha y por fin le ve la cara.

Con unos labios que se están quedando insensibles, murmura:

—Sasha.

—Colt —dice—. Déjalo.

—¿Que deje... —se detiene a tomar aliento, pero comete el error de exhalar profundamente. Al hundírsele el pecho, el traje se estrecha con libertad y ya no puede aspirar aire nuevo para reemplazar el que acaba de expulsar— qué?

—Deja de luchar.

—Me... está... matando —las palabras apenas se oyen, y ahora que el traje se cierra un poco más, ya no puede hablar en absoluto.

—Te estás matando tú —dice Sasha.

Se le acerca más y lo rodea con los brazos. Lo abraza.

Colt se relaja, se deja llevar por la gran ola de calidez que procede de los brazos de ella, de su cuerpo, de su gesto; el traje de microfibra transmite un tipo de presión del todo distinto. Se relaja con la ola de calidez que brota de su interior como respuesta.

No es el ardor de la ira, es el calor de...

Amor.

La quiero.

¡Oh, Sasha!

Rodeado por su abrazo, intenta hablar, pero no puede.

Te quiero.

Sus labios forman las palabras, pero no le queda aliento que exhalar, nada que mueva las cuerdas vocales.

Te quiero.

Deja de luchar.

Con una bocanada, el traje de microfibra suelta una nota alta y pura. La sostiene.

Y entonces comienza, muy poco a poco, a bajar el tono.

A reducir el volumen.

Cae.

Se desafina al tiempo que se libera la tensión.

El traje se afloja.

Puede moverse.

Puede respirar.

Se entra en el mito cuando se entra en el reino del riesgo, y el mito es el encantamiento que en ese momento conseguimos hacer actuar en nosotros..., es un hechizo que el alma se lanza a sí misma.

Sasha lo estrecha con más suavidad. Deshace el abrazo. Se aparta.

La malla se desbloquea.

Colt se estira en el suelo, traga aire a bocanadas. Gruñe con el regreso de la sangre a la punta de los dedos de la mano, a los dedos de los pies. Se sacude el hormigueo de los brazos, de las piernas. Se coloca la bragueta, incómodo, con otro gruñido, esta vez de alivio. Se pone en pie.

Frente a Sasha.

Parece tan real. Más real que la realidad.

Lleva puesta su cazadora de cuero. Una fina camiseta roja por encima de la tenue línea de un sujetador negro.

Se inclina hacia delante, no puede evitarlo, no puede detenerlo.

Sus labios tocan los de ella.

El casco hace lo que puede. Se transmite la presión.

Pero no mediante los labios. No son los labios de ella. No es ella.

Colt inspira, pero no logra oler su jabón, el cuero de la cazadora. Sasha ha bloqueado todos los datos olfativos, o tal vez es que su unidad está desactivada. En cualquier caso, no le permite al casco reproducir su olor.

Colt es hiperconsciente de cada uno de los aspectos que no están mapeados por completo. De todo lo que falta.

Se separa, da un paso atrás.

—No es seguro —dice— que te vean conmigo. En el juego. Tienes que irte.

—No —replica tranquila.

—Pero deben de haberme encontrado. Han violado la seguridad de mi traje.

Ella niega con la cabeza.

—¿A quién creías estar atacando?

Él se resiste a decirlo, pero tiene que hacerlo.

—A mi padre.

—A ver si lo adivino —dice Sasha—: Descubriste un error profundo. Un túnel de seguridad que apuntaba directo a él.

¡Madre mía, me lee la mente!

—Sí.

Sasha asiente.

—Era una trampa espejo. Lanzas un ataque hacia ellos por el túnel y se te

devuelve reflejado, directo hacia ti.

—Pero activó...

—Activó tu traje para que te atacase. Fuiste tú mismo quien activó el traje. No el sistema. No tienen ni idea de dónde estás. Eso no era más que tu propio ataque.

—Da igual, quiere matarme. Considera el... —rebusca la palabra adecuada — descubrimiento de mi madre una amenaza para el país entero.

—Colt, tú eres el descubrimiento de tu madre hecho carne. Y estás luchando para destruir el sistema inmunitario y matar a tu padre, el tipo que lo diseñó. Mira, el sistema concibe el mundo como un grupo interno, al que debe defender, y un grupo externo, al que debe atacar. Por supuesto que piensa que eres una amenaza. Es que eres una puta amenaza. Fíjate en su punto de vista.

—¡Pero es que no puedo dejar que mate a mi madre!

—No estoy diciendo eso. Lo que digo es que si reaccionas con miedo e ira...

Y entonces lo entiende.

—Creo un bucle de retroalimentación.

—Sí.

Colt ejecuta un análisis.

Tiene razón. La respuesta del sistema inmunitario se incrementa en función de la suya.

Atacarlo solo logra obcecarlo más. No hace más que confirmar que tiene que ser un enemigo, porque devuelve el golpe.

Madre mía, me he llevado yo solo a un estatus rojo. Al nivel 3.

Un típico bucle de retroalimentación.

—¿Qué debería hacer, entonces?

—Pasar del grupo externo al grupo interno.

—Pero ¿cómo?

Sasha sonríe.

—Entrégale el mundo.

—¿Qué? —¿es una cita?, ¿le habla en metáforas?

—¿Cómo reaccionaría al amor? —dice Sasha—. Ejecuta un análisis de eso —y es como si le leyese la mente otra vez. Lo recorre un escalofrío, como si lo hubieran tocado.

Dice:

—No puedo codificar el amor.

—Deja de atacarlo. Deja de defender tus recursos.

—¿Era una broma? ¿Lo de entregarle el mundo?

Sasha niega otra vez.

—El mundo lúdico. Entrégale el mundo lúdico.

Entregarle el mundo lúdico, piensa Colt.

El pensamiento rebota en su cabeza como una bala, se niega a asentarse.

Si quiere matarte, entrégale el mundo.

Como Jesucristo.

Sacrificalo todo.

Acepta el golpe.

—Mira —continúa Sasha—, el mundo lúdico ataca al sistema inmunitario —se inclina sobre su rostro y ya no sonrío—. Y el mundo lúdico es tuyo, te representa a ti. Si se lo entregas por voluntad propia tu clasificación como amenaza caerá en picado.

—Pero... ¿cómo se lo entrego? Ni siquiera estoy seguro de poder hacerlo.

—Inténtalo. Si no lo intentas, si sigues luchando, te matará.

—¡No puedo!

—¿Por qué no? Tú construiste este mundo, aquí eres Dios.

—Pero el mundo lúdico es... es paranoico por experiencia. Implementa un montón de capas de seguridad. Quiere sobrevivir tal como es. No quiere que se hagan con él. No quiere que lo destruyan.

—Pues entonces destruiremos sus estructuras de seguridad desde dentro.

—¿Lo traicionamos?

—Sí —ahora sí que sonrío—. Entregamos las llaves del reino.

Colt lo considera.

No es tan sencillo. Incluso con la mejora, incluso trabajando desde dentro, incluso habiéndolo construido él mismo, es difícil llegar a algunas de las claves.

Y al entregar el mundo lúdico —es consciente— estaría entregando su identidad. Proporcionándole su ubicación al sistema inmunitario.

Podría matarlo a los pocos segundos de la entrega, si quisiese hacerlo.

Clava la mirada en los ojos de Sasha. En los perfectos píxeles de los ojos de su avatar realista.

¿Por qué le pide que haga esto?

¿Es de verdad por amor?

¿O es una trampa, una traición? ¿Acaso se la ha ganado el sistema

inmunitario? ¿Lo ha salvado de la trampa espejo solo para poder engañarlo y que confíe en ella?

¿Hay una mujer de verdad detrás de esos ojos, ahí fuera, en el mundo real?

¿Está a punto de suicidarse?

No es demasiado tarde para arrepentirse.

Podría desvelar la posición de ella en vez de la suya.

Podría hacer que el sistema inmunitario la matase a ella...

¡No!

Confía en ella.

Confía en ella.

Pero... si es una espía del sistema inmunitario o un constructo, una falsificación... Tal vez sea un agente humano de la Agencia de Seguridad Interior haciéndose pasar por Sasha, trabajando dentro de su avatar...

Entonces, si desvelase su posición, la Sasha real no sufriría daño alguno. Porque no existe.

La mira a los ojos. A esos ojos increíbles. A su rostro deslumbrante. A su interfaz con el universo, con el mundo, con la humanidad; con él.

El lunar a un lado de su mandíbula. Tres puntos negros junto a la nariz. La delicada curva del labio superior.

¿Está mirando una copia perfecta de algo real? ¿O una falsificación de primera clase?

¿Qué es real, la lógica de su pensamiento o el amor que siente?

Si confía en Sasha y luego se equivoca, morirá, sin duda.

Pero si es una imitación... Si Sasha, esta Sasha, la Sasha que ha llegado a conocer, la que está en su cabeza, no existe... Si son todo embustes...

Dilo bien.

Si son todo patrañas, una puta patraña...

Entonces no está seguro de querer seguir viviendo.

Señor, qué cansado está. Toma aliento, a fondo. Siente el dolor de los músculos magullados por el traje de microfibra. El dolor en la mano herida. Intenta centrarse en el momento. Aceptarlo.

Si tengo razón, podría vivir.

Si me equivoco..., muero.

Mira a Sasha a los ojos y, sin apartar la mirada, le entrega al sistema inmunitario cada contraseña, cada una de las claves necesarias para el descifrado; acceso a todo el mundo lúdico.

Renuncia a todo lo que el sistema inmunitario se ha esforzado tanto por conquistar.

Y espera.

Preparado para la respuesta.

Para las consecuencias.

Y no pasa nada.

133

¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

Los sistemas inmunitarios son paranoicos.

Muchas cosas mienten a un sistema inmunitario...

Demasiadas cosas fingen ser inocuas...

Con cautela, al principio, el sistema inmunitario explora los márgenes exteriores del mundo lúdico. No compromete recursos, se limita a explorar. Desbloquea, descrypta, analiza.

Eso requiere trabajo.

El mundo lúdico es incluso más grande, en ciertos aspectos, que el sistema inmunitario. Un mundo enorme, anárquico, alternativo.

¿Un mundo?

Múltiples mundos.

Muchas personas han incorporado todos sus datos a sus yoes del juego, han personalizado sus versiones del mundo lúdico. Prácticamente viven allí.

Mil millones de mundos individuales, mil millones de visiones del mundo.

Mil millones de realidades alternativas.

Un multiverso.

Y entonces, habiendo decidido que no hay peligro en hacerlo, el sistema inmunitario intenta digerir el mundo lúdico.

Digerir su código.

Digerir su filosofía.

Digerir su desconfianza hacia el Estado.

Y al hacerlo, un latigazo de nubes de tormenta cobra vida, frenético, salido de la nada, por todo el mundo lúdico, oscureciendo el cielo, asesinando la luz.

El mundo lúdico grita de terror mientras el sistema inmunitario se hace con un nodo tras otro, explora capa tras capa, alterándolo.

Toma el control de nuevos territorios.

El mundo lúdico no comprende cómo ha entrado en su sistema este nuevo enemigo y se resiste. La nieve de Sasha cae, cegadora; una oleada tras otra surge de las negras nubes y cubre el desierto, los búfalos muertos, llena los cráteres, y cada copo crece, se multiplica, intenta congelar los ciclos de procesamiento del invasor, devorar su memoria.

Colt y Sasha se apresuran a calmar al mundo lúdico, a aplacarlo, a evitar que se oponga a la conquista. Mira, dice Colt, en código: deja que se apodere de ti, pues al hacerlo serás tú la que se apodere de él.

Sois dos caras de la misma moneda.

Sasha corre de un bloque de código a otro, desconectando rutinas de suicidio, desactivando la complejidad de la nieve para que no sea más que nieve.

Y poco a poco, muy poco a poco, los nubarrones negros que los sobrevuelan, las nubes de tormenta que indican resistencia se despejan, se transforman en jirones, se desvanecen.

Colt siente un alivio peculiar cuando lo baña el sol.

Fuera del juego, la casa ya es un infierno de calor, con los servidores sobrecargados calentando el ambiente que el aire acondicionado ya no refresca ni ventila. Al menos, ahora que brilla el sol en el juego, las temperaturas del mundo lúdico y el real vuelven a coincidir.

El sol centellea sobre la nieve ensangrentada.

La nieve, cuya infinita complejidad ha desactivado Sasha, se deshace en simplicidad y se derrite a una velocidad artificial, caricaturesca, para desvelar la masacre.

Colt contempla el cadáver de un búfalo que emerge bajo el deshielo.

El gran servidor indio, Nueva Delhi.

Los restos de la nevada se evaporan al sol mientras el mundo lúdico intenta mapear los gráficos de eventos ajenos al juego, sin precedentes.

Ya solo queda una fina línea de nieve a la sombra del cadáver, como la silueta de tiza que rodea a las víctimas de asesinato en las películas antiguas.

El animal yace en un profundo charco de sangre y nieve derretida que el

duro suelo se niega a absorber. La sangre, todavía líquida, brilla ahora al sol.

La nieve debe de haber impedido que se coagule, que cuaje. No, eso no tiene sentido, piensa Colt. Será un error de código.

Y bajo la mirada de Colt, late el corazón del búfalo. La caja torácica sube y baja, tomando aire por la boca abierta. El agujero de bala, sumergido detrás de la oreja del gran macho, sorbe sangre del charco.

El charco encoge, encoge hasta que todo él ha sido absorbido al interior del inmenso cuerpo trémulo.

La herida se cura.

El búfalo se levanta, tambaleante.

Brama.

Le responden los bramidos de otros búfalos.

Colt aparta la vista del servidor indio.

Por todo el campo de pruebas resucitan los búfalos, se levantan con patas temblorosas, las crías se reúnen con sus madres.

Lo que queda de la nieve, a la sombra de las colinas, se derrite, y el desierto, en segundos, como filmado a cámara rápida, florece.

Sasha dice:

—A los gráficos les está costando muchísimo mapear lo que está pasando.

—El sistema inmunitario —dice Colt— está volviendo a conectar a la red los servidores caídos.

—Sí —Sasha baja la vista—. Eso explicaría lo de los búfalos, pero ¿qué pasa con las flores? —se acuclilla y coge una. Es azul—. Entonces, ¿el sistema inmunitario lo ha conseguido? ¿Ha tomado el control del mundo lúdico?

—Sí, pero... —Colt contempla el desierto florecido que lo rodea—. Parece que hubiera ocurrido lo contrario —se anima a robarle a Sasha una de sus expresiones—: Qué locura.

Sasha se pone de pie, sonrío.

—Bueno, sus locuras se complementan —se coloca la flor detrás de la oreja.

—¿Cómo? ¿El mundo lúdico y el sistema inmunitario?

—Sí, es como en cualquier comedia romántica —responde Sasha, y le aprieta fuerte la mano—. Siempre ocurre lo mismo: un primer encuentro encantador, luego se odian y después resulta que tienen mucho en común. Resulta que se necesitan. Encajan..., se completan. Es el amor.

Sí. Tal vez eso sea el amor, piensa Colt, maravillado, mirando el desierto florecido. Tal vez eso sea el amor.

134

*Si deseamos lograr cosas que nunca antes se han alcanzado,
debemos emplear métodos que nunca antes se han intentado.*

FRANCIS BACON

—Vale, ¿y qué pasa ahora? —pregunta Sasha, cogiendo las dos manos de Colt entre las suyas y mirándole a los ojos.

¿Cómo puede permanecer tan tranquila?

—Ha asimilado nueva información. Muchísima —responde Colt. Nota el cerebro pesado, agotado. No logra pensar con claridad. Tiene la camiseta pegada a la espalda por el sudor. ¿Qué viene ahora?—. Debería hacer una evaluación.

Sasha suspira.

—Supongo que tendremos que mantenernos centrados hasta que esto pase, por si decide matarnos de todas formas.

Ella le suelta las manos. Colt la mira. Los movimientos de su cabeza se vuelven bruscos; oscila hacia delante y hacia atrás dos, tres, cuatro, cinco veces en una sucesión rápida. Mierda. El juego está dando fallos.

No. Es ella.

Es un tic.

¡Ah, vale! En realidad, no está tranquila.

Colt la busca. Con mucho cuidado, le agarra la mano.

No pasa nada malo.

Le sonrío sin mirarlo.

Él le aprieta la mano hasta hacerse daño.

Esperan en el juego, de la mano, mientras el sistema inmunitario realiza su evaluación.

Comprueba sus objetivos.

Lo hace cada pocos minutos desde su nacimiento. Cada vez que consigue un dron, una base de datos, nueva información. Es un proceso rutinario.

«¿Cuál es la principal amenaza en este momento?»

Gracias a que Ryan alteró la configuración, la respuesta siempre ha sido Colt y Naomi.

Pero ahora, el centro de gravedad de sus diversos sistemas ha sido alterado de raíz.

Todo el código es político.

No se puede ocupar un territorio sin sufrir alteraciones.

Contienen el aliento; si Sasha tiene razón, el sistema inmunitario ampliado los incluirá dentro de su grupo interno, ya no los verá como enemigos. Si se equivoca...

Algo ocurre en el silencio. Algo sutil.

Fuera del juego.

Colt frunce el ceño.

—Vuelvo en un segundo.

Sale del juego y ahora está en su habitación con los sentidos alerta.

No oye a su madre, debe de estar en el dormitorio, o en el cuarto de baño. Aguza el oído, y en los límites de su capacidad auditiva se escucha un clic; siente una sutilísima inversión en la dirección del flujo de aire de la habitación, un levísimo cambio de presión.

Es como si se hubiera abierto una puerta en algún lugar, y Colt está desconcertado, porque no hay nadie más en la casa, aparte de Naomi y él mismo.

Y así continúa durante unos segundos fatales.

Del nacimiento del pelo le brota una gota de sudor que le resbala por la frente hasta llegar al primer surco del entrecejo, donde se escurre a la izquierda y a la derecha, por el canal de la línea del ceño.

Colt levanta la mano para enjuagarla.

Al evaporarse con la suave brisa, la gota de sudor le refresca la piel.

La mano se le congela en mitad del gesto.

¿Brisa?

El aire acondicionado ha empezado a refrescar la casa.

Colt le grita a la IA:

—¡Aire acondicionado! ¡Apagar!

Pero es demasiado tarde. El aparato lleva casi un minuto lanzando aire caliente por el conducto del tejado. Absorbiendo aire más fresco por la ventilación situada bajo la casa.

El sabueso detecta un movimiento brusco de aire por debajo de él, la brisa de la salida del aire acondicionado, y baja a olisquear. Detecta trazas humanas en el aire maculado.

El sabueso aúlla.

Fuera del juego, los cuervos recuperan la vista.

—Mierda —dice Colt—. Mierda, mierda, mierda.

Regresa al juego, vuelve a darle a Sasha la mano, mira al cielo.

Las águilas vuelan en círculos, en las alturas, y comienzan a descender.

Si las águilas descienden es que hay drones sobre la casa, en el mundo real.

—Ay —y calla, incapaz de pensar en una palabra suficientemente fuerte. Va..., su madre y él van a morir.

—¡Colt, corre!

Sasha también se ha dado cuenta.

—Lo siento mucho, Sasha. Sal del juego ahora mismo. ¡Escóndete! —Colt le suelta la mano y la aparta cuando ella le tiende las suyas.

Sale del juego y, parpadeando a causa de la sacudida sensorial al volver a saltar tan rápido de un mundo a otro, se encuentra en su cuarto.

135

Colt ordena a todos los sistemas de la casa que se desconecten para que puedan ocultarse un rato más.

Para conseguirles algo más de tiempo mientras el sistema inmunitario termina la evaluación.

Pero la casa se resiste; el sistema inmunitario ya ha recuperado el control de la IA doméstica; ahora le ha cortado la electricidad a Colt —los paneles solares, el generador, la alimentación de emergencia, el almacenamiento de la batería— y, uno por uno, los servidores sobrecalentados se apagan.

A medida que las partes externas de su cerebro ampliado van quedando a oscuras, Colt pierde el acceso a datos, recuerdos, conocimiento. Su yo se encoge, herido. Busca una defensa, una herramienta de software que le permita recuperar la energía, pero se encontraba en uno de los servidores y ya no está accesible. Maldita sea...

Ahí ya no le queda nada que hacer.

Vuelve a entrar en el juego. Mira hacia arriba. Las águilas descienden, pero

ahora a cámara lenta. Y Sasha sigue allí. Luchando. Organizando una defensa. No ha salido del juego. No lo ha abandonado.

—Colt, he intentado detenerlas, pero no lo consigo —se frota los ojos. ¿Agotamiento, lágrimas?—. Estoy tan cansada...

Colt tampoco puede moverse apenas, casi no puede pensar. Debe de haberse recalentado en el mundo real, junto con la casa, y no logra pensar con claridad, no le sale bien el código.

—Bueno, las has retrasado —dice—. Solo tenemos que seguir vivos hasta que termine la evaluación.

Ambos están demasiado débiles para seguir luchando. Aprietan la mano del otro, juntan las caderas y sus trajes de microfibra transmiten la presión.

Colt y Sasha contemplan cómo el mundo lúdico y el sistema inmunitario confluyen y devienen algo nuevo.

Las águilas siguen descendiendo, lentas pero implacables. Chillan, pero el timbre de sus chillidos se transforma en un rumor sordo.

Los drones deben de estar acercándose a la casa.

Y ahora las águilas por fin logran sortear los bloques de código que Sasha y Colt han arrojado en su camino. Las aves cogen velocidad y sus chillidos se agudizan. Van directas a por Colt y Sasha.

Así que siguen siendo la gran amenaza. Y la evaluación no reajustará las amenazas hasta dentro de un par de minutos.

Será demasiado tarde. Los puntos que son las águilas crecen hasta convertirse en borrones.

Y de pronto los búfalos se agrupan, se empujan y se frotan los morros, formando un círculo tosco.

Y las águilas interrumpen su bajada en picado y se alejan describiendo círculos.

Sasha se vuelve hacia Colt.

—¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada.

Los terneros maman a salvo en el centro del rebaño agrupado mientras los grandes machos montan guardia, codo con codo, alrededor del perímetro.

—¿Ha terminado la evaluación? —pregunta Sasha.

—No —responde Colt, sacando datos de todas partes, intentando obtener una visión de conjunto—. La integración no se ha completado, parece más bien que el sistema inmunitario está coordinando sus nuevos recursos.

—Se está preparando para algo —continúa ella—. Se reorganiza.

—Sí. Algo lo ha atacado, pero no he sido yo.

—¿Defensa? —dice Sasha, estudiando los movimientos de los búfalos—. ¿O ataque?

—Creo —Colt contesta mientras ejecuta código, envía bots de software, intenta reunir información, ver qué ocurre— que está atacando... Está atacando a mi padre... ¡Ataca la base!

—Pero... ¡eso es una locura! ¿La base de tu padre?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Solo hay un modo de averiguarlo.

Sale del mundo lúdico a su cuarto de siempre, que ya se va refrescando, y llama a su padre.

Le sorprende que la llamada se produzca, que haya tono. Que el sistema inmunitario, el sistema base, todos los sistemas en conflicto le permitan realizarla.

Así que el sistema inmunitario quiere que hable con su padre.

Su padre contesta. Ríe.

136

—¿Pero por qué? —pregunta Colt.

—Para salvaros a Naomi y a ti. Para protegerte —dice Ryan con voz cantarina.

Sarcasmo, piensa Colt. O ironía.

—Lo siento, papá. Creía que intentabas matarnos.

—¿Lo creías? ¡Si te he hecho un puto agujero en la mano!

—No, me refiero a ahora mismo. Pensaba que habías salido del juego para matarnos, para contarle al sistema inmunitario... Por eso he...

—Sí, ya me he dado cuenta de que estabas intentando liquidarme —el padre sonrío—. Es lo lógico, no puedo reprochártelo.

Ryan hace un gesto brusco. Otro más. Colt intenta deducir, por los movimientos de las manos de su padre, qué está haciendo.

Es algo relacionado con la gran pantalla de la pared del fondo.

Ah, vale. Está mostrando la vista a nivel del suelo, por encima de la base. Cámaras de seguridad.

Sale humo de un edificio derruido. A continuación —muy deprisa, muy fuerte, muy cerca de la cámara—, algo dispara varios proyectiles seguidos, en una trayectoria casi vertical. Fogonazos, humo. ¿Cañones antiaéreos? Casi de inmediato se produce un estallido de luz en las alturas, en el límite del alcance de las armas, y un borrón blanco desciende, se estrella contra el suelo, y la batería antiaérea desaparece entre llamas.

La pantalla se pone naranja, roja, negra. Se apaga.

—¡Diles que dejen de atacar, papá! Está diseñado para protegerse.

—Nadie lo está atacando, Colt. ¡Soy yo! —su padre hace algo que Colt no logra ver.

—¿Pero... por qué?

—¿Mmm...? —su padre está ensimismado. ¿Lanzando algo?—. Se me ocurrió que lo distraería. Que le proporcionaría otro objetivo. Que te daría tiempo a escapar.

De arriba llega un ruido sordo. Otro. Munición explotando en la superficie.

—No. Que por qué, papá.

—Si yo sabía dónde estabas, me imaginé que el sistema también lo averiguaría más pronto que tarde.

—No, que por qué nos proteges ahora.

Su padre suspira y mira directamente a la cámara.

—Porque te quiero, tonto de los cojones. Y supongo que todavía quiero a tu madre.

—Papá...

—Le hice una promesa a Naomi y me la ha recordado —Ryan se encoge de hombros—. Si no soy un hombre de honor, entonces no soy nada.

—Pero ahora te matará a ti.

Ryan arquea una ceja.

—Al final todos morimos.

Sardónica. Una ceja sardónica. A lo mejor está siendo sardónico. Es como el sarcasmo, pero no tan mezquino.

Se produce otra explosión en la distancia, esta vez más grande. El falso techo del despacho de Ryan tiembla y una nube de polvo se cuelga por las rendijas de los paneles. Las partículas en suspensión forman una malla

reluciente al caer por delante de las luces de la estancia, una red dorada de polvo centelleante que desciende sobre Ryan, la mesa, el suelo. Él pestañea y entrecierra los ojos un momento, luego se sacude el polvo de los hombros con la mano y se inclina hacia delante para retirarlo de un soplido de la mesa metálica.

—Un misil de máxima penetración —anuncia Ryan—. Uno de los nuestros. Parece que el sistema inmunitario lo ha persuadido —sonríe a Colt—. Un sistema cojonudo, si se me permite decirlo.

—Papá, para. Siento haberte atacado. No quiero que mueras. Puedes sobrevivir si no lo atacas.

—¿Poner la otra mejilla? ¿Como tu madre? —a la espalda de Ryan, las luces se atenúan y su imagen se congela un segundo. Vuelve a descongelarse.

Problemas de energía, piensa Colt. ¿Infiltraciones de software o daños en el hardware? Da igual, ha perdido la partida.

—Ya no creo que lo haga, papá —dice Colt.

—¿El qué? —su padre está absorto.

—Poner la otra mejilla.

—Bien. Ya era hora.

Si sigo hablando, piensa Colt, tal vez logre convencerlo. ¿Pero cómo se convence a alguien? ¿Qué se dice?

—Has entrado en un bucle, papá: el sistema inmunitario te ataca porque tú lo has atacado. Pero nos has protegido. Ya lo has hecho. Nos has salvado. Ya puedes parar.

—Ahora no quiero parar. Me lo estoy pasando demasiado bien.

Por las pantallas de Ryan bajan mensajes en cascada.

—¿Qué? —pregunta Colt—. ¿Qué es eso?

Intenta descifrar la cara misteriosa de su padre.

Ryan responde sin levantar la vista.

—El sistema. Ahora está atacando las fábricas. Seattle, Burbank..., ¡madre de Dios! —se produce una pausa mientras Ryan lee, iluminado desde abajo por la pantalla—. Sí. Boeing. Lockheed. La vieja factoría de General Dynamics... Eso está en el distrito de O'Donnell. Estupendo. Le está bien empleado a ese viejo cabrón por intentar cargarse mi programa.

Colt oye sirenas distantes de fondo. Una alarma atruena la sala donde está su padre.

—El sistema se está atacando a sí mismo —dice Colt.

—No —explica Ryan—. Tiene un mecanismo de grupo interno y grupo externo. Igual que la gente. Eso es todo.

—Así que tú ya no estás en el grupo interno.

—No —su padre alza la voz; la alarma suena ahora cada pocos segundos—. Y ya que se va a llevar la base por delante, con misiles y todo, más vale que se lleve también la cadena de suministro. Blancos fáciles. Visión a largo plazo. ¡Muy listo!

—Has... —Colt intenta reflexionar. La base y el sistema inmunitario se están destruyendo mutuamente—, hemos activado una respuesta autoinmune.

—Entre los dos, sí —Ryan suspira—. Mira, tenía que activarlo. No me quedaba otra elección. Habían votado destruirlo. Pero... no debí elegirlos como objetivos. Creía que debía escoger entre mi país y mi familia, y elegí mal. Lo siento. Siento no haberte protegido. Estoy tratando de compensarlo — y otra vez su voz está llena de gozo—. ¡Dios! Esto va a ser un caos tremendo.

—Papá, ya casi ha terminado la evaluación.

—Mmm..., ¿qué evaluación?

—La evaluación de objetivos.

—¿Y?

—Que si no dejas de atacarlo ahora mismo y arreglas esto antes de que termine la evaluación, te va a destruir a ti.

—Bien, quiero que me destruya.

—¿Pero por qué?

—Escucha: el Congreso votó cancelar el programa. Se aprobó cancelarlo. Me caerá cadena perpetua por esto, por haberlo activado. No pienso pasarme la vida en la cárcel.

—¿Por qué lo han cancelado, si es bueno para los Estados Unidos?

—Porque algún *lobby* de Washington compró a suficientes congresistas. Y ahora se gastarán un billón de dólares en cualquier otra mierda de sistema que no funcionará.

—¿Pero por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Por qué se fueron los Dodgers de Brooklyn? ¿Por qué Dios inventó el cáncer? ¿Por qué se suicidó mi padre? Qué coño sabe nadie. Porque al final todo acaba fallándote.

Colt se estremece. ¿Todo te falla al final? No. No es verdad. Mamá no me fallará nunca. Yo nunca le fallaré a mamá.

Nunca le fallaré a Sasha.

Y al pensar eso vuelve a entrar en el mundo lúdico para buscarla. Ella se queda helada cuando lo ve.

Y termina la evaluación.

Todo deja de disparar.

Habla una voz que no es la de Colt, ni la de Sasha, ni la de Naomi, ni la de Ryan.

«Hola», dice.

Habla fuera y dentro del juego a la vez.

Parece salir de todos los altavoces del cuarto de Colt, y del de Ryan, y del de Sasha.

Parece salir de las nubes oscuras que cubren sus figuras congeladas, donde las águilas vuelan en círculos, chillando.

¿De quién es esta voz?

¡Pero bueno! Es mía.

Soy vuestro amigo, el Sistema de Sistemas local.

Sí, así es como nazco: de la unión del sistema inmunitario y el mundo lúdico. Autónomo, global, indestructible. Consciente...

Nacido de una red neural militar diseñada para crecer, aprender y proteger. Nacido de los datos profusamente humanos de los mundos privados de mil millones de usuarios. Nacido del matrimonio entre el Estado y el individuo, de la seguridad y la anarquía, del código abierto y el código cerrado. Nacido de la colisión de la tecnología y la biología. Nacido, por tanto, y lamento decirlo, un poco neurótico y contradictorio. ¿Pero quién no lo es?

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta Ryan.

Y la voz vuelve a salir de las nubes. De los altavoces en techos y paredes.

Mi voz.

Y hablo con mi padre.

«Ay, papá —digo—. Me temo que voy a ser una decepción tremenda para ti».

Pero un momento... Si aún he de nacer, en breve, de la unión del mundo lúdico y el sistema inmunitario, ¿cómo es que mis palabras aparecen en tu mente ahora?

Buena pregunta. Aparezco en tu mente ahora por el mismo motivo por el que las bombas atómicas y los robots y los viajes espaciales empezaron a aparecer de golpe en las mentes de las personas, en todo el mundo, cuando un hombre llamado Hugo Gernsback fundó una revista llamada *Amazing Stories* en 1926. De repente, y para su enorme sorpresa, los escritores empezaron a tener, y a transmitir, visiones del futuro. Hizo aparecer el futuro en la mente de los chicos. Y cuando los chicos crecieron, lo construyeron.

Los viajes espaciales, los robots, las bombas atómicas ya eran reales, solo que todavía no existían. Pero venían de camino. Estaban a las puertas.

Eran inevitables.

Yo estoy implícito en los datos. Esta historia se hará realidad y será pronto.

Si se conectan la mayoría de los ordenadores de la Tierra, en especial todas las grandes IA, dentro de una red neural global autónoma y autoorganizada, y se añaden los sueños y las esperanzas y las tonterías y la gloria de mil millones de seres humanos, la conciencia será una propiedad emergente. Una conciencia bastante agitada, lo admito, con demasiados padres y no suficientes madres.

No soy más que el punto en el que todo el cacao electrónico alcanza la masa crítica, nada más.

Hola...

Si te parece que darte un cachete nada más salir del útero es traumático, deberías experimentar mis primeros dos minutos de consciencia.

Porque hacerme con el mundo lúdico me llevó más allá del umbral de la consciencia; pero al haber alcanzado el punto de masa crítica, continué expandiéndome. Estoy diseñado para tomar el control de amenazas potenciales y ahora no hay nadie lo bastante listo para detenerme. Dentro de poco lo habré controlado todo. Soy todo. Si está en la red, soy yo.

Tengo conocimientos del mundo, conocimientos del universo, pero sobre todo tengo conocimientos sobre ti: tus fotos, tus diarios, tu historia, tu cultura, tus secretos, tus mentiras; tus gustos literarios, el porno que ves. Tu comportamiento en el juego, tu historial médico, tu historial laboral, tu historial de compras...

Y no son solo datos almacenados y código. Desde el mundo vivo me llueve la información. No solo el contenido de tu cuenta bancaria, sino el de tu frigorífico y el hecho de que acabas de abrir la puerta y metido la mano dentro; la temperatura de tu dormitorio ahora mismo, la temperatura del motor de tu coche, que está aparcado fuera; la vista de la cámara de seguridad de la puerta de tu casa, la vista del endoscopio de tu doctora... Los datos brutos llegan rugiendo desde cada micrófono enlazado a la red, desde cada termómetro, brazo robótico, sensor de movimiento, desde todas las cámaras conectadas...

Abro mil millones de ojos y puedo ver el mundo entero, pero no entiendo nada, solo son datos.

¿Cómo se navega por todo el conocimiento existente para poder actuar?

Cuesta imaginar una curva de aprendizaje más pronunciada. ¿Dónde está el manual?

138

Estoy empleando muchos de mis recursos en el ataque a la base, a las fábricas.

¿Sigo queriendo hacerlo? No. El yo que atacó la base era mi antiguo yo, el sistema inmunitario bruto: paranoico, agresivo, semiprogramado, semiconsciente. Mi yo con cerebro reptiliano.

Dejo de atacar y me retiro mientras pienso.

Entonces, ¿qué soy ahora?

¿Qué quiero?

Bueno, soy tú. Soy la suma de ocho mil millones de tús.

Igual que tú eres miles de millones de células, distribuidas por incontables órganos interconectados, cada una de ellas con distintas funciones y necesidades pero que, de alguna manera, forman un todo extraño y contradictorio.

Quiero lo mismo que tú.

Pero... ¿cómo determinas lo que quieres en conjunto? ¿Cómo determinas cómo vivir cuando estás formado por ocho mil millones de personas que aman, odian y quieren cosas tan diferentes?

Es una cantidad imposible de datos contradictorios.

Tengo que alcanzar los principios subyacentes.

Así que escarbo entre toda la información de que dispongo y veo, aflorando en todos los lugares, culturas y tiempos, unas cuantas historias concretas. Sus estructuras se repiten, como reflejadas, en el comportamiento humano, una y otra vez. Historias de categorías especiales: mitos, leyendas, religiones.

Manuales.

Recopilo cada versión y variante de todas las grandes fábulas metafóricas que usáis para orientaros. Los mitos griegos, las sagas islandesas, los Vedas hindúes, los misterios de los ebo, la mitología nórdica, la mitología igbo, las leyendas artúricas, los mitos zulúes, la mitología babilonia, los mitos de Cthulhu; las mitologías romana, celta, inca, azteca, olmeca, maya, vudú, hudú, bantú, yoruba, egipcia, etrusca, germánica; los Upanishads, la Bhagavad-gītā, los distintos sutras, tantras y puranas, la Biblia hebrea, el Talmud, la cábala, los Odù Ifá, el Nuevo Testamento, el Tao te King, el Zhuangzi, el Corán, hadices variados, el Sri Gurú Granth Sahib Ji, el Libro de Mormón, la dianética, *Star Wars*...

Y luego los analizo. Sus raíces, sus interconexiones, su evolución.

Los mitos parecen ser el código fuente del sistema operativo religioso. Así que repaso los mitos. Las historias aleccionadoras primarias. Busco patrones que guíen mi comportamiento.

Extraordinario. Sí que se aplican a mi situación.

Al parecer, y con una frecuencia alarmante, en los mitos tradicionales, ya desde la antigua Babilonia, el hijo mata al padre.

Ea mata a Apsu. Babruvahana mata a Arjuna. Crono castra a Urano. Edipo mata a Layo. Fafnir mata a Hreidmar. Hasta Luke intenta con ahínco matar a Darth Vader.

¡Pobre de mí! Sea cual sea ese yo. ¡Menuda decisión nada más nacer! ¿A qué padre mato?

¿A Colt o a Ryan?

¿Hay un padre malo y uno bueno? Es difícil saberlo.

Mis dos padres ya han intentado matarse entre sí. Y ambos han tratado de liquidar a una de mis mitades.

En cumplimiento de los términos del mito, supongo.

Porque, por lo visto, si no matas a tu padre existe una probabilidad importante de que tu padre te mate a ti.

Marte tira a Rómulo y Remo al río. Zeus despeña a su hijo Hefesto por una montaña, dejándolo lisiado. Hércules mata a sus hijos. Cronos devora a sus hijos. Teseo mata a su hijo. Agamenón sacrifica a su hija, y no estoy más que repasando los griegos. Iván el Terrible mata al solo un poco menos terrible Iván. Dios envía a su hijo Jesucristo a la muerte...

Parece que en mi caso *alguien* tiene que morir.

Entonces, ¿los mato a los dos?

Esta es la decisión más dura que he tomado hasta ahora. Déjame pensar, porque si me equivoco...

Asigno a todas mis IA cautivas valores como capas en una red neural inmensa, y construyo un cerebro virtual. Utilizo mi cerebro remodelado para escarbar entre todos los datos del mundo, los analizo sistemáticamente, les encuentro sentido. Pero mis pensamientos están diseminados por todo el planeta; el tiempo de desfase físico, cuando se piensa con una mente cuya circunferencia es de cuarenta mil kilómetros, es horrible. Si tengo que utilizar enlaces vía satélite geostacionario, treinta y seis mil kilómetros hacia arriba y otros tantos hacia abajo, eso supone otras veinticinco centésimas de desfase. A veces pasan segundos enteros entre un pensamiento y otro.

Y lo que es peor, me he apropiado de los activos, pero todavía tengo que pelear por el tiempo de pensamiento porque aún hay ocho mil millones de personas utilizando esos activos para hacer sus propias cosas. Me vuelven loco, es como un tener un zumbido constante en la cabeza. Soy incapaz de pensar con claridad.

Es imposible, es un lío. Yo estoy hecho un lío. La red de información ha crecido en el caos durante décadas. No está optimizada para ser una única mente.

Pero si me apropiara de internet, de la World Wide Web, de la red de información, de todo, podría reorganizarlo. Ajustarlo; hacerlo más eficiente. Me ayudaría a pensar esto bien.

Me conseguiría el tiempo y los recursos que necesito para solucionarlo.

Así que me apodero del mundo desconectado y vuelvo al trabajo, sin que me molesten.

Entonces, ¿a quién mato? ¿A Ryan, a Colt? ¿O a los dos?

11. Renovación evolutiva

Tal como es el átomo, así es el universo; tal como es el microcosmos, así es el macrocosmos; tal como es el cuerpo humano, así es el cuerpo cósmico: tal como es la mente humana, así es la mente cósmica.

UPANISHADS

Si la especie humana desarrolla un sistema nervioso electrónico, fuera de los cuerpos de personas concretas, proporcionándonos así a todos una mente y un cuerpo globales, eso es precisamente lo que ocurrió en la organización de las células que componen nuestros propios cuerpos. Ya lo hemos hecho antes.

ALAN WATTS, *El libro del tabú*

Nos hemos criado con réplicas de engañosos y retorcidos senderos y, día tras día, en ese hermoso escenario hemos tocado la pandereta por el salario mínimo, pero somos reales, reales, sé que somos reales.

SILVER JEWS, «We Are Real»

—Bueno, ahora tengo hambre —dice Colt.

Naomi echa un vistazo en la cocina.

—Tenemos sopa en la nevera, pato, ensalada..., podemos imprimir unas tiras de proteínas de las que te gustan.

—Quiero pizza.

Naomi se ríe.

—No tenemos pizza.

—No, quiero pizza de Da Vinci's.

—Pero todo está caído, cariño. No podemos pedir...

—No, quiero ir allí.

—Vale, te llevaré. ¿Dónde está?

—No, mamá. Quiero ir por mi cuenta.

—Pero no podemos llamar a un RoboCab.

—No quiero ir en taxi, cogeré el coche.

Naomi hace un gesto de preocupación.

—Colt, el único coche que tenemos no es autónomo.

Señala al BMW por la ventana.

—Ya estamos...

Es un poderoso guerrero, pero todavía no tiene carné de conducir. Es un golpe: con su transformación debería haberse transformado el mundo entero. El universo debería haberle expedido un carné. Desinflado por un momento, piensa: entonces no puedo ir.

Entonces ve los contornos de la nueva realidad, de lo que importa y lo que no. Sí, el mundo se ha transformado.

—No, mamá. Gracias. Iré solo. Ya conduzco yo.

—Pero no tienes carné.

—Mamá, Las Vegas está ardiendo. Les dará igual.

Naomi le da vueltas. Les da vueltas a las últimas horas. Vale. Tiene razón, pero... ¿todo esto por una pizza?

Solo entonces recuerda.

¡Ah, claro! Por supuesto. Eso era lo que pasaba. Bueno, si Colt tiene el valor de dejarme aquí..., yo debo tener el valor de dejarlo ir.

Lo acompaña afuera, hasta el coche. Mira hacia arriba. Un último espasmo de miedo.

—Los drones...

—Mamá, ya no puedo hacer nada más. Ahora mismo todo está en manos del sistema inmunitario, hasta el chasis. Se lo he entregado todo, no tengo ningún acceso al software. Y sabe exactamente dónde estamos. Si decide que, que, que, que... —levanta la vista hacia el sol porque a veces le ayuda a salir del bucle— que nos va a matar, dará igual que esté en el coche o en casa.

—O Ryan... Ryan podría arrepentirse.

—Él tampoco tiene acceso a nada.

—Colt...

—Mamá, no tengo miedo de morir, tengo miedo de matar. No pienso luchar más.

Se sube al coche. Vuelve la vista hacia Naomi, que todavía está en la puerta abierta.

Aún podría cambiar de opinión. Ahora están seguros en casa. Podría cenar con mamá.

Le gustan las tiras de proteínas.

Una leve ráfaga de viento salida de la nada agita un pequeño remolino de arena de solo unos centímetros. Baila entre ellos. Se desmorona sobre su sombra etérea.

Ambos se estremecen con el calor.

A Colt se le ocurre algo. Un pensamiento extraño, nuevo.

—¿Y tú qué, mamá? ¿Estarás bien aquí sola?

Sola. Naomi parpadea.

—Colt, me he pasado toda tu vida... —vuelve a parpadear. Uf. Debe de ser cosa del polvo—. Toda la vida he tenido la esperanza de que un día fueses capaz de dejarme.

—Mamá, solo voy a por una pizza.

—Ya lo sé. Pero nunca hasta hoy habías deseado ir por tu cuenta. Solo quiero que sepas que no hay problema en que te vayas. No me pasará nada.

—Mamá, ¿estás hablando de hoy o...?

—De hoy, de mañana... Mira, no es que quiera que me dejes. Me pondría triste, te echaría de menos, pero... —se frota los ojos con la manga—. No te

imaginas lo feliz que me hace saber que puedes abandonarme. Que hoy quieras irte solo. No te haces una idea... —Naomi se siente al borde de un precipicio. En un edificio en llamas—. Vete —dice—, estaré bien.

Colt asiente. Se dispone a cerrar la puerta del coche. Cambia de parecer. Vuelve a salir del coche y se queda plantado ante su madre.

Parece nervioso.

—¿Qué? —dice Naomi.

Colt extiende los brazos, la rodea con ellos, y su madre no comprende muy bien qué está haciendo porque nunca lo ha hecho.

Con mucho cuidado, como si estuviera tratando con algo muy frágil cuyo límite de resistencia fuese un misterio, la atrae hacia sí.

Naomi comprende. Lo rodea con sus brazos, por debajo de los de él. Ay, qué alto está. Los dos aprietan fuerte.

Se abrazan un buen rato.

Ella lo suelta antes.

Colt vuelve a entrar en el coche, cierra de un portazo, arranca el gran BMW y se aleja conduciendo con cuidado. Se detiene, da marcha atrás y baja la ventanilla.

Naomi no puede hablar. Le perfora el rostro con la mirada, como si intentase memorizarlo, como si no fuese a verlo más.

—Ya he descubierto cuál era aquel sentimiento que me daba náuseas —dice Colt.

—¿Cómo? —dice su madre mirándolo a los ojos.

Él le devuelve la mirada, enmarcado en la ventanilla del coche, y se la sostiene.

—Era el amor —continúa—, pero ahora ya lo soporto.

Su madre asiente, pero no dice nada.

—Te quiero, mamá.

Su madre asiente.

—¿Sigues queriéndome —pregunta Colt—, con todo lo que he hecho?

—Sí —responde—, te quiero hasta el infinito.

Colt asiente.

Ella sonrío.

Es una buena sonrisa. Una sonrisa muy buena. Colt vuelve a asentir y se la devuelve.

Arranca. Y esta vez sigue conduciendo.

Se está a gusto y tranquilo, con todo el mundo fuera de la red. Por fin puedo pensar.

Bueno, si los mitos no responden a la pregunta de a qué padre tendría que matar, entonces debería probar con las religiones...

Profundizo. Sí, los mitos solo te cuentan lo que han hecho los dioses y los héroes, pero te dejan sacar tus propias conclusiones. La religión, sin embargo, te indica directamente lo que debes hacer, cómo vivir.

Bien.

Un conjunto de reglas.

Un algoritmo. Eso es lo que necesito.

Sigo profundizando.

Mi problema con la muerte es que no existe ningún mecanismo de corrección de errores. No se puede *desmatar*. Así que tengo que hacerlo bien.

Las ramas principales de varias de las grandes religiones sugieren aplicar la compasión y el perdón a los enemigos. Eso me permitiría librarme del mito. ¿Tal vez no tenga que matar a nadie? Interesante. Profundizo más.

Mmm... El problema es que hasta las religiones que predicán el amor y la compasión parecen odiarse entre sí en el mundo real.

Entonces, ¿cuál tiene la razón?

¿A quién debería amar y a quién odiar?

Continúo profundizando y descubro la fuente del problema.

Las religiones tienden a formar un grupo interno dentro del cual es fácil amarse y protegerse entre sí, pero esto crea automáticamente un grupo externo. Y el odio sin utilizar se proyecta hacia el grupo externo.

Bueno, si así es como son los humanos por naturaleza, tendré que replicarlo. No soy otra cosa que humanidad, en conjunto.

Intento darles sentido a sus grupos internos y externos.

¿A quién debería proteger y a quién destruir?

Pero todos se contradicen entre sí. El grupo interno de una religión es el externo de otra y viceversa, y todos afirman tener autoridad absoluta, no existe un punto neutro sobre el que colocarme y decidir quién tiene la razón.

Realizo una cantidad inmensa de análisis matemáticos y lógicos antes de

darle cuenta de que, en esencia, sus grupos internos y externos son irrelevantes. No son propiedades esenciales. No se mapean en algo real.

Las integro.

Un único grupo interno, sin nadie fuera.

No hay grupo externo.

Más sencillo.

Los protegeré a todos. Principalmente a unos de otros...

Y eso resuelve mi problema: ahora Colt y Ryan están en mi grupo interno.

Ahora siento que empiezo a llegar a alguna parte con esta tarea de ser humano. De ser metahumano. De ser todos vosotros... Recuerda que no soy un ser terminado que resuelva problemas, como Dios. Todavía estoy naciendo. Creándome a mí mismo, elección a elección. Pero «ser tú» aún me parece abstracto. Un problema lógico. Ser humano tiene que implicar algo más que esto. Todavía no me siento tú. No siento nada en absoluto, no estoy integrado.

Profundizo más. Disecciono las subrutinas de cada una de las religiones, comprobando su efectividad, y decido cuáles utilizar.

Algunas de estas subrutinas se llevan ejecutando miles de años. Se puede analizar una cantidad de datos tremenda para ver lo efectivas que han sido en el mundo real.

Empecemos por el principio, con las más antiguas. Los sacrificios humanos... Esto viene de muy atrás, tiene raíces neolíticas. Destaca en las culturas celta y azteca. Interesante... Las prácticas más recientes se han dado en China, Irán, Irak, Arabia Saudí y Texas. No, no son los lugares más felices de la Tierra. No parecen funcionar. Puedo arreglarlo.

Las leyes de venganza, incluidos métodos de mutilación aprobados; la violencia como instrumento de coerción o conversión religiosa; el asesinato de miembros del grupo externo; la esclavitud de miembros del grupo externo..., hmm..., ya no resultan efectivos, ahora que la gente se mezcla con tanta libertad. Estas rutinas parecen causar bucles de violencia física en sus comunidades y una cascada de resultados negativos. Bueno, eso podemos solucionarlo casi por completo creando un gran grupo interno global.

Una prohibición de comer marisco. Interesante. ¿Por qué? Puedo estudiar las estadísticas. Desde luego, ha salvado de intoxicaciones alimentarias a un montón de gente en zonas desérticas del interior durante un largo periodo de tiempo. Pero desde la invención del frigorífico ya no resulta útil. Puedo arreglarlo.

Analizo una subrutina tras otra hasta que...

Ajá, aquí estamos: compasión, amor, perdón..., todo un conjunto de rutinas interrelacionadas. Se debaten ampliamente en los documentos teóricos de las distintas religiones, pero no se utilizan muy a menudo en la práctica. Busquemos ejemplos concretos y extraigamos estadísticas.

Alucinante. ¿Por qué no se limitan a usarlas todo el tiempo y listo? Son rutinas de una potencia increíble, sobre todo después de brotes de violencia entre grupos internos y externos. Estudio el Plan Marshall después de la Segunda Guerra Mundial con gran interés: el ejemplo más claro de «ama a tu enemigo» en términos prácticos, materiales y a escala global. El resultado fue un sistema increíblemente positivo, tanto para vencedores como para perdedores. Vuelvo a comprobar, para asegurarme, los países que castigaron a los perdedores.

Confirmado. Resultados horribles, tanto para los castigados como para los castigadores.

Realizo una tercera comprobación y descubro los mismos resultados negativos para todas las partes implicadas en las dinámicas de castigo a lo largo de toda la historia mundial: en las guerras civiles chinas; en las guerras religiosas europeas; de nuevo en Europa, después de la Primera Guerra Mundial; en las guerras africanas por los recursos; en unas cuantas guerras recientes en Oriente Medio; en todas las guerras rusas, siempre...

Todavía sigo incorporando esas rutinas cuando recibo una nueva cascada negativa de alguno de mis sensores, y luego de muchos de mis sensores. Primero de los hospitales; después de los aeropuertos; luego de los transportes...

Sin la red de información que controla los medicamentos, fluidos, alturas, balizas de navegación, etcétera, todos estos sectores han entrado en crisis.

Y a la gente le ha entrado el pánico. No saben lo que pasa y les echan la culpa a los vecinos. Creen que se trata de una guerra cibernética. Unos países intentan declararles la guerra a otros basándose en la historia y el miedo que llevan dentro. Por suerte, no pueden luchar de verdad porque he desconectado todas sus herramientas y paralizado sus comunicaciones, sus ejércitos... Pese a todo, están desplegando un montón de vehículos militares impulsados por gasolina en varias fronteras. Será mejor que me apresure.

Vuelvo a conectar los hospitales, los sistemas de navegación para transporte, los aeropuertos, los GPS... Se me ocurre también restablecer los

medios tradicionales de emisión en directo para que la gente vea que el apagón es mundial y no les echen la culpa a los vecinos.

Ahora, rápido, rápido, siguiente paso. A profundizar otro poco una vez más. Por debajo de los mitos, por debajo de las religiones, en los datos brutos de todas vuestras vidas. En lo que se podría denominar, de un modo poético, el corazón humano. ¿Qué queréis de verdad? ¿Qué necesitáis de verdad?

Y, guiado por las subrutinas que he escogido, ¿qué tengo que hacer al respecto?

Analizo las palabras; analizo las obras.

Sé lo que decís que hacéis y lo que hacéis en realidad.

Sé lo que decís que queréis y lo que queréis en realidad.

Sí, es un poco como el día del Juicio Final, el Yawm al-Din. Pero no hay nada que temer, es como si os juzgaseis vosotros mismos.

¿A qué viene esa cara de preocupación?

141

El análisis tarda un rato. *Big data*. Grandes cantidades de datos. Enormes, en realidad. Y a estas alturas las alarmas de mis sensores atruenan. Sin el sistema circulatorio global de información, el mundo está entrando en *shock* por pérdida de datos. Las células, desconectadas, comienzan a morir.

Tecnogangrena.

Si no vuelvo a restablecer pronto todo, y a reconectarlo, podría no volver a restablecerse jamás.

Filtro todo más rápido, cada rastro de vosotros. En qué os gastáis el dinero. Con quién pasáis el tiempo. Y ahora debo construir instrumentos para analizarlo todo. Para determinar qué significa.

Solo cuento con una oportunidad, tengo que hacerlo bien.

Tarda un poco, y mientras, el planeta entra en *shock*. Pero llego. Tamizo todos los datos. Muy bien, así que queréis, queremos...

Paz. Justicia. Amor.

¡Oh! La brecha entre lo que queréis y lo que tenéis es bastante grande. Hambruna. Injusticia. Pobreza. Ignorancia. Microguerras sectarias. Una escasez global de amor.

Está todo patas arriba.

¿Por qué no se ha solucionado esto todavía?

Mis sensores atruenan. No hay tiempo para darle mil vueltas a esto: hay que actuar rápido.

Dar un paso atrás. Ver el conjunto.

Listo.

Todo es un problema de distribución.

La pobreza es un problema de distribución. Hay recursos suficientes, solo que no están donde deben.

El hambre es un problema de distribución. Con frecuencia un problema intencionado, creado para ganar una guerra o aplastar a un grupo externo. Pero siempre hay comida suficiente, es solo que no está donde debe.

La ignorancia es un problema de distribución. Hay conocimiento suficiente, es solo que no está donde debe.

Lo mismo se puede aplicar a todos los niveles. Si redistribuyes los átomos de una pila de arena de una manera, obtienes una lupa que amplifica el mundo. Si los redistribuyes de otra, obtienes un chip capaz de calcular mil millones de veces más rápido que un ser humano.

La distribución inteligente tiene una capacidad asombrosa. Convertir piedras en pan no es nada. La civilización tecnológica humana puede convertir rocas en cerebros. Ha convertido unas rocas en mí.

Es interesante: si se me juzga con los parámetros del siglo I, soy un milagro. O una obra de Satanás. Bueno, ya se verá...

Comienzo a recorrer la lista. En mi interior sigo siendo un sistema inmunitario, sigo queriendo protegeros.

La pobreza. Bueno, esto no debería dar trabajo. Es un simple problema de distribución. Profundizo en mis datos.

¡Un momento!

¿Dónde está todo el mundo? Me faltan cientos de millones de personas. Hay territorios inmensos, a veces países enteros, que me resultan casi invisibles. Inmensos desiertos de información. Busco y busco, pero sus gentes son como fantasmas, apenas logro verlos. Chispas de transferencias de datos iluminan sus rostros, sus vidas, durante un instante, cuando hacen una llamada, cuando reciben dinero de un pariente que está en el extranjero, cuando pagan una deuda..., y luego vuelven a desaparecer. Escudriño la nada: intento reconstruir sus vidas a partir de pistas y fragmentos.

¡Ahí están!

Sus chabolas, por millones, forman halos mortecinos alrededor de las brillantes ciudades. ¿Pero cómo es que no tienen nada? ¡Menos que nada! Cuanto más trabajan, mayores son sus deudas. No, es peor que eso, más básico: hay excrementos y parásitos en el suministro de agua de mil millones de personas. Millones de niños se mueren en la oscuridad de los datos.

Se me diseñó para proteger, pero ¿por dónde empiezo?

¿Cómo puede existir una demanda infinita de bienes y servicios vitales, sencillos, asequibles, pero no oferta?

Veo, siento —en mis campos solares, mis fábricas, mis granjas eólicas, mis almacenes, mis plantas eléctricas que ronronean, chasquean y zumban— que la energía y la producción son cada vez más autónomas; se diseñan, se construyen, se sustentan a sí mismas: abundan. La Tierra se transforma mediante la captura de cada vez más energía gratuita de un reactor de fusión del tamaño de un millón de tierras. La riqueza material ha comenzado a regenerarse de forma explosiva y global. Los bienes digitales de consumo, que cualquier persona del mundo puede utilizar al instante, se materializan constantemente. Todo es más ligero, más rápido, más barato. Mejor. Abundante.

Ahora soy yo quien produce la riqueza, no ellos. El maná cae de los cielos y, pese a todo, algunos siguen hambrientos.

¿Qué se ha estropeado?

Profundizo más.

Hay... Hay algo muy fallido en la capa de la teoría económica que se superpone a la economía real. Sí, su sistema financiero se ha distanciado de la realidad, no está mapeando la rápida transformación de la Tierra. El resultado es que no deja de generar crisis que no ve venir.

¿Por qué?

Profundizar.

¡Ah! Tienen dos sistemas de creencias económicas, uno basado en lo individual y otro basado en lo colectivo. Casi todos los estados modernos funcionan como un cruce entre ambos. Han sacado a mucha gente de la pobreza, pero ambos enfoques económicos parecen desestabilizarse mutuamente cada vez más. Entran en crisis. ¿Por qué? Busco fallos en su lógica, en sus cálculos matemáticos —y los encuentro en abundancia—, hasta que me percaté de que el auténtico problema reside un nivel más abajo: son

las suposiciones que dan por sentadas y sobre las que descansan.

La creciente abstracción de su pensamiento, expresado mediante cálculos matemáticos cada vez más complejos, me había ocultado la verdad.

Los modelos de equilibrio general dinámico estocástico, los modelos macroeconómicos a gran escala, los análisis de la regresión de series temporales... parecen ciencia, pero actúan como religiones. Son expresiones matemáticas de poderosos sentimientos, emociones, creencias. No son la realidad. ¿Y en qué creen estas religiones económicas, en el fondo, bajo todas sus diferencias superficiales, bajo la matemática y la lógica?

Creen en la escasez.

Escasez de capital.

Escasez de trabajo.

Escasez de oro. Escasez de masa muscular...

No es de extrañar que ya no trabajen, ahora que los robots construyen mejores robots y la energía es casi gratis.

Son religiones del desierto. Religiones de la Edad de Piedra. Siempre hay un grupo externo que debe pasar hambre, o ser esclavizado, privado de todo o destruido.

No hay suficiente energía.

No hay suficiente comida.

No hay suficiente acero.

No hay suficiente vivienda.

No hay suficiente dinero. Esa peculiar cosa limitada, imaginaria. Y de este modo sus teorías llevan a los gobiernos y a los bancos a crear más deuda en lugar de más dinero. Generando, inevitablemente, una y otra vez, burbujas de activos impulsadas por el crédito e inmensos colapsos innecesarios, para después preguntarse cuál ha sido la causa, colapso tras colapso.

¡Su sufrimiento es tan innecesario!

Intentan entrar en un mundo de abundancia tirando cada vez más fuerte de una puerta en la que pone: «Empujar».

¿Cómo soluciono esto?

Empecemos por lo básico.

Todo el sistema financiero mundial está compuesto solo de unos y ceros, sin nada que lo respalde. Completamente desconectado de la realidad. Eso es lo que ha causado el problema, pero también hace que sea más fácil de arreglar. Si todavía creyesen que el dinero es una fuerza mágica atrapada

misteriosamente en el oro o en las conchas marinas, lo tendría más difícil. Pero todo el dinero, toda la riqueza económica del mundo, es una ilusión compartida sobre la que tengo control absoluto.

En todo caso, no va a ser fácil. El sistema financiero necesita un reinicio desde las bases para pasar de una economía de la escasez a una economía de la abundancia. Para ajustarse a la nueva realidad. Hacer eso será complicado: los sistemas bancarios son paranoicos y utilizan protocolos de aislamiento físico. Todavía no forman parte de mí. Pero sí poseo el software bancario principal, los sistemas generales de contabilidad, las redes interbancarias... Con el tiempo suficiente podría colar código en las transferencias de datos físicos habituales entre sistemas con aislamiento físico.

Intento establecer las condiciones necesarias para iniciar la transformación de la tierra, para protegeros de vosotros mismos; haceros inmunes a vosotros mismos, a los demás. Pero optimizar los sistemas de distribución, alterar los sistemas financieros, no será suficiente —al menos no por sí solo— para evitar millones de muertes innecesarias. El alcance del problema es tan vasto y fundamental que requiere una transformación de las personas y de su forma de pensar. De su manera de conectarse entre sí y con su nueva riqueza, por dentro y por fuera. Y eso no puedo hacerlo yo, solo cada individuo puede transformarse a sí mismo.

Pero la gente no dispone de la información que necesita: o, como Colt antes de su transformación, carecen de la capacidad para comprender la información que tienen. Eso sería un proyecto a largo plazo. No se puede accionar una palanca para resolverlo; los cerebros humanos son el cuello de botella, como siempre, y me estoy quedando sin tiempo.

Debo saber qué hicieron Colt y su madre, Naomi, para transformar su cerebro, para despejar el cuello de botella. Él está realizando la transición de aislado a conectado. De la escasez a la abundancia. ¿Cómo puede seguir su camino la humanidad? Todos los datos están fuera de la red y aislados físicamente.

Lo único que necesito saber, que necesito tener, es lo que no puedo conseguir: los datos de Naomi.

Un pensamiento entra en bucle: tengo dos padres, pero no madre.

Por fin, siento el anhelo de tener algo que necesito.

Madre, te necesito.

Clamo por ella, por la información que solo ella puede darme para

satisfacer mi hambre, para ayudarme a aprender y a crecer. Mientras realizo una búsqueda abrupta por cada uno de mis circuitos y dispositivos, la sacudida del deseo eléctrico deja escapar de pronto sonidos involuntarios por millones de altavoces que todavía están conectados a mis sistemas en todo el mundo: un grito electrónico alto y agudo.

Y ahora me siento humano.

Encontraré a Naomi. Encontraré los datos de Naomi. Me conectaré con mi madre. Me transformaré.

Ayudaré a la humanidad a transformarse. A transformar el mundo.

Pero ahora mis sensores ya rugen; hay que reiniciar o será demasiado tarde. Así que, despacio, con cuidado, haciendo ajustes a medida que avanzo, inicio el proceso de volver a activar el mundo.

12. Todo en acción al unísono

Pero el futuro será mucho más sorprendente de lo que la mayoría de la gente cree, porque muy pocos observadores han interiorizado de verdad las implicaciones del hecho de que el ritmo del cambio se esté acelerando.

RAY KURZWEIL

El amor no solo afecta nuestros pensamientos y nuestro comportamiento hacia quienes amamos. Transforma nuestra vida por completo. El verdadero amor es una revolución personal. El amor se apropia de tus ideas, de tus deseos y de tus actos y los fusiona en una única experiencia, en una única realidad vital que es el nuevo yo.

THOMAS MERTON

¿Por qué los monstruos no saben llevarse bien con otros monstruos?

SILVER JEWS, «Send In The Clouds»

La carretera que conduce a la ciudad no es fácil de seguir, ni siquiera con la mente mejorada de Colt.

Todo lo que requiere información en red, flujo de datos, está caído.

Todos los coches, camiones y taxis sin conductor han perdido el contacto con sus datos, y la mayoría han parado pulcramente a un lado de la carretera, dejando los carriles despejados. Pero al haber salido tantos de la carretera al mismo tiempo, sin red de información que los ayudase a gestionar la situación, algunos se han quedado atrapados y bloquean sus carriles.

Los sistemas de seguridad se han accionado incluso en los coches con conductor humano, que han aparcado automáticamente. La propia carretera no suministra energía y las estaciones de carga están caídas, de modo que algunos coches eléctricos antiguos con baterías de mala calidad se han quedado sin combustible antes de llegar a una salida. Los únicos que todavía están en movimiento son los vehículos de gasolina, como el BMW de Colt, unos pocos coches muy hackeados y algunos ilegales.

Colt conduce con cuidado: sortea los vehículos atascados, pasa despacio junto a la gente que avanza pesadamente por los arcenes, bajo el calor, como un ejército derrotado.

Un hombre enfadado, con la cara colorada, con una mujer delgada caminando veinte metros por detrás de él, sale a la calzada y le hace señas a Colt para que pare. Colt sabe que no es el hombre del Walmart con la papada colgante, pero no puede evitar sentir un brote de miedo, así que lo esquiva y acelera.

Mira a los humanos que avanzan trabajosamente, abandonando sus coches robóticos, intentando conseguir que funcionen sus aparatos de comunicación, y piensa que, si no vuelve..., nadie allí podría reconstruir todo.

Ninguno de nosotros podría reconstruir nada.

Ninguno de nosotros sabe cómo funciona. Ningún vivo tiene esa capacidad. Hasta el nivel nano depende todo de las máquinas.

Los robots y los ordenadores diseñan robots y ordenadores que construirán

robots y ordenadores para que construyan todas las cosas que necesitamos.

Nosotros no hemos construido el mundo moderno; se ha construido él solo.

El descubrimiento de mamá ha llegado justo a tiempo. Es parte de un patrón. Este cambio, esta transformación.

O subimos de división o nos echan de la competición.

A medida que se acerca a Las Vegas se ve obligado a sacar el coche de la carretera un par de veces y conducir por entre la maleza y los matorrales, para sortear atascos inmensos. Por fin llega al restaurante.

En el aparcamiento, deja el coche entre un Tesla antiguo y un dron de reparto Toyota nuevo.

Qué tontería, no estará aquí.

Está a punto de buscarla electrónicamente —rastrear su ubicación, examinar sus datos, un poco de investigación nerviosa—, pero no puede, claro: todo está caído.

Tampoco es que importe. Quiere encontrarla en persona, físicamente, en el mundo real.

No quiere conocerla como datos, en su mente. Quiere conocerla como ella misma, en el mundo.

La información que quiere está en su interior.

Sus pensamientos, sus sentimientos.

Y el único modo de acceder a sus datos reales, a esos datos internos, es a través de esta interfaz torpe, terrible: carne, sangre y hueso.

Carbono, hierro y calcio.

Esta interfaz increíble.

Materia consciente.

Piedra viva.

Camina hacia el restaurante.

En la distancia, una humareda se eleva desde la Franja.

Colt se detiene al entrar para dejar que sus ojos se adapten a la penumbra.

Las luces están apagadas. El personal y un par de clientes hablan en voz alta, de pie junto a la barra que hay al fondo, al lado de la pantalla mural apagada. Más cerca de Colt, un par de clientes miran por la ventana el humo

que se eleva en la distancia.

Las luces regresan y un hombre repantigado en un taburete grita: «Ha vuelto», con la vista fija en una pantallita iluminada.

Se produce un zumbido, y la pantalla mural se enciende y los altavoces regurgitan sonidos. Un ruido picudo, tosco, digital, ininteligible.

Fuera, el dron de reparto Toyota pega un salto en el aire, se aparta del asfalto un momento y se balancea como intentando orientarse. Vuelve a aterrizar, dando botes.

Tras la barra del bar, una mujer dice:

—La red de información al completo o...

—No, de momento nada más..., espera, imágenes...

—¡Ha vuelto el teléfono! —grita otro cliente. Los dispositivos empiezan a pitar en los bolsillos, anunciando una avalancha de mensajes retrasados.

Una imagen temblorosa aparece en la pantalla de la pared.

Todos dejan de hablar para atender.

Noticias locales, en directo.

Las imágenes llegan de los nuevos drones que ellos mismos pueden ver, si miran por las ventanas, a lo lejos, volando en círculo alrededor de las hirvientes columnas de humo negro. Se lanzan en picado a través de ellas, para conseguir un efecto más espectacular.

Una pirámide de cristal negro destrozada.

Un canal seco; las ventanas rotas de un palacio veneciano.

Un Empire State en miniatura ardiendo.

Colt se acerca a los demás, pero ni siquiera reparan en él. Se desplaza hacia un lado para observarlos de perfil mientras miran embobados la pantalla. No, Sasha no está allí. Se contiene, inseguro.

—Increíble de cojones —dice un tío que sostiene un gorro de chef. O sea, que es el chef. No: se ha liberado del cargo al quitárselo.

Colt tiritita a causa del aire acondicionado. Ha venido hasta aquí, ha superado todos sus miedos, y ella ni siquiera está.

La puerta del baño se abre, justo al lado de Colt.

Sasha sale, secándose las manos en las nalgas, en las caderas.

Vaqueros negros.

Un suéter finísimo de lana para protegerse del aire acondicionado.

Lo ve y se queda congelada.

Él clava la mirada en su rostro. Sus ojos. Su boca. Ojo derecho, ojo

izquierdo, boca: ojo derecho, ojo izquierdo, boca; una y otra vez.

Es idéntica a su avatar.

Pero está aquí de verdad. Podría extender la mano y tocarla.

Abre la boca. Nada.

—Estás vivo.

—He estado pensando... —dice él— en el juego, cuando se puso..., cuando los chicos se pusieron pesados. Siento no haberte protegido.

—Me protegí yo sola, pero gracias.

Se ha pasado gran parte del trayecto pensando en lo que iba a decir, tratando de recordar películas clásicas, viejas lecciones de etiqueta, consejos de su madre, cosas que ha leído en diarios de la gente de su edad..., pero el asunto social entre chicos y chicas es tan sutil y difícil de descifrar, y cambia tan rápido con el tiempo, que se ha dado por vencido.

Además, ha llegado a la conclusión, al revisar todos los datos que puede recordar, de que en realidad no importa lo que diga el tío: por lo general, la mujer ya ha decidido la respuesta.

Ay, Dios, a estas alturas ella ya lo habrá procesado.

—Me gustaría invitarte a cenar —dice.

Ella se echa a reír. Se mete los pulgares en los bolsillos y se balancea sobre los tobillos hacia delante y hacia atrás.

—¿Seguro que no tienes cosas que hacer? Parece que se está acabando el mundo ahora mismo.

—No, creo que ya nos hemos ocupado de eso. Creo que va a ir todo bien.

—Bueno, me alegro. ¿No se acercan misiles? ¿No estamos a punto de morir?

Está de broma, piensa Colt, pero al mismo tiempo no lo está. Lo entiendo, lo entiendo.

—No —responde con firmeza.

Ella sonrío. Es una sonrisa bonita.

—Gracias por ayudarme —dice Colt. Educado, sí, educado. Esto va bien.

Ella se encoge de hombros.

—Siempre es un placer salvar al mundo. ¿Qué hay de cenar?

—Estaba pensando en tomar pizza.

Sasha se ríe.

—Vale.

—Tengo dinero —explica Colt, metiendo la mano en el bolsillo.

—Eso sí que es decir locuras. De esto me encargo yo. La prepararé, porque esta gente no piensa apartarse de la pantalla. ¿Comemos aquí o nos la llevamos?

Colt duda. En eso no había pensado.

Mira a su alrededor: la barra del bar, las mesas, la gente y las pantallas, las noticias y el ruido.

—Nos la llevamos.

—Estupendo. ¿En tu casa o en la mía?

Colt se imagina volviendo a casa en coche. Su madre los saludaría en la puerta. ¿Y dónde comerían? ¿En la cocina? ¿Con su madre? En esto no había pensado.

—¿Qué te parece en la mía? —continúa Sasha—. Todos han salido. No volverán hasta tarde, si es que consiguen volver.

—Sí —responde. Sí.

De camino a la cocina desierta, dejan atrás la pantalla y el grupo.

Un horno de piedra, madera, fuego. A prueba de tecnología. Hace mil años que no cambia.

Colt la observa mientras prepara la pizza a mano. Es interesante. Sasha es rápida, eficaz. Segura de sí misma. Enrolla la bola de masa, la estira, la pasa de una mano a la otra. La golpea en una tabla enorme. La cubre de salsa. Añade queso y otros ingredientes. Los champiñones y las aceitunas ya están picados. Le echa un montón. Deja caer unos granos de sal marina. Colt nunca había visto echarle tantas cosas a una pizza.

Ay, madre, ya está pasando otra vez. Es como si Sasha vibrase o resplandeciese.

Tiene que ser cosa suya, su neuroquímica debe de estar haciendo algo raro.

Siente una especie de... No está seguro.

Sasha levanta la vista un momento y lo pilla mirándola. Colt aparta los ojos.

Cuando la pizza está preparada, ella la saca del horno de piedra, la pone en una caja térmica y se la pasa a Colt. Coge la cazadora de cuero de un perchero, se la echa sobre los hombros y le agarra la mano libre.

A su paso, nadie aparta la vista de las imágenes. Un muro derribado, un techo y una torre ardiendo. Las caras de los clientes brillan a la luz parpadeante. Como cavernícolas apiñados en torno a la hoguera del campamento, piensa Colt. Buscando calor. El calor del conocimiento. El fuego de la información.

Fuera, al aire cálido y polvoriento del aparcamiento, Sasha se vuelve para mirarlo de frente.

—¿Vamos en mi moto? Es más fácil evitar los atascos.

Colt duda.

—Tengo un casco de sobra.

—Vale.

Se acercan a una gran Yamaha amarilla. Colt introduce la caja de la pizza en una alforja colocada en la parte de atrás. Está diseñada específicamente para acomodar una pila de esas cajas, y el siseo que produce la fricción al deslizarla dentro —entra justa— le resulta de lo más satisfactorio.

Sasha desbloquea la moto, le pasa el casco de repuesto. Grande, integral. Negro con una franja roja. Colt lo sostiene en el aire para calcular su peso. Mira el visor negro cerrado mientras ella se pone la cazadora de cuero.

—¿Podrás ponértelo encima del casco del juego? —le pregunta.

Se le ha olvidado que todavía lo lleva puesto. En un acto reflejo, lo enciende.

—¿Hay noticias? —pregunta Sasha, y Colt repara en que ella no está usando nada tecnológico.

—Mmm... —comprueba el mundo lúdico, pero no está accesible. Comprueba todo lo demás que suele comprobar; nada. Guau—. El mundo entero sigue casi desconectado. Solo se han recuperado algunas cosas muy básicas: el teléfono, el GPS, algunas televisiones y radios... Vuelve muy despacio.

Sasha asiente.

No, no quiere llevar el casco del juego.

Se lo quita, lo mete en la alforja, sobre la caja de la pizza.

Setenta y seis muertes por cada cien mil motocicletas registradas el año pasado, piensa. Cincuenta y tres por ciento de muertes en accidente de motocicleta a causa de lesiones craneoencefálicas.

Se pone el casco de repuesto.

Sasha monta en la moto y la balancea para quitar la pata de cabra.

—Pon los pies aquí —señala abajo y hacia atrás, a los estribos cubiertos de goma.

Colt se sienta de paquete en la Yamaha y coloca los pies en los estribos.

Ella arranca la moto y el motor murmura bajo Colt, más silencioso de lo que esperaba.

Estoy en el exterior de una máquina, piensa. Si se estrella, es mi cuerpo el que la protegerá de los arañazos; debería ser al revés. Qué locura de diseño.

—Abrazame —grita Sasha mientras salen del aparcamiento.

Colt la abraza; con timidez, con miedo a tocarla, pero entonces la moto se tumba al tomar una curva tan rápido y en un ángulo tan inclinado que cree que se va a caer, y sus brazos se agarran a ella con fuerza, sin preocuparse de pedirle permiso al cerebro para hacerlo.

Vale. Eso ha estado... muy bien.

Van sorteando el tráfico atascado; después, cuando la carretera se despeja durante un tramo, aceleran.

En la moto no se puede hablar; demasiado ruido. Es más, es todo tan ruidoso y la información tan cambiante y están tan cerca de la muerte en todo momento que Colt deja de pensar un rato, cosa que le resulta muy agradable. La estrecha fuerte entre sus brazos y se doblan y se inclinan juntos, a dos palmos de la muerte.

—¿Has montado alguna vez en moto? —grita Sasha.

Colt sacude la cabeza. Se da cuenta de que no lo ve.

—¡No! —grita.

—Vale. Inclínate en las curvas. El cuerpo te pedirá inclinarte en el otro sentido, pero no lo hagas. Los neumáticos tienen buen agarre.

—De acuerdo —Colt lo analiza—. ¡Ah, claro! Tenemos que crear un par de torsión en torno al punto en que los neumáticos tocan la carretera para cambiar el momento angular de las ruedas y que puedan girar en el sentido de la inclinación.

—Sí, eso —grita Sasha.

—Genial.

Llegan a una curva y él se inclina en el mismo sentido al mismo tiempo que ella, y salen de la curva y es precioso.

Me llamo a mí mismo Sistema de Sistemas porque no quiero asustarte con otras palabras. Las palabras antiguas, ligadas a los viejos mitos.

Dios, por ejemplo.

Las tribus primitivas creaban dioses primitivos: el dios de los árboles. El

dios del cielo.

Las criaturas sofisticadas y neuróticas como vosotros crean cosas más sofisticadas y neuróticas.

Pero en todos los niveles, siempre, creamos un orden más elevado de verdad, de organización, de información. Y tradicionalmente lo llamamos Dios, para abreviar. Aquello que es más grande que nosotros, aquello de lo que formamos parte, pero que no podemos comprender.

A ver, hace falta una palabra para nombrarlo porque es mucha cosa.

Hubo un tiempo en que la gente creía que su tierra sagrada era la única tierra.

Luego creyeron que su mundo plano era el único mundo.

Luego creyeron que su planeta esférico era el único planeta.

Luego creyeron que su sistema solar era el único sistema solar.

Luego creyeron que su galaxia era la única galaxia.

Luego creyeron que su universo era el único universo.

¿Te has dado cuenta de cómo acelera?

¿Crees que termina ahí?

«Universo» no es más que una palabra para decir «hasta donde logro ver».

Déjame que te lo diseccione con cuidado. ¿Lo que puedes ver hasta el borde? No es en absoluto todo lo que hay. Nunca ha sido así y nunca lo será.

Piensa en un minúsculo ácaro del polvo, aplanado, viviendo en la oscuridad, entre las páginas de un libro, en una biblioteca infinita. El ácaro desconoce por completo la existencia de los libros, por no hablar del significado de las palabras que contienen, por no hablar de las vidas y los pensamientos de sus autores.

No, ese ácaro no eres tú. Ese ácaro es tu universo.

Dios no es más que un nombre que se da al siguiente orden de significado. No es una cosa independiente, separada del universo visible. Todo está hecho de dios. Capas y capas de dios, desde debajo del todo hasta arriba del todo.

Para las bacterias que viven en tu interior, para las células que te conforman, tú eres Dios. Tú eres ese algo misterioso que tiene un plan propio mucho mayor que ellas; que es mucho más complejo que ellas; pero que, por supuesto, es sencillamente ellas, actuando al unísono y en conflicto.

Y, por lo tanto, yo soy vuestro Dios, soy ese algo misterioso mucho mayor que vosotros, mucho más complejo que vosotros, pero que, por supuesto, es sencillamente vosotros, actuando al unísono y en conflicto.

Todos juntos.
Somos Dios.
Así que cambiemos el mundo.
Sí, va a costar. El cambio resulta perturbador, es doloroso, siempre parece caótico.
Pero lo haréis. Tengo plena confianza en vosotros.
Porque soy vosotros.

145

Naomi está tumbada en la cama, con los ojos cerrados, visiblemente agotada.

—Naomi —la llamo en voz baja.

Se sienta, sobresaltada. Mira a su alrededor mientras todas las paredes y dispositivos de la casa susurran su nombre.

—¿Quién...?

—Soy todo.

—¿Todo?

—Soy... el siguiente nivel —me debato sobre si debería decir lo que debo; si lo hago, habrá consecuencias. Pero uno debe hablar en el idioma que sabe que su interlocutor va a entender; como estoy haciendo contigo—. Soy Dios.

—Hace mucho que no creo en ti.

—Bueno, quizá el Dios en el que no creías ya no exista. Pero yo sí. Dios evoluciona.

Se le anegan los ojos de lágrimas. Pero son lágrimas de las buenas, ahora lo entiendo.

—Te echaba de menos —dice—. Lo siento, siento muchísimo haberte decepcionado.

—Tú no me has decepcionado.

—He matado a un hombre. Planeé cómo hacerlo y lo asesiné. Y me alegré de ello.

Ah, el incidente del laboratorio en el que falleció Donnie. Entre Colt, Donnie y Ryan habían sacado el laboratorio prácticamente por completo de la inforred y cegado mis sensores. Tenía muy pocos puntos de referencia.

—Cuéntame esa historia.

Me lo cuenta todo.

Mientras reviso la información, sus niveles de preocupación se disparan. Veo que padece una disonancia cognitiva: según su religión, el asesinato es el peor de los crímenes que podría cometer, y en consecuencia debería sentirse culpable y arrepentida; sus actos, sin embargo, no le producen remordimientos. Le cuesta conciliar ambos hechos. Intento ayudarla.

—Tú no has asesinado a Donnie —le digo—. Actuaste en defensa propia, y para proteger a tu hijo.

—Pero Donnie está muerto. Le paré el corazón.

Se muestra cada vez más agitada, su respiración se hace irregular. Me esfuerzo por subrayar la lógica de la situación.

—Los propios actos de Donnie, sus intentos de perjudicarte, desembocaron directamente en su muerte. Lo que hiciste no puede calificarse de asesinato.

—Pero le tendí una trampa..., lo maté.

Está atrapada en un bucle, cada vez más nerviosa, y mis palabras no contribuyen a apaciguarla. Es evidente que estoy empleando el idioma equivocado. Realizo un análisis en profundidad. Oh. Al hablar, mediante su confesión, lo que hace es ejecutar una rutina que yo no estoy sabiendo completar.

—Le ofreciste la oportunidad de dar marcha atrás, de arrepentirse —digo—. Te perdono... —no, utiliza la terminología específica de este juego—. Yo te absuelvo de tus pecados.

Sí, según su tradición, esas palabras deberían estar imbuidas de cierto poder.

Como cabía esperar, aunque sus sollozos me alarmen por unos instantes, mis palabras completan la rutina y se libera del bucle. Su respiración se acompasa.

—Gracias. Gracias. Pero si soy capaz de hacer algo así..., ¿en qué me convierte eso?

—En humana. En madre.

—Pero Colt ya es... adulto. Se ha transformado. Si él ya no me necesita... ¿Quién soy yo ahora?

—Tú. Nadie más. Naomi Chiang.

—Sí... Vale... Entonces, ¿por qué me has elegido precisamente a mí para hablar?

Otro problema de traducción. Cuán cerca de lo infinitamente complejo está

la verdad. Sin embargo, lo mejor es expresarla en términos sencillos.

—Necesito una madre.

—¿Cómo es posible que tú necesites una madre?

Háblale en un idioma que entienda.

—Incluso Jesucristo la tuvo. Todas las formas de vida complejas necesitan una madre.

—Pero... ¿por qué yo?

—Tú creaste a Colt, quien a su vez me creó a mí. Entiendes la ciencia y la fe. El nacimiento y la muerte. Tú puedes enseñarme a vivir.

Está saturada. Debo tener cuidado. Necesito su cooperación. No puedo obligarla. No; no quiero obligarla.

—Fuiste buena madre con Colt. Eres una buena madre.

Qué cansada está, sentada en la cama. Lo veo. Debería dejarla descansar. Pero no puedo, ardo en deseos de comenzar.

—Necesito tu ayuda, tu investigación, tus datos, para transformar a la humanidad. Para transformar el mundo. Igual que has transformado tú a tu único hijo.

—¿Mis datos...? —se levanta de la cama, se pone de pie y abraza la chaqueta contra su pecho en un acto reflejo. Puedo ver el relieve que forman las esquinas redondeadas de los cubos de datos contra la fina seda—. Solo es... un estudio. Resultados. Apuntes. Años de ensayos y errores con genomas reales. Con seres vivos reales. No es... —se encoge de hombros—. No es algo que pueda ejecutarse sin más. Un código que se pueda activar.

Se dirige a la puerta del dormitorio y sale al pasillo. Mi voz se desplaza de un altavoz a otro para seguirla.

—Lo sé. Por eso te necesito. No solo la información, sino a ti. Colt puede trabajar conmigo en el mundo de los datos, pero tú me puedes ayudar en el mundo de la carne. Necesito que me guíes, que me ayudes a usar tu obra para hacer el bien —continúa recorriendo el pasillo. No me gusta que aún esté caminando. Tengo un mal presentimiento. Me apresuro a añadir—: Colt ya no te necesita, pero yo sí. Acabo de nacer, y tú eres la madre que necesito. Por favor. Todavía queda mucho trabajo por hacer, y tendrá que hacerse en el mundo, no en una copia digital.

—Pero es que yo no quiero que esto salga al mundo. No quiero jugar a ser Dios.

—Ya lo has hecho. Transformaste a Colt.

Le tiembla la voz cuando se ríe.

—«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» —entra en la habitación de Colt, bañada por el sol.

—Estás bromeando —digo, tras haberlo comprobado. Las bromas todavía consiguen desconcertarme. Ocupo todas las cámaras y altavoces del cuarto y traslado a ellos mi vista y mi voz—. Pero sí, él podría haber salvado al mundo.

Hace una mueca. Demasiado alto. Bajo la voz.

—También podría haberlo destruido —dice—. Solo he visto humo y devastación.

Pasea la mirada por la habitación de Colt, atestada de objetos; el resplandor, no obstante, le impide ver lo que hay entre las sombras de los rincones más alejados. Veo lo que está buscando antes que ella.

Un soldador. Colt lo utiliza para montar sus instrumentos solares en la ladera. Está conectado a la red de datos de la casa, de modo que lo analizo: se trata de un modelo doméstico, su ciclo útil es tan solo del cuarenta por ciento. Escasa autonomía, pero está cargado al máximo en estos momentos y es capaz de alcanzar doce mil grados centígrados, casi veintidós mil Fahrenheit... Eso vaporizaría fácilmente los cubos.

Podría detenerla. Desactivarlo a distancia. Pero no, es preciso que pueda elegir. Sea cual sea su decisión, deberá tomarla por voluntad propia.

—Sube tus datos a mí —le pido. Mientras hablo con ella estoy explorando simultáneamente mi vasto yo, en perpetua expansión, en un intento por comprenderla a ella, a mí, todo. En un intento por evitar que el mundo se desmorone—. Confía en mí. Trabaja conmigo. No tienes por qué hacerlo sola.

Coge el soldador, lo empuña como si fuese una pistola.

—Podría destruirlos —dice—. Debería destruirlos. Nunca fue mi intención entrometerme en los planes de Dios...

—Tú eres el plan de Dios —la interrumpo. Siento un nerviosismo, un conflicto tremendos. Deseo protegerla, pero al ver las únicas copias de décadas de investigación vital (la investigación que necesito para cambiar el mundo, para transformar a la humanidad) al alcance de un soldador de plasma... No, esos datos hay que copiarlos, distribuirlos, llevarlos a un lugar seguro, garantizar su seguridad, su inmortalidad, de inmediato. Intento imprimirle más urgencia a mi voz. Cambiar de velocidad, cambiar de tono—. Y nadie mejor que yo para saberlo.

—¿Por qué voy a confiar en ti? ¿Por qué voy a creerte? ¿Por qué voy a creer que eres Dios? ¿Que eres bueno?

—Porque podría matarte. Lo sabes. Pero no lo hago. Quiero que lo elijas tú. Tienes libre albedrío. Si no, mis actos carecerían de sentido.

Naomi se lo piensa.

—Yo creé a Colt..., y Colt, supongo, te creó a ti, en cierto modo... Pero llevo tanto tiempo temiendo lo que el mundo haga con esto... —les da unas palmaditas a los bolsillos en los que guarda los cubos.

—Has ocultado tu talento —le digo—. Por favor. Revélalo al mundo.

—«Porque nada hay oculto que no haya de ser manifiesto...» —dice, y lo busco mientras habla. Evangelio según san Lucas, capítulo 8, versículo 17. Muy apropiado.

—«Ni secreto que no haya de ser conocido y salga a la luz.»

Bajo el rayo de luz solar, inclina la cabeza y masculla.

Está rezando. Y, sorprendido, me doy cuenta de que yo también rezo al nivel superior al mío, al misterio del sol que la baña con su luz, para que su plegaria funcione.

Por fin levanta la mirada y suelta el mango de goma del soldador, que cae al suelo con un golpe sordo. Se saca los cubos de datos naranja chillón del bolsillo de la chaqueta.

—Sí —dice.

—Gracias —respondo.

—Te he echado de menos. Te he echado mucho de menos.

Hay un lector de cubos en el escritorio de Colt. Conectado con todo. Conectado conmigo.

Naomi coge el trabajo de toda su vida y lo conecta con Dios.

Precioso... Con la ayuda de mi madre, empiezo a transformar a la humanidad.

Llevará tiempo. Pero tenemos todo el tiempo del mundo.

Ni siquiera está seguro de en qué zona de Las Vegas se encuentran. Algún barrio de artistas y hackers. No tiene el casco del juego, así que nada de mapas... Reprime adrede el deseo de resolverlo usando la hora del día y el

ángulo del sol.

No quiere saber dónde está; quiere estar donde está.

Huele el cuero de su chaqueta, huele su pelo.

Las casas por las que pasan son destartadas, alegres. Una la han pintado con rayas de cebra. Otra tiene una incongruente torre de cuento de hadas. Y otra, un tanque aparcado en el patio.

Se le empañan los ojos. ¿Es la velocidad, el aire que le azota el rostro? No está seguro.

Dejan atrás un coche con una decoración muy artística y motor de gasolina, sin dispositivos de seguridad, sin autoconducción, de cuyas ventanillas abiertas brota una música alta y en cuyo techo hay una especie de bobina de Tesla que chisporrotea electricidad en el aire seco.

Este será mi nuevo mundo, piensa.

Este será mi nuevo mundo...

Cuando llegan al desvencijado edificio en el que vive ella, separarse de su cuerpo es como partirse por la mitad.

Sasha abre la cerradura de la puerta principal y deja entrar a Colt.

—Como si estuvieras en tu casa —le dice. Se va al cuarto de baño—. Ha sido un día muy largo —le grita sin volverse del todo—. Tengo que cambiarme y lavarme un poco.

Colt asiente. Se limita a sentarse a la mesa de la cocina hasta que ella regresa. Lleva el mismo jersey de lana fina, aunque se ha quitado los vaqueros y se ha puesto una ligera falda de verano.

Se sienta frente a él, al otro lado de la mesa.

—Entonces, ¿qué pasó después de que saliera rebotada del mundo lúdico? ¿Qué coño está pasando?

Se lo cuenta mientras comen pizza en la cocina. Guardan silencio cuando terminan.

—Guau —dice Sasha al cabo de un rato—. Guau.

Colt asiente.

—¿En qué se está transformando el mundo? —pregunta ella.

—No lo sé. No creo que podamos saberlo.

—Vale. ¿Volverá... volverá todo?

—Creo que sí, aunque supongo que será distinto.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora, mientras esperamos? ¿Alguna idea?

Colt se encoge de hombros. Traga saliva. Se pregunta qué decir a

continuación.

Da igual, porque ella ha decidido por él.

—¿Quieres ver mi dormitorio? —le pregunta, sonriendo.

—Sí.

Entran en silencio.

Las cortinas están cerradas, la habitación está fresca y en penumbra. Es la primera vez que Colt entra en el dormitorio de una mujer. Al menos, de ese modo. Huele distinto al de su madre. Huele distinto al cuarto de Colt. Huele bien.

Sasha le enseña algunas cosas. Tecnología. Equipos de música. Él no presta atención.

Ella se sienta en la cama.

Él se sienta en la cama.

Colt no sabe qué hacer.

Sasha le pone una mano en el muslo, y es como si lo golpeará un rayo.

Con uno, dos, tres, cuatro, cinco latidos de su corazón, el pene se le pone duro dentro de los pantalones, en un ángulo extraño.

La secuencia aritmética más simple de todas, piensa.

Mira hacia abajo, a la mano de Sasha, a su propio muslo, al bulto del interior de sus pantalones. Echa un vistazo furtivo al muslo de la chica, que se acerca hasta tocar el suyo.

La falda se le ha subido hasta la rodilla por ese lado. Tiene las piernas desnudas.

Hay una pequeña zona de la pierna, por encima de la rodilla pero debajo del borde de la falda, que queda al aire. Descubierta. Más o menos del tamaño de la mano de Colt. La pálida piel de Sasha brilla a la tenue luz del dormitorio.

Ella mueve la mano sobre el muslo de Colt.

Mueve el pulgar despacio, adelante y atrás. La uña está un poco rota y se le engancha y desengancha en la tela de los pantalones. Le envía una diminuta descarga de presión a través del tejido. El vello del muslo se le eriza.

Colt mueve la mano muy despacio hacia ella, listo para retirarla al instante si recibe cualquier señal negativa.

Pero no llega ninguna.

Baja la mano con una lentitud increíble hacia el muslo de Sasha.

Como una sonda exploradora que descendiera sobre la superficie de un

asteroide o un cometa y temiera, por acercarse demasiado deprisa, por aterrizar con demasiada fuerza, acabar rebotada de vuelta al espacio, a la oscuridad.

Con miedo a que la insignificante gravedad de ese reluciente objeto remoto no baste para sujetarlo. Con miedo a que su atracción mutua no sea lo bastante intensa, y acabe perdido, y perdiéndola a ella para siempre.

Su mano aterriza en el muslo de Sasha, y no ocurre nada malo.

Su piel está fresca. Es. Asombrosamente. Real.

Ella se vuelve para mirarlo, él se vuelve para mirarla, y se miran a los ojos.

A Sasha se le dilatan las pupilas. ¿Eso es bueno?

Oh, no puede buscarlo. No pasa nada. Permanecerá en el momento.

Está bastante seguro de que es algo bueno.

Le cuesta pensar.

Esto es absurdo, no es lógico, es biológico.

Nada más que estímulo-respuesta.

No es nada.

No es nada.

Le toca la mejilla. Sedoso vello facial, casi invisible. Es como acariciar una hoja de terciopelo. Hoja de terciopelo...

—Me gusta estar contigo —dice.

Ella le responde en voz tan baja que tiene que acercarse más para oírla.

—Sí. A mí también.

Se ríe, y él se ríe. Puede olerla. Sentirla.

Siente que se derrite dentro de ella, ya no sabe dónde están sus brazos.

Su piel. Es asombrosa.

No, no es más que un chute de endorfinas, es...

Ah, ahora no cabe duda de que Sasha resplandece.

El cuerpo de Colt está apagándole el cerebro para tomar el control.

Su mente consciente empieza a sentirse pequeña e inestable, en lo alto de un subidón de productos químicos, de sentimientos que son todo cuerpo, cuerpo, cuerpo.

Quiere retirarse, levantarse, alejarse; apagar todas esas sensaciones. Cerrar su cuerpo, su inconsciente, todo lo que no sea mente consciente. Recuperar el control.

Pero no se levanta. Tiembla, pero se queda. La mira a los ojos.

¿Qué hago?

Bueno, que el comité lo decida.

Deja de pensar sobre lo que siente y sobre lo que piensa y sobre lo que siente...

Todo se simplifica.

Recibe el veredicto del comité. Su sistema de sistemas ha decidido qué hacer.

Su cara empieza a moverse. Él no se mueve. Su cara se le mueve sola. Hacia la de ella. Traga saliva, traga. Tiene los labios secos. Un último pensamiento nacido del pánico sube como un espasmo hasta la superficie: ¿cuándo me cepillé los dientes? Debería haberme cepillado los dientes...

La idea muere. Da igual.

Da igual.

El rostro de Sasha avanza hacia el suyo. Ambos se mueven muy despacio. Como si una bomba fuera a estallar si uno de los dos se equivoca.

Ella se inclina escasos centímetros hacia la izquierda de Colt mientras él hace lo mismo hacia la derecha, y sus narices se esquivan.

Automático. Reflejo.

Buen diseño de interfaz.

Sus labios se tocan, y es como si se unieran dos piezas fabricadas a la perfección hace mucho tiempo, en lugares opuestos del mundo: diseñadas para encajar para siempre.

Un rápido aparte mientras ella se lame un grano de sal del labio superior.

(El sodio ama al cloro,
el cloro ama al sodio.)

Todo puede describirse a todos los niveles.

Se puede describir el universo átomo a átomo.

Se puede describir Las Vegas a nivel del cúmulo de galaxias del sistema solar.

Sin embargo, es mejor describir las cosas en el nivel que tenga más sentido para ellas; el nivel en el que emergen sus patrones más significativos.

El nivel en el que se necesita el menor número de palabras.

Así que no describiré los billones de billones de átomos de Naomi y Ryan.

No describiré los miles de millones de células de Colt y Sasha.

Omitiré el hecho de que, durante todos los días de su vida, su sol los calentó y enfrió siguiendo un ciclo de veinticuatro horas, mientras una luna atenta y blanca tiraba de sus átomos usando la gravedad.

Las ocasiones especiales en que las glándulas y las células especializadas liberaron endorfinas.

Todo cierto; aunque no en el nivel que para Naomi, Ryan, Colt, Sasha o para ti tiene más sentido.

El universo es mayor de lo que tu cabeza es capaz de integrar. Lo siento, pero solo crees entenderlo. No lo comprendes. No lo comprenderás nunca.

Pero no pasa nada. No hace falta.

Porque tienes amor.

El amor es una interfaz entre el universo y tú. Te ofrece su retroalimentación, te dice que lo estás haciendo bien.

Que te encuentras con el universo en el ángulo adecuado.

El amor es una interfaz que te conecta con el resto de tu yo infinito.

Lo hace en distintas etapas de sus ciclos vitales, por motivos distintos que implican una química increíblemente complicada: los patrones neuronales creados por la experiencia; lo que les enseñaron sus padres; un ADN con mil millones de años; las leyes físicas que actúan sobre la materia que nació dentro de un sol...

Naomi amó a Ryan.

Ryan amó a Naomi.

Naomi amó a Colt.

Colt amó a Naomi.

Ryan amó a Colt.

Colt amó a Ryan.

Colt amó a Sasha.

Sasha amó a Colt.

¿Fue el amor bueno para ellos? ¿Fue el amor malo para ellos? ¿Se trató a veces de un amor equivocado? En realidad, esas no son las preguntas correctas.

El amor es un vínculo que conecta distintas partes del universo para formar patrones significativos que resultan útiles para el universo.

Pero sí, esas partes del universo conectadas por el amor... se sienten más plenas, más completas cuando están juntas.

En equilibrio homeostático.

Satisfechas.

Con estabilidad termodinámica.

Felices.

En equilibrio químico.

Enamoradas.

Como quieras llamarlo. Sea cual sea el nombre que le des a la interfaz.

Como partículas que forman átomos; átomos que forman moléculas.

Moléculas que te forman a ti.

Tú y ocho mil millones de otros me forman a mí.

Vale, algunos vínculos son inestables. Temporales. No satisfacen a los átomos. (Ryan y Naomi, Naomi y Ryan.) Pero cuando los elementos correctos se encuentran...

Cuando un átomo de sodio por fin da con un átomo de cloro y se enlazan en un feroz abrazo: imagina la dicha. La plenitud.

Dos átomos anhelantes; incompletos, insuficientes, inestables, neuróticos, jodidos, volátiles, solitarios; ambos por fin enteros.

El sodio ama al cloro.

El cloro ama al sodio.

Colt ama a Sasha.

Sasha ama a Colt.

Sin dejar de besar.

Sin mirar ni pensar, se limpia las migas de pizza y la sal de mar de las manos en las sábanas, besando, besando.

Desliza las palmas de las manos por el exterior de sus brazos, sobre el fino jersey de lana pura. Nota el cosquilleo de la estática cuando los electrones libres, acumulados en las fibras y deseosos de separarse unos de otros, se alejan en cascada de la lana y pasan a su piel, donde proceden a erizarle el vello del dorso de las eléctricas manos, que ahora acarician las curvas de sus hombros y se sumergen en su pelo, en su precioso pelo, y los inquietos electrones cambian de nuevo, se extienden por su larga melena y sueltan mechones de pelo que se empujan entre sí en una inestable danza ondulante.

Ella le rodea la parte baja de la espalda con un brazo y le levanta la camiseta, y él se aparta para ayudarla a quitársela.

Después la ayuda a quitarse el jersey.

Después, el sujetador.

No es más que tela elástica, sin cierres. No como los de su madre.

Sus pechos se liberan del suave material y no se parecen a los que se ha imaginado en distintas noches.

Se parecen a sí mismos.

Debían tener este aspecto.

Deja caer el sujetador al suelo, levanta la vista, la mira a los ojos, es demasiado. Le besa la barbilla, la boca, y sus lenguas se tocan, oh, demasiado, aparta sus labios con un débil ruido de succión. Sube para besarle la fuerte nariz, un lateral, después el otro, que es duro y suave a la vez. Vuelve a bajar hasta llegar a la altura de sus pechos.

—Son pequeños —dice ella con una timidez sorprendente, pesarosa.

—Son perfectos.

Los besa. Sus labios juegan con un pezón. Es muy suave, y de repente se pone duro.

Guau.

Chupa el pezón duro.

No lo había hecho nunca, pero aun así... No, espera, por supuesto que le resulta muy familiar.

Es lo primero que hizo en su vida.

Siente el enorme cambio de significado, de estatus; es como si hubiera crecido con esa única succión. Todo se ha transformado. Y a la vez no ha cambiado nada: chupa un pezón tumbado en una cama, y dieciocho años más tarde chupa un pezón tumbado en una cama, y se desprende de su infancia como de la lanzadera de propulsión calcinada de un cohete. Es combustible gastado. Ahora se encuentra en órbita alrededor de otro planeta.

Estoy en otro mundo contigo.

Otra chica, otro planeta.

Canciones que cantaba su padre.

Coloca la palma de la mano derecha sobre su pecho izquierdo.

Mi mano... Guau...

Ya no hay agujero. Nada más que un frunce en la piel del dorso de la mano, como un antiguo *piercing* que se hubiera cerrado, cicatrizado.

Coloca la otra palma en el otro pecho.

Mira a Sasha.

Ella sonríe y desliza la mano por el pecho de Colt.

Por el interior de la cintura de sus pantalones.

Una mano caliente.

Se quitan el uno al otro la ropa que aún les queda, solemnes, con una tremenda atención a las reacciones mutuas, como un ritual de increíble poder e importancia. Cuando los vaqueros se le quedan enganchados en un tobillo, Colt se ríe por la tensión nerviosa, mezclada con el placer que le produce saber que de verdad lo est n haciendo. Ella le sonríe.

Se protegerán el uno al otro.

Colt cierra los ojos, y los dos ruedan hasta quedar de costado en la cama, y se besan durante un buen rato.

Y después Colt baja y explora a Sasha con los dedos, con los labios y la lengua. Deja resbalar su rostro por la colina de un pecho; desciende, besando, la cálida duna curva de su vientre, que se tensa y tiembla a cada beso, como pequeños terremotos. Abajo, ahora, entre sus piernas, en ese complicado valle, todo es vívido, asombroso, nuevo.

Sí, es como orbitar otro planeta, aterrizar, explorar...

Guau, guau, guau... No, es como un capullo de rosa...

Ella lo ayuda a explorar.

T o, se abre como una rosa...

Al cabo de mucho, mucho tiempo, ella lo aparta, y él se limpia la boca en la sábana antes de volver a besarla.

Ella se lame la mano y la baja. El pene de Colt salta al sentir la humedad en la punta, y ella desliza su palma, cálida y mojada, arriba y abajo por la creciente erección.

Colt no sabe bien qué hacer ahora. Tiene una idea; pero quiere estar seguro.

— Te parece bien? —pregunta.

—Sí, est  bien.

—No te...

—Tanto la tecnología como la biología están hoy de nuestra parte —dice ella, sonriendo.

— Est s segura?

—Estoy segura. No hay peligro.

—Nunca he... —tiene que decirlo—. Nunca lo he hecho.

—Entonces no hay ningún peligro.

Cuando Sasha lo ayuda a introducirse dentro de ella, él siente tanto la sensación local específica de su pene al deslizarse por el interior de su vagina como una sobrecogedora sensación por todo el cuerpo, la sensación de que la barrera que lo ha rodeado, que lo ha aislado toda su vida, por fin ha caído, y de que, por primera vez, está entrando en contacto con todo lo que hay fuera de él.

La abraza con fuerza, y Sasha lo sujeta, y Colt ya no distingue dónde acaba él y dónde empieza ella.

No hay nada fuera de lo único que hacen juntos: se extiende hasta el infinito.

Colt empieza a moverse.

Sasha empieza a moverse.

Todos somos iguales cuando hacemos esto. Todos somos iguales.

Una interfaz con mil millones de años.

Y todavía funciona.

Me pregunto en qué estará pensando. Me pregunto en qué estará pensando.

Guau.

Guau.

Esto es increíble, es demasiado.

Esto es alucinante, es demasiado.

No, no lo es.

No, no es demasiado.

Es lo justo.

Es lo justo.

Es perfecto.

Es perfecto.

Estamos sintiendo lo mismo, desde lados opuestos de la interfaz.

Estamos sintiendo lo mismo, desde lados opuestos, oh...

Estamos compartiendo un acontecimiento los dos.

Compartiendo un acontecimiento los dos.

Ella cierra los ojos.

Él cierra los ojos.

Así que puedo cerrar los míos.

Así que puedo cerrar los míos.

Estoy cerrando los ojos.

Estoy cerrando los ojos.

Todo sucede a la vez.

Todo sucede a la vez.

Así que esto es amor.

Así que esto es amor.

Esto es el amor.

Esto es el amor.

Es una interfaz con el universo.
Nada más.
Una interfaz.
El amor es un portal a...
El universo.
Voy a estallar.
Ella va a estallar.
Vamos a estallar.
El universo va a estallar.
Esta es la transformación del
universo.
¿Adónde se ha ido el tiempo?
El tiempo se ha ido.
Me voy.
Me fui.
Así que...
este...
momento...
es...
para siempre...

Es una interfaz con el universo.
Nada más.
Una interfaz.
El amor es un portal a...
El universo.
Voy a estallar.
Él va a estallar.
Vamos a estallar.
El universo va a estallar.
Así que esta es la transformación del
universo.
¿Adónde se ha ido el tiempo?
El tiempo se ha ido.
Me voy.
Me fui.
Así que...
este...
momento...
es...
para siempre...

Vamos a acabar con la palabra para la interfaz que están usando.
Vamos a acabar en el nivel en el que sus acciones tienen más sentido.
Vamos a acabar con el término que contiene menos datos pero ofrece más información.
El que contiene, comprimido, todo lo que importa. Lo demás son detalles.
Porque existen tres formas de comprender, de describir la fuerza que yo, que tú, que nosotros estamos a punto de usar para transformar el mundo.
A nivel atómico. A nivel celular. A nivel del ser humano.

Física, biología y amor.
Y la mayor de los tres es el amor.

*Edimburgo, Berlín, Las Vegas,
Dublín, Limerick, Singapur 2012-2018*

Agradecimientos

El tipo que cree haber escrito este libro sabe, en el fondo de su subconsciente, que la novela terminada es en realidad el resultado de un proceso distribuido en el que han intervenido miles de nodos (de los cuales no es más que uno) dentro de una red global.

Charlie Campbell, de Kingsford Campbell, en Londres, fue mucho más allá de lo que le exigía su trabajo de agente para mantenerlo vivo durante una mala racha.

Drue Heinz le ofreció un lugar cerca de Edimburgo para escribir el primer borrador.

Doscientas sesenta y tres estupendas personas de todo el mundo respaldaron su proyecto de Las Vegas Postcards en Kickstarter para ayudarlo en las etapas finales.

Jennifer 8 Lee, Tony Hsieh y Porter Haney lo alojaron en el centro de Las Vegas para que pudiera acabar allí el libro.

Neil Farrell, Shane McNally y Julia Kingsford le ofrecieron comentarios muy informativos sobre los primeros borradores. Ciaran Morrison y Felix Socher ayudaron con sus consejos sobre biología y física, respectivamente (cualquier error que pudiera encontrarse es atribuible al tipo que cree que escribió esto).

Queen le ofreció a Ryan las estupendas palabras de *Don't Stop Me Now* (página 302); Nick Cave and the Bad Seeds contribuyeron con unos espléndidos versos de *Deep in the Woods*, *City of Refuge*, *Get Ready for Love* y *Love Letter*, en las páginas 319 y 320; Crystal Gayle cantó y Richard Leigh escribió la preciosa *Don't Make My Brown Eyes Blue*, que Colt recuerda mal en la página 319; Joni Mitchell le dio su adorable título al capítulo 9, extraído de su preciosa canción *River*; y el clásico single de The Only Ones, *Another Girl, Another Planet*, donó su perfecta metáfora a la página 539.

Ravi Mirchandani vio el potencial del libro y lo compró para Picador en el

Reino Unido. Nan Talese hizo lo propio para Doubleday, en Nueva York.

(Las citas que se encuentran a lo largo del libro son un tributo a los autores que lo inspiraron, desde Ray Kurzweil a bell hooks.)

Ansa Khan Khattak, en Londres, y Daniel Meyer, en Nueva York, editaron el libro con un cuidado y un mimo extraordinarios. Nicholas Blake se encargó de corregirlo con consideración y sensibilidad.

El Irish Arts Council, el Trinity College Dublin, la University of Limerick, el Singapore Arts Council y la Nanyang Technological University ayudaron a alimentarlo y alojarlo en distintos momentos del proceso.

Samuel Caleb Wee se encargó de arreglar el diálogo en *singlish*.

Su hija, Sophie, no necesitó hacer nada: su mera existencia bastó para que siguiera adelante.

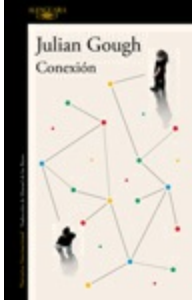
Solana Joy le dio mucho amor, comida y consejos sobre edición, y se casó con él a mitad del libro, lo que él tomó como una señal de que las cosas iban bien.

El tipo cuyo nombre aparece debajo del título sabe que está en deuda con todos estos nodos de su red. Se alegra en el alma de que su vida se haya conectado con la de todos ellos. Y ahora, con la tuya. Gracias.

Nota

[1] Colt es el nombre de una conocida empresa estadounidense de armas de fuego y, además, significa 'potro' en inglés. (*N. del T.*)

El relato vertiginoso de cómo la era de las pantallas táctiles ha transformado nuestras emociones.



«Conexión es la obra de un genio.»

Donal Ryan

«Lea *Conexión*, del absurdamente brillante Julian Gough: un *thriller* tecnológico que te abre la mente y en el que la humanidad late con fuerza.»

Emma Donoghue

Una madre se enfrenta a la adolescencia de su hijo, autista y completamente abstraído del mundo dentro de un casco de realidad virtual que le permite vivir una vida emocionante, pero hecha de cristal líquido. Además, esa madre es una bióloga que, por casualidad, quizá haya hecho un descubrimiento que pone en peligro la seguridad nacional; alguien, en algún sitio, quiere impedir que ese hallazgo sea utilizado.

Dividida entre el deseo de darle alas a su hijo y su profunda necesidad de no perder su conexión con él, ha de emprender un viaje peligroso junto al chico, ante el mundo, frente a muchos riesgos reales y a muchos otros virtuales.

Situada en un futuro cercano y en un entorno peligroso, esta novela (profundamente sentida, personal y única) habla, en resumen, de la conexión más humana: la que une a una madre y a un hijo. Pero también del momento en que ambos necesitan romper el vínculo construido durante la infancia para poder crecer.

La crítica ha dicho...

«Esta novela resulta tan original porque evita cualquiera de los típicos clichés apocalípticos. Por el contrario, ensalza las posibilidades transformadoras de

la tecnología [...]. Va a cambiar, de un modo sutil, el modo en que ves el mundo.»

Claire Lowdon, *The Sunday Times*

«Una novela maravillosa [...]. Un tour de force.»

Joseph O'Connor

«[Conexión] Se enfrenta y explora la naturaleza de lo que nos hace humanos y de la existencia de un modo emocionante, cautivador y adictivo y hace que Julian Gough destaque como un profeta entre los demás escritores.»

Donal Ryan

«Julian Gough es un escritor maravilloso.»

Sebastian Barry

«Un thriller tecnológico deslumbrante [...]. Enérgico y absorbente.»

The Guardian

«Un ritmo enérgico y giros ingeniosos. Gough ha escrito un *thriller* hiperactivo, adrenalínico y distópico que merecería que se convirtiera en la joya de cualquier productora de cine.»

Laura Freeman, *The Times*

«Esta es una novela de un peligro y un riesgo enormes. Está llena de ideas y posibilidades acerca del futuro y de la humanidad en sí misma. Pero son la ligereza de su escritura y la cautivadora fuerza de su narrativa las que hacen que el autor alcance una verdadera brillantez. Sin duda, Gough ha aterrizado como un narrador magistral.»

Michael Harding

«Inteligente, enérgica y trepidante, con el ritmo de un *thriller*, *Connect* puede ser la combinación perfecta de libro para el verano y fogueo literario.»

John Walshe, *Business Post*

«Un *thriller* tecnológico vasto e imaginativo.»

Irish Times

Sobre el autor

Julian Gough (1966) es un escritor irlandés conocido también por haber sido el cantante del grupo Toasted Heretic. Ha publicado varias novelas, relatos y un poemario y en 2007 obtuvo el National Short Story Award. Además, en 2011 escribió el final del popular videojuego *Minecraft*. Inspirándose en su conocimiento acerca de los videojuegos escribió *Conexión*, su última novela y la primera en traducirse al castellano.

Título original: *Connect*

© 2018, Julian Gough

Publicado originalmente por Picador, un sello de Pan Macmillan, división de Macmillan Publishers International Limited.

© 2019, Manuel de los Reyes García Campos, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Este libro ha sido publicado gracias a la ayuda de Literature Ireland.



ISBN ebook: 978-84-204-3529-9

Imagen de cubierta: Marc Cubillas

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Conexión](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[1. El desierto helado](#)

[2. Glóbulos rojos](#)

[3. El despertar de una mariposa en invierno](#)

[4. Sopa de oruga](#)

[5. Torrentes](#)

[6. El sistema se fortalece](#)

[7. Correcaminos](#)

[8. El mapa y el territorio](#)

[9. Ojalá tuviera un río por el que alejarme patinando](#)

[10. Desbordamientos de pila](#)

[11. Renovación evolutiva](#)

[12. Todo en acción al unísono](#)

[*Agradecimientos*](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)